17067
~~17656~~

68

LA SOBERBIA.

LA SOBERBIA.

LA SOBERBIA.

MINUESA Y MARÉS, EDITORES.

LA SOBERBIA.

(PAGINAS DE TODOS LOS TIEMPOS.)

ORIGINAL

DE

D. JOSÉ FERREIRO Y PERALTA.

Y será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los varones, y solo el Señor será ensalzado en aquel dia. . . . . .

PROFECÍA DE ISAIAS, *cap. II*, 17.

MADRID.

IMPRENTA DE D. MANUEL MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 19.

—

1866.

Es propiedad de los Editores, y se perseguirá á quien la reimprima sin su permiso.

AL LECTOR.

Vamos á decir cuatro palabras acerca del libro que hoy ofrecemos al público.

En ellas procuraremos sintetizar el pensamiento que en él va á desarrollarse, revelando al propio tiempo la gran importancia de su título, como pecado, el increible imperio que sobre la humanidad ejerce.

¡Soberbia!

He aquí una palabra que, al significar el primero y el más grande de los vicios sociales, patentiza nuestra pequeñez y pone de manifiesto ante la imaginacion el abismo que separa el bien del mal, el justo del culpable, el Hacedor de la criatura.

«Encuéntranse personas, dice Balmes, exentas de livian»dad, de codicia, de envidia, de ódio, de espíritu de vengan»za; pero libre de esa exageracion del amor propio, que se»gun es su forma, se llama orgullo ó vanidad, no se halla »casi nadie, bien podria decirse que nadie.»

Registremos la tradicion, penetremos en la parábola. De junto al mismo trono del Eterno irradió un dia, aunque impotente, esa elacion increible, ese mónstruo de cien cabezas, que al ser precipitado del empíreo por la celeste cólera juró tomar venganza derramando su veneno por toda la superficie de la tierra.

El paraiso perdido de nuestros primeros padres señaló su dominacion en ella.

La lepra desde entónces fué incurable.

El espíritu civilizador que á través de los siglos avanza con lento paso, propende á destruirla iluminando las inteligencias con su luz divina.

¿Lo conseguirá? He aquí la pregunta que nos hacemos.

A contestarla satisfactoriamente; más aun, á reunir materiales de fortísima pujanza que tiendan á conseguir tan santa idea, deben dirigirse los esfuerzos de todos.

La civilizacion, que hermana con los sagrados lazos de la ciencia, que iguala, puesto que tiende á que la verdad en todo resplandezca, curando ese estrabismo de la razon que nos invade y que nutre las almas con la verdadera fé en la nueva vida que comienza al morir la materia, ha de ser el único antídoto, el noble campeon á cuyo esfuerzo sucumba tan ponzoñosa hidra.

Si por nuestra desgracia es un mitho la perfeccion absoluta aquí abajo; si como decíamos ántes, la soberbia al caer sobre la tierra abrió anchuroso abismo entre Dios y el hombre, no olvidemos que pueden cegar aquel nuestros esfuerzos, y que la *humildad*, esa virtud que enseña á distinguir lo bueno de lo malo y la verdad de la mentira, habrá de lograrlo con fortuna.

La idea, pues, del presente libro es evidenciar los perniciosos resultados de semejante pecado y la variedad de sus manifestaciones.

El orgullo que hincha, la vanidad que ciega, el amor propio que, como decia Bacon, no admite más Dios que su mismo ídolo, tienen por auxiliar la hipocresía, puñal de dos filos que á traicion descarga sus golpes en las tinieblas del misterio.

Reseñar el fin á que conducen tales miserias, anatematizándolas, si no de otra manera, con todo el ardor de nuestra alma, es el objeto moral que nos hemos propuesto.

Lector, un grano de arena allegado con fé al edificio del bien comun que se elabora, debe aceptarse. Vale.

LIBRO PRIMERO.

LOS DOS CAPITANES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Una noche tempestuosa.

I.

El dia 31 de Octubre de 1837 iba á espirar.

La triste luna pugnaba en vano por iluminar con su melancólico resplandor los campos de Vizcaya.

Negras y apiñadas nubes columpiábanse en el vacio derramando sobre ellos torrentes de agua.

De tiempo en tiempo, la pálida y fosforescente luz de los relámpagos descendia á la tierra, y el terrible tableteo del trueno, cual si se guiara por aquella, seguíala inmediatamente rebotando ensordecedor de la montaña al valle.

El Océano, alborotado y mugiente, agitábase entre los límites que el Hacedor le señalara, y sus espumosas olas, que parecian escalar el cielo, venian despues á hundirse en bullidor estrépito en el fondo del abismo.

Era cerca de la media noche.

Los pocos vecinos del pequeño pueblo de Basigo, tal vez dormian tranquilos al arrullo de la bronca y furiosa tempestad.

Basigo es una humilde villa enclavada en el centro de Vizcaya y en su costa más al Norte.

A su izquierda, en el mismo cabo de Machichaco, se eleva la torre de un faro, que con su luz, visible á bastantes millas de distancia, guia al intrépido navegante en su derrota.

El hombre encargado de custodiarle es tal vez el único que en aquellos contornos se halla despierto y vigilante.

Penetremos en su habitacion, ó sea en el primer piso de la mencionada torre.

Podria tener la sala principal unos ocho piés en cuadro, y en el centro de ella hallábase el hogar con su inmensa campana y sus asientos laterales.

En el centro de él ardian dos enormes troncos.

Cuatro sillas, una mesa de pino de pequeñas dimensiones, y en un vasar algunos avíos de cocina, constituian el único adorno de aquella reducida estancia.

En el rincon más próximo al hogar veíase tambien una magnífica escopeta de dos cañones.

Sentado cerca del fuego se hallaba el hombre de la torre.

Podria tener unos cuarenta años.

Su complexion era robusta, su talla casi gigantesca. La barba, negra y poblada, destacaba más el curtido moreno de su semblante.

La borla de su boina provinciana caia sobre el hombro derecho.

Abrigábase con un chaqueton de paño burdo, y los pan-

talones, de la misma clase, se ocultaban bajo las rodillas dentro de unas polainas de cuero.

El aspecto de aquel hombre, de puro tipo vasco, respiraba honradez al par que energía y fiereza.

Cuando llegamos junto á él, hallábase muellemente reclinado junto á la pared.

De sus labios pendia una enorme pipa, de la cual brotaba á cortos intervalos azulada espiral de humo, que el provinciano, medio soñoliento, veia cambiar de formas y desvanecerse.

A pesar de que la deshecha y terrible tormenta parecia aumentar en intension, solo abandonó aquel su entretenimiento para pasar á esa inmovilidad especial precursora infalible del más tranquilo sueño.

Con perezosa accion libró á sus labios del peso de la pipa y se acomodó más á gusto en el rincon de la cocina.

Morfeo iba á estrecharle entre sus brazos.

De pronto y cuando comenzaban á perderse las últimas vibraciones de un fuerte trueno en las vecinas montañas, un golpe seco y ronco hizo extremecer la puerta de la torre.

El provinciano levantó la cabeza con asombro y de un salto se puso en pié.

—¡Diablo! estaré soñando. ¡Parece que han llamado! ¡Pero quién podria ser!

¡Báh, báh! decididamente me equivoco: mi hermano, que es el único que podria acordarse de mí á estas horas, no estará de vuelta lo ménos en ocho dias, conque...

Aquí llegaba de su breve monólogo, cuando otros dos golpes dados aun con mayor fuerza, vinieron á interrumpirle.

—¡Oh! no me equivoqué, continuó despues de un momento; ¿quién diantre será?

Por San Salvador, que pronto saldré de dudas.

Diciendo así, encendió en las llamas del hogar la mecha de un pequeño farol, tomó la escopeta, que amartilló con tranquilo pulso, y enderezó sus pasos hácia la planta baja.

Al llegar á dos pasos de la puerta dejó el farol en el suelo y exclamó con voz fuerte:

—¿Quién llama?

—¿Es esta la torre del faro de Machichaco? contestaron en propia forma y con cierta inflexion de mal humorada superioridad.

—La misma.

—Pues abra entónces.

—¿A quién?

—Al portador de una comision importante.

—¿Y usted es?....

—¡Mal rayo! ¿quiere usted abrir y hablaremos dentro, ó es que tiene miedo?

—¡Yo miedo! exclamó el vasco frunciendo el entrecejo; si empieza usted por ahí, ya estaríamos frente á frente desde la primera palabra.

Y así diciendo, con mano fuerte deshizo las dos vueltas de la llave y franqueó la puerta.

El huésped trasnochador no se hizo de rogar mucho tiempo.

Un segundo despues se hallaba junto al torrero.

—¡Gracias á todos los santos! prorrumpió sin bajar el embozo de su capa; ¿supongo que tendrá usted fuego?

—Sí, señor, dijo aquel con intencionado sarcasmo; arriba se calentará y hablaremos. Suba usted.

El desconocido no se hizo de rogar, y tomó la escalera precediendo al torrero.

Este advirtió que la capa del extraño personage estaba llena de lodo.

¿Será un malhechor? se dijo para sí.

¡Eh! pronto lo veremos; no tendrá más que dos manos, y yo no soy manco, conque sea lo que quiera.

Cuando llegaron á la habitacion que ya conocemos, el torrero dejó el farol sobre la mesa, y volviéndose hácia el desconocido, le dijo así:

—Ahí tiene usted lumbre, siéntese junto á ella y hablemos.

—Gracias, buen Agustin, contestó aquel dejando caer el embozo y descubriendo su rostro.

—¡Don Fernando!

—No te figurarias que al cabo de ocho años que no nos vemos, escogiese yo tan hermosa noche para hacerte una visita, ¿no es cierto?

—Ya lo creo, señorito; ¿pero cómo diablos ha sabido usted?....

—¿Que tenias el servicio del faro, verdad?

—Sí, señor.

—Todo lo sabrás, Agustin, todo absolutamente. Pero ahora, continuó tomando asiento junto al fuego, haz lo que yo y estame atento.

—Estoy siempre á sus órdenes, señorito, replicó Agustin sentándose enfrente.

—Pues escucha.

Antes de que comiencen su plática, hagamos ligeramente á nuestros lectores el retrato del llamado don Fernando.

Podria tener de venticuatro á venticinco años.

Su estatura era regular y sus modales distinguidos.

Sin que pudiera llamársele hermoso, su semblante, ligeramente pálido, rebosaba nobleza y simpatía.

Un bigote negro y rizado cubria su labio, haciendo resaltar el blanco mate de su magnífica dentadura.

Sus ojos, grandes y negros tambien, brillaban con enérgica expresion, demostrando una fuerza de voluntad á toda prueba.

Su traje era sencillo, casi severo.

Un gaban, completamente abrochado, subia hasta el cuello, dejando ver tan solo el nudo de una corbata de raso negro.

Llevaba calzon de ante y botas de montar hasta la rodilla.

Gorra de hule y una capa sin esclavina completaban el resto de su equipo.

Ahora continuemos:

—Querido Agustin, exclamó el jóven, muy grande es el favor que vengo á pedirte.

—Me lo figuro, señorito, porque en una noche como esta no se sale al campo con tanta facilidad, replicó el torrero sonriendo.

—Por lo mismo, Agustin, y porque no te engañas en tu suposicion, un deber de conciencia me obliga á hacerte ver cuánto vas á exponer en caso de que quieras servirme.

—Señorito, no me avergüence usted; mucho tiempo hace que no nos vemos, pero yo siempre soy el mismo.

—Es que esta noche, en estas mismas playas, á la orilla de ese mar rugiente, solo el poder de Dios sería bastante

á impedir el trágico suceso que tal vez vaya á representarse.

En el semblante del vasco no se advirtió la más pequeña conmocion.

—¿Y qué le hemos de hacer? replicó; sea lo que quiera, yo no aprecio en valde; cuente conmigo.

—¿Aun cuando arriesgues la vida?

—¡Báh! ¿sería la primera? Una vez hemos de morir, conque venga cuando Dios disponga.

Mire usted, señorito, es la manera mejor de librarse de pasar trabajos, se descansa con todo el cuerpo ... Y diciendo así, sonrió con la más perfecta tranquilidad.

En el semblante del jóven pudo notarse, ante heroismo tan noble como sencillo, cierta admiracion dolorosa.

Casi se arrepintió de haber acudido á comprometer al honrado provinciano.

—¡Oh! decia para sí; ¡yo, que cediendo á la influencia de mi situacion de espíritu, hasta comencé por tratarle con dureza; y él, cual si de lo más sencillo se tratara, va á arriesgar su vida por servirme!

¡Agustin! continuó en voz alta, jamás olvidaré tu proceder para conmigo. Si el cielo me librase de los peligros de esta noche....

—Vaya, deje usted eso ahora, y dígame qué tengo de hacer.

—Pero....

—Le prevengo á usted que ya no sale de aquí sin que le acompañe.

—¡Oh! venga esa mano, Agustin; confieso que tus nobles palabras despertaron en mí cierto remordimiento; no advertí, casi no habia pensado hasta entónces, cuán grande sacrifi-

cio venía á exigirte, y gozoso me hubiera alejado sin tí.

—Pues no hay más remedio, señorito, replicó el valiente montañés con cariñosa sonrisa, al mismo tiempo que estrechaba entre su callosa mano la que tendiera don Fernando.

—¿Es esa tu decision formal?

—Mi mayor deseo.

—Pues bien, ya que así lo quieres, acepto y te doy gracias con toda mi alma.

Vamos á ver, ¿qué distancia hay desde esta torre al mar?

—No llega á un tiro de fusil ni con bastante.

—Bien; ¿y sabrás hacer de modo que á pesar de la oscuridad de la noche lleguemos hasta él sin tropiezo?

—Ya lo creo.

—Pues vamos.

—En marcha.

—Coge la escopeta y tu cuchillo. ¿Tienes una cuerda fuerte?

—Sí, señor.

—Pues tómala, y andando.

Agustin salió de la sala-cocina, y un momento despues volvia junto á don Fernando.

Habíase provisto de una maroma delgada y de resistencia, que podia tener de longitud de diez á doce brazas.

La rodeó á su cintura cuidando de que pudiera con facilidad salir de la vaina un enorme cuchillo de monte que asomaba por la parte superior de la faja, y despues de haber echado sobre sus hombros un pesado capote, cogió la escopeta, diciendo:

—Ya estoy listo, don Fernando.

—Pues vamos.

—¿Pero usted no lleva armas, señorito?

—Sí, un par de pistolas inglesas magníficas y un cuchillo por el estilo del que tú llevas. Hay suficiente; marchemos.

El torrero hizo una señal de asentimiento, y lanzando una ojeada como de despedida á su habitacion, echó delante con la llave de la puerta y el farol-linterna en una mano y la escopeta en la otra.

Un instante despues se hallaban en el campo.

Habia cesado la lluvia.

Los truenos zumbaban perezosamente, y cada vez á más largos intervalos.

La tempestad se alejaba.

La oscuridad era profunda y densa.

Agustin, como más práctico, iba un poco delante.

La marcha de aquellos dos hombres era lenta y trabajosa.

Por toda aquella parte la costa cantábrica es fuertemente pronunciada, como armonizando con el impetuoso mar cuyo poder contiene; así que, aun cuando el torrero fuese conocedor de aquella localidad, eran tan densas las tinieblas en que se envolvian, que solo con grandes esfuerzos avanzaban hácia la playa.

El ténue y fugaz resplandor de los relámpagos servíales de auxiliar muy importante, si bien apénas disipada su fosfórea luz, la oscuridad parecia más intensa y profunda.

—¿Sabe usted, don Fernando, que apénas comprendo cómo pudo acertar con la torre? exclamó Agustin un tanto contrariado al ver que tropezaba entre las rocas más de lo que hubiera querido.

—Salí desde Bermeo en el caballo de un labrador que casi diariamente hace el viaje al pueblecito que tienes aquí cerca.

—¿Y dónde le ha dejado usted?

—No lo sé. Caimos los dos á unos cien pasos de la torre, y sin duda, acobardado con la tempestad, al verse libre huyó á escape por entre esas quebradas.

—Ya hemos llegado, interrumpió Agustin deteniéndose. Cuidado, don Fernando, que la mar no está hoy para bromas.

—¿Estamos cerca?

—A la orilla; y tanto, que si nos detenemos aquí mucho tiempo puede que nos bauticen las olas.

¿Vé usted qué ruidito más halagüeño? Mi vecino se encuentra alborotado.

—Vamos á ver, Agustin, ¿dónde nos hallamos?

—¿Dónde? exclamó este al cabo de un momento, tenemos á Machichaco aquí á la izquierda, á unos cuarenta pasos; por consiguiente á Basigo casi junto á nosotros, dejando á la derecha la villa de donde usted ha venido.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Entónces dirígete hácia el primer punto y está á la espectativa. Agustin, tal vez te espera una buena centinela; si notas la arribada de una barca, ayúdala con el cable que has traido.

—¿Una barca dice usted?

—Sí.

—¡Don Fernando!

—¿Qué es eso?

—¿Con el chubasco que acaba de pasar es posible que...

—Era forzoso.

—¿Y de dónde viene? dijo Agustin cada vez más admirado.

—Muy cerca de aquí; de Mundaca.

—Sin embargo....

—¿Qué?

—Dios haga que no acudamos en su auxilio inútilmente.

—¡Cúmplase su voluntad!....

Despues de un momento de silencio continuó el torrero:

—¿Y le han dicho á usted que procurarán tomar tierra?....

—Junto al cabo, cuanto les sea posible.

—Pues bien, entónces yo marcho hácia allá; ¿y usted?

—Yo, por el lado opuesto.

—Entónces siga usted todo lo más recto que pueda, procurando tener esa masa negra que distinguirá á la derecha, en ese mismo sentido.

—Gracias, Agustin.

—Tome usted este silbato; si me necesitara....

—Guárdale; traigo una bocina de caza.

—¡Magnífico! entónces ya sabemos cómo entendernos. Si ocurriera, llame usted con fuerza, porque ese ronquido de nuestro huésped alborotado ensordece que es un gusto. ¡Ah! no olvide usted conservar siempre esa roca á la derecha.

—No lo olvidaré. Gracias, Agustin.

—¡Báh!

—Ya sabes, poco más ó ménos, hácia dónde voy á estar; si tuvieras más suerte que yo y los recibes, me buscareis en la direccion que indicas.

—Corriente.

—Pues hasta luego.

—Adios, don Fernando.

Diciendo así, se separaron sin añadir más palabra.

Dejemos al torrero marchar hácia el cabo, y sigamos al que en noche tan tempestuosa habia acudido en su busca.

No olvidando las instrucciones de aquel, comenzó de nuevo su marcha en sentido inverso al que seguia el provinciano.

Nada más fantástico, á la tibia luz de los ya tardíos relámpagos, que la silueta de aquellos dos hombres que caminaban silenciosos casi á orilla del Océano, salvando los mil riscos de aquella costa escarpada en una noche de tormenta.

Hay situaciones que apénas se conciben, y sin embargo, para aceptar en la novela la palabra inverosimilitud, debia ser preciso que el hecho que tal concepto mereciese fuera porque se refractara en él un imposible ridículo.

La historia de un hombre es un puro contrasentido, una inverosimilitud continuada.

Sucesos acaecen en la vida real que, á ser estampados en las páginas de un libro, el lector más crédulo los rechazaria como imposibles.

¡*Nihil nobum sub sole*! Esto es incontestable; y del propio modo y como consecuencia de tal axioma, puede asegurarse que sin ser un absurdo que rechace el sentido comun, el parto de la imaginacion más rica, el nudo más intrincado, la solucion más imprevista, han sido ya, y acaso en el terreno de la práctica.

Pero continuemos:

La marcha emprendida por Agustin era mucho más difícil y peligrosa. Tenian que acercarse cuanto más pudieran á

la orilla del mar, y este, del lado izquierdo de la torre, no tenia otro acceso que una bajada por entre rocas cortadas á pico.

Sin embargo, más conocedor de aquella localidad, á él le tocaba tal direccion.

La ruta que siguiera don Fernando, á la derecha de la cita da torre, ó sea direccion á Bermeo, no por eso dejaba de ser peligrosa, teniendo en cuenta la profunda oscuridad de la noche y lo escabroso y accidentado del terreno.

Era forzoso que atinara con las estrechas sendas que le surcaban.

Aunque decidido y resuelto en cuanto á llegar al fin que se proponian, su paso no podia ménos de ser vacilante; además, corria el peligro de ir rodando hasta el mar si abandonaba la senda, colocando su planta sobre aquel terreno resbaladizo y escarpado.

Al principio, y animado con las palabras del intrépido torrero, comenzó á caminar con cierta desenvoltura; pero bien pronto, cuando se halló sumido en las tinieblas, cuando comenzó á dar traspiés por entre las quebradas, aun cuando su corazon no sentia miedo, comenzó á dudar del éxito de su empresa temeroso de si se perderia entre las rocas.

Sin embargo, decidido á no dejarse abatir, y confiando tan solo en la casualidad, prosiguió su camino con constancia, aunque lentamente.

Cuando hubo seguido así un buen rato, se detuvo.

Creyó haber escuchado un ruido extraño cerca de sí.

Prestó atencion, y al mismo tiempo llevó su mano al sitio en que guardaba las pistolas.

—Es particular, murmuró; he creido sentir como ruido de pasos.

¡Báh! no puede ser, á ménos que....

Al decir estas palabras se detuvo; á sus espaldas, inmediatamente detrás, volvió á escucharle, pero aquella vez de una manera clara y perceptible.

Iba á dar media vuelta, pistola en mano, cuando dos brazos vigorosos sujetáronle los suyos privándole de todo movimiento.

—¡Miserables! gritó don Fernando haciendo inútiles esfuerzos por desasirse, traidores. ¡A mí, Agustin!

—Es inútil, exclamó una voz bronca; nadie acudirá á tu llamamiento: el ruido del mar apaga la voz á dos pasos de tí.

—¡Oh! quien quiera que seas, si tienes valor, suéltame; así es como proceden los hombres de corazon.

—Vaya, silencio, porque bastará lo dicho para que si continúas así te se dé pasaporte para el otro mundo.

Tú, Malasangre, continuó la misma voz, átale con la cuerda, y en marcha.

No habia acabado este de manifestar sus deseos, cuando el así llamado sustituia con un buen lazo el oficio que hasta entónces hicieron sus manos.

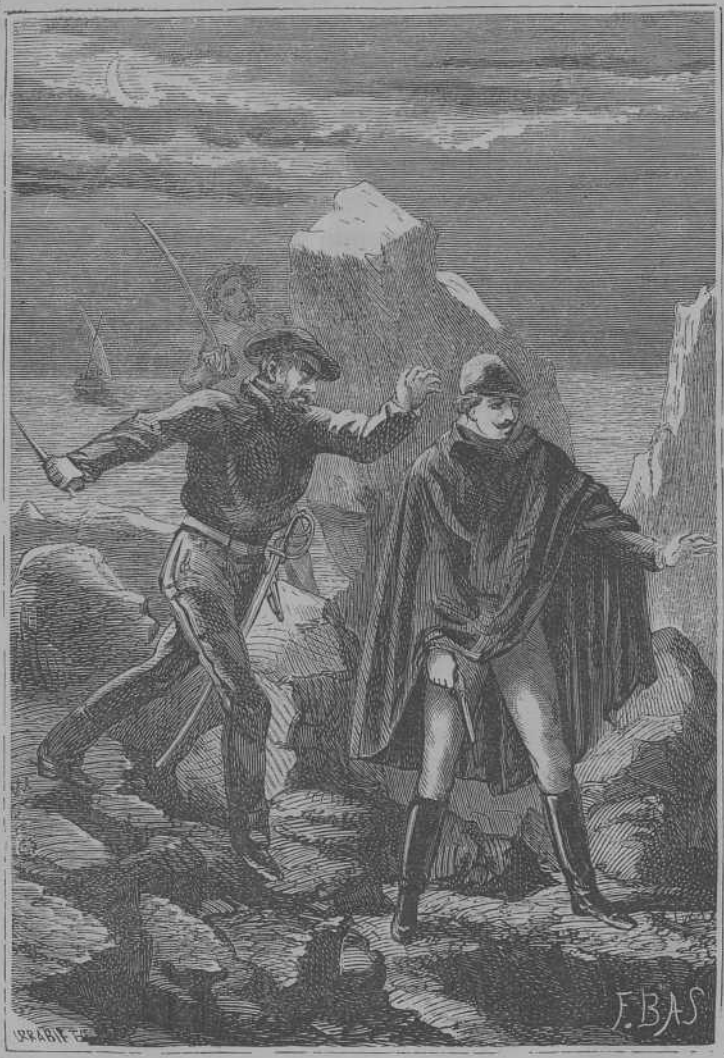
Vuelto en sí don Fernando de la primera sorpresa, dirigió sus miradas en derredor y vió ante sí dos hombres.

Ambos eran de elevada estatura. Con respecto á sus facciones no le era posible descubrirlas en la oscuridad.

Al sentir que la cuerda agarrotaba sus brazos, extremecióse de rabia y el fuego de su dignidad subió hasta el rostro.

—Una palabra, prorumpió con ademan altivo y entonacion resuelta.

Sobre mí llevo dos pistolas y un cuchillo de monte; registradme y lo vereis.



Iba á dar media vuelta, pistola en mano, cuando dos brazos vigorosos....

Tengo valor para seguiros donde quiera que sea necesario; pero en esta forma, atado como un miserable, os protesto por el Dios que nos oye, que solo podreis llevarme arrastra.

Habia tal decision, respiraban tanta verdad las palabras de don Fernando, que el que ántes habia hablado, despues de permanecer un momento silencioso como si se consultara acerca del partido que debia tomar, exclamó:

—Vaya, no quiero que se diga que soy poco tolerante; suéltale, Malasangre.

Hízolo este así, y cuando don Fernando quedó libre, dijo con voz aguardentosa:

—Ya está, señor Pedro.

—Corriente; entónces nada tenemos que hacer aquí; guia á la choza y á paso ligero.

Vamos andando, continuó este dirigiéndose á don Fernando, despues que hubo visto que Malasangre se colocaba á vanguardia.

En seguida los tres se pusieron en marcha.

Inútil es decir que don Fernando comenzó á cavilar acerca del imprevisto encuentro que acababa de tener.

Un secreto presentimiento le decia que no debia ser extraño á lo que le guiara aquella noche á tales lugares.

—¿Estarian aquí estos hombres esperando lo mismo que yo?

¿Y qué otra cosa podia ser?

Ladrones, no habian de escoger estos sitios para realizar sus hazañas, y mucho ménos con la tempestad que acaba de pasar.

La casualidad de que por aquí fueran á representarse escenas como en la que yo iba á ser actor, no es de suponer.

¡Oh Dios mio! todo me induce á sospechar que aquí se

hallaban para el mismo objeto. Entonces respiro; creerán que soy yo quien buscan, y tal vez mientras tanto se salven ellos.

Tal era el monólogo en que se ocupaba don Fernando mientras seguia los pasos de Malasangre y continuaba como escoltado por el señor Pedro.

Robustecido con tal idea, su único anhelo era desaparecer cuanto antes de la proximidad en que se hallaban al mar.

De cuando en cuando dirigia hácia él sus ojos, cual si quisiese penetrar á través de la oscuridad que le envolvia.

Con indecible júbilo vió que el guia, torciendo siempre hácia la derecha, tomaba una senda que él comprendió debia conducir á alguno de los pueblecitos separados de la costa y ya bastante tierra adentro.

Despues de que hubieron andado muy cerca de media hora, el guia se detuvo.

—¿Qué es eso? exclamó el que caminaba detrás de don Fernando; ¿á qué viene esa parada?

—Porque no distingo la choza; no arde en ella el fuego, segun habiamos convenido, para que sirviera de señal.

—Mal rayo. ¿Y no sabrias tú dar con ella?

—Imposible.

—¿Pues no eres tú de estos sitios?

—Sí, señor; ¿pero qué quiere usted?

—Bribon, voy á degollarte vivo.

—Pero, señor Pedro....

—Basta.

Sigue adelante, y abre los ojos, porque te prevengo que como nos perdamos, has de encontrarte lo que te hace falta.

—¡Ah, señor Pedro!

—¿Qué es eso?

—Frente á nosotros, un poquito hácia la izquierda, ¿no ve usted relucir algo?

—¿A la izquierda? A ver....

—Es la choza, no hay duda, exclamó Malasangre con acento alegre.

—¿Estás seguro, chico?

—Ya lo creo.

—Pues andando.

—Ve usted, ya se alza la llama. Se conoce que ahora mismo han prendido la hoguera.

De nuevo emprendieron su marcha en la direccion en que comenzaba aquella á elevarse.

Cuando se hallaron á treinta pasos de la choza, el llamado Pedro exclamó:

—¡Alto aquí! tú, Malasangre, sujeta á este mozo, y cuando oigas un silbido te presentas con él.

—Corriente.

—Hasta ahora todo sale á pedir de boca, ya lo ves; la hoguera ardiendo, la puertecilla de la choza cerrada herméticamente, y el caballo acomodado en aquella especie de establo; conque á ver si eres tú el que se encarga de echarlo á perder.

—¡Yo!

—Por ejemplo, si por cobarde ó descuidado fuera á largarse nuestro prisionero.

—¡Báh! replicó el mozallon con su voz cavernosa; si únicamente de ese modo se echa á perder el asunto, puede usted, señor Pedro, cantar victoria.

En buenas manos está el pandero.

—Corriente, más vale así.

Yo voy á anunciar nuestra llegada; en cuanto silbe, adentro.

—Así será.

El señor Pedro, sin añadir más palabra, se rebujó bien en la manta de caireles, y se dirigió á la choza.

Malasangre, con el cuchillo desenvainado, quedó guardando al amigo de Agustin.

La noche comenzaba á serenarse.

Aclaraban las apiñadas nubes, y el tibio resplandor de la luna vislumbrábase ya tras ellas.

CAPITULO II.

El doble crímen.

La choza á que se habian dirigido los tres hombres se formaba de tablas y de maleza.

Parecia una tienda de campaña.

Era bastante capaz, y á la derecha de la puerta, compuesta tambien de tres tablas unidas, partia una especie de pesebre corrido.

Le resguardaba la misma maleza, avanzando sobre él á toda la altura de la cabaña como un inmenso alero.

Para llamar el señor Pedro ante la frágil puerta, tuvo que pasar casi rozando con la hoguera que la obstruia.

Por entre los intersticios de las tablas se veia luz.

A los dos golpes que dió aquel, con cierto respeto, respondió una voz imperiosa:

—Adelante.

El señor Pedro empujó entónces con fuerza, y se franqueó la entrada.

El personaje que vamos á presentar á nuestros lectores es uno de los más principales de nuestra novela, y por lo tanto tenemos que ocuparnos de él con alguna detencion.

Al verle, nadie podria decir de una manera bastante aproximada qué edad podria tener.

Su estatura era elevada, y su desarrollo físico corria parejas con ella.

De semblante moreno y de facciones pronunciadas, aquel hombre, sin ser feo, era no poco repulsivo.

Sus ojos, grandes y negros, destellaban un fulgor fatídico y sombrío.

El bigote, negro tambien como la espesa cabellera, cubria su labio superior, y sus puntas largas y retorcidas elevábanse dando cierta altivez á la natural rudeza de aquel rostro.

La frente era ancha y espaciosa, y en ella se marcaban bien las pronunciadas arrugas de un entrecejo habitual.

Como complemento de aquella figura altiva y guerrera, olvidábamos citar una ancha y ensortijada perilla que venía á rozar su pecho.

El traje se componia de una elegante zamarra abrochada completamente, un calzon que permitia observar las bien acabadas formas de una pierna ancha y nerviosa, y unas botas de piel que terminaban por bajo de las rodillas.

En la cabaña no habia más que un pequeño banco de madera medio desvencijado, y al fondo, en el rincon de la derecha, un enorme monton de hojas.

Cuando entró el señor Pedro, el que acabamos de retratar, paseaba impaciente por la reducida estancia, y en el banco se hallaba una boina de grana con borla blanca.

—Gracias á Dios que has venido. Entra y cierra.

—Hízolo así el llamado señor Pedro, y se acercó con ademan respetuoso al que le habia hablado.

—Vamos á ver, interrumpió aquel de nuevo, ¿qué noticias me traes?

—Una, pero muy buena, señor marqués.

—Ante todo no vuelvas á olvidar la recomendacion que te tengo hecha.

—Perdone usted, pero no volverá á suceder.

—Aquí no hay marqués que valga. Continúa.

—Que cayó en nuestro poder el que buscábamos.

—¿De veras?

—Señor mar.... Sí, señor, como usted lo oye.

—Pero no estaria solo; ¿habrá habido resistencia?

—Solo completamente.

—No puede ser. Entónces no habeis acertado.

—¡Cómo que no! En semejante noche es posible que nadie viniera á estos sitios así por pura distraccion y sin que á ello le guiara un interés grande.

—¿Y qué señas tiene?

—Eso es lo que no podré decir, porque no veíamos ni los dedos de la mano. El cogerle casi puede usted creer que fué tropezar con él más que otra cosa.

—¿Y se encuentra con alguno de los tuyos?

—Sí, señor, con ese que llamamos de apodo Malasangre.

—¿Y la demás gente?

—En sus puestos, porque nosotros, una vez que hicimos la presa, no hemos querido proceder á nada ántes de traerla aquí.

—¡Oh! pero si no puede ser. Decididamente no es él, mur-

muró el que interrogaba al señor Pedro. ¿Cómo habia de venir solo? ¿Y ella? A ménos que.... la noche ha estado tempestuosa.... una frágil barca....

¡Nó! esto no ha podido acontecer, no lo quiero, nó, y mil veces nó....

Al decir estas palabras casi incoherentes, tal altivez, tal expresion de amenaza se pintó en su enérgico semblante, que el señor Pedro comenzó á sentirse desazonado.

Despues de una ligera pausa, durante la cual pasó una mano por la frente, cual si quisiera desterrar de ella ciertos pensamientos, exclamó en voz alta con destemplado tono:

—¿Y tú qué haces ahí, vive Dios, que no traes á ese hombre á mi presencia?

—Señor, esperaba....

—Basta; ¡vivo por él!

El señor Pedro salió de la cabaña casi hácia atrás, cerrando la puerta con una violencia que indicaba á las claras la satisfaccion con que se veia á la parte de afuera.

Miéntras desempeña la órden que acaban de imponerle, digamos algo acerca del hasta ahora misterioso personaje.

A pesar de su semblante curtido, de su alta estatura y aspecto imponente, el desconocido personaje era un jóven de veintiocho años.

Antes de cumplir los veinte murieron sus padres, dejándole una rica herencia y el título de marqués de Lézaro.

Su tutor, tio carnal suyo por parte de la madre, era un hombre rico tambien y excéntrico hasta más no poder.

Su comidilla eran los viajes.

Jamás pudo estar quince dias en un mismo punto.

Experto navegante, capitaneaba un barco de su propie-

dad, y con él se hallaba siempre cruzando la inmensidad de los mares.

Jacobo Cienfuegos, que así se llamaba el jóven huérfano, se acomodó bien pronto al género de vida que le propuso adoptar su tio.

Con un carácter despótico y voluntarioso, habíase criado Jacobo con todo el mimo de hijo único y las superfluidades consiguientes á la categoría y bienestar de sus padres.

Era por lo tanto, al quedar solo en el mundo, un jóven solo apto en las frivolidades y conocimientos del lujo, amaestrado no más que en la fútil instruccion que necesita el que va á ser, andando el tiempo, heredero de un pingüe título, y careciendo por consiguiente de estudios provechosos y de conocimientos útiles.

Camorrista y emprendedor, aceptó con júbilo correr en pos de su tio azares y peligros, y sin necesidad de enjugar lágrimas que no habia echado por la muerte de sus padres, acaecida en el espacio de tres meses, salió del puerto de Vigo á bordo del *Incansable*, que así se llamaba el hermoso bergantin de su tio materno.

Seis años vivió, puede decirse, sobre cubierta, tan pronto bajo el ardiente sol de las costas africanas, como en los mares del norte de Europa.

Las dos Américas fueron objeto de su curiosidad más constante, y allí residió largas temporadas.

Despues de mil azares, de aventuras increibles, que curtieron su rostro y embotaron su alma mal dispuesta desde su descuidada juventud á la sensibilidad y á la dulzura de sentimientos, murió su tio, dejándole dueño del barco y de toda su fortuna, que no era escasa.

Habia congeniado con él en tales términos, sin duda alguna por haberse reconocido de la misma madera, que, segun confesion propia, si por algo sintió morir aquel viejo escéntrico y duro, fué por no disfrutar más tiempo con su sobrino de aquellos viajes de recreo que durante algunos años le habian ocupado.

Uno ántes de la época en que da principio nuestra novela, habian tenido lugar estos últimos acontecimientos.

Cuando el marqués de Lézaro se vió de nuevo solo en el mundo, trató de volver á España con el único objeto de cambiar de género de vida por algun tiempo.

Llegó á las costas cantábricas fiel á este propósito, y dejando en Bermeo su embarcacion, trasladó á Bilbao su residencia.

Un acontecimiento muy en armonía con sus ideas de violencia é intranquilidad, vino á sorprenderle.

La guerra civil ardia en España con terrible violencia.

El marqués de Lézaro vió con júbilo una magnífica ocasion para dar rienda suelta á sus instintos feroces y ambiciosos.

A los quince dias de residir en España, salió en busca del general Zumalacárregui.

Al presentarse á él el de Lézaro, lo hizo con un tren ostentoso: una vez en presencia del general, se expresó así:

—Caballero, vengo á hacer á usted una consulta; le ruego me dispense, ya que voy á molestar su atencion durante breves momentos.

—Diga usted cuanto guste.

—Yo quiero servir á la causa de don Cárlos; esto ¿es posible?

—Desde luego, contestó el general sonriendo.

—Vamos á ver si igualmente puede ser en la forma que yo lo deseo.

—Explíquelo usted.

—Es la siguiente:

Yo me comprometo á equipar cien hombres á caballo, y batir con ellos, siempre que encuentre ocasion, á las tropas de la Reina, pero de ninguna manera consiento en obedecer á nadie.

Si ustedes, por efecto de un plan, abandonan estas provincias, y yo quiero continuar en ellas, soy libre para hacerlo.

En una palabra, general, me brindo á trabajar en pró de la causa porque usted trabaja, y solo exijo en cambio derecho para vestir á mi gente el uniforme carlista, siendo absolutamente de mi cuenta su completo sostenimiento.

—Caballero, ¿puedo saber con quién hablo? le contestó el general.

—Sin duda ninguna. Soy el marqués de Lézaro, y tengo una fortuna bastante á cumplir desahogadamente lo que en este momento ofrezco.

—Entónces no puedo dar á usted la contestacion que me dictaron sus palabras.

—¿Por qué? Tendré mucho gusto en oirle.

—Pues es la siguiente: Que siendo usted el que ha de capitanear esa partida, y teniendo un título de nobleza que le obliga á conservarle en su prestigio, no cometerá desmanes indignos de un caballero.

—¿Es un consejo embozado el que escucho?

Habia en estas palabras cierta entonacion de desdeñosa

altivez; así que el general carlista, en el primer momento se le quedó mirando en silencio.

Despues, con una imperceptible sonrisa replicó:

—No lo es, caballero, porque en todo caso, si á pesar de lo que su posicion le obliga prescindiese de ella abusando, sabria yo encontrar medios para aplicar el correctivo.

No crea usted que en mis palabras se envuelve la más ligera sombra de insulto, no hago más que prevenir, al propio tiempo que contestar á las suyas.

El marqués de Lézaro se despidió del general, despues de que por algunos momentos continuaron amigablemente conversando, y se llevó por escrito la autorizacion solicitada.

Olvidábamos decir que con él hacia ya algunos años vivia como criado de confianza el que ántes oimos llamar señor Pedro.

Era un hombre que hacia muy buena pareja con su amo.

Su aspecto y su fisonomía eran extraordinariamente antipáticos.

Moreno fuertemente pronunciado, llevando la barba corrida y con sus cejas unidas, bajo las cuales relucian dos ojos de pantera, á la vez que imponia respeto causaba repulsion.

Cuando el marqués de Lézaro se halló autorizado por el general para levantar su partida, púsose en union del señor Pedro á buscar la gente que necesitaba.

A los ocho dias tenia á su disposicion cien hombres á caballo perfectamente armados, vistiendo el uniforme de don Cárlos.

El señor Pedro se habia multiplicado, é interpretando

fielmente la voluntad del marqués, dióse tan buena maña, que cuando hemos dicho citó á su amo, fuera de la ciudad y entre esta y Arrigorriaga halló el marqués á sus cien hombres formados en batalla.

Presentado que fué el de Lézaro ante aquella gente por el señor Pedro, tomó la palabra en estos términos:

—Muchachos: no se si sabeis ya que con pretesto de la guerra, en la que terciaré cuando quiera, solo he deseado tener á mi disposicion cien brazos armados que obren con arreglo á mi antojo.

No os faltará dinero en la bolsa y lastre en el estómago; pero al primero que me falte ó yo conozca que no me sirve, se encontrará algo que no será de su agrado.

Obediencia ciega ha de ser vuestra bandera; y fuera del señor Pedro, á quien desde ahora os presento como mi segundo, no hay aquí más jefe, rey ni Roque que yo.

He concluido: el que no acepte mi proposicion, á tiempo está todavía; libre es desde este instante.

Ea, ¿lo oís? aquel á quien yo no parezca bien, ó al que mis palabras no sean de su agrado, que salga de fila y se largue cuanto ántes.

Despues de una pequeña pausa, durante la cual no se advirtió ni un gesto entre los cien ginetes, el marqués continuó así:

—Corriente; eso quiere decir que marcharemos bien.

Tú, Pedro, puesto que los reclutaste, conocerás cuál es el más dispuesto para que en ocasiones dadas pueda ser tu sustituto; haz que salga de filas y que acuda ante mí.

El señor Pedro se inclinó en señal de asentimiento, y dirigió su caballo hácia la pequeña columna.

Un instante despues volvia junto á su amo, acompañado del que acababa de elegir.

Era un robusto riojano de mirada atrevida y semblante astuto, que con la mayor desenvoltura saludó al marqués.

—¿Es este el que escoges, éh?

—Sí, señor, replicó el señor Pedro.

—Muy bien. Pues desde ahora eres nuestro sargento.—Ahí va ese bolsillo para que bebais todos á mi salud. Que te diga Pedro dónde has de conducir á los chicos, y hasta la primera.

El ginete recogió el bolsillo haciendo una especie de cortesía, y el marqués volvió grupas hácia Bilbao, diciendo á su criado:

—Alcánzame en seguida.

Cuando aquel escuadron improvisado supo la nueva dádiva que debia á su jefe, prorumpió en alegres y entusiastas aclamaciones.

En cuanto el señor Pedro comunicó al riojano el sitio á donde debian dirigirse, soltó las riendas á su caballo, y á los pocos momentos se hallaba junto á su amo.

—¿Qué le parecen á usted los muchachos, señor marqués? exclamó, cuando se hubo acercado, con cierta satisfaccion.

—Me gustan.

—Hay allí malas caras con fuerza.

—Así es, lo peor de cada casa, pero eso los recomienda más á mis ojos.

¿Por supuesto que les habrás dicho que todas las horas del dia las tendrán ocupadas en cuanto yo disponga?

—Desde luego. A pesar de la observacion de usted, serán cien corderos en lo humildes.

—¿Tambien supongo que les habrás dirigido á ese caserón que acabo de comprar extramuros del pueblo?

—Sí, señor. Es el sitio que podiamos haber encontrado más á propósito.

—Ya lo creo; en circunstancias normales ese ha de ser el cuartel.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando el ruido de los caballos, que avanzaban al trote, les hizo suspenderla y pararse á una orilla de la carretera con objeto de verlos pasar.

El nombrado sargento caminaba á la izquierda, y un poco delante, y despues en filas de á cuatro hombres, marchaba el escuadron.

—¿A que no sabe usted, señor marqués, la idea que acaba de ocurrirme? exclamó Pedro, despues que aquellos se hubieron alejado.

—¿Cómo quieres que lo adivine?

—Que da lástima el considerar el dinero que se ha gastado ya en ellos, y el que falta.

—Pedro, por última vez te encargo que no vuelvas á tener ideas sin mi permiso.

En el fiero semblante del criado no se pintó la más leve sombra de ira.

Inclinó su cabeza sin añadir ni una palabra.

En cuanto al marqués de Lézaro, cediendo á las inclinaciones de su carácter atrevido y emprendedor, tomó parte mil veces en la lucha de que diariamente eran teatro las Provincias.

Cada vez estaba más contento de su gente.

Su criado Pedro, hombre experimentado en los peligros y conocedor del mundo, habia sabido escoger para su amo

cien bribones dispuestos á cualquier empresa y exentos de todo escrúpulo.

El marqués, dando rienda suelta á sus instintos, comenzó á formar su historia de amores en Lezama, pueblo próximo á la capital de Vizcaya.

Una noche, al regresar á su domicilio, oyó ruido de aceros en la calle en que habitaba.

Cediendo á sus instintos, dirigióse hácia al lado en qué se oian, y bien pronto se halló en el lugar en que se verificaba una desigual contienda.

Vió á un hombre solo defendiéndose de cuatro, que rencorosos le acometian fiados en su superioridad.

El marqués, sin vacilar un momento, tiró del estoque que ocultaba su baston, y de un salto vino á colocarse junto al que peleaba solo.

Su espíritu caballeresco y aventurero le impelia á mezclarse en aquella escaramuza.

La serenidad de su corazon y su potente brazo fueron bastantes á que á los pocos momentos se pronunciaran en precipitada fuga los que á merced á su superioridad iban á llevar á cabo, sin duda alguna, el propósito de muerte que contra aquel hombre les animaba.

Cuando este y el marqués fueron dueños del campo, exclamó el primero:

—Caballero, lo conozco, os debo la vida; gracias en nombre de mis hijos.

—Nada de eso, señor mio; estas cosas las hago yo siempre porque me proporcionan un goce.

Ya que todo ha terminado, saludo á usted afectuosamente y me retiro.

—¡Oh! nó, caballero, no será sin que ántes ofrezca á usted como debo y en prueba de reconocimiento, mi casa y persona.

Me llamo Patricio Olmedo, y habito en esta misma calle en el número 15.

Soy coronel de caballería de las fuerzas de don Cárlos, y puede contar que en mí tendrá siempre un amigo verdadero.

—Doy á usted mil gracias, caballero. Soy tambien jefe, aunque independiente, del mismo ejército.

Hace dos meses que resido aquí, y tal vez por eso sea para usted mi nombre extraño.

Soy el marqués de Lézaro, y me ofrezco siempre á sus órdenes.

—Pues algo se de usted, señor marqués, replicó sonriendo el coronel.

—¡Hola!

—Se que de una manera algo excéntrica se presentó usted á nuestro general Zumalacárregui demandando autorizacion para levantar una partida.

Aunque hace muy poco tiempo que cumplió usted su ofrecimiento, sabemos en el ejército cuánta ha sido su bizarría en los encuentros que ha tenido con el enemigo.

—Hábito en los peligros, y nada más, es lo que ha habido por mi parte, contestó el marqués con cierto énfasis presuntuoso.

—¡Oh! sea como quiera, el mérito debe ser alabado.

—Coronel, ¿me permitirá usted que le haga una pregunta?

—Estoy á sus órdenes.

—Pues bien. ¿Cómo es que teniendo usted esa graduacion en el ejército de don Cárlos, se halla en esta villa léjos del teatro de la guerra?

—Contestaré con mucho gusto á su natural pregunta.

Hace un mes, dias más ó ménos, que recibí un sablazo en el hombro izquierdo, que afortunadamente no ha tenido los resultados que en un principio auguraron los médicos.

Soy hijo de esta poblacion, y vine aquí á restablecerme. Dentro de ocho ó diez dias espero, Dios mediante, poder reunirme con mis compañeros.

Miéntras así departian, llegaron á casa del coronel, y reiterando este de nuevo sus ofrecimientos, el marqués le prometió visitarle más de una vez ántes de que marchara al ejército.

Don Patricio Olmedo era hombre de unos cincuenta años, de carácter duro, despótico y atrabiliario.

Conforme y fiel á sus ideas políticas, las aplicaba en su casa con el más duro despotismo.

Era, en una palabra, un viejo gruñon, insufrible bajo tales conceptos.

Tenia dos hijas, una de diez y ocho años y otra de veinte, y un hijo de catorce.

Era viudo, y tanto en estos como en su hermana, á cuyo cuidado quedaban durante sus ausencias, procuraba aplicar lo más que podia la ordenanza militar.

El marqués de Lézaro comenzó á visitar aquella casa.

Las dos hijas del coronel eran hermosísimas, hasta el punto de que en el pueblo las llamaban los dos ángeles.

La mayor era morena.

Su belleza incitante arrebataba.

Sus ojos negros, rasgados y vaporosos, entornábanse amenudo cual si cedieran al peso de sus largas pestañas.

Su boca, sonrosada y diminuta, encerraba dos car-

reras de dientes pequeños de purísimo y blanco esmalte.

Era alta y esbelta; en una palabra, una hermosura enloquecedora.

La otra era el tipo opuesto, blanca como una azucena y rubia como un rayo de sol.

A través de su nacarado cútis casi se advertia la tranquila circulacion de la sangre.

Sus ojos, azules y rasgados, destellaban una inocencia y humildad que atraia.

Su boca pequeña no revelaba sensualismo, y la pureza de contornos de aquel semblante angelical, hacía recordar la venus de Milo.

Era alta tambien, aunque más delgada que su hermana.

Aquella se llamaba Julia, y esta Amparo.

De la primera destellábase fuego, pasion, vehemencia. El tipo árabe más completo y acabado.

En la segunda, ternura, sensibilidad y resignacion.

Los dos polos opuestos.

La mujer y el ángel, lo terrenal y lo divino.

El marqués se enamoró de ambas.

La una hablaba fuertemente á sus sentidos: la otra, Amparo, con su candor, con la inocencia siempre respetable que irradiaba de todo su sér, habló á su orgullo, desafió su altivez.

Desde luego y en primer lugar, fijó sus miras en Julia.

Eran más afines, y sin pensarlo el de Lézaro quiso empezar por ella.

El carácter del marqués, su figura y su arrogancia fueron un motivo más para que el coronel Olmedo simpatizase con él.

Por esta razon no gozaba mas sino en su compañía.

Entre caractéres de esta naturaleza, la confianza más absoluta ó el ódio enconado penetran muy pronto enseñoreándose de sus almas.

El marqués de Lézaro comenzó á ir todos los dias á casa del coronel.

Julia le recibia con amable franqueza.

Amparo con la sonrisa de su inocencia.

Llegó el dia en que don Patricio Olmedo, completamente restablecido de su herida, tuvo que marchar á incorporarse con el ejército.

La casa quedaba encomendada, como siempre, á su hermana.

Despidióse de todos, y salió con el marqués, que quiso acompañarle un buen espacio.

En el camino, y especialmente en el momento de despedirse, le rogó con mucha insistencia que no dejara de visitarlas alguna vez. Que al dia siguiente se trasladaban á su casa de Plencia, y que si le era posible fuese allá.

El marqués se lo ofreció solemnemente, y se separaron.

Excusado es decir que el de Lézaro comenzó bien pronto á obedecer los ruegos del coronel.

Sin que este lo hubiera indicado, pensaba obrar así en armonía con sus propósitos.

Se trasladó á Plencia.

Julia y el marqués eran dignos uno de otro.

Eran fuertes y esforzados.

El marqués ansió la conquista de Julia considerándola como una victoria para su amor propio.

Julia, con esa intuicion especial de la mujer, compren-

dió todo el abismo que se abria en el alma del marqués.

Era valiente y aceptó el reto.

No le odiaba, queria vencerle.

Se hallaron, pues, frente á frente.

El marqués hasta cierto punto empezaba con una gran desventaja.

Julia tenia un amante.

Comprendiendo que no habia de ser aceptado por su padre, que queria casar á sus hijas cuándo y con quien él quisiese, supo guardar el secreto, excepto para su hermana Amparo.

El marqués, que no era hombre capaz de perder el tiempo, se declaró á Julia de un modo especial.

Con perfecta seguridad del éxito, con cierta volubilidad y como de pasada, aun cuando en términos claros y precisos.

La jóven le rechazó con desdeñosa sonrisa.

Un nó burlon y despreciativo salió de sus labios, adornado de cuantos recursos de efecto puede suministrar la coquetería.

El marqués sintió el golpe, quedando un tanto desconcertado.

Era la primera vez que se veia claramente despedido.

Aquella entrevista terminó así.

A los dos dias el de Lézaro volvió á la carga.

En nada varió la manera de expresarse. La única diferencia que hubo entre las dos declaraciones, fué que en esta empleó más razonamientos.

Julia, siempre inflexible, procedió en un todo como la primera vez.

Si cabe, con mayor ironía.

El marqués se enfureció.

En las ocasiones graves consultaba sus cuitas con su sombra, con su criado Pedro.

A él recurrió entónces.

Despidióse de casa de Julia y marchó á la suya.

En cuanto le vió el señor Pedro comprendió que algo grave acontecia.

Como de costumbre en tales casos, trató pronto de abandonar su presencia.

Cuando iba á verificarlo, le detuvo un gesto del marqués.

El señor Pedro se cuadró como un soldado viejo.

—Tenemos que hablar.

—Muy bien, señor.

—¡Tengo un humor infernal!

El señor Pedro no despegó sus labios.

Ladino y astuto como él solo, comprendió que iba á ser necesario, y que, como otras muchas veces, se acudiria al remedio de su travesura.

Queria al marqués como él podia hacerlo, y su mayor satisfaccion consistia en servirle.

Gozaba siempre en los preámbulos que precedian á aquellas consultas, porque veia palpablemente que era para su amo algo más que un criado vulgar.

—¿No me has oido? continuó el marqués con voz de trueno.

—Sí, señor.

—¿Y qué?

—Que siento mucho semejante desgracia.

—¿Qué es eso, mal lobo, te burlas de mí?

—De ningun modo, señor; y tanto es así, que si yo supiera cómo librar á usted de semejante estado....

—Mira, Pedro, voy á decirte lo que le motiva.

Ya conoces á Julia de Olmedo, la hija de ese bravucon que se ha hecho amigo mio.

Pedro comenzó á sonreir.

El marqués fingió no verlo, y continuó así:

—Pues bien, me gusta esa muchacha.

—¡Hola!

—¿Qué?

—Nada, señor, que ya comienzo á adivinar el motivo de disgusto que persigue á usted; sin embargo, si estos amores son como los de costumbre, encuentro algo extraño que así se sienta contrariado, porque en todos, y obrando muy cuerdamente, ha sido usted bastante reflexivo y ha hecho de ellos poco caso.

—Pues bien, este es distinto.

—Malo, señor, replicó Pedro, no ocultando el disgusto que le producia la confesion de su amo.

—¡Eh! ¿qué es eso? ¿crees tú, babieca, que voy á hacerme interesante ó á gimotear como un colegial?

—Y ántes que tal sucediera, quisiera yo verme con una pierna rota, señor.

La mujer es un pequeño mónstruo de agradables formas, pero que á lo mejor saca las uñas y....

—Mira, Pedro, ¿sabes que voy ya arrepintiéndome de la consulta? Noto que cuando te llamo á consejo sueltas la lengua más de lo que conviene. Cíñete á oir, y cuando te pida parecer, contesta de una manera breve y concisa.

—Así lo haré, señor; enmudezco y escucho.

—Pues bien, te decia que este era un caso distinto, porque hay por mi parte empeño.

Hasta ahora jamás experimenté contrariedades, y hoy se halla excitado mi amor propio.

Pedro, aunque tuviera que demoler la casa en que vive, aun cuando en mi demanda perdiera cuanto poseo, he de verla satisfecha.

Las facciones del criado volvieron á adquirir toda su tranquilidad.

Y es que queria al marqués de una manera especial, casi puede decirse avariciosa.

La idea de su casamiento poníale de un humor de todos los diablos.

Acostumbrado á la vida errante que hasta entónces llevaron y á aventuras de todos géneros, comprendió de sobra que en caso de que llegara el dia de que tal acontecimiento se efectuase, todo esto habia muerto para él.

Verdad es que tal idea ocurriasele poco frecuentemente, pues conociendo el carácter de su amo, veíale poco susceptible á doblegarse á la vida de familia.

Decimos, pues, que respiró oyendo las últimas palabras del marqués, y siguiendo sus prescripciones, continuó en silencio:

—Vamos á ver, Pedro, tú necesitas muy pocas palabras para comprenderme.

Esa mujer altiva me ha despreciado desdeñosa, y casi explícitamente ha aceptado el desafío que yo la lancé al experimentar en mi alma la ira de aquella derrota.

¿Cómo te parece que hemos de obrar para que yo venza, para acabar de una vez y pronto?

Ya sabes que no me gusta dejar las cosas para mañana.

Ahora ya te escucho.

—Señor, aunque es verdad que en fuerza de los años que le sirvo, he ido aprendiendo cada vez un poquito más á formar proyectos casi á galope, confieso que en esta ocasion hay que ir con piés de plomo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no estamos en país extraño, y con nuestro buque dispuesto á levar anclas en último evento.

—Aquí lo mismo.

—¡Diablo!

—¿Qué es eso?

—Que aquí conoce todo el mundo al marqués de Lézaro, y este arriesga más hoy que cuando se llamaba el capitan Cienfuegos.

—Vales todavía mucho ménos de lo que vas creyendo, replicó el marqués con duro acento.

—¡Señor!

—Siempre he de estarte enseñando. Es desgracia la mia.

—Pero....

—Ya lo sabes de una vez para siempre. Mi patria es el mundo, lo mismo aquí que en todas partes; miéntras viva, miéntras aliente, obraré conforme á los impulsos de mi deseo.

Pedro, aquel hombre de formas atléticas, cuya ferocidad se pintaba en su rostro moreno, sombrío y cejijunto, inclinó su cabeza atemorizado.

El indomable jóven le subyugaba.

El marqués, sin que pareciera haberse apercibido del efecto que acababan de producir sus palabras, continuó:

—Vamos á ver, por pronto que me satisfagas, no será ya

como dices á galope; por lo tanto ya puedes tener idea formada é indicármela.

Pedro, haciendo un poderoso esfuerzo para sobreponerse de la especie de turbacion que habia experimentado, replicó:

—Pues bien, señor, soy un majadero, lo reconozco.

Con el valor que tiene el señor marqués, los medios con que cuenta y la fidelidad de mi brazo, que, con perdon sea dicho, tampoco es endeble, se puede acometer cualquiera empresa sin pararse á reflexionar cuál será el resultado.

Sentado esto, allá va mi plan, que es bien corto.

—Gracias á Dios que llegamos á buen puerto; habla.

—Reunamos la gente esta noche mismo, y en cuanto calculemos que puede estar la poblacion entregada al descanso, nada más fácil que escalar las tapias del huerto, y penetrando la mitad en la casa, conmigo á la cabeza, llegar como sombras hasta la habitacion de doña Julia.

Cargo yo con ella, volvemos á salir como hemos entrado, y *Laus Deo*.

—Mira, eso es lo más sencillo y gastado que se puede ocurrir á cualquiera; sin embargo, lo acepto; da las órdenes convenientes, y el golpe se efectuará á la media noche.

—Una palabra, señor.

—Di.

—¿Dónde la llevamos despues?

—¿Dónde? replicó el marqués como reflexionando.

—Supongo que no será á la casa de Bilbao.

—No debe ser por lo ménos.

—¿No la hay tambien en Bermeo?

—¡Diablo! dices bien. Pero me ocurre una cosa.

—Usted dirá.

—Que allí estarán desprevenidos, y sería menester avisarlos ahora mismo.

—Se hará: ¿no hay más dificultad?

—Por mi parte, ninguna.

—Entónces me retiro á disponerlo todo.

—¡Ah! escucha.

Pedro, que ya se habia dirigido hácia la puerta, se detuvo.

—Ya sabes que gozo en empresas del género de la que vamos á emprender, no solo al verlas realizadas, sino en sus menores detalles de preparacion.

Yo mismo voy á crear una dificultad á nuestro intento.

Marcho á decir á Julia en este instante, que ántes de veinte y cuatro horas se hallará en mi poder.

—¡Señor! replicó el criado con tono de amistosa reconvencion.

—Nada, está decidido, y así ha de hacerse.

He querido advertírtelo para, si te parece, que dispongas cerca de la casa y desde el anochecer, á cuatro ó seis de los más dispuestos, por si notan algo extraordinario, que nos lo noticien inmediatamente.

—Muy bien, se hará como usted desea.

—Ahora voy, como digo, á visitarla; despues me tendrás aquí.

—Corriente, señor.

—Pedro, que no haya luego inconvenientes. No sabes, ni aun yo mismo, de cuánto sería capaz si por vuestra culpa se malograra la realizacion de mi empeño.

—Puede usted descuidar, señor marqués.

Diciendo así, hizo aquel una profunda reverencia, y salió del gabinete.

El de Lézaro, como habia indicado, marchó á casa de Julia, y aunque envuelta en frases corteses, se atrevió descaradamente á asegurar la amenaza que ya oimos.

Julia, que en esta parte no se habia equivocado, y que como el marqués no conocia el miedo, como vulgarmente se dice, se rió en sus barbas.

Devoró este la burla despreciativa con que la hija del coronel recibia la amenaza, y abreviando cuanto le fué posible la visita, volvió á su casa lleno de ira.

Pedro, entretanto, se ocupaba en dictar las órdenes convenientes para que todo saliera, como se habia propuesto, á medida de su deseo.

Llegó la noche, y el marqués aguardaba impaciente acompañado de su criado.

Supo por boca de este que uno de los ciento habia salido para Bermeo á disponer la casa, y que media docena de los más listos rodeaban la de Julia.

—Si despues de tales precauciones llegara la media noche sin que nada nos indique que se ha tenido en cuenta mi amenaza, no se lo que haria, Pedro.

—¿Y por qué, señor?

—¿Y me lo preguntas? Porque sería el colmo del desprecio.

¡Oh! no quiero creerlo; si tal sucediera, esa mujer llegaria á ser mi condenacion.

Creo que odiándola de un modo desapoderado, la amaria al mismo tiempo con toda la vehemencia de mi alma.

—Pero, señor, yo creo que usted aumenta algo la energía de esa niña. Si usted ha sabido decírselo bien, no tenga duda de que tomará sus precauciones.

—¡Oh! si así no fuera, no sé qué haria, no sé hasta qué punto marcharia adelante en mi empeño.

Aquí llegaban en su conversacion, cuando la presencia de uno de los servidores del marqués los hizo enmudecer.

—¿Qué hay, Malasangre? dijo el criado del de Lézaro al mozallon que ya presentamos en el anterior capítulo.

—Movimiento en la casa, como usted habia indicado.

—Habla, habla pronto, exclamó el marqués; ¿qué has visto? no omitas lo mas mínimo.

—Diré á usted, señor: lo que es allí dentro no se mueve alma nacida; pero yo, por una casualidad, he llegado á hacer un buen descubrimiento.

—Sé breve.

—Para decir verdad, señor, hará cosa de una hora que me entré en una tienda á remojar la garganta.

Apénas acababan de servirme, cuando ví allí un antiguo amigo y paisano mio.

Como era natural, traté de obsequiarle, y despues de preguntas por una y otra parte que nada interesan, merced á la franqueza que entre los dos reina, no ocultó su admiracion por mi presencia en aquel sitio.

De contestacion en contestacion vinimos á sacar en limpio que á él le trajo al pueblo el acompañar á su amo, capitan de un buque mercante.

¡Lo que pueden las faldas! me dijo; mi amo está enamorado con todo el corazon de una muchacha que reside aquí, hermosa como la que más.

Estábamos en Bilbao por la mañana, cuando mi amo, que arreglaba con un socio el viaje que vamos á emprender, recibió una carta de madama, y todo lo envió al diantre.

Media hora despues galopábamos hácia el pueblo.

Conque ya ves, Malasangre, continuó, en virtud de qué tenemos el gusto de vernos.

Yo traté de sonsacarle, y lo conseguí sin dificultad.

La señorita del amo de mi amigo es la mayor de las que habitan en la casa que estamos vigilando, y se que han acordado los dos amantes huir de ella y refugiarse por lo pronto en una que él tiene en Bermeo.

Me han dicho que van á casarse inmediatamente, segun le indicó su amo, de paso que salia de la casa para darle algunas órdenes; y que debe ser muy grande el peligro que van á correr, puesto que aquel, que dice es muy sereno y previsor, le daba una carta para su hermano, que quedó en Bilbao.

Esto es cuanto puedo decir á usted, señor marqués.

Durante la narracion de aquel hombre, tanto el de Lézaro como su criado se admiraron no poco de la determinacion y arrojo de Julia.

Especialmente el primero, sintió tan pronto ratos de íntima alegría como de reconcentrado furor.

Amaba en Julia su valor, su atrevimiento, y como consecuencia de esto, al pensar en un rival afortunado, sentíase herido en mitad del alma.

—Mira, exclamó despues de breves instantes de silencio, vas á hacer una cosa.

—Cuanto sea preciso, señor.

—Comprenderás que ha de tenerte cuenta el serme fiel y el proceder con discrecion.

—Así lo creo, señor.

—No te pesará.

Escucha. Yo no quisiera cogerlos en el momento, esto sería poco para mi venganza.

Para ello, y puesto que sabemos á dónde van á ir á parar, yo quisiera que acertaras tú á hacer entender á tu amigo que has oido casualmente que en la casa en cuestion piensan dar el golpe decisivo los enemigos del afortunado amante, ántes de cuando Julia lo espera.

Si hallas tú modo de llevar á esa gente tal convencimiento, tendrás una gratificacion.

—Respondo de conseguirlo, señor marqués.

—¿Pero habrás comprendido bien mi idea?

—Me parece que sí. ¿No es la de que si en ello pensaban, desistan de hacer por tierra la travesía hasta Bermeo?

—Exactamente, replicó el marqués con satisfaccion.

—Entónces nada necesito, y si se me da licencia, marcho ahora mismo á buscar á mi paisano.

—Puedes hacerlo cuando quieras.

—Una palabra, señor, exclamó Pedro deteniendo con una seña á Malasangre.

—¿Qué?

—Que sería bueno, por si este, á pesar de sus intenciones, no consiguiera el objeto, que continuara expiando, no ya á los de la casa, que para ello están sus compañeros, sino á ese amigo, y cuando tuviese certeza de cuál era su resolucion, que viniese á decírnoslo, para con seguridad adoptar nuestro partido.

—Me parece bien, ya lo oyes. ¿Estás bien enterado?

—Sí, señor.

—Pues entónces, adios.

Un momento despues se hallaban solos amo y criado.

Así que llegó la noche, el marqués supo que su plan marchaba divinamente.

Malasangre habia sabido cumplir tan bien lo que prometió, que cuando se presentó de nuevo habia dejado á su paisano ajustando con un pescador el precio del viaje en su lancha.

El de Lezaro experimentó un goce extraordinario; más que una persecucion descubierta, aun cuando diera el resultado apetecido, deseaba emplear y ver coronado del mejor éxito su último pensamiento.

La sorpresa que experimentaria Julia viendo al marqués salir á recibirla en Bermeo, era un paso que halagaba su orgullo.

—¡Oh! se dijo para sí, aun cuando despues la perdiese, no podia compensarse tal desgracia á la satisfaccion de que vea palpablemente que la he vencido.

Al fin saldré adelante en cuanto me propongo.

Ya sabemos lo demás; ahora continuemos la marcha narrativa, volviendo al momento en que Pedro, el criado del marqués, salia de la cabaña en busca del prisionero.

Cuando el marqués quedó solo, entregóse de lleno á las reflexiones que le preocupaban.

—¿Si en esta noche terrible, se decia, se habrán encargado el cielo ó el infierno de desbaratar mi plan?

¿Habrá muerto Julia? ¡Oh! casi debo creerlo, casi debo esperarlo; solo una casualidad prodigiosa ha podido libertar á ese hombre.

Una débil barca combatida por ese huracan, por esa tempestad deshecha, ¿cómo habrá podido conservar incólume su carga.

Yo tengo la culpa; quise hacer más ostensible mi venci-

miento, mi poder, y solo he hallado el medio de destruirle.

Tiemblo y deseo ver frente á mí al que es ya odiado rival.

Tales eran los pensamientos que embargaban la imaginacion del de Lézaro, cuando el señor Pedro, su criado de confianza, empujó la puerta de la casilla y penetró en ella seguido del prisionero don Fernando.

Malasangre formaba la retaguardia.

El marqués, en cuanto vió ante sí al que suponia su rival, con un gesto imperioso hizo salir á Pedro.

Este obedeció al punto, y los dos hombres quedaron solos.

Don Fernando, con faz serena y tranquila, quedó parado en mitad de la choza esperando ser interrogado por aquel hombre.

Dentro de sí experimentaba una alegría que desde luego comprendió debia disimular, pues aunque sin darse de ello cuenta, creia que aun en medio de la desgracia que acababa de acontecerle con haber caido en poder de aquel desconocido, tal vez ella misma fuese la mejor garantía del buen resultado que anhelaba y que le habia llevado en aquella noche á las costas del mar.

—Caballero, exclamó el marqués con acento de superioridad: si aprecia usted la vida, espero me conteste sin ambajes ni rodeos á cuanto le pregunte.

—Ante todo, replicó don Fernando con acento firme y no menor entereza, necesito saber bajo qué concepto se me ha traido aquí.

Si hablo con un caballero ó con un bandido, porque así en uno ú otro caso será mi respuesta y mi conducta.

El altivo é iracundo marqués, que sin duda alguna no esperaba escuchar tales palabras, quedó por un momento silencioso lanzando terribles miradas á don Fernando, miradas que este sostuvo sin inmutarse.

—Señor mio, replicó por fin: extraño se atreva á hacer tal pregunta hallándose frente de mí.

Tal vez en ella se propone aparentar un disimulo por demás inútil.

Se encuentra ante un hombre que tiene el suficiente poder para que nadie, sea quien fuere, hiera á mansalva su altivo sentimiento ó juegue con sus propósitos.

Una mujer, desdeñando el amor que la ofrecia, ha osado despreciarme con el desden más fiero y el sarcasmo más irritante desafiando mi poder.

¿Sabe usted quién es esa mujer?

Don Fernando no contestó.

La situacion para él no podia ser más inminente.

Ocultar las razones que le impulsaron en aquella noche á buscar la ayuda del torrero despreciando la deshecha tempestad, podia hacer inútil su sacrificio viéndose á merced de aquel desconocido.

¿Qué hacer en tales circunstancias?

Era preciso resolverse, pero resolverse pronto.

Decidido á jugar el todo por el todo, formó atrevido su resolucion, exclamando:

—Antes de nada, necesito yo saber con qué títulos me interroga de tal suerte, porque en verdad, caballero, que muy pobre idea he de formar de quien se conduce como usted lo está haciendo.

¿En nombre de quién y con qué derecho se vale de la

fuerza y de la traicion para salir airoso en no sé qué proyectos?

—Basta, mi una palabra más, prorumpió el iracundo marqués; creo que sin necesidad de explicaciones nos entendemos y nos hemos conocido como rivales que se odian de muerte.

—Pues bien, sí, exclamó don Fernando con altivo ademan; creo como usted, que son inútiles de todo punto frases embozadas ó poco explícitas.

Así que, para que lleguemos pronto á poner término á esta escena, usaré de la mayor franqueza.

Pero debo hacerlo despues que usted me conteste á lo siguiente:

—Ya escucho.

—¿Qué esperaba usted esta noche y qué hacía su gente apostada junto á la playa?

—Esperaba á la mujer á quien amo.

—¿Usted sabria indudablemente que quien la acompañaba es el hombre á quien únicamente entregó su corazon?

—Sí, señor, replicó el marqués con afectada calma, mal comprimiendo la ira que llenaba su corazon.

—Y entónces... caballero, ¿cómo justifica usted su conducta, ó por mejor decir, cómo en este momento no considera que su propósito es indigno de quien se llame honrado?

—¡Oh!.. mire usted, por su bien le aconsejo que no continúe como hasta aquí. Admirando estoy yo mismo cómo he podido escucharle desde el principio.

¡Que cómo justificaré mi conducta! ¿Usted sabe si yo lo necesito, si yo lo pretendo?

No reconozco otro señor que mi voluntad, ni más ley que mi capricho.

Esto podrá extrañar á usted, podrá censurarlo; de la extrañeza, me encojo de hombros; de la censura no manifestada ante mí, me rio.

¡Habla usted de honradez! ¿Tengo yo la culpa de ser tal como soy? Consistirá en mis hábitos, en la educacion recibida; con aquellos estoy conforme, y de esta ni me acuerdo siquiera.

No hay ofensa que no devuelva inmediatamente, no hay guante que no recoja.

Y yo lo conozco, caballero, con hondo sentimiento; debí nacer hace tres ó cuatro siglos.

Julia desoyó mis palabras: hizo más, se burló de ellas.

Esto, dado mi carácter, dadas mis condiciones de ser, es suficiente para que yo lo aventure todo, hasta la vida, con tal de vengarme, de satisfacer mi orgullo, de vencer, en fin.

No me venga usted con deberes y consideraciones; yo, acostumbrado á vivir libre y á mandar en una centena de hombres como el señor feudal á sus pecheros, he pasado uno y otro año desafiando las tempestades del cielo y la mar embravecida.

Mi sensibilidad se ha curtido como mi rostro, y ni veo en el llanto más que un humor acuoso que brota á impulsos de una contraccion nerviosa, ni rindo culto mas que á mi deseo.

Julia ha de ser mia á despecho de todo el poder de la tierra.

Está usted contestado, continuó el marqués sonriendo con cínica osadía.

Creo que si ofreció ser franco, he empezado yo no siéndolo ménos.

Don Fernando comprendió de sobra por el anterior relato que con efecto aquel hombre era un enemigo por demás terrible; halló tal verdad en sus palabras, que decidido, si preciso era, á librar á Julia de peligro tan grave, no vaciló un punto en adoptar una resolucion tan extrema como heróica.

Así fué, que con acento digno y entonacion severa exclamó:

—Caballero, puede usted creer que no hallo con facilidad palabras para contestarle. Tal es la indignacion con que le he escuchado.

Me encuentro en su poder, y sin embargo, no dudaré un punto en descubrirle quién soy, á la vez que anatematizo con todas mis fuerzas su conducta.

Soy el amante de Julia; y aun cuando en este instante nosotros no podemos ya ser rivales, siempre me encontrará dispuesto para decirle como ahora: ¡Asesino de Julia! ¡ay de tí si en esta noche no eres mi verdugo!

Don Fernando no quiso desperdiciar tal ocasion, pues acaso lograria con ella que su desconocido enemigo desistiera de su vigilancia y abandonase aquellos lugares.

De más comprendia que, dadas las condiciones de aquel, era muy fácil que al considerar frustrados sus soberbios intentos acerca de la jóven, sacrificase en aras de su impotente ira al que le diera tal nueva; pero así y todo, no dudó en aventurarse hasta tal punto.

El marqués, al escuchar de boca de don Fernando que este era el amante de Julia, no fué dueño de sí.

No habia oido más; tal revelacion absorbió por completo sus sentidos y su alma.

—¡Oh! exclamó dando dos pasos hácia don Fernando, us-

ted no sabe hasta qué punto va á serle fatal la expontaneidad que ha usado.

Podia matar á usted á mansalva, gozándome en su agonía y en su impotencia, pero no lo haré así.

La muerte va á ser con usted, pero será obra de mi mano.

Solo una cosa podria evitar nuestro duelo.

Ceda usted solemnemente, y bajo palabra de caballero, en sus pretensiones con respecto á esa mujer, y se verá libre desde este instante.

—Caballero, replicó don Fernando con la más perfecta calma, veo con sentimiento que usted no me comprendió ántes.

—¿Cómo?

—Oigame usted: su rabiosa insensatez, su propósito, tan dominante como criminal y ridículo, hizo que Julia tratara á toda costa de huir, evitando tal vez de este modo males más terribles.

Salió, caballero, dirigiéndose á Bermeo, pero Dios no quiso exponerla acaso en un mal camino, y al mismo tiempo, queriendo humillar á usted en su soberbia, la llamó á sí.

La tempestad hizo zozobrar nuestra débil embarcacion, y un terrible golpe de mar nos separó para siempre.

Indudablemente no podia esperar don Fernando que sus palabras habrian de producir en el desconocido una impresion como la que vió pintada en su semblante.

El de Lézaro habia quedado inmóvil mirando á don Fernando sin pestañear.

Un fulgor terrible y sombrío irradiaba de sus ojos, y una sonrisa satánica, medio convulsiva, dibujaban sus labios.

—¡Oh!

El golpe habia dado certero en medio del corazon, allí donde se alzaba el pedestal de su voluntad salvaje.

No habia palabras ni pensamientos que pudieran ni aun siquiera ser intérpretes del hirviente huracan que zumbaba en su imaginacion.

Hubo, pues, un silencio solemne y no poco prolongado; por fin el marqués, haciendo un esfuerzo poderoso por aparecer sereno, exclamó con sarcástica frialdad:

—Muy bien, caballero, eso quiere decir que todo ha concluido, y que estamos aquí de más.

El corazon de don Fernando dió un vuelco de alegría.

Sin duda alguna iba á conseguir su propósito.

—Creo lo mismo que usted, dijo en el mismo tono.

—Muy bien, pero indudablemente se le alcanzará á usted una cosa.

—¿Y es?

—Que ya que no pueda triunfar de dos, triunfaré del que sobrevivió á la tempestad.

Yo sigo siempre invariable lo que desde el principio me propongo.

Quise luchar y vencer, y lucho y venzo.

Dios ó el diablo se llevaron la presa que ambos codiciábamos, más no importa, no por eso hemos de desistir de nuestra idea dejando al ódio que debemos profesarnos sin la venganza que apetece.

—Muy bien, y me encuentro dispuesto á lo que guste.

—Entónces salgamos.

—Un momento.

—¿Qué?

—Hay que vencer una dificultad.

—¿Cuál es? exclamó el de Lézaro frunciendo el entrecejo.

—Que los hombres que me trajeron hasta aquí me han desarmado.

—¿No es más que eso?

—Nada más, replicó con dignidad don Fernando.

—Corriente.

¿A qué prefiere usted el desafío?

La oscuridad es completa, y por lo tanto es inútil que pensemos en la pistola.

Quedan, pues, el sable y el cuchillo. Opte usted por el que guste.

—¡Oh! me es enteramente igual.

—Pues bien, caballero, ¿le parece á usted que elijamos el cuchillo?

—Muy bien.

—Por lo mismo que es arma poco usada entre las personas como nosotros, crea usted que ha de gustarme el hacer la prueba y matar á usted con ella.

—Caballero, replicó don Fernando con cierto desden, tal seguridad puede serle perjudicial, y no es bien que una desgracia viniera á desmentirla.

—¡Oh! no crea usted que en mis palabras se envuelve una petulancia ridícula.

—Bien, dejemos eso, y salgamos cuando usted guste.

—Un momento. Usted no se halla armado, y yo sí.

Adelantóse diciendo esto á la puerta de la cabaña, y dejó escapar un silbido prolongado y vibrante.

Su criado Pedro apareció, pasado un instante, á su presencia.

—Da tu cuchillo al señor, y vete, no te necesito.

Pedro clavó sus ojos en el marqués con inquieta extrañeza, y aunque llevó su mano al cinto como para obedecer la concisa órden de su amo, se detuvo titubeando.

Este, con mirada terrible, añadió:

—¿No has oido?

El criado, inclinándose con respeto, entregó el arma á don Fernando, y salió de la choza sin proferir una palabra.

De nuevo quedaron solos los dos rivales.

El marqués, próximo á la puerta, permaneció un momento escuchando el ruido de los pasos de su criado, que se alejaba.

Tranquilo ya sobre este punto, exclamó volviéndose hácia don Fernando:

—Caballero, podemos salir.

La tempestad ha pasado, y la luna, aunque no brilla con toda la claridad que fuera de desear, nos presta un rayo de luz que no debemos desperdiciar.

Don Fernando, armado con el cuchillo que le diera Pedro, se inclinó ante el marqués en señal de asentimiento, y ambos salieron al campo.

¡Cuán distinta era la expresion que se dibujaba en el semblante de aquellos dos hombres!

En el del marqués veíase retratada la soberbia altiva, la intuicion del triunfo y un odio frio y reconcentrado.

En el de don Fernando, por el contrario, el valor del heroismo, la tranquilidad de una conciencia no abrumada por el peso de negros recuerdos, y la tranquila resignacion del que obra en la seguridad de exponerse á un peligro para librar de él á personas queridas.

Detrás de la cabaña extendíase una pequeña planicie en

forma de triángulo, cerrándola casi por todos lados las pequeñas rocas que erizan aquella costa.

El marqués, apénas fijó allí su planta, se detuvo.

—Caballero, dijo; con dificultad podríamos hallar en estos alrededores un sitio más adecuado á nuestro objeto. ¿Le parece á usted que no pasemos adelante?

—Me es enteramente igual.

—Entónces estoy á sus órdenes.

Y diciendo así, hizo brillar en el aire la hoja de su acero.

—Un momento, caballero; ántes de comenzar nuestro desafío, creo muy natural que sepamos uno y otro, cual cumple á personas bien nacidas, el nombre de su enemigo.

¿No opina usted como yo?

—Sí, señor; y confieso que, distraido con la gravedad de los sucesos que nos han ocupado, no me acordé de lo que entre caballeros debe ser siempre un deber de cortesía.

¿Con quién tiene el honor de hablar el marqués de Lázaro?

—Con el capitan mercante Fernando de Alvareda.

Saludáronse cortésmente, y el marqués repuso con cierta ironía:

—¿Ocurre á usted algo más, señor de Alvareda?

—Nada, caballero.

—Pues empecemos.

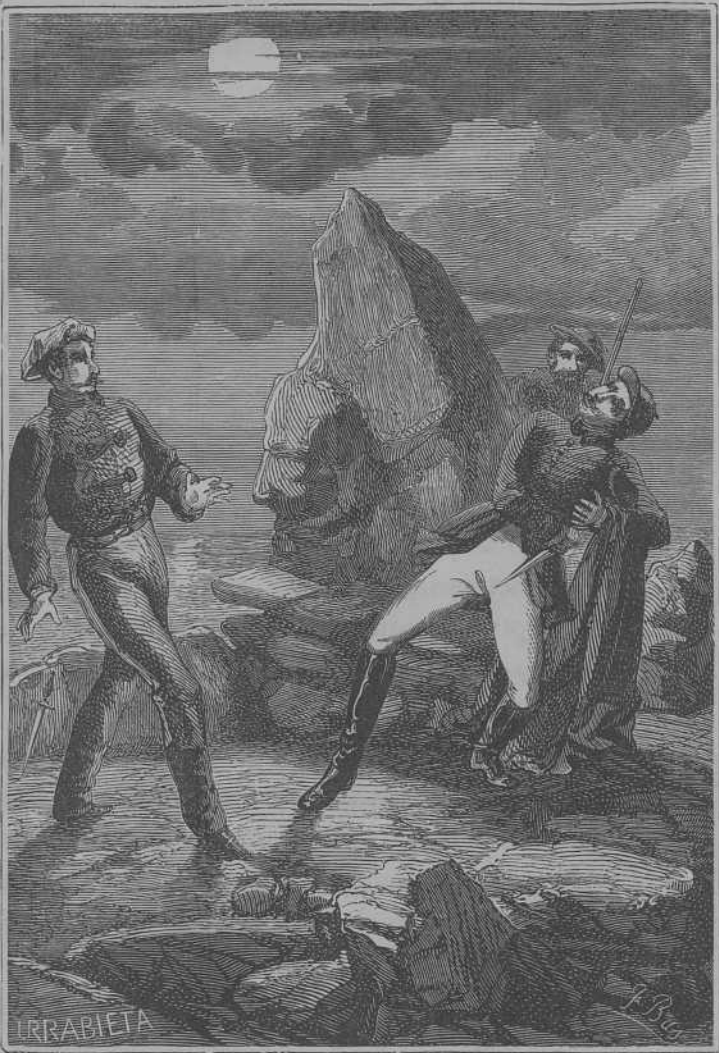
—Empecemos.

Don Fernando requirió su cuchillo, y el desafío comenzó.

El marqués se hallaba en su elemento.

Sus ojos negros, destacándose de su curtido semblante, brillaban como dos carbunclos.

Parecia el genio del mal acechando á su víctima y disponiéndose á caer sobre ella.



¡Miserable! ¡Asesino!—¡Maldito seas!!!

Su aspecto, sus ademanes eran terribles; su valor, provocativo y temerario.

Alvareda, aunque sereno y fuerte, formaba contraste con el marqués.

Una triste sonrisa dibujaban sus labios, y su semblante, aunque no expresaba el miedo, hallábase cubierto de una densa palidez.

—Alvareda, exclamó el de Lézaro tirándole una puñalada, que este paró con la velocidad del rayo, ¿cómo se llama el buque en que usted pensaria hacer una fortuna para Julia?

—Esperanza, señor marqués.

—¡Oh! pues á pesar de lo simbólico de ese nombre, yo aseguro que no volverá usted á poner el pié sobre su cubierta.

Y diciendo así, de nuevo amagó con otro golpe, aunque tambien infructuosamente.

Iba á replicarle el capitan de la Esperanza, cuando el ruido cercano de la detonacion de una arma de fuego hizo detener al marqués.

Apénas bajó su cuchillo, y ántes de darle tiempo para expresar de algun modo la sorpresa que debia causarle tan extraño acontecimiento, vió que Alvareda, llevando ambas manos á su pecho y tambaleándose un momento, cual si se hallara ébrio, cayó al suelo exclamando con voz interrumpida y casi apagada:

—¡Miserable! ¡Asesino!! ¡Maldito seas!!!

Todo esto aconteció en ménos tiempo del que hemos necesitado para referirlo.

El marqués, en el primer momento permaneció inmóvil, lleno de estupor.

De pronto asaltó una idea su mente, y como un rayo, sin cuidarse para nada del caido, se lanzó en la direccion en que presumia debió partir el tiro.

No se equivocó; apénas hubo andado quince pasos, oyó ruido de pisadas que se alejaban cautelosamente.

Propuesto á descubrir quién fuera el que le libró de su rival tan inopinadamente, echó tras él sin vacilar.

Por su fortuna, el que huia torció, despues de una gran vuelta, en direccion á la cabaña.

El marqués lo comprendió así, acordóse que delante de ella ardia la hoguera, y solo trató de ganar la más próxima eminencia para verle al pasar junto al círculo iluminado por aquella.

Apénas habia puesto en obra su intento y sus ojos se hubieron fijado en la indicada direccion, cuando vió atravesar al que perseguia.

Era su criado.

—Pedro, exclamó con voz tonante y dominadora, ¡ay de tí si adelantas un paso más!

El criado se detuvo.

El marqués descendió de la colina, y un instante despues se hallaba junto á él.

—Pedro, ¿sabes quién es el que acaba de asesinar á un hombre allá detrás de la choza?

—Sí, señor marqués, contestó con una resignacion salvaje.

—¿Y quién ha sido?

—Yo.

—¡Ah!...

—Sí, señor, replicó con expansivo acento; cuando usted

me pidió el cuchillo, comprendí que iban á desafiarse.

Yo se que usted es valiente, pero esta noche he tenido miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—De que le matara á usted ese hombre.

—¡Miserable!

—Haga usted de mí lo que quiera, señor, pero es lo cierto que tuve ese presentimiento.

Despues de una pequeña pausa, el marqués exclamó de nuevo con voz lenta y fria:

—¿Está Malasangre al alcance de tu voz?

—Sí, señor.

—Pues llámale, y con él, buscadme aquí en la choza.

El marqués penetró en ella.

Su criado Pedro marchó en busca de Malasangre.

Minutos despues se hallaban ante el primero.

—Oye tú, exclamó el de Lézaro dirigiéndose al último, ¿quieres ser desde ahora mismo lo que ha sido este hasta hoy?

—Sí, señor, dijo aquel con voz ronca.

Pedro no pestañeó siquiera.

El marqués se volvió hácia este, diciendo:

—Entrégale tu sable y las pistolas, y vete.

—¡Señor!

—¿Has oido?

—Bien, me iré; pero ántes quiero que me dé usted licencia para decirle dos palabras.

—Bien, te escucho.

—Señor, exclamó Pedro adelantándose al marqués con desesperada energía; usted me echa de su lado porque dí muerte al enemigo con que peleaba. Yo conozco que no

debí hacer lo que he hecho, pero no fuí bastante á dominarme.

Estoy muy seguro de cuanto es su valor, pero sin saber por qué, en el momento que comprendí que iban ustedes á desafiarse, sentí un miedo extraño.

Señor marqués, hubiera creido, á no obrar como lo hice, si por desgracia hubiese usted sido vencido, que yo tenia parte en su derrota.

La oscuridad de la noche podia ser bastante á hacer ineficaz su valor y destreza.

Yo pido á usted perdon por haber procedido contra su gusto, y le suplico lo olvide.

Usted era un niño cuando entré ya á su servicio, y mejor querría la muerte que abandonarle.

—¿Y crees tú, replicó el marqués con frio acento, que yo voy á dejarte simplemente?

¿Piensas acaso que no mereces la muerte que acabas de invocar?

—¡Ah! siendo así, no he dicho nada, contestó el criado con una tranquilidad enteramente espartana.

Si tal es su deseo, solo siento haberle interrumpido con mis palabras.

Hubo un instante de silencio.

El marqués paseó dos veces la cabaña con lentitud.

Malasangre seguíale con su feroz mirada, cual si esperara la menor indicacion para servir de verdugo.

Pedro permaneció inmóvil como una estátua.

Ni una arruga, ni el más imperceptible movimiento alteraba la indiferente impasibilidad de su fisonomía.

De pronto el marqués, cual si hubiese optado ya por una

solucion, exclamó parándose á dos pasos de su criado:

—Por esta vez te perdono, y continuarás en un todo como hasta aquí. Pero excuso advertirte que en adelante no te mezclarás en lo más mínino, sea lo que quiera, sin que yo para ello te autorice.

Un rayo de alegría brilló en el rostro del criado.

Veíase claramente que aquel hombre obraba por puro sentimiento, y que solo el cariño imperaba en su corazon en aquel instante.

Tal vez aquellas dos almas eran gemelas por sus instintos y su inclinacion al mal.

Dejemos por un momento á estos personajes, y abramos aquí paso á un nuevo capítulo.

CAPITULO III.

Que es continuacion del anterior.

Desde que don Fernando se separó del torrero, este, cumpliendo escrupulosamente lo acordado entre ambos, práctico como era en el terreno, recorrió una buena parte de costa en uno y otro sentido.

Ningun incidente extraño vino á alterar el medroso silencio que le rodeaba.

Así pasaron las horas, y el vasco comenzaba á sentirse inquieto por la tardanza de don Fernando.

—¡Diantre! murmuraba para sí, ¿habrá tenido más suerte que yo, y habrá encontrado lo que buscaba?

¡Báh! no puede ser; natural era que hubiesen guiado hácia la torre.

En fin, no lo entiendo; lo cierto es que ántes de una hora será ya de dia, y me parece que ya espero aquí demasiado.

¡Oh! y esta tardanza no es natural. Si por lo que infiero hace mucho más de dos horas que nos separamos.

Yo no permanezco aquí más tiempo.

Daré un vistazo por la torre, y en seguida exploraré de nuevo.

Por San Salvador, que siento no sé qué, que me hace daño.

¿Quién me habia de decir ayer tarde que hoy, en medio de este desierto, me veria envuelto en una aventura que creo ha de dejar memoria?

En fin, sea lo que Dios quiera; marchemos.

Diciendo así, y con cuanta rapidez permitia el mal camino y las tinieblas en que se hallaba sumergido, marchó hácia la torre.

Durante el trayecto que hubo de seguir, dos ó tres veces se detuvo lleno de sorpresa creyendo escuchar ruido de pasos; pero como quiera que cuantas veces se ponia en observacion cesaba aquel, volvia de nuevo á emprender su marcha entre receloso y confiado.

Llegó por fin á su vivienda, y requiriendo la llave de la puerta, dirigióse á franquearla.

—¡Diablo! murmuró, esto sí que es bueno; me acuerdo como si fuera ahora mismo, que dí dos vueltas á la llave. ¡Vaya, vaya! sea lo que quiera, á salir de dudas. Si el gato está encerrado, tendremos el gusto de conocerle.

Diciendo así, abrió del todo y penetró en el interior con ánimo decidido.

Desde que hubo ganado los primeros peldaños del tramo que conducia á la habitacion principal, no solo vió que de ella salia luz, sino que un confuso rumor de voces llegó hasta él.

El vasco, con más extrañeza que miedo, continuó adelante procurando hacer el menor ruido posible.

Decidido como se hallaba á arrostrarlo todo, así que hubo

llegado á la puerta de la sala, que se hallaba entornada, la abrió con mano firme y penetró en el interior.

El espectáculo que se ofreció á su vista hízole detener lleno de admiracion.

Junto al hogar habia un hombre y una mujer.

Los dos eran jóvenes y hermosos.

Hagamos ligeramente su retrato.

El primero podria tener de veinte y dos á veinte y cuatro años; su estatura era regular y su porte distinguido y elegante.

Su rostro, de facciones correctas y hermosas, respiraban bondad y dulzura.

Rubio, como el ensortijado cabello, era el sedoso bigote que cubria su labio.

Sus ojos, azules y rasgados, ofrecian una bondad simpática hasta lo sumo.

No obstante, en todo aquel conjunto, en lo espacioso de su frente y en las severas líneas de su contorno adivinábase el valor, y una energía y serenidad á toda prueba.

Su traje era tan elegante como sencillo. Sobre un gaban corto y abrochado hasta arriba, vestia un capote de monte abierto por los brazos y que le llegaba hasta las rodillas á manera de dalmática.

Teníale á la sazon desabrochado, así como el gaban, dejando ver un cinto por cuya parte superior relucian las cinceladas culatas de un par de pistolas.

El resto del traje lo constituian un calzon de ante y una bota de gamuza hasta la rodilla.

Un sombrero de hule hallábase colocado al alcance de su mano junto al asiento que ocupaba.

En cuanto á su compañera, ya hemos dicho algo de ella á nuestros lectores; era Julia, la hija del jefe carlista, la misma á quien el marqués de Lézaro amaba de aquella manera tan especial como terrible.

Su hermosura era incitante, sensual, arrebatadora.

Era el tipo árabe en toda su pureza, en toda su explendente fascinacion.

Sus formas eran mórvidas y puras, y su talle esbelto, casi increible.

Su ovalado rostro, moreno sonrosado, hacía resaltar el encendido carmin de sus labios voluptuosos.

Su abundante cabello, negro como el azabache, encerraba aquel rostro encantador en un marco de ensortijados bucles.

Sus ojos, en fin, grandes, rasgados y de largas pestañas, parecian irradiar un fluido irresistible, una especie de vapor que envolvia, atrayendo como el imán.

Amar á aquella mujer debia ser á la vez la más suprema dicha y el mayor de los tormentos.

Habia en aquel rostro, al par que una dulzura enloquecedora, una energía indomable y el más altanero desden.

En una palabra, era mujer y ángel.

Al aparecer el vasco en medio de la sala, la jóven volvióse hácia él con sobresalto, y su acompañante, poniéndose en pié de un brinco, echó mano á una de las pistolas.

El torrero se sonrió; acababa de adivinar que aquella pareja era la que infructuosamente habian buscado don Fernando y él.

Contento, pues, con tan inesperado acontecimiento, exclamó con afectuosa entonacion:

—Señores, no se asusten ustedes; soy el habitante de esta torre, y me doy la enhorabuena por ver que en ella encuentran el descanso, que sin duda alguna deben necesitar mucho.

El jóven retiró la mano del cinto replicando con afectuosa sonrisa:

—Usted ha de perdonarnos, señor mio, si con no gran miramiento hemos allanado su casa.

La tempestad nos cogió en el campo desde su principio, y al llegar al pié de la torre, determinamos no pasar adelante; llamamos, y viendo que nadie nos contestaba, arrostrando el todo por el todo, forcé la puerta con la punta de mi cuchillo.

Esta señorita no podia ya más, y tan triste circunstancia mató todos mis escrúpulos.

—Y ha hecho usted muy bien, caballero. En la inteligencia de que estoy para todo á su disposicion.

La hermosa Julia, ántes de escuchar estas palabras, se habia tranquilizado.

La fisonomía del vasco respiraba honradez y nobleza.

—¿Y usted viene de muy léjos con una noche semejante? exclamó el que acompañaba á Julia con cierta curiosidad.

—Nó, de estos contornos.

—¡Oh! entónces, exclamó la jóven, voy á permitirme hacer á usted una pregunta.

—Diga usted, señora.

—¿Es muy frecuente por estas costas el contrabando?

—Sí por cierto.

—¿Aun en noches tan terribles como esta?

—¡Ay señora! no tanto. El Cantábrico es un amigo que

tiene malas partidas, y es preciso andarse con él con piés de plomo.

Sus zancadillas no suelen tener cura.

—Así lo creo. Pero se nos ha figurado al venir, que en distintas direcciones se cruzaban algunos bultos.

—Pues de seguro no eran contrabandistas, señora.

—¿Nó?

—De ningun modo; además, casi me atreveria á jurar, porque yo tambien he creido ver esos bultos, que es muy distinto el contrabando que ellos buscan.

—¿Cómo? exclamó el jóven caballero.

—Sí, señor, y el contrabando son ustedes.

Al oir estas palabras, Julia miró rápidamente á su compañero. Este, frunciendo el entrecejo y con cierta agresiva desconfianza, replicó:

—No entiendo lo que usted quiere decir.

—¡Oh señor! no sospeche usted de mi parte lo mas mínimo. ¿Conoce usted á un caballero que esta noche debia visitar estos lugares, y que tiene por nombre don Fernando de Alvareda?

—¡Oh! ese es mi hermano.

—Caballero, lo sospeché desde el principio.

Pues bien, oigan ustedes. Yo he servido con don Fernando muchos años, y tiene en mí la más completa confianza. De su entrevista con él, esta noche, aquí mismo donde ustedes se encuentran, aunque no me dijo cuál, conozco que corren algun grave peligro.

Lo que me sorprende es, continuó cual si hablara consigo mismo, que vigilando la costa él por un lado y yo por otro, no hayamos visto á ustedes saltar en tierra.

—Amigo mio, no le admire á usted eso, porque si bien á mi hermano se le hizo saber así, cediendo á un nuevo pensamiento decidimos hacer la travesía á caballo.

—¡Ah!

—¿Conque dice usted que mi hermano está....

—No lo sé.

—¿Cómo?

—Que no he vuelto á verle; y francamente, quisiera saber si he acertado en lo que me ha hecho colegir su entrevista conmigo.

—Diga usted.

—Si juzgan que soy indiscreto...

—De ningun modo, hable usted lo que guste.

—Pues bien, ¿ustedes recelaban que hubiese por aquí algun enemigo que intencionadamente les esperase?

—Sí, dijo con voz sombría Alvareda.

—¡Oh! entónces... exclamó el vasco con exaltacion, don Fernando corre algun peligro; de nó, estoy seguro que se hallaria ya á mi lado.

Jamás he visto lo que esta noche, y es preciso no permanecer así más tiempo.

Usted, caballero, permanezca velando á esta señorita; yo volveré muy pronto.

—¡Oh! gracias, amigo mio, exclamó Alvareda estrechando con efusion la mano del torrero. Vaya usted, sí, y Dios quiera que no tarde en encontrarle.

—Oiga usted otra cosa; leo en el semblante de esta señorita, que no es de esas á quienes asusta el más pequeño peligro; por lo tanto no vacilo en indicar á usted que todo debe temerse esta noche.

Baje usted conmigo, y en cuanto yo salga, asegure usted la puerta con una barra que ahora le daré.

Apaga usted la luz del primer piso, y cerrando esta ventana, desorientaremos en cuanto sea posible.

—Así se hará, amigo mio.

—Corriente. Pues tenga usted la bondad de seguirme.

Diciendo así, el vasco tomó de nuevo su escopeta, saludó á Julia y abandonó la sala con rapidez.

Alvareda bajó tras él, y siguió en un todo las instrucciones que acababa de recibir.

Agustin, con su escopeta al hombro, echó á andar con cuanta celeridad permitian las tinieblas de la noche, en direccion al sitio en que se separó de don Fernando.

Imposible hubiera sido á otro cualquiera marchar con la velocidad del atrevido vasco.

Aunque á veces un rayo de luna descendia hasta la tierra por entre los claros que solian dejar en su marcha las espesas nubes, estas llenaban aun tan por completo el vacío, que la pálida luz de la reina de la noche parecia más bien el resplandor lánguido y ténue de un relámpago.

Al desaparecer, la oscuridad parecia hacerse más completa.

El torrero, á pesar de tantos obstáculos, continuaba siempre avanzando.

De pronto, y al llegar junto á una roca que debia dejar á la izquierda y que se alzaba como una pared hasta la altura de un hombre, creyó escuchar un ruido que venía del otro lado de ella, y que en el primer momento le pareció como el de personas que hablaban en voz baja.

Detúvose cauteloso, y se convenció de que eran un hecho sus presunciones.

Entónces se deslizó á lo largo de la roca hasta llegar al sitio en que terminaba.

Precisamente las voces llegaron desde allí á nuestro hombre de una manera inteligible.

Los que hablaban debian hallarse situados hácia el mismo extremo en que aquel se colocó.

Aun cuando muy bien hubiera podido tratar de ver quiénes ó cuántos hombres se encontraban de parada, contentóse con acercar su oido á la roca, y pudo oir lo siguiente:

—Vamos á ver, no hableis todos á un tiempo, decia una voz imperiosa. Tú, Malasangre, ¿qué es lo que has visto?

—Yo, señor Pedro, que, como dije á usted, cuando nos dieron la noticia, creí que era todo una vision, me acerqué no obstante resuelto á no volver sin cerciorarme de lo que hubiera en ello de cierto; así que, colocando la anilla del sable en el gancho del cinturon, enderecé hácia la torre.

Parecióme, sí, que se veian sombras en el primer piso.

Esto, como era natural, excitó más mi curiosidad, y comencé á dar vuelta á la torre con el fin de elegir el sitio más á propósito para hacer un escalamiento; pero cuál no sería mi sorpresa cuando me hallé la puerta abierta casi de par en par.

El fondo se hallaba oscuro como boca de lobo, y confieso, señor Pedro, que aunque fué muy poco tiempo, pensé si debia aventurarme por aquellas tinieblas.

—Es natural; hay personas que tienen más miedo de verse ante una puerta abierta que ante un peligro verdaderamente ostensible.

Continúa.

—Pues bien, señor Pedro; sea como quiera, yo entré, aun-

que sin olvidar cuantas precauciones son de cajon en tales casos.

Tropecé con una escalera, subí por ella, y vime en el primer piso.

Y aquí no debo continuar sin que confiese ántes que hice muy mal en dudar de las palabras de nuestro compañero el que vino á dar á usted la noticia.

En la torre habia gente, y lléveme el diablo si las dos personas que yo he visto por mis ojos podian ser el torrero y su mujer, con perdon sea dicho de su ausencia.

Agustin, al oir esto, sonrió en la oscuridad de una manera extraña.

—¡Ay, señor Pedro, continuó Malasangre, qué hermosa mujer he visto por entre las rendijas de la puerta de aquella pequeña sala!

Y de él tampoco digamos ménos; hacen una pareja como de seguro no hay muchas.

—Vamos, bien, ¿y qué más?

—Nada absolutamente.

—¿Cómo nada?

—Lo que usted oye. Con las mismas precauciones descendí, y me encontré en el campo.

—¿Y no oiste nada?

—¡Pchs! casi casi.

—Vamos, concluye con mil rayos.

—Señor Pedro, digo que casi no escuché, porque en los cortos instantes que estuve observando y que bastaban para corroborar lo dicho por el compañero, el acompañante de aquella hermosa sin duda debió observarla abatida, por-

que la animaba haciéndola recordar que en cuanto amaneciera terminaria su sobresalto.

—Me has alegrado con tu relato, Malasangre, y desde ahora os ofrezco, tanto á tí como al que primero dió el aviso, que tendreis una buena propina.

Malasangre, ya sabes dónde quedaba aguardándonos nuestro jefe; marcha y repítele cuanto me has dicho, añadiendo que aquí le espero con el resto de la gente.

Agustin el torrero no quiso aguardar más.

Retiró el oido de junto la roca, y comenzó á deshacer lo andado, dirigiéndose otra vez hácia su morada con cuanta celeridad le era posible.

—¡Oh! murmuraba para sí, bien decia don Fernando, que sucesos terribles iban á acaecer esta noche.

Y el que parecia jefe de estos ha dicho que aguardaba al principal con toda la gente.

¡Oh! corramos á ver si puedo salvarlos.

Tal era lo que influia en el vasco su noble propósito, que despreciando peligros, sin casi tener la evidencia del sitio en que fijaba su planta, emprendió una carrera vertiginosa.

Pocos minutos despues llegaba sin aliento á la puerta de su habitacion.

Procurando aparentar una serenidad que no tenia, ganó la escalera y penetró en la sala.

—¿Qué es eso? ¿quién es? exclamó Alvareda alzándose de junto al hogar.

—Soy yo, señoritos; no hay que asustarse.

—¿Cómo tan pronto? ¿ha visto usted á don Fernando? exclamó la hermosísima Julia.

—¡Ah! nó, señora.

—¿Entónces cree usted.....

—Si ustedes se dignan escucharme, les diré qué es lo que me ha hecho volver atrás.

—Hable usted, amigo, añadió Alvareda con cariñoso interés.

—Pues bien, lo diré sin ambajes, porque los momentos son preciosos y no debemos desperdiciarlos.

Los dos jóvenes, sin decir una palabra, se quedaron mirando al torrero.

Un secreto presentimiento les hacía enmudecer.

—Y bien, exclamó por último la animosa jóven, ¿qué hay, amigo mio?

—Que tal vez ántes de un cuarto de hora se hallen aquí los que persiguen á ustedes.

Entónces, sin omitir una palabra, refirió cuanto acababa de oir.

—¡Oh! ¿y qué podremos hacer? exclamó Alvareda con acento de desesperacion.

—¿El qué? replicó Julia irguiendo su hermosa cabeza, salir de aquí cuanto ántes y que el cielo nos proteja.

—Si quisieran guiarse por mi consejo, prorumpió Agustin, tal vez lográramos burlar las pesquisas de sus enemigos.

—¿Cómo?

—Diga usted....

—Ahora mismo saldremos, y al pié de la torre por el sitio más próximo al mar, esperarán ustedes entre las erizadas rocas que por este lado se levantan.

Es casi seguro que en cualquier parte buscarán ménos ahí.

—Pues bien, marchemos cuanto ántes, exclamó Alvareda con febril impaciencia.

Julia, por toda respuesta habia seguido su ejemplo levantándose de junto al hogar, y una vez ayudada de su amante, echó sobre sus hombros la capa que se enjugaba al fuego, y se hallaron en disposicion de seguir al montañés.

Este les hizo salir delante, y despues de apagar la luz, marchó tras ellos procurando animarlos con sus palabras.

Una vez fuera de la torre, Agustin echó adelante, y en silencio como tres sombras, emprendieron su marcha costeándola con precaucion.

Como habia indicado el vasco, aquel sitio era por demás agreste, casi intransitable.

A costa de bastante trabajo, especialmente por parte de la jóven, pudieron llegar al sitio designado.

Un pequeño cuadro abierto entre las rocas, fué el escondite en que se detuvieron.

Julia por su pié no hubiera podido llegar hasta él. Entre su amante y el torrero pudieron, á costa de no poco trabajo, colocar allí tan preciosa carga.

Solo entónces respiró Agustin.

Una vez allí, exclamó:

—Yo dejo á ustedes. Por mi parte nada tengo que temer, y necesito á todo trance buscar á don Fernando.

Lo peor que puede acontecerles en mi concepto, es que tengan que esperar aquí la luz del dia.

De cualquier modo, no salgan de este sitio sin que yo venga en su busca.

—Un momento, amigo mio, exclamó Alvareda deteniendo al montañés, que ya se disponia á alejarse. El cebo de mis

pistolas se ha humedecido, y no tengo otras armas. ¿Puede usted dejarme su cuchillo?

—Sí, señor, tenga usted. Yo con la escopeta no necesito más.

Ea, señoritos, discrecion y un poco de paciencia.

Probablemente tardaré poco; pero de cualquier modo no volveré sin tener la seguridad de que se hallan ya libres de todo peligro.

Agustin estrechó la mano de Alvareda, y diciendo adios á Julia, trepó con agilidad por entre las rocas, desapareciendo de junto á los dos jóvenes.

Echó á andar en la direccion que primero habia emprendido para buscar á don Fernando, temiéndose cada vez más que algun siniestro, tal vez irreparable, debia haber ocurrido á este.

Acababa de salvar la escabrosa roca tras la cual escucharà poco ántes las palabras de Malasangre, respecto á los dos amantes que se habian albergado en su habitacion, cuando al poner su pié en una estrecha vereda que se abria á su mano derecha, casi tropezó con el bulto de un hombre que la obstruia.

—¿Qué es eso? exclamó este, ¿ha llegado ya el jefe?

—Nó, contestó el montañes con voz breve, aunque resuelta.

—¿Entónces vendrás á avisarme para que me replegue hácia la torre con los demás?

—Tampoco. Yo sigo adelante.

—¡Hola! ¿conque adelante?

—¿Y qué tiene eso de particular? replicó el vasco entre turbado é impaciente.

—De particular, nada; únicamente que te quedarás con la gana.

—¿Por qué?

—¡Mil rayos! porque no se puede pasar.

—¡Báh! eso lo dirás en broma, replicó Agustin con extraño acento.

—Bueno será, pero tambien en broma vas á soltar la escopeta, y esperarás á mi lado á que vengan en tu busca despues que yo silbe.

—Ni la dejo, ni tú silbarás.

El hombre, al oir estas palabras, dichas por el torrero con una entonacion severa y terrible, retrocedió dos pasos.

—Mira, es chistoso lo que acabas de decir, pero no va á hacerme efecto.

—Una palabra, exclamó el vasco adelantando hácia aquel.

—Qué.

—No sé quién eres, ni aun siquiera distingo tus facciones, como tú no distinguirás las mias; por consiguiente, el ceder á lo que voy á decirte á nada te obliga, y si lo crees vergonzoso, nadie puede venir mañana á echártelo en cara.

—Pero....

—Un momento aun, no he concluido.

Aun cuando arrostrara la muerte en este mismo sitio, aunque tuviera que darla, es forzoso que, á pesar de estas consideraciones, siga yo adelante, á ménos de que, como he dicho, no dé el último suspiro.

¿Quieres dejarme pasar?

—Nó.

—¿A pesar de todo?

—Comprendo tus razones, y si graves son, no se quedan en zaga las mias para que yo niegue lo que pides.

Hubo un momento de silencio.

Agustin comenzó á fruncir el entrecejo y á apretar entre su callosa mano la garganta de la escopeta que descansaba en su hombro.

Despues de aquella ligera pausa, exclamó de nuevo con acento sombrío:

—¿Eres provinciano?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo tambien.

—¡Hombre, de la misma tierra!

—Y testarudos igualmente, ¿no es cierto?

—Ya lo creo.

—Pues bien, paisano, ¿me dejarás pasar? te lo suplico por última vez.

—Lo siento, pero ya lo he dicho, no pasarás.

—¡Pues sí, vive el cielo! mira cómo paso, exclamó Agustin lanzándose sobre su enemigo.

Sin variar apénas la colocacion de la escopeta sobre su hombro, no hizo otra cosa que extender el brazo y pegar con la culata en el pecho de su contrario con la misma fuerza que podria mandar un ariete de guerra.

El golpe fué tan súbito como terrible.

El centinela, sin dar un grito, sin exhalar otra cosa que una especie de estertor inarticulado, abrió los brazos y cayó hácia atrás en medio de la senda.

Agustin saltó por cima de él murmurando:

—Lo ménos en un par de horas no te levantas tú de ahí, y quiera Dios que no suceda otra cosa peor.

El lo ha querido; en todo caso, que el cielo nos perdone.

Libre ya, dedicóse no más que á explorar el terreno para ver si llegaba á encontrar á don Fernando.

Esta idea le desalentaba.

Con una escrupulosidad inmejorable, procedió en sus investigaciones. Por fin al cabo de un buen rato llegó junto á la cabaña en que poco ántes hemos visto al marqués de Lézaro.

Acercóse hasta ella, aunque sin pensar que por aquel lado pudiera tener mejor suerte.

Dentro de la cabaña vió luz, y acercándose cauteloso, oyó que hablaban dos hombres.

En el primer momento pensó retirarse, pues no le convenia ser descubierto. Pero se acordó de don Fernando, y aunque sin esperanza alguna, se dirigió hácia la puerta, por ver si podria descubrir lo que habia en su interior.

Hízolo así, y un momento despues se retiró.

Los dos hombres que habia visto por entre las junturas de las tablas, le eran del todo desconocidos.

Dió vuelta á la cabaña, y vió en el pesebre un magnífico caballo ensillado, y al parecer, dispuesto á una pronta marcha.

Apénas habríase alejado unos treinta pasos, cuando se detuvo inmóvil y como petrificado; acababa de escuchar, de una manera perceptible, tristísimos aunque débiles quejidos.

Su corazon comenzó á latir apresurado.

Una vez repuesto de su primer sorpresa, se encaminó en la direccion de donde aquellos provenian.

Momentos despues, sostenia entre sus brazos el cuerpo del herido don Fernando.

Uno y otro se reconocieron, pero aquella emocion privó del sentido al infelíz Alvareda.

El vasco no titubeó.

Una idea acababa de asaltar su mente.

Dejó con suavidad en el suelo á don Fernando, haciendo que la cabeza descansara sobre el capote de monte, que se quitó, y en ménos tiempo del que se tarda en referirlo, corrió á la cabaña, desató al caballo del pesebre, y volvió junto al herido.

A costa de mil esfuerzos, pudo colocar á don Fernando sobre el delantero de la silla y montar él á su vez.

Hecho así, hízole descansar lo más cómodamente entre sus brazos, y tomó las riendas del animal.

En el mismo instante, y cuando salia al trote, llegó hasta él un confuso rumor de voces.

En el momento comprendió Agustin cuál debia ser la causa.

El caballo les habia delatado con sus pisadas.

Comprendiendo que la situacion era inminente, sin tener en cuenta para nada las infinitas sinuosidades del terreno, excitaba cada vez más al bruto, que tomó al galope por entre las quebradas, buscando los senderos con admirable instinto.

Así pasó una hora.

Don Fernando habia vuelto en sí, pero sufria de una manera horrible con el traqueteo del galope.

Agustin, á más de esto, pudo notar que el caballo, con su doble carga, comenzaba á toser, y sus resoplidos aumentaban cada vez más; por lo tanto, decidió acortar el paso, por lo ménos hasta ver si percibia algun ruido sospechoso.

Tiró de las riendas, y el caballo se detuvo.

Todo se hallaba en silencio.

Nada inquietaba la imponente tranquilidad de la noche.

Agustin respiró.

Podia continuar su camino sin la anterior precipitacion.

Hízolo así, poniendo el caballo al paso.

Media hora despues, su pecho dejó escapar un suspiro de satisfaccion.

Acababa de entrar en Bermeo.

En la segunda casa de la villa, á la izquierda, se detuvo, arrimó el caballo junto á la puerta cuanto le fué posible, y dió en ella tres golpes con mano fuerte.

Poco tuvo que esperar.

Una voz varonil y robusta contestó al llamamiento desde el fondo de la casa.

Un minuto despues oyó Agustin los pasos del que se acercaba.

—¿Quién es, y qué se ofrece tan temprano?

—Abre, Miguel Anton, soy yo, replicó el torrero.

El así llamado, sin añadir más palabra, dió vuelta á la llave y abrió de par en par.

—Calla, ¿quién habia de creerte por acá á estas horas? exclamó el de la casa con la mayor sorpresa.

El que asi hablaba, algo más jóven que Agustin, era un mozallon tan parecido á este, que sus fisonomías denunciaban al punto el parentesco.

—Luego te lo diré todo; pero ahora acércate, hermano Miguel, y recibe en tus brazos á este caballero miéntras me apeo.

Cuidado, cuidado, continuó haciendo deslizar hasta aquel el cuerpo de don Fernando, que viene herido, y un movimiento brusco puede causarle mucho daño.

En cuanto Agustin se bajó del caballo, entre él y su hermano trasladaron á Alvareda al interior de la casa, y con el mayor cuidado le colocaron en una cama.

Agustin dejó el caballo en la cuadra, en tanto que por indicacion suya marchaba Miguel Anton en busca del cirujano.

Miéntras tanto volvia este, el torrero, ayudado de la mujer de su hermano, desnudó como mejor pudo al herido, acomodándole con cariñosa solicitud en el blanco lecho.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando el cirujano se hallaba ya junto á Alvareda.

Miéntras registró su herida, reinó en la estancia un silencio sepulcral.

Agustin seguia ansioso los movimientos del cirujano.

Cuando este colocó el apósito y hubo marcado el plan que debia seguirse, se dispuso á partir.

El torrero salió tras él, y al llegar junto á la puerta le detuvo.

—Vamos á ver, don Damian, ¿qué le parece á usted del herido?

—Mucho mejor que lo que pensé á primera vista.

La bala se ha deslizado por entre dos costillas del lado derecho, y si no sobreviene una complicacion que no temo, dentro de quince ó veinte dias podrá dejar la cama.

Por supuesto que el tiro ha sido particular, tú ya lo sabrás.

—No, señor, le encontré ya tendido en el campo.

—Pues mira, ha sido por detrás, y por fuerza á muy poca distancia.

Y esa fué su suerte, porque la bala ha salido bufando de una manera milagrosa por entre las dos costillas.

Si se le disparan de bastante más léjos, es casi seguro que el proyectil hubiera quedado dentro, y entónces sabe Dios, que ese es un sitio muy delicado para alojar plomo.

—¿De manera que cree usted....

—Nada, lo que te he dicho, que mucho ántes del mes se le dará de alta.

Agustin se alegró con tal noticia lo que no es decible, acompañó hasta la puerta al cirujano y volvió presuroso al lado de Alvareda.

Habíase quedado algo tranquilo y no quiso molestarle.

Reiteró muchas veces á su hermano y cuñada el que durante su ausencia cuidaran al herido como cosa propia, y sacando de nuevo el caballo de la cuadra, saltó sobre él de un brinco y abandonó la villa.

El animal, con el descanso de una hora y con la mitad de carga ménos, pudo secundar sin esfuerzo la impaciencia del ginete saliendo á un trote bastante largo.

Las primeras tintas de la mañana comenzaban á dibujarse por Oriente.

Al cuarto de hora de marcha, la luz del dia iba haciéndose cada vez más perceptible, y Agustin pudo ya con seguridad buscar los atajos y guiar al caballo por las estrechas sendas abiertas entre las quebradas del terreno.

Poco tiempo despues avistó la cabaña.

Con su prudencia habitual se detuvo de pronto, y ende-

rezándose sobre la silla, tendió en derredor una mirada escudriñadora.

Nada descubrió en todo el horizonte.

La cabaña y sus alrededores debian hallarse solitarios.

Llegóse á aquella, se apeó del caballo, y despues de dejarle atado en el mismo lugar en que le encontró, echando su escopeta al hombro, tomó por lo más cerca el camino de la torre.

Aquel hombre debia ser infatigable.

Avanzaba con seguridad y desembarazo, sin que nadie al verle hubiera podido sospechar las emociones y fatigas que habia sufrido aquella noche.

Su primer cuidado fué el de volver al sitio en que poco ántes dejara al hermano de don Fernando y á su amada.

—De seguro hace hora y media que salí de aquí, murmuraba, y en este tiempo habrán comprendido que pasó el peligro, y acaso me esperan en la torre.

Sin embargo, más cerca estoy de aquella especie de nido, y echaré una ojeada por si acaso.

Apénas acababa de decir estas palabras, cuando llegó á la vertiente formada á espaldas de la torre.

Descendió por ella, y avistó el pequeño plano rodeado de rocas en que dejara á los dos amantes.

—¡Báh! no me equivoqué.

La centinela era larga y nada agradable en noches como la que ha pasado.

¡Pero calla! continuó con voz de trueno y saltando hasta el otro lado de las rocas. ¿Qué ha pasado aquí?

¡Un charco de sangre! ¡Oh! ¡desgraciado de mí! yo tengo la culpa.

El abatimiento del honrado vasco ante el espectáculo que se ofrecia á sus ojos, es superior á toda ponderacion.

Durante un buen espacio dejó caer la frente sobre sus manos, que se apoyaban en el cañon de la escopeta.

Despues quiso albergarse en la última esperanza.

Pensó en marchar á su casa por si aun llegaba á verlos.

¡De nuevo se detuvieron sus ojos en el charco de sangre!

Cuando logró serenarse algun tanto, comenzó á examinar aquel sitio, teatro, al parecer, de terribles escenas.

Vió además un pañuelo blanco.

Cogióle, y el perfume que exhalaba le hizo conocer su procedencia.

Del mismo modo pudo observar sobre la tierra, blanda aun con la pasada lluvia, infinidad de pisadas, permaneciendo perfectamente distintas las huellas de toscos zapatos.

Triste y abatido se alejó de allí, encaminándose á su morada.

Una vez en ella, subió á la habitacion principal, sin que allí advirtiese el menor vestigio de que por nadie hubiera sido invadida.

El hogar estaba apagado: dejóse caer sobre el banco más próximo, é irguiendo su rostro varonil y enérgico, murmuró con voz sorda:

—¡Oh! ¡si han muerto, los vengaré!!!

CAPITULO IV.

La desaparicion.

La desgracia comenzaba á perseguir á la familia del coronel carlista don Patricio Olmedo.

A los ocho dias de haberse incorporado á su regimiento, hubo un encuentro con las tropas de la reina.

El coronel volvió á ser herido.

Una bala enemiga le atravesó el brazo izquierdo.

Aun no hacía el mes que saliera de su casa, cuando convenientemente disfrazado, llegó á la villa de Plencia.

Unos cuantos dias residió en el hospital, y cuando el peligro de la herida desapareció, le concedieron licencia para que pasara á restablecerse á su casa.

Olmedo se consideró el más infelíz de los hombres.

No podia ménos de permanecer alejado por algun tiempo de los sitios en que ardia la guerra, y su carácter belicoso y la ciega aficion á sus ideas, hacíanle sufrir extraordinariamente al considerar su impotencia.

Ya hemos dicho que su hermana era la encargada por él de dirigir la casa durante sus ausencias. Cuando el coronel

Olmedo avistó las primeras casas de la villa de Plencia, no fué dueño á contener cierta sensacion de alegría que cohonestaba no poco la situacion de su espíritu.

¡Iba á ver á sus hijos! A pesar de su carácter enérgico y atraviliario, era padre, y por un momento dió entrada en su corazon á tan tierno sentimiento.

Avanzaba á caballo, y no fué dueño á contener su impaciencia.

Aligeró el paso, y un momento despues se detenia ante su morada.

En el piso alto de la casa, ó sea en el principal, era á donde residia la familia.

Por esta razon su llegada no fué apercibida por nadie.

Dejó su cabalgadura en poder del asistente, y ganó la escalera presuroso.

Un instante despues se hallaba en la sala abrazando á la bellísima Amparo y á su hijo Ricardo.

—Vamos, mi buena Juana, exclamó el coronel dirigiéndose á su hermana, que se dirigia hácia él llorosa y temblando, venga un abrazo.

Aquí me teneis de nuevo, dispuesto, muy á pesar mio, á haceros compañía durante algun tiempo.

—¡Oh! ¿pero qué tiene usted en ese brazo? exclamó Amparo con tierna solicitud.

Afortunadamente, nada ya de gravedad, hija mia; pero de nuevo, por mi desgracia, tengo otra vez que condenarme la indolente pereza.

—Pero vamos, y Julia ¿qué hace que no viene á abrazar á su padre?

¿Dónde está?

Ninguno de los que le escuchaban tuvo valor para contestar el primero á aquellas palabras.

El coronel, lleno de admiracion ante aquel silencio que no comprendia ni se explicaba, exclamó de nuevo:

—¿Qué esto? ¿qué quiere decir ese silencio? ¿dónde está mi hija?

—¡Hermano mio!...

—¡Padre de mi alma! exclamó á su vez Amparo abrazándose á él.

—¡Oh! ¿qué es eso? ¿qué quieren decir vuestras exclamaciones?... ¿Qué es de mi hija? ¿se halla enferma por ventura? decidme dónde está, quiero verla en seguida.

Diciendo así, el anciano padre púsose en pié, y dió dos pasos con ademan inquieto y febril.

Su hermana no acertaba á proferir la menor palabra.

En aquel momento hubiera querido que se abriera la tierra bajo sus plantas y la hubiese tragado.

El viejo coronel se detuvo un momento.

Sus ojos extraviados dirigíanse por todas partes, y la palidez de su rostro se hacía cada vez más densa y cadavérica.

—¡Oh! ¡pero qué es esto! ¿os habeis propuesto matarme?

Pronto, ¿dónde está Julia? ¿dónde está mi hija?

Dímelo tú, Amparo, ¿dónde está tu hermana que no puede venir á recibir á su padre?

Amparo se cubrió el rostro con las manos, y comenzó á llorar.

—¿Qué quiere decir esto? ¿qué significa ese llanto?

Tú, exclamó dirigiéndose á su hermana y agarrándola por un brazo, ¿nada tienes que decir?

¿Qué has hecho de mi hija? ¿dónde está Julia?

—Hermano mio, ¡por Dios! ¡No me culpes, no me maldigas!

Tu hija no se halla entre nosotros.

¡A favor de la noche, confiando en nuestra ignorancia, nos ha abandonado!

Ya sabes cuánto yo te he querido siempre, cuánto quiero á tus hijos; no creas, nó, que puedo tener remotamente la más pequeña culpa en tan triste acontecimiento.

—¿Que no está mi hija? exclamó Olmedo con cierto extravío, y cual si no oyera otras palabras que las que así le conturbaban. ¿Pues cuántos dias hace?

¿Es posible qué... ¡Oh! ¡esto solo faltaba á mi desventura!

¡Me ha deshonrado!

¡Infelíz de ella, la aborrezco y la maldigo!!

—¡Padre! exclamó Amparo con tono suplicante, usted puede creer....

—Calla, no me digais una palabra; no quiero oiros, no quiero veros.

Y sin añadir más, sin proferir otra expresion, abandonó la sala, sin que su hermana ni sus hijos se atrevieran á dar un solo paso.

Aquel pobre viejo acababa de recibir en medio del corazon el más rudo de los golpes.

Entróse en su gabinete, y cerró tras sí la puerta con violencia.

Necesitaba estar solo.

Se dejó caer en un sillon, y ocultó el rostro entre las manos.

Hay fenómenos psicológicos que se observan á cada paso, que se ven por do quier, y que no obstante tan solo se comprenden al sentirlos.

Carácter, pasiones, educacion, todo se altera y modifica en ocasiones dadas, á despecho de la razon que en ellas parece adormecida, ó mejor aun, pospuesta.

Aquel hombre, militar bravo y encanecido, de temperamento fuerte y genio acre, al escuchar la desaparicion de su hija sintió, consecuente á su modo de ser, una ira desapoderada y hasta deseos de venganza, que dejó traslucir cuando las palabras aborrecimiento y maldicion salieron de sus lábios; y sin embargo, un minuto despues se habia metamorfoseado completamente.

No parece sino que la ternura, hecha atrás por la rabia y la dureza, acababa por desbordarse venciendo por completo á los malos instintos.

El llanto acudió á sus ojos.

Habia sido hombre, y comenzaba á ser padre.

Nadie fué osado á interrumpir su dolor.

Amparo, la tierna é inocente niña, era la única que estaba en un todo enterada de cuanto habia hecho su hermana.

Julia no habia podido evitar que aquella fuese testigo de tan arriesgada y censurable determinacion.

Por supuesto que tal contratiempo lo consideró de muy poca importancia.

Conocia el carácter de su hermana, que, dotada de una ternura y sensibilidad exquisitas, era incapaz de oponerse á cuanto ella le ordenase.

Además, Amparo era todo inocencia y candor, y ni si-

quiera hubiera soñado nunca en tener energía suficiente para obrar por sí y detener á su hermana.

Julia, pues, habia conseguido de ella por medio de juramento, que jamás diria á nadie y sin excepcion alguna, las causas de su determinacion y ni el más pequeño detalle acerca del modo de ponerlo en práctica.

Amparo se lo ofreció solemnemente, mucho más cuando oyó decir á Julia que volveria muy pronto, ya pasado el peligro, para volver á toda su tranquilidad; pues á este solo fin se aventuraba en tan grave proyecto, conociendo, como conocia, que nunca su padre hubiera dado el consentimiento para aquel matrimonio, único que podia hacer su felicidad.

Inútil es que digamos cuán grande seria el sufrimiento de aquella pobre niña al ver la desesperacion de su padre y no atreviéndose á revelarle cuanto sabia.

Acaso no habrian pasado dos horas desde que el infeliz don Patricio Olmedo se hallaba en su casa, cuando entraron á anunciarle que acababa de llegar un hombre que con muchas instancias pedia hablar con él un momento.

Maquinalmente, sin pensar siquiera en lo que acababa de oir, dió órden de que le dejaran pasar.

A pesar de que tan solo habrian trascurrido breves instantes desde que concediera su permiso hasta la presentacion en el gabinete del que lo solicitaba, es lo cierto que aun cuando la puerta se cerró y los dos quedaron solos, ni siquiera varió de postura ni alzó la cabeza.

El que acababa de penetrar era un mozo del pueblo.

La expresion de su rostro era vulgar, y su traje ménos que mediano.

Calculando por el silencio é inmovilidad del coronel, que

iba á tardar mucho más tiempo del que creia en despachar su comision, decidió tomar la iniciativa.

—Caballero, si tuviera usted la bondad de escucharme un momento, le distraeria por muy poco rato de sus meditaciones.

A estas palabras Olmedo alzó su cabeza y se quedó mirando al provinciano con cierta extrañeza.

Pero al cabo de algunos instantes volvió á ser hombre.

Su entrecejo se frunció, y la severidad que en él siempre se advertia vino á esparcirse por su rostro.

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Señor, ya lo he dicho; vengo á molestar, pero por muy pocos momentos.

—Así debe usted hacer si es que desea que le escuche.

—Poco á poco, señor, exclamó aquel un tanto amostazado por la frialdad de Olmedo. Yo vengo aquí á hacer á usted un favor, y en todo caso puedo marcharme sin hablar una palabra.

—¿Un favor á mí? replicó el coronel con seco y desdeñoso acento.

—Sí, señor, aunque le parezca á usted extraño.

—Bien, yo le agradezco la atencion; pero le agradeceré más que se retire.

—¡Ah! corriente. Adios, señor don Patricio; si alguna vez se le ocurre á usted saber noticias de su hija la señorita Julia, venga usted á mí, y puede que se las dé.

Oir Olmedo estas palabras y levantarse de un salto, fué todo una misma cosa.

—¿Qué es eso? exclamó dirigiéndose al provinciano; usted venía....

—Ya á nada. Dice usted que me retire.... y obedezco.

—¡Oh! nó ¡por Dios!... hable usted, se lo suplico.

No he sabido lo que me he hecho.

Yo ignoraba lo que podria traer á usted á mi casa.

Además, no debe usted extrañar mis palabras; ¡estoy desesperado!

Vamos á ver, hable usted y pida cuanto quiera.

—Yo no pido nada, señor, contestó aquel hombre más humanizado.

Solamente vengo á preguntar á usted si sabe de su hija.

Si su respuesta es que nó, yo puedo satisfacerle algo.

—¡Oh! pues bien, no sé nada, hable usted, dígame cuanto sepa.

—Me parece que yo no obro mal.

He sabido en este momento su llegada, y no he querido retardar el presentarme aquí.

—Y ha hecho usted muy bien, se lo agradezco con toda mi alma.

—Pues bien, oiga usted....

La noche que salió la señorita, venía yo de un caserío un poco distante, y la verdad, se me hizo tarde.

El cielo tenia mala traza y amenazaba un chubasco de mil diablos.

Al llegar junto á la casa de usted, y por esa parte que da al campo, ví que junto á un caballo ensillado habia dos personas que parecian disponerse á marchar.

Aunque se veia poco, conocí al punto quiénes eran, y un tanto admirado me detuve junto á ellos.

La señorita Julia me vió y me hizo seña de que me acercara.

Como tanto ella como su hermana me conocen mucho de ir á la pesquería, la señorita exclamó así:

—Martin, voy á pedirte un favor, y espero no habrás de negármelo.

Es menester que nadie sepa en el pueblo que me has visto esta noche fuera de mi casa.

Yo se lo ofrecí, y francamente, no dudé en aceptar una gratificacion que me dió su acompañante.

Les ayudé á montar á caballo, y aun tuve que indicarles el camino que debian seguir para llegar más cerca á Bermeo.

—¿Y conoció usted quién era su acompañante? exclamó el coronel con voz sorda.

—Sí, señor.

—¡Su nombre!

—El capitan mercante Alvareda.

—¡Oh! gracias. Pídame usted cuanto quiera.

—Yo no necesito nada, señor.

Obedecí á la señorita Julia, en cuanto tendia á ocultar su determinacion á las gentes, á quien nada podia importar; pero yo tambien tengo hijos, y hubiera creido faltar á mi conciencia no acudiendo á usted, su padre, para que ponga en planta los medios que mejor estime en tan triste suceso.

—Una palabra más, exclamó don Patrico Olmedo, advirtiendo en el honrado paisano el deseo de retirarse.

—Diga usted, señor.

—¿Qué clase de persona es ese Alvareda?

—¡Oh! un señorito muy guapo.

—¿Y es de este pueblo?

—Sí, señor. Y aquí reside tambien su anciana madre.

Son dos hermanos que jamás se han separado desde que el más pequeño, que es por el que usted me pregunta, fué capitan y tuvo casa en Bilbao que le confió el mando de su buque.

¡Oh! y es el orgullo del pueblo.

No hay quien se acerque á él en demanda de algun favor, que no se marche consolado.

—Bien, bien, es cuanto necesitaba saber, replicó el viejo con forzada calma.

—Señor, yo sentiria haber molestado á usted.

—Nó, nó, nada de eso, y le doy á usted por su servicio las más expresivas gracias.

He cumplido una obligacion, y si en algo más puedo servirle...

—Acudiria á usted....

Entretanto le suplico acepte esta pequeña muestra de mi reconocimiento.

Y diciendo así, puso algunas monedas en manos del provinciano.

Este, comprendiendo que su mision se hallaba terminada, se despidió del coronel con la más solícita atencion.

Olmedo, en cuanto se vió solo, comenzó á medir á largos pasos el gabinete.

En su aspecto, en sus ademanes, en la expresion terrible de su rostro, comprendíase desde luego que en su imaginacion bullian proyectos de venganza.

Así trascurrió un buen espacio, sin que en nada variase el coronel.

Sus paseos continuaban y la misma expresion terrible se reflejaba en sus ojos.

Volvióse á abrir la puerta del gabinete, y el mismo criado que introdujo al provinciano, se presentó ante el coronel diciendo:

—Señor...!

—¿Qué se ofrece? exclamó Olmedo deteniéndose.

—Desea ver á usted....

—¿No te he dicho que no quiero ver á nadie? se apresuró á añadir el viejo con imperioso ademan.

—Sí, señor; pero....

—¿Qué?

—A veces es tal la persona que lo solicita, que no se atreve uno á obrar por sí.

—¿Pues quién es?

—El señor marqués de Lézaro.

—¡Ah!

—Usted me dirá qué hago.

—Hazle pasar.

—Está muy bien.

—Escucha. Miéntras esté aquí ese caballero, no me entres recado de nadie, absolutamente de nadie.

El criado se inclinó y salió.

El coronel hizo un violento esfuerzo para serenarse.

Es tal nuestro amor propio, que á veces, bajo el pretesto de ocultar á los ojos de los demás nuestras desgracias, por medio de una fuerza de voluntad sugerida por un orgullo necio, y de la que no echamos mano siempre para hacer frente con dignidad al sufrimiento que nos abate, hacemos que huya y se esconda la palidez de nuestro rostro y se borren y desaparezcan las lágrimas que tal vez ruedan ya por nuestras mejillas.

Y todo esto no quiere decir más, sino que nos avergüenza el manifestarnos sensibles, el dar á entender que tenemos alma, y que los dolores la conmueven y la abaten.

Esto, llámese amor propio, vanidad ú orgullo, para nosotros no es sino un exceso de crueldad que el hombre comete consigo mismo.

Y luego dicen que somos malos, que perjudicamos al prójimo siempre y por cuantos medios se nos alcanzan.

¡Qué hemos de hacer con los demás, cuando cediendo á una ridícula dignidad, tantas veces mal entendida, á expensas de nuestra salud moral y física, no vacilamos en sofocar los buenos y naturales instintos de nuestra alma, con tal de que el amigo ó el desconocido no lleguen á penetrarse por nuestro exterior que la tenemos honrada, sensible, y no endurecida por las malas pasiones!

Pero no divaguemos.

Y ya que hemos hecho constar que don Patricio Olmedo supo al momento aparecer sereno é impasible, lleguemos al instante en que el marqués de Léżaro se presentaba en la estancia.

Vestia de paisano, y su traje de caza hacia resaltar la perfeccion de sus bien desarrolladas formas y de su esbelta estatura.

—Mi querido coronel, ¿otro nuevo percance le trae á usted á nuestro lado?

—Sí, marqués; una nueva herida, que aunque casi curada, me impedirá por algunos dias volver junto á mis bravos compañeros.

—Excuso decir á usted que lo siento con toda mi alma.

—Gracias, marqués.

Pero tomemos asiento.

Así que lo hubieron verificado uno frente al otro, el coronel continuó así:

—Ya he sabido que, aun contrariando sus deseos no marchando en busca del enemigo, ha tenido mi familia en usted un amigo afectuoso.

El de Lézaro, al oir estas palabras, miró al coronel con atencion, y sus cejas se fruncieron ligeramente.

Creyó por un momento si en ellas se encerraba un sarcasmo terrible.

Sin embargo, supo detenerse á tiempo, porque era tan natural la expresion con que fueron dichas, que no le quedó duda en que tal vez de aquel modo queria disimular el rudo golpe que acababa de sufrir.

—En todo caso, querido amigo, no habré hecho otra cosa que mi obligacion.

Pero francamente, si en sus palabras se envuelve una censura, yo lo que más sentiré de ella será indudablemente el motivo que la promueve.

—No comprendo á usted.

—¿De veras?

—Como lo digo.

—Coronel, á tratarse de otro asunto, tal vez me ofenderia la reserva que está usando conmigo; pero mi deber es decirle que estoy enterado de todo, que lo sé todo.

—¡Ah marqués! perdone usted que haya querido ocultárselo, porque hasta yo mismo desearia olvidarlo.

Pero usted, ¿cómo ha llegado á saber....

—Lo diré todo, coronel; pero ántes es menester que yo le haga una súplica.

Comprendo que la situacion en que se halla es la ménos á propósito para que me escuche; pero sin embargo, de tal manera anhelo tomar la iniciativa en la cuestion gravísima que le ocupa, que salto por cima de todo, y no vacilo en molestarle.

Coronel, yo soy rico y solo en el mundo; con nadie, pues, necesito consultar mis voluntades. Usted tiene una hija, modelo de candor y de virtud; ¿quiere usted concederme su mano?

Hubo un largo rato de silencio.

El coronel habíase quedado estupefacto.

Dudaba lo mismo que estaba oyendo.

Y habia dicho muy bien el marqués: la situacion no era la más á propósito para pedir á un padre el consentimiento de aquel enlace matrimonial.

El marqués, que se habia decidido á no romper el silencio hasta oir el efecto que su peticion hubiese causado al coronel, permanecia tranquilo, y cual si fuera la cosa más natural é insignificante lo que acababa de pedir.

Olmedo, por fin, yendo todavía más allá de lo que el de Lézaro habia aparentado indicar, y traduciendo la determinacion del marqués como un paso delicado y generosísimo para las circunstancias en que él se hallaba, exclamó:

—¡Oh! marqués, no podré hallar palabras con que agradecerle tan noble oferta.

Usted me considera ya como lo que soy, como un pobre viejo, y quiere aliarse á mí para acudir á mi defensa.

Lo comprendo bien, y de todo corazon le doy las gracias.

Si he acertado en mi presuncion, yo no debo sancionar-

lo, y con toda el alma le agradezco la cooperacion que me ofrece.

Crea usted, marqués, que aunque viejo y todo, sabré volver por mi honor.

—Jamás lo he puesto en duda, coronel; pero esto no obsta para que yo desee poder ayudarle con todas mis fuerzas.

—Y bien, ¿cómo ha llegado usted á saber la tamaña desgracia que los mios han sabido ocultar por su propio decoro?

—Las relaciones que nos unen han sido causa de que sus criados, á quienes sin duda alguna no fué posible ocultar tan triste acontecimiento, lo revelasen á los mios.

¿Y qué podré decir á usted? Al saber esto volé á su casa, y aunque nada pregunté, aunque nada dije, el abatimiento, la desesperacion que embargaba á sus hijos y á su hermana, fué suficiente á confirmarme lo que habia oido.

Sin este motivo, la peticion que acabo de hacerle hubiérala formulado de la misma manera.

Amo á su hija de usted, y consideraré como la mayor de las felicidades el que me otorgue su mano.

—Y bien, marqués, ¿Amparo sabe algo? ¿conoce los deseos de usted?

—Nó, señor.

—¡Ah!

El mismo respeto que debia producirme la ausencia de usted, enmudeció mis labios.

Si, como me figuro, piensa remitirme al parecer de su hija, á lo que ella determine, yo entónces preguntaré á usted si le agradaria semejante alianza; y de ser su respuesta afirmativa, me daré anticipadamente la enhorabuena.

Su hija no querrá jamás otra cosa que cumplir la voluntad de su padre.

Un breve rato permaneció Olmedo silencioso, recapacitando cuál debia ser su contestacion al trascendental deseo iniciado por el de Lézaro.

El marqués habia obrado con mucho tacto; era indudable que sabía aprovechar bien las circunstancias.

En la situacion en que se encontraba aquel padre, no era difícil que aceptara como el mayor de los consuelos una alianza que, á más de ser en cierto modo un desagravio, aumentaba considerablemente su fuerza para alzarse contra el causante de su desventura.

Así, pues, la contestacion que el marqués de Lézaro aguardaba no se hizo esperar.

Don Patricio Olmedo, alargándole su mano con afecto, al par que se pintaba en su rostro una expresion solemne, exclamó así:

—Marqués, extremadamente reconocido, con verdadera alegría otorgo á usted lo que solicita, siempre que Amparo no ponga abierta resistencia á un casamiento que yo acepto.

Esta tarde tendrá usted noticia, por mi conducto, de cuál haya sido la respuesta de mi hija.

—Una palabra, señor, exclamó el marqués con hipócrita afectuosidad.

—Diga usted.

—Yo quisiera apresurarlo más.

Diré á usted por qué, continuó observando cierto movimiento en su futuro suegro.

Que sepa yo, si es posible, en este instante si ha de ser conforme á mis deseos la respuesta de su hija, y entónces,

autorizado así, teniendo sus palabras como la mejor garantía, sin perder un momento volaré á procurar su desagravio, á exigir del infame que quiso llenar de luto esta casa, la más cumplida satisfaccion. Y crea usted que no descansaré hasta conseguirlo.

Habia pronunciado el marqués estas palabras con tal energía, con tan bien afectada conviccion, que el viejo cayó en la red.

La fingida sinceridad del marqués parecia tan verdadera, tan expontánea, que aquel no vaciló.

Levantóse del sillon que ocupaba, y emocionado y palpitante dijo:

—Marqués, he aquí mis brazos; acepto con toda mi alma una alianza que tanto ha de honrarme.

El de Lézaro por toda respuesta, y fingiendo una emocion no menor que la que verdaderamente embargaba á Olmedo, le estrechó contra su pecho sin proferir una palabra.

—Vamos, accediendo á los deseos de usted, exclamó el coronel pasado aquel momento de expansion, voy ahora mismo en busca de Amparo.

¿Supongo que tendrá usted paciencia, continuó sonriendo, para aguardarse aquí hasta mi vuelta?

—¡Oh! sí, señor, contestó aquel sonriendo.

—Pues bien, procuraré tardar lo ménos posible.

Soy con usted en seguida.

Diciendo así, el coronel Olmedo salió del gabinete.

El marqués le siguió con la vista, hasta que abandonó la estancia, con una sonrisa de sarcástica é indefinible expresion.

El pobre don Patricio, mucho más consolado, casi orgu-

lloso con lo que acababa de oir, llamó á su hija y se encerró con ella en el salon.

—Amparo, hija de mi alma, siéntate aquí á mi lado y escucha lo que voy á decirte.

La niña, con su habitual bondad obedeció, permaneciendo en silencio con tranquila actitud.

—Hija mia, ocurríaseme empezar haciéndote una pregunta, y así debia proceder teniendo en cuenta lo que acaba de hacer tu hermana; iba á decirte, continuó con cierta amargura, si amas á algun hombre; pero no lo pregunto, no quiero que lo contestes.

Hay acontecimientos que determinan épocas en la familia, que tienen por necesidad, en virtud de la influencia que ejercen, que desviarlas de la marcha anterior de su situacion pasada.

Nosotros nos hallamos precisamente comprendidos en este caso.

Fuerza es que por todos los medios, hija mia, procure yo remediar los males que tu hermana nos ha causado y que nuestro honor reclama.

Este me obliga á decirte: Amparo, hay un hombre honrado, generoso y digno, que desea llamarse hijo mio dándote su nombre.

Caballero es de relevantes prendas, y espero en Dios que habrá de hacer tu felicidad.

Tú le conoces; es el marqués de Lézaro.

La hermosa niña, que habia escuchado con atenta naturalidad las palabras de su padre, al saber el nombre del que pedia su mano, alzó su frente y miró á su padre con atencion, cual si dudara lo que acababa de oir.

Don Patricio continuó:

—¿Nada dices, hija mia? ¿no estás conforme con cuanto acabo de decir? ¿no son las mismas tus creencias?

—Querido padre, su voluntad de usted será siempre la mia.

—Pero....

—Nada más tengo que añadir. Si usted lo dispone así, yo debo creer que sus reflexiones se lo aconsejan, y que en ellas todo lo habrá previsto.

Obedecerle será mi único deseo.

Me hallaré siempre dispuesta á cuanto usted mande.

—Es que yo no quiero obligarte, hija mia.

Si hasta hoy he creido que en tan grave asunto no debias tener voluntad propia, el terrible acaecimiento que tal vez acabe conmigo, ha modificado estas ideas.

Yo en conciencia espero que la bondad de tu carácter y tu purísima virtud, encontrarán en la union que te propongo el premio que mereces.

—Pues bien, padre mio, jamás tendria yo fuerzas para oponerme á su mandato, cuando en él cree encontrar mi felicidad.

En mi corazon no se encierra otra cosa que mi cariño á usted y á mis hermanos; nada hay, pues, que coharte mis deberes para con usted.

—Bien, hija mia, bien, contestó don Patricio abrazándola cariñoso.

Ya sé que eres otra cosa, que hay una gran diferencia entre Julia y tú.

Nada temas, hija mia; ningun padre á sabiendas, propone el mal para sus hijos.

Adios, continuó levantándose; ántes de una hora voy

á dejaros, aunque espero en Dios sea para poco tiempo.

—¡Oh padre mio! pero en el estado en que usted se encuentra....

—Nó, no importa; más grave que la herida del cuerpo, es la que Julia ha abierto en mi alma, y es preciso no perder un momento en buscar el remedio ántes de que se haga incurable.

Nada tienes que temer, hija mia. Adios; pide al cielo que tu infelíz padre vuelva á encontrar la calma que ha perdido.

Abrazáronse de nuevo, y el anciano coronel se alejó con paso rápido.

La hermosísima Amparo pudo entónces dar libre curso á las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Cuando Olmedo volvió á entrar en su gabinete, encontró al marqués paseando con cierta impaciencia.

Este, sin embargo, supo á tiempo moderar la expresion de irónico disgusto que se observaba en él, y exclamó con hipócrita entonacion:

—¿Puedo llamarme felíz, ó desgraciado? querido coronel.

—Mi hija consiente, marqués.

—¡Oh! gracias, gracias con toda el alma.

Entónces, puesto que ya me considero de la familia, ántes de nada, ántes de verificar esa union que llena mis mayores deseos, voy á hacer cuanto pueda para vengar el agravio que usted ha recibido y que ya es mio tambien.

A trabajar sin descanso hasta que encuentre al infame que ha querido manchar su honra.

—Acepto, marqués, acepto, hijo mio.

Solo que tendrá V. un compañero; seremos dos.

Yo ahora mismo, confiando solo en la Providencia, iba á lanzarme en su busca.

Marchemos, pues, y Dios haga que no sean inútiles nuestros deseos.

—Lo que es por mi parte estoy á sus órdenes, y solo aguardo que señale usted la hora de la marcha.

—¡Oh! Ahora mismo.

—Vamos.

Media hora despues, el de Lézaro y su futuro suegro abandonaban la pequeña villa de Plencia, dirigiéndose á caballo hácia Bermeo.

Yo ahora mismo, confiando solo en la Providencia, iba á lanzarme en su busca.

Marchemos, pues, y Dios luego que no serán inútiles nuestros deseos.

—Lo que es por mi parte estoy á sus órdenes, y solo aguardo que señale usted la hora de la marcha.

—¡Oh! Ahora mismo.

—Vamos.

Media hora después, el de Lézaro y su futuro suegro abandonaban la pequeña villa de Plencia, dirigiéndose á caballo hácia Bermeo.

LIBRO SEGUNDO.

EL MARQUES DE LEZARO.

CAPITULO PRIMERO.

Una esperanza frustrada.

Nos encontramos en la villa y córte de Madrid.

Corria el mes de Marzo del año de 1837, y los relojes de la capital señalaban la hora de la media noche.

Contando con la vénia del complaciente lector, penetraremos en el cuarto segundo de una hermosa casa de la calle de Alcalá, señalada con el número 52.

Todo respira allí opulencia y fausto.

Atravesemos el salon principal, cuya sillería de damasco amarillo hace juego con las pinturas de las paredes, y en el que espejos de cuerpo entero reproducen en sus claras lunas los cortinajes de seda y los mármoles de las diferentes mesas que le adornan, y penetremos en el gabinete de la derecha que se abre al extremo opuesto del lugar en que se halla la puerta de entrada al salon.

A primera vista se comprende que aquella linda morada pertenece á una mujer.

La sillería, igualmente de damasco, es azul con listas blancas, y el lienzo principal, ó sea el paralelo y fronterizo al salon, representa pintado al fresco el cuadro de las tres Gracias.

Enfrente y á la izquierda de la puerta junto al balcon, se alza una magnífica chimenea, y sobre su mármol brillan las bujías de dos candeleros etruscos de caprichoso dibujo.

Colgaduras de raso blanco ocultan la entrada de un elegante dormitorio.

Al penetrar nosotros en el gabinete, una jóven hermosa y elegante se halla sentada cerca del fuego ante un pequeño veladorcito de laca con incrustaciones de lapis-lázuli.

Miéntras con profunda atencion ojea un pequeño libro de memorias con broches de oro, hagamos ligeramente su retrato.

Aquella mujer, lo hemos dicho, era hermosa, y sin embargo habia en su rostro un no sé qué, repulsivo, provocador, dominante.

Podria tener veinte años.

Su alta estatura era esbelta y la robustez de sus formas proporcionada.

Morena fuertemente pronunciada y de ojos negros y expresivos, veíase en ella realizado el tipo meridional en toda su fuerza, en toda su plenitud. Su boca, aunque un poco grande, lucia unos labios purpurinos, y á través veíanse unos dientes iguales y blancos como la nieve.

Su nariz, recta y un tanto larga, revelaba altivos instintos y aristocrático orgullo.

Para su color tenia un defecto; sus mejillas no se sonrosaban sino merced á alguna contrariedad ó á la explosion de algun sentimiento. En aquel semblante hermoso advertíase un extraño fenómeno.

Durante la calma, en la tranquilidad del estado normal, su belleza admiraba y atraia; pero si aquellos ojos clavábanse en determinada persona, alentados por el ardor de la ira, era tal el fuego que de ellos irradiaba, y tan sombrío é intencionado su mirar, que aquella hermosura desaparecia convirtiéndose casi en una fealdad tan repulsiva como repugnante.

Cuando llegamos á su lado apoyaba la cabeza en una de sus manos, teniendo el codo sobre el velador, y con fruncido ceño devoraba las páginas manuscritas de un libro de memorias.

De pronto se enderezó, y tirando del cordon de la campanilla colocado al alcance de su mano, la hizo vibrar con fuerza.

Un instante despues abríase la puerta, y apareció bajo el dintel una de sus doncellas.

—Natalia, ¿ha venido el señorito?

—Sí, señora.

—¿Hace mucho tiempo?

—Una media hora.

—¿Sabes si salió á la calle al separarse de mí?

—¡Ay! nó, señora.

—Nunca sabeis nada.

—Si quiere V. se lo preguntaré á Alfonso.

—Nó, nó; era una curiosidad sin objeto.

Lo que sí puedes encargarle á Alfonso, es que diga al señorito que le aguardo.

—Muy bien.

—Y que venga en seguida.

—¿Quiere V. alguna cosa mas?

—Nó; puedes retirarte.

La doncella se alejó, cerrando la puerta sin ruido.

La hermosa jóven cerró el libro y comenzó juguetear con el broche, mirando como distraida la oscilante llama del fuego que ardia en la chimenea.

Muy cortos instantes habian pasado desde que la doncella saliera á cumplimentar la órden que habia recibido, cuando de nuevo se abrió la puerta del gabinete, y penetró en él con desenvoltura un elegante jóven.

Al verle, cualquier observador hubiera comprendido que aquellas dos personas eran muy dignas de vivir bajo un mismo techo.

De la primera ya nos hemos ocupado; del segundo, con muy pocas palabras haremos su re trato.

Llamábase Ricardo Dominguez.

Podria tener veinte y seis años, aun cuando la profundidad de las líneas de su rostro pronunciaban sus facciones aviejándolas en algun tanto.

Su estatura era más bien baja que alta, y su fisonomía, sin carecer de gracia, era no poco antipática.

En cuanto á sus maneras, no podia darse más elegancia y exquisito tono.

La narracion de los sucesos subsiguientes completarán su retrato moral mejor que nosotros pudiéramos hacerlo.

Por ahora nos concretaremos á decir que era huérfano, y que en los tres años que vivió completamente á merced de su albedrío, gravó su fortuna con infinidad de préstamos,

¿Pero qué es eso, Armanda? ¿Nada me dices?

cuyo importe total era muy superior al valor de aquella.

Su padre, honrado labrador de Murcia, habia visto, merced á su laboriosidad y buena conducta, cómo el cielo aumentaba sus bienes, y sin más hijo que aquel, determinó mandarle á la córte cuando apénas cumpliera quince años, para que en ella se dedicase al estudio de la jurisprudencia.

Sus inclinaciones torcidas, la debilidad de encargados poco vigilantes, y sobre todo las malas compañías de que se rodeó, dieron por fruto mil y mil desazones á su confiado padre, siendo tal vez causa de que se acelerara su muerte.

Ricardo Dominguez, en una palabra, era y habia sido un calavera desecho y un jóven sin conciencia ni religiosidad.

Dados estos antecedentes, continuemos.

—Buenas noches, Armanda, exclamó apénas hubo cerrado tras sí la puerta; hazte un poquito más allá y permite que me acaricie con su benéfico aliento el fuego que arde en la chimenea.

Así diciendo, arrastró un sillon hasta ella, y sentándose muellemente, se acomodó de la mejor manera, sin cuidarse de que él solo la ocupaba por completo.

—¿Sabes que hace un frio intolerable?

La jóven, despues de ahogar un suspiro, miró á Ricardo con dolorosa extrañeza, y permaneció en silencio.

—¿Pero qué es eso, Armanda? ¿Nada me dices? ¿Te has quedado muda?

—Cuando te he llamado, replicó esta esforzándose porque no se revelara al exterior otra cosa que la más perfecta serenidad, comprenderás que tendré algo que decirte.

—Pues bien, querida mia, te escucho de muy buen grado, exclamó Dominguez jugueteando con las tenazas de ace-

ro que conservó despues que hubo arreglado la leña que ardia sobre los morrillos.

—¿Sabes á cuántos estamos, Ricardo?

Ya estalló la nube, murmuró este para sí.

—Nó, hija, continuó en voz alta; el calendario no es de las publicaciones á que suelo recurrir.

—Pues creí que, al ménos en esta ocasion, no debias ignorarlo.

Aquel hombre marchó á Barcelona hace ya muchos dias, Ricardo, y todavía no ha vuelto.

—¿Cómo muchos dias?

—Sí.

—¿Pues cuándo fué?

—Estamos á 15 de Marzo, y él se marchó el 17 del pasado.

—Bien, ¿y qué?...

—Que va á hacer un mes, y no vuelve.

—Pues hija, ya vendrá.

No parece sino que la comision que lleva es tan sencilla y fácil.

Para esas cosas es menester buscar la opurtunidad, y el tio Sebastian no es hombre aficionado á dar golpes en vago.

—¿Y escribir?

—¡Báh!

—¡Oh, Ricardo! tu indiferencia me desespera.

Nó, yo no puedo creer que la sientas así.

Tal vez sabes algo que me ocultas.

Dí, ¿te ha escrito tal vez, ó has sabido por algun otro medio....

—Nó, hija mia, nó; ni una palabra sé.

Me dices que estoy indiferente, y tampoco es cierto, querida Armanda.

¡Oh! la mujer, la mujer es el emblema del egoismo y de las exigencias.

Vengo aterido de frio, y ántes de que haga entrar en reaccion á mi pobre humanidad, he de hablar y ocuparme de cuanto te se antoje.

Crees que Sebastian se tarda, yo nó; porque sé lo que son esas cosas, y que la menor precipitacion puede malograrlas para siempre.

Me parece que aun más interesada debes estar tú en ello que yo, y con más insistencia debias predicarnos el mayor pulso y calma en el asunto.

—¿Y cuándo has estado tú en casa de Sebastian? interrumpió la jóven mirando con fijeza á Domingo....

—Dices que.... replicó este un tanto sorprendido.

—Sí, que cuándo has estado en su casa la última vez.

—Espérate, dijo mirando al techo como si tratara de recordar; ayer nó, anteayer.... sí; positivamente fué anteayer.

—Mientes, Ricardo, exclamó la jóven enderezándose en el sillon que ocupaba.

—¿Qué?

—Sí, que mientes; pero no importa, yo te aseguro que sabré vengarme.

—Pero Armanda....

—Nada, continuó esta lanzándole una de aquellas miradas en las que, como hemos dicho, lucia un fulgor extraño y sombrío.

No me importa, podrás negarte á satisfacer tan sagrado deseo, pero yo obraré en consecuencia.

—Vamos á ver, ¿y qué es lo que quieres? contestó Ricardo bajando sus ojos ante las miradas de Armanda.

—¿Y me lo preguntas?

—Sí.

—Pues bien, no quiero nada, no deseo nada.

Dame las señas de la casa de ese Sebastian, y quedas libre de que te moleste.

—¡Ah! vamos, ¿quieres que vaya? pues bien, te ofrezco solemnemente que mañana me levantaré temprano y te traeré las noticias que deseas.

—¿Mañana?

—Sí.

—No puede ser; yo necesito saberlo esta misma noche.

—Pero....

—Nada; tan solo quiero las señas de la casa.

De mi cuenta será lo demás.

—¡Puesto que te empeñas, será esta noche!

¡Ay, querida Armanda! no acierto á comprender lo que será de nosotros.

Para circunstancias como la presente, el carruaje que todavía subsiste en la cochera, me hace presentir entristecido que acaso muy pronto dejaremos de saborear sus dulzuras.

En fin, mañana Dios dirá; por ahora, como en los dias de nuestro pasado explendor, puedo hacer dignamente tu encargo libre de la aspereza del tiempo.

Armanda no contestó.

Para ella no habia mas que una idea fija en su mente, no bullia mas que un pensamiento.

Dominguez, viendo que no era contestado, cesó en sus lamentaciones, más cómicas que sérias, limitándose á decir á la jóven:

—Vaya, vuelvo en seguida; creo que quedarás contenta.

—Sí, Ricardo.

—Pues bien, corro á obedecerte. Espérame, que pronto vuelvo.

Diciendo así, Ricardo Dominguez salió del gabinete.

Armanda quedó más tranquila.

Su amante no dejaba de ser dócil.

Sigámosle, dejando á Armanda esperando impaciente su vuelta.

Apénas Ricardo se vió solo, fué otro hombre.

Hay fenómenos que apénas se aciertan á explicar.

Eso que llamamos carácter, que parece por todos elemento subsistente y contínuo de las criaturas, varía y se modifica á despecho del refran que dice, que genio y figura, hasta la sepultura.

Ricardo Dominguez, que cuando se hallaba en presencia de su amada procuraba ocultar su inferioridad bajo las apariencias de una superficialidad ligera y nada pensadora, solo, volvia á revestirse de su carácter primordial, y solo encontraba palabras para anatematizar su conducta débil y dependiente.

Apénas hubo cerrado tras sí la puerta del gabinete, murmuró con ademan colérico:

—¡Fatalidad, fatalidad siempre! Cuando alguna pasion avasalla el alma, aun con la pertenencia del objeto amado, se sufre sin tregua y sin descanso.

¡Siempre ha de haber algo!

Y la verdad es, que si el niño no viene, no sé qué sucederá aquí.

La tardanza de Sebastian me va dando efectivamente que sospechar.

En fin, ello dirá.

Diciendo así, se dirigió á su cuarto, y una vez en él, tiró con fuerza del cordon de la campanilla.

Un criado se presentó en seguida á su llamamiento.

—Agustin, el coche volando.

El criado se inclinó, marchando rápidamente á obedecer aquella órden.

Cinco minutos despues volvia á entrar anunciando que ya era esperado.

Ricardo, sin detenerse un punto, y ya dispuesto para marchar, le precedió con paso rápido.

Una cómoda berlina tirada por un magnífico caballo inglés, aguardaba á la puerta.

El lacayo recibió la órden de dirigirse á escape al número 70 de la calle del Barquillo.

Como no era mucha la distancia que debian recorrer, apénas Ricardo se habia abismado en sus pensamientos, cuando el coche se detuvo.

A pesar de la hora avanzada de la noche, y que no habia luz en el portal del número 70, la puerta se hallaba de par en par.

El lacayo descolgó uno de los faroles del coche, y echó tras su amo.

Cuando Ricardo hubo llegado al último piso, hizo seña al lacayo de que se retirara, y él llamó con fuerza en la única puerta que vió ante sí.

En el primer momento todo permaneció en silencio.

Ningun ruido vino á alterarle.

Dominguez se encontró solo en medio de la más profunda oscuridad.

En la escalera no resonaban ya las pisadas de su criado.

Volvió á llamar con más fuerza.

Entónces, una voz brusca y desabrida contestó desde el otro lado de la puerta y bastante léjos:

—¿Quién diablos llama á estas horas?

—Sebastian, soy yo, abra usted, contestó Dominguez con impaciente entonacion.

Apénas habia dicho estas palabras, cuando sintió el ruido de pasos que se aproximaban.

En seguida se franqueó la puerta, y el llamado Sebastian, velon en mano, exclamó casi en el mismo tono que usara anteriormente:

—Pase usted, caballero.

Ricardo no se hizo de rogar, y como hombre conocedor del terreno, echó adelante con ligereza por un largo pasillo.

El dueño de la casa, despues de cerrar la puerta, le siguió sin apresurar su marcha.

Cuando llegó á una salita que se abria al extremo del pasillo, ya se encontraba en ella Ricardo aguardándole impaciente.

La boardilla de Sebastian era por demás reducida.

Cuatro sillas de sucia y amarilla paja, y una mesita de pino cubierta con un tapete de indiana remendado, no dejaban desairada aquella habitacion.

En las paredes se veian algunas estampas sin marco y

sujetas por pequeños clavos, representando pasajes de la historia de Pablo y Virginia.

Entre dos de estas, habia una escopeta colgada, y en una de las sillas una capa.

Sobre esta descansaba una navaja cerrada de descomunales dimensiones.

El dueño de aquella morada aparentaba tener unos cuarenta años, á pesar de que, lo que no es muy frecuente en tal edad, no tenia barba.

Era una de esas naturalezas nerviosas y amojamadas, que aunque carecen de ese distintivo del sexo feo, no están exentas sin embargo de cierta energía y aun de severidad.

Generalmente estos tipos son repugnantes, y Sebastian era uno de ellos.

En sus ojos redondos y pequeños agitábase contínuamente una pupila redonda y diminuta y de un color muy parecido á la del gato.

Su nariz grande, aunque recta y caida sobre la boca, daba una expresion horrible á la fealdad de aquel rostro.

Su boca pequeña y hundida parecia de contínuo plegada por una sonrisa irónica, y á través de sus labios delgados y descoloridos, veíase una dentura sucia é incompleta.

Sebastian era un Cuasimodo sin joroba.

Llevaba una chaqueta abrochada, y esta, así como el pantalon, eran bastante decentes.

Tenia puesto un sombrero gacho, algo echado hácia atrás, dejando ver una frente despejada, y á sus lados dos mechones de lacios y rubios cabellos.

En cuanto Sebastian dejó el velon sobre la mesa, sentóse

En cuanto Sebastian dejó el velon sobre la mesa, sentose.

en ella su cuerpo, y cruzado de brazos, se quedó mirando á Ricardo Dominguez.

Este, con un asombro que no trató de ocultar, prorumpió así con grave acento:

—¿Desde cuándo se halla usted en Madrid, Sebastian?

—¿Desde cuándo? contestó aquel con cínica sonrisa.

—Sí.

—Espere usted, hará, sí, dijo mirando al techo y cual si repasara su memoria, unos cinco ó seis dias.

—¡Sebastian!

—¿Don Ricardo? contestó aquel sin variar de postura y con la más perfecta serenidad.

—No comprendo su conducta.

—Pues tiene muy poco que comprender.

—¿No quedamos en que usted se personaria en mi casa en el momento de su vuelta, ó que me la noticiaria por cualquier conducto?

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—Entónces....

—Cuando no lo he hecho, es prueba que no tenia absolutamente nada que decirle.

—¿Cómo? exclamó Ricardo estupefacto.

—Lo que V. oye.

—¿Y el niño?

—Con su padre.

Ya conocerá usted, continuó Sebastian, que para dar esta mala noticia no tenia necesidad de molestarme, pues siempre sabria mal cuando se supiera.

Ricardo Dominguez quedó como anonadado.

Hacíale temblar la idea de la conferencia que habia de seguirse en cuanto su amada supiera que todo habia salido frustrado.

—Y usted, exclamó casi con desesperacion, ¿no ha puesto en juego cuantos medios me prometió?

—Sí, señor, replicó Sebastian con singular acento; nadie podria haber hecho más que yo, pero como digo á usted, todo inútil.

—Corriente; para el éxito que hemos alcanzado, toda pregunta es ociosa.

Sírvase usted guiarme hasta fuera, y adios.

Sebastian, que no varió un momento de su postura primitiva, replicó con la misma inmovilidad:

—Falta una cosa.

—¿Qué?

—Lo convenido.

—¿Y es?....

—¿No recuerda usted?

—No alcanzo.

—Pues segun creo, yo me brindé á marchar á Barcelona bajo condiciones que aun no se hallan del todo cumplidas.

—¡Ah!

—Creo que ya va usted comprendiendo qué es lo que falta, y por lo tanto excuso añadir más palabras.

—Sí, pero advierta usted....

—Nada absolutamente.

Apeló usted á mis servicios, y yo he cumplido por mi parte; falta, pues, que usted haga lo propio.

—Poco á poco, replicó Dominguez con entereza; nuestro

trato se hizo del modo siguiente: Yo dí á usted dos mil reales para su viaje y estancia allá, y convinimos en que á la vuelta y en cuanto usted me entregara el niño le daria en cambio seis mil más.

¿Usted ha cumplido por su parte?

—¿Y cree usted, replicó Sebastian con sombría fijeza, que á haberlo yo comprendido de esa manera me habria aventurado á visitar la cárcel en una cuestion tan grave por cien miserables duros?

Yo no trabajo por esa miseria. Conque don Ricardo, para no proseguir en una cuestion que hasta debe avergonzarle, suelte usted los tres mil y estamos en paz.

¿Que la empresa salió mal? ¡cómo ha de ser! otro peso vendrá más corrido.

Dominguez permaneció un instante silencioso.

La sarcástica y fria serenidad de aquel hombre hízole comprender que sin grave riesgo no debia continuar por más tiempo oponiéndose á sus deseos.

Así fué que al cabo de breves momentos de esta reflexion contestó:

—Me convengo, pero no oculto á usted que me es imposible satisfacerle ahora mismo, porque no presumiendo encontrarle, venía sólo excitado únicamente por mis deseos.

—Bien, eso no importa; si no es esta noche, será mañana. Yo no soy tan exigente, don Ricardo, y además no ignoro cómo debe tratarse con los caballeros.

Si desea V. marchar, continuó enderezándose y tomando el velon, estoy á sus órdenes.

—Sí, tengo que hacer bastante todavía.

—Pues cuando usted quiera.

—Marchemos.

—¿Conque.... quedamos en eso? continuó Sebastian ya en marcha y con su sonrisa mephistofélica.

—Sí, no hay más que hablar.

—Conformes.

Ni uno ni otro volvieron á despegar sus labios.

Sebastian abrió la puerta de su guardilla, precediendo á Dominguez con atenta urbanidad alumbrándole hasta el coche.

Despidiéronse en la misma puerta, y Sebastian, al llegar á la mitad del portal, escuchó la voz de don Ricardo, que dijo imperiosamente: A escape á casa.

Armanda, como presumirá el lector, aguardaba en su gabinete devorada por la impaciencia.

El ruido de cualquier carruaje haciala creer que era el de Ricardo, hasta que sintiéndole pasar de largo caia de su ilusion.

La tardanza de su amante era unas veces interpretada como de buen augurio, y otras de triste presentimiento.

Aquella mujer sufria horriblemente.

Como habrán comprendido nuestros lectores, ambos jóvenes eran amantes.

Su union era de esas que la moral y la sociedad reprueban.

Armanda era la esposa de un honrado banquero de Barcelona.

Aunque de mucha más edad que ella, miéntras conservó pura la fé jurada ante el ara santa, pudo considerarse feliz.

El banquero Estebanez era tan buen esposo como padre.

La familia de Armanda presintió la felicidad para su hijo

en aquella union, y con todas sus fuerzas hubo de aceptarla.

Los tres primeros años de matrimonio fueron brevísimos para Estebanez.

Tierno y cariñoso, todo le parecia pequeño é insignificante para su esposa.

Era padre, y su felicidad no podia ser más grande.

A pesar de esto, Armanda supo burlar su confianza, supo matar aquella felicidad en que se adormia.

Ricardo Dominguez se trasladó á Barcelona en la temporada de baños, en el verano anterior á la época que trascurria al presentarlos á nuestros lectores.

Inútil será decir que en aquel puerto de mar, como en la córte, su reunion fué exclusivamente con los calaveras más desenfrenados.

Una noche en el café oyó encarecer la belleza de la esposa de Estebanez, y para hacer gala de sus instintos á lo Tenorio, ofreció solemnemente que habia de aumentar con ella el largo catálogo de sus conquistas amorosas.

No faltó entre sus camaradas quien aceptase el guante que le hiciera arrojar su presuncion, y entre todos se convino formalmente el ver por quién quedaba la partida.

Desde el dia siguiente, Ricardo Dominguez comenzó á poner en juego su indigno proyecto.

Halló el medio de ser presentado en casa del banquero, y desde aquel instante, como el ladron que se pone en acecho de la elegida víctima, comenzó artero y cobarde á hacerse simpático á los ojos del confiado esposo.

Armanda, que se uniera á este sin cariño, no comprendiendo ni estimando en nada los inmensos y trascenden-

tales deberes de la que jura al pié del altar respetar y querer al compañero que acepta como la *Iglesia ama á Cristo*, y no oyendo más que á su vanidad halagada, escuchó fácil y complaciente las primeras galanterías del atrevido Dominguez.

Dado el primér paso en la pendiente que conduce al precipicio, el mal con sus cien brazos atrae é impele de una manera casi siempre insuperable, y que á ménos de una fuerza de voluntad á toda prueba, no hay quien en tales casos pueda volverse atrás.

Armanda empezó á pecar con el pensamiento y concluyó por empañar la honra que su esposo depositara en ella.

¡Ricardo Dominguez habia ganado su apuesta de café!

¿Qué podia importarle que la satisfaccion de su amor propio llevara en pos de sí la ruina y la desgracia eterna de una familia?

Sin embargo, así como para el bueno y el desgraciado hay una Providencia compensadora, para el que obra mal, en su misma falta, en el mismo crímen, más ó ménos embozado, se encuentra el castigo de ella ó de él brota la expiacion.

El seductor de oficio Ricardo Dominguez, tenia que perder algo más que lo que valiera la apuesta ganada.

El crímen cometido ata de una manera indestructible, más pronto ó más tarde, á sus fautores.

El libertino, cuando el cariño no le embarga, cree un deber *de dignidad* amparar á la que no dudó un momento en acoger sus pretensiones con menosprecio de todos los deberes.

El escándalo y la luz del dia pueden sonrojar á sus causantes, y es menester huir de uno y otro.

Ricardo Dominguez tuvo que acceder á los deseos de la esposa infiel y huir de Barcelona.

Para aquel comenzó el castigo. Tropezó en el vicio, le alentó poniéndole en pié y hubo de concluir por cargar con él.

Despues veremos hasta qué punto fué Armanda el castigo vivo de Ricardo Dominguez.

Los primeros meses que pasaron en la córte, se contaron por otras tantas horas de felicidad y atronadora alegría.

Armanda no habia salido de la casa que mancilló sin cometer un nuevo delito.

El amor es expansivo, y Ricardo no vaciló en confiar á su amada que sus recursos pecuniarios no eran bastantes para afrontar á las necesidades de ambos.

El pobre Estebanez se vió robado en su hacienda como lo habia sido en su honra.

Madrid, pozo sin fondo donde se esconde todo, donde se encierran á la vez las miserias del crímen y las grandezas del heroismo, quedando todo perfectamente ignorado, tanto dramas patéticos como sombrías tragedias, cobijó bajo su holgado manto á aquel par de miserables.

De la ilusion á la realidad, sabido es que hay una diferencia enorme.

De la poesía del amor á la verdad de la union que este produce, tiene que haber del propio modo diferencias harto perceptibles.

Obras son amores y no buenas razones, dice el proverbio castellano.

El que ama promete sin tasa, y es muy fácil, más, casi seguro, que en la realidad no se llega nunca ni á la mitad de lo ofrecido.

Pero no es esto todo: se dice tambien, y con gran verdad, que en visita somos todos á cual mejor, y que desde el estrado á la vida íntima hay una distancia como de la noche al dia.

Dominguez pudo atestiguar con los hechos la certeza de este axioma.

Entre él y su amada se habian cambiado los papeles lastimosamente.

Armanda, de genio altivo y dominador, supo avasallar al calavera de oficio.

Lo que en un principio fuera para aquel empeño y despues pasatiempo, tornóse en verdadera pasion.

La mujer, que en estas cuestiones ve mucho y pronto, comprendió que Dominguez podia llegar á ser esclavo suyo.

Y nada cuadraba tanto á la condicion de Armanda como este descubrimiento.

Desde entónces obró con su amante como señor absoluto.

Dominguez no podia alzarse contra aquel yugo, y únicamente encontraba fuerzas en su impudencia para afectar que no reparaba en semejante supremacía.

Por eso, cuando salió de casa de Sebastian, su desaliento fué indescriptible.

Armanda, que en cuantos deseos se la ocurrian se viera obedecida, quiso, pocos dias ántes, que Ricardo supiera hallar medio para traerla su hijo.

En el primer momento, Dominguez se asustó por las consecuencias que pudiera traer tan singular capricho.

En aquella ocasion se atrevió á traspasar los límites de su condescendencia, haciendo ver á Armanda lo peligroso de semejante empresa.

La altiva jóven persistió tenaz, y despues de una lucha

en que ella llevaba la mejor parte, Ricardo suscribió á todo.

De antemano y para negocios no muy santos, conocia este á Sebastian, y á él acudió en aquel trance.

Cuando Ricardo notició á su amada que este habia aceptado y que marchaba inmediatamente á Barcelona, se puso loca de contenta.

Sebastian partió con efecto, decidido á robar á Estebanez el hijo de su alma.

Ya hemos visto cuán inquieta se hallaba Armanda con la tardanza de aquel, y cómo hizo á Ricardo que marchara sin perder momento á ver si averiguaba algo.

Ricardo Dominguez, así que llegó á su casa, se dirigió al gabinete de Armanda en una situacion parecida á la del reo cuando marcha á oir su sentencia.

Por fin, como haciendo un supremo esfuerzo, abrió la mampara y penetró en él cerrándola tras sí de golpe.

Armanda, que le aguardaba impaciente, exclamó con acento breve y ansioso:

—¿Ha venido?

—Sí, pero solo.

—¿Cómo?

—Hasta ahora mismo hablé con él, contestó Ricardo con resolucion, decidido á llegar hasta el fin, y ha acabado por confesarme que todos sus esfuerzos y toda su astucia se estrellaron en la vigilancia con que es guardado tu hijo.

—¿Y cuándo ha venido ese hombre? exclamó Armanda pálida, severa, despues de una breve pausa.

—Hace cinco ó seis dias.

—¿De veras? interrogó la jóven con exaltacion.

—Sí, eso me ha dicho.

—¡Oh! pues entónces.... mi hijo se hallará en mi poder.

—Pronto, ¡dónde vive ese hombre! ¡las señas de su casa!

—¡Pero Armanda!...

—¿Qué, te extraña mi energía? ¿te admira tal vez mi resolucion?

¿Qué culpa tengo yo de que seas ciego?

¡Ese hombre es un miserable, y lo que quiere es hacerte pagar la entrega del hijo de mi alma!

Vamos, Ricardo, marchemos en su busca ahora mismo, en este instante.

—Pero mujer... eso es una suposicion, y nada más, se atrevió á decir Ricardo.

—Nó, el corazon no me engaña: mi hijo se halla en poder de ese hombre.

Si no quieres venir, continuó con ademan despreciativo, no te necesito; iré yo sola.

En mi deseo, en mi mismo anhelo encontraré fuerzas que tal vez no hallarias.

Miéntras hablaba penetró en su alcoba, y en un momento se echó una capa, y tomando una mantilla se dispuso á marchar.

Ricardo quiso tentar aun el último esfuerzo, y exclamó:

—Pero Armanda, mira que es una locura lo que intentas.

Si absolutamente insistes en ello, bien sabes tú que yo no puedo dejarte, que te acompañaré.

Sin embargo, mi deber es advertírtelo, porque sé de positivo que corres no más que tras una quimera.

—Quimera ó nó, mi resolucion es irrevocable.

Si quieres seguirme, marchemos; si nó, lo he resuelto, iré sola.

Ricardo sintió en aquella ocasion, como nunca, el vasallaje que rendia á Armanda.

La ira más desapoderada brotó de su corazon, pero no se reveló al exterior.

Y no habia disyuntiva.

Era forzoso acceder á aquel deseo.

—Bien, exclamó por fin, ¿estás resuelta?

—Solo aguardo oir tu determinacion.

O los dos, ó sola.

—Puesto que lo quieres, sea; marchemos.

Armanda salió primero.

Ricardo Dominguez la siguió con una resignacion edificante.

Aun no hacía un cuarto de hora que Ricardo abandonó la casa de Sebastian, cuando el coche que conducia los dos amantes se paraba de nuevo ante la puerta.

Llegaron hasta el último piso.

Ricardo llamó en el cuarto de Sebastian.

Nadie contestó.

Esperaron un momento, y el mismo silencio continuaba.

Volvió á llamar con más fuerza, pero en vano.

Ricardo comenzó á sonreir en la oscuridad.

Los deseos de Armanda, ridículos para él, iban á frustrarse.

La casualidad venía en su ayuda.

No habia esperado tan alhagüeño inconveniente.

Cansados de llamar, tuvieron por fin que tomar el partido de retirarse.

Armanda se metió en el coche desesperada, delirante.

Dominguez satisfecho en alto grado.

Cuando se hallaron de vuelta en el gabinete, la jóven, despues de quitarse la capa, llena de ira exclamó:

—¿Supongo que no habré sido objeto de una burla ridícula que sería imperdonable?

—¡Armanda!

—Nó, quiero hacerte esa justicia, te creeré sin esfuerzo.

—Es lo que debes hacer.

—Perfectamente; pero escucha y valga por lo que quiera. Si mañana ántes de las doce no se halla ese hombre en este gabinete, ni siquiera vuelvas á acordarte de que existo.

—Muy bien, replicó Dominguez con voz sorda.

—¿Es esa tú contestacion?

—Sí.

—Es que no la entiendo bien, insistió Armanda con insolente provocacion.

—¿Se puede ser más preciso?

—Desde luego.

—Entónces....

—¿Qué?

—Se cumplirán tus deseos.

—¡Gracias á Dios!

—Mañana, ántes de las doce, hablarás con él.

—Gracias, Ricardo, contestó Armanda con indiferencia.

El jóven sonrió en silencio, entre dolorido y sarcástico.

—Ah, continuó aquella, de paso que te retiras, haz que avisen á mi doncella.

Ricardo palideció de una manera intensa.

No se meneó siquiera.

Armanda clavó en él sus ojos y pudo comprender lo que pasaba en su alma.

Con esa habilidad peculiar de la mujer, comprendió al punto que llevaba su despreciativo imperio demasiado adelante, y que no era prudente abusar de aquel modo tan en absoluto.

—Ricardo, dijo acompañando sus palabras con una sonrisa de provocadora coquetería, comprende mi situacion.

La ansiedad me consume, y casi no sé lo que me digo.

—¡Oh!

—Además me encuentro tan mal, que espero me dispenses si no te acompaño por más tiempo.

—¿Dispensarte yo, Armanda? exclamó Dominguez ébrio de gozo.

—Sí, bien lo necesito.

—¡Oh! no digas eso. ¡Yo que te amo!...

—¿Conque te acuerdas de mis encargos?

—¿Cómo no?

—Pues bien, añadió tendiendo su mano, que él se apresuró á estrechar, hasta mañana. No olvides que te espero.

—Descansa tranquila y fia en mí.

—Gracias, Ricardo.

Adios, y hasta mañana.

Ricardo imprimió un beso en aquella mano que aun retenia entre las suyas, y salió del gabinete sin saber á punto fijo cuál era el estado en que llevaba su alma.

CAPITULO II.

Dos pájaros nocturnos.

Apénas Ricardo Dominguez abandonó por primera vez la casa de Sebastian, este, liándose en su capa y guardando en el bolsillo del pecho la descomunal navaja, despues de apagar la luz, salió tambien del cuarto sin olvidarse de dar dos vueltas á la llave.

Una vez en la calle, marchó á buen paso en direccion á las Salesas; pero sin duda hubo de pensarlo mejor, porque despues de detenerse un momento, tomó por la primer callejuela, yendo á desembocar á la calle de Hortaleza.

Entró en la de Santa Brígida, y penetró resuelto en el oscuro portal de la tercera casa de la izquierda.

Dejando la escalera que conducia á los pisos altos, penetró en un patio lóbrego y estrecho, y llamó en la puerta de enfrente.

A pesar de lo avanzado de la hora, una voz de mujer, vieja y cascada, contestó al punto con áspera entonacion.

Una vez que se hubieron reconocido, franqueóse la entrada á Sebastian.

—Buenas noches, señora Paulina, ¿ha venido ya mi hermano?

—Sí, señor, ahí dentro le tiene V.

Sebastian atravesó dos ó tres habitaciones vacías de muebles, y llegó por fin á una pequeña sala alhajada poco más ó ménos como la suya.

En medio de ella habia un hombre sentado al brasero. Con la paleta escarbaba la lumbre como distraido.

Al ruido que hizo Sebastian al entrar, alzó la cabeza y se quedó mirándole fijamente.

El ménos fisonomista hubiera conocido desde luego que aquellos dos hombres eran hermanos.

Se parecian como dos gotas de agua.

Unicamente el que encontramos en aquella casa debia tener ocho ó diez años más, á juzgar por las profundas arrugas que surcaban su frente y por las canas que cubrian su cabeza.

—¡Hola! ¿qué hay de bueno? exclamó este con voz baja y sin variar su anterior entretenimiento.

—Que solamente lo que he tardado en venir es lo que hace que marchó ese caballero de la otra casa.

—¿Y bien?

—Le he hablado como convinimos.

—¿Y cuál ha sido su determinacion?

—¡Tóma! conformarse en un todo.

—¿De manera que, segun lo que yo veo, no va á haber competencia?

—¿Por qué?

—Muy sencillo: esta gente con una facilidad admirable se ha convencido de que salió el golpe en vago, y no tendremos otro asidero que el de ver lo que podremos sacar del de Barcelona.

—¡Ay! ¡qué equivocado estás!

—Te digo que nó, replicó Sebastian como ligeramente ofendido por el acento de conmiseracion que imprimiera su hermano á aquellas palabras.

—¿Puede que te empeñes en sostenerlo?

—Ya lo creo, y si nó, el tiempo nos lo ha de decir.

—¡Báh! eres un pobre hombre.

—Bueno, tú siempre dices lo mismo, pero ya se verá si me equivoco.

Don Ricardo, á quien conozco hace mucho tiempo, no tuvo inconveniente en franquearse conmigo, cuando vino á proponerme el negocio.

¡Y tú lo oistes, qué diantre! no me parece que será menester que te repita lo que clara y distintamente llegaria hasta tu escondite.

Esa señorita parece que es tan bella como caprichosa, y se empeña en que el amante beba por ahí los vientos, ahora con un antojo y mañana con otro.

Y perdona que te lo diga, Eugenio; hoy tengo que resistir y hacerte la contra.

—¿Sí?

—Ya lo creo, como yo te conozco muy bien, sé que te has encariñado con el proyecto ingenioso de pujar al chico; pero á ménos de que no dispongas el que se vaya mañana y se les diga: lo hablado ayer, fué mentira; el chico se encuentra en nuestro poder, estáte seguro que despues de mi negativa

séria, segun acordamos, no solo lo dejarán así, sino que no volverán á intentar con nadie el arrebatarle de junto al padre, cuando yo los he hecho creer que no ha sido posible en vista de la vigilancia que han desplegado en su custodia.

—¿Has concluido? replicó el hermano de Sebastian con cierta indiferencia.

—Sí.

—Nunca puedo apreciar bastante hasta dónde llega tu inocencia en esto de formar juicios.

—Pero....

—Nada, lo dicho; maldito si se conoce que eres mi hermano.

—Pues tengo gana de escuchar tus razones, replicó Sebastian, para ver de convencerme.

—Sí, sí, vas á oirlas; pero ántes permíteme que te diga que has dicho casi tantos desatinos como palabras.

Aquí hubo una pausa.

Sebastian se encogió de hombros desdeñosamente.

Su hermano dejó la paleta sobre la tarima del brasero, y despues de mirar á Sebastian de hito en hito, exclamó:

—En la cuestion que debatimos voy á que aprendas una regla general, que si bien tiene algunas excepciones, son tan raras en el mundo como los padres santos.

Sebastian, una mala mujer se encuentra á cada paso; una mala madre con mucha dificultad.

Me dirás tal vez que la que tiene hijos y no vacila en seguir á un hombre abandonándolos, es precisamente la mujer de la excepcion.

Pues así y todo, eso es muy cuestionable.

Por un capricho, por una fascinacion momentánea, nunca disculpable, porque esa clase de delitos yo no los perdonaria nunca, puede una mujer abandonar sus deberes acallando el grito de su conciencia.

Pero no lo dudes, no es raro, no es en modo alguno extraordinario que esa misma mujer en una época muy inmediata á su extravío, no pueda por más tiempo resistir al recuerdo de un hijo ausente y abandonado, y rompa por todo, tal vez cayendo en un nuevo delito, para deshacer y para que se borre la distancia que la separa de aquel pedazo de su alma.

Un fuerte aguacero, Sebastian, hace salir de madre á los rios, y sus aguas inundan la campiña ofreciendo un espectáculo imponente y que parece irremediable; mas sin embargo, cuando el sol rasga las nubes, el calor de sus rayos orea las tierras.

Las aguas se van filtrando por ella, y obedeciendo á la configuracion del terreno, vuelven á descender al punto de donde partieron, y el rio continúa su marcha, encerrado en su cauce.

Yo me he enterado de quién es esa mujer, yo necesitaba hacerlo, y lo he hecho.

He espiado su vida, y sé todo lo que hace, de la misma manera que adivino lo que piensa.

Me has dicho que ese títere de don Ricardo se ha lastimado delante de tí porque sin saber cómo, ha llegado á perder su antigua energía para con las mujeres, y que esta ha llegado á subyugarle haciendo de él su víctima.

Que cada dia la encuentra más exigente é insufrible, y sin embargo que cada dia la ama más.

Este es otro fenómeno que ni es del caso, ni me pararé á examinar.

Pero en cuanto al primero, por lo que respecta á la irritabilidad de esa mujer, la comprendo con tal claridad, Sebastian, como si estuviera leyendo en un libro.

Esa muier será lo que se quiera; pero qué equivocado está don Ricardo, qué equivocados estais los dos si creeis que esa contínua exigencia, en esa irritabilidad diaria obedece á otra cosa que á la excitacion de su conciencia.

Empezó por pequeñeces, por futilidades; hoy se incomodaba de un modo terrible, primero por ir al teatro, despues por no haber dejado de ir.

Mañana por una flor, el otro por un prendido; y al marear á don Ricardo, al martirizarle, se martirizaba ella infinitamente más.

De capricho en capricho, de exigencia en exigencia, llegó á desear lo que únicamente halagaba su alma, tener á su hijo junto á sí, poder estrecharle entre sus brazos, ser su madre, en una palabra.

¿A que ya desde hoy no tiene otro capricho, Sebastian?

¿Crees tú que iba á dejarlo así, que iba á conformarse con un no le traigo y nada más?

Si me has obedecido en todo, y despues de que por mi indicacion no te has meneado de tu casa dejando pasar más dias desde que volviste del viaje que los que se necesitaban para ir y volver hasta el Japon, ya verás como no me he equivocado y que el golpe ha de ser seguro.

No lo dudes, tus palabras indiferentes y ambiguas acerca del mal éxito de tu comision, habrán conseguido, si es que me obedeciste, que ese Dominguez se admire de ellas,

y con razon, y las refiera á su amada punto por punto.

Despues, deja venir lo demás, que yo te aseguro que hasta el alma al diablo sería capaz de vender esa mujer, si pudiera, con tal de que la entreguemos su hijo.

Sebastian habia escuchado con la más profunda atencion el relato de su hermano.

Siempre habia reconocido en él una superioridad grande, hasta el punto de que, como en aquella ocasion, si alguna vez se permitia llevarle la contra, el resultado era sabido siempre.

Sebastian venía á decir amen á todo.

No podia medir sus armas mucho tiempo con su hermano.

Como siempre tambien, despues de un momento de silencio exclamó:

—Bien, corriente, me has convencido. Por supuesto que ya comprenderás por qué sentiria yo que se deshiciera el negocio.

—Por supuesto.

—Pero tú me tranquilizas; dispon, y se hará como siempre lo que mandes.

Aquí llegaban en su plática los dos hermanos, cuando la vieja Paulina, asomando sus ojillos grises y ribeteados y su nariz de papagayo, exclamó con voz gangosa y casi balbuciente:

—Eugenio, hijo mio, ahí está el Largo, ¿puedo hacerle pasar?

—Sí, que entre en seguida.

La vieja se retiró, y un instante despues se la oia decir:

—Entra, entra, chiquito, que pareces la esperanza de un pobre.

Eugenio volvió á juguetear con la paleta y dirigió sus miradas hácia la entrada de la sala.

Acababa de penetrar en ella el designado con aquel epíteto.

Y con efecto, le cuadraba á las mil maravillas.

Aquel hombre tenia muy cerca de seis piés, y aun parecia mucho más alto á causa de una delgadez inconcebible.

Parecia una caña de pescar envuelta en un pantalon de cuadros y en una chaquetilla de punto.

Sin embargo, aquel hombre, que parecia no ser suficiente á resistir el empuje de un ligero golpe de viento, tenia justa fama entre sus compañeros de ser tan ágil como robusto.

Pero como no es fácil hallar una obra completa en este mundo, en el Largo no habia la más pequeña homogeneidad entre la parte moral y la física.

Sus nervios eran de acero, pero su cabeza estaba completamente hueca.

En una palabra, era mucho más negado de entendimiento que cualquiera que lo fuese bastante.

Eugenio le apreciaba mucho porque era obediente y sumiso como un perro.

Cuando entró en la sala, sin hablar palabra se dejó caer en una silla, y con la manga de la chaqueta se limpió el sudor que corria por su frente.

—¿Qué ha pasado para que así vengas tan corriendo?

—¡Tóma! ¿no me dijo usted que acechara la casa y que viniera en seguida á contarle cuanto viese?

—Sí, es verdad; vamos á ver, ¿qué es lo que has visto?

—Verá usted, contestó el Largo, en cuya cara lácia y

poco expresiva brillaba no obstante cierta alegría: en primer lugar, hará como unas dos horas que ví salir del portal un coche.

Dí tres ó cuatro zancadas hácia el farol, y cuando pasó junto á la luz ví que iba dentro el señorito del cuarto segundo.

¡Por cierto que debia tener prisa!

¡Y cuidado que corren esos caballitos, más grandes que la torre de santa cruz! Echó á un trote por aquella calle, que ya.

En fin, llegamos sin novedad á la del Barquillo, y el coche se detuvo en casa de aquí, del señor Sebastian.

Tardó bastante, pero al fin volvió á montar en el coche; y yo, con arreglo á lo que usted me habia encargado, volví á marchar detrás.

Aquella vez corrieron todavía con más gana, pero afortunadamente no fué por mucho tiempo, porque volvieron á su casa.

Yo me metí en el portal de al lado, y al poco rato siento otra vez el ruido del caballito que salia.

Repetí lo mismo de acercarme al farol, y le ví á él; pero no iba solo, le acompañaba una señora muy guapa.

La noche se presentaba de carreras.

Yo no lo sentí, porque siempre me he alegrado mucho hacer ver á cualquier caballo que ando tanto como él.

Pusímonos en marcha, continuó el Largo con la mayor candidez, y otra vez fuimos á casa del señor.

—¿A mi casa? exclamó admirado Sebastian.

—Sí, señor.

—¿Y dices que iba con él una jóven?

—Vaya, como que los ví apearse y entrar juntos en el portal.

Eugenio miró á su hermano con cierta sonrisa de satisfaccion.

Este bajó la cabeza como confundido.

—Y bien, continuó el hermano de Sebastian, ¿que más?

—Nada.

—Pero bien, entraron en casa de este. ¿Y despues?

—Estuvieron muy poco tiempo, y marcharon de nuevo á su casa.

Yo en seguida, por si usted necesitaba saberlo para algo, dije: me plantaré allí en cuatro zancadas, y si hace falta que me vuelva, poco tiempo se habrá perdido.

—Pues has hecho muy bien.

El Largo por toda respuesta se sonrió satisfecho.

—Vamos, que te dé de cenar la señora Paulina, y espérate ahí fuera por si te necesito.

El Largo obedeció, y dejó solos á los dos hermanos.

—Vamos á ver, exclamó Eugenio con su habitual seriedad, ¿qué te parece de mis predicciones?

—Que yo no debo hacer otra cosa que callar siempre y guiarme por cuanto ordenes.

—Nó, á mí me gusta discutir las cosas, y en prueba de ello, quiero oir tu opinion acerca de lo que debe hacerse despues de la noticia que nos ha dado el Largo.

—Dí tú.

—Creo que está más claro que el agua; que la mujer no se ha conformado, como su amante, con tus explicaciones, y que no cree haya podido fracasar el golpe.

¿No lo ves así?

—Es verdad, Eugenio.

Confieso que no valgo lo que tú.

—Bien, bien. Dejémonos de tonterías, y acudamos á lo esencial.

Supongo que nada tendrás que hacer que sea preferible á la cuestion del niño, ¿no es cierto?

—Completamente nada, y puedo hacer lo que quieras.

—Pues mira, en marcha, añadió Eugenio levantándose y sustituyendo su chaqueta por otra de más abrigo.

Sebastian cogió su sombrero y se preparó á seguir á su hermano.

La vieja Paulina, cual si hubiera estado atisbando á los dos hermanos, salió á su encuentro, candil en mano.

—¿Tardarás mucho? exclamó esta con solicitud clavando sus ojuelos en el semblante de Eugenio.

—No lo sé, pero puedes acostarte.

¿Concluyó de cenar el galgo?

—Nó, pero... si le necesitas se marchará.

—En un buen rato no me va á hacer falta; pero dile que en cuanto termine, que me vaya á buscar donde sabe, á la otra casa.

En seguida, y sin aguardar más respuesta, Eugenio y Sebastian se lanzaron á la calle.

CAPITULO III.

El Niño hombre.

Gregorio Estebanez, el esposo de Armanda, ha de figurar de una manera bastante principal en la marcha de nuestra novela.

En su consecuencia, es muy conveniente que le presentemos á nuestros lectores y digamos algo de su pasado.

Cuando la guerra de la Independencia llamó con su potente voz á los hijos de España para que se alzaran como un solo hombre contra los enemigos de la patria, Melchor Estebanez era un honrado industrial que mantenia á su familia, compuesta de una mujer y un hijo de ocho á diez años, con el jornal que ganaba hacía mucho tiempo en una fábrica de paños de Barcelona.

En talleres y en fábricas, no hablaban otra cosa los valientes hijos de la ciudad Condal que de su odio á la Francia y de la necesidad en que se hallaban todos de marchar al combate en alas del más noble entusiasmo.

De todas las clases de la sociedad, uno y otro dia alistábanse voluntarios ganosos de batir al enemigo.

En la misma fábrica que trabajaba Melchor, ocho ó diez compañeros suyos habian imitado tan laudable ejemplo.

Melchor continuaba en su puesto, y solo al hablar de ello, animábanse sus facciones y una lágrima de impotencia asomaba á sus ojos.

Una mañana circuló por la ciudad la noticia de que un ejército francés habia acampado á seis leguas de Barcelona.

El dueño de la fábrica donde trabajaba Melchor, se llamaba don Jaime Mercadell, y su corazon excelente y nobleza de alma habíanle captado el cariño de cuantos le trataban. Celoso por su hacienda sin ser tirano, raro era el dia que al entrar al trabajo no le veian los operarios en sus talleres.

A la hora de costumbre comenzó su visita.

Melchor no tenia conocimiento de aquella noticia, que corria sin embargo por todo Barcelona.

Mercadell, al llegar á su lado, se detuvo.

—Buenos dias, Melchor.

—Muy buenos, señor don Jaime. ¿Qué se dice de esos pícaros franceses?

—Que ya los tenemos casi encima.

—¿Cómo? exclamó Melchor mirando al dueño con la boca abierta.

—Pues qué, ¿no sabe usted nada de lo que hoy corre?

—Nó, no he visto á nadie.

—Pues bien, sepa usted que de hoy á mañana tendrá Barcelona que recibir á nuestros enemigos, aunque tengo la esperanza de que lo hará muy dignamente.

—¡Oh! yo tambien la tengo, contestó el jóven con ardiente entusiasmo.

Pero que sé yo; casi dudo que se atrevan á llegar hasta aquí dentro.

—¿Por qué?

—Porque el valor de los catalanes es proverbial en todo el mundo. Porque su orgullo y su dignidad son tales, que en esta tierra no pueden vivir dictaduras ni entronizarse conquistadores.

—Dice usted bien, Melchor; pero va usted á permitirme que cediendo á la franqueza que me es habitual, le haga una pregunta.

—Diga usted.

—¿Cómo es que revelando sus palabras tanto valor como patriotismo, no ha tratado usted de unirse á sus compañeros, á tantos hijos de Barcelona como han volado á vencer ó morir por la patria?

—¡Ay, señor! en nada extraño esa observacion, y la encuentro tan natural, que puedo decir á usted que la esperaba.

Pero con la misma franqueza voy á contestarle.

A oir tan solo mi deseo, no hubiera yo sido de los últimos en tomar las armas; pero echo una ojeada á mi pobre casa, reflexiono un momento, y tengo que ahogarle.

Mi pobre mujer hace seis años que está baldada, y mi hijo no tiene aun edad para sustituirme ni ayudarme.

¡Qué sería de los dos si les faltara el jornal que ganan mis brazos!

Esta razon me tiene léjos del sitio en que ya se hallarán mis compañeros.

Mercadell le habia escuchado con cierto enternecimiento.

Despues de una ligera pausa exclamó:

—Vamos á ver, Melchor; si yo le asegurara, ó mejor dicho, á su familia, el jornal que hoy gana en mi casa, ¿qué haria usted?

—Salir ántes de dos horas en busca del enemigo.

—Pues bien, Melchor, cuente usted con él. Yo soy viejo, y conozco que no podria aguantar semejante fatiga; pero ya que no pueda hacerlo, me creo en el deber de hacer cuanto de mí dependa en pró de la causa comun.

Si usted lo desea, formalizaré por escrito la obligacion que gustoso me impongo.

—¡Ah! nó, señor. Su palabra de usted es para mí la mejor prenda de seguridad.

Así las cosas y conformes uno y otro, aquel mismo dia recibió Melchor el adelanto de dos meses, y cediendo á su entusiasmo, empuñó las armas y salió de Barcelona.

Mercadell cumplió su palabra religiósamente.

El esforzado Melchor le escribió varias veces dándole cuenta de la situacion en que se hallaba, y siempre incluyendo dentro de su carta otra para su mujer, que el honrado fabricante se apresuraba á mandar á su destino.

De pronto cesaron las cartas con gran extrañeza de su bienhechor.

Pasaron dias y dias sin que por ningun conducto tuviesen noticias de aquel.

Como las malas nuevas rara vez llegan tarde, súpose al fin que el desgraciado Melchor habia muerto gloriosamente en defensa de la patria.

Mercadell sintió tan triste nueva, y recordando su última conversacion con el malogrado jóven, se propuso no abandonar á la infeliz viuda y al pobre huérfano.

Sin embargo, el que todo lo dispone quiso, sin duda, para sus inescrutables designios, que tales propósitos fueran infructuosos.

Cuatro meses despues el caritativo Mercadell habia fallecido.

Viudo y sin hijos, su regular fortuna fué á poder de lejanos parientes, que ni aun eran hijos de la ciudad.

El socorro de la pobre mujer de Melchor habia cesado.

A la sazon acababa su hijo de cumplir once años.

La pobre baldada creyó morir de dolor.

Gregorio, á pesar de su edad infantil, comprendiendo todo lo triste de la situacion en que se hallaban, procuró consolar á su madre, ofreciéndola solemnemente trabajar sin descanso.

Tan niño como era, no dejó de hallar palabras con que consolarla, haciendo que en aquella pobre mujer renaciese la esperanza.

Ocupaban una pobre habitacion en el último piso de una casa de la calle de Trenta claus.

Esta calle era por aquella época una de las peores de Barcelona, hasta el punto de que las gentes honradas no osaban pasar por ella desde el momento en que la noche extendia su negro velo.

En ella tenian su domicilio mujeres de mal vivir, y dicho se está que del propio modo tahures y ladrones de todos géneros.

Jamás pasaban veinte y cuatro horas sin que los cuchillos

salieran á relucir, ya en la calle, ya en las viviendas, unas veces entre sus habitadores, otras, y no ménos frecuentemente, entre estos y la gente marinera que acudia allí á rendir culto á Venus.

Gregorio habíase fijado un plan de conducta al cual se dedicaba gustoso con toda su alma.

Por las mañanas bajaba al puerto, y con una fuerza de voluntad que parecia imposible en sus años, atento no más que á su situacion, pugnaba con ardor por encontrar trabajo.

Aunque fuera poco, ningun dia volvió al lado de su madre sin haber ganado algo.

Este era el más grande y puro gozo que experimentaba el pobre niño. Muchas veces, ya en descargas de buques, ya en conduccion de equipajes, no faltaba quien, abusando de sus débiles fuerzas, le posponia rudo quitándole trabajo ya casi asegurado.

El pobre niño lloraba en silencio, pero sin abatirse.

Para él no habia más sino que forzosamente necesitaba ganar para su madre, y sus esfuerzos no disminuian, y más ó ménos jamás volvió junto á ella sin el fruto de su noble afan.

Salia siempre por la mañana muy temprano, y á no ser que su trabajo lo impidiera, hácia el medio del dia habia de ir á su casa para ver si su madre necesitaba de algo.

A pesar de que, como hemos dicho, no tenia más de once años, su desarrollo físico hacíale aparentar cuatro ó cinco más.

Su fisonomía noble y franca revelaba honradez y precoz inteligencia.

Cada vez que podia guardar en el seno la ligera retri-

bucion de un viaje hecho, sentia llena su alma de un placer vivísimo, y con ardor y solicitud continuaba brindándose á todos y ofreciendo sus aun débiles fuerzas para el trabajo.

Pero un dia la fortuna le fué adversa.

Habian dado ya las cinco de una tarde de invierno, fria y nebulosa, y aun el pobre Gregorio no se habia estrenado.

La noche ántes habíase consumido el resto de una medicina que diariamente debia tomar su madre, y el niño anhelaba no volverse sin poderla llevar.

Su desconsuelo no tuvo límites.

La noche estaba encima, y lo que jamás le habia acontecido, ni podia llevar á su casa lo más preciso.

El muelle habíase quedado desierto.

Una menuda y helada lluvia, impelida por el viento, comenzaba á caer sobre las calles de Barcelona.

Gregorio no sentia el agua ni el frio ante la triste realidad de su situacion.

Por las calles era muy insignificante el tránsito de personas.

Desesperado, con lágrimas en los ojos, echó á andar con direccion á su casa.

Su paso era lento y denotaba bien la situacion de su espíritu.

De pronto se detuvo; una idea acababa de herir su mente infantil.

Sus facciones se reanimaron un tanto, y volvió á emprender su marcha, ya con más resolucion.

Creia haber encontrado el medio de no volver á su casa sin llevar como de costumbre el alimento diario.

Hácia la mitad de la calle de Trenta claus, habia una taberna donde al buen Gregorio, mediante su estipendio, le entregaban todos los dias á la vuelta de su trabajo el puchero de comida con que marchaba á su casa.

Ya hemos dicho que Gregorio tuvo una idea.

Penetró en la taberna, y aunque con decision, se llegó al mostrador con cierto embarazo.

La tabernera se llamaba Mariana, y era una mujer como de cuarenta años, de tan buenos sentimientos como su cara, que no podia ser más horrible.

Su talla era de granadero, y su robustez era tal, que correspondia de sobre á su estatura.

Semejábase á un inmenso bombo.

Cuando Gregorio se acercó al mostrador, la señora Mariana se ocupaba en escanciar algunos vasos de vino.

Aunque su taberna se hallaba de contínuo muy favorecida por sus convecinas de rompe y rasga y sus parroquianos de mal vivir, aquella noche era aun más numerosa la concurrencia. Así es que la señora absoluta de aquel eden, y su marido, ridícula figurilla á quien la señora Mariana dominaba en todos conceptos, no tenian manos suficientes para servir los pedidos de líquido y sólido que sobre ellos llovian.

—Buenas noches, señora Mariana, habia dicho Gregorio con cierta mansedumbre.

—¡Hola, buen mozo! espérate, que ahora voy á despacharte.

Como puede suponerse, Gregorio no despegó sus labios.

Se hallaba en el caso de no exigir y de esperar cuanto se le antojara á la señora Mariana.

Por fin llegó su hora.

La tabernera se llegó á él con un puchero en la mano, y exclamó, poniéndosele enfrente y sobre el mostrador:

—Ahí tienes; pero anda pronto que tengo prisa.

El niño no esperaba ser despachado de aquel modo; pues generalmente á la hora en que él se personaba allí, era escasa la concurrencia, y muchas veces no habia nadie más que marido y mujer.

La idea del niño fué pedir fiada la comida, y á su manera llevaba estudiada su peticion; mas para su desgracia, aquella noche necesitaba la señora Mariana multiplicarse para servir á todos y no tenia tiempo para entrar en contestaciones.

Como Gregorio no pudo en tal concepto formular anticipadamente su exigencia, se detuvo indeciso mirando á la tabernera con ansiosa turbacion y sin atreverse á coger el puchero.

—Vamos, muchacho, date prisa que estoy aguardando.

—Sí, señora; pero.... balbuceó Gregorio.

—¿Qué es eso?

—Que tenia que decir á usted.... que por hoy si le parecia....

Aquí se detuvo de nuevo.

—Vamos, acaba.

—Si usted quisiera.... llevaria hoy el puchero á mi madre sin pagarle, y mañana si Dios quiere le pagaria con el otro.

—¡Ay! ¿ahora salimos con esas? exclamó la tabernera con destemplada voz, y poniéndose aun bastante más fea que lo que era.

¿Conque mañana si Dios quiere? vaya, pues estamos frescos.

Anda, anda, continuó retirando el puchero; dormir y vereis como se os pasa el hambre.

Ya me extrañaba yo que hubiesen pasado tantos dias sin que trajéramos á colacion la fiadura.

Gregorio no supo qué contestar.

Se habia quedado inmóvil como si hubiese echado raices.

Las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y sentia el calor de la vergüenza que coloraba sus mejillas.

A la izquierda del mostrador se abria una segunda habitacion destinada á comedor por los dueños de la taberna.

Junto á la misma puerta habia una mesa ocupada por dos hombres de malísima facha.

Ocupábanse en vaciar un enorme porron, y habian escuchado lo que acababa de acontecer.

Uno de ellos, el más viejo, quedóse mirando de hito en hito al infeliz Gregorio, y de pronto dirigiéndose á la tabernera, que se ocupaba ya en volver á hacer sitio en el fogon para colocar de nuevo el puchero, exclamó:

—¡Eh! señora Mariana, una palabrita.

—¿Qué se ofrece? exclamó esta acercándose á la mesa con desenvoltura, y olvidando ya al pobre Gregorio, que permanecia como una estátua.

—¿Qué pedia ese muchacho, que le fiara usted la comida?

—Sí, señor; y ya ve usted que están buenos los tiempos para generosidades.

—Y él por lo visto es parroquiano, ¿éh?

—Sí, y vive en esta calle; pero se le habrá figurado que

hace mucho tiempo que paga como es debido, y se querrá plantar.

—¿Y vale mucho?

—Catorce cuartos.

—Vaya, pues déle usted el puchero, y yo se le pago.

Pero ántes de dársele, haga usted que se acerque aquí.

La señora Mariana se encogió de hombros, como diciendo, este hombre es tonto, y dijo á Gregorio en voz alta:

—Oye, estos señores te necesitan.

El niño siguió con la vista la direccion que le marcó la señora Mariana, y vió á los dos parroquianos que le miraban atentos.

Acercóse á ellos, y dijo con acento humilde:

—¿Me llamaban ustedes?

—Sí, hombre, sí, contestó el que ántes hablara con la tabernera.

¿Qué es lo que te acaba de pasar?

—Señor, contestó el muchacho con cierta instintiva vergüenza.....

—Vaya, hombre, déjalo si te molesta, porque en verdad que no necesitamos oírtelo para saberlo.

¿No tienes padre?

—Nó, señor.

—¿De manera que esa comida es para tí solo?

El muchacho enteró de todo á los dos hombres, y el que hablaba siempre contestó:

—Vaya, pues ya que hoy no has podido ganar para la comida, nosotros te la pagaremos, mas para ello es menester que trabajes algo.

—¡Ah señor! muchas gracias.

Estoy dispuesto á hacer cuanto me manden.

—Mira que la cosa no es así como quiera, aunque tambien es cierto que en dinero te se dará, si consientes, más de lo que vale la comida.

—Bien, sí, señor, sea lo que quiera.

—Pues mira, ahora son las seis poco más ó ménos; ¿á dónde vives?

—En esta misma calle, en el número 17.

—Pues á las once de esta noche te has de encontrar aquí mismo; si no estamos te esperas.

Entónces te se dirá qué es lo que has de hacer.

—Muy bien.

—Pero mira, chiquitin, no vayas á faltarnos, porque entónces vamos á buscarte.

—¡Ah, nó! yo estaré aquí á las once.

—Bueno, dices á tu madre que no te espere, y que por la mañana la llevarás muy buenos cuartos.

El semblante de Gregorio se iluminó de alegría.

La señora Mariana llegaba á la sazon, y puso en sus manos el puchero.

El niño abandonó la taberna lleno de alegría, no sin protestar por última vez á aquellos dos hombres que estaria en su busca á las once en punto.

Tres ó cuatro puertas más allá de la taberna, estaba su casa.

En el último piso se alzaba la mísera vivienda de los dos infelices.

Cuando entró Gregorio, su madre, como siempre, se hallaba sentada en un sillon antiguo y bastante deteriorado.

La pobre mujer, que como hemos dicho, se hallaba baldada, envolvia sus piernas en una manta vieja.

Miéntras su hijo salia á ganar la vida, quedábase completamente sola.

Un par de veces en el dia, una pobre mujer que habitaba en el cuarto inmediato, hacía la caridad de visitar á la baldada por si se la ocurria algo.

Nunca habia tardado tanto Gregorio en volver junto á su madre.

Esta, á más del cariño que todas tienen á tan caros objetos, se le tributaba mayor, si esto es posible, porque en aquel hijo tan tierno, tan cariñoso y excepcional, veia palpablemente la mano de Dios que acudia á socorrerla en sus tribulaciones y sufrimientos.

Así que, desde el momento en que las tinieblas de la noche oscurecieron por completo la luz del dia, comenzó para ella el sobresalto.

Los instantes se le figuraron siglos, y su triste soledad aumentando sus presentimientos, la hicieron derramar abundantes lágrimas, y que desolada cuanto no es decible pidiese al cielo en fervientes oraciones la vuelta de su hijo.

Por fin, creyendo cierta su desventura y que tal vez habria sido víctima de cualquier accidente no previsto por su tierna edad, fué tanto lo que aquella idea se apoderó de su mente, que al escuchar sus pasos en el corredor, para ella tan conocidos, llegó á creerse víctima de alguna alucinacion de sus deseos.

Por eso cuando el niño alzó el picaporte y penetró en la estancia, su pobre madre no acertó á otra cosa que á ex-

halar en un grito el nombre de su hijo, y abrir los brazos para que en ellos se precipitase.

El pequeño Gregorio, que como hemos dicho, habia cambiado en alegría su pasada tristeza, consoló á su madre con mil palabras de cariñosa esperanza.

Cuando hubieron terminado su frugal comida, el niño refirió cuanto le habia pasado durante el dia hasta el momento en que la tabernera le negara su petición.

Al llegar á este punto exclamó así:

—Pero ahora entra lo bueno, madre.

—¿Qué, hijo mio? ¿al fin se condolió de tí?

—¡Cá! ¡nó, señora! Si es más mala....

—Pues entónces....

—Verá usted. Ya iba á marcharme; ¡me dió una vergüenza que me regañara con tanta gente que habia en la taberna!....

En fin, no sé cómo, pero de pronto ví que venía derecha la señora Mariana, y no tan áspera como ántes, y que me dijo: Acércate á esa mesa, que te llaman.

Yo obedecí, y dos hombres que estaban bebiendo me miraron sonriéndose.

El uno de ellos me indicó que él se encargaba de pagar el puchero si queria trabajar con ellos lo que me mandasen.

Ya ve usted, madre, yo dije que sí.

Y eso que tienen unas horas bien malas para trabajar.

Me han citado en la misma taberna esta noche á las once.

Durante la relacion del niño, la pobre baldada, con esa especie de doble vista solo peculiar á las madres en cuanto tienda ó se relacione con sus hijos, pedazos de su alma, habia ido con ansiedad escuchándole, y cuando por último

terminó el niño diciendo la hora á que se hallaba citado, aquella exclamó con una extrañeza no exenta de preventiva agresion:

—¿Cómo á las once?

—Sí, señora, ni ántes, ni despues.

—¿Y qué señas tenian, hijo mio?

—¡Báh! no reparé, así.... pobres.... es decir, no tan pobres como nosotros, un poco mejor.

—¿Y dices que pagaron á la tabernera?

—¡Anda! y no fué eso solo.

—¿Pues qué, hay más? exclamó la madre con nuevo sobresalto.

—Sí, señora, ya lo creo.

—¡Oh! habla hijo mio, habla.

—Me dijeron: no te olvides de prevenir á tu madre que no te aguarde en toda la noche, y que mañana volverás con cuartitos.

—¡Hijo mio, no vas, no sales! exclamó la baldada con cariñosa explosion.

—Pero madre....

—Nó, de ningun modo.

—Pero si ya lo ofrecí....

—No importa; demasiado haces, hijo mio, para tus pocos años, y sería yo mala madre si quisiera explotarte así.

De noche no quiero que te separes de mi lado.

—Bien, madre mia; pero lo que es por hoy no hay más emedio, lo he ofrecido....

—Te digo que no importa.

—Es que el que hablaba siempre, poniendo una cara que daba miedo, me dijo:

—Cuidadito con faltar, porque de lo contrario iria yo á buscarte.

—¡Oh Dios mio! ¡qué hacer! ¡iluminadme! prorumpió la pobre madre sollozando.

—Pero hombre, ¿á qué se pone usted así? pues yo creí que era motivo para que nos alegráramos.

—¿Qué sabes tú, hijo mio? Mira, llégate á la puerta de Muntadas y dí á su esposa que haga el favor de llegarse aquí en cuanto pueda.

—¡Pero madre! exclamó el niño levantándose y con cariñosa sonrisa, mire usted que no puedo faltar.

—Bien, eso ya veremos; anda, hijo mio.

Gregorio, con su habitual obediencia salió del cuarto dejando la puerta entornada.

Dejemos á uno y otro, siquiera sea por poco tiempo, y trasladémonos de nuevo á la taberna de la señora Mariana.

Hacía ya buen rato que habian dado las diez.

De las dos habitaciones de que constaba aquel templo de Baco, solo habia dos hombres en la primera.

La rolliza Mariana se hallaba sentada tras el mostrador con toda la gravedad y prosopopeya de una propietaria.

A su lado y poniendo en órden con artística simetría hasta docena y media de vasos, se hallaba su diminuto marido.

—Oye, exclamó aquella con despótico acento, ¿no tenian esos cita á las diez?

—Sí por cierto.

—Como siempre, te enterarias mal al tomar la hora.

—No lo creas, replicó este con humilde resignacion.

—¿Cómo nó?

—Mujer, que me acuerdo muy bien; dijeron á las diez.

—Pues si hace un siglo que han dado.

—Bien, eso quiere decir....

—¿Qué?

—Que no se les habrá proporcionado, ó que será lo mismo un cuarto de hora ántes que despues.

—Pues mira, yo no quiero compromisos. A las ocho está mandado que se cierre; ¿y tú crees que con tener juntas las dos hojas de la puerta estamos fuera del paso?

Ahora mismo vas á decir á aquellos dos que se larguen con viento fresco, que ni me haria gracia que se encontraran ahí unos y otros, ni ménos que nos visite alguna ronda.

El esposo de la terrible señora Mariana iba ya obediente á cumplir su órden con cierto disgusto, cuando aquellos á quienes debia despedir se levantaron, y sin hablar una palabra, despues de colocar el importe de su consumo sobre el mostrador, salieron á la calle.

A una seña de la tabernera, su esposo echó la llave á la puerta, y volvió á ocuparse en su anterior tarea.

Los dos esposos permanecian en silencio.

Podia escucharse en la taberna el ruido de un mosquito.

De pronto sintieron pasos en la calle y que estos pasos se detenian junto á la misma puerta

—Ya están ahí, exclamó con voz apénas perceptible la digna tabernera.

Con efecto, del otro lado de la puerta se oyó un ténue silbido.

Pasado un intervalo insignificante, volvió á dejarse oir.

A un ademan imperioso de la tabernera, su marido se lanzó á la puerta.

Franqueóse esta, y penetraron dos hombres.

Cualquiera hubiera podido reconocer en ellos á los que al principio de la noche se hallaban en la taberna.

Los mismos que pagaron por Gregorio, y al que habian citado para las once.

Saludaron con un gesto á la tabernera, y fueron á tomar asiento en la mesa más próxima á la segunda habitacion.

La señora Mariana, con su habitual desenvoltura, adelantóse hasta ellos y exclamó sonriendo:

—¿Qué se ofrece?

—Un jarro de lo bueno, contestó uno de ellos.

—Ya lo oyes, Ignacio, dijo la tabernera volviéndose hácia su marido.

¿Conque esta noche se da el golpe?

—Nunca se presentará mejor ocasion, contestó el que hablara primero, y que no era otro que el que ya vimos tratando con el hijo de la baldada.

—Ya sabes que aquí se tienen siempre buenas noticias, y que me ha faltado tiempo para comunicarte el estado de esa casa y el provecho que de ella puede sacarse.

—¡Tóma! no parece sino que alguien lo pone en duda.

—Siempre es bueno que se sepa que yo no me olvido de vosotros.

—Ya lo creo, y es lo que debe ser, que así á esta casa se le proporciona de cuando en cuando algun gaje extraordinario, y por cierto no poco á menudo.

—Y ella os sirve de buen lugar para depósito y escondite.

—Convenido. Es una verdad.

—En cuanto se concluya, vendreis aquí, ¿no es cierto?

—En seguida.

—¿Qué hora es?

—Ya deben ser más de las diez y media.

—Vaya, yo voy con Ignacio á preparar el cuartito reservado, por si lo que Dios no quiera, hiciese falta.

—Corriente.

—¡Ah! por si llaman á la puerta, estad prevenidos, que no es raro que alguna de las dichosas rondas quiera hacer parada.

—Así lo haremos.

La señora Mariana se despidió con un ademan truhanesco, haciendo que su esposo la siguiera á las habitaciones interiores.

Los dos hombres quedaron solos.

Solamente al niño Gregorio, cuya edad le dispensaba de toda experiencia, podia el aspecto de aquel par de bribones relevarle de la aversion que inspiraban.

En conjunto como en detalle, uno y otro demostraban á las claras su vida depravada y solamente dispuesta al crímen.

Sus figuras eran innobles, y en sus miradas aviesas retratábase toda una vida avezada al crímen.

Cualquiera, al verlos, hubiera dicho: he aquí dos ladrones.

El que todavía no hemos oido hablar, viendo desaparecer á los taberneros, exclamó con voz ronca:

—¡Cuánto me hiciste esperar!

—Es verdad, pero no debe extrañarte, porque me ocupaba en dar la última mano á los preparativos.

—¿Y está todo dispuesto?

—Todo.

—Lo que es esta vez, creo que no damos el golpe en vago.

—Así me parece.

—Pero dí, ¿para qué diablos necesitamos á ese muñeco?

—¿A cuál? ¿al de esta tarde?

—Sí.

—Qué pocas cosas te se ocurren, y puede que no lo hayas adivinado.

—Nó; te confieso que no alcanzo que pueda servir mas que de estorbo.

—¿Eso crees?

—Desde luego.

—¿De manera que tu asombro crecerá mucho más si te digo que no va á ser él solo?

—¿Cómo?

—Que vamos á llevar una pareja de pimpollos, que no hay más que pedir.

—Pero hombre, ¿estás loco?

—Qué sabes tú; inauguro un nuevo sistema, que yo te afirmo que ha de dar muy buenos resultados.

—Pues señor, no lo entiendo.

—Pero hombre, ¿es posible?

—Vamos á ver; suponte tú que por un incidente no previsto, hubiera que salir á uña de caballo.

Bien; y que con ese par de criaturas dentro, granujillas desarrapados á todas luces, hay para detener lo suficiente á los perseguidores, miéntras que nosotros nos ponemos en libertad desahogadamente.

—Calla, pues no dices mal.

Es un medio excelente, y en el cual yo no habia caido.

—Lo que es menester, es que no tarde mucho Angel, porque aunque es verdad que si hubiese habido un inconveniente que interrumpiera por ahora al ménos el dar el golpe, es probable que nos habria avisado, bueno es sin embargo no aventurarnos.

—Pues ya no puede tardar, porque las once no estarán muy léjos.

Como si el esperado por ellos hubiera escuchado su conversacion, y decidido presentarse en momento oportuno, los dos hombres oyeron dos golpes á la puerta, dados con cautelosa reserva.

—Ese debe ser.

—O la ronda.

—¡Cá! esa no gasta escrúpulos, y se anuncia con más estruendo.

—O es Angel, ó alguno de los chiquillos.

Diciendo así, se dirigió á la puerta, y abrió con las mismas precauciones.

Un hombre de la misma facha que aquellos dos penetró en la taberna.

—¡Hola, compañeros! exclamó sentándose á la mesa y apurando un vaso de vino de un solo trago, ¿me aguardan há mucho?

—Nó, poco más de media hora, exclamó el que le abriera, que se llamaba Ramon, y que no era otro que el que citara horas ántes á Gregorio.

—Aquí, Rafael, te creyó cuando ménos cabo de ronda cuando llamaste.

—Muchas gracias.

—Hombre, ha sido sin querer, replicó Rafael con cierta gravedad.

—Vaya, dejaos de esas cosas, que tiempo habrá despues para todo.

—¿En qué estado se encuentra el ricachon Sagrera?

—En el mejor del mundo para nosotros.

Ya sabeis que os tengo dicho, que en su casa jamás ha entrado una mujer; pues bien, su cajero don Hilario, que vive en su compañía, se ha trasladado esta tarde á Mataró, y como el buen Sagrera tiene un genio tan raro, no sé qué diablos le habrá hecho su criado poco despues de marcharse el cajero, que le ha plantado en mitad de la calle.

—¿De manera que está solo? exclamó Ramon sin disimular su gozo.

—Cabalito, como un hongo.

—Conque me parece que aquí no hacemos ya maldita la falta.

—Estás equivocado.

—¿Cómo?

—Indudablemente, no somos solos....

—Que nó..... replicó Angel con no poca admiracion.

—Nó, hombre, nó; se han aumentado los socios hasta el número de cinco.

Angel frunció el ceño, y se quedó mirando, al que así le hablaba, con interrogativa fiereza.

Ramon soltó una carcajada con el aire más bonachon del mundo.

—No sé á qué viene tu risa, replicó aquel con seriedad, miéntras que los otros dos reian con más gana.

—Vamos, hombre, no se puede gastar una broma contigo.

—Es que....

—Escucha, y lo sabrás todo.

Aquí Ramon volvió á repetir á Angel la idea que habia concebido respecto á los muchachos.

La fisonomía de aquel se tranquilizó.

—Vamos, dijo, me gusta completamente lo que te se ha ocurrido.

—Es una cosa nueva, y me parece que no será la última vez que la pongamos en planta.

—Pero oye, no serán tan chiquillos que realmente vayan á servir de estorbo.

Mira no sea que al verse allí con nosotros ó en la oscuridad, echen á llorar, ó cosa por el estilo.

Iba á contestar Ramon, cuando dos nuevos golpes volvieron á sonar en la puerta, pero esta vez con bastante violencia.

Los tres hombres se pusieron en pié como si los hubiera impulsado un mismo resorte.

Durante el primer momento quedaron inmóviles, sin que acertaran á proferir la menor palabra.

Aquellas tres conciencias tenian á cualquier hora sobrado motivo para inquietarse.

Por fin Ramon, que era indudablemente el más sereno de todos, haciéndoles seña de que se retiraran á las habitaciones interiores, se adelantó hácia la puerta, sonando sus pasos con estudiada lentitud.

Cuando vió que aquellos habian desaparecido, exclamó con voz fuerte y perfectamente tranquila:

—¿Quién va?

—Yo, yo, dijeron casi á un tiempo dos voces infantiles.

Ramon abrió la puerta, y Gregorio y otro muchacho un poco más alto que él entraron en la taberna.

Ramon llamó en voz alta á sus compañeros que se habian escondido, y de nuevo volvieron todos á ocupar su puesto.

Los dos muchachos fueron á sentarse junto á una mesa próxima.

Ya hemos dicho que nadie hubiera creido que Gregorio tuviese ménos de catorce ó quince años; tal era su desarrollo y estatura.

El otro, que era todavía un poco más alto, llevaba á Gregorio cuatro ó cinco años, y en su semblante se revelaba tambien mucha más malicia y los primeros indicios de las repulsivas huellas que las malas costumbres traen en pos de sí.

Se comprendia desde luego que entre los dos muchachos habia una distancia enorme.

Gregorio tenia la inocencia peculiar á su edad, además de los nobles instintos que manifestaba su alma. El otro por el contrario, era uno de esos granujas que empiezan siendo vagos y acaban por ser criminales de todos géneros.

Volviendo los tres hombres á reanudar su interrumpida conversacion, el llamado Angel prorumpió así:

—Vaya, ¿qué aguardamos?

—En realidad, nada.

—Pues entónces....

—¿Traes tú los útiles?

—Nada se ha olvidado.

—¿Y la linterna?

—Tambien.

—Pues entónces, en marcha.

—Pero....

—¿Vas á hablarme de los muchachos?

—Sí.

—Tienes razon. Venid acá.

Los chicos se levantaron al punto y vinieron junto á la mesa de los tres hombres.

—Escuchad, dijo Ramon. Si lo que vamos á emprender ahora mismo sale á medida de nuestro deseo, tendreis una buena recompensa; pero al mismo tiempo no se os olvide que teneis que obedecer en todo y por todo, y que á la menor indiscrecion que cometais, al más ligero atrevimiento, os escarmentaremos para muchos dias.

¿Estais enterados?

—Sí, señor, dijeron á un tiempo los dos muchachos.

—Corriente. Tú, Rafael, llama á la señora Mariana, y que se acerque aquí en un momento.

Cuando se disponia aquel á cumplimentar el deseo de Ramon, la tabernera vino á hacerle inútil, presentándose ante ellos.

—Señora Mariana, nos marchamos. Supongo que todo quedará perfectamente dispuesto para la vuelta.

—Ya lo creo; no faltaba más.

—Sería muy conveniente que, como otras veces, esté junta la puerta, pero no cerrada. Siempre es bueno no tener, en caso de apuro, que esperarse á llamar, y que ustedes acudan.

—Descuide usted, Ramon, que así se hará.

—Entónces marchemos. Hasta luego.

—Vayan con Dios, y buena suerte.

—Así sea.

Diciendo así, los cinco salieron á la calle.

Ramon, que era el director y maestro, apénas abandonó la taberna, exclamó en voz baja dirigiéndose á sus dos amigos:

—No es conveniente que marchemos juntos; id vosotros por ahí abajo, y yo marcharé por este otro lado con los dos chicos.

Si llegais ántes, no vayais á esperarnos junto á la misma casa, para no llamar la atencion.

¿Estais enterados?

—Sí, contestaron Angel y Rafael.

—Pues entónces, en marcha.

Y Ramon, sin aguardar respuesta, echó á andar por la calle arriba seguido de Gregorio y del otro muchacho.

Durante el camino, no hablaron una palabra.

El hijo de la baldada comenzó á tener miedo.

Desde que impulsado por la necesidad, y obedeciendo á sus buenos instintos, tuvo que ganarse la vida por calles y plazas, no pudo ménos de hallarse á veces entre personas de mala conducta y escuchar de ellas lo que jamás podia haber soñado.

Los sitios que frecuentaba estaban llenos de gente de mal vivir, y mil episodios habia presenciado en que sus protagonistas eran ladrones, ó cosa semejante.

Su corazon infantil repugnaba tales escenas.

Aquel niño habia nacido para el bien.

Sin embargo, aun sin querer, habia adquirido cierta experiencia que le hacia conocer aquel peligro.

Desde su entrada en la taberna comprendió cuál era el

trabajo á que iban á dedicarse aquellos hombres, sintiendo con toda su alma no haber obedecido las indicaciones de su madre.

Ya era tarde para retroceder.

El pobre niño marchaba temblando al lado de Ramon.

La noche era oscura y lluviosa.

Solo de vez en cuando sentíase el ruido de las pisadas de algun hombre que deseaba llegar cuanto antes á su casa.

Cuando se hallaron en la mitad de la calle de Escudillers, Ramon se detuvo.

En el hueco de una puerta, y en la acera de la derecha, vió dos bultos que se rebujaban sin duda para reservarse de la lluvia.

Ramon moduló un silbido casi imperceptible.

Los dos bultos se echaron á la calle.

Eran Rafael y Angel.

Ni un alma pasaba por la calle de Escudillers.

No se oia otro ruido que el de la lluvia al caer sobre el empedrado.

—Venga eso, exclamó Ramon en voz baja dirigiéndose á Angel.

Este puso en sus manos una ganzúa y una barra de hierro estrecha y corta.

—Acércate ahí al hueco de la puerta, enciende la linterna, y dásela á uno de esos chicos.

Vosotros, en cuanto yo abra, continuó dirigiéndose á estos, echais delante, pero, como moscas; al que haga el más ligero ruido, le acogoto.

Gregorio se estremeció; pero tanto él como el otro muchacho, permanecieron en silencio.

Una vez encendida la linterna, Ramon comenzó su faena, miéntras Angel y Rafael se ponian á observar por ambos lados de la calle.

Ramon era ducho en el oficio.

A los pocos momentos, la lengüeta de la llave cedió corriéndose por la cerradura.

La puerta se abrió.

La serenidad con que Ramon guardó la llave y la varilla, probaba su práctica. Con una seña imperiosa hizo entrar á los muchachos en el portal, y despues de llamar con otro silbido á sus dos adláteres, penetró á su vez navaja en mano.

Se hallaban dentro de la casa del comerciante Sagrera.

En ella reinaba el más completo silencio.

El pobre Gregorio, el hijo de la baldada, avanzaba temblando.

Llegaron al piso principal.

Ramon se detuvo.

Inclinóse al oido de Angel, y exclamó:

—¿Hácia dónde está el dormitorio de nuestro amo?

—A la derecha siempre.

Dirigiéronse en esta direccion, cuando de pronto se quedaron á oscuras.

La luz de la linterna que llevaba Gregorio, osciló de pronto y se extinguió.

—¡Mil rayos! dijo Ramon en voz baja.

—¡Chít! replicó Angel, que marchaba á su lado.

—¡Oh! ¿y qué hacemos ahora? insistió aquel de nuevo.

¡Una casa tan grande!

Si al ménos supiéramos llegar hasta la alcoba de ese vejete....

¿Sabes tú, poco más ó ménos, hácia dónde está?

— Nó; solo sé que es á la derecha,

—¿Y qué hacemos entónces? Caminar á ciegas es un disparate.

Vamos á meter ruido, se va á despertar.... y ¿quién sabe lo que pasará despues?

—Oid, exclamó Rafael como ellos en voz baja; ¿no os parece mejor, suceda lo que quiera, hacer lumbre con la yesca? todo lo más que puede acontecer, es que el ruido nos descubra; pero nos aventuramos á encender de nuevo la linterna, y si salimos con felicidad se sigue adelante.

De todas maneras, si avanzamos así hemos de perdernos; conque....

—Dices bien, contestó Ramon; saca la yesca y que sea lo que quiera.

Apénas acababa de decir estas palabras, sintieron frente á ellos el ruido que produce una puerta al cerrarse, conociendo á la vez que acababan de echar la llave.

Ramon comprendió que sus compañeros podrian hacer algun movimiento, é instintivamente alargó hasta ellos sus manos, logrando sujetarlos.

Los tres hombres permanecieron inmóviles.

El compañero de Gregorio, desde que habian quedado á oscuras, ni siquiera se atrevia á respirar.

Antes de que hubieran podido reflexionar sobre el motivo de tan extraño incidente, y cuando aun no habian vuelto en sí de la sorpresa que les produjera, escucharon del mismo modo un ligero y ténue ruido de pisadas que se ale-

jaban en direccion contraria al que provino de la puerta que frente á sí tenian.

Hasta en Ramon, que indudablemente era el más sereno, comenzó el miedo á tener entrada.

A ninguno se le ocurrió frotar la yesca y encender de nuevo la linterna.

Para colmo de desgracia, á sus espaldas volvió á repetirse el ruido que primero habian escuchado.

Otra puerta acababa de cerrarse, pero esta vez con más violencia, con mayor estrépito.

El rechinamiento del cerrojo al entrar en el pasador, resonó de un modo tal, que heló de espanto á los tres hombres.

Ramon conoció al punto lo que aquello significaba.

Habian caido en la ratonera.

Expliquemos ahora lo que habia sucedido.

Desde que Gregorio penetró en la taberna á las once de la noche, lo comprendió todo.

Su madre habia presentido bien.

El pobre muchacho se arrepentia ya con toda su alma, pero la retirada era imposible.

Lo que no acertó á explicarse, fué para qué podrian necesitar aquellos hombres su débil ayuda y la del otro chico.

Cuando salieron á la calle, su primera intencion fué la de echar á correr, pero tuvo miedo y no se decidió.

Cuando pase alguna ronda, decia para sí, entónces no tendré miedo, y pediré que me socorran.

Por su desgracia, ya lo hemos dicho, durante la travesía solo se encontraron dos ó tres hombres que caminaban con rapidez huyendo de la fuerte lluvia que inundaba la

ciudad; pero cuando se detuvieron en la calle de Escudillers y en el portal del rico anciano Sagrera, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se revelara al exterior la sorpresa que acababa de experimentar.

Aquella casa la conocia él perfectamente.

Desde que comenzara á ejercer su oficio, no pasó una semana sin visitarla por lo ménos dos ó tres veces.

Así que desde el momento en que vió forzada la puerta, aun sin saber cómo, se propuso hacer frente al criminal propósito de los ladrones.

Cuando Ramon depositó en sus manos la linterna, encontró el medio de llevarlo á cabo.

Apénas se hallaron dentro del piso principal, Gregorio esperó un momento.

Para su proyecto necesitaba saber hácia qué lado iba á dirigirse.

La Providencia estaba de su parte.

Por indicacion de Angel se dirigieron primero hácia las habitaciones interiores.

El muchacho, que hasta entónces iba junto á ellos, casi en medio, fué adelantándose insensiblemente, afectando con una sagacidad impropia de sus años, que avanzaba como en son de prudente descubierta.

La linterna como para arder mejor, habia ido elevándose hasta la altura de su cara.

En esta disposicion llegaron á un comedor, que sin duda alguna era el sitio elegido por Gregorio.

Cuando se hubo cerciorado, merced á una rápida ojeada, que todos se hallaban en él, dió un fuerte soplo á la luz.

Ya sabemos lo que sucedió despues.

Conocedor de aquellos sitios, cerró primero la puerta, y deslizándose á lo largo de la pared, volvió á salir por donde habia entrado, repitiendo la misma operacion.

El pobre niño respiró.

Acababa de conseguir un triunfo.

Sin embargo, era menester completarle.

Dando vueltas por habitaciones secundarias y siempre á oscuras, llegó hasta la alcoba en donde reposaba el dueño de la casa.

Junto á la cabecera del lecho y sobre una mesita, ardia una lamparilla.

Gracias á ella, pudo llegar con tiento y sin hacer el menor ruido; una vez allí, sin atreverse apénas á alzar la voz, llamó por su nombre al viejo.

A la segunda vez, Sagrera entreabrió los ojos, y se fijó en el muchacho con esa mirada vaga que precede al despertar.

Gregorio no supo aprovechar aquellos momentos.

Debió apresurarse en el acto á explicar las razones que le habian llevado hasta allí, y hubiera evitado en mucha parte el terrible sobresalto que experimentó el viejo.

Pasada la primer explosion, y cuando Sagrera se convenció de que de ser enemigo el que tenia delante no era muy terrible, se incorporó en la cama, y se dispuso á interrogarle sin haber desechado todavía la extrañeza que le causara aquella visita.

Gregorio se apresuró á satisfacerle, no omitiendo decir quién era, y que de algun tiempo á entónces se utilizaban en aquella casa sus servicios.

—¿Y dices que esos hombres están aquí dentro?

—Sí, señor.

—¿Y que tú los has encerrado?

—Yo mismo.

Sagrera, aunque no era cobarde, se estremeció.

Solo en aquella casa, acompañado no más que de un niño que le denunciaba tan grave acontecimiento, comprendió era motivo bastante para inquietarse.

Tiróse de la cama, y con febril agitacion comenzó á vestirse á toda prisa.

Mil extrañas ideas ofuscaban su mente.

A Gregorio no le conocia mas que como un pobre demandadero, cuyos servicios habia utilizado, dejándose llevar de un sentimiento compasivo.

¿Podria este haberse equivocado?

Todo era posible.

¿Se hallaria aquel muchacho en connivencia con los mismos que aparentaba haber sabido burlar?

Por otra parte creia á veces en que era imposible que fuese fingida la sinceridad que revelaban las palabras de aquel niño, y por él se creia salvado milagrosamente de una muerte cierta.

Tales eran los pensamientos que le agitaban, miéntras que con febril precipitacion abandonaba el lecho.

El muchacho esperaba en silencio y tambien no poco inquieto.

Temia que los esfuerzos de desesperacion de aquellos á quienes habia encerrado, lograran hacer del todo inútiles sus buenos intentos.

Sagrera, una vez que se halló dispuesto y corriente, dirigióse á la mesa de noche, y de su primer cajon sacó un par de pistolas.

Habia llegado el momento de convencerse de las intenciones que guiaran al que se habia presentado á él como salvador.

—Mira, exclamó el viejo empuñando las dos armas; he aquí el medio de salir ya airoso, aun cuando pudieran escapar los que has encerrado.

—Sí, señor, contestó el niño con la más perfecta naturalidad; pero será muy conveniente que salgamos de aquí cuanto ántes, y cerrando todas las puertas que conduzcan á la salida, marchemos á dar parte de lo que pasa á la primer ronda.

El anciano Sagrera se tranquilizó del todo al oir las últimas palabras de Gregorio.

Habia en ellas tanta sinceridad, que no era posible se escapase á su penetracion.

—Dices bien, exclamó con tranquilo acento.

Toma esa luz, y marchemos.

El niño obedeció, y se dispuso á seguir al viejo.

—Nó, anda tú adelante, exclamó este dejándose llevar aun de un resto de desconfianza.

Gregorio, sin sospecharla siquiera, obedeció de buen grado, saliendo de la alcoba el primero.

Todo se verificó como habia pensado el honrado hijo de la baldada.

Gracias á él, media hora despues salian de aquella casa maniatados los tres ladrones, y conducidos á la cárcel.

Gregorio, el niño de once años habia sabido impedir un crímen.

CAPITULO IV.

La inocencia triunfando del crimen.

Don Santos Sagrera era un rico comerciante muy conocido y considerado en Barcelona por aquel tiempo.

Poseia cuatro buques en el mar y un capital por demás considerable.

No tenia más parientes que un sobrino carnal, que hasta el momento de presentarle á nuestros lectores, se hallaba hacía tres meses en Marsella representando á su tio en ciertos negocios.

Por los dias en que Gregorio Estebanez habia salvado al comerciante, tal vez de una muerte cierta, debia aquel regresar de su viaje.

El honrado don Santos, lleno de agradecimiento y admiracion por la conducta dignísima del niño, decidió premiarle de una manera ostensible y merecida.

Hízole entrar en su casa y ocupar en ella un puesto como individuo de la familia.

Esto aconteció desde el dia siguiente.

El dinero todo lo allana, y la pobre baldada ocupó desde aquel momento una cómoda y aseada habitacion de la misma calle de Escudillers.

Gregorio empezaba á recibir el premio de su conducta.

Don Santos Sagrera era un viejo especial.

Sin que dejaran de ser nobles y caritativos sus sentimientos, era tal su carácter y tan uraño y nervioso su temperamento, que con dificultad hallaba dependientes que sabiendo interpretarle, le toleraran.

Natural era que, á pesar del cariño que desde el primer momento le inspiró Gregorio, continuase en su modo de ser, aun cuando muchas veces manifestaba á las claras para con aquel niño las mayores deferencias.

Gregorio con su pobre oficio abandonó su humilde traje y pasó á ser dependiente de don Santos Sagrera.

La primera determinacion de este fué la de buscarle un maestro que le educara allí en su misma casa.

El carácter dócil de Gregorio y su inteligencia, conquistaban cada vez más las simpatías del anciano.

Su situacion, pues, se normalizó.

A los dos meses de haber entrado en aquella casa, volvió á ella Rafael Sagrera, el sobrino carnal del viejo comerciante.

Era este lo que se llama un calavera en toda la acepcion de la palabra.

El cariño que profesaba á su tio, no podia ser más interesado.

Veia no muy léjos el fin de la vida de aquel anciano, y

aunque violentándose, se ceñia en lo posible á sus exigencias, con tal de asegurar la herencia, que casi veia ya en su mano.

Demostrando su extrañeza por las deferentes atenciones que su tio dedicaba á Gregorio, supo aquel hacerle ver la causa que las motivaba, y que no siendo un hombre desagradecido é inhumano, debia distinguirle y premiarle, ya que le debia, no solo su fortuna, sino tal vez hasta su vida.

Desde aquel momento, Rafael Sagrera fué el enemigo implacable de Gregorio.

Este, con una intuicion superior, no dejó de comprender que le era forzoso ganarse las simpatías del jóven.

Sin embargo, era demasiado niño, y por consiguiente por demás generoso y confiado, y no supo oponer una verdadera resistencia á la hipocresía de aquel enemigo de su tranquilidad.

Rafael Sagrera intentó varias veces, y por distintos medios, indisponer á su tio con el odiado protegido.

Siempre sus propósitos se estrellaron en el cariño de aquel y en la obediente mansedumbre de Gregorio.

Pasaron algunos meses, y este, gracias á una aplicacion infatigable, llegó á desempeñar un puesto en el bufete, con gran satisfaccion y contento de don Santos.

Aquel niño era un modelo de honradez y laboriosidad.

Hasta tal punto llegaron, y tan claramente intencionadas fueron las maquiavélicas marañas del sobrino contra el protegido, que en más de una ocasion el rudo viejo, fuertemente indignado, le significó su disgusto, dejándole en-

trever que si persistia en tan malvados intentos, serian poco á su consideracion los vínculos del parentesco.

Rafael Sagrera odió, pues, con toda su alma á Gregorio Estebanez.

Era forzoso eliminarse de él.

La situacion se hizo por demás crítica.

Dos ó tres veces aun intentó el jóven calavera desprestigiar al niño; pero siempre fueron inútiles y vanos sus esfuerzos.

Lleno de ira su pecho, comenzó á pensar la manera, siquiera fuese violenta, de librarse de aquel enemigo improvisado.

Su hipócrita conducta anterior se hizo inútil de todo punto con las claras y agresivas manifestaciones que puso en práctica para con su tio, y en perjuicio del inofensivo Gregorio.

Es decir, que no solo no habia conseguido el objeto propuesto, sino que quitándose la máscara en algun tanto, perdió no poco en el concepto que pudiera merecer á los ojos de Sagrera.

De esto tuvo infinitas pruebas.

Al año de continuar así las cosas, la situacion se habia hecho verdaderamente imposible.

El odio de Rafael habia tambien llegado al último extremo.

Erale forzoso satisfacer ya, no solo á su rencor, sí que tambien á su conveniencia.

El dia de la última cuestion con su tio respecto al asunto de siempre, este, montando en cólera, llegó á pronunciar la palabra desheredamiento.

Semejante amenaza fué, puede decirse, la chispa que produjo el incendio.

Rafael salió de la casa de su tio, calenturiento, irascible.

Erale forzoso, obedeciendo los impulsos de su corazon, tomar cruda venganza.

Excusado es decir que las compañías con quien él se juntaba eran amoldadas á sus deseos, y estos fuertemente malvados.

Cuando llegó la noche, Rafael, que hacía muchas horas saliera de su casa, despues de haber tomado ciertas lecciones que cuadraban perfectamente á sus instintos, y que él habia pedido en el círculo de sus amigos, se dirigió á la calle de Trenta claus, y una vez en ella, buscó la taberna de la señora Mariana.

Serian, poco más ó ménos, las diez de la noche.

Cuatro ó seis hombres favorecian en aquel momento con su estancia el interior de la taberna.

Llegado que fué Rafael, dirigióse resuelto á la tabernera, y exclamó:

—¿Es usted la señora Mariana?

—Sí, señor; ¿qué tenia usted que mandar?

—Desearia que hablásemos un momento.

—Con mucho gusto.

De aquí no puedo apartarme, pero no tema usted que nadie pueda oir lo que hablemos.

Escucho á usted.

—Pues bien, á mí me han dicho que en esta casa puede proporcionárseme lo que necesito.

La señora Mariana replicó con sonrisa truhanesca:

—Segun.... si es posible.... no dude usted que así se hará.

—Pues bien. Deseo encontrar un hombre que me sirva, interpretando mi deseo, sin que vacile, sin equivocaciones y sin que dé al traste con mis proyectos.

—Le tendrá usted.

—¿De véras?

—Firma el rey, exclamó la tabernera con orgullosa entonacion.

—Es que yo le necesito cuanto ántes.

—Y eso ¿qué?

—Si puede ser, ahora mismo.

—No hay inconveniente.

—Pero bajo una condicion.

—Diga usted.

—Que el que necesito ha de ser mucho más astuto que valiente.

—Será uno y otro.

—Es que vuelvo á repetir que no quiero que fracase el golpe.

—Descuide usted.

—En cuanto al precio, estoy seguro que quedará contento.

—¿De véras?

—Como usted lo oye.

—¿Y cuándo ha de darse el golpe?

—Mañana en todo el dia.

—Se dará.

—Corriente.

—¿Tiene usted mucha prisa?

—Absolutamente ninguna.

—Pues entónces aguarde usted un momento, y tendrá en seguida aquí el hombre que necesitamos.

Rafael Sagrera tomó asiento junto á una de las mesas más retiradas, y esperó.

Apénas habria pasado un cuarto de hora, cuando vió que un hombre penetraba en la taberna, y que apénas le hubo visto la señora Mariana, le hizo seña para que se acercara al mostrador.

Vió igualmente que hablaban en voz baja y que en seguida se acercaron en su busca.

—Señorito, exclamó la tabernera, aquí tiene usted el que necesita.

Pueden ustedes con toda tranquilidad acordar el plan que se ha de seguir.

Esté usted seguro que ha de quedar satisfecho.

El recomendado de la tabernera saludó á Rafael y tomó asiento sin ceremonia.

Aquel hombre es ya conocido nuestro.

La casualidad iba á favorecer los designios del sobrino de Sagrera.

Era Ramon, el mismo que habia dirigido el robo de la calle de Escudillers, y que merced á la increible sangre fria y serenidad del niño Gregorio, habia visto frustrados sus intentos y castigada su criminal accion con un encierro.

Como comprenderá el lector, Rafael ignoraba tales antecedentes.

Cuando se hallaron solos, prorumpió así:

—Vamos á ver cómo nos entendemos pronto.—

—Ese es mi deseo.

—Yo necesito que mañana mismo se sorprenda á cierto dependiente, y se le quite el dinero que ha de llevar consigo.

—Se le quitará.

—¿De veras?

—Bajo mi palabra.

—Es que ha de ser usted solo.

—Es lo que más me gusta.

—Y á mí.

—Estoy desengañado de que siempre son un obstáculo las compañías.

Como usted comprenderá, ántes de nada necesito saber qué ganaré yo en el negocio.

—Es muy natural.

—Pues escucho.

—Exactamente la mitad de lo que lleve encima.

—¿Y el resto?....

—El resto para mí.

—¡Ah!

—¿No le parece á usted natural?

—Sí, señor.

Rafael encontró que la afirmacion de aquel hombre tenia algo de poco expontánea; así fué que se apresuró á añadir:

—Y estoy resuelto de que así suceda, porque ha de tener usted entendido que la cantidad que se trata no es tan insignificante.

—¿De veras? contestó Ramon con mirada codiciosa.

—Como usted lo oye.

—Nada, nada; se hará en un todo como indique.

Al decir esto Ramon, pensaba lo siguiente: hágase el negocio, y despues veremos quién me abre la mano para buscar lo que haya dentro.

Sin embargo, iban de pillo á pillo.

Rafael Sagrera casi adivinó lo que pensaba el bandido, pues con no poca intencion añadió:

—Por supuesto que á mí me sobra no poco para llevar á cabo lo que hoy solicito; y si así no acontece crea usted que es por circunstancias especiales.

Pero si estas me detienen á hacerlo, no vaya usted á juzgar que dejaré de presenciar el hecho.

Creo que partiremos de buena fé, porque de lo contrario saldríamos muy mal uno y otro.

Habia tal intencion en las palabras de Rafael, que Ramon, aun cuando dejara para el momento del hecho proceder con arreglo á su deseo, por entónces tuvo buen cuidado de aceptar en un todo, alejando de aquel hasta la menor sospecha.

—Bien, exclamó; nadie debe apartarse de las cosas regulares.

Acepto en un todo su proposicion, y solo espero que me dé instrucciones.

—Escuche usted.

—Soy todo oidos.

—Quien algo quiere, algo le cuesta, ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo!

—Pues bien, por esta razon sufrirá usted con paciencia la centinela que mañana le aguarda.

—¡Ah! yo estoy acostumbrado.

—Pues bien, desde las nueve, poco más ó ménos, se situa-

rá usted en la calle de Escudillers, de manera que no pierda de vista la casa número 26.

—¿Veinte y seis dice usted?

—Sí; ¿qué tiene eso de particular?

¿Sabe usted quién la habita?

—Ya lo creo; el comerciante Sagrera, contestó Ramon algo más dueño de sí.

¿Quién no le conoce en Barcelona?

—Pues bien, tanto mejor.

Desde esa hora, es indudable que ha de salir de ella uno de sus dependientes con el dinero que necesitamos.

Aun cuando yo estaré por allí para indicarle á usted quién es, sus señas son indudables.

Es un muchacho de doce años, aunque su estatura y desarrollo le hacen aparentar más edad.

Su fisonomía es agradable, y el color de su cabello rubio como el oro.

Cuando vaya usted á consumar el hecho, puede ántes, para convencerse de que es el que busca, llamarle por su nombre.

—¿Que es?

—Gregorio.

Ramon volvió á sorprenderse, pero pudo á tiempo ocultar la sensacion experimentada.

—¿Conque dice usted.... que se llama Gregorio?

—Sí.

—¿Y hace mucho tiempo que se halla ahí de dependiente?

—Un año, poco más ó ménos.

—¡Báh!

—¿Le conoce usted?

—Nó, contestó con expresion indiferente.

—Conque creo que no hay más que hablar.

—Tal me parece.

—Como tengo interés en que el muchacho no me vea, en cuanto ustedes se pongan en camino uno tras otro, los seguiré yo, y partiremos como buenos hermanos.

—Perfectamente.

—Entónces, puesto que ya nada tenemos que hablar, me retiro, y hasta mañana.

Rafael Sagrera, diciendo esto se puso en pié y se dirigió á la puerta seguido de Ramon.

—De manera, continuó este, que con estar allá á las nueve de la mañana es bastante, ¿no es así?

—Desde luego; y aun tendrá usted que esperar.

—¡Ah! eso no le hace.

—Es cierto, nunca están de más las precauciones.

—Conque no es menester añadir una palabra más.

—El trato es trato.

—Corriente, pues adios.

—Vaya usted con él.

Sagrera se lanzó á la calle, miéntras Ramon con tranquilo paso se volvió á la taberna.

Al dia siguiente, como habia previsto el sobrino del comerciante, apénas Gregorio entró en la casa y pasó, como de costumbre, á saludar al viejo don Santos, este le detuvo diciendo:

—Querido Gregorio, tienes que hacer hoy un pequeño viaje.

—Usted dirá, señor.

—Es menester llevar á un amigo mio de Badalona cier-

ta cantidad algo considerable, y no quiero que vaya nadie mas que tú.

—Perfectamente.

—Anda, ve despachando algo si tienes pendiente, miéntras yo termino la liquidacion que habrás de llevar.

Gregorio obedeció.

Aquel dia tuvo el comerciante don Santos mucho más despacho que el de costumbre, y distraido con tan importantes asuntos, hasta las cinco de la tarde no recordó que ya debia hallarse la cantidad de que hablara á Gregorio en poder de su amigo de Badalona.

Llamó, pues, á toda prisa, y como siempre, el hijo de la baldada se presentó á recibir órdenes.

—Vamos, hijo mio, vamos, es menester que en esta ocasion hagas un esfuercito.

Con unos y otros se me ha olvidado que marcharas donde te dije esta mañana, y es forzoso que no pase el dia sin que así suceda.

—Pues bien, señor, iré ahora mismo.

—Sí, pero mira, ya no puedes ir solo....

Antes de una hora será de noche, y cuarenta mil reales, aunque vayan en onzas de oro, ocupan bastante y hay muchos golosos desocupados.

Que te acompañe cualquiera.

—Quien usted diga.

—Bien, díselo á Gil; y si no me parece mejor que te acompañe el criado nuevo.

Ha venido por buen conducto, y es un guapo chico.

¡Pero diablos, soy un aturdido! me olvidaba de hacerte una advertencia.

Tienes que ir á caballo; ¿sabes tú montar?

—Lo que es saber, nó, señor, contestó Gregorio sonriéndo; pero creo que mejor ó peor me tendré encima.

—Bueno, pues allá te las gobiernes.

Ya sabes á casa de Jaime, ¿no es así?

La primera casa de esta misma calle.

—Sí, sí, señor.

—Pues anda, ahí tienes el dinero, la liquidacion es esta; entregarás uno y otra, con la carta, al que dice el sobre.

—Está muy bien.

Gregorio se dispuso á salir.

El viejo le detuvo añadiendo:

—¡Ah! no dejes de pasarte por aquí á la vuelta, para quedar yo tranquilo acerca del éxito de tu comision.

—Así lo haré.

—Vaya, pues anda con Dios, hijo mio, que así acostumbraba á llamarle muchas veces.

No dejes de ir en compañía de Claudio.

—Está muy bien.

¿Quiere usted algo más?

—Nó, nó; únicamente verte pronto de vuelta.

Gregorio saludó por última vez, y salió del despacho de don Santos.

Media hora despues salia acompañado de Claudio, moceton de buen aspecto, y juntos tomaban el camino de Badalona.

El hijo de la baldada iba á caballo, vigilando cuidadosamente el dinero que le entregara su bienhechor.

Claudio marchaba á pié y con un nudoso palo en la mano.

Apénas se hallaron en la carretera, Claudio habló así:

—¿A que no sabes en lo que voy pensando?

—Hombre, no es fácil.

—Eso es verdad.

—Pero si me lo dices.

—Vaya si lo diré.

—Ya te escucho.

—¿Qué demonio de empeño ha sido el del señor para que, ya casi á boca de noche, llevemos ese dinero paseándole por el campo?

—Que tiene precision de entregarle hoy mismo.

—Me gusta.

—¿Qué?

—Que por qué no nos mandó esta mañana.

—Tal habia decidido.

—¿Y por qué no se hizo?

—Porque se le olvidó.

—¡Cómo ha de ser! siendo de ese modo....

—No hay más que tener paciencia.

—Eso sí; pero vamos, lo digo de veras, no voy á gusto.

—Hombre, ¡Ave María purísima!

—Lo que oyes.

—¿Tienes alguna razon para ello?

—Ya lo creo que la tengo.

—¿Y no se puede saber?

—Sí, pero.....

—Vamos, dilo.

—Es que.....

—¡Oh, qué pesadez! insistió Gregorio sonriendo.

—Vamos, no quiero yo que.... puedo equivocarme.... y....

—Ea, pues si no quieres, no hables.

—Pues bien, hablaré.

Desde que salimos de casa de Jaime, se me ha metido entre ceja y ceja que nos vienen siguiendo.

Al oir Gregorio estas palabras, fué tal su movimiento de sorpresa, que refrenó al caballo hasta casi hacerle ponerse de manos.

Palideció su simpático rostro, y sin atreverse á mirar atrás, tal vez para no tener que sospechar con razon del mismo modo que Claudio, exclamó:

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Te diré: lo que es seguro.... contestó el honrado Claudio, pesaroso ya de su confidencia, nó, acaso me equivoque.

—Mira, ya no es tiempo de retroceder, insistió Gregorio Estebanez adivinando lo que pasaba en el alma del criado: No creas tú que es miedo por lo que pueda acontecer lo que acabas de advertir en mí, sino por la comision que llevo.

Este depósito es tan sagrado para mí, Claudio, que mejor que perderle querría perder la vida.

Así, pues, habla sin vacilar un punto.

No me ocultes nada.

—Dices bien, y perdóname si no entendí tu sentimiento.

Pues bien, primero nos ha seguido uno de más mala facha que un escapado de presidio; y desde el momento que abandonamos la calle de Escudillers, se le agregó otro cuidadosamente embozado.

—¿Y ahora?

—Déjame acabar.

—Habla.

—Este embozado se separó al poco rato, y cuando nosotros traspusimos la muralla de tierra, habia desaparecido.

El primero continuó del mismo modo tras nosotros, y cuando ya me decidí á decirte lo que has escuchado, fué porque se me antojó mirar atrás, y le ví de nuevo seguido del otro.

—¿Y qué crees que debemos hacer? replicó Gregorio verdaderamente alarmado.

—Por lo pronto, avanzar cuanto nos sea posible.

—Sí, pero eso....

—¿Qué?

—Eso es muy poco.

—Mira, ya hace rato que me escarba el deseo de esperarlos.

—¡Oh! eso nó, tampoco sería prudente.

—Yá, por eso no lo he hecho.

Claudio no se habia equivocado.

Los seguian á regular distancia.

La noche avanzaba á más andar.

La oscuridad se hacia muy densa.

—Claudio, exclamó Gregorio en voz baja.

—¿Me llamas?

—Sí.

—¿Estás cansado?

—¿Yo? nó por cierto.

—¿Podremos apretar el paso?

—Por mí, cuanto quieras.

—Pues andando.

Gregorio castigó al caballo ligeramente.

El animal salió al trote.

El pobre niño comenzaba á tener miedo.

Miró atrás con cuanto disimulo le fué posible, y se convenció de que eran muy ciertas las sospechas de Claudio.

De sobra comprendia que podian oponer muy poco á las intenciones criminales de aquellos dos hombres; así es que batallaba por encontrar un medio que los imposibilitase.

A pesar de la celeridad de su marcha, Claudio caminaba siempre junto al estribo.

—Claudio, exclamó de nuevo Estebanez.

—¿Llamas?

—Sí, estoy pensando una cosa.

—¿Qué?

—¿No te parece, puesto que el peligro es grande, que yo me baje del caballo, y á favor de la oscuridad espere á que esos hombres pasen delante?

—No está mal pensado; pero.... ¿y yo qué hago?

—Ocupar mi puesto, y seguir todo lo deprisa que puedas.

—Bien; pero.... ¿y el dinero?

—Me quedo yo con él.

—Entónces ¿á qué continuar yo?

—Para desorientarlos.

—¡Ah! eso es otra cosa.

—Además, yo me vuelvo á la poblacion y tú continúas hasta Badalona.

Una vez allí, vas á la casa á donde nos dirigíamos y cuentas á ese caballero cuanto nos ha pasado y la determinacion que tomamos, que yo haré lo propio con el amo.

De esta manera conseguiremos lo esencial, que es guardar el dinero.

—Magnífico; muy bien pensado.

Acto contínuo Gregorio se detuvo.

Echó pié á tierra y dijo á Claudio que se dispusiera á montar.

—¿Conque estás enterado de lo que has de hacer en cuanto llegues á Badalona?

—Sí.

—Le cuentas todo, sin omitir el que mañana, cuanto ántes sea posible, tendrá el dinero en su poder.

—Perfectamente.

—Ahora corre bien, no sea que te quiten el caballo.

—¡Húm! no creas que será eso tan fácil; todavía les daria algo que hacer mi cuchillo.

A propósito, échate siempre bien á la izquierda, y no tengas miedo, continuó Claudio con cierta inflexion compasiva, al considerar á lo que se exponia el muchacho.

—Yo no tengo miedo, replicó este con orgulloso ademan. En caso de que me descubran, lo primero que haré será correr.

Soy pequeño, es verdad, soy un chico; pero te aseguro que miéntras esté vivo no me han de quitar el dinero.

Ea, hasta mañana.

Me voy por entre esos cañaverales, y sea lo que Dios quiera.

Claudio correspondió á este último saludo, y ambos se separaron.

Gregorio abandonó la carretera cargado con el talego.

Al cabo de un breve rato, dejó de escuchar el galope que hiciera tomar al caballo el criado de don Santos.

La primera determinacion de aquella criatura excepcional, fué marchar hácia la ciudad con cuanta rapidez le era posible.

Indudablemente oprimia su pecho el sobresalto, y el mismo ruido de sus pisadas haciale á menudo estremecer.

Pensando siempre en el peligro que corria, temiendo verse sorprendido á cada paso, y siendo tanta la oscuridad, que dificultosamente podia salvar los accidentes del terreno, empezaba su ánimo á desmayar y á acongojarse.

De pronto se detuvo.

Acababa de surgir en su mente una idea nueva.

Satisfecho de que solo con ahogar el ruido de sus pasos habria de no ser descubierto, avanzó hácia la carretera con el objeto de ver si tendria la suerte de que sus enemigos pasaran de largo engañados por su estratajema.

Si tal acontecia, si por su fortuna los sentia pasar, depuesto todo temor, emprenderia de nuevo el camino hácia Barcelona.

De esta manera adelantaria más en todos conceptos.

Parecióle buena tal determinacion, y comenzó á andar diagonalmente, dirigiéndose cauteloso hácia el camino.

Momentos despues deteníase junto á él, oculto tras uno de los matorrales que se alzaban á su orilla.

Su pensamiento vióse coronado del mejor éxito.

Apénas habia dejado en el suelo el taleguillo del dinero decidido á aguardar, cuando un ruido de pisadas llegó hasta él clara y distintamente.

Enderezóse como cediendo á una influencia galvánica, y procurando ocultarse bien, escuchó atento.

Los latidos de su corazon se sucedian tumultuosos.

En aquellos instantes no podia dejar de ser niño.

Por fin, los que producian aquel ruido llegaron muy cerca del sitio en que se ocultaba Gregorio.

El protegido de Sagrera pudo escuchar lo que hablaban.

Decia uno de ellos, con acento un tanto imperioso:

—¡Vive Dios que esto se va dilatando mucho, y vamos á dejarlos que tomen demasiada delantera!

—No lo crea usted, contestó otro. Seguro estoy de que estamos sobre ellos ántes de diez minutos.

—¿Cómo? exclamó el que primero habia hablado.

—Lo que tardemos en llegar al Besós.

Ahora va crecidito, y primero que tienten el vado y hagan que penetre en él el caballo, estaremos encima.

—Es que esa operacion no es una obra de romanos, y más cuando empuja el miedo.

—Ya lo verá usted, señorito; yo sé lo que me hago.

Todo esto habia escuchado Gregorio, y como puede figurarse el lector, con no poca agitacion.

Durante algunos momentos más, continuó percibiendo el murmullo de sus palabras, que cada vez se hacian más imperceptibles, hasta que se extinguió por completo.

Todavía esperó un largo rato.

Por fin, cediendo á sus deseos y experimentando una alegría suprema, recogió el dinero y saltó al camino.

Habia burlado á sus perseguidores.

Una hora despues, jadeante y febril penetraba en la casa de su bienhechor Sagrera.

Al dia siguiente, el pobre viejo hizo un nuevo y triste descubrimiento, que se relacionaba con lo acontecido la noche anterior al hijo de la baldada.

Los habitantes de una casita aislada próxima á las orillas del rio Besós, dieron parte á la justicia de que entre siete y ocho de la noche habian llamado á su puerta, y que

al abrir vieron cruzado ante ella el cuerpo exánime de un hombre.

Que despues de conducirle al lecho, vieron que tenia una terrible puñalada en el pecho, de la que manaba un raudal de sangre.

Inmediatamente hicieron llegar de Barcelona un cirujano, y durante la cura habia espirado el herido, no sin confesar las criminales causas que le redujeran á aquel estado.

La muerte de Rafael Sagrera corroboró lo que Gregorio dijo á don Santos, aun cuando el muchacho no pudo saber quiénes eran sus perseguidores.

Claudio, el criado del comerciante, perseguido y hostigado de cerca por aquellos, sintió revelarse en su alma la indómita energía catalana, y sin mirar el resultado los atacó de frente.

Al ver estos caer del primer golpe al que los habia animado y comprometido, se pronunciaron en fuga.

Claudio pudo, pues, seguir tranquilamente su camino.

El conductor de una de las calesas que en aquella época hacian el viaje desde Barcelona á Mataró, vió el cuerpo del desventurado jóven, y no queriendo dejarle allí abandonado, le condujo hasta la puerta de aquella casa.

Tal fué el trágico fin del único pariente de don Santos Sagrera.

CAPITULO V.

La felicidad de Estebanez.

Desde que quedó solo en el mundo don Santos Sagrera, cifró todo su cariño en Gregorio Estebanez.

Este, por su parte, correspondió siempre á tal cariño con un desvelo y un agradecimiento tal, que el viejo comerciante alababa á toda hora.

Como era natural, no quiso este que se separara un solo momento de él, y tuvo por mandato suyo que trasladar á su madre á uno de los pisos de la misma casa de la calle de Escudillers.

Poco á poco fué el viejo descuidando en Gregorio los negocios de la casa, hasta que á los cuatro ó cinco años los abandonó por completo.

El jóven Estebanez, con laudable delicadeza, le reprendia este abandono; pero Sagrera le contestaba siempre sonriendo:

—¡Báh! si mal te portas, para tí será el perjuicio, porque de ménos lo encontrarás mañana.

Inútil será que digamos que Gregorio habia recibido en casa de su protector la instruccion necesaria á todo comerciante.

Gregorio, dotado de bastante buen sentido y de una formalidad extraordinaria, de la que tantas pruebas habia sabido dar, aprendió con codicia cuanto le enseñaron.

La fortuna, pues, justa en aquella ocasion, premió su nobleza y honradez.

A los nueve años de su ingreso en aquella casa, tuvo el desconsuelo de asistir hasta el último momento de su vida al anciano Sagrera, y se encontró instituido por este heredero universal de todos sus bienes.

Desde aquella época hasta que acaeció la muerte de su pobre madre, un par de años despues, nada de particular acaeció en su vida, ocupada por completo en la honrada direccion de sus negocios.

Sin ambiciones, considerándose felíz y dando gracias al cielo por los dones que de él recibia, trabajaba más por huir de una ociosidad que siempre habia odiado, que por el deseo de aumentar una fortuna que para él era más que considerable.

Y sin embargo, á pesar de su desahogada situacion, cuando ya el tiempo fué secando las lágrimas que vertiera á la muerte de su madre, miró en derredor, y al verse solo, sintió su corazon oprimido.

Una tristeza que él no acertaba á explicarse, consumíale de contínuo.

La soledad es siempre un castigo para las almas expansivas.

Aquel, cuyos sentimientos se encaminan derechamente

al bien; aquel que se halle dotado de un corazon sensible, no puede plegarse al aislamiento.

Quien no es egoista, no puede concentrarse en sí mismo de esa manera tan absoluta.

Necesita abrir su alma al más puro de los sentimientos y entregarse de lleno á ejercer el más grande de sus atributos.

¡Necesita amar, necesita vivir algo más que para sí mismo!

¡Amor! he aquí una palabra cuya significacion en sus varias y diferentes manifestaciones necesitaria un tomo.

Poema anónimo, el más grande y magnífico de cuantos se conocen.

¡La humanidad no es huérfana!

El supremo poder que la da vida, ha querido animarla en su peregrinacion con ese consuelo inefable, con ese sentimiento que al acompañarle constante modifica sus afectos y pasiones.

¡Oh! ¿por qué habrá excépticos?

¿Será posible que existan criaturas, pedazos de esa misma humanidad, que así quieren emanciparse de los sagrados lazos que á ella les unen?

Lo mismo en medio de la prosperidad que en el infortunio, cuesta trabajo creer que pueda ser más felíz ó ménos desgraciado el hombre egoista que no ve otra cosa enfrente de sí que ese yo, exclusivo y dominador.

El amor propio casi es la más grande de nuestras enfermedades.

Valor necesita el que, sustentando esas ideas de egoista aislamiento, ve sin temblar cómo la vejez avanza sin que haya á su lado quien le sonría cariñoso.

Sin que los quejidos que le arranquen sus padecimientos puedan atenuarse con el consuelo santo de la familia.

Quien tal obra, en sus mismos sufrimientos se ve castigado por su conducta pasada.

¿Podrá decir que ama á su prójimo quien no se encadenó con los suaves lazos del amor, constituyendo una familia?

Nó, y mil veces nó.

¡Si no tiene ni aun siquiera ocasiones en que demostrar su sentimiento!

El que ha sufrido sabe consolar al que sufre.

¡La religion es un consuelo!

Con ella alienta, con ella da esperanza á sus semejantes enjugando sus lágrimas.

En tal caso se hallaba Gregorio Estebanez.

Alma dispuesta siempre á la ternura y á la bondad, no habia de poder ceñirse á tan criminal aislamiento.

Estebanez comenzó á pensar en las inefables dulzuras de una compañera á quien hacer dichosa y que fuese digna de él.

Tengo treinta años, se decia, y yo ni puedo ni debo constreñir en mi alma la necesidad que experimenta de amar.

No se le ocultaba que dadas sus condiciones, era forzoso que buscase bien, porque ¡ay del que dejándose llevar de una indiferente apatía ó de un cálculo grosero, se liga con un juramento eterno, á quien puede causar su desventura!

Tales consideraciones resonaban sin cesar en su mente.

Y así pasaban los dias y los meses, y así continuaba, y aun se hacía mayor su tristeza y desaliento.

Una noche al retirarse á su casa, la misma en que viviera con su querido protector, y al desembocar por la calle An-

cha, una mujer que venía en sentido contrario y por la acera opuesta, al verle se detuvo un momento cual si cediese á una extraña vacilacion; pero en seguida con ademan resuelto atravesó la calle y se detuvo ante Estebanez muy cerca, solo á un paso de él.

No obstante la poca luz que les rodeaba, pudo notar aquel que lo mismo el traje que las facciones de la desconocida, denotaban sufrimientos terribles y tal vez hasta miseria.

Aquella mujer debia tener treinta y tantos años, y á pesar de la desolada expresion de su rostro, advertíase que en otro tiempo debió ser hasta hermosa.

Juntando sus manos en actitud suplicante, y con rápida y enérgica entonacion, con desesperado acento, que indicaba ya hasta imposibilidad de llorar, exclamó:

—No sé con quien hablo; quien quiera que usted sea, caballero, le suplico me socorra.

¡Tenemos hambre!... ¡no he pedido nunca! ¡no sé pedir!

¡No me desampare usted, por Dios, y soy suya en cuerpo y alma!

Ya hemos dicho que en la manera de decir de aquella pobre mujer, advertíase algo extremadamente terrible.

En su desesperacion habia llegado ya al último límite del sufrimiento.

En el eco triste de su voz, en la sombría excitacion que la embargaba, leíase un resto de lucha contra la desgracia.

Lucha ya casi instintiva, debilitada, resistente.

En la pobre mujer ya no habia fuerzas.

La virtud rendida podia, con un momento más, dejar plaza á las malas pasiones, á la horrible necesidad.

El ángel de su guarda, rendido de luchar y traspasado, sentia ese terrible *déjame* de la conciencia contra los deberes, al abandonar el recuerdo de nuestra santa religion, fuente de piedad y misericordia, y en la que únicamente se encuentran la paciencia y resignacion santas para sufrir todos los dolores.

Estebanez quedóse petrificado.

Todo esto habia leido en las palabras y la actitud de aquella infeliz.

—¡Sí, señora! exclamó profundamente conmovido; maldiga usted siempre la duda, que la Providencia vela siempre por los que sufren.

Usted tendrá familia, ¿no es así? continuó Gregorio con voz dulce y afectuosa.

—¡Oh! sí, señor, contestó la mujer con expansivo desahogo, sintiendo que las lágrimas podian brotar aun de sus cansados ojos.

Mi esposo yace enfermo ha más de un año, desde que vino de la emigracion, y tengo además una pobre niña de quince años.

Hemos agotado todos los recursos.

He tenido que vender cuanto habia en mi casa.

El estado de mi marido, que necesita una asistencia contínua é inmediata, ha sido causa, no pudiendo separarme de junto á él, que no haya buscado otro trabajo, que tal vez habria hallado.

Todas mis diligencias han sido inútiles.

Hace treinta horas que sin tener nada, ni el más pequeño recurso, he estado batallando, sin decidirme aun á este paso que al fin he tenido que dar.

—No ha sido infructuoso, señora, créalo usted.

—¡Oh! gracias.

—Pero ahora no hablemos; guie usted hácia su casa.

La pobre mujer, bendiciendo á Estebanez y mal ahogando sus sollozos, obedeció.

Ocupaban el último piso de una pobre casa de la calle de la Merced.

Llegado que hubieron á lo alto, la mujer, que marchaba delante, empujó la puerta de su cuarto, dejando pasar á Estebanez.

El cuadro que este vió ante sí no podia ser más triste y desgarrador.

Las paredes de la habitacion se hallaban completamente desnudas.

Aquella mujer habia dicho la verdad.

Nada habia allí que pudiera venderse.

Unicamente en uno de los rincones del cuarto, extendíase una especie de gergon sobre el que descansaba el débil cuerpo de un hombre.

A su lado y rebujada en un delgado pañuelo, veíase una niña tiritando de frio.

Del asa de un cántaro roto pendia un candil, cuya luz agonizante daba más sombrías proporciones á aquel cuadro de miseria.

Estebanez, en el primer momento remedió las perentorias necesidades de aquella familia, y dispuso que al dia siguiente muy temprano fuera aquella desgraciada esposa en busca suya.

Excusado es decir que mil bendiciones acogieron su honrado proceder, y que no pudo ménos de unir sus lágri-

mas á las que hacía brotar el agradecimiento en aquellos infelices.

Dos horas despues de abandonar Estebanez aquella casa, gracias á su diligente caridad, el enfermo fué trasladado á una buena habitacion, y madre é hija pudieron tambien abrigar su desnudez.

Desde aquel momento los auxilios que les proporcionó la mano pródiga de Estebanez, hicieron huir la miseria que se albergaba bajo aquel techo, y á los tres ó cuatro meses la enfermedad le abandonaba tambien, dejando libre á la víctima en que se habia cebado durante tanto tiempo.

Digamos cuatro palabras acerca de aquella familia tan milagrosamente salvada por Estebanez.

Don Segundo Prats habia sido desde su juventud tenedor de libros de una casa de comercio de Barcelona bastante respetable.

Su conducta y laboriosidad habíanle conquistado las simpatías de su principal.

Vivia, pues, satisfecho en su modesto bienestar, en compañía de su esposa Eulalia.

Sin embargo, llegó la hora de que la fortuna, celosa de su tranquilidad, comenzó á declarársele adversa.

En ménos de dos años fueron tantos y tan repetidos los siniestros que cayeron sobre la casa de comercio en que se hallaba empleado, que tuvo esta que suspender sus pagos declarándose en quiebra.

Don Segundo Prats se quedó por lo tanto sin destino.

Al principio pudieron sobrellevarlo, gracias á que no teniendo más que una niña, su buen sistema de vida habíales permitido hacer algunos ahorros.

Pero esto no era suficiente.

Para la desgracia tenia don Segundo en sí mismo un enemigo por demás terrible.

Era confiado hasta la exageracion.

Su talento se concentraba, digámoslo así, en los números, y era poco previsor y por demás perezoso.

Consecuente, pues, á la excesiva confianza que le inspiraba todo el mundo, dejóse llevar de algunos amigos con los que se juntó desde que perdiera su colocacion, de esos que hacen de la política un medio de vivir en la holganza.

El pobre don Segundo se hizo revolucionario.

Tuvo tan mala suerte, que en aquel género de vida no encontró otros resultados que muchos gastos y no pocas desazones, y por fin tuvo que emigrar al extranjero.

Creyendo que las cosas cambiarian muy pronto, no quiso llevar á su mujer y á su hija, y tuvo la abnegacion de ocultar las privaciones que pasaba en tierra extraña, prefiriendo esto á que ellas se sacrificasen por él.

Lo demás ya lo sabe el lector, faltándonos solo añadir que la hija de aquel matrimonio, desde su más tierna edad, habia dejado entrever condiciones morales harto distintas de las que adornaban á los autores de sus dias.

Como hija única, desde que comenzó á tener voluntad, fué absoluta dueña de la de sus padres; y estos, con un cariño á las veces mal entendido, no solo no tuvieron en cuenta los perniciosos resultados que trae consigo una educacion hasta tal punto descuidada, sino que la alentaban con su sistema de concederlo todo.

Su carácter, pues, se habia hecho dominador, y una va-

nidad ridícula, alentada por aquellos, llenó su mente por completo.

Y es que la completa inexperiencia de quien todavía no ha entrado en el mundo, cree que cuando tal suceda, encontrará en el círculo en que viva el mismo cariño que recibió en la casa paterna.

Los padres que no hacen ver este error general y no le disipan, son con mucha frecuencia causa inocente de terribles desengaños y tristísimas decepciones.

Y hubo todavía más.

La miseria por que habian pasado casi podemos decir que indignó á aquella niña tan descuidadamente educada.

Su orgullosa preponderancia habia sido causa de que su sensibilidad y ternura yaciesen como aletargadas en el fondo de su alma, y por esta misma razon un despego medio oculto bajo la capa de tristeza, brilló desde entónces en el semblante de aquella niña.

Tan extremada pobreza habia herido su soberbia, y la herida quedó abierta vertiendo sangre.

Por fortuna para don Segundo y su esposa, no adivinaban lo que pasaba en aquella alma dura y altiva.

Pero continuemos.

Gregorio Estebanez habia terminado su santa obra nombrando cajero de su bufete al honrado Prats.

Con tal motivo, sus relaciones fueron siendo cada vez más estrechas.

Y no se crea que á ello contribuia poco Estebanez, sino al contrario, aquella melancolía que le atormentaba hacía algunos años, disipábase como por encanto cuando, terminado el trabajo, buscaba la sociedad de aquella familia.

Armanda se habia hecho una jóven muy bella, y el noble Estebanez comenzó á mirarla con muy buenos ojos.

Como sucedia á los padres de esta, creyó él que la severa rigidez de Armanda era el síntoma de una formalidad impropia aun de sus años, y que le parecia de muy buen agüero.

Un dia, al cabo de cierto tiempo, Estebanez llamó á don Segundo á su despacho.

Esto, que acontecia muchas veces, no admiró lo más mínimo al padre de Armanda, y llegándose á él exclamó:

—Si me llama usted para ver la carta que escribo de su órden al capitan de la Amparo, la concluiré dentro de cinco minutos.

—Nó, no es para eso, don Segundo.

Tome usted asiento ahí enfrente de mí, y hablemos.

Luego terminará usted la carta.

Don Segundo hizo un ademan de asentimiento, y obedeció el amistoso mandato de su principal.

El simpático y tranquilo semblante de este se revistió en aquel punto de afectuosa gravedad, y despues de una breve pausa, prorumpió así:

—Don Segundo, ¿qué juicio le merezco yo á usted?

—¡Oh Dios mio! replicó este con expontánea alegría al recordar de cuánto le era deudor, ¿y me lo pregunta usted á mí?

—Perdone usted que le ataje, don Segundo, interrumpió Estebanez, y hágame la justicia de creer que por donde usted contesta, ni pregunto, ni preguntaré jamás.

Prescindiendo de todo, deseo que, sin ocultarme lo más

mínimo, me diga usted qué juicio le merezco como hombre.

Don Segundo, completamente desorientado, replicó:

—Señor don Gregorio, no alcanzo....

—¿No quiere usted hacerme ese obsequio?

—Pero señor, ¿á qué viene....

—A mucho; y hay más, si usted se obstina en callar, voy á creer, y con gran sentimiento, que usted trata de evitarme un mal rato.

—¡Por Dios, don Gregorio, no me hable usted así!

Efectivamente, no es una razon el que yo no entienda á qué conducen sus palabras para que no las conteste, tanto más, cuanto que en ello tengo yo una gran satisfaccion.

Y contestaré en un momento; de tener un hijo, no anhelaria mayor dicha que la de que se pareciese á usted.

Tal es el juicio que me merece.

¡Crea usted que le dicta mi corazon!

—Pues bien, don Segundo, añadió Estebanez, despues de darle gracias, entónces voy á atreverme á pedir á usted un gran favor.

—¿A mí?

—Sí, señor.

¿Qué tiene eso de particular?

—¡Oh! mucho.

—¿Por qué?

—Porque usted no necesita sino mandar.

—En esta ocasion, nó.

—Pero....

—Créame usted.

—¿Es decir.... que no soy.... que no debo ser agradecido?

—Amigo don Segundo, interrumpió de nuevo Esteba-

nez, sin que yo deje de ver en usted infinitas pruebas de un agradecimiento que no merezco, cuando usted acabe de escucharme se convencerá de que el favor que yo espero de usted es para solicitado en los términos en que yo lo ejecuto.

—Bien, diga usted lo que quiera, replicó Prats con cierta entonacion que revelaba no estar en modo alguno convencido.

—Pues bien, yo, si me cree merecedor á ello, le pido la mano de su hija, dejando á salvo el oir á esta por si niega ó ratifica.

Don Segundo se quedó, como vulgarmente se dice, con la boca abierta.

Ni en sueños se le habia ocurrido tan suprema felicidad.

Estebanez, que no era hombre de mundo, que medía á los demás con la vara de su rectitud y honradez, que no era, en fin, de los soberbios encumbrados que dispensan proteccion siempre á diestro y siniestro, y que creia que en su proposicion más pensaba recibir que dar, consideró el silencio de su cajero con cierta inquietud por sus resultados.

Por fin este, algo más dueño de sí mismo, pudo exclamar no poco emocionado:

—Señor don Gregorio, dispense usted mi tardanza en contestarle, que sin inconveniente le confieso que me ha aturdido tan señalada merced.

—¡Don Segundo!

—Sí, señor; ¿cómo no acceder á lo que me pide, si obrando así me proporciono la mayor ventura?

—¡Oh, gracias, don Segundo! exclamó el jóven estrechando su mano.

Suplico á usted no me confunda por más tiempo con sus palabras.

Además, conste que por nada querría que se violentasen las inclinaciones de su hija de usted.

Tenga siempre en cuenta que nada perderian ustedes á mi estimacion por una negativa de su parte.

Una vez formulada así su peticion, el padre de Armanda ofreció solemnemente cumplir sus deseos en la forma manifestada.

Aquella noche Estebanez, con toda intencion, no visitó á sus amigos.

Al dia siguiente, don Segundo le daba el sí en nombre de su hija.

Gregorio comenzó á ser felíz.

Un año despues lo fué por completo.

¡Era padre!

CAPITULO VI.

Un nuevo tipo.

Estamos en Madrid y en el dia 19 de Marzo de 1837.

Acababa de oscurecer.

Las calles se hallaban solitarias.

La lluvia caia á torrentes, y solo los que marchaban á algun quehacer ó los poco aprensivos, se exponian á la inclemencia de aquel deshecho aguacero.

Penetremos con el complaciente lector en la primera casa de la izquierda de la calle de Cuchilleros bajando por las escalerillas de la Plaza.

Despues de ganar su altura hasta el sesto piso, penetremos en una mísera y reducida boardilla.

Dentro de ella hay tres personas, acerca de las cuales vamos á decir algunas palabras.

Eran un hombre, una jóven y un niño de dos á tres años.

Empecemos por aquel.

Podria tener de veinte y ocho á treinta años de edad.

Era delgado y su estatura mediana.

Las facciones de su rostro, pálido excesivamente, eran correctas y bien proporcionadas.

Sus ojos negros brillaban casi siempre con expresion siniestra y fijeza sombría.

Su mirar era imponente y altivo.

Su nariz remangábase ligeramente, y sobre una boca pequeña de pálidos labios, lucia un bigote negro, como el cabello, ligeramente levantado por sus puntas.

Su frente era ancha y espaciosa.

A pesar de la pobreza que respiraba aquel miserable albergue, en el que se veian tan solo tres ó cuatro sillas viejas y una mesa pequeña colocada debajo de la ventana que daba al corredor, aquel hombre, cuyo traje corria parejas con la miseria de la casa, conservaba de contínuo en su rostro un desprecio é hinchazon que asombraban.

Sentado frente á la mesa, ocupábase en ojear unos papeles, sin que pareciera cuidarse de nada ni de nadie.

Frente á la puerta de entrada se hallaba otra habitacion oculta por una especie de colgadura que contrastaba grandemente con el resto del moviliario.

Aquella habitacion contenia dos camas en bastante mal estado.

Junto á la puerta de esta alcoba habia una cuna; en ella dormia un niño rubio como un ángel y blanco y sonrosado como su inocencia.

Al lado de la cuna y contemplando al niño con cariñosa tristeza, hallábase la jóven que mencionamos ántes.

Nada más hermoso y simpático podia darse que aquella mujer, que parecia una niña.

En su rostro, ligeramente oval y de una blancura nacarada, brillaba el azul de sus ojos velados por largas pestañas.

Por entre su boca, ligeramente entreabierta y de purpurinos labios, descubríanse dos hileras de diminutos dientes igualmente blancos.

Su abundante cabellera, rubia como un rayo de sol, adornaba tan linda cabeza de una manera explendente.

No obstante el humilde vestido que cubria la esbeltez de su cuerpo, el ménos observador hubiera sin duda alguna adivinado que no siempre la fortuna la habia negado sus comodidades.

En el hermoso rostro de aquella jóven retratábase dolor resignado y la huella de los sufrimientos.

Un silencio profundo reinaba en la reducida estancia, hasta el punto de percibirse bien la sosegada respiracion del niño dormido.

El velon que con su triste luz alumbraba la lectura del jóven, comenzó á dar señales de extinguirse por completo.

—Matilde, exclamó el lector sin volver la cabeza y con voz dura y breve, echa aceite aquí.

—No hay, Gabriel, contestó la jóven con blando acento.

—¡Rayos del cielo!!! exclamó descargando sobre la mesa un terrible puñetazo que hizo despertar al niño; no hay, la palabra obligada, ¡siempre lo mismo!

Matilde, sin contestar una palabra, sin demostrar contrariedad ni disgusto, cogió al niño de la cuna procurando acallarle en su regazo.

A veces el llanto de los niños parece que protesta de la injustificada conducta de sus padres.

Lazo santo que debe sujetar á estos, parece en las reyertas matrimoniales que algo se siente dolorido, que algo se traslada á aquellos del mismo disgusto de sus padres.

Por fin los halagos de la madre calmaron el llanto del niño.

Gabriel, con un movimiento nervioso dobló los papeles que examinaba, y despues de encerrarlos en el cajon de la mesita, se levantó.

Detrás de la puerta, sobre una de las sillas, estaba su sombrero,

Le cogió, y despues de sentar un tanto su raida seda con el revés del antebrazo, se dirigió á la salida.

—Gabriel, exclamó la hermosa Matilde con voz dulce y cariñosa.

—¿Qué quieres? replicó el jóven volviéndose agresivo hácia aquella.

—Ya sabes que no nos queda ningun dinero, y que mañana nuestro pobre hijo pedirá pan.

Al oir estas palabras, dichas por la tierna madre de una manera imposible de explicar, el indómito jóven permaneció callado un instante.

Su palidez tornóse lívida.

La expresion de sus ojos hízose aterradora.

Matilde ni aun se atrevia á mirarle.

—Bien, exclamó con voz sorda, yo traeré dinero; pero una cosa te encargo: jamás me digas ¡no hay!

Es decir.... ¡no sé lo que me digo!...

Pero es igual; ten en cuenta lo que te prevengo; buscas otro medio, otro cualquiera para decírmelo que no sea ese.

Esa palabra no quiero oirla, me produce vértigos.

—Pero dí, esposo mio, ¡por qué no te decides y buscas á mi hermano! por lo ménos déjame que yo vaya.

Me bajaré á ellos, á mí ¿qué me importa?

¿No ves que tú sufres demasiado, que nuestro hijo se halla ya en la miseria, y que si su Divina Majestad no hace un milagro va á pedirnos pan inútilmente?

¿No ves que yo sufro mucho por vosotros?

—Matilde, ni una palabra más.

¡Nó, y mil veces nó!

¡Bajarse! yo no se cómo, conociéndome, te atreves siquiera á proponérmelo.

Yo no me bajo á nadie, ni puedo consentir que tú lo hagas.

Si morimos de hambre, yo seré el último que muera, porque soy más fuerte. Sentiré por lo tanto más que vosotros.

Además, mia será la responsabilidad, y yo responderé de ello en la otra vida.

—¡Oh Dios mio! murmuró la tierna jóven estrechando al hijo entre sus brazos.

—Pero no llores, porque no hay motivo para tanto.

Tus palabras son causa de que yo desatine.

Nuestro hijo no tendrá hambre, yo te lo aseguro.

Habia tal expresion de fiereza en el semblante de Gabriel al decir estas palabras, que su esposa, mal sofocando un grito, exclamó con acento desesperado:

—¿Dónde vas, Gabriel?

—Tranquilízate, vuelvo en seguida.

—¿Pero á dónde? exclamó la jóven levantándose desolada.

Gabriel se detuvo con la mano ya puesta en el picaporte.

Queria á su mujer como podia quererla, dado su temperamento y su carácter, y no pudo ménos de sentir cierta emocion.

Tenia que mentir, érale forzoso; así que medio balbuceando contestó:

—Voy á.... á la calle, en busca de un amigo.

Matilde, que parada á dos pasos de él parecia querer penetrar con su vista en lo interior de aquel corazon indómito, replicó con cierta serenidad sublime:

—¡Nó, Gabriel, tú me engañas, tú estás mintiendo ahora mismo!

¡Pedir tú, aunque sea para nuestro hijo!

¡Doblegar tus creencias, tu alma hasta ese punto, ya sabes que eso es imposible!

Una sola palabra voy á decirte, Gabriel de mi alma; tú eres mi esposo, y el deber me manda que te obedezca hasta el último momento.

Cuanto tú hagas, cuanto tú dispongas, lo acogeré yo como debo, sin murmurar, sin quejarme.

Pero oye esta advertencia en nombre de nuestro hijo, de nuestro amor; anticipadamente te suplico me la perdones.

¡Gabriel! ¡tú que no quieres tolerar nada, que no quieres descender á nadie, toleras la altivez que te manda, y desciendes y te esclavizas ante la soberbia, que es tu ídolo!

¡Ten cuidado no sea que por mantenerla incólume, por no sacrificar ese pecado que te consume, vayas á descender al crímen, á otro mayor!

¡Cuidado con que no quieras pedir, y vayas á quitar!

¡No sea que por librar á tu pasion de un sonrojo más ó ménos grande, pero que al fin y al cabo no verá nadie, porque se halla dentro de tí, vayas á emplear tu brazo en algun crímen!

¡Tu brazo, que pueden ver muchos, cuando el interior de tu alma solo le ve quien ha de juzgarla!

¡Si quieres huir de la vergüenza de hablar á un pariente, á un hermano mio, huye enhorabuena! pero por Dios te lo pido, no me des á mí la de haber hecho infeliz con tu misma mano á un semejante nuestro.

En el primer momento, Gabriel no habia podido ménos de detenerse.

Algo hubo en su conciencia que, haciéndole comprender la verdad de lo que escuchaba, bastó á paralizar sus movimientos.

Y fueron las palabras de su tierna esposa, de aquella inocente compañera que, guiada no más que por una intuicion sublime, á pesar de su candor é inexperiencia, acababa de leer con tal acierto en lo más íntimo del alma de su esposo.

Pero bien pronto desapareció esta influencia.

Las condiciones de carácter, el modo de ser de aquel jóven, se avenian mal á recibir consejos ó lecciones, por más que unos ú otras nacieran del más noble afecto, y la forma en que se dieran la más delicada y afectuosa.

Aquel hombre, á no haber recibido una educacion que le servia de dique para contener algunas veces el desbordamiento de su despótico carácter, hubiera sido hasta brutal.

Tal vez su pobre esposa habria tenido que añadir á los sufrimientos que la agobiaban, los más vergonzosos y crueles.

Procura dormir á tu hijo, que yo pronto vuelvo.

Gabriel, decimos, pasada la primer impresion, sin variar de postura, con voz sorda y breve contestó:

—Matilde, te he escuchado, y yo mismo me admiro de ello.

Sin embargo, desahogos semejantes no vuelvas á procurártelos.

Por lo ménos tanto como tú, velaré por la integridad de mi decoro, continuó con extraña sonrisa.

Ten esto muy en cuenta.

Si á mi dignidad la llamas tú soberbia altiva, sabe de una vez para siempre, que hasta el último dia de mi vida seguiré digno ó soberbio.

No reñiremos por el vocablo.

Procura dormir á tu hijo, que yo pronto vuelvo.

Diciendo así, sin mirar atrás, sin añadir una sola palabra, salió al corredor cerrando tras sí la puerta.

La pobre jóven vaciló como si fuera á caerse, y estrechando á su hijo contra su corazon, rompió á llorar desconsolada.

Nosotros sigamos ahora al jóven.

Gabriel, en cuanto salió á la calle, ganó las escalerillas de la Plaza, y continuando por los soportales, atravesó la calle Mayor dirigiéndose hácia la plazuela de Herradores.

Allí se detuvo indeciso.

La lluvia caia á torrentes.

En su manera de andar, hasta entónces, pudo notarse que no le guiaba un pensamiento fijo.

Salió de su casa desesperado, indómito.

No sabia qué hacer.

Tan ensimismado le tenian sus pensamientos, que no

advirtió que un hombre que se paseaba por los soportales, tal vez esperando que cesara la lluvia, se detuvo al verle, y cuando pasó por delante de él, quedósele mirando un buen trecho.

Despues, como aceptando con satisfaccion algun pensamiento que asaltara su mente, echó á andar tras él.

Cuando Gabriel se detuvo en la plazuela de Herradores, el hombre hizo lo mismo.

Por fin aquel tomó hácia la calle de las Fuentes, y su extraño perseguidor le imitó.

—¡Qué listo anda! murmuró este, que era un jóven alto, moreno y de facciones simpáticas.

Aunque decente, vestia una chaqueta negra, abrochada de arriba á abajo, y un pantalon de la misma clase.

Una gorra de hule con visera cubria su cabeza.

Su mano derecha descansaba sobre un grueso baston.

—Bueno seria, continuó en su monólogo, que despues de este paseito mojado me llevara un solemne chasco.

Y que lo sería grande, que sin saber por qué, me da el corazon que voy á conseguir algo.

El va vestido que da lástima verle, pero lo que es en eso no me equivoco, su aire y sus maneras son de señorito, y de los acostumbrados.

En fin, ya veremos dónde se para.

Miéntras tanto, el jóven habia llegado á desembocar á la calle del Arenal.

Detúvose al llegar junto á la Escalinata, y miró indeciso á uno y otro lado.

El que le seguia, para no darle que sospechar, apretó el paso y cruzó por delante de él indiferentemente.

Al pié de la Escalinata y en la calle del mismo nombre,

habia una taberna, y un poco más allá el portal de la casa.

Llovia cada vez más, y Gabriel, sintiéndose calado, se dirigió á él.

Por la calle de la Escalinata no pasaba un alma.

El mismo que seguia á Gabriel, y que se habia detenido veinte pasos más allá en la misma plazuela, volvió atrás, y pudo verle paseando inquieto por el estrecho portal que habia escogido para su refugio.

—Vaya, vaya, salgamos del paso cuanto ántes.

Diciendo así, bajó resuelto y se dirigió al sitio en que se hallaba Gabriel.

Este, al ver á aquel hombre, se detuvo en el mismo umbral, y esperó.

—Caballero, exclamó aquel con cuanta atencion le fué posible y llevando la mano á la visera de su gorra, hace muy poco que he llegado á Madrid, y á él me trae un asunto de la mayor gravedad.

Para terminarle, necesito buscar antecedentes y pormenores que no todos pueden darme.

Yo sé, casi me atreveria á asegurar, que en esta cuestion puede usted servirme de mucho.

—¿Cómo?

Habia sido pronunciada esta palabra con tan desdeñosa entonacion, con tal actitud por parte de Gabriel, que el desconocido comprendió á la legua que el que tenia ante sí era acaso más orgulloso que pobre.

Esta misma observacion hízole creer que no se habia equivocado con respecto al juicio que formara al verle.

Así que, no queriendo en modo alguno desperdiciar la ocasion que se le presentaba, exclamó:

—Que reclamo de usted un favor, y espero de su amabilidad no habrá de negarme.

—Hable usted lo que guste.

—Pero aquí estamos mal, caballero; el frio que nos manda esa humedad, no es el más á propósito para que yo me atreva á molestarle en este sitio.

Si usted no tiene inconveniente, buscaremos un albergue que nos cobije.

Allí le referiré en cuanto me sea permitido el asunto que me trae á la córte, y usted, puesto que á ello se muestra complaciente, tal vez pueda darme luz para llegar á darle término.

Gabriel, que habia escuchado atento, comprendió que podia sacar algun partido de aquella situacion imprevista.

El desconocido habia atinado en la manera de interpelar.

Más aun, habia sabido halagarle.

Gabriel comprendia que su aspecto no era el más á propósito para excitar á nadie á la consideracion, y que no debia esperar por tal concepto lisonjeras acogidas.

Por esto mismo, aquel hombre que acababa de presentarse, y que aunque hijo del pueblo, al parecer, se expresaba bien y le habia rendido con finura las consideraciones á que él se hallaba acostumbrado, supo atraerse sus simpatías.

Así que, despues de una momentánea pausa, exclamó:

—Vayamos donde usted quiera, dispuesto estoy á satisfacerle si me es posible.

El desconocido dióle gracias con un ademan; de la mis-

ma manera y con la atencion posible, le insinuó que podian ponerse en marcha.

Hiciéronlo así, y á buen paso se encaminaron por la calle del Arenal hácia la Puerta del Sol.

En la plazuela de Celenque habia por aquel tiempo un establecimiento público misto de taberna y fonda.

A él concurrian gentes de todas condiciones; pues si bien la primera habitacion constituia el despacho, habia otras reservadas, en las que se servia al parroquiano con esmero y diligencia.

Al llegar á la puerta, el desconocido se adelantó, y abriéndola, hizo pasar á Gabriel con exquisita galantería.

Momentos despues ocupaban la mesa del rincon en uno de los cuartos interiores.

Se hallaban solos, y podian por tanto hablar con toda libertad.

Hiciéronse servir, y una vez libres de testigos indiscretos, Gabriel fué el primero que rompió el silencio en estos términos:

—Señor mio, aun cuando no acierto á explicarme bien tan rara aventura, y como quiera que existen ocasiones en que el ánimo se halla dispuesto á aceptarlo todo, hasta lo más extraordinario, yo lo hago así, y me hallo dispuesto á secundarle en cuanto me sea posible.

—Doy á usted las gracias por ello, y me felicito porque la suerte nos haya unido.

Empiezo pues:

Yo he venido á Madrid con el único objeto de vengarme de un hombre que lleva causados muchos males, y que tal vez se dispone á causar muchos más.

Pero me sucede una cosa, que imposibilita en mucho el buen éxito de mis deseos.

No conozco á nadie.

Madrid es muy grande, y estoy viendo que perderé dias y dias sin conseguir el objeto.

La verdad, le ví á usted al cruzar la Plaza, y aunque he podido comprender que se halla usted mal, de la misma manera he visto que es imposible que usted se haya hallado siempre como hoy.

Dicen que el hábito no hace al monje.

—¡Caballero!

—¿Qué?

—Si comienza usted por ahí, le auguro que tal vez no consiga el objeto que se propone.

—No alcanzó....

—Continúe usted en esta inteligencia, y le será muy conveniente que sepa apreciarla.

—¿He podido ofender á usted?

—Se ponia usted en camino.

El desconocido, afectando más sentimiento que el que realmente experimentaba, replicó:

—Crea usted que lo siento de todas veras, y que no hubo intencion por mi parte....

—Bien, bien, dejemos eso.

Continúe usted.

—El caso es, insistió el desconocido, que para no perder tiempo, necesito saber si me he equivocado.

—¿Con respecto á qué?

—A mi suposicion.

—Acerca de....

—De su estado de usted.... no el actual, el anterior, se apresuró á añadir viendo que Gabriel se irguió de nuevo frunciendo el ceño.

Hubo unos instantes de silencio.

En la mente de Gabriel comenzó una lucha terrible.

Acordóse de las palabras de su esposa cuando con voz solemne y profética anatematizó sus pensamientos criminales, adivinándolos.

Vió que la casualidad le proporcionaba un medio de huir de ellos de una manera providencial.

Y lo veia claro.

No tenia más que prescindir por un momento de su orgullo, y podia conseguir el resultado que se propuso, el abandonar acaso su pobre albergue sin manchar su conciencia.

Todo estribaba ya en una cuestion de forma.

Por lo pronto era forzoso contestar á la última pregunta que le hiciera el desconocido.

Gabriel no se hallaba del todo en mal camino.

—Pues bien, no se ha equivocado usted, exclamó con cierta impetuosidad; por deber, por mi nacimiento, he tenido que frecuentar las primeras casas de Madrid, y las personas más distinguidas se han relacionado conmigo.

Muchas de ellas hasta por razon de parentesco.

Si, como me figuro, usted necesita ilustrarse con respecto á este punto, si usted quiere saber algo de esa clase de la sociedad, yo puedo proporcionarle las noticias que desee.

El desconocido no se cuidó de ocultar la alegría que le causaron estas palabras.

Un movimiento de orgullosa satisfaccion se imprimió en su semblante.

No se habia equivocado.

Y llegó á comprender del mismo modo, que era menester portarse con el que tenia delante, no como el que encuentra hecho un servicio que paga, sino un favor que recibe, aun cuando tuviera todas las condiciones del primero.

En una palabra, no era tonto, y se dijo para sí: pobre y orgulloso, procedamos con mucha prevision.

Y añadió en voz alta:

—Exactamente, caballero, yo necesito adquirir noticias de cierto personaje, y no sabe usted cuánto le agradeceria el que pudiese facilitármelas.

Gabriel, sonriendo de una manera especial, contestó:

—Pues creo no aventurar mucho si le aseguro que podré hacerlo.

—¡Oh! ¡entónces no sabe usted cuánto le deberia!

—Bien, dejemos eso, replicó el esposo de Matilde; escucho á usted.

Diciendo así, llevó á sus labios por primera vez la copa de málaga que ante sí tenia, con cierta satisfaccion.

Comenzaba á considerarse feliz.

Su altivez iba á hallarse satisfecha.

En cambio de un favor como el que iba á hacer, podia recibir otro sin que su orgullo se lastimara.

Se hallaba, pues, léjos de la limosna.

El desconocido, que le miraba atento, si no adivinó lo que pasaba en su alma, pudo al ménos observar con gusto el cambio que se observara en su fisonomía, tan favorable á sus intentos.

Apresuróse á llenar de nuevo la copa de Gabriel, y dijo:

—Pues bien, sepa usted que yo tengo un odio terrible á cierta persona de esa clase distinguida, y que me consta se halla hoy en Madrid.

La infamia se alberga en todas partes, lo mismo en los altos que en los bajos, en los grandes que en los pequeños.

El que yo busco es un señor, un gran caballero, pero no por eso deja de ser un gran infame.

—¿Y cómo se llama?

—No crea usted, á pesar de lo que me han esperanzado sus palabras, dudo que usted le conozca ni pueda saber de él, porque aun cuando va unido á su nombre un título de Castilla, ha residido en Madrid muy cortas temporadas siempre.

—Tal vez pueda decir á usted algo.

De cualquier modo, nada se pierde.

—Es verdad.

—Conque su nombre es....

—El nombre no le sé; tan solo el título.

—Bien, es indiferente.

—Se llama el marqués de Lézaro.

—¿El de Lézaro? replicó Gabriel con voz ronca y casi enderezándose en el asiento.

—Sí, señor, añadió estupefacto el desconocido.

—¿Y dice usted que se halla en Madrid?

—Como nosotros.

Gabriel dejóse caer de nuevo en la silla que ocupaba.

Pasó una mano por su frente, cual si quisiera aliviarla de un peso increible, y en seguida, clavando en el desconocido una fiera mirada, exclamó de nuevo:

—Yo no tengo que decir á usted nada acerca de ese hombre.

—¿Cómo?

—He concluido.

Esta vez le tocó admirarse al anfitrion.

Dudaba lo que estaba oyendo.

—Pero.... ¿puedo creer que no le conozca usted?

—Vamos claros, contestó Gabriel impetuosamente; me gustan las situaciones despejadas, y quiero siempre marchar al resultado en todas las cosas.

Yo necesito saber de una manera evidente que usted odia de veras al marqués de Lézaro.

—¿Lo duda usted?

—Necesito saberlo bien, añadió con cierta sonrisa.

—Pues lo sabrá usted; pero ántes, ya que tanto quiere huir de situaciones embrolladas, no extrañará que á mí me suceda lo mismo.

—De ninguna manera.

—Entónces, si usted me satisface á una pregunta, no tendré reparo en serle ingénuo del modo más completo.

—Estoy dispuesto á contestarle.

—Es la siguiente: ¿Acaso tiene usted hácia el marqués graves resentimientos?

—De muerte.

—¡Oh! ¡bendita sea la casualidad!

—¿Cómo? exclamó Gabriel sorprendido, al escuchar estas palabras pronunciadas con indecible entusiasmo.

—Porque union tan extraordinaria como la nuestra me revela evidentemente que la Providencia se halla de nuestra parte.

Y en prueba de que así lo creo, voy á ser más ingénuo de lo que usted podia esperar.

Yo, caballero, soy un hombre rudo y tosco, sin instruccion alguna.

No tengo mas que un brazo fuerte, un corazon sereno y una alma agradecida que sabe querer.

Usted, lo conocí desde el primer momento, es indudablemente una persona distinguida á quien la suerte persigue.

Yo he visto, he sabido leer en usted, esa cosa inexplicable que revela, aun oculta entre pobres vestidos, al hombre distinguido por su nacimiento y su educacion.

Por eso yo, caballero, si como vivamente deseo llegamos á entendernos, seré el segundo, seré el brazo, el que obedezca en fin.

El odio que yo tengo al marqués de Lézaro no es hijo de ofensas personales.

El motivo es más levantado, más digno.

Ese hombre cometió una infamia terrible, que vino á recaer en personas á quienes yo amo, á quienes yo debo mucho.

Ese mismo cariño hace que yo, sin detenerme ante mi insuficiencia, lo aventure todo, absolutamente todo, con tal de vengarme.

Mi estancia en Madrid no es debida á otra cosa.

Llegué hace muy poco, y todavía no he comenzado á ver realizados mis deseos.

Hoy he visto á usted, y por fuerza hay algo que en ciertas ocasiones habla á nuestro corazon.

Un poder secreto é invencible me inclinó á obrar como lo he hecho.

Yo, caballero, quisiera que usted diese crédito á mis palabras; nada hay en mi conducta que sea indigno.

Si usted lo cree, si usted lo ve asímismo, si tiene tambien algo que vengar, desde ahora mismo estoy á sus órdenes.

Mande usted, y yo obedeceré.

Soy de una tierra en que la verdad es querida, y en su consecuencia, y para concluir, diré todo, absolutamente todo lo que pienso.

Compréndese á la legua que usted se encuentra hoy como tal vez no se habrá hallado nunca.

Antes, y ahora mismo, á pesar de mis cortas luces, leo en su semblante que es incapaz su alma de humillaciones; pues bien, yo desearia, como un favor, que desde este momento aceptase usted mi leal apoyo en pró de la causa comun que habrá de movernos.

Todo condicional, todo sostenido, hasta el punto en que uno ú otro viéramos que era imposible nuestro proyecto.

Gabriel escuchó con la mayor atencion la perorata de aquel hombre.

En un principio, como ya hemos apuntado, dudó de él, creyendo si podria ser acaso un espía más ó ménos diestro; pero semejante idea hubo de ser rechazada bien pronto.

Respiraban tal verdad las palabras de aquel hombre, era tan simpática su fisonomía, tan valiente y enérgica, que Gabriel acabó por convencerse de que bajo aquel rostro no era presumible cupiesen la traicion ni la mentira.

El delicado ofrecimiento que acababa de hacerle, conquistó sus simpatías, porque además se revelaba en la forma con que fué hecho la más exquisita atencion.

Y es que por efecto de un refinado cálculo, ó tal vez por casualidad, supo aquel hombre ponerse muy por debajo de Gabriel.

¡Siempre el amor propio!

¡Siempre sacrificándolo todo á la forma!

Gabriel, que con tal de no abatir ni por un momento su altivez y soberbia, veia impávido llegar junto á su hijo la horrible y descarnada figura del hambre, iba á aceptar los socorros de un hombre á quien consideraba inferior, solo porque este hombre se habia colocado en segundo término.

¡Parece imposible que una cortesía, que una lisonja vana, consigan más que el desesperado llorar de una familia que yace en la miseria, que el triste quejido de un hijo hambriento!

¡Siempre misterios, siempre fenómenos que estudiar!

El esposo de Matilde, ya lo hemos dicho, consideró que en modo alguno recababa su dignidad aceptando aquellos ofrecimientos, y exclamó así:

—Pues bien, acepto cuanto usted me dice, y creo sinceramente en sus palabras.

Por razones que tal vez un dia sepa usted, me encuentro hoy como ha conocido, y no necesito explicarle más; sin embargo, como esto no puede durar así, porque yo no quiero y no será, añadió con indómito ademan, conste, pues de lo contrario no hemos dicho nada, que lo que usted haga por mí hoy es simplemente un adelanto, que será reintegrado con el debido premio.

Estimaré que no oiga esto como una ridícula alharaca; pues cuando usted me conozca, encontrará la razon de mi advertencia.

Usted quiere vengar en ese hombre injurias recibidas por séres que le son queridos; pues bien, únase usted á mí, y nos vengaremos; solo que tambien es indispensable que se limite no más que á obrar en virtud de mi acuerdo y cuando yo le diga.

Usted trata de liquidar con él cuentas de otro, y las mias á nadie atañen más que á mí.

Se encuentra, pues, en el caso de dejarme marchar delante.

Ahora espero me diga si se conforma ó nó con mis condiciones, y si las halla aceptables.

—En un todo; y tanto es así, replicó el desconocido con impetuosidad, que desde este instante me pongo á sus órdenes por completo.

Porque como ántes dije, me hallo en Madrid enteramente solo.

—Entónces no hay más que hablar; conformes en este punto, citémonos para mañana.

—En donde usted quiera.

—En mi misma casa.

—Muy bien.

Tal fué el resultado de tan extraña entrevista.

El lector ya habrá conocido quién era el que hablaba con Gabriel.

El noble amigo de don Fernando de Alvareda, Agustin, aquel honrado vasco que vivia contento en la torre del faro, lo abandonó todo cediendo á los impulsos de un alma generosa, para vengar la infamia de aquel malvado marqués.

Veremos hasta qué punto lo consiguió.

CAPITULO VII.

De poder á poder.

Estamos en una magnífica casa de la calle de Leganitos señalada con el número 100.

Hállase aislada en un buen trecho, y por la parte exterior solo consta de dos pisos.

Durante mucho tiempo, las maderas de sus balcones habíanse visto cerradas herméticamente, y solo en el piso bajo advertíanse señales de hallarse habitada aquella parte.

Con efecto, un hombre, viejo ya, custodiaba el vasto edificio hacía bastantes años.

Muy pocos dias ántes del en que vamos á penetrar en ella, los vecinos más inmediatos pudieron notar un movimiento inusitado en aquel recinto hasta entónces silencioso y tétrico.

Una mañana viéronse abiertas las ventanas de aquella casa misteriosa, y á través de ellas cruzar y más cruzar sombras y bultos.

El anchuroso portal, siempre cerrado, mostraba á las miradas de los curiosos el acceso á su interior.

Aquella casa comenzaba á vivir.

La faena de traer y llevar duró dos dias, tiempo suficiente á promover las hablillas de los vecinos y á que estos encontrasen como muy natural, á costa de algun esfuerzo, el que se alquilara aquella mansion tan misteriosa y tétrica.

Los comentarios, pues, iban á cesar.

Las dos de la tarde serían cuando nosotros, conduciendo al amable lector, penetramos en aquella.

Un coche acaba de detenerse á su puerta, y de él desciende un jóven de arrogante apostura.

El portero le recibe gorra en mano.

Ha hecho sonar por dos ó tres veces una campanilla que resuena en el interior, y apénas el que se apeó hubo llegado á la mitad del vestíbulo, cuando la segunda puerta que se alzaba al terminar un pequeño tramo, abrióse de par en par.

—Señor marqués....

—¡Hola, Pedro! exclamó el que acababa de entrar, que no era otro que el dueño de aquella finca.

¿Se han cumplido en un todo mis deseos?

—Sí, señor; el piso segundo se halla ocupado por la niña, y el principal se ha reservado para usted.

—Pues guia á mi gabinete.

Pedro echó andar á buen paso, y el marqués de Lézaro le siguió.

Una vez que se hallaron en la habitacion indicada por este, y que era un modelo de elegancia y buen gusto, el

marqués, tendiendo una ojeada en derredor, despues de entregar al criado sus guantes y sombrero, exclamó dibujando en sus labios una ligera sonrisa de satisfaccion:

—Vamos, veo que del todo no has perdido el gusto.

—Muchas gracias, señor, exclamó Pedro inclinándose en profunda reverencia y sin ser dueño á ocultar la alegría que le causaban aquellas palabras.

—Vamos á ver, ¿y la prisionera?

—Ocupando ya su dorada jaula.

—¿Supongo que en ella nada tendrá que desear el gusto más delicado?

—Señor marqués, solo puedo decir que estoy satisfecho de mi obra.

—Bien, así lo espero, y así lo creia de tí.

—Gracias, señor.

—Pero vamos á otra cosa, continuó el marqués dejándose caer con indolencia en uno de los sillones.

—Diga usted, señor.

—¿Cumpliste en un todo lo que te prescribí?

—Creo no haberme olvidado de lo más mínimo.

—Entónces puedo tener la seguridad de que no ha visto ni hablado á nadie, ¿no es así?

—Exactamente.

—¿No hubo en el camino tropiezos de ningun género?

—Nó, señor.

Y confieso que fué precisa una vigilancia especial.

El marqués sonrió en silencio.

Pedro continuó así:

Tiene un carácter tan especial, señor marqués, que asusta como hay Dios.

Quisiera mejor ser el guardian de diez hombres, que de esa señorita.

—Vamos á ver, ¿y qué dice?

—Nada absolutamente.

—¿Cómo nada?

—Lo que usted oye.

—¿Pero qué, no se desesperó, no profirió por lo ménos alguna queja durante el camino?

—¡Ay señor! no la conoce usted bien.

—¿Conque impenetrable y dura?

—Como una roca.

No hay nada como eso, créame usted, señor marqués.

Al oir estas palabras, los ojos del de Lézaro brillaron con una luz extraña y su semblante palideció.

¿Qué pasaria por su alma en aquel momento?

¿Sería acaso instintivo sentimiento de que aquella fortaleza fuera inexpugnable?

¿Sería tal vez indicio de un amor desapoderado y frenético que creciera á impulso de la glacial altanería de aquella mujer.

Solo Dios podia saber lo que pasaba en aquella alma sombría.

—Pedro, ¿estás bien seguro de que nadie la ha visto? ¿de que nadie puede adivinar el sitio en que se oculta? exclamó de repente con voz sorda.

—Segurísimo, señor marqués.

—¿Puedo creerte?

—Sabe usted que por nada le ocultaria lo mas mínimo.

Muy bien; guíame hasta allá.

Pedro se hizo á un lado para dejar paso al marqués.

—Nó, nó, marcha tú el primero, dijo este acompañando sus palabras con un ademan imperioso.

¡Ah! voy á hacerte una advertencia.

—Diga usted, señor.

—Y espero que no la olvidarás.

—Puede descuidar el señor marqués.

—En la otra casa nada debe traslucirse.

Esta es un secreto que solo guardamos tú y yo.

—Muy bien, señor.

—Ahora marchemos.

Desde el gabinete del marqués y por detrás de su elegante dormitorio, siguieron una estrecha galería, y á su conclusion, por la cual terminaba la casa en aquella parte, ganaron una escalera cubierta de mullida alfombra con pasamano de bronce, á la conclusion del segundo tramo, Pedro abrió con dos vueltas de llave una fuerte puerta de lustroso ébano.

Inclinóse reverente dejando paso al marqués, y cerró de nuevo.

El de Lézaro hizo una seña á Pedro, y el inteligente y sumiso criado se retiró hácia las habitaciones interiores.

El marqués, apénas se vió solo, se detuvo en la misma antesala á la manera que el hombre cansado que necesita tomar aliento para continuar su marcha.

Pasó una mano por su frente, cual si de aquel modo hubiera querido desterrar algun pensamiento tenaz, y por fin, como el que se aventura á un lance comprometido y arriesgado, empujó el boton de una elegante mampara de cuero de Rusia, y penetró en el salon.

El más exquisito gusto presidia en aquellas habitaciones.

El marqués se encontró en medio de un saloncito árabe con sus divanes en fila y á la misma distancia de la pared por ambos lados.

La luz del dia penetraba con dificultad por las elegantes ventanas de forma ojival, divididas cada una en dos por esbeltas columnitas de mármol.

El pavimento, de caprichosos mosáicos, hacia juego con las pinturas orientales que adornaban las paredes.

A la derecha y en el fondo alzábase una puerta de medio punto de regular altura y en un todo semejante en su forma á las ventanas. Hácia ella se dirigió el marqués haciendo resonar sus pisadas sobre el lustroso pavimento.

Con mano firme empujó el pasador y penetró en el gabinete cerrando tras sí.

No puede darse nada más elegante y poético que aquel aposento, verdadero camarin de hadas.

Cubria las paredes un precioso entapizado de raso blanco con estrellitas de oro.

La mullida alfombra que cubria la habitacion, era tambien blanca como la nieve, y los divanes lucian el mismo dibujo y eran de la misma clase.

Entre los dos balcones, que daban á un hermoso jardin, alzábase un tablero de pórfido que figuraba hallarse sostenido en sus extremos delanteros por dos cúpidos en actitud de disparar sus flechas, y sobre el que se veia un magnífico reloj y dos gigantescos floreros de laca.

En aquella parte de la pared y exactamente sobre tan caprichosa mesa, se sostenia un magnífico espejo de grandes dimensiones.

Cuando el marqués de Lézaro penetró en el gabinete, se

halló frente á frente de la hermosísima Julia de Olmedo, que se hallaba sentada en perezosa actitud en el divan situado en el lienzo fronterizo á la puerta.

Otro que no hubiera sido él, que no hubiera tenido sobre sí mismo un dominio á toda prueba, indudablemente no habria resistido la altivez y supremo desden que se reflejaba en las miradas de la orgullosa jóven.

Ni un gesto de sobresalto, ni el más imperceptible movimiento se dibujó en su rostro; todo al contrario, su mirada fija y tenaz parecia encerrar un desafio.

Indudablemente hubiera preferido el marqués de Lézaro presenciar una escena de lágrimas que la terrible que ya presentia.

Hubo un largo momento de silencio.

Silencio insostenible que el marqués no quiso prolongar más tiempo.

—Señora, exclamó por fin, despues de una ceremoniosa cortesía, no ignoro que mi presencia en este sitio habrá de excitar un tanto su irascibilidad para conmigo.

Sin embargo, sé que todo sentimiento, lo mismo el dolor que el odio ó el desden, ceden de su impetuosidad ante una cosa que es más fuerte que nosotros.

El tiempo mitiga y cura.

A medida que el marqués proferia estas palabras con cierta lentitud solemne, la mirada de la jóven continuaba fija en él obstinadamente, hasta tal punto, que el de Lézaro comenzó á temer realmente tan sombrío silencio.

—Héme aquí pues, señora, continúo, para que si acaso se juzgó libre de mí, sepa que estoy muy dispuesto á consagrarme en un todo á su voluntad.

—No creí yo que á lo infame de su proceder se atreviese usted á unir el sarcasmo, siquiera por decoro propio.

—¿El sarcasmo yo?

—Sí, esa es la palabra.

—Señora....

—¿Qué otro nombre puede tener el venir aquí á hablar de mi voluntad?

—Julia, replicó el marqués con insinuante sonrisa, de tenerla, en usted, de su voluntad depende.

Una palabra suya puede romper el aislamiento en que ahora vive.

—Y esa palabra ¿cuál es? replicó Julia con fria entonacion.

—Esa palabra es amor; esa palabra es aceptar y corresponder á este cariño que voraz se alza en mi alma.

Sí, Julia; ¿á qué ese desvío? ¿á qué una agresion que habrá de sumirnos en la desgracia, cuando pudiéramos ser tan felices?

—Caballero, no prosiga usted.

—¡Julia!

—Mal debe conocerme quien juzga hallar eco en mi alma empleando superficialidades tan ridículas.

¿Usted cree que sus amantes conceptos pueden complementar con fortuna la increible y osada violencia que se atrevió á usar conmigo?

Señor marqués, hasta este momento odiaba á usted con todas las fuerzas de mi alma; ahora hago más, le desprecio con toda la energía de que soy capaz.

—¿Despreciarme?

—Sí, caballero.

—Julia, usted delira, usted no sabe lo que dice ni lo que aventura con esas palabras.

—¿Cómo?

—Señora, por última vez se lo suplico, continuó el de Lézaro esforzándose para manifestar una serenidad que le abandonaba; oiga usted mis palabras, las tiernas súplicas que de mi corazon se exhalan.

Para que mi vida no sea un tormento contínuo, inextinguible, fiero, ¡necesito el calor de su cariño!

¡Yo seré su esclavo, el más rendido amante que pudo soñar!

El amor todo lo salva, todo lo justifica.

Obré mal, lo sé, no puedo desconocerlo; ¿pero qué mujer no sabe perdonar los extravíos á que conduce la pasion?

Yo, que amaba á usted, que la amo cada dia más, con frenesí, con locura, no fuí dueño á contenerme....

¡Usted en brazos de otro!

Nó, no podia ser, y no fué.

¿Tal conducta merece castigo?

Impóngalo usted, no me opongo; pero de ella no culpe sino al amor que me consume.

A esta pasion que vivirá miéntras yo aliente.

—Basta.

—¡Julia!!!

—Oigame usted:

Hubo un dia en que usted, excitado por mi desden, osó desafiarme.

—¡Oh!

—¿Lo recuerda usted?

Yo acepté, porque no podia figurarme nunca que

diese al olvido tan por completo los deberes de la caballerosidad.

No creí que todo un márqués pudiese obrar como el ente más despreciable de la sociedad.

—¡Señora!

—Ni una palabra más.

Entre nosotros no puede existir nunca nada de comun.

Hoy, á despecho del siglo en que vivimos, contra toda razon, ha sabido usted ejercer sobre mí una violencia indigna que nuestras leyes tarde ó temprano sabrán recompensar con un grillete. Use usted de su hazaña miéntras pueda; más por lo que le convenga, no eche en olvido que le odiaria con toda mi alma, si no le despreciase con toda la energía que se encierra aquí dentro.

La atrevida jóven habia dado á sus palabras una entonacion tan desdeñosa y fria, al par que severa, habia en ellas resaltado tan sarcástica ironía, que el marqués sintió en su alma despertarse toda la arrogancia del amor propio herido.

Un pensamiento sanguinario avivó la llama del encono que comenzaba á experimentar.

Durante un momento, en el semblante del marqués brilló algo terrible.

Dos ó tres veces se entreabrieron sus labios para contestar á Julia; pero en vano.

No hallaba, no podia hallar conceptos que cuadrasen á su deseo.

Y efectivamente, aquellas dos almas no habian nacido para verse hermanadas

Cualquier otra mujer en el caso de Julia, habria tembla-

do el provocar las terribles iras de aquel hombre impetuoso y dominador.

Pero esta, por el contrario, sin abandonar la indolente postura en que aquel la encontrara, mirábale con esa indiferencia glacial y grave que es á las veces el mayor de los insultos.

Extraño contraste.

Como consecuencia de la conducta que acababa de observar Julia, hemos dicho que el de Lézaro experimentó la más terrible y dolorosa sensacion, naciendo de ella ardientes y fatídicos deseos de venganza.

Y sin embargo, á la vez, simultáneamente, el amor hácia aquella mujer alzábase en su corazon prepotente y avasallador.

¿Sería acaso que en tan extraño fenómeno se diese una vez más la explicacion de esa tendencia de la mísera humanidad á caminar siempre en sentido contrario al bien, á desear, en fin, todo lo que no nos conviene?

¡Tal vez sería esta la causa!

Ese demonio de nuestra dicha que se llama error, propende siempre á avasallarnos, estrujando nuestra mente con sus infames garras contra el pobre mortal tiene un arma por demás terrible.

La vanidad, el amor propio cubriendo nuestros ojos con una tupida venda, haciendo que aun para nosotros mismos se disminuyan los errores que cometemos, consiguen no pocas veces hasta hacerlos simpáticos.

El corazon y la cabeza son los dos polos opuestos.

La lucha entre uno y otra es eterna.

¡Sentimiento y cálculo!

He aquí el gran problema que trabaja á la humanidad.

¡Bien y mal, expontaneidad y conveniencia!...

El corazon, mejor dicho, lo que el hombre tiene de espiritual, propende siempre al bien.

La cabeza, ó sea el raciocinio, el análisis, funciona casi siempre obedeciendo á un motor impulsivo, al que se sabe resistir muy poco.

Este motor son las pasiones.

La lucha es siempre mortal.

¡Felíz mil veces quien sojuzga á la primera en combate tan porfiado!

¡Desgraciado por toda la eternidad quien no tiene fuerzas para salir triunfante de esa hidra de cien cabezas que se llama soberbia!

¡Amor propio refinado, satisfaccion contínua de un proceder que en el sér humano es deleznable, y que equivocadamente nos conduce de error en error, hasta la última impiedad, hasta el último de todos, que es el desconocer que por cima de nuestra ignorancia y perdurable vida está y se halla el poder eterno, la voluntad de Aquel de quien somos hechura!...

El soberbio es digno de lástima.

¡Pobre loco!

¡Cree que nada hay más alto que él!

Su proceder es eminentemente sacrílego.

Se deifica, por decirlo así, y rinde culto en su alma á una idolatría que cede siempre en menosprecio del que rige los mundos sin esfuerzo alguno y por su omnímoda voluntad.

Pero hagamos alto en nuestras digresiones.

El marqués de Lézaro, ya lo dejamos apuntado, no podia perdonar en su arrogancia aquel desprecio que manifestaba la orgullosa jóven; y sin embargo, tal vez en él mismo se hallaba el fundamento del amor que le profesaba.

Su decoro, mejor dicho, su mismo orgullo, aconsejábale resistir á su influencia.

—Señora, dijo con voz sorda, aunque sin apartarse un punto de las buenas formas; usted no sabe, no puede saber aun hasta qué punto la perjudican sus palabras.

¿Se atreve usted á despreciar, diciéndolo en voz alta, al que es árbitro de su honra y su vida?

Julia, mire usted bien lo que hace y lo que aventura.

Un amor desatentado, loco, me ha hecho olvidar todos los deberes.

Pude adivinar que, esclava usted de su mismo empeño, seguiria negándose á corresponder á mi ardiente pasion; y no hallando sino en la violencia el medio de verla un dia satisfecha, cerré los ojos á toda razon, y decidí confiar á una estrategia, que confieso reprensible, el logro de mis deseos.

Julia, nosotros hemos nacido el uno para el otro, nuestras almas se hallan igualmente templadas; en vano será que usted, obedeciendo á una terquedad funestísima, trate de oponerse á tan venturosa union.

Nada en la tierra puede ser bastante á impedir ó desbaratar mis deseos.

Un rival se cruzó en mi camino, continuó el de Lézaro con vibrante acento, y murió.

Julia, por última vez, si usted quiere la paz, si usted, dando crédito á cuanto digo, quiere conjurar la tormenta

que nos amenaza, con solo una palabra, lo dije ántes, puede lograrlo.

La hija de Olmedo escuchó con glacial indiferencia las palabras del de Lézaro.

Al concluir este, una sonrisa despreciativa brilló en sus labios.

—Vamos, dijo, ¿usted quiere anonadarme con terribles propósitos para el porvenir si continúo insistiendo en mi rotunda negativa? Usted no me conoce bien.

Nada puede sucederme que yo no tenga previsto.

Nada extraño de cuanto usted me ha dicho.

Dignas son las palabras todas que acabo de oir.

Ha podido usted dar muerte al hombre á quien yo amaba; pero óigalo usted bien, señor marqués de Lézaro, jamás podrá lisonjearse de llegar á sucederle.

Quiero suponer lo que no existe, lo que no puede existir, lo que es una quimera, que yo le amase.

Así y todo, sabria aborrecerle con todas las fuerzas de que es capaz mi alma.

—¿Ha concluido usted, señora? replicó el marqués con ademan altanero al par que grave.

—Sí, señor.

—¿Es esa la resolucion de usted, firmísima y consecuente?

—No puede haberla más en armonía con los deseos de mi corazon.

—¡Pues bien, señora! exclamó aquel de nuevo con voz de trueno, todas sus palabras, su última conclusion se adivinaron tambien por mí.

Si de algo de lo que yo hago en mi vida podia ser sen-

tido por mí, hubiera sido el haberme equivocado en este punto.

Afortunadamente, vuelvo á repetir, usted se encarga de hacerme ver que he sido buen profeta.

Este momento compensa cuantas amarguras puedan agobiarme en adelante.

Julia, continuó adelantando un paso más hácia la jóven, usted no me ha hecho justicia; usted no sabe comprenderme.

Es verdad que con usted he parodiado una de esas escenas propias de los tiempos caballerescos; pero usted ignora que he sabido darla el gusto de la época.

La combinacion, continuó con terrible ironía, podrá ofrecer un todo algo prosáico y material; pero era seguir en esto los adelantos del siglo, y no he vacilado.

La triste hazaña que realicé, ha parecido á usted vulgar y gastada, pero sus consecuencias la serán funestas.

Vuelvo á repetirlo; el concepto que la merezco es muy inferior á la realidad.

¿Cómo querrá usted creer que su buen padre don Patricio Olmedo me profesa el más entrañable afecto?

Julia, que al pronunciar el nombre de su padre habíase incorporado cediendo á un extraño recelo, al oir estas palabras sonrió con sarcástico y despreciativo desden.

—¡Oh! no sonria usted aun, exclamó el marqués casi con feroz energía; termino con esta otra novedad, que es algo más importante que la primera.

Julia, comprendiendo yo, segun he tenido el gusto de decirla, que jamás habria usted de acceder á llamarse esposa mia, ya que no se realice union tan íntima, he querido por

lo ménos buscar otro medio, formar parentesco de cualquier modo y á cualquier precio.

Así pues, no pudiendo ser amantes esposos, me dije, seremos simpáticos cuñados.

Su hermana de usted, Amparo, flor purísima, niña candorosa y obediente, se avino de buen grado á mis deseos.

Excuso decir á usted que á tan felíz resultado influyó principalmente el buen afecto que, como ya he dicho, me profesa don Patricio.

A los pocos dias mis proyectos se convirtieron en realidad.

Su hermana de usted era mi esposa ante Dios y ante los hombres.

El marqués de Lézaro, apénas terminó su sarcástico relato, guardó silencio mirando á Julia con expresion triunfante.

El golpe no podia ser más certero.

La hermosa jóven, á pesar de su altivez, del dominio que sobre sí tenia, no pudo ménos de sentir en el corazon los efectos de tal infamia.

A medida que el de Lézaro avanzaba en su narracion, habíase ido borrando en aquella la sardónica expresion de su rostro, cediendo el puesto á una ansiedad visible, que llegó al más alto grado desde que el marqués pronunció el nombre de su hermana.

Maquinalmente, apoyándose en el extremo del divan que ocupaba, habíase ido incorporando, cual si se sintiera atraida, á pesar suyo, por una vision aterradora.

Cuando el de Lézaro terminó, Julia aun le miraba con ojos extraviados, cual si no hubieran dejado de resonar en su oido tan terribles palabras.

¡Por allí es la salida!...

Un momento despues, cual si la percepcion de ellas acabara de hacerse sensible en el alma, dió un grito terrible, y llevando ambas manos á su pecho, como si de él quisiera arrancar el puñal que la habia herido, cayó desplomada sobre el divan.

El marqués, que no esperaba semejante solucion, se asustó de su misma obra; casi conmovido y anhelante precipitóse hácia la jóven, y tomó entre las suyas una de sus manos.

Un estremecimiento galvánico agitó el cuerpo de Julia.

El marqués, con aquella accion ejecutada casi maquinalmente, habia hallado el remedio más activo para hacer volver de su parasismo á la hija de Olmedo.

—¡Atrás, miserable! exclamó la jóven irguiéndose majestuosa y rechazando al marqués con enérgico ademan.

Con efecto, continuó lanzando rayos de ira de sus hermosos ojos, ¡no podia presumir que fuera usted capaz de tan miserables infamias, de tanta vileza!

Miéntras llega la hora de mi venganza, que llegará, no lo dude usted, yo le arrojo á la cara su ignominia, yo le desprecio tanto como le odio.

¡Infame verdugo! ¡salga usted de aquí en el momento!

Nada más tengo que decirle; no quiero escucharle.

El marqués de Lézaro palideció terriblemente.

Los ademanes, la voz, la entonacion de Julia eran de tal índole, encerraban tan fiera amenaza, tanto desprecio, que aquel sintió tambien en su corazon agitarse los gérmenes de sus fieros instintos.

Por fin cedió.

Tal escena no podia en modo alguno prolongarse.

Con lento paso atravesó el gabinete, y una vez junto á la puerta, exclamó inclinándose ceremoniosamente:

—¡Señora, hasta la vista!

En seguida, sin esperar respuesta, con la misma lentitud, abandonó la estancia cerrando tras sí sin ruido alguno.

Julia no le contestó.

Fijos en él los ojos, con la misma actitud que tomara desde el principio, con la misma altanera expresion, permaneció hasta que le vió salir.

Cuando quedó sola, alzó la cabeza y con un ademan parecido al que debió escoger el ángel caido al protestar soberbio contra el Hacedor, exclamó con vibrante acento:

¡Padre, hermana mia, os vengaré!!!....

CAPITULO VIII.

Un diplomático de chaqueta.

Volvamos á casa de Armanda, la mujer de Gregorio Estebanez, al dia siguiente de sus inútiles pesquisas á la calle del Barquillo.

Serian las once de la mañana, poco más ó ménos, cuando la jóven, saliendo de su dormitorio, se dirigió al gabinete para llamar á su doncella.

Armanda habia pasado una noche terrible.

Su rostro lo denunciaba así desde luego.

El recuerdo de su hijo no la abandonó un momento.

¡La esposa criminal y perjura, era madre!

Pensando en su tranquila felicidad, perdida sin duda alguna para siempre, creia hallarla de nuevo realizada si lograba tener junto á sí al hijo de sus entrañas.

¡Ocultar la vergüenza tras el cariño de aquel pedazo de su alma!

¡Fatal error!

Nueva manifestacion de un egoismo cándido, siquiera fuese algo justificado.

¿Qué pensaria encontrar Armanda tras escudo tan inocente?

—¿El reposo perdido, el fin de sus remordimientos?

¡Nó, de ningun modo!

La realizacion de semejante deseo traeria consigo un nuevo delito y un aumento á su falta.

Robó á su esposo el honor, la dicha posible aquí abajo, y sin embargo iba á completar su infamia robándole el hijo, el único consuelo que restaba á su eterna desgracia.

No parece sino que una vez en la senda del mal, propende la criatura á ahogar su falta con el estruendo de otra nueva.

Que hay una mano invisible, una fuerza oculta y fatídica que la empuja por aquella.

La conciencia es el umbral de la expiacion, el fondo lúgubre y sombrío en que comienza á refractarse el castigo de nuestras faltas.

¡Juez severo, aunque invisible, que dicta airado su sentencia, que la recuerda y anatematiza á cada instante, que la condena siempre despiadado!

La senda del mal, camino es de rápida pendiente.

¡Cuesta empinada, cuyo descenso es dulce, maquinal, brevísimo!

Quien en él se aventura, difícil es que pueda detenerse, una vez emprendido.

Armanda comenzaba ya á ser desgraciada.

Cuando salió del gabinete dirigióse con febril agitacion

al llamador de la campanilla, é iba ya á hacerla vibrar, cuando se abrió la puerta del gabinete dando paso á su doncella.

—Señorita.

—¡Ah! ¿eres tú? iba á llamarte.

—Pues bien, he entrado porque fuera hay un hombre de bastante mala facha, que se empeña en ver á usted, diciendo que es muy importante el asunto que le trae á esta casa.

Armanda experimentó una emocion singular, un presentimiento extraño.

Creyó al punto que aquella visita se relacionaba con su hijo, y no vaciló un momento en penetrar los designios del que acababa de anunciarse.

—Hazle que pase inmediatamente, y no te presentes aquí hasta que yo llame.

La doncella se retiró.

Iba á cumplir la órden recibida.

Armanda dejóse caer en un sofá, y esperó trémula y agitada.

Momentos despues abríase de nuevo la puerta, y apareció ante la jóven la repugnante figura de Sebastian, el dueño de la casa de la calle del Barquillo.

Los dos se hallaban solos.

La doncella, despues de guiarle, habíase retirado cerrando la puerta.

—Me han dicho que venía usted á hablarme con mucha insistencia, dijo Armanda examinando con prolija atencion al hombre que tenia delante.

—Sí, señora, así es la verdad, exclamó Sebastian dando

vueltas al sombrero entre sus manos y con cierto aire de fingida candidez.

—Y bien, ya escucho á usted, ¿qué tiene que decirme?

—Señora, yo vivo en la calle del Barquillo.

—¡Ah!

—Y he sabido que anoche estuvo usted allí en busca mia. Siento extraordinariamente no haberme hallado en casa, y hoy me ha faltado tiempo para presentarme aquí y ver en qué puedo ser útil.

—Y usted, ¿cómo ha sabido...

—¡Báh! señora, ¿acerté ó nó?

—Eso sí.

—Pues entónces....

—¿Y se figura usted para qué iba á buscarle?

—Ya lo creo.

—¿De veras?

—Sí; primero estuvo el señorito, y como no salió muy satisfecho de nuestra entrevista, me figuré lo que despues ha sucedido.

—Pero bien, usted habrá calculado que me llevaria á su casa la misma razon que llevó al señorito.

—Es verdad.

—Y que si él fué desgraciado, lo mismo poco más ó ménos lo habré de ser yo.

—Eso....

—¿Qué?

—Segun y conforme.

—¡Hola!

—¿Quién le dice á usted que no pueda darse un éxito distinto entre uno y otro?

Sebastian habia dicho estas palabras con tal intencion que Armanda no pudo ménos de dar entrada en su pecho á la esperanza.

Sin ser dueña á contenerse, exclamó:

—¡Oh! dígame usted, quiero saberlo todo.

El encargado de ir á Barcelona, ¿fué usted?

—Sí, señora.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—Dijo usted al señorito que el resultado de su comision fué infructuoso.

—Es verdad.

—Entónces....

—¿Qué?

—Habiéndose perdido todo, continuó Armanda con desaliento, no alcanzó....

—¿Y quién dice á usted eso? se apresuró á añadir Sebastian.

—A ver....

—Una cosa es que al señorito se le diese una mala noticia, y otra que pueden existir medios que deshagan el primer resultado.

—¿Es decir.... que á mí va usted á manifestarme otra cosa?

—Sí, señora.

—¿Por qué?

—Eso no es del caso, replicó Sebastian con el mayor cinismo.

—¿Y qué diferencia encuentra usted entre el uno y el otro?

—¡Pchs! caprichos; no digo yo que tenga razon, pero me lo propuse, y así se hizo.

—Pues bien, exclamó Armanda impaciente, dígame usted todo lo que quiera, ya le escucho.

—Mire usted, señora, prefiero otra cosa.

—¿Qué?

—Iré contestando segun se me pregunte.

—Pero....

—Qué quiere usted, tal vez sea una manía.

—¡Ya!

Armanda tuvo que dominar los impulsos de su corazon.

A no ser por el fuerte motivo que le impulsaba á escuchar á aquel hombre, de seguro que no lo habria tolerado un momento más.

El sarcasmo era manejado por él de un modo, que Armanda se sintió herida.

Sebastian era cínico hasta dejarlo de sobra.

—Hay cosas, señora, continuó este, que no pueden decirse á un hombre lo mismo que á una mujer.

No se entiende uno tan fácilmente.

Si usted quiere saber, si tiene interés en ello, vaya preguntando, que me da el corazon que llegaremos á entendernos.

—Pues bien, sea.

¿Dijo ántes que habia ido á Barcelona?

—Sí, señora, nada más cierto.

—Y que el resultado....

—¿Qué?

—Habia sido fatal.

—Sí, es verdad que lo dije.

—Pero no es cierto, ¿éh?

¡Oh, dígame usted que no es cierto!

—Señora, pues lo digo; no quiero yo ver triste esa cara, contestó Sebastian con una sonrisa extraña.

—¿Será posible?

—Como usted lo oye.

—¿De modo que el resultado....

—Fué el que tenia que ser.

—¿Cómo?

—¡Justamente, señora! Yo no emprendo un negocio sin estudiarle ántes. Ví que podia fracasar si no tomaba y ponia en juego todas las precauciones, y se pusieron.

—Y el resultado fué.... continuó Armanda con creciente inquietud....

—Que no fracasó.

—¡Oh! ¡gracias, Dios mio, gracias!

Sebastian oyó esta exclamacion de alegría de la jóven, sin menearse, sin hacer un gesto.

Su inmovilidad y silencio protestaban de aquella expansion para él desconocida.

Sebastian entendia de ternura lo mismo que de lo que pasaba en el otro mundo.

—De manera que mi hijo ¿dónde está?

—Supongo que en Madrid.

—¿Supongo dice usted?

—Sí, señora.

—Pero de Barcelona ¿no salió con usted?

—Desde luego.

—Entónces....

—Señora, ahí verá usted.

—¡Oh Dios mio! yo me confundo.

—No sé qué quiere usted decirme.

Me explicaré más claro.

Tuve la suerte, es verdad, de sacarle de allí sin el menor tropiezo.

Luego, en fin, desgracias que suceden, me lo han robado.

—¡Dios eterno!!

—No hay que alarmarse, que puede parecer; es más, parecerá si usted quiere.

—¿Cómo si yo quiero? prorumpió Armanda con enérgica exaltacion.

¿Puedo desear otra cosa?

—Bien; es que le diré á usted.... hay dificultades que vencer.

—¡Oh! sean las que quieran.

—Es que son difíciles.

—Hable usted.

—El padre del niño está en Madrid.

—¡Cielo santo!

—Señora, era natural.

Este es el pozo al que viene á parar casi todo lo que se pierde.

Ese caballero, además de que tiene mucho dinero, quiere á su hijo, como es muy natural.

Con tales elementos, revolverá cielo y tierra, y de seguro aquel en cuyo poder se encuentre el niño, se hará pagar el hallazgo, pero en forma.

Esta es la cuestion.

El que dé más, saldrá triunfante.

Armanda se sintió horrorizada.

El cinismo de Sebastian no podia ir más allá.

Veia claro que aquel hombre queria sacar partido de su situacion.

Una idea asaltó su mente, y trató al punto de ponerla por obra.

—He escuchado á usted hasta el fin, exclamó con severa actitud, para asegurarme por completo de sus intenciones. ¿Usted cree que yo soy una infeliz mujer, que ocupada no más con la idea de la posesion de ese hijo, ofrezco las mayores seguridades de que se puede abusar de mí hasta el punto que lo intenta?

¿Usted no sabe que puedo hallar la manera de castigar su infamia, haciendo que la purgue en un encierro?

—¡Ay, señora! replicó Sebastian con la más perfecta calma; ¡cuánto siento que así comencemos á apartarnos del buen camino!

—¿Qué dice usted?

—La verdad, señora.

El recurso á que usted apela, créame, no ha de producir resultados.

—Pues bien, lo veremos, exclamó Armanda trémula de indignacion ante la estóica gravedad de aquel hombre.

—¿Es eso lo que usted decide?

—Sí.

—Pues bien; adios, señora.

¡Ah! exclamó despues de haber dado dos pasos hácia la puerta, quiero ser generoso y haré á usted una prevencion importante.

—¿Qué?

—Poca cosa, señora, y por lo visto nada grave.

Si quisiera usted continuar buscando al niño, para encontrarle, no tiene usted más que averiguar el paradero del señor Estebanez.

En su poder se hallará dentro de muy poco.

Apénas dijo estas palabras, dió media vuelta y con tranquilo paso se dirigió á la salida.

Armanda comprendió que aquel hombre era capaz de todo, y que nada podrian contra él sus amenazas; así que, alzándose veloz del sillon que ocupaba, exclamó con voz agitada:

—Un momento.

—¿Me necesita usted? contestó Sebastian.

—¡Oh, sí! vuelva usted y hablemos.

—Estoy á sus órdenes.

—Vamos á ver, ¿qué desea usted para traerme el niño?

—Yo, nada, señora.

—¿Cómo?

—Absolutamente.

—Entónces no me explico...

—El que desea es el que le tiene en su poder, contestó Sebastian con la más perfecta calma.

Armanda se sintió poseida de un vértigo.

Con los ojos hubiera exterminado á Sebastian.

Comprendia toda su horrible trama.

—Bien, pero al ménos, continuó esforzándose para parecer serena, habrá dicho á usted cuáles son sus exigencias.

—¡Oh! eso sí.

—Dígalas usted.

—Entregará el niño mediante la cantidad de doscientos mil reales.

Esta es su voluntad.

La jóven sintió una angustia indecible.

Ricardo estaba arruinado casi completamente.

El aspecto sombrío, pálido y demacrado de Sebastian, hacía comprender á Armanda que en aquel hombre solo se encerraba una sed de oro insaciable.

Sus tormentos eran horribles.

¡Pobre mujer!

De buena gana hubiera intentado el último recurso.

¡Regatear el precio que la exigian por su hijo!

Tal proposicion, de seguro no habria dado fruto.

Además, la altivez de la jóven se rebelaba contra este medio.

Armanda quiso por lo ménos ganar tiempo.

La mujer siempre confia en los esfuerzos de su imaginacion.

Meditó un momento, y exclamó en voz alta:

—Muy bien, acepto esas proposiciones.

En los ojos de Sebastian brilló un rayo de alegría que se extinguió en el momento.

—Entónces, señora, dijo, usted me dirá cuándo se halla dispuesta á que se verifique el cambio.

—No puede ser hasta mañana.

—¿La hora?

—La misma de hoy.

—Está muy bien.

Sebastian hizo un movimiento como para retirarse.

Armanda se apresuró á añadir:

—¡Una palabra!

—Diga usted, señora.

—Quisiera merecerle un favor.

—Estoy á sus órdenes.

—¿Sabe usted dónde vive Estebanez?

—Nó, señora.

—¡Oh!

—Pero lo sabré si usted quiere.

—¿De veras? exclamó Armanda llena de alegría.

—Antes de una hora tendrá usted aquí las señas.

—¡Oh, gracias!

—Las mandaré por escrito.

¿Desea usted algo más?

—Nada, rogarle que no olvide su ofrecimiento.

—De ningun modo.

Señora, usted lo pase bien, y hasta mañana.

—Adios. Las señas de Estebanez.

—En seguida se hallarán en su poder.

Diciendo así, Sebastian hizo una especie de reverencia, y salió del gabinete.

CAPITULO IX.

Un amor edificante.

No habia aun llegado Sebastian á la puerta de la calle, cuando Ricardo penetró en el gabinete de su amada.

—Me alegro que vengas, exclamó la jóven, porque iba á llamarte ahora mismo.

Ricardo miró á su amada con atencion.

Le habia chocado la manera con que le dirigió las anteriores palabras.

—¿Qué tienes? exclamó al ver la palidez de su rostro y el ceño que fruncia sus lindas cejas.

—Oye y juzga.

Ya pareció mi hijo.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y cómo has sabido....

—Acaba de marchar de aquí Sebastian.

—¿Y cómo no le trajo?

—¡Ah! porque ántes, continuó Armanda con expresion

dolorosa, era menester que acordásemos á qué precio me será entregado.

—¿Y qué exige?

—Doscientos mil reales.

Ricardo retrocedió como si hubiera pisado una víbora.

—¡Ah infame! murmuró con voz sorda.

—¿Te parece mucho lo que pide? dijo Armanda con singular lentitud y fijeza.

—¡Una locura, un imposible!

—¿Es decir que no tenemos esa cantidad?

—Ni la décima parte.

—Pues no sabes lo mejor.

—¿Qué? dijo Ricardo, asustado ante la fingida calma de su amada.

—Que mañana á estas horas se hallarán aquí por ese dinero.

—¿Pero en virtud de qué....

—En virtud de que yo lo he dispuesto así.

—¿Pero no sabes....

—Solo sé que mi hijo está en poder de ese hombre. Que mi corazon, al que nada abate, al que nada doblega, tiembla angustiado y sus latidos rompen mi pecho; porque ese hombre, Ricardo, es capaz de todo, hasta de matar al hijo de mi alma ántes que devolvérmele si no le damos en cambio ese dinero.

¿Quieres que yo, que una madre, no lo arrostre todo, no lo acometa todo por su hijo?

¡Ricardo! Le he citado para mañana, y tendrá su dinero.

¡De un brasero ardiendo, del mismo infierno, le sacaria yo para dárselo!

—¡Pero Armanda!...

—Esa es mi resolucion.

—Que no tendrá el resultado que deseas.

¿Cómo quieres, aun suponiendo la mayor actividad, que pudiera realizarse tal milagro?

—Ricardo, es forzoso, ha de ser, y será.

Hubo un instante de silencio.

La hermosa jóven habíase dejado caer en el sofá, ocultando la frente entre sus manos.

Ricardo paseaba con agitacion.

Veia la tempestad cernerse sobre él, y temblaba por sus consecuencias.

De pronto se detuvo.

Una sonrisa de esperanza iluminó su rostro.

—¡Qué ciegos somos, querida Armanda! dijo adelantando hácia la jóven.

Nuestra situacion no es tan apurada como has creido.

—¿Qué dices? exclamó aquella, sorprendida ante tan súbito é inesperado cambio.

—Vamos á ver, suponte tú que mañana estuviese el dinero dispuesto.

—¿Qué?

—Hablamos en hipótesis.

—Bien, acaba.

—¿Qué crees tú que haria ese hombre?

—¡Ah!

—Contentarse con cualquier cosa; con lo se le dé, si me apuras.

Para esa clase de gentes, un depósito de tal naturaleza es un estorbo grandísimo.

¿Que podia matarle?

Otro error, Armanda.

Esos hombres eluden cuanto pueden el compromiso de matar.

No gastan inútilmente el filo de su navaja.

¿Qué le reportaria de ello?

Desengáñate; mañana le recibo yo, y verás cómo nos entendemos perfectamente y conforme á lo que deseas.

—¿Y era eso todo?

—¿No te parece....

—¡Escucha! ¡Mi marido está en Madrid!

Ricardo palideció.

Hizo, no obstante, un esfuerzo supremo, y exclamó con tranquilo acento:

—Eso era natural, y no debe sorprendernos.

Pero ¿cómo has sabido....

—Ese hombre es el que me lo ha dicho.

¿Comprendes ahora?

Si mañana no se le satisface, irá á mi marido. ¡Una subasta de nueva especie!

Ya lo ves, Ricardo; la situacion no puede ser más crítica y difícil.

No hay más remedio que satisfacer mañana á ese hombre.

—Pues bien, vuelvo á decírtelo, Armanda; á pesar de todo, aun comprendiendo esa necesidad, no podrás conseguir lo que te propones.

—¿Nó?

—Siento decírtelo.

—Pues bien, Ricardo, óyeme, y no olvides mis palabras,

prorumpió la mujer de Estebanez con soberano ademan.

Una vez he faltado á mis deberes. La sociedad debe repudiarme, y yo sé, yo presiento que llegará dia en que me señalen con el dedo.

Que yo trate de esforzarme en hacerte ver que hay algo seco y vacío aquí, dentro de mi alma, desde tal instante, será del todo inútil.

¿Y sabes por qué? porque, digan lo que quieran, la mujer que llegó á faltar, la mujer que no tuvo inconveniente en ponerse en lucha abierta con la moral y el deber, siente, aunque lo calle, el peso de su falta.

Lucha terrible, Ricardo, porque es desigual, y sus resultados siempre han de ser funestos para aquella.

Yo lo conozco, y en vano será que tú trates de hacerme ver lo contrario.

Aunque no sea mas que por el desprecio que esa misma sociedad lanza sobre mí, he de sentirlo con toda el alma, lo han de sentir cuantas se encuentren en mi caso.

Tal vez no creerias que semejantes observaciones hubieran acudido á mi mente.

Si tal fué, te equivocaste.

Si ahora las invoco, no es en modo alguno para hacerme interesante á tus ojos con doloridas frases, muy léjos de eso; solo es para hacerte ver que en la situacion en que se encuentra mi alma, ante la perspectiva que se me ofrece, solo encuentro un lenitivo que me consuele; este es la presencia de mi hijo.

Hago mal, lo sé; conozco que con un nuevo crímen quiero aligerar mi pecho del que le conturba y oprime; pero no importa, no tengo valor para resistir á él, y ciega

y desesperada le acojo, aun cuando sepa que cedo á un frio egoismo.

Ricardo, mañana tendré á mi hijo, ó de lo contrario, óyelo bien, nos separamos para siempre.

Armanda habia pronunciado estas palabras con creciente exaltacion, con rabiosa energía.

El fuego terrible que irradiaba de sus ojos, penetró hasta lo más escondido del alma de Ricardo.

Habia escuchado su relato casi con respetuosa atencion, y las últimas frases de amenaza le hicieron estremecer.

Sin embargo, permaneció en silencio.

No acertaba á hallar palabras con que contestar á su amada, cuando estas habian de mostrar siempre la misma imposibilidad para satisfacerla.

Armanda esperaba, no obstante, una contestacion.

—Vamos á ver, espero una respuesta de tus labios.

Ricardo se detuvo, miró á la jóven un momento, y exclamó con triste entonacion:

—Armanda, tú lo sabes, no tengo más voluntad que la tuya ni deseo otra cosa que satisfacerla siempre.

Todo lo que dices es verdad, todo terriblemente cierto.

Pero á la luz de la razon, pensando friamente, es como te suplico que atiendas mis palabras.

No tengo dinero; cuanto poseo, se halla afecto al pago de créditos adquiridos.

¿Crees tú que teniéndolo, que aun á costa de los mayores sacrificios, no habia de procurar satisfacerte?

Un solo recurso me queda, pero harto insignificante.

Ahora mismo voy á intentarle.

Armanda, ayúdame; las mujeres teneis más recursos de imaginacion.

Mi estado bien le conoces. Manda y obedeceré.

—¿Dices que aun te queda un recurso? empléalo.

Miéntras tanto, accederé á tu deseo.

Si el éxito del paso que vas á dar fuera infructuoso, mucho será que no me haya ocurrido algo que ayude á nuestros propósitos.

Pero de cualquier modo no olvides mi irrevocable determinacion.

Si mañana no puedo comprar el derecho de que mi hijo viva aquí, junto á nosotros, no olvides que los lazos que nos unen habrán de destruirse para siempre.

Ricardo nada contestó.

En su rostro brillaba la decision heróica de luchar hasta el fin.

Estrechó con energía la mano de la jóven, y sin hablar palabra, ébrio y calenturiento, salió del gabinete.

Siguióle Armanda con la vista, hasta que desapareció, cerrando tras sí la puerta.

Un desden doloroso se pintaba en sus facciones.

¿Habia pasion en el alma de aquella mujer?

Pregunta es esta no poco trascendental.

Para contestarla, fuerza es recoger nuestro espíritu y meditar con calma.

A grandes rasgos, en cuatro palabras, vamos á sondar lo que en general se encierra en el alma de la adúltera, de la que se atrevió un dia á perjurar.

De la que alzándose en alas del vicio, osó altiva y soberbia borrar la fé prometida ante los altares.

Condensemos nuestra tarea.

De buena gana, y al tratar este punto, con toda el alma dejaríamos volar la pluma, y sin cansarnos protestaríamos siempre, y sin tregua contra ese gérmen ponzoñoso que vive y alienta en el seno de nuestra sociedad.

Sin embargo, los deberes del novelista nos lo impiden.

Fuerza será, pues, que aun á despecho de nuestros deseos, seamos parcos al formular tan justo anatema.

¡Adulterio!!!

He aquí una palabra que merece un libro.

No entremos, tratándose de la mujer, en las causas que lo promueven; porque estas en último caso solo nos servirian para atenuarlas en algo, aunque en muy poco, ó para añadir contra él razones de mayor peso y trascendencia.

Fijémonos en la mujer, despues de consumado su crímen, y regla general, sea cual fuere la clase de la sociedad á que pertenezca.

No me deis un alma viciada por el ejemplo desde los más tiernos años, porque entónces, al obrar mal, al echarse en brazos del vicio, obedece desgraciadamente á una fuerza ineludible.

La atmósfera que respira, siendo mefítica, ha de alentar y promover resultados siempre perniciosos.

Los séres que se hallen en tan triste caso, los consideramos fuera de la jurisdiccion del que piense y anatematice en nombre de sus hermanos.

Refirámonos aquí, afortunadamente para la humanidad, á los casos excepcionales.

¡Porque la virtud es, porque la virtud existe!

A despecho de la calumnia, pese á esos detractores que

en la sociedad bullen y se agitan como plantas parásitas, y á los que conocemos, no sé por qué, con el nombre de calaveras, la gran familia humana propende al bien, y la ilustracion y las ideas religiosas hacen germinar en ella frutos de bendicion y de consuelo.

El mal existe, no podemos negarlo.

Las malas pasiones alzan siempre su cabeza de víbora, y allí donde pueden, derraman su ponzoña.

Pero la virtud es, volvemos á repetirlo.

Los santos lazos de la familia encadenan dulcemente á los hijos de Dios, y los trabajos de la triste vida se hacen así más llevaderos.

¡Ellos derrumban ambiciones insensatas, ellos enfrenan la soberbia del hombre, esa enfermedad que arrojó sobre el mundo, en su caida, el ángel de las tinieblas!

¡Tengo hijos!!

He aquí el sagrado talisman que nos contiene, la dulce barrera que solo la insensatez más digna de lástima es fuerte á traspasar.

¡Horror al excéptico y al descreido! ¡execracion profunda al que solo mira en sus semejantes, armas dispuestas para el mal ó elementos á él subordinados para saciar sus pasiones!

La hidra del vicio existe, sí, ¿á qué negarlo? pero cada vez vacilando más, y á medida que la ilustracion verdadera avanza y extiende su influencia, aquella pierde terreno y se modifica, haciéndose por consiguiente ménos peligrosa.

¡Bendita sea la obra del hombre, porque á pesar de las simas que viene salvando desde que el mundo ha sido, por-

que á pesar de los errores con su numerosa cohorte de vicios y de pecados, marcha impávida y serena á su perfeccionamiento, en cuanto es permitido á la humana pequeñez! Todos venimos obligados á abogar con nuestras escasas fuerzas, á lanzar un extigma decidido y enérgico contra lo que se oponga á tan santa tarea.

No una, sino mil veces, echemos mano de toda la indignacion de nuestra alma para hacer despreciable el vicio presentándole con sus verdaderos colores.

Y aquí se nos ocurre, sin que por la misma razon dejemos de reiterarlo, á pesar de que se ha dicho muchas veces, y por la mejor de las autoridades, que es la emanada del talento, que la novela debe instruir y deleitar, y que de ella debe alzarse enhiesta y preponente la más sana moral y los principios bien entendidos de fraternidad religiosa.

A este fin deben tender siempre los esfuerzos del que escribe para que otros lean; tal es lo solemne y trascendental de su mision.

Que el novelista considere el mundo en su propia familia. Si es padre, que escriba con la idea de sus hijos en la mente.

La crítica podrá tildar sus obras, considerándolas literariamente; pero en cambio, si tal hizo, si en todas ellas presidió el santo egoismo del padre para sus hijos, el que las lea las hará suyas, y algo habrá conseguido el autor más beneficioso que proporcionar horas de recreo y pasatiempo.

Armanda es un tipo, fijémonos en él.

Descendiendo de generalidades, estudiemos cómo y por qué debe obrar.

Armanda olvidó sus deberes, y semejante recuerdo la seguia tenaz dia y noche como vision fantástica é impalpable.

Fenómeno psicológico.

Todo el que causa á otro un daño grave, le odia con toda la fuerza de su mal instinto.

¿Será por lo que de él se tema en justa reciprocidad?

Creemos que no estriba en tal cosa, en la mayor parte de los casos.

Creemos que semejante odio, es á la conciencia, personificada en aquel á quien se elige por víctima.

La conciencia existe siempre en contínua vigilia.

Podrá á las veces y en excepcionales casos, esconderse tras una capa de insensibilidad, tan densa, que su voz severa no precipite ni por un momento los latidos de un corazon frio y depravado.

De tales casos no tratamos aquí, volvemos á repetirlo.

El desgraciado que jamás pudo apreciar las dulzuras de la familia; el que fué tan infeliz que no sintió caer sobre su alma el blando rocío de la educacion y de las máximas cristianas, es un miembro herido de la sociedad, á quien no se pueden exigir los servicios del que esté sano, y acerca del cual no nos cumple otra cosa que atraerle con el ejemplo y la doctrina, y compadecerle.

Armanda, obedeciendo al fenómeno enunciado ántes, odiaba á Estebanez, y tal odio, haciéndose en ella vida propia, venía á reflejarse en primer término sobre Ricardo Dominguez.

La altivez de Armanda era su principal miseria, la señora absoluta que reinaba en su alma.

Despues de cometida la falta, su buen juicio hízola com-

prender que tarde ó temprano, que más ó ménos pronto, veria ante sí al esposo ofendido, y que cuando la preguntase qué habia hecho de su virtud, de la honra que en ella depositó, no sabria qué contestarle.

Tal idea, enseñoreándose en su imaginacion, la decidió á aislarse cada vez más, creyendo que con añadir á la primera falta la más terrible aun de arrebatar el hijo á aquel padre desgraciado, habia hecho del todo inaccesible la distancia que de él le separaba.

Armanda, que como casi todas las desgraciadas que obran como ella obró, sienten en la soledad el crimen cometido, consideró con espanto la enormidad de su falta, y al ver escrito sobre su frente el padron ignominioso, el anatema que la sociedad lanza sobre las que olvidan lo que el honor y los deberes exigen, entróse de lleno en la única senda que el mal abria ante su paso.

Colocóse frente á esa misma sociedad y en impotente lucha con ella.

Los resultados no necesitan adivinarse, siempre son los mismos.

Al perder el alma hasta el último átomo de ternura y de propension al bien, el cuerpo camina en perfecta homogeneidad, hasta que una temprana muerte ó una vejez asquerosa vienen á plantar el último sello en la postrer página de su amarga historia.

Armanda no podia apartarse de la regla general, de la lógica inflexible.

Odiaba ya á la sociedad, odiaba á su marido, y junto á sí tenia como perenne y vivo recuerdo, como el mayor de sus castigos, á Ricardo Dominguez.

Comprendiendo que este, á pesar del esclavizado amor que la profesaba, podia no reunir el precio exigido por Sebastian, comenzó á preparar en su mente la manera de vencer á su marido.

Se recogió en sí misma, y meditó....

CAPITULO X.

Otra vez los dos hermanos.

Minutos ántes de recibir Armanda la visita de Sebastian, este se habia despedido de su hermano en la Puerta del Sol, quedando en reunirse allí de nuevo al poco rato.

Eugenio se entró decididamente en las Peninsulares, y en el piso principal preguntó á uno de los camareros cuál era la habitacion ocupada por don Gregorio Estebanez.

Guióle aquel hasta una extensa antesala, y pasó á anunciar al huésped la visita.

Cuando entró el criado en el gabinete que ocupaba Estebanez, este, ya vestido, se disponia á salir.

Simpática era por demás la figura del esposo de Armanda.

Aun cuando su edad no excederia de los cuarenta años, echábase de ver en aquel semblante, entristecido á la sazon, que la huella del vicio no habia dejado en él sus tristes señales.

Al oir que le buscaban, dejó el sombrero que ya tenía en la mano, y dió órden de que pasase quien fuera.

El criado salió.

Un momento despues, el hermano de Sebastian se hallaba ante Estebanez.

Aun cuando el aspecto del recien venido no era nada simpático, el esposo de Armanda hízole tomar asiento, y ocupando otra silla frente á él, exclamó:

—¿En qué puedo servir á usted?

—Va usted á oir lo que me trae á su presencia.

Estebanez, con un ademan, le indicó que podia comenzar.

—Empezaré por decir á usted, continuó Eugenio con cierta grave lentitud, que yo he sido causa de su viaje á Madrid.

Al oir esto, palideció el semblante del honrado Estebanez, y se apresuró á exclamar con angustiosa entonacion:

—¿De veras ha sido usted?

—Sí, señor.

—¿Luego sabe el paradero de mi hijo? continuó arrasados sus ojos en lágrimas. ¿Dónde está? dígalo usted pronto, y pídame cuanto quiera.

—Poco á poco, señor don Gregorio, ya llegaremos á eso.

—Pero....

—Tranquilícese usted, que le aseguro no se ha de perder tiempo.

El que le arrebató ese hijo que tanto quiere, ha sabido comprender sin duda la ganancia que le puede valer la restitucion, y toma las mayores precauciones para que no se malogre su negocio.

Yo tuve la suerte de cogerle, como se suele decir, con las manos en la masa, es decir, con el niño de usted.... y con un poco, aunque no mucho, de franqueza por su parte, y un bastante más de maña por la mia, me enteré de todo y hasta conseguí ser nombrado para intervenir entre ustedes dos en el arreglo que solicitan.

—¡Y bien!... exclamó impaciente Estebanez, ¿cuál es el precio que solicita? hable usted, ¿cuáles son sus condiciones?

—Antes de nada voy á cumplir una obligacion de conciencia, replicó Eugenio con sin igual hipocresía.

Para su tranquilidad de usted debo decirle, que el niño está tratado á cuerpo de rey, y se halla en poder de mujeres de buenos sentimientos, que ya sabe usted entienden á las mil maravillas el inspirar confianza á las criaturas.

Ahora paso á satisfacer su última pregunta, pero al hacerlo me veo en la necesidad de darle una mala noticia.

Su mujer de usted sabe el triste acontecimiento que le trajo á Madrid, y se ha apresurado á ofrecer una fuerte suma en cambio de su hijo.

Estebanez, al escuchar estas palabras, dichas por Eugenio con la más perfecta naturalidad, sintióse desfallecer, no ante la idea de aquel antagonismo no presumido, que en último caso le importaba muy poco, sino simplemente por el inopinado recuerdo de la que era causa de sus infinitas amarguras.

Alma noble y buena, casi sintió por Armanda que así fuese conocida su inícua y culpable conducta.

—Bien, yo daré siempre más; pero terminemos de una vez conversacion tan enojosa y pacto tan especial, replicó con amarga sonrisa.

—Pues como iba diciendo, la señora ofrece entregar mañana mismo doscientos mil reales.

—¡Ah! pues cuente usted que yo daré trescientos.

—¿Decididamente?

—Sí, señor.

—Vaya, pues siendo así, pasaré á especificar la forma de la entrega, y le diré la hora en que ha de hacerse.

—¡Oh! y qué, ¿no puede ser al momento?

—Nó, señor.

—¿Y por qué?

—Por una razon muy sencilla; el niño no está en Madrid, y su venida no podrá en modo alguno verificarse hasta mañana en todo el dia.

De modo que para que no haya equivocaciones, al anochecer de mañana tendrá usted á su hijo.

La forma será la siguiente: con la debida anticipacion se le indicará á usted la hora en que yo vendré en su busca.

Usted llevará el dinero, y en el sitio que se convenga nos esperará ese hombre con el niño.

Excuso hacer á usted una advertencia, y aun cuando en ella casi voy á ofenderle, continuó con indefinible sonrisa, espero sabrá perdonármela.

Si mañana al venir yo hubiese usted tenido el mal gusto de hallarse acompañado por la justicia, yo perderia la libertad no sé por cuánto tiempo, lo que no sería poco; pero usted, créame, perdia más, porque perdia á su hijo para siempre.

Estebanez hizo un movimiento como de espanto.

Aquel miserable se apresuró á añadir:

—Repito de nuevo que sé hasta qué punto es oficiosa mi

advertencia; por lo tanto olvídela usted, y hasta mañana.

Diciendo así, se levantó y se dispuso á abandonar á Estebanez.

Este, aun cuando sentia no poca repulsion hácia aquel infame, supo dominarla, y le despidió con amabilidad, rogándole adelantase cuanto le fuera posible el poder abrazar á su hijo.

Eugenio abandonó las Peninsulares, y se dirigió á la Puerta del Sol, lugar designado anteriormente para reunirse á Sebastian.

Si algo empañaba la alegría de aquel infame, era el no haber pedido más al desgraciado esposo de Armanda.

Al muy poco rato de pasear por junto á la fuente del Buen Suceso, llegó su hermano.

—¿Qué hay? exclamó al verle.

—Todo va á las mil maravillas.

—¿Conque esa buena alhaja....

—Da los doscientos mil.

—Pues no es para ella el chico.

—¿Será posible?

—Como lo oyes.

—¿De modo que el marido....

—Larga otros cien mil.

—¡Oh! pues ya lo creo, que le disfrute el papá y que sean felices.

—¡Pchs! ya veremos.

—¿Cómo? dijo Sebastian deteniendo su marcha con no poca admiracion.

—Sí, hombre; pero no te pares, y habla bajo, que esta callecita de Preciados es tan ancha como un papel de fumar,

y no es bueno que nadie se entere de lo que no le importa.

Sebastian no hizo que le repitiera la advertencia; así que, incorporándose de nuevo á su hermano, volvió á exclamar:

—Pero qué, ¿será posible que aun no te satisfaga una cantidad tan bonita?

—Vaya si me satisface.

—Pues entónces....

—Pero como á cualquier hijo de vecino, me gusta más la que sea mayor.

¿Y qué quieres? yo no me caso con los proyectos; sigo uno hasta el fin, si ántes no me ocurre otro mejor.

Ese hombre es de cera, y malo será que no me ocurra variar el molde.

—Mira, Eugenio, no sea que tiremos tanto de la cuerda que se rompa.

—¡Báh!

—Es que todo podria suceder.

—Nó, cuando se tira con maña; y créete que esta no nos faltará del todo.

Además, á mí no me engañan los presentimientos.

La mujer de Estebanez vale un mundo.

—Pero ¿y qué tiene que ver....

—¿Qué sabes tú? se me ha metido en la cabeza que ella sola nos va á hacer ricos.

Al llegar á este punto de su conversacion, afrontaron junto á una taberna de la calle de la Zarza, y penetraron en ella.

Hiciéronse servir en una de las mesas más retiradas, y así que quedaron solos, Eugenio reanudó su anterior rela-

to, haciendo que Sebastian le contase punto por punto cuanto le habia pasado con Armanda.

Cuando este satisfizo su deseo, Eugenio continuó así:

—Gran chasco me llevaré, si sabiendo que está aquí su marido con ese objeto, no inventa algo bueno.

El tiene traza de ser un bendito, y á ella no se le debe oscurecer esto.

En fin, vivir para ver.

No se tardará mucho sin que sepamos si acierto ó nó.

En este sentido continuaron charlando los dos hermanos un buen rato, y por fin salieron de la taberna con la tranquilidad de dos hombres de negocios á quienes la suerte protege.

Separáronse, no sin que Eugenio hiciera á su hermano la siguiente advertencia:

—Oye, me olvidaba de una cosa muy importante.

Ahora ibas á mandarla las señas de la casa de Estebanez, ¿no es esto?

—Precisamente.

—Pues mira, dálas mal.

—¡Hombre!

—Yo me entiendo, y esto es muy importante.

Dices una casa cualquiera.

—Bien, pues que así lo deseas....

—Eso es, él se halla en una fonda; tú designa otra cualquiera.

Si por un acaso, que no lo creo, añadió con su especial sonrisa, viera que se llevaba chasco, á tiempo se estaba para decir el verdadero sitio.

—Bueno, bueno, descuida, ahora mismo voy.

—¡Ah! no olvides en seguida hacer lo que yo.

No nos movamos en todo el dia de nuestro nido.

—¡Qué chasco te vas á llevar! contestó Sebastian riendo.

—Bueno, luego veremos quién se rie.

Tú dame palabra de hacerlo, y ya me lo dirás.

—Bueno, bueno; desde allí me voy á la calle del Barquillo.

—Y yo á la de Santa Brígida; si hay novedad, de un salto á mi casa.

—Corriente.

—Hasta luego.

—Adios.

Eugenio tomó por la calle de Preciados, y su hermano se encaminó de nuevo hácia la Puerta del Sol.

Poco despues de anochecer, Eugenio, que habia cumplido escrupulosamente su palabra, sintió que llamaban con fuerza á la puerta de su cuarto.

Sin poder dominar su impaciencia, salió él mismo á abrir.

Su hermano Sebastian apareció ante sus ojos radiante de alegría.

Penetraron en la sala, y una vez que hubieron tomado asiento, el último comenzo así:

—Eugenio, te admiro y te envidio.

—¡Hombre! dijo este sonriendo candorosamente.

—Sí, lo digo, y lo diré cien veces; tus palabras son profecías.

—Vamos al grano, y déjate de cuentos.

Sucedió lo que yo habia previsto, ¿éh?

—Al pié de la letra.

—De modo que....

—Esa señora me acaba de mandar un recado, diciendo que me presente en su casa cuanto ántes pueda.

Detrás del criado he salido yo, y aquí estoy; ¿qué hacemos?

—Poco á poco, hombre, que no es puñalada de pícaro.

Miéntras se pueda, es menester atar todos los cabos.

Quiero que lleves la leccion bien aprendida.

—Tú dí, que te aseguro que no te he de dejar mal.

—Eso ya lo sé.

—Pues escucho.

—¡Eh! no seas tan vivo de genio; déjame siquiera que dé cuatro paseos por aquí, y yo te aseguro que llevarás mucho adelantado á su casa.

Sebastian ofreció permanecer como un muerto cuanto hiciera falta, y Eugenio, sin añadir otra palabra, comenzó á echar mano de su astucia midiendo á largos pasos la estancia.

Tres cuartos de hora despues, el primero abandonó la casa de la calle de Santa Brígida, dirigiéndose con rapidez á la cita dada por Armanda.

CAPITULO XI.

Consecuencias del vicio.

En todo aquel dia Armanda no habia vuelto á ver á Ricardo; por lo tanto, pudo muy bien entregarse á sus pensamientos.

Cuando Sebastian se presentó de nuevo ante ella, casi se detuvo admirado ante la puerta.

En ocho ó diez horas habíase verificado un cambio notable en el rostro de aquella jóven.

Una palidez cadavérica se extendia por él, y un círculo sombrío rodeaba sus ojos, cuyas miradas fijábanse de una manera tenaz é intencionada.

Aquella mujer sufria horriblemente.

La conciencia debia descargar fuertes golpes sobre su alma.

El demonio de la ira y de la venganza habíase apoderado de aquel cerebro calenturiento, y el fuego de su poder brotaba en rayos sombríos de las pupilas de Armanda.

Sebastian, al verla, admiró una vez más á su hermano.

Aquella mujer imponia.

—Señora, dijo, espero me dispensará usted si no acudí más pronto á su llamamiento.

—No hay por qué, nada se ha perdido aun.

Sebastian se inclinó sin hablar palabra.

—Siéntese usted y hablemos, exclamó Armanda señalando un sillon próximo al divan que ocupaba.

Sebastian lo hizo así y esperó.

—Vamos á ver, ante todas cosas, continuó Armanda, ¿usted tiene alguna persona de su absoluta confianza?

—¡Oh! ya lo creo.

—¿Usted puede responder de él?

—Más que de mí propio.

—Corriente.

—Ya ve usted, es hermano mio....

—Esa no es una razon, replicó la jóven con extraño acento; no siempre proceden entre sí los parientes como deberian hacerlo.

—Nosotros no lo hacemos así.

—Bien, bien; á mí me basta con que usted responda, porque en lo que voy á proponerle, tanto como yo se perjudicaba usted en caso de una traicion.

—Sobre ese punto podemos estar todos tranquilos, señora.

—Ese es mi deseo; ahora escuche usted.

Sebastian se preparó á no perder ni una sílaba.

Armanda pareció meditar un momento.

Por un movimiento instintivo, llevó ambas manos á su frente, cual si quisiera sujetar sus pensamientos.

Despues alzó su cabeza, y mirando á Sebastian, exclamó:

—Yo quiero tener una entrevista con mi marido; pero han de ser ustedes los que la dispongan y estén prontos á mi voz cuando les llame.

Esto ¿es posible?

—¿Quién lo duda? y tanto como lo es.

—Es que se ha de verificar muy pronto, cuestion de horas.

—Cuando se acuerde.

—Perfectamente.

Por esta parte no hay más que hablar, ¿no es así?

—Nada.

—Muy bien; entremos ahora en lo más grave del servicio que ustedes han de hacerme, y en su recompensa.

Si de la entrevista con mi marido resultase, lo que no espero, que acceda á lo que voy á pedirle, la obligacion de ustedes habia terminado sin peligro alguno.

Sobre la recompensa, en tal caso creo que no regañaríamos; pero si lo que es más presumible, continuó Armanda con voz sorda, no se aviene aquel á satisfacer mi deseo, estarán ustedes dispuestos á todo á una señal mia.

Esto es lo que quiero saber de una manera explícita y terminante.

Sebastian en el primer momento no supo qué contestar.

Y no porque en su alma avezada al crímen hubiese entrado por algo la consideracion de lo que de él se exigiera, sino porque de un modo verdaderamente admirable, la sutil y tenebrosa mente de su hermano penetró en el alma de aquella mujer.

No tenia más que seguir en un todo las instrucciones que de él habia recibido.

Todo lo previó, todo estaba hábilmente calculado.

Repuesto de su sorpresa, exclamó:

—Señora, creo que nos hallamos en el caso de proceder con toda franqueza, ¿no es así?

—Desde luego, eso quiero yo, que sepa cada cual lo que arriesga y por qué lo arriesga.

—Pues siendo eso así, necesito precisar la cuestion con mayor claridad.

—Hable usted.

—Lo real y positivo es que aquí se busca eliminar un estorbo, y que mi hermano y yo vamos á ser los encargados de ponerlo en obra, ¿no es así?

—Puede suceder, replicó Armanda con frialdad glacial.

—Corriente.

—Usted, y siento hablar así, por circunstancias particulares que yo respeto, y dejando marchar tranquilamente los sucesos, no ha de percibir nada el dia que fallezca su marido.

La palidez de Armanda al oir esto se hizo cadavérica.

Sebastian, con admirable imperturbabilidad, prosiguió así, sin que al parecer advirtiera lo más mínimo:

—Esto, aunque triste, es verdad; por lo tanto, en nuestra mano se halla que usted sea rica ó continúe así como hoy, yendo á parar qué sé yo dónde.

—¿Cómo?

—Vuelvo á decir que esto es doloroso, pero muy exacto.

Y lo es en todos conceptos.

Figúrese usted que por no llegar á entendernos, se hiciese la cuenta de que no faltarian en Madrid y á cualquier hora, gentes que la sirvieran muy barato.

Soy el primero á convenir en esto.

Nosotros servimos bien, pero caro.

Continúo suponiendo.

Como decia, no nos convenimos, y salgo de aquí como entré.

Sería ofender á usted si no creyese yo que adivina en este instante cuál sería mi primer paso.

La ira contrajo las facciones de Armanda.

Sebastian continuó como si tal cosa:

—Iria al señor Estebanez, le contaria ce por be lo que ha pasado entre nosotros, y cate usted que muy bonitamente dejaba yo que continuasen las cosas en su marcha natural, es decir, que como hoy, jamás heredaria usted á su marido.

Señora, perdone usted si revuelvo tan sin piedad la herida; pero soy cirujano muy egoista de mi reputacion, porque ella me da de comer, y aunque lo sienta, fuerza ha de ser que deje á un lado los escrúpulos.

Voy á ser aun más franco, y esto en contra mia.

He visto á su marido de usted hoy mismo.

—¿Cómo?

—Lo que usted oye.

—¿Y á propósito de....

—Del niño.

—¡Yá!

—He dicho que iba á ser franco hasta lo último.

—Continúe usted, dijo Armanda esforzándose por dominar su orgullo herido.

—Sin decirle dónde vive usted, porque aun cuando no me lo preguntó, jamás se lo hubiera dicho, hícele presente lo que se hallaba dispuesta á darnos por el niño ma-

ñana mismo, y la verdad, continuó con hipócrita entonacion, no pude ménos de sentirme halagado por su respuesta, y acepté el aumento que me ofrecia.

Ya ve usted, la cosa no era para ménos. ¡Ganar en un momento cien mil reales!....

—¿Es decir, prorumpió Armanda con brusco acento, que si yo no llamo á usted me quedo sin mi hijo?

—Poco á poco, señora, la formalidad es formalidad, y jamás prescindo de ella.

Hubiera venido á decir lo que habia, dispuesto siempre á realizar el remate al mejor postor.

El cinismo de Sebastian era terrible.

La jóven no pudo elúdir el que se revelara al exterior el efecto que causaba en su alma.

El hermano de Eugenio no desmentia su raza ni la dejaba del todo mal.

Comprendió el efecto que produjeron sus palabras, pero al mismo tiempo no desconocia que las circunstancias le hacian superior, indispensable, y no dió á aquel mérito alguno.

—Señora, añadió con una calma que aparentaba hermanarse con cierta indiferencia, no sienta usted que me exprese como lo hago; eso debe probarla que nunca engaño.

Voy derecho á mi negocio, y nada más.

Obedezco en ello á una ley que todos acatamos, rindo culto al mejor de nuestros ídolos.

¡Al interés!

Y no extrañe usted que así me exprese, porque tanto mi hermano como yo, recibimos de nuestros padres una educacion esmerada.

En las aulas aprendimos algo, y fuera mucho más.

A la muerte de nuestros padres éramos muy pobres, pero nada tontos.

Con solo una vez que en buena armonía nos pusimos á pensar en nuestro porvenir, nos comprendimos.

La suerte se decidió desde entónces.

Habíamos hecho el juramento de medrar juntos ó compartir la miseria del mismo modo.

Por el camino natural, sin proteccion ni apoyo de ninguna clase, hubiéramos sido siempre vergonzantes de levita; preferimos por tanto esconder nuestros proyectos bajo una mala chaqueta y vivir con holgura á expensas de los recursos de nuestra imaginacion.

Si me he permitido esta digresion ocupándome de mi humilde persona, ha sido porque no fuera á creer que ni somos otra cosa de lo que parecemos, ni nos mueven otras intenciones que las que revelan mis palabras.

—Pero bien, exclamó ya Armanda, por demás impaciente, yo no veo mas que una cosa, y es que nos desviamos de la cuestion importante.

—Señora, no hay tal; para lo que va usted á oir en seguida, lo dicho era necesario, siquiera para evitar la sorpresa que en otro caso provocaran mis palabras.

—¿La sorpresa?

—Sí, señora; con tal disposicion, podia usted en otro caso escoger nuestras exigencias.

—Pues bien, acabemos; diga usted con qué condiciones acepta mi proposicion.

—Corriente, seré breve.

Yo, mañana, como usted sabe, puedo ser dueño de un capital que no es de despreciar.

Además, sin que sea pasearme por el terreno de las ilusiones, este podria crecer un poquito.

Aceptando el trato de usted, dicho se está que no puede realizarse el otro.

Me parece que esto es exacto.

—Continúe usted, exclamó Armanda con cierto desaliento, pues comprendia que comenzaba á hallarse á merced de aquel hombre.

Sebastian, disimulando la alegría que encerraba su pecho, continuó con imperturbable serenidad:

—De la entrevista de usted con su esposo, que vamos á proporcionar, y de la parte activa que nos hallamos dispuestos á tomar en su desenlace para que este sea como se apetece, resultará que usted, sea como fuere, va á verse dueña de una fortuna, como si dijéramos de la noche á la mañana.

El buen señor don Gregorio Estebanez, que como es natural, oculta á todo el mundo su desgracia presente, deja por heredero al hijo de su matrimonio, es decir, á usted.

¿No es esto, señora? añadió Sebastian con insinuante firmeza.

—Sí, replicó Armanda en voz baja.

—Pues bien, recordándola de nuevo, por la cuenta que á todos puede tener, que de no aceptar nuestra ayuda y complicidad, no puede usted realizar sus deseos, y á más se queda sin hijo, voy á exponer por fin el precio que exigimos para entrar en el negocio.

—Diga usted.

—Dejando á un lado el que esta noche, y de acceder usted, aquí tranquilamente ataremos todos los cabos para

que quedemos debidamente responsables unos y otros; paso á decirla que no se acepta nuestra cooperacion si no recibimos mi hermano y yo exactamente la mitad de lo que importe la herencia que va usted á poseer.

Esta es mi decision; ahora dígame si la acepta ó la rechaza.

Indudablemente que Armanda esperaba de aquel hombre una fuerte exigencia desde que habia comenzado á oirle; pero de ninguna manera creyó que iria tan allá.

Su extrañeza, su estupor, mejor dicho, la prohibieron por tanto romper el silencio con la rapidez que demandaba su indignacion.

Sebastian, sin parecer admirarse por tan grave pausa, que debia preceder sin duda á una tempestuosa explosion, permanecia inmóvil mirando á la jóven con una candidez truhanesca.

Por fin la orgullosa mujer de Estebanez, irguiendo su esbelto talle y dibujando en sus labios una sonrisa de sangriento sarcasmo, exclamó:

—Si hubiera usted empezado por ahí, nos habríamos ahorrado mucho tiempo.

—¿Cómo?

—Sí, señor.

Desisto completamente de mi idea.

—Eso es otra cosa, señora; tan amigos como ántes.

¿Quiere usted alguna cosa? continuó Sebastian abandonando el sillon con lenta calma.

—Puede usted retirarse.

—Muy bien; pero ántes voy á permitirme una observacion.

Armanda no replicó.

Contentóse con mirar á Sebastian desdeñosamente.

Este, sin desconcertarse por ello, continuó así:

—A fuer de enemigo noble, recuerdo á usted que no me espere mañana; porque así como no la conviene lo que yo pido en ese negocio, del mismo modo yo desprecio diez por quince.

Esto es natural.

Señora, adios.

Armanda no pestañeó siquiera.

Aventuraba el último recurso.

Queria ver si era fingida la preponderancia que se habia dado aquel hombre, y si venia á acceder y á colocarse bajo su mano por el cebo de un interés mayor que el que iba á encontrar devolviendo el hijo á su padre.

La prueba le salió mal.

Sebastian echó á andar hácia la mampara con la mayor naturalidad, y al ir á empujarla, y cual si de repente hubiese cedido á una idea nueva, exclamó volviéndose hácia la jóven:

—¡Ah! no olvide usted por su bien, que será en vano que intente con otros lo que á mí me ha propuesto; porque ántes de un cuarto de hora sabrá su marido de usted que necesita vivir muy alerta.

Diciendo así y sin aguardar respuesta, hizo una inclinacion de cabeza y abandonó el gabinete.

Apénas hubo llegado á la mitad del salon, sintió que se abria con fuerza la mampara.

La jóven le llamó con imperioso acento.

Sebastian, sin alterar su paso, penetró de nuevo en el

gabinete de Armanda, y se detuvo junto á la puerta.

La mujer de Estebanez debia sufrir de una manera extraordinaria.

Su palidez era densa, cadavérica.

La inquietud de sus movimientos revelaba la excitacion nerviosa de que era víctima.

Ella, orgullosa y altiva siempre, acostumbrada á que todo cediese al imperio de su voluntad, tenia que doblegarla ante un miserable y ceder á sus exigencias.

El crímen ata con sus brazos de hierro.

Sebastian se hallaba familiarizado con él. Sus buenos instintos, sofocados bajo la pesadumbre del inmundo cieno de la maldad, no molestaban su conciencia.

El crímen tiene tambien su tranquilidad, pero tranquilidad que asusta.

Como la del incendio, cuando voraz convierte en cenizas cuanto acarició su lengua de fuego.

Sus últimas llamas parecen columpiarse tristes sobre el inmenso monton de ennegrecido polvo.

¡La obra devastadora va á terminar!

El despiadado verdugo llora su muerte, que va á envolverse en ella.

¡He aquí una tranquilidad que aterra, la del instante en que la última llamarada oscila y se esconde para siempre!

Tal es el sosiego que experimenta el alma adormida entre los brazos del vicio.

Tal era el que experimentaba Sebastian.

Armanda habia comenzado tan fatal pendiente, y hasta no llegar á la completa perversion, á la costumbre del mal, debia forzosamente sentir sus perniciosos efectos.

Prosigamos.

Sebastian, que á todas luces se hallaba en mejor terreno que la mujer de Estebanez, comprendió que no le tocaba romper el silencio.

En aquella ocasion, la iniciativa podia serle perjudicial.

A veces hasta una puerilidad nos esclaviza.

De seguro Armanda hubiera sentido cierto consuelo en aquella situacion tan tirante para su orgullo, si aquel hombre hubiera querido ser un poco generoso.

Si la hubiera ahorrado la primera palabra.

Sebastian, que obraba en todo por cálculo, sintiendo tal vez halagada su vanidad, no quiso abdicar de ella, y como hemos dicho, permaneció junto á la puerta como una estátua.

La hermosa jóven, ahogando un suspiro de impotencia que se escapaba de su pecho, dió dos pasos hácia Sebastian, y con acento breve y entonacion desesperada, dijo:

—Llamo á usted para decirle que acepto.

—¡Ah!

—Sí, no quiero malograr con dilaciones ó inconvenientes la que tanto anhelo.

—Señora, permítame usted que se lo diga; creo que obrando así, acierta.

—Y bien, exclamó Armanda, comprendiendo que podia volver en algun modo á reconquistar el terreno perdido, ahora es forzoso que cuanto ántes se lleve á cabo mi deseo.

—Nada más justo, señora, replicó Sebastian sonriendo al notar el aire altanero con que aquella habia pronunciado sus anteriores palabras.

—Pues bien, yo quisiera que esta misma noche trajese

usted formado un plan, y aquí se verá si tiene que variarse de cualquier manera, con el objeto de que podamos ponerle en obra mañana mismo.

—Corriente, se hará como usted desea.

Traeré á mi hermano, y verá usted cómo zanjamos el asunto á gusto de todos.

—Tómense todo el tiempo que necesiten; á cualquier hora de la noche les harán llegar hasta mí.

Sebastian comprendió que la entrevista habia terminado, y se apresuró á despedirse de Armanda, ofreciéndola volver cuanto ántes le fuera posible.

Armanda, en cuanto quedó sola, se dejó caer en el divan y ocultó la cara entre sus manos.

CAPITULO XII.

Un nuevo crimen.

Estamos en la calle del Barquillo y en casa de Sebastian.

Con él se halla su hermano Eugenio.

Acaban de dar las once de la noche.

Cuando nosotros penetramos en la guardilla de Sebastian, Eugenio deja la capa sobre una silla, miéntras aquel coloca el velon sobre la mesa.

—No habrá habido novedad, ¿éh? exclamó, viniendo á sentarse junto á la mesa y al otro lado de su hermano.

—Ninguna.

—Creí haberme descuidado un poco.

—Mucho lo hubiera yo sentido.

—¿Vino el Largo?

—Sí; ahí está.

Por supuesto que hasta las doce no vendrá don Gregorio.

—A esa hora se le dió la cita.

—Creo que nos hemos agarrado bien, y que no se debe temer una mala partida de esa señora.

—Ya lo creo; y si no, que la intente.

—¡Ah! lo que es el acuerdo tuyo de hacerle firmar á don Ricardo, ha sido excelente.

—Era indispensable, hombre; para cosa de tal gravedad, la firma sola de una mujer trasciende á violencia desde una legua, por más que no la haya habido.

Ahora ya pueden hacer lo que quieran, que yo te aseguro que están atados de piés y manos.

—¿Y sabes, exclamó Sebastian sonriendo satisfecho, que es mucha mujer la tal esposa de don Gregorio?

—¿No te lo tenia yo dicho? una docena por el estilo, eran capaces de revolver el mundo.

¡Pobre don Ricardo! me parece á mí que ha de conservar eternamente la memoria de sus afortunados amores con ella.

—¡Yá yá! Y á propósito, ¿estarás bien seguro de que Estebanez recibió la carta?

—¡Tóma! podíamos estar ahora así.

Yo mismo la he visto entregar.

—Me parece que no faltará, ¿éh?

—De ningun modo.

Créete que siento lo que vamos á hacer, y si hubiera yo tratado á ese hombre siquiera un mes, me parece que no tendria valor para ello.

—Sí, vale mucho más que la víbora de su mujer.

—Con quinto y tercio.

—Y ella se ya descuidando; ¿se quedó en que la buscaríamos?

—De ningun modo; pero calla, á alguien tenemos ya á la puerta.

Con efecto, acabábanse de oir en ella dos golpes dados con suavidad.

Sebastian se levantó con rapidez, y cogiendo el velon, se dirigió á franquear la entrada al que llegaba.

Un momento despues, escuchaba Eugenio, que permaneció en su asiento, el roce de un vestido de seda que se adelantaba cada vez más.

Armanda llegó hasta él precedida de Sebastian.

La fisonomía de la jóven expresaba una ansiedad más repugnante que conmovedora.

Habia en ella inquietud satánica y avara decision.

—¿Estamos solos?

—Sí, señora, exclamó Eugenio ofreciéndola una silla, que aceptó.

—¿Creen ustedes que vendrá?

—No tenemos la menor duda, se apresuró á contestar el mismo.

La carta contiene un cebo, al que de seguro no podrá resistir.

Ahora lo que hace falta, señora, continuó Eugenio clavando en ella su mirada penetrante, es que haya valor, y ya que el caso lo exige, demostremos que no hay aquí almas vulgares.

La situacion de usted la comprendo, es no poco difícil; pero no eche en olvido que nosotros estamos en esa habitacion inmediata dispuestos á salir á la menor señal si, lo que no espero, se olvidara su esposo de lo que á una mujer se debe.

Armanda parecia no escuchar las palabras de Eugenio. Su vista vagaba inquieta, y de tiempo en tiempo tenia que llevar la mano á su frente, cual si quisiese aligerar el peso que la oprimia.

—Miren ustedes, he pensado, exclamó Armanda con no muy seguro acento, que cuando llame á la puerta me retire yo, y despues que él haya fijado aquí su planta, apareceré ante su vista.

—Iba á decir á usted lo mismo, exclamó Eugenio; siempre tendrá usted la ventaja de la sorpresa que habrá causado.

—Si no se aviniere á mi solicitud, no lo olviden ustedes, yo me marcho.

Mañana creo tendré noticia de que todo ha salido como tenemos concertado.

—En cuanto á nosotros, descuide usted, dijo Sebastian, que no acostumbramos á dar golpes en falso.

—Así lo espero.

—Por supuesto, continuó aquel, que bueno será tenga usted entendido, que de su conferencia no ha de alcanzar resultado alguno.

—Es verdad, murmuró Armanda con cierto desaliento; no habrá otro remedio que apelar á recursos extremos.

En fin, ¡él tendrá la culpa!

Apénas hubo dicho estas palabras, cuando nuevamente se oyeron en la puerta dos fuertes golpes.

Armanda se levantó de la silla que ocupaba, con una rapidez galvánica.

El pálido mate que oscurecia su rostro, tornóse en lívido.

Sebastian la hizo seña de que habia llegado el momento

de que se retirara á la habitacion inmediata, y en seguida tomó el velon y se dispuso á franquear la puerta al recien venido.

—Será mejor que yo lo reciba, ¿no es verdad? continuó dirigiéndose á su hermano.

—Desde luego, replicó este; á tí no te conoce, y bueno es no despertar sospechas anticipadas.

Sebastian, pues, sin replicar, abandonó la habitacion.

Eugenio y Armanda se ocultaron en la inmediata.

Un momento despues, desde su escondite, oyeron los pasos de los dos hombres que se acercaban.

Sebastian le brindó que aguardase un momento, y dejando la luz sobre la mesa, penetró en donde se hallaba su hermano y Armanda.

Apénas lo hubo verificado y ántes de que tuvieran tiempo de indicar á la jóven que ya habia llegado la hora, esta, cediendo á un arranque de enérgica decision y dominando sus anteriores y justificados recelos, abandonó su escondite presentándose en la sala y ante su marido.

Estebanez se hallaba en pié en medio de la habitacion, y precisamente vuelto hácia el sitio en que apareció su mujer.

Al verla, retrocedió con espanto.

Juzgóse víctima de un sueño terrible, y extendió sus manos instintivamente, cual si quisiera rechazar la vision que se presentaba ante sus ojos.

La jóven permaneció un momento muda é inmóvil.

La situacion era fuertemente excepcional.

Cuando Estebanez se convenció de que no se hallaba á merced de un delirio y que era un hecho lo que veian sus

ojos, haciendo un esfuerzo supremo, adelantó hácia su mujer con lentitud solemne.

—¿Eres tú quien me ha citado aquí, Armanda? dijo con voz grave y al parecer tranquila.

—Sí, yo misma.

—Corriente; escucho ya, puedes decir lo que gustes.

Una nueva pausa siguió á estas palabras.

Armanda se habia equivocado.

Atendiendo sin duda á su modo de ser, se persuadió que el recibimiento de su marido sería enérgico y destemplado, y en tal concepto se hallaba preparada.

La fria gravedad con que despues de la primera impresion la recibió Estebanez, vino á destruir su proyecto.

Era forzoso cambiar de plan, y en él debia seguir la misma senda que la iniciaban.

La superioridad, por tanto, en aquella ocasion no iba á ser suya.

Despues de meditar un momento, exclamó:

—Sé que he obrado mal contigo.

Ningun título conservo para merecer de tí la más pequeña atencion.

Sin duda alguna tendrias proyectado verme por la última vez, y yo te ahorro ese trabajo.

—Te has equivocado, Armanda, replicó Estebanez con acento tranquilo al par que firme; no pensaba haberte buscado jamás.

La jóven hizo un movimiento de extrañeza, que para aquel no pasó desapercibido.

Luego continuó:

—Yo creo mucho y bien en la Providencia, Armanda, y

tengo la seguridad de que cada uno encontrará el justo pago segun su modo de obrar.

Tú me has herido el alma, Dios te lo perdone.

No tendré fuerzas ni el suficiente rencor, para desearte, ni aun siquiera otro tanto de lo que me has proporcionado.

Con arreglo á mis creencias, descenderia hasta tí si pretendiese mezclar las negras páginas con que empozoñaste tu historia de mujer honrada, con un capítulo de violencias y resoluciones vengativas.

Esto no obsta, sin embargo, para que yo no consienta que en adelante se crucen nuestras palabras.

Hoy, ya que lo has querido, sea.

Dí cuanto quieras, porque, lo vuelvo á repetir, esta entrevista será la última.

Ya sabe el lector cuál era el carácter de Armanda.

Su indomable altivez rebelábase siempre ante la más ligera idea de desprecio.

Juzgó en un principio, dada la bondad de Estebanez, que este obraria muy de otro modo, y aun suponiendo todo género de recriminaciones, jamás pudo figurarse lo que estaba oyendo.

De sobra comprendió que Estebanez habia sabido expulsar de su alma la imágen de la adúltera, y con ella todo el cariño que la profesaba.

Sus palabras llevaban impreso el sello de la más fria indiferencia.

Una vez adquirido este convencimiento, y oyendo á Estebanez afirmar su firmísima resolucion de no volver á verla, con su altivez peculiar y con voz entera y fuerte, prorumpió:

—Será como deseas, pero hoy me oirás.

—¿Cómo?

—Nos importa mucho á los dos, créelo.

Vuelvo á repetir que yo he faltado á la fé jurada.

Quiero por lo ménos tener el valor de confesarlo.

No voy á sincerarme, aunque podria decir, por más que esto no constituya disculpa, que en nuestro matrimonio se consultó la voluntad de todos ménos la mia.

—¡Armanda! exclamó Estebanez con indignada voz.

—Tal es la verdad.

—Estás ofendiendo la memoria de tu padre con asercion tan calumniosa.

No mientas, Armanda; tus explicaciones no pueden ser más oficiosas.

No olvides que nadie las pide, que yo no las necesito.

—Y yo quiero darlas, yo quiero ahora mismo contestarte á lo que me inculpas.

Mi casamiento se hizo como otros muchos.

Sin consultar otra cosa que el interés.

Vuelvo á repetir que no invoco disculpas, quiero consignar hechos.

—¿Qué más? exclamó Estebanez, dando á entender con su laconismo el deseo de terminar la entrevista.

—¿Qué más? replicó Armanda lanzando una mirada de odio á su marido, al comprender aquel nuevo desprecio, vas á escucharlo.

Te aseguro que esa indiferencia que sientes ó afectas, desaparecerá ante mis palabras.

Sé que tu venida á Madrid no ha tenido más objeto que el de buscar á nuestro hijo, ¿no es verdad?

Estebanez se estremeció como si le hubieran pinchado en el corazon.

Sin embargo pudo dominarse, y repuso:

—Sí, Armanda, no te has engañado, eso me trae.

—Pues bien, inútil será tu intento, excusadas todas tus gestiones.

—¡Miserable!!

—¿Vas á añadir por fin á mis negras páginas el capítulo de que ántes hablabas? replicó Armanda con desdeñosa sonrisa.

—¡Oh!.... habla, habla, mujer desventurada, y termina pronto.

A no tener presente lo que eres y lo que vales, tal vez pudiera olvidar lo que me debo á mí mismo.

Continúa.

—Decia ántes, añadió Armanda con afectada calma y no poco cinismo, que tu empeño será inútil; mas para que no digan que olvido absolutamente todos los deberes, voy á brindarte con un arreglo amistoso en lo posible, y en el que llene las debidas formas.

¿Quieres dejarme á nuestro hijo?

Al escuchar esta pretension Gregorio Estebanez, miró á su mujer con una extrañeza incomparable.

Cruzó los brazos sobre su pecho, y pasado un instante, exclamó.

—¡Tú estás loca, Armanda! ¿has podido figurarte que, aun á costa de mi vida, podria yo firmar tranquilo la desgracia del hijo de mi alma?

¿Has podido creer que yo asintiera á ello?

¿Le vas á enseñar en tu casa el camino de la virtud?

¡Tú, que no puedes vivir, sin que te afrente la vergüenza, mas que en las tinieblas de la noche, merced á las cuales te has atrevido á mirarme cara á cara; tú, que no has sido buena esposa, que no has sido buena madre, porque al faltar á tus deberes no te ha hecho vacilar la idea de que mañana, cuando tu hijo sea hombre, lleve para siempre sobre su alma el negro duelo que sembraste junto á su cuna!

¡Tú, en fin, que con un valor del que estarás envanecida, y que yo califico de cinismo, vienes en mi busca pidiendo que me aisle de lo único que al mundo me liga, ¿qué idea puedes dar de la ternura de tus sentimientos para que yo, sin menosprecio de lo más santo, te conceda el absurdo que solicitas?

Armanda, vuelvo á repetirlo, ¡tú estás loca!

Si era eso lo que tenias que decirme, ya lo he contestado.

¡Adios para siempre!

—¡Aguarda, no saldrás, no he concluido! prorumpió Armanda con increible y enérgica entonacion.

Cumplí con el deber que expontáneamente me impuse.

En esta parte no me equivoqué; tus palabras han sido cual yo esperaba.

¿No aceptas?

—¡Nunca!!

—Pues bien, vuélvete si quieres á Barcelona, porque, te lo prevengo, no encontrarás á tu hijo.

—¡Mientes!!

—El tiempo lo dirá, replicó Armanda con voz lúgubre. Busca, yo te aseguro que no hallarás.

Estebanez, ante tanta impudencia, ante cinismo tan descarado, creyó volverse loco.

El sudor regaba su frente, y los latidos de su corazon parecian romperle el pecho.

¡Por un momento se creyó juguete de un sueño terrible!

Negábase la mente á concebir tanta perfidia, tan negra alevosía.

Desesperado, loco, quiso probar todos los medios.

Estebanez tenia un alma fuerte; pero su fortaleza tenia por cimiento la rectitud y la ternura.

No era altivo, porque la razon templa y mitiga; y no necesita por cierto quien bien obra el baluarte de la destemplada cólera, ni con él la intransigencia del que procura ocultar sus pecados.

La soberbia es casi siempre la antítesis de la probidad.

El que no siente alzarse fiera la voz de la conciencia, el honrado, en fin, es humilde y generoso.

Estebanez, cuando pudo dominar un tanto la impresion recibida, se acercó á su mujer con majestuosa lentitud.

Un cambio notable habíase verificado en su rostro.

Sin enojo, sin cólera, sin más que pintada en él una expresion de severidad nada repulsiva, exclamó:

—Armanda, yo no puedo creer que seas capaz de cumplir lo que ofreces; para ello necesitaba tambien estar seguro de que en tí era muerto todo noble sentimiento.

Esto no puedo creerlo, no lo concibo siquiera.

Verdad es que entre nosotros nada puede haber de comun.

La perdida confianza rompe por toda la vida los lazos que nos unieron, y en vano sería pensar otra cosa.

Pero me dijiste ántes que querias cumplir las buenas formas, y me pedias nuestro hijo para tenerle á tu lado.

Ménos que nada puedo creer que para él deseas la desgracia; esto no es concebible, no puede ser.

Pues bien, Armanda, no quiero ofenderte, no me acuerdo de las injurias. El cariño que le profesas es sincero, es el más puro que sentirá tu alma; tal debe ser y no me atreveré á dudarlo.

En este momento, no más quejas, no más recriminaciones.

¿Ansías verdaderamente tener junto á tí nuestro hijo para en él purificar tu alma?

Si esto es así, yo no puedo consentirlo; y esto por tu bien mismo.

¿Consideras su cariño, su inocente compañía, como el único medio de lograr la tranquilidad perdida?

La lucha, Armanda, cuanto más difícil se nos presenta, es más meritoria.

Purifícate, si tal es el deseo de tu alma; si Dios te socorre, si aquí abajo se digna responder á tus oraciones y permite que triunfes abandonando el vicio en que has caido, merecerás estrechar entre tus brazos á nuestro hijo.

Si, por el contrario, la continuada voz de tu conciencia ofusca tu mente, y presa de un delirio sobrenatural quieres ahogar aquella penetrando cada vez más en las revueltas hondas del vicio, párate, Armanda, y reflexiona.

Ahora estás á tiempo para merecer siquiera la compasion del bueno.

No tientes á la Providencia, no despedaces más mi alma.

Así habló Estebanez, con acento conmovido y entonacion severa y digna.

En cuanto á los efectos que podia producir, se equivocó de medio á medio.

Quiso alcanzar de su mujer lo que, dadas sus circunstancias, era materialmente imposible.

Estebanez en aquel momento, merced á los sanos principios que invocaba, era muy superior á Armanda.

Sin descompuestos ademanes, sin palabras acres, hízola ver palpablemente que su insistencia en el mal camino solo traeria en pos de sí un fin trágico tan irremediable como cercano.

Digna y saludable era la leccion que Estebanez acababa de darla; pero era leccion, y la indómita jóven se consideró humillada.

Así fué que con altivo ademan y enconado acento, replicó:

—Basta, mis súplicas han terminado; ya no pido, exijo.

De buen grado no has querido acceder á mis deseos; pues bien, nada necesito.

Que cada cual obre y luche como pueda.

—Armanda, considera por última vez, exclamó Estebanez con desgarrador acento, que es indigno lo que pretendes, que es el colmo de una infamia que aun me resisto á creer.

—Pues haces muy mal, porque mi resolucion es irrevocable.

Yo soy la que por última vez te lo digo:

Gregorio, ¿quieres dejarme al niño de buen grado, sin exigencias ni condiciones de ninguna especie?

Estebanez quedóse inmóvil contemplando á Armanda. En su mirada habia algo de repulsion, pero mucho más de compasivo.

La jóven no tuvo valor para resistir su peso, y sin querer, cediendo á una fuerza íntima y desconocida, inclinó su frente.

Estebanez, sin darse de ello cuenta en modo alguno, creyó sin embargo, y se hubiera atrevido á jurarlo, que su extraviada mujer en aquel momento obedecia á algun plan misterioso, ó impulsada por alguna coaccion á la que no le era dado resistir.

Armanda, pasado el primer desvanecimiento, avergonzada de haber cedido á una turbacion que pocas veces la asaltara, irguióse de nuevo y si se quiere con mayor fuego, y satisfaciendo su amor propio, miró á su marido con provocativa osadía.

Este, que cediendo aun á la nobleza de su alma, iba todavía á contestar á Armanda en un sentido conciliatorio, al ver la actitud cínicamente hostil con que parecia aguardar su respuesta, desafiándole, comprendió que serian del todo inútiles sus esfuerzos para atraerla, y ahogando un suspiro que se exhalaba de su alma, se contentó con replicar:

—Nó, Armanda, nó, ni puedo, ni debo ceder.

—¿Es esa la última resolucion?

—Sí.

—¿Irrevocable?

—Irrevocable.

—Entónces hemos concluido.

Al decir estas palabras la jóven, hizo un movimiento como para marchar.

La puerta de salida hallábase más cerca de Estebanez, y este, comprendiendo sin duda alguna que la entrevista había terminado, sin hablar palabra, sin el menor gesto en su semblante que denunciase el estado de su alma, fué tambien á salir de aquella casa sin mirar atrás, sin más anhelo que el de librarse cuanto ántes de la criminal atmósfera que en ella se respiraba.

La infiel Armanda, al advertir esto, temió sin duda que los resultados fuesen á cambiar su programa, y adelantándose veloz á su marido, una vez que ganó la puerta, exclamó deteniéndose en el dintel y lanzándole una mirada terrible:

—Yo delante, porque tú no has concluido todavía.

¡Adios, Gregorio; adios para siempre!

Apénas hubo dicho estas palabras con entonacion lúgubre y fatídica, desapareció trayendo hácia sí la puerta y haciéndola dar un fuerte golpe al cerrarse.

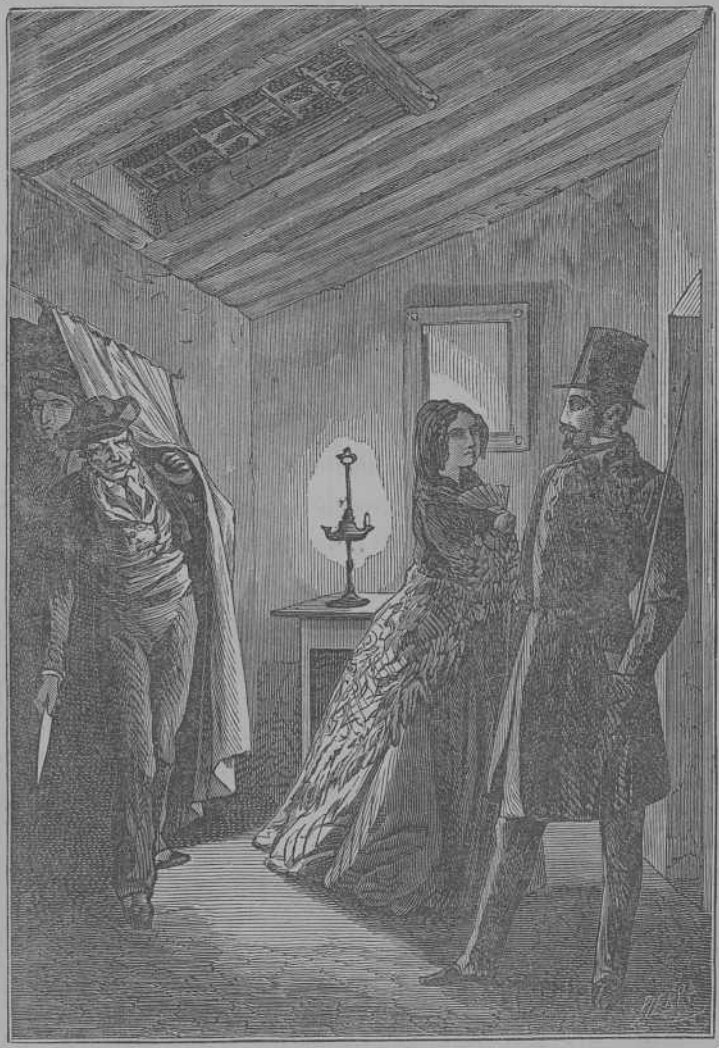
Esta era la señal convenida.

Los dos hermanos, que lo habian escuchado todo, conforme á lo acordado con Armanda, preparáronse cuando vieron próxima la terminacion de la entrevista.

Así fué que en el momento de cerrar Armanda, Eugenio retiró la cortina que le separaba del lugar de la escena, y ambos, navaja en mano, aparecieron ante Estebanez.

Aun cuando este atesoraba en el alma en tan críticos instantes harta infelicidad y honda tristeza, no pudo ménos de estremecerse ante el inesperado y temible espectáculo que se presentaba á su vida.

Eugenio, que era siempre el que llevaba la palabra, sabía de sobra lo que en tales circunstancias valia aprovechar-



Yo delante, tú no has concluido todavía.

se de la primera impresion; así que, adelantándose de modo que estorbara el paso á la salida, exclamó:

—Señor mio, no hay que asustarse; nosotros necesitamos tratar con usted cierto asunto, y para ello es indispensable que salgamos de aquí.

La admiracion del infeliz Estebanez llegó á su colmo.

Acababa de reconocer al que el dia ántes le hizo proposiciones en su misma casa acerca del rescate de su querido hijo.

Estebanez no era cobarde, al contrario, en el primer momento, despues de hecha aquella observacion, pensó en resistir, pero no llevaba armas, y su temeridad hubiera sido de todo punto infructuosa empleándose en aquellos dos hombres cuyas navajas relucian con siniestro resplandor.

Además hay circunstancias, y una de ellas era en la que se encontraba Estebanez, que el ánimo mejor templado se siente abatido y la energía se debilita ó adormece.

Desengaños hay, tan amargas pueden ser ciertas decepciones, que el hombre, cuando es víctima de unos ú otras, siente en los primeros momentos algo que muere en su corazon, algo que le hace desear ansioso que Dios termine su desgraciada existencia.

En tales ocasiones se desprecia todo, cuando el alma, en las cruentas luchas de la sociedad, se siente herida por un dolor fiero, cuando siente morir en ella algo que le da la vida, parece como que se desdeña toda defensa y se anhela por instantes de un modo ó de otro el fin de tamaños sufrimientos.

Así fué que Estebanez rechazó toda idea de emanciparse del intento de aquellos hombres, y como si quiera atraer

ya sobre su frente todas las amarguras, exclamó con decision desesperante:

—¡Y bien! ¿qué quieren ustedes de mí?

Hablen ya, pero sea lo que quiera, terminemos pronto.

—Corriente, señor don Gregorio, exclamó Eugenio con salvaje ironía; es usted de mi modo de pensar, y vamos á darle gusto.

Para ello será menester que salgamos de aquí.

—Vamos, contestó Estebanez dando dos pasos hácia la puerta.

—Un momento, insistió aquel deteniéndole.

—¿Qué?

—Poca cosa; vamos á salir á la calle, y aunque es ya muy tarde, nunca estará de más una advertencia.

—Diga usted.

—Que, si una vez abajo, se le ocurre emprender la marcha más deprisa que lo debido, ó alzar la voz fuera de lo regular, caerán sobre usted dos puñaladas, que con cualquiera de ellas no necesitaba otro remedio á sus pesares.

Una sonrisa de amarga tristeza contrajo el sereno rostro de Estebanez.

—Muy bien, señores, dijo; hablaré bajo y andaré despacio.

¿Qué más?

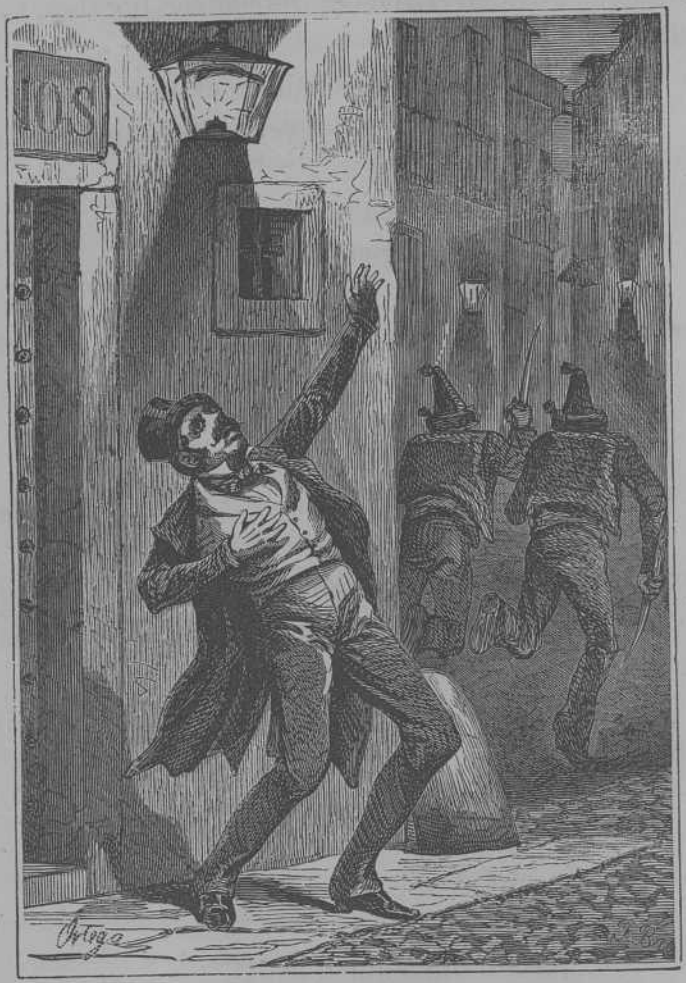
— Nada absolutamente.

—Pues cuando gusten, estoy dispuesto.

Eugenio le hizo señal con la mano de que podia salir.

Los tres hombres abandonaron aquella pobre casa.

Sebastian, que salió el último, cerró la puerta, guardando la llave en uno de los bolsillos de su chaqueta.



El desgraciado Estebanez cayó al suelo sin exhalar un grito.

Un instante despues estaban en la calle.

La oscuridad era densa.

Los faroles, con sus lamparillas de aceite, agonizaban lanzando de vez en cuando un resplandor lúgubre y mezquino.

La calle del Barquillo se hallaba desierta.

Los asesinos en cuyo poder veíase Estebanez, nada tenian que temer.

Las tinieblas favorecen al crímen.

Son de él hermanas gemelas.

Eugenio y Sebastian, que conocian cuánto vale no desperdiciar una ocasion, se comprendieron en el momento.

Apénas se habian separado treinta pasos de la puerta, tosió el primero, al parecer, como por casualidad.

Era la señal convenida.

El desgraciado Estebanez cayó al suelo sin exhalar un grito.

Dos puñaladas terribles acababan de herir su pecho.

Durante un momento, los feroces hermanos permanecieron junto á su víctima.

Eugenio, despues de un ligero exámen, se enderezó exclamando en voz baja:

—En marcha, Sebastian.

—Está bien muerto ¿éh?

—Como nuestro abuelo.

—Pues entónces andando.

—Justo, que adivinen quién le dió.

—¡Báh! la noche es muda, y nadie sino ella podia contarlo.

—Es menester confesar que tenemos suerte.

—Ya lo creo.

—Sin embargo, no está hecho todo. Vamos á mi casa y hablaremos.

—Como quieras.

—Sebastian, ¡ya somos ricos!

—Tal me parece.

—Y yo estoy seguro de ello. Sígueme.

LIBRO TERCERO.

EL BASTARDO.

CAPITULO PRIMERO.

Un tipo más.

Allá por el año de 1811, habia en la calle del Pez, frente á las monjas de San Plácido, una modesta casa con dos balcones de fachada, compuesta de piso bajo, principal y guardilla.

El primero le ocupaba un barbero.

Por entre los hierros de la reja salia un palo largo, á cuyo extremo colgaba una vacía de aljófar de regular tamaño.

Durante el dia y por razon del oficio, la puerta del cuarto se hallaba abierta de par en par.

Desde ella hasta la sala no habia más que un paso, lo que permitia al barbero saber las horas de entrada y salida de sus vecinos, quién los visitaba, lo que podia presumirse por su traje, y otra infinidad de detalles que probaban su buen juicio.

El rasurador podia tener de veinte y tres á veinte y cuatro años.

Era pequeño, delgado y pálido.

Su naturaleza empobrecida, casi raquítica, parecia haber concentrado su fuerza en el rostro de aquel hombre endeble.

Sus facciones, sin ser en general repugnantes, eran fuertemente antipáticas.

En ellas, dos particularidades hacian su retrato moral.

Leíase la avaricia en sus delgados labios, que parecian reentrar en su boca por medio de una contraccion perenne.

En sus ojos hundidos, brillantes y continuamente movibles, veíase del propio modo una astucia de primer órden y una percepcion rápida y profunda.

Aquel hombre no tenia historia.

Ni siquiera conservaba idea de su padre.

Crióse junto á una vieja embaucadora, que vivia de echar las cartas y proporcionar recetas para las dolencias de amor, y aunque con una vida no muy regalada, vivió así hasta los catorce años.

Sin duda alguna que él comenzó á formar su alma en la escuela de aquella bruja con quien vivió.

Despejado y listo, desde la edad más tierna pudo apreciar las engañifas y estúpidos engaños que empleaba la vieja para embaucar á los tontos, de tal modo, que cuando esta murió hacía ya dos ó tres años que era su ayudante.

Como se concebirá fácilmente, para no contradecir al tipo, aquella pitonisa, de manton sobre los hombros y pañuelo de cuadros á la cabeza, era la asquerosa representacion de la miserable avaricia en toda su latitud.

Y esto llegó hasta el punto de que á su muerte fueron inútiles todas las pesquisas de Damian, que así se llamaba el muchacho, para dar con el agujero en que imprescindiblemente debian ocultarse los muchos ahorros de la difunta.

Todo fué inútil.

Cansóse de buscar, y decidió abandonar cuanto ántes aquel sucio nido.

Cuando le presentamos á nuestros lectores, hacía tres años que se hallaba establecido por su cuenta en la calle del Pez.

Hasta entónces trabajó en dos barberías, y gracias á sus invariables principios económicos, pudo tomar aquella determinacion.

Pero Damian era ambicioso de una manera extraordinariamente exagerada.

No veia él la felicidad en vivir siempre consagrado á su oficio.

Por supuesto, que gracias á una fuerza de voluntad increible, no desesperaba de conseguir sus intentos.

Y tenia motivos para ello.

Aparte de una imaginacion despejada y viva, contaba con un auxiliar de gran fuerza.

La hipocresía tenia en él su asiento.

Esa facultad de doblegarlo todo al objeto, fingiendo á las veces una virtud intachable, ya la más cándida inocencia, ya la honradez más acrisolada, la poseia Damian á la perfeccion.

Un criminal hipócrita es dos veces malo.

La una por lo que es; la otra por lo que pretende ser.

En circunstancias dadas, y sin que pretendamos ahora

poner en tela de juicio hasta qué punto puede ser cierto, se dice que hasta en el crímen hay cierta grandeza.

El bandido que en lucha abierta con la sociedad desafia su poder y se pone frente á frente de ella, tiene sin duda alguna la buena cualidad de lanzar léjos de sí la careta, tras la que se esconde el hipócrita.

Puede decirse que aquel hace, hasta en su exterior, cierta gala de lo que es.

Se le ve venir, ni finge ni miente.

Pero los hipócritas, esos otros bandidos, casi siempre de levita, que viven junto á nosotros, á quienes no pocas veces estrechamos la mano, y que casi siempre aparecen á nuestros ojos como santos varones, esos son lo que la cizaña en los campos, el gusano que roe incesante los cimientos sobre que descansa la sociedad.

Y á veces sucede otra cosa peor: las víctimas del hipócrita, que tienen la dolorosa conciencia de deber á estos su desgracia, no pueden decirlo alto, no pueden querellarse ante esa misma sociedad, porque acaso recibirian el castigo que se reserva á la calumnia.

Y es que el daño recibido, el dardo que hirió su alma, se despidió en el misterio y fué á herir entre tinieblas.

El hipócrita es cobarde.

De frente se arrastra como la víbora, pero como ella muerde y su baba envenena.

De los males el menor, dice el refran. Siempre debe preferirse la soberbia del indómito á la del hipócrita.

Jamás el asesino de oficio mata con pistola.

El puñal abre las carnes y llega hasta el corazon sin hacer ruido.

Y es indudable que la hipocresía es una de las manifestaciones de la soberbia.

Dejando á un lado el beneficio tras el que camina el hipócrita, no puede negarse que hay mucho de terrible en su trabajo, de disimulo contínuo, y no poco orgullo al considerarse suficiente para engañar con éxito y confiar en sus fuerzas para lograr el fin que se propone.

Entre dos enemigos encarnizados, el que en virtud de algunas pruebas haya adquirido el convencimiento de su inferioridad, si escucha al odio y á la sed abrasadora de venganza, ó se echa en brazos de la traicion, ó emplea el engaño para que el enemigo deje de temer y pueda herirle á mansalva.

A vivir en la tierra el ángel caido, la seguridad de su impotencia habria hecho á su soberbia converger hácia la hipocresía.

Pero volvamos á la novela.

Damian tenia en su oficio más de lo que podia necesitar, dadas sus condiciones.

A pesar de sus veinte y cuatro años, era un viejo frio y excéptico para todo lo que no fuera su desapoderada ambicion.

Firme á sus propósitos y una vez elegida la norma de conducta que debia seguir siempre, comenzó á procurarse reglas invariables.

Y todo esto con el mayor cálculo y exquisita proligidad.

Comenzó por estudiar el modo de que en su semblante se leyese cierta beatitud inofensiva y que las inflexiones de su voz fuesen á esta en un todo conformes.

En muy poco tiempo se halló satisfecho de su obra.

Los ensayos hechos en cuanto á la exterioridad, no podian ser más completos.

Excusado es decir que en sus conversaciones con los parroquianos tuvo siempre mucho cuidado, y para ellos comenzó á ser tenido por un infeliz de bondadosas inclinaciones y un muchacho de todo punto inofensivo.

Oia misa todos los dias, colocándose siempre en lugar en que fuese visto de los vecinos, y oyéndola toda con una uncion y recogimiento que encantaba.

Por lo pronto el fruto inmediato de su fingida honradez fué el aumento de su parroquia.

Por regla general, su ocupacion le sujetaba únicamente dos dias á la semana.

El jueves y el domingo.

Sin embargo de esto, salia muy poco de su casa.

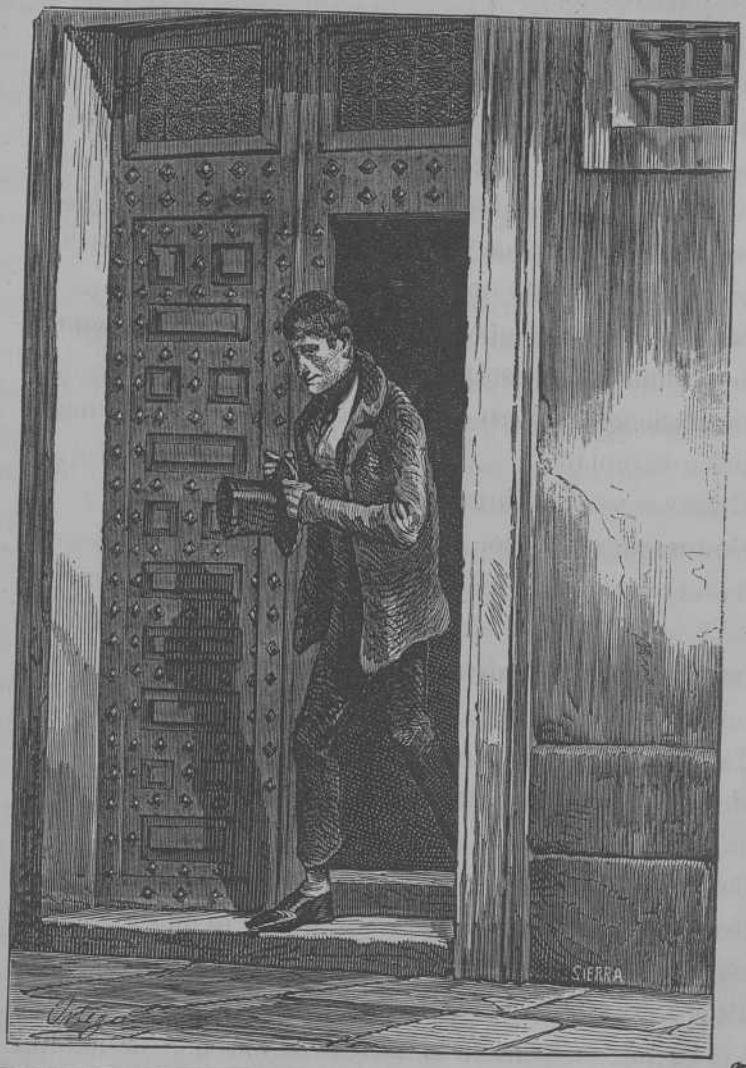
Habia aprendido á leer con el maestro que le enseñó el oficio. Y solo él, ya establecido, aprendió á escribir y contar.

Inútil será digamos que contra lo que prescribe la tradicion en los de su oficio, no tocaba la guitarra.

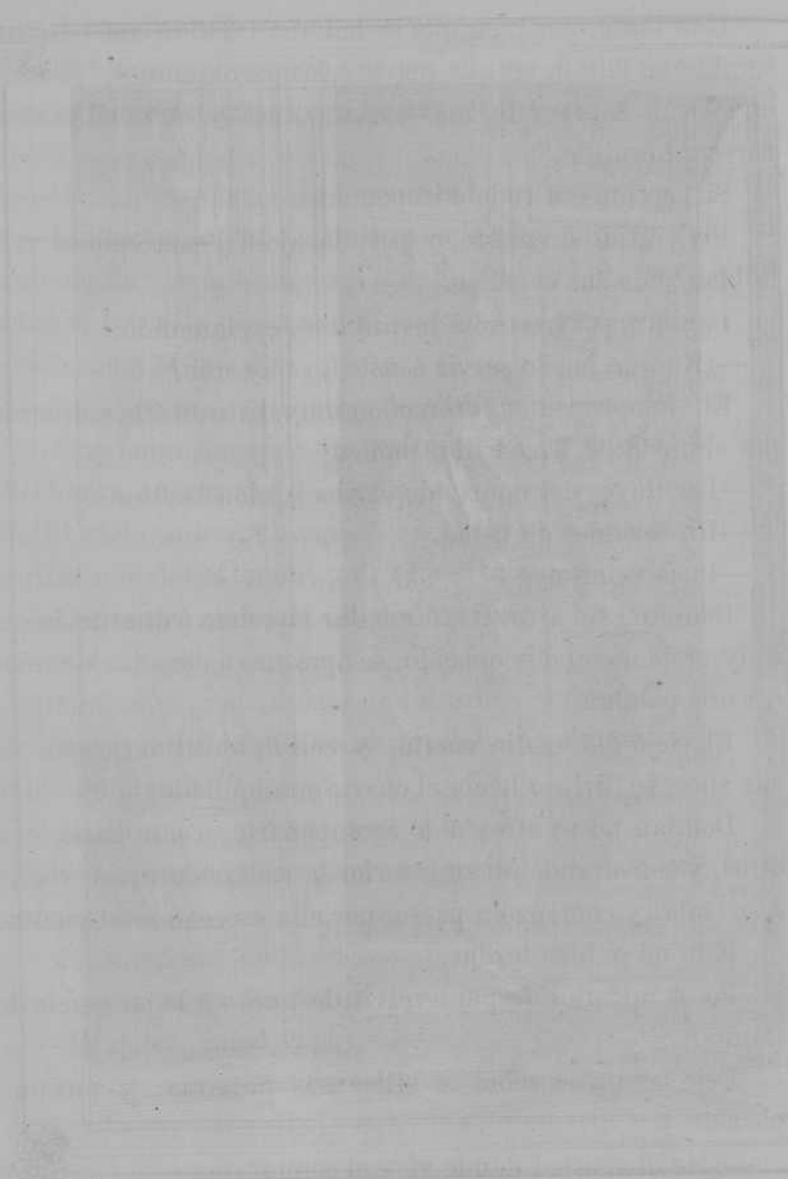
Tan inocente libertad no hubiera podido permitírsela sin desvirtuar en mucho sus propósitos de refinada hipocresía.

Cuatro ó seis meses ántes del momento en que le hacemos conocer á nuestros lectores, se ocupó el cuarto principal de la casa en que vivia, de un modo bien raro por cierto.

El propietario de la finca, viejo escribano de la Rota, dejó el encargo á Damian el barbero de enseñar la habitacion desalquilada, autorizándole, para evitarse molestia, el dar el cuarto en el precio que habian convenido, sin que tuviera él que distraerse de sus diarias ocupaciones.



Oia misa todos los dias, colocandose siempre....



Una tarde, pues, en que se hallaba Damian como de costumbre en la sala en que servia á los parroquianos, penetró en ella un hombre de más sesenta años y de condicion al parecer humilde.

Su aspecto era rudo é imponente.

Iba vestido de negro, y por debajo del sombrero se veia lo blanco de sus cabellos.

Damian se apresuró á levantarse, exclamando:

—¿En qué puedo servir á usted, señor mio?

El viejo, con una entonacion muy distinta á la empleada por el hipócrita barberillo, replicó:

—Las llaves del cuarto de arriba ¿quién las tiene?

—Un servidor de usted.

—Pues vengan.

Damian, sin atreverse á excitar la cólera á que debia ser muy propenso el desconocido, se apresuró á dárselas sin añadir una palabra.

El viejo dió media vuelta, y con la lentitud propia de sus años, se dirigió hácia el cuarto desalquilado.

Damian no se atrevió á acompañarle, como hacía con otros, y censurando en su interior la rudeza de aquel, volvió á su sala, y comenzó á pasear por ella esperando su vuelta.

Esta no se hizo tardar.

Pocos minutos despues volvia de nuevo á la presencia de Damian.

Dejó las llaves sobre la silla más próxima, y prorumpió así:

—¿Me dice usted dónde vive el casero?

—Es inútil, replicó Damian con la dulce sonrisa que habia hecho su compañera.

—¿Cómo inútil?

—Enteramente, puesto que por él me hallo autorizado para entenderme con el que quiera ser inquilino.

—Yá.

—De manera que si gusta, puede hacerlo así.

—Bueno; ante todo, continuó el viejo modificando un tanto su dureza ante la dócil amabilidad del barbero, haga usted el favor de decirme qué vecinos hay en la casa.

—Nada más que dos.

—Bien; pero.... ¿qué clase de gente?

—Una pobre que pide ahí enfrente en las monjas de San Plácido, y un servidor de usted.

El viejo calló un momento, como si meditara acerca del partido que debia tomar, y despues exclamó:

—Corriente; extienda usted el recibo por los tres primeros meses.

Damian no pudo ménos de mirarle asombrado.

El pelaje del inquilino no revelaba á primera vista tal sobra de metálico.

—¡Báh! se dijo para sí, será el criado.

No sé por qué se despierta mi curiosidad, y anhelo conocer al dueño.

En seguida añadió en voz alta:

—Voy á servir á usted en seguida. ¿A nombre de quién?

—De don Manuel Lopez.

Damian comenzó á extender el documento.

Al llegar á la mitad, se detuvo con cierto embarazo, y se quedó mirando al desconocido.

Este lo advirtió, y repuso:

—Qué, ¿se le ocurre á usted alguna duda?

—Duda....

—Diga usted lo que quiera.

—Que no me acordé, y aun no hemos hablado del precio.

Usted no sabe....

—Bien; consígnelo usted ahí, y despues le satisfaré lo que importan los tres meses.

Damian bajó la cabeza cada vez más asombrado, y continuó escribiendo.

Su curiosidad iba en aumento.

Así que hubo terminado, dió el recibo al viejo.

Este satisfizo en el momento la cantidad que en él se consignaba, y le guardó en el bolsillo diciendo:

—¿Espero quitará usted los papeles ahora mismo?

—Sí, señor, al momento.

—Corriente, replicó tomando las llaves y guardándolas igualmente. Usted lo pase bien.

—Vaya usted con Dios, señor mio.

—¡Ah! una cosa; será muy posible que la mudanza se verifique mañana, pero tampoco tendrá nada de extraño que se pasen ocho ó diez dias sin que tal suceda.

—Perfectamente, contestó Damian, cuando usted guste.

El viejo se despidió por última vez, y salió.

El barbero, siguiéndole con la vista, se dijo para sí:

—Vamos, no hay quien me lo quite de la cabeza, aquí hay misterio.

Milagrillo será que yo no lo descubra.

No sé por qué, me da el corazon que algo grave y trascendental voy á encontrar con esa gente.

¡Ello dirá! ¡Paciencia y calma!

A estas palabras acompañó una sonrisa especial.

Aquella sonrisa entreabrió la careta.

En aquel momento olvidó la hipocresía.

¡Estaba solo!

La campana de las monjas llamaba al rosario, y Damian, tomando su capita, salió de casa, y con paso lento se dirigió á la iglesia.

—¡Iba á rezar!...

CAPITULO II.

La infamia comienza á dar fruto.

A los cuatro dias de haberse alquilado el cuarto, se verificó la mudanza.

Damian, disimulando cuanto le fué posible, estuvo en acecho, pero en vano.

No vió otra persona que el viejo de siempre.

Llegada que fué la noche, tuvo que cerrar la puerta, y aunque se puso en expectativa, el éxito no llenó sus deseos más que á medias.

Al poco rato de estar en observacion, sintió el ruido de un coche que se detenia ante la puerta.

Miró por la cerradura, pero inútilmente.

Solo pudo escuchar el roce de un vestido de seda.

El coche desapareció en seguida, y todo volvió á quedar en el mayor silencio.

Sin embargo, Damian no desesperó.

Se habia empeñado en saber, y era forzoso lograrlo.

Desde estónces, y aunque siempre con el mayor tacto, comenzó á espiar.

De aquella casa nunca vió salir á nadie, mas que al que habia visto y hablado desde el primer dia.

Todas las tardes indefectiblemente, parábase un coche á la puerta, y descendia de él un caballero como de cuarenta años de edad, que permanecia en la casa de una á dos horas.

Damian, aunque sin desesperar todavía, iba confesándose vencido.

Todos sus esfuerzos eran inútiles.

Así pasaron dos meses.

Una mañana, despues de oir misa, al tiempo de penetrar en su casa, oyó ruido en la escalera.

Alguien bajaba.

Fingiendo que la llave no cedia bien á sus esfuerzos, decidió esperar.

Aquella vez iba á satisfacerse.

Al sentir junto á sí el ruido de los pasos, volvió la cabeza de pronto.

Era su vecino, el mismo de siempre.

Sin embargo, estuvo á punto de perder su serenidad habitual, viendo que aquel, contra lo que podia esperar, se dirigió á él exclamando:

—Oiga usted, vecino, ¿podemos hablar un momento sin que nadie nos interrumpa?

Damian hizo un gran esfuerzo para que no revelara su rostro la impresion que acababan de causarle aquellas palabras.

Contestó, pues, con la mayor naturalidad:

—Sí, señor, don Manuel, cuando usted guste.

—Pues entremos.

El barbero franqueó la puerta.

Un momento despues, se hallaban en la sala.

Sentáronse el uno junto al otro, y el don Manuel comenzó así:

—¿Usted no tiene familia?

—Nó, señor.

—Tal habia creido.

—No he conocido á mis padres, y hace tres años murió el único pariente que me quedaba, y que yo conocia.

—He oido hablar de usted, señor Damian, y muy bien por cierto.

El hipócrita se inclinó acertando casi á ruborizarse.

—Es usted un jóven, añadió aquel, como hay muy pocos.

—Usted me confunde, y agradezco mucho su bondad, contestó Damian inclinando su cabeza con candorosa modestia.

—Nó, señor, es la verdad.

Pero vamos á otra cosa.

Usted, segun creo, debe ser hombre dispuesto para hacer un servicio, siempre que en él crea hacer una obra de caridad, ¿no es así?

—Señor, en cuanto me es posible, procuro hacerlo.

—No necesita usted esforzarse para que lo crea, contestó el viejo con tono amable.

Sin embargo, una cosa hay que no he podido averiguar, y que espero de su bondad y franqueza me la conteste.

—Escucho á usted.

—Es la siguiente:

Hay obras de caridad de muy distinta índole unas de otras.

Las hay que exigen no más un desprendimiento pecuniario, y las hay que estriban únicamente en un servicio desinteresado y leal.

Comprenderá usted que de la primera no hablamos aquí, ni mucho ménos.

Damian se inclinó en señal de asentimiento.

Tratándose, pues, de la segunda, yo digo á usted:

Señor Damian, aun cuando los antecedentes que yo tengo hablan mucho en su favor, fuerza será que yo le pregunte: en una cuestion difícil, en un acontecimiento delicado ¿podré contar con su cooperacion, y más que nada con su silencio?

Damian, disimulando la alegría que le causaba el ver que sus ilusiones con respecto á los misteriosos vecinos comenzaban á convertirse en realidades, exclamó así:

—A nadie conozco ni me trato con más gentes que con mi pobre parroquia.

No soy expansivo, porque siempre he sido desgraciado.

No hay afecciones que me liguen, ni compromisos de ningun género que me sujeten.

Cualquiera puede contar con que sin esfuerzo alguno, aun cuando mis intenciones no me lo inspirasen así, sabré siempre no revelar secretos de otro, por lo mismo que no hay lazos, desgraciadamente, que me unan á ningun ser querido.

Me encuentro en el mundo completamente solo.

Habia tan humilde y candorosa expresion en el rostro del astuto Damian, que el viejo cayó en el lazo.

Se dijo para sí: este es el hombre que nos hacía falta.

Despues añadió en voz alta:

—Pues bien, señor Damian, no vacilo un momento en decir á usted el objeto que me trae en su busca.

Dentro de muy pocos dias, una señora, la que ocupa el cuarto principal y á quien yo sirvo, va á dar á luz una criatura.

Damian permaneció imperturbable, aun cuando dentro de sí experimentaba la más grande alegría.

El viejo continuó:

—Comprenderá usted que es inútil de todo punto le diga que los amores de mi señora han sido fuertemente contrariados, y que por lo tanto ha de envolverse en el misterio el nacimiento de ese hijo.

—Desde luego se comprende así.

—Aun á riesgo de que se resienta, debo decirle que mi señor es un alto personaje y que sabrá agradecer muy bien los servicios que se le dispensen.

—Don Manuel, replicó el barbero con refinada compuncion, ni he preguntado ni preguntaria jamás quién es el que demanda mi pobre é inútil servicio.

Dígame usted para qué me necesita, y qué es lo que debo hacer.

—Muy bien, señor Damian, no esperaba yo otra contestacion.

Sepa usted que yo he hablado al señor, y que en vista de los informes que de usted le he dado, teniendo yo por precision que ausentarme de la córte, usted va á ocupar mi puesto.

Para el objeto, esta noche se verá con aquel; y si, como no dudo, se convienen ustedes, mañana mismo saldré yo de Madrid.

—Muy bien, señor.

—¿Es decir que está usted dispuesto?

—Si me considera apto para ello, desde este instante me ofrezco con toda el alma.

—Corriente; entónces voy sin perder momento á noticiarlo al señor y preparar su entrevista.

—Ya sabe usted que yo no salgo de aquí ni un momento.

—Estamos conformes.

Hasta luego.

—Vaya usted con Dios.

Damian se quedó solo.

Cuando cerró la puerta, cuando se vió libre de testigos, pudo dejar á un lado la hipocresía que le era característica.

Comprendió desde luego que la fortuna al fin iba á acariciarle, y juró con toda la fuerza de su avaricia utilizarse de ella en cuanto le fuera posible, y aun cuando tuviese que echar mano de cualquier género de recursos para conseguirlo.

La fisonomía de Damian brillaba en aquel momento en su soledad de una manera satánica.

Con anticipacion gozaba ya de lo que creia tener entre sus manos.

Apénas se hizo de noche, oyó Damian, como siempre, el ruido del coche que se detenia á la puerta.

No se meneó siquiera.

Comprendió que se acercaba el momento deseado, y por primera vez en su vida tembló de impaciencia.

Con efecto, cinco minutos despues oyó llamar cautelosamente á su puerta.

Abrió diligente, y el viejo exclamó en seguida negándose con un ademan á pasar adelante:

—¿Está usted dispuesto?

—Sí, señor.

—Pues vamos.

—Cuando usted guste.

—¡Ah! creo inútil advertir á usted que le toca no interrogar en ningun caso.

Damian, conteniendo cierta sonrisa despreciativa, replicó:

—Señor don Manuel, agradezco la advertencia, aun cuando puede usted creer que estaba yo desde luego en hacer lo que me indica.

—Nó, le dire á usted, como tenemos costumbre de tratar con estos señores y sabemos por lo tanto lo que son, he querido evitarle un mal paso.

—De cualquier modo doy á usted las gracias.

—Vaya, conque en marcha, ¿éh?

—Cuando usted quiera.

—Pues andando.

Damian echó la llave á su puerta y siguió al viejo criado.

Una vez arriba, hízole seña este de que aguardara un momento, y desapareció cerrando tras sí la mampara de la sala.

Poco despues volvió á salir y le rogó que le siguiera.

Atravesaron la sala principal, adornada con gusto, y adelantándose un momento el criado, abrió la puerta del gabinete y con una seña hizo pasar á Damian.

Paseando con cierto aire de preocupacion se encontraba el dueño de aquella casa.

Podria tener de cuarenta á cuarenta y cinco años de edad, y lo arrogante de su apostura, así como la orgullosa altivez

que se veia impresa en su rostro, denunciaban al hombre aristócrata.

En cuanto el barbero puso el pié en el gabinete, el amo del viejo don Manuel se detuvo y le miró con extraordinaria fijeza durante un breve espacio.

—¿Usted sabe, exclamó por fin, sin dejar de observarle, para qué ha sido llamado?

—Nó, señor, contestó Damian con la aparente humildad que ya sabemos.

—¿Absolutamente?

—Diré á usted, don Manuel me ha dicho que despues de no sé qué informes, no habia dudado en venir á mí, porque, segun añadió, tenia que marcharse fuera, y era forzoso quedase aquí una persona de confianza que supiese defender á una señora, más que nada, con las armas del secreto y la discreccion.

Esto es cuanto sé.

De nuevo volvió á reinar el silencio.

Damian, con su contínuo dominio sobre sí, cuidaba de que su actitud revelase la tranquila calma del hombre honrado.

Su interlocutor, con el descaro peculiar á algunos individuos de la clase á que pertenecia, miraba á Damian, más que como una persona, como un objeto cualquiera.

El resultado de su exámen debió ser satisfactorio, por cuanto suavizando no poco la grave serenidad de su rostro, exclamó de nuevo:

—Señor Damian, por acá se le conoce á usted como hombre de bien.

El barbero se inclinó respetuosamente.

Aquel continuó:

—¿Usted se encuentra verdaderamente decidido á consagrarse en un todo á mi servicio?

—Señor, exclamó Damian afectando cierta extrañeza, no es eso lo que se me habia indicado.

—¿Pues qué se le dijo á usted?

—Pedir mi pobre cooperacion para no sé qué determinado servicio.

Yo acepté, porque creo que es la manera de pagar la confianza que se hace de mí sin conocerme.

Ahora se solicita una cosa muy distinta, un servicio continuado, y yo, sin rechazar la proposicion, debo permitirme algunas aclaraciones.

Yo, señor, tengo la suerte de no conocer la ambicion.

Vivo con mi pobre oficio, y como no tengo familia, veo con él satisfechas mis cortas necesidades.

Y no es que yo pida, señor; es tan solo hacer presente que de acceder á una proposicion que tanto me honra, he de saber bajo qué condiciones y á cuánto me obligo.

—Por demás justas y á propósito son sus palabras, señor Damian; pero haciéndome usted un poco de justicia, debió figurarse que yo no iria á consentir el que se le siguiese el más pequeño perjuicio por mi causa.

Vea usted lo que le ofrezco:

Dejará usted el oficio, en primer lugar, y vivirá usted aquí en esta misma casa; si usted quiere, yo me obligaré en la forma que guste, para si, lo que puede suceder, no conviniera al uno ó al otro la union que hoy se inicia, con el fin de resarcirle de los perjuicios que se le pudieran haber seguido con la suspension de su oficio.

Creo que este caso no llegará, porque estamos muy bien informados de lo que usted es y lo que vale.

En cuanto á sueldo, si usted quiere le fijaremos; pero creo que ha de tenerle mejor cuenta que eso quede á mi arbitrio.

—¡Ah señor! acepto con el más grande reconocimiento.

Yo no puedo consentir en modo alguno que extienda por escrito garantía de ninguna especie.

No creo que nadie tenga interés en causarme daño que yo no provoco ni incito.

Acepto, pues, y estoy á sus órdenes desde este momento.

—Muy bien, Damian; no le ha de pesar á usted semejante determinacion.

Ahora voy á hacerle una advertencia.

Yo no vivo en esta casa para nadie.

¡Que nadie sepa, Damian, que el marqués de Lézaro tiene que ver lo más mínimo con los que moran aquí dentro!

Estas palabras fueron pronunciadas con cierta severidad muy parecida á la amenaza.

Damian no oyó más sino que iba á poseer los secretos de un marqués, y que podia por lo tanto comenzar á llamarse feliz.

Excusado es digamos que acerca de tal prevencion le dió todo género de seguridades.

Desde aquel mismo dia, el barbero dejó su oficio.

Don Manuel, el criado de confianza del marqués, salió al siguiente de la capital.

En cuatro palabras vamos ahora á explicar las causas del misterio en que necesitaba envolverse el de Lézaro.

A propósito, inútil será de todo punto que digamos al

lector que el marqués de que nos ocupamos era el padre de Jacobo Cienfuegos, el altivo raptor de Julia de Olmedo.

La causa nacional que por aquella época levantaba en los pechos españoles el noble ardor de la independencia de la patria, sacó al opulento marqués de Lézaro de su casa de Galicia.

Unido con los vínculos de la sangre á las principales familias de la córte, al aparecer en ella tuvo por precision que hacerse visible.

Aun despues de calmada la primera efervescencia, á pesar de haber acaecido ya la humillacion de las altivas águilas francesas en las llanuras de Bailén, el marqués de Lézaro, obligado por las circunstancias, solo pudo visitar su familia en el período de cuatro ó cinco años, durante muy cortas temporadas.

Por entónces, muy poco tiempo despues del nacimiento de su hijo Jacobo, se relacionó con la familia de un bravo coronel residente en la córte.

Estas relaciones en un principio fueron casi oficiales, hasta que la casualidad vino á estrecharlas.

El coronel tenia una hermosísima hija de diez y siete años, á quien idolatraba.

Era única, y tanto de él como de su madre, recibia sin cesar ostensibles y repetidas pruebas de amor que para ella atesoraban sus almas.

El marqués de Lézaro, que á pesar de sus cuarenta años era apuesto y elegante, sintió al verla que aun no se habia apagado en su alma el fuego de las pasiones.

Desde aquel momento no tuvo mas que un pensamiento, llegar á poseerla.

Inútiles fueron los esfuerzos de su razon, que le presentaba en toda su desnudez la infamia que iba á intentar.

La deshonra de aquel matrimonio, felíz hasta entónces, y al que podia causar la más terrible de las desventuras.

La mancha cínica, asquerosa, eterna que habria de echar sobre la pura frente de aquella niña, no fueron bastante á que desistiera á tiempo de sus criminales apetitos.

Ya hemos visto al principio de esta novela quién era y cómo procedia Jacobo Cienfuegos.

¡Inexplicable y misteriosa semejanza!

¡A tales padres, tales hijos!

¿Será esto verdad? ¿Se darán en la práctica, en los hechos, algo más que excepciones de lo que se encierra en esas palabras?

¡Nó, queremos no creerlas!

Semejante idea hace daño, conturba la mente, apesara el alma.

Y sin embargo, ¡cuántas veces se observa ese terrible símil!

¡Cuántas veces á la edad de los desengaños, cuando la nieve cubre la cabeza del hombre y la ancianidad con su peso le hace inclinarse agobiado hácia la tierra que ya le llama, si la conciencia fatigada de acusar, se rinde al frio del cuerpo en que se encierra, y este vive más por sí que por su espíritu gastado y débil, la vista de su hijo, cayendo en los mismos errores en que él incurrió, ó entregándose á los mismos crímenes que hicieron su desventura, dan nuevo vigor á un remordimiento, y hacen que nuevas lágrimas corran de sus cansados ojos!

Dios mismo, en su infinita misericordia prepara nuestro arrepentimiento.

El paso es siempre duro, la tarea larga y dolorosa.

El verdadero dolor por lo que ya fué, por un pasado que no puede borrarse por nosotros mismos, conduce á la anhelada senda á cuyo fin aguarda el perdon de nuestras culpas.

El padre de Jacobo Cienfuegos murió ántes.

¡No se vió retratado en su hijo!

Quién sabe si una vida ejemplar consagrada al bien, le conquistó el premio apetecido; ó si, por el contrario, la muerte fué para él la primera hora de una desventura eterna....

Pero continuemos, haciendo alto en nuestras reflexiones.

Los sucesos aguardan, y deben ser siempre preferidos.

El marqués de Lézaro, léjos de desistir en su propósito, comenzó á ponerle en planta.

Le estorbaba el coronel, y bien pronto consiguió con sus influjos en la córte, que se le hiciese salir de ella para desempeñar una comision en el extranjero.

No pudo este evadirse en modo alguno de cumplimentar aquella órden y partir.

Quedaron, pues, solas madre é hija.

Tales enemigos no eran temibles para el marqués.

Inútil fuera que él pretendiese ocultar su matrimonio.

Hacía su persona demasiado viso para poder negarlo.

Así que, sin él pronunciar la menor palabra relativa á aquel asunto, pudo oir que allí era conocido.

Otro hombre ménos pérfido, si tal vez en el primer momento pudo abrigar semejante idea, de seguro que no habria encontrado fuerzas para empezar un ataque de aquella naturaleza.

Con la osadía más cínica comenzó á disparar sus primeros tiros.

La hija del coronel, sin experiencia alguna, llena la mente de quiméricos ensueños y de vanos fantasmas de dorado aunque falso brillo, se sorprendió al principio, no poco, de la intencion que creyó observar en las miradas y palabras del marqués; y como este, para evitar el escándalo, tenia que ocultarse de la madre, bien pronto llegó á encontrar un encanto, cuya principal causa era la inesperada forma en que se presentaba á sus ojos.

.... En esa edad, una jóven que ignora casi siempre los infinitos medios de seduccion que el hombre sabe poner en práctica, ignora del mismo modo que es tan fatal la pendiente que conduce á la perdicion, que el más ligero paso, al parecer inocente, lleva hasta el fin á la pobre víctima de su descuido.

Así sucedió en efecto.

Aunque las primeras citas solicitadas por el marqués no tuvieron respuesta, fué tan enamorada su insistencia, habia tantos juramentos en ellas de respeto sin límites, se revestia de tan sencillas formas, y se daba tan poca importancia á su peticion, que Lucía, que así se llamaba la hija del coronel, accedió por fin, aunque alimentando la idea de que lo hacía solo para que no la molestase en adelante.

Ello es que accedió al fin, y la entrevista tuvo efecto.

El marqués, en su devoradora pasion, no perdonó medio de ninguna clase.

Sembró el dinero entre los criados, entre vecinos, y hasta entre amigos y amigas de cierta índole, que siempre y en todas épocas son materia dispuesta, con achaque de protectores ó confidentes, á prestarse á amaños por el estilo.

El primordial pecado de Lucía, acaso el más grave, fué

el de creer que se bastaba á sí misma y no consultar con su madre tan grave ocurrencia.

Además, y debemos consignarlo en pró de la virtud, que no transige en modo alguno con las asechanzas que puedan tendérsele.

A la hija del coronel la deslumbró la opulencia y fausto del de Lézaro.

Poco á poco fué dejándose caer en brazos de las ilusiones, y ya no se apartó un momento de su mente el porvenir de oro y azul que veia al alcance de su mano.

Al fin triunfó la infame astucia del marqués.

Al fin aquella jóven aturdida cayó del todo bajo las garras del milano.

Se dió el último escándalo.

Una noche Lucía desapareció misteriosamente de la casa paterna.

La deshonra del coronel se consumó.

Con el mayor sigilo habia procedido el de Lézaro hasta conseguir su objeto, y no fué menor el que empleó despues para conservar la presa de su codicia.

En nadie confió más que en su criado Manuel, y siempre uno y otro usaron de las mayores precauciones.

En todo esto habian pasado cuatro meses, y la comision del coronel habia terminado.

El infeliz padre ignoraba aun todo el espantoso de la desdicha.

Quince dias ántes de su vuelta á Madrid, ocurrió la desaparicion de Lucía.

Su desgraciada madre hallábase en el lecho del dolor próxima á morir.

El golpe habia sido terrible.

La herida que abrió en el corazon, incurable.

El marqués de Lézaro supo el dia del regreso del coronel, y se dió tan buena maña para evitar el peso de su justísima indignacion, que en la misma noche en que aquel se verificaba, le hallaron muerto pocos pasos ántes de llegar á su casa.

Lucía, por supuesto, ignoró por entónces aquel nuevo crímen.

El desencanto de la infelíz extraviada no tardó en llegar.

Cuando ya no habia remedio, cuando era imposible que su corazon recobrara su perdida calma y que colorase sus mejillas el divino carmin de la pureza, se preguntó con verdadero espanto, cómo no habia adivinado la situacion que la aguardaba, el porvenir que elegia.

Encerrada siempre, huyendo de todos, esquivando hasta el ligero trato con los criados, vió con inmensa pena, con honda amargura, que ciega é ilusa se habia dejado llevar de una quimera, de una mentira que echaba sobre sí consecuencias harto trascendentales é irremediables.

El recuerdo de su madre aumentó los pesares que apenaban su alma.

Un solo acontecimiento vino, ya que no á desterrar su tristeza, á hacerla algo más soportable la vida.

Iba á ser madre, y este solo pensamiento la consoló algun tanto.

CAPITULO III.

Una inspiracion de Damian.

Ya que conoce el lector, siquiera haya sido algo someramente, las razones que aconsejaban el misterio y la oscuridad al marqués de Lézaro, continuemos la narracion de los acontecimientos.

Lucía ya tenia un hijo.

A los dos meses de haber nacido, el marqués tuvo forzosamente que volver al lado de su familia, donde no solo el deber, sino tambien altos intereses, le llamaban junto á ella imperiosamente.

Era la primera vez que iba á ausentarse de la córte desde sus amores con Lucía.

Esta hubo de acceder á las razones que aquel invocó, y el marqués por fin se arrancó de su lado para volver junto á su esposa.

Dió á Damian todo género de instrucciones y advertencias, previniéndole que velase por su hijo, y que en cual-

quier circunstancia grave, no dudase en escribirle noticiándola.

Damian, pues, quedó en la casa con el carácter de intendente ó mayordomo especial.

Pasó medio año, y en todo este tiempo nada nuevo aconteció en aquella casa, excepto dos cosas.

La una de ellas era el odio instintivo que Lucía profesaba á Damian, odio que no dejaba de resaltar en las cartas que escribia al marqués.

Sin embargo, como el antiguo barbero escudábase siempre tras la hipocresía más refinada, y sabía aparentar con todo el mundo, y especialmente con Lucía, una mansedumbre y honradez á toda prueba, esta no podia fundar en nada las causas de su instintiva animadversion.

Dijimos que dos cosas no más habian surgido allí.

La una acabamos de referirla. La otra era que Damian, que no queria á nadie, en lo que se diferenciaba de Lucía, íbale pareciendo que pasaba mucho tiempo sin que se realizasen importantes acontecimientos de que poder sacar partido, y ya su ambicion comenzaba á aguijarle para que se fijase en algun proyecto digno de ser llevado á cabo.

En este estado las cosas, un dia, al entrar en la casa, vió que en la acera de enfrente un jóven como de veinte y dos á veinte y cuatro años, miraba hácia los balcones de Lucía con ansiosa fijeza.

Miró él á su vez, y vió á la jóven que por detrás de los cristales dejaba ver su linda cabeza por entre las colgaduras.

Entróse en el portal en la seguridad de que no habia sido visto por aquel centinela improvisado, y estuvo un buen rato al acecho.

No le quedó la menor duda.

Aquel jóven hermoso y elegante se hallaba enamorado de Lucía.

Su primera intencion, revestido como se hallaba de la autoridad más omnímoda, fué la de disponerlo todo y trasladarse de domicilio al dia siguiente.

Despues, ó mejor dicho, en el momento, rechazó semejante idea.

Una sonrisa extraña contrajo sus pálidos y delgados labios, y solo murmuró al tiempo de ganar la escalera:

No sería malo que....

Veremos si eso dura unos dias, y entónces se tratará.

Desde aquel momento Damian se constituyó en espía del jóven desconocido.

Aquel no sabía si el rondador era ya parroquiano de la acera de enfrente hacía algunos dias, ó si comenzó su empresa amatoria desde el mismo en que le habia visto.

De cualquier modo y para su objeto, se propuso velar con asiduidad.

Damian era hombre de mucha calma, siempre y cuando que el emplearla le pudiera traer algun beneficio.

Pasaron ocho dias, y cuando ya se convenció que el asunto iba de veras, y que no debia dejar la cuerda tan tirante, salió una tarde, cerca ya del anochecer, y cuidando mucho de no ser visto por los de la casa, hizo seña al jóven de que se acercara.

Este, convencido de que era á él á quien se llamaba, atravesó la calle y se acercó á Damian con extrañeza.

—¿Es á mí á quien usted llama? dijo con cierta inflexion de superioridad, aunque no exenta de finura.

—Sí, señor.

—Y bien, ¿qué se le ofrece á usted?

—Yo quisiera que habláramos de un asunto que ha de interesarle bastante, dijo Damian, siempre con su melífluo acento y su aspecto de beatitud.

—Pues bien, estoy á sus órdenes.

—Es que este sitio no me parece el más á propósito para el objeto.

—Pues bien, ¿dónde.

—Si no tuviese usted mucha prisa, podíamos dar un paseo, y se enteraria de lo que necesita.

—Es que hoy precisamente.... repuso el jóven mirando de soslayo hácia la casa de Lucía.

—Es que precisamente, se apresuró á añadir Damian, que habia sorprendido aquella mirada, tenia yo que hablar á usted de algo que se relaciona con aquella casa.

—¿De veras? exclamó el jóven sin poder disimular su alegría.

—Como usted lo oye.

—¡Oh! pues estoy á sus órdenes.

Vamos donde usted quiera.

Damian le indicó con un gesto que podian seguir en la direccion en que se hallaban, y ambos se dirigieron hácia la calle de la Puebla.

El simpático rondador, aunque deseaba cuanto ántes oir á su desconocido, pudo dominar su impaciencia, y continuó á su lado sin atreverse á proponerle que dejara el silencio que habia adoptado.

Y es que Damian se ocupaba entónces en arreglar en su mente la manera de comenzar la entrevista.

Queria dirigirla á su antojo y por buen camino.

Así que hubieron llegado á la calle de la Montera, Damian se detuvo ante la puerta de una botillería, que si mal no hemos oido, se hallaba en el mismo sitio que hoy ocupa el antiguo café de frente á la red de San Luis.

El antiguo barbero propuso al jóven que penetrasen allí, y este aceptó de buen grado.

Deseaba ante todo satisfacer su curiosidad.

La botillería se hallaba desierta de parroquianos en aquella ocasion.

Eligieron una de las mesas más retiradas, y así que se hallaron solos, Damian comenzó así:

—Caballero, empiezo por pedir á usted mil perdones por mi atrevimiento.

—No hay por qué, señor mio.

—Muchas gracias.

—Creo que cuando así ha obrado, será porque tenga algo que comunicarme.

—Justamente, eso me ha decidido.

—Pues bien, estoy á sus órdenes.

—Seré breve.

—Le escucho.

—¿Ama usted á la señorita que vive en la casa de enfrente al lugar en que le hallé esta tarde?

—¡Caballero!

—¿Qué tiene eso de particular?

—Me parece....

—Vamos, señor, continuó Damian con su más amable sonrisa, ni eso tiene nada de extraño, ni hay para qué deba ocultarse.

—Perdone usted, siento no ser de su opinion.

—¿Cómo?

—Hay cosas acerca de las cuales se debe proceder con cierta reserva.

Supóngase usted que fuese como cree; ¿sé yo por ventura con quién hablo?

—Hasta cierto punto tiene usted razon.

—¡Oh! creo que en todos conceptos.

—Nó, señor, óigame usted.

En primer lugar, no me parece que verá usted en mí un rival, ¿no es cierto? continuó con una sonrisa llena de candidez y naturalidad.

—Nó, confieso que no lo he creido ni un solo instante.

—Muy bien. Parte interesada que se manifieste hostíl, tampoco.

—Eso....

—¡Ah! caballero, yo no entiendo de achaques de amor, pero me parece que á ser así, no hubiera permanecido en silencio tanto tiempo, cuando creia llevar á mi lado el que trataba de estropear mis cálculos, ó al que no aceptara yo por cualquier otra causa.

Hemos de convenir en esto, me parece.

El jóven se inclinó sonriendo.

—Muy bien, continuó Damian. Ahora, dejando á un lado los dos casos citados, yo por precision, siendo como soy de la casa, he de pertenecer á un partido que no ha de ser muy contrario á usted.

—¿Será posible?

—¿Quién lo duda?

—¿Luego es decir, prosiguió el jóven con entusiasmo, que usted....

—Yo no he dicho nada todavía.

—Sí, pero....

—¿Qué?

—Si no pertenece usted á ninguno de los tres que citó primero....

—¿Debo pertenecer?... replicó Damian sonriendo.

—Al cuarto, eso es natural.

—Por lo ménos es muy lógico.

—Y bien, ¿me he equivocado?

—Nó, señor; así es.

Yo deseo, ántes que todo, la felicidad de esa jóven, y nunca haré bastante para conseguir que de ella disfrute.

—Pues bien, siendo así....

—No he vacilado un momento en decidirme á hablar á usted.

—¡Oh! ha procedido como debe.

—Tal creo.

—Hable usted, le escucho con toda mi alma.

—Ante todo, vuelvo á reiterar mi primera pregunta, prévio su consentimiento.

—Tiene usted el más ámplio.

—Gracias.

—Es un deber.

—Pues bien; ¿ama usted á esa jóven?

—Con toda mi alma.

Damian clavó sus ojos en el desconocido.

Con efecto, dijo para sí, aunque yo no entiendo mucho de eso, este hombre no miente.

Y replicó en voz alta:

—Vamos, yo me alegro de que así sea; pero ¡ay, amigo mio, continuó con aire de compuncion, no sabe usted lo que le aguarda!

El jóven, al oir esto, palideció.

Creia que el hombre que le hablaba era un infeliz, un corazon honrado dispuesto á sacrificarse por la que amaba, y no dudó, no podia dudar de la sinceridad de sus intenciones.

Damian era un actor consumado.

Su exterior, las inflexiones de su acento, todo, en fin, llevaba de confianza y hacíale pasar por un hombre honrado é inofensivo.

—Explíquese usted, exclamó por fin el jóven, se lo ruego.

Damian permaneció en silencio.

Con sus ademanes dió á entender que vacilaba en penetrar de hecho en el terreno de las confianzas.

El jóven enamorado lo advirtió, y repuso con noble entusiasmo y expansiva franqueza:

—¡Oh! ¡no se detenga usted, se lo suplico!

Mi amor es tal, que bien merece, que es digno de guardar un secreto en el santuario en que se alza.

Ya no es tiempo de retroceder, continuó con acento suplicante, ni lógico ni concebible será que nos separemos como dos indiferentes.

Hable usted, pues, en nombre de lo que más ame.

Damian sintió una alegría satánica.

El amante no podia ser más á propósito para cualquier cosa.

La suerte le seguia favoreciendo.

Como era natural, no tan solo ocultó la satisfaccion que experimentaba, sino que su semblante continuó aun entristecido y apesarado.

Por fin, como si merced á un supremo esfuerzo cediese á los ruegos del jóven, exclamó:

—Pues bien, hablaré. Yo no creo en último caso que, sea cual fuere el resultado de su noble empeño, abuse de la confianza que me merece.

—¡Oh! puede usted creerlo, replicó el jóven fuertemente pálido.

—Verdad es que yo arriesgo mucho, continuó Damian, como si no hubiera oido las últimas protestas del pobre amante, y que el paso que doy es altamente expuesto; pero no importa, suceda lo que quiera, tendré la satisfaccion de que las intenciones que me guiaron son las más desinteresadas.

Oiga usted, caballero, ¡estoy resuelto!

—¡Escucho con toda mi alma!

Damian, como si meditara aun sobre tan grave paso, llevó la mano á su frente, hizo un gesto como de dolor, y despues de un breve silencio exclamó:

—¡Esa jóven es huérfana y su vida pasa como usted ve! ¡Jamás sale á la calle! Hace muchos años que no se trata con nadie más que con los criados.

Se diferencia, en una palabra, de las que á Dios se consagran en las soledades del cláustro, en que á través de los cristales de su balcon puede ver la gente que discurre por uno y otro lado.

¡El tutor la guarda muy bien!

—Pero diga usted, exclamó el jóven fuertemente indignado, ¿no hay leyes que favorezcan y amparen al oprimido?

¿Quién concede á ese hombre tales derechos?

Damian se encogió de hombros tristemente.

Aquel continuó:

—¡Semejante iniquidad apénas se concibe!

Dispense usted que le haya interrumpido; pero no he sido dueño á contenerme.

¿Quién no protesta contra semejante iniquidad?

—¡Oh! no me extraña, caballero, su noble indignacion.

¿Cómo ha de extrañarme si yo participo de ella, si yo mil veces, á no ser por el cariño que la profeso, hubiera salido de esa casa para no sufrir con lo que en ella pasa?

¿Dice usted que quién no protesta contra semejante indigna tiranía?

Por ventura, ¿puede hacerlo esa pobre niña, que á vista de ese hombre palidece y tiembla?

Otra persona hay que podria hacerlo, continuó bajando la vista y con voz casi apagada; pero no puede.

—¡Oh!

—Esa persona soy yo, ¡á qué negarlo!

—¿Y bien?

—¡Tampoco he conocido á mis padres!

Le debo todo, ¡hasta la existencia! Diga usted, caballero, ingénuamente, ¿puedo hacerlo?

¿Bajo qué título, en mi condicion humilde, puedo alzarme, no solo á criticar sus actos, sino lo que es más, á provocar un escándalo?

—¡Oh! tiene usted razon, no es posible, contestó el jóven con hondo desaliento.

Hubo un instante de silencio.

Damian observaba á hurtadillas al amante, y veía con placer que no podia encontrarse más blanda cera.

Decidido á darle el último golpe, prorumpió:

—Ya ve usted cuál es la situacion en que nos encontramos.

Yo creo que no está todo perdido, aun si bien me falta decir á usted la verdadera causa del proceder que observa su tutor, el hombre á quien tanto debo.

Este tiene un hijo fuera de España há más de tres años, y quiere casarlo con su pupila.

Segun parece, cuando murieron los padres de esta, dejaron entrever tal deseo, aun cuando haciendo la advertencia de que tal cosa no obligaba en modo alguno á su querida hija, si no era de su gusto aquella union.

Mi protector es rico, pero lo es la niña mucho más, y naturalmente, con la influencia que sobre ella ejerce no ha de consentir se pierda tan provechosa alianza.

Y la observacion de los padres al encargársela fué profética, porque la niña no tiene al hombre que la destinan el cariño suficiente para unirse á él con tan sagrados é indestructibles lazos.

—¡Ah! ¿ella no le ama?

—Nó, señor.

—Entónces.... añadió el jóven con impetuosidad, no se ha perdido aun todo.

—¿Cómo?

—Que cabe la lucha, y que puede salirse victorioso.

—Eso sí; pero...

—Explíquese usted.

—Que para que tal suceda, fuerza será contar con la aquiescencia de todos.

—Y bien.

—¿Usted sabe si la jóven querría oponerse franca y abiertamente?

—¡Oh! es verdad, me dejé llevar un momento de la indignacion que sentia mi alma.

¿En virtud de qué título puedo yo oponerme, cuando hasta ignoro si mi amorosa pretension llegará á tener acogida?

Fueron dichas estas palabras con tan triste entonacion, con tan amargo desconsuelo, que Damian se apresuró á añadir:

—¿Pero usted se ha insinuado ya?

¿Es conocida su honrada idea?

—Nó, señor.

—Entónces....

—¿Qué?

—Que todavía no debe usted desesperar.

—¡Oh! si ella conoce las intenciones que abriga su tutor, no querrá tal vez oponerse á ellas, y para mejor realizar su sacrificio, no dará oidos á ningun amante.

—Pues bien, eso se ve, se prueba.

—Será inútil.

—Si usted lo cree así....

—Lo temo.

Damian comenzó á darse á los diablos.

Estaba viendo que aquel hombre iba á ser todavía más blando de lo que él podia desear.

Era forzoso animarle para no perder una ocasion que creia tan magnífica.

Así fué que exclamó:

—Mire usted, caballero, yo sé que en lo que voy á decirle,

que en lo que voy á ofrecer, no procedo como debo; pero francamente, bien sabe Dios que me levanto contra la iniquidad, no contra el hombre á quien tanto quiero.

No sé por qué, me da el corazon que no han de ser inútiles vuestros deseos.

Y francamente, puede creer que yo no hubiera en modo alguno dado el paso que dí, si usted no me hubiese sido simpático, si yo hubiese creido leer en su rostro que sus intenciones son rectas y nobles.

Tal vez parezca á usted extraño lo que voy á proponerle.

Así y todo me decido.

¿Quiere usted aceptar mi pobre cooperacion para el logro de sus intentos?

Si tal es su deseo, no tenga usted el menor reparo.

Si cree usted que soy demasiado jóven para desempeñar este género de comisiones, sepa que por mis circunstancias, por mi vida pasada y el modo de ser de mi alma, soy ya muy viejo.

No vacile usted en hablar conmigo con toda sinceridad.

—¡Oh! sí, señor, acepto.

Excuso decirle cuán grande será siempre mi agradecimiento.

—Vamos, vamos, no hable usted así.

Aquí todos marchamos á una.

De salir bien, ganaremos todos.

Conque quedamos en eso, ¿éh?

—¿Cómo nó, si me propone usted un lenitivo á la ansiedad que me devora?

—Pues nada, entónces manos á la obra.

—¡Oh! diga usted, diga usted qué es lo que debe hacerse.

—En primer lugar, escribir usted una cartita, y yo me encargo de que llegue á su destino con las debidas precauciones.

—Tiene usted razon.

—Eso puede hacerse esta noche.

—¿Y cuándo se la daré á usted?

—Mañana á las ocho.

Me espera usted en la iglesia que hay enfrente de casa, y por la tarde le diré si ha habido algun resultado.

Acordado así, salieron de la botillería, y Damian se despidió dirigiéndose hácia su casa.

Apénas llegó, encerróse en su cuarto, y comenzó á estudiar la manera de servirse de la candidez del pobre enamorado.

CAPITULO IV.

Meditemos.

Lector, el presente brevísimo capítulo nada tiene que ver relativamente á la fábula de nuestro libro, aunque sí, y mucho, respecto á su intencion filosófica.

Es un pequeño paréntesis, y nada más.

Si tu ánimo no se halla dispuesto al análisis frio; si temes, en virtud de cierta predisposicion de la mente, marchar á mi lado, junto á mi pensamiento, recorriendo estas páginas por lo que ellas pudieran hacerte discurrir, por las melancólicas reflexiones á que te condujeran, sáltalas y reanuda la accion de los acontecimientos.

En cambio te haré la súplica de que me perdones este desahogo.

Estamos en semana santa.

¡Meditemos!

¡Perenne es la lucha de la humanidad! Do quiera que el hombre ve enfrente de sí á un semejante suyo, hijo de Dios

como él, piensa tan solo en dominar, en ser tirano y utilizarle para su egoismo.

Por eso es tan lenta la obra de la humanidad; por eso pasarán siglos de siglos ántes de que el hombre conozca sus deberes y los practique.

En los primeros tiempos, en la infancia del mundo, á que nosotros llamamos barbárie, la lucha era más inocente, carecian de historia, y su astucia no podia robustecerse, faltaban modelos.

La tradicion es una gran cosa, ¡pero tambien es un arma terrible!

La sutileza del hombre, aguijada por la soberbia, por el egoista yo, que sin cesar resuena en nuestro oido, la modifica con argucias y como cuadra á su antojo.

Hay hombres tan *soberbiamente* esclavos de su ídolo, del que, segun Bacon, llena su alma, que no se contentan con adorarle en la soledad, sino que es fuerza que le paseen orgullosos á la luz del dia.

Por desdicha nuestra, nunca faltan absurdos ni doctrinas nuevas.

La luz ficticia del error flamea de contínuo, y sus tétricos resplandores deslumbran y fatigan los ojos de nuestra alma.

La verdad avanza, es cierto, avanza siempre, salvando todos los obstáculos; pero su marcha es lenta, aunque firme, y á veces parece como que se detiene á cobrar aliento en su peregrinacion de tantos siglos.

Entónces, en estos interregnos, alza su negra frente el ateismo, mejor dicho, la mentira, y nunca falta un *apóstol* que arroje al viento su perniciosa semilla, ya se llame Mahoma, Pelagio ó Arriano, Lutero ó Renan.

Estos grandes soberbios, espuma hirviente de la gran catarata que se llama mundo, sofocan á la generalidad dividiéndola.

La discordia es su arma de más empuje, y esta se agita lo mismo en el fondo que en la superficie, en grande y en pequeña escala, en toda clase de subdivisiones.

La union es la fuerza, es cierto; mas ¡ay! que será imposible verla realizada sin que el mútuo amor no sea en el hombre, sin que este se diga de contínuo: *no harás á otro lo que no quieras para tí.*

¡Y así pasan los años! ¡Minutos, instantes para esa cosa inconmensurable que se llama humanidad, y grandes, considerables fragmentos en la pequeña y limitada vida del hombre! Obreros todos del magno edificio de la civilizacion, no parece sino que en nuestra desatentada altivez creemos poder levantarle solos, y hasta impíos y sacrílegos, imitando á Ayax, amenazamos al cielo con el puño al reconocer nuestra insuficiencia.

¡Y el hombre lucha contra el hombre!

Y toda piedra que en aquel coloca el prójimo, se nos figura acto atentatorio de un derecho exclusivo que nos forjamos.

¡Y la lucha, por tanto, es rencorosa, continuada, perenne!

¿Por qué no cesa?

¿Será que el hombre, cual otro Ashavero, marcha empujado por tan fatal pendiente, para que en el mañana que empieza al morir, lleve su alma mucho que purificar?...

¡Misterio, misterio siempre!!

Para endulzar nuestra mísera existencia tenemos, no

obstante, un modelo que seguir y un purísimo manantial, fuente de todo consuelo.

El modelo es el hombre Dios con su santa doctrina, que enseña á amar á los que nos aborrecen, y que dijo á las criaturas: ¡Todos sois hermanos!

El manantial purísimo es la Iglesia, anchuroso redil que admite en su seno á los hijos de ese Dios, todo cariño, todo bondad y misericordia.

Cámbiense los términos de la lucha que á la humanidad trabaja; despiértese en el hombre, no la envidia que le consume paralizando sus fuerzas, sino la emulacion levantada de hacerse digno siquiera de aquel que vino al mundo á purificar de sus culpas al género humano.

Que el hermano diga al hermano: une tus fuerzas á las mias para que la verdad se abra paso hasta nosotros.

¡Amémonos, y el triunfo será nuestro!

¡Hermoso dia será aquel en que la virtud en el mundo tenga por pedestal los brazos de sus hijos!

La soberbia, nuestro vicio dominante, propende á elevarnos á una grandeza ficticia; la caida es inevitable.

La humildad, el mútuo amor, la conciencia, en fin, de nuestra pequeñez, dan seguridad y firmeza á nuestro débil paso.

El cuerpo no desfalle, la conciencia no sufre.

Amémonos, pues, y la verdad, abriéndose camino sin tropiezo alguno, alumbrará nuestras inteligencias.

¡La civilizacion que hermana, la religion que enseña á amar, serán el bálsamo que mitigue los dolores de esta vida y la segura esperanza de una dicha eterna!...

. . . . . .

CAPITULO V.

Estratagemas.

Volvamos al lado de Damian, muy pocos dias despues de la entrevista que tuvo con el incógnito amante de Lucía.

No podia marchar el asunto de una manera más conforme á sus deseos.

Con una habilidad y un cálculo verdaderamente pasmosos, sostuvo la correspondencia con aquel jóven, que se creyó trasportado al quinto cielo al recibir el sí de la que amaba, á las muy pocas cartas.

Digamos aquí cómo habia procedido Damian.

Apénas, y segun convinieron, tuvo en sus manos la carta del amante, se retiró á su habitacion y la copió.

En seguida, aprovechando una oportunidad, fué á colocarla en el tocador de Lucía, y en un sitio en que comprendió que debia ser descubierta al punto.

Hecho esto, esperó.

No habria pasado una hora, cuando recibió aviso de que la jóven queria verle.

Sonrió en silencio, y sin detenerse un punto marchó en su busca.

Lucía era, con efecto, una hermosa jóven.

Su hermosura, no obstante, era de esas que hablan más á los sentidos que al corazon.

La voluptuosidad irradiaba de sus negros ojos, perezosamente entornados casi siempre, y el sensualismo, de sus lábios rojos y húmedos.

Ya dijimos que Lucía, desde el momento que olvidó sus deberes, comenzó á sufrir; sin embargo, desde que fué madre mitigóse su amargura en cuanto era posible.

Su hijo fué para ella el mejor de los consuelos.

Así que Damian se hubo anunciado discretamente, Lucía, que se hallaba sentada junto á la elegante cuna en que dormia su hijo, tomó la carta que tenia sobre un velador al alcance de su mano, y al mismo tiempo exclamó:

—Adelante, Damian.

Abrióse la mampara, y el antiguo barbero penetró en el gabinete, acercándose á Lucía con su acostumbrada mansedumbre.

La jóven, procurando aparentar una afectuosidad que jamás sentia hácia aquel, prorumpió así:

—Damian, le llamo á usted para una cosa muy grave.

En el semblante de este se fingió hasta la perfeccion cierto asombro cuidadoso.

En seguida contestó:

—¿Cómo grave, señora? ¿en qué sentido?

—Usted juzgará.

No hace todavía una hora que salí de este gabinete, y precisamente estuve arreglando el tocador.

Cuando he vuelto hallé sobre él esta carta.

Damian, afectando como anteriormente la más viva extrañeza, se apresuró á exclamar:

—Señora, decia usted muy bien, eso es muy grave. Por lo ménos hay dentro de casa alguna persona que se halla en inteligencias extrañas con alguien de fuera.

Y esa carta....

—Léala usted.

—¡Oh! señora, en todo caso me bastará saber lo que contiene.

—Nó, mi deseo es que usted mismo la lea.

—Como usted quiera, replicó Damian, tomándola con la afectuosa humildad que usaba siempre.

Hizo como que la leia, y despues, cual si sintiera un desaliento terrible, volvió á exclamar:

—Señora, ante todo me atrevo á dar á usted las gracias por la conducta observada, en nombre del señor marqués.

—¿Qué es eso? ¿temia usted acaso, prorumpió la jóven con severo acento, que en semejantes circunstancias obrara yo de otro modo?

—¡Oh! nunca, señora.

—Entónces ¿á qué agradecer como inopinado un paso que no puede ser más natural?

Vamos, confiese usted, señor Damian, que ha dado una pifia, que espero sienta, y que me lisonjeo será la última.

Damian, que sabía de sobra ocultar á los ojos de todo el mundo las diferentes sensaciones que experimentaba, reci-

bió aquella repulsa con la vista fija en el suelo y la afliccion pintada en el rostro.

Sin embargo, contestó así:

—Señora, en cualquiera ocasion sentiré dar motivo á que se me reprenda; pero hoy lo siento más que nunca, porque mi comportamiento y mis palabras hijas han sido del entusiasmo con que ví la digna y juiciosa resolucion que habia adoptado.

Acepto, no obstante, la reconvencion, y procuraré tener en cuenta la advertencia que envuelve.

—Bien, dejemos eso, se apresuró á contestar Lucía, creyendo haber ido demasiado léjos para con Damian.

En seguida añadió:

—¿Qué le parece á usted que hagamos?

—Señora, sobre el particular quisiera yo ántes oir su opinion.

¿Qué cree usted que debe hacerse?

—Va usted á oirlo.

En primer lugar, sepa usted que no me gusta hacer las cosas á medias, y el mal debe cortarse siempre de raiz.

Damian asintió con un movimiento de cabeza.

—En su consecuencia, continuó la jóven, me hará usted el obsequio de despedir hoy mismo á los criados.

—Señora, estamos perfectamente de acuerdo.

Eso mismo iba yo á proponer á usted ántes.

Porque ello es indudable; usted dice que en el espacio de una hora han dejado la carta, y en ese tiempo tengo la evidencia de que nadie ha entrado ni salido de casa.

—Pues ya ve usted, más en mi abono.

—Corriente, entónces ahora mismo....

—Sí, que se vayan todos.

Damian dió dos pasos hácia la puerta.

De pronto y como si le hubiese ocurrido en el acto una idea nueva, se volvió hácia la jóven, exclamando con la mayor naturalidad:

—Cuando me llamó usted, escribia al señor marqués, y voy ahora á continuar despues de cumplir su deseo.

¿Supongo que lo ocurrido no deberé consignarlo en la carta?

Lucía cayó en el lazo.

Despues de aquel incidente, en el que mostró tan digno resentimiento, creyó que era en cierto modo rebajar su dignidad el decir á Damian que no lo noticiase á su amante.

La astucia del taimado hipócrita produjo su efecto.

Lucía le instó á que de lo sucedido se diese cuenta al marqués.

Damian habia triunfado.

Sucedió hasta lo que él mismo no esperaba.

La misma que iba á ser su víctima dictaba, sin saberlo, el principio de su proceso.

Por lo tocante al enamorado don Fernando Espinosa, que así iba firmada su declaracion amatoria, decidió no contestarla para que se aumentara el afan con la impaciencia y la duda.

Al marqués le relató lo de la carta, aunque al final de la que le escribia y como cosa de poca importancia.

Decia así:

«Me olvidaba decir á V. S. que anteayer, al salir del »gabinete de la señorita, en ocasion en que esta no se hallaba

»en él, me encontré una carta de amor suscrita por un tal »don Fernando Espinosa.

»Aunque en el primer momento pensé romperla, por un »celo que V. S. me perdonará y del que yo me acuso, no va»cilé en enseñársela á mi señorita, para ver si de tan extra»ño documento tenia conocimiento.

»Hícelo así, y el resultado fué que la veia entónces por »primera vez, y que su admiracion corrió parejas con »la mia.

»Me he contentado con despedir los criados, y no ha »vuelto á ocurrir novedad alguna.»

Como se ve, Damian, despues de lanzar el dardo que habia de herir en el corazon del marqués, afectaba dar la noticia como una cosa meramente incidental y sin ninguna trascendencia.

Con una sagacidad admirable iba conduciendo la maraña de su intriga.

El antiguo barbero se hallaba en su elemento.

Cuando con una maestría sin igual acababa de redactar una respuesta, figurando ser hecha en nombre de Lucía, á las tímidas al par que enamoradas cartas de don Fernando, pintábase en su rostro una satisfaccion verdaderamente satánica.

Gozaba en su infamia, y tenia el convencimiento de lo que valia para el mal.

A haber sido rey, Neron á su lado hubiera sido un pobre hombre.

De todos los tipos repugnantes, la más temible manifestacion de la soberbia del hombre es indudablemente la que se encarnaba en Damian.

La dominadora altivez, oculta tras el manto de la humildad fingida, es, lo hemos dicho, el más acerado puñal de cuantos esgrime al asesino.

El hipócrita que comienza á serlo, obedeciendo al frio cálculo, llega á identificarse de tal modo con tan repugnante atributo, que acaba por ser en él el fingimiento de una segunda naturaleza.

Damian decia, y con él cuantos desgraciadamente se le parecen: nada de nobleza en la lucha; para llegar al fin todos los resultados son buenos.

Preparemos convenientemente el arma que debe herir, pero que el golpe lo descargue otro.

Para el hipócrita, la bondad de corazon, la nobleza de ideas, la confianza, en fin, que el adornado de estos atributos tiene de los demás, se llaman por él imbecilidad ó estupidez.

Quien aprovechándose de estas condiciones sepa engañar mejor, es el de más talento, es el que más vale.

¡Horror eterno al avasallador soberbio, que quiere hacer de sus hermanos pedestal á sus locas ambiciones! ¡execracion eterna al hipócrita, cuya asquerosa baba ensucia las palabras virtud y religion, que siempre suenan en sus labios!...

La segunda carta del enamorado don Fernando fué colocada de nuevo en el gabinete de Lucía y en el sitio en que lo habia sido la primera.

La jóven, con mayor extrañeza, como era natural, volvió á interrogar á Damian.

Este la fingió todavía mayor.

La servidumbre de Lucía componíase de una cocinera y un criado.

Como de la primera carta á la segunda que colocó Damian trascurrieron cuatro ó cinco dias, pudo creer la jóven que el misterioso amante habia hecho con los criados nuevos lo mismo que con los anteriormente despedidos.

Por indicacion tambien de Damian, tuvieron estos la misma suerte, despues de un ligero interrogatorio, en el que, como podian hacerlo, protestaban de su inocencia á todos los santos del cielo.

Damian, firme en su propósito, dando al amante muy ligeras esperanzas y haciéndole ver al mismo tiempo que era indispensable el mayor misterio por entónces, decidió poner la tercera carta en el tocador.

Sin embargo, como esta indicaba á los ojos de cualquiera que existia correspondencia, Damian, imitando el carácter de letra de don Fernando con una facilidad prodigiosa, limitóse á reproducir en ella los apasionados conceptos de las anteriores, aunque expresando más pasion y más desesperada súplica.

Vengamos al momento en que la jóven, abandonando el lecho una mañana despues de dejar á su hijo entregado al más profundo sueño, penetraba en su gabinete.

Excusado es decir que la noche anterior cuando todo dormia en aquella casa, Damian, sin producir el más leve ruido, habíase llegado al tocador y colocado en él la tercera carta.

La jóven abrió por sí misma las maderas del balcon, y sin darse ella misma cuenta de lo que hacía, dirigió sus ojos hácia el tocador.

Quedóse inmóvil, y tuvo que hacer un esfuerzo para no exhalar un grito. En el mismo sitio de siempre, de la mis-

ma manera colocado, vió aquel papel que parecia desafiarla.

Su primer movimiento fué precipitarse al tirador de la campanilla.

Sin embargo, despues de asido el cordon, le soltó sin imprimirle la menor presion.

Siempre con la vista fija en el fatal papel, que parecia crecer á sus ojos, se detuvo de nuevo, y por fin con paso incierto y vacilante, se adelantó hácia él.

Alargó la mano casi hasta tocarle, y la retiró con desaliento.

Con una angustia indecible lanzó una mirada vaga en derredor, y con paso firme y brusco se dirigió al lecho en que dormia su hijo.

Inclinóse hácia él, y cogió una de sus manitas que descansaba sobre el cobertor.

Estúvole mirando un gran rato, y con ese cuidado peculiar de todas las madres, depositó un beso sobre su frente.

En el semblante de un niño dormido hay algo que conmueve y encanta.

La sonrisa de la inocencia acaricia sus labios, cual si contemplaran con cariñosa ternura, en medio de un sueño, la vigilia del ángel de su guarda, que los sonríe tambien, al cobijarlos con sus blancas alas.

El dulce respirar del niño, el cariñoso gesto que se dibujó en su semblante al recibir el beso de su madre; al contenplar su belleza, en fin, se sintió más tranquila y pudo desechar aquella especie de sobresalto que la habia embargado.

Conseguido esto, besó de nuevo á su hijo, corrió con cuidado las colgaduras del lecho, y volvió á entrar en el gabinete.

Esta vez pudo mirar al fatal papel sin que temblara su corazon.

Abrióle con cierta dificultad nerviosa, y leyó.

La carta no podia ser más apasionada.

Damian, con una intencion maravillosa, habia estampado en ella frases tiernísimas.

Él, que ni concebia siquiera el amor, supo pintarle con magníficos colores.

Lucía creyó muy de veras que solo un sentimiento de curiosidad la impelia á recorrer aquellos renglones.

¿Por qué la leyó de nuevo?

No lo sabemos.

Dicen que el corazon de la mujer es impenetrable.

A ser esto cierto, creemos que debe consistir en la mayor ternura que en él se encierra, y que por ella misma palpita sin concierto y en evidente contrariedad con la imaginacion, segun las várias impresiones que recibe.

Esa misma ternura, que por todos se le concede más exquisita que la del hombre, hace de ellas delicadísimos séres, en los que se encierra mayor poesía é idealidad.

He aquí uno de los mejores atributos que la distinguen y al mismo tiempo su mayor enemigo.

La ternura no es valiente; un alma ideal y poética, ni conoce siquiera lo que es desconfianza.

Vive del amor, y él le lleva hasta la glorificacion, y muchas veces al martirio y á la muerte.

Lucía, por primera vez desde que ocurrieran tan misteriosos acontecimientos, fijó su memoria en si el autor de aquellas cartas podria ser el jóven que en aquellos dias vió á una y otra hora pasear la calle por frente á sus balcones.

Todo esto lo recordó, á pesar suyo, maquinalmente.

¡Pobre Lucía!

Tal vez si en aquellos momentos en que sentada indolente en el sofá colocado frente á la puerta hubiera podido ver á Damian pegado á la cerradura presenciando toda la escena desde el momento en que habia dejado el lecho, tal vez, decimos, al conocer su perfidia, hubiese podido ahogar en su alma el principio de un sentimiento que acaso podria nacer y ser aceptado á causa de su aislamiento y de la desgracia producida por su primera falta.

Las sendas del bien y el mal puede decirse que corren paralelamente ocupando la misma distancia.

Admitamos la siguiente comparacion:

En lugar de sendas, figurémonos que junto á la cuna del que nace, y á cada lado de ella, parten dos cadenas que vienen á terminar al pié mismo de la fosa.

Recorriendo la una, se gana el premio del bien obrar; recorriendo la otra, se encuentra el castigo.

La primera va de abajo á arriba.

Hay que recorrerla eslabon por eslabon, y estos se hallan colocados léjos uno de otro.

La dificultad es grande, pero el premio que encuentra quien la recorre es todavía mayor.

Pues bien, ¿por qué no la seguimos?

¡Qué extraño es, y qué ilógico, el amor propio del hombre!...

Allá en la edad media, en los tiempos caballerescos, la presencia de los reyes en un torneo causaba en los justadores tal impresion, y naturalmente se codiciaba tanto el triunfo, que el valiente llegaba á temerario, y el poco atre-

vido sabía hacer que la vanidad sojuzgase á la cobardía.

Hoy los torneos son distintos.

La ilustracion cambió la espada por la pluma; pero el hecho es el mismo y el vencimiento se codicia igualmente, ya en un certámen literario, ya en cualquier otro acto solemne en que pueda existir la competencia.

Pues bien; si nuestra soberbia, si el amor propio nos hace luchar con verdadera fé para adquirir aquí abajo el aplauso de los demás ó una sonrisa régia, premio, aunque leve, no de todos alcanzado, ¿por qué no hemos de proceder siquiera del mismo modo en este otro certámen, cuyo vencimiento no impide el de los demás, que está al alcance de todos, porque para él no hay grandes ni pequeños, cuyo premio es la felicidad eterna, y que en vez de un rey de la tierra lo preside el Hacedor del mundo, el Rey del cielo?...

Sin duda porque no le vemos personificado junto á nosotros.

Sin duda porque no excita nuestra vanidad otra cosa que el falso brillo de la *grandeza* humana, elegimos la cadena que se nos presenta más cómoda.

Va en sentido inverso que la otra, es decir, de arriba á abajo, y se llega al fin sin cansancio de un cuerpo que, como el avaro de su dinero, creemos que va á ser eterno en nosotros en este valle de lágrimas.

Lucía habia comenzado á deslizarse por esta última, y tal vez se hallaba en vísperas de perseverar en su extravío.

En la misma postura en que dijimos que habia leido la carta, permaneció un buen espacio.

En su rostro podia adivinarse la lucha interior que comenzaba á devorarla.

Por fin alzó su cabeza, y como cediendo á una energía prestada, agitó con violencia el llamador de la campanilla.

Damian retrocedió con rapidez.

La alfombra que cubria el pavimento ahogó sus pasos.

Aguardó un momento en la antesala, y despues con la mayor calma volvió á penetrar en el salon, y al llegar á la puerta del gabinete llamó como tenia de costumbre.

—Adelante, exclamó Lucía con insegura voz.

Damian, con su lentitud de costumbre, compareció ante la jóven y la saludó con respetuosa afabilidad.

—¿Llamaba usted, señorita? dijo.

—Sí, he llamado.

Damian, esto no puede continuar así, prorumpió con nerviosa entereza.

—¿Qué es ello?

—Que estoy siendo víctima de un juego ridículo, ó se alza sobre mí una perspectiva nada halagüeña.

—Señora, no comprendo....

—¿Dice usted que no comprende?

Damian se inclinó en silencio.

—¿Nada dice á usted mi disgusto, y mucho más la vista de este papel?

—¡Cómo! ¿será posible?...

—Sí, nada más cierto, replicó Lucía con no poca amargura.

—¿Y es del mismo?

—Sí, y es menester que esto se termine.

—¡Oh! sí, señora, ya lo creo.

—Pues bien, yo estoy aturdida; ¿qué hacemos?

Usted está aquí á mi lado como defensor y consejero; hable usted y obremos de acuerdo.

—Señora, de cualquier modo, lo que me parece ya inútil es echar á los criados que ayer recibimos.

—Sí, esto sería perfectamente tonto.

El que ha sabido comprar á los anteriores, dijo con extraña sonrisa, sabrá hacer lo mismo con todos.

—Pues bien, señora, aunque yo por mi condicion y mi carácter no he sabido jamás ni aun comprender siquiera esa clase de peligros, encuentro que es llegado el caso, y á mí me corresponde buscar al autor de esos escritos y hacerle ver lo inútil de su atrevido intento.

Por supuesto que para ello se me ofrece una dificultad.

¿Cómo conocerle?

Para nosotros es por lo visto un ser misterioso.

—Nó, Damian, en estas últimas tardes he visto á un jóven pasear la calle con insistencia.

Puede que sea él.

—Por lo ménos ya hay una probabilidad, contestó Damian con la mayor naturalidad.

Ya le he visto, se dijo para sí, y continuó en voz alta:

—Pues nada, señora, si le parece á usted, esta misma tarde saldré á su encuentro.

Usted me indicará quién es, y procuraremos salir cuanto ántes de posicion tan falsa.

—Sí, sí, exclamó la jóven como hablando consigo misma, eso es lo principal.

Acordado así, Damian se retiró animando á Lucía, y asegurándola que tenia esperanza de que se arreglaria tan enojoso incidente sin temor á ulteriores consecuencias.

Llegada la tarde, el antiguo barbero, continuando en su fingimiento, se instaló en el gabinete de la jóven.

El amante don Fernando, fiel á su costumbre, comenzó á pasear la calle.

Cuando Lucía, con cierta excitacion, se le mostró á Damian, ya este le habia visto.

Fingió sin embargo con su habitual maestría. Hizo como que experimentaba cierta vacilacion, y al fin se lanzó del gabinete.

La jóven no tuvo fuerzas para ser testigo ocular de aquella escena, y se retiró dejándose caer en un confidente.

Media hora poco más ó ménos tardaria Damian en volver.

Cuando se presentó de nuevo ante Lucía, pintábase en su rostro un buen fingido terror, que alarmó á aquella como era natural.

—¿Qué es eso? exclamó; ¿le ha visto usted? ¿le ha hablado? ¿qué dice?

Damian hizo que tomaba aliento, y despues, como si aun no fuese dueño de sí mismo, prorumpió así:

—Señora, yo no sé qué hacer, yo no estoy acostumbrado á semejantes lances, que parecen muy propios en la vida, y necesito todas mis fuerzas para contar con alguna serenidad.

—Pero bien, ¿qué quiere decir eso? ¿cómo se expresa ese hombre?

—Señora, la verdad, no sé si acaso consista en mi manera de expresarme, pero es lo cierto que la contestacion obtenida no ha podido ser más grave.

Y no es que ese jóven, usando malas formas, haya intentado atropellarme; al contrario, su simpática figura no desdice de lo que de él se pueda esperar.

Vamos, señora, aunque soy el hombre más inofensivo del mundo, por usted, por el señor marqués, por la tranquilidad de todos, hubiera arrostrado con más gusto frases bruscas y despreciativas, que no las que acabo de oir.

En fin, ménos llorar, todo.

¡Qué fuego, aunque encerrado en las mejores formas! ¡qué manera en la pureza de invocar su amor, y qué tristeza tan honda y tan bien sentida, al augurar su muerte si el desden y el desprecio correspondiesen á su pasion!

—¡Damian! gritó la jóven con desfallecedor acento.

—¿Qué, señora?

—¡Nada, nada! continúe usted.

—Pues bien, yo, que no he encontrado palabras para contestarle que expresaran algo de lo que yo me habia propuesto, he comprendido que nuestra situacion es por demás difícil y comprometida, y que es menester apelar á grandes recursos para cortar el mal, si aun es tiempo.

Para ello, señora, desde ahora lo digo; yo no miento nunca, y no puedo ménos de confesarme impotente para llegar á tal resultado.

—¿Y entónces....

—Yo no veo más que un medio.

—¿Y cuál es?

—Conozco que ponerle en práctica producirá en usted excesiva violencia; pero creo tambien que es el único de obrar que se halla á nuestra mano.

Lucía se hallaba completamente sojuzgada.

Damian, que leia en el alma de la jóven como en un libro abierto, experimentó una alegría satánica.

Se dijo para sí:

Va tan léjos como yo queria.

Empieza á amarle.

Y en esto no se equivocaba, el antiguo barbero.

Lucía, ya lo sabe el lector, amó en el marqués la probabilidad de ver realizada una de sus brillantes ilusiones; aceptó su amor como un regalo de gran valía, y amó en él la frivolidad del sueño de sus primeros años.

La edad, el temperamento, todo, en fin, separaba sus corazones.

Lucía, niña inexperta, se precipitó en la fatal pendiente casi sin darse de ello cuenta.

El esplendor del lujo cegó sus ojos, y su inexperiencia la arrastró en la fatal senda.

Por eso podemos decir sin temor de equivocarnos, que el alma de Lucía se halló hasta entónces vírgen para el amor; vió á aquel jóven hermoso como ella, y como ella en esa edad dichosa en que todo sonríe, en que todo es felicidad y confianza, y sin querer, sin advertirlo, aun á despecho de sí misma, comenzó á beber en aquellas cartas, en las que tan malvadamente intervenia Damian, el gérmen de una pasion grande y vehemente.

Sin embargo, érale forzoso resistir todavía, resistir hasta el último momento, y más que todo ocultar á Damian las sensaciones que conmovian su alma.

A este propósito exclamó así, refiriéndose á las últimas palabras de aquel:

—Y bien, ¿qué es lo que va usted á proponerme?

—Lo que creo que es el último remedio.

—Diga usted.

—Que ya que no pueda ser por medio de una cita,

que rechazaria de cualquier modo, le escriba desencantándole de sus ilusiones.

—¡Damian!

—Señora....

—¿Y usted se atreve....

—Recuerdo á usted que no hago otra cosa que proponer.

—Sí, pero....

—Señora, yo, que solo anhelo el bien de todos, no creo exista otro medio de librarnos por lo ménos de muy enojosas escenas.

Por lo demás, á nadie compromete, segun creo, tal determinacion.

Una señora á quien se galantea, creo yo que en nada pierde su reputacion porque, fatigada de una insistencia tan contínua, se alce contra ella rechazando favores que ni quiere ni habria de corresponder.

Lucía era muy inferior en astucia al hipócrita Damian; así fué que creyó de buena fé lo que este la aconsejaba con su natural perfidia.

—Pues bien, dijo al cabo de un momento, se hará como usted desea, y en prueba de ello quiero me dicte la carta que le debo dirigir.

—¡Oh! señora, usted mejor que yo....

—De ninguna manera, ha de ser usted.

—Corriente, no vacilo, replicó Damian como si cediera obligado por su natural condescendencia.

Cuando usted guste.

—Ahora mismo.

Y diciendo así, la jóven se acercó á un veladorcito, so-

bre el que habia un escritorio maqueado, y tomando papel y pluma, se dispuso á escribir.

Su palidez era densa.

Su mano temblaba, pudiendo conocer el ménos observador que se hallaba presa de una singular excitacion.

—Ya estoy dispuesta, dijo; cuando usted guste.

Damian comenzó á dictar lo siguiente:

«No escriba usted más cartas, si es que no quiere com»prometerme gravemente.

»Si supiera usted la razon que me obliga á suplicárselo »así, no hay duda de que, si es veraz en cuanto dice, no vaci»lará en enmudecer.»

—Hay suficiente, exclamó Damian.

Mucho me engaño si vuelve á molestarnos con sus epístolas.

—¿Usted cree que bastará esto?

—Sí, señora; y lo creo tanto más, cuanto que me figuro que no es uno de esos casquivanos que se encuentran á cada paso.

Hay nobleza y dignidad en su mirada.

Damian, como se deja conocer, pronunció estas palabras con lentitud estudiada, para que ninguna de ellas pasase desapercibida á la jóven.

Esta sufria oyéndolas, por lo que tenia que violentarse.

Cerrada que fué la carta, Damian se despidió de Lucía para ir á llevarla á su destino.

Inútil es de todo punto digamos que Damian no entregó aquella carta á don Fernando.

La necesitaba él para sus planes ulteriores.

Por la noche se decidió á apurar todo su ingenio en contestar él mismo en nombre del amante.

Como siempre, supo aprovechar una oportunidad y colocarla en el lugar de las anteriores.

Al dia siguiente, Lucía madrugó un poco más que de costumbre.

Necesitaba ver cuanto ántes si habia hecho efecto la carta que escribiera y que llevó Damian.

¿Sentia la jóven deseos de que lo acordado por Damian hubiese surtido el efecto que auguró?

Pregunta es esta que no puede ser contestada muy satisfactoriamente.

Y esto por una razon.

La duda, la lucha más cruenta se alzaba en el alma de la jóven.

Ella misma no sabia, no podia saber cuál era su deseo.

Cuando abandonó el lecho, medio vestida salió al gabinete, y dirigió hácia el tocador una mirada de incredulidad.

Se hubiera atrevido á jurar que nada se hallaria sobre él.

Aquella vez se equivocó.

En el sitio de siempre y de la misma manera le vieron sus ojos.

Damian, con infernal astucia, derramaba sobre el alma de la jóven un tósigo incurable.

La sorpresa no pudo ser en aquella ocasion más completa.

Lucía exhaló un grito y se precipitó sobre el papel.

Abrióle temblando, y devoró su contenido.

En él se contestaban los renglones que escribiera el dia ántes, y á vueltas de tiernos juramentos de un amor eter-

no, con exquisita delicadeza censurábanse aquellos con una ternura conmovedora.

Esta vez Damian no bajó á espiar á la jóven.

Con tal acierto habia ido estudiando en ella los efectos de su tenebrosa intriga, que acertó en un todo la decision que tomaria con la lectura de su carta.

Lucía no le llamó.

Cuando el antiguo barbero, cerca del medio dia, bajó al gabinete, exclamó con cierto aire de confianza y seguridad:

—Y bien, señora, hoy ¿ha habido algo?

—Nó, contestó la jóven con voz insegura.

—¿Vamos, ve usted como no me equivoqué?

Ya nos veremos libres de la pesadez de ese pobre jóven.

Y es evidente; cuando hoy ha habido silencio, existiendo casi justo motivo para contestar, es que va á obedecernos ciegamente.

¡Loado sea Dios!

Puedo asegurar á usted, señora, que se me quita de encima un peso muy grande.

—Sí, sí, Damian, es verdad.

¿No ha habido hoy ninguna carta? continuó como para mudar de conversacion.

—Nó, señora, ninguna.

—Corriente.

—¿Quiere usted algo?

—Nó, me encuentro un poco disgustada, y quisiera estar sola.

—¿Necesita usted alguna cosa? replicó Damian con amable y bondadosa solicitud.

—Nó, Damian; gracias.

—Entónces hasta luego, señora.

—Adios.

Damian se alejó sonriendo de una manera sesgada y fatídica.

Lucía en aquel momento estrechaba entre sus dedos dentro del bolsillo la carta que habia recibido pocas horas ántes.

¡Pobre jóven!...

CAPITULO VI.

Presentimiento.

Desde que Lucía ocultó á Damian la carta que él mismo habia escrito, comenzó á variar completamente su existencia.

No parecia sino que un poder oculto, que una mano invisible la empujaba á continuar descendiendo por la senda del mal.

Al mismo tiempo, ¿cuáles serían los proyectos que abrigaba el ambicioso hipócrita que el marqués de Lézaro colocó junto á Lucía?

Terribles debian ser, á juzgar por la complicacion laboriosa con que los dirigia.

Tampoco debian encontrarse en mal estado, atendiendo á la satisfaccion que resplandecia en el rostro de aquel miserable cuando se hallaba léjos de miradas indiscretas.

Sobre todo, desde que oyó á Lucía negar el recibo del último papel, su alegría aumentó considerablemente.

Va á amarle, y esto es más de lo que yo contaba.

Entónces comenzarán las cosas á marchar por sí solas.

Pronto veremos el resultado, porque el fin se aproxima.

Firme sin embargo en el propósito de ayudar con su astucia á la natural vacilacion que debia experimentar la jóven, en la carta que ya como de costumbre colocó en el tocador al dia siguiente, y que esta vez era original del mismo don Fernando, constaba, merced á sugestion de Damian, que si al fin se asentia á darle algunà esperanza, la señal de esto sería ver el balcon abierto al anochecer de aquel mismo dia, aun cuando solo fuera por algunos instantes.

El amante comenzaba ya á pedir.

Damian tuvo muy buen cuidado de que en ella se hiciese mérito de la entregada el dia anterior, para que si Lucía, luchando consigo misma, hubiese decidido resistir arrepintiéndose de la anterior ocultacion, no pudiese ya hacerlo con Damian, al ménos sin declararse culpable.

Como se ve, este conocia muy bien, siquiera fuese instintivamente, el corazon humano.

Con efecto, Lucía, al recibir la carta en que de una manera algo embozada se pedia el sí, tuvo intenciones de arrepentirse á tiempo presintiendo las funestísimas consecuencias que su debilidad podia traerla.

Sin embargo, su no muy firme decision por una parte, y por otra la hábil referencia de la carta anterior, la inhabilitaron por completo.

Tenia que seguir callando.

Por la tarde, Damian se limitó á decirla con la más cán-

dida de sus sonrisas, si el importuno la habia molestado de nuevo.

La hermosa Lucía, ahogando un suspiro que rasgó su pecho, le contestó que nó.

Media hora hacía que el sol hundiera su brillante disco en el occidente, cuando la jóven penetraba en el gabinete.

Iba á anochecer.

Hacía breves momentos que su hijo acababa de entregarse al sueño.

Lucía era libre.

Aquel ángel inocente hubiera lastimado infinito el corazon de su madre con solo hallarse junto á ella en aquel momento.

Su conciencia la habria acusado de algo.

Los halagos y sonrisas de aquella criatura infantil, habríalas tomado por amenaza.

Tal era la exaltacion de su mente, la angustia nerviosa que la dominaba.

El criado entró preguntando si queria luz.

Lucía se apresuró á rechazarla.

La claridad aumenta las perturbaciones del espíritu entregado á objetos dignos de reprobacion.

Todos aquellos actos contra los que la conciencia se levanta severa, rara vez se llevan á efecto á la luz del sol.

Los crímenes se reproducen y se alzan al lado del que los comete.

Todo el que no siente su alma curtida ya y avezada á practicarlos, prefiere la oscuridad sobre todo.

¡La luz es muy noble!...

La noche habia cerrado por completo.

Gracias á esta circunstancia, y aun aceptando tambien el recurso de ocultarse tras las colgaduras, la jóven pudo ver á don Fernando que, inmóvil en la acera de enfrente, fijaba sus ojos en el balcon con ansioso desaliento.

Tres veces llevó la mano Lucía á la fallefa del balcon, y otras tantas la retiró sin alzarla.

No tenia fuerzas para ello.

Así pasó cerca de una hora, ella luchando entre el temor y el deseo.

El ciego amante, inmóvil como una estátua de granito.

De pronto, Lucía oyó ruido de pasos que se aproximaban.

Sin saber por qué, comenzó á latir su corazon acelerado, y tembló.

Sin ser dueña de su razon, quiso volar al encuentro de quien se acercara, y entónces, como poseida de un rapto de ceguedad, asustándose y huyendo de sí misma, abrió de golpe las vidrieras, y materialmente corriendo, se precipitó hácia la mampara del gabinete para franquearla.

Angustiada su alma, batalló durante buen espacio en acceder á la solicitud del misterioso amante, y el nuevo sobresalto de que alguien pudiera sorprenderla, la dió fuerzas para decidirse al fin á lo que tanto se resistiera anteriormente.

Damian, desde la calle y sin ser visto por ninguno de los dos, lo presenció todo.

Su triunfo estaba asegurado.

Lucía comenzaba á hacer traicion al marqués de Lézaro.

Damian, que habia conducido y sostenia los hilos todos

de aquella intriga, captóse por completo la confianza de don Fernando, haciéndole jurar que por siempre ocultaria á su amada la generosa proteccion que le habia dispensaba.

Don Fernando se lo ofreció así, y era demasiado noble para faltar á su palabra.

Con Lucía supo disimular tambien, poniéndose siempre léjos de los amantes, no habiendo vuelto á preguntarla, ni por incidencia, acerca de lo que un dia era el tema obligado para los dos.

Así pasaron dos meses.

Las cartas de Damian al marqués contenian siempre algun dardo que pudiera herirle acerca de Lucía, á quien este amaba más desde su ausencia; conocia su genio altivo é iracundo, y de sobra adivinaba cómo habia de sembrar la zizaña para provecho suyo.

Cuando las relaciones de los dos jóvenes fueron un hecho consumado, el ex-barbero comprendió que habia llegado la hora de precipitar el desenlace.

Escribió una carta al de Lézaro, en la que le exhortaba á venir cuanto ántes dejándolo todo, pues su presencia en Madrid se habia hecho forzosamente indispensable.

Pedíale por Dios que al punto se pusiese en camino, y que una vez en la córte, parase por breves momentos en cualquier parte que no fuera su casa, y que le avisara para incorporarse á él.

Decíale despues, que ni enfermedades ni ninguna clase de desgracia personal le movian á rogarle con las manos juntas que no demorase un punto la marcha.

Concluia, por fin, advirtiéndole que era de todo punto necesario que la señorita Lucía ignorase aquel viaje.

Una carta así despues de las anteriores, comprendió de sobra Damian que debia surtir el efecto que se proponia.

Veamos ahora qué clase de amor se profesaban aquellos dos jóvenes.

Para ello necesitamos presenciar una de sus entrevistas.

La más dulce intimidad habia unido aquellos dos corazones entusiastas y vírgenes hasta entónces de acendrada pasion.

Y es que el amor, poco escrupuloso de suyo en cuanto á fórmulas de etiqueta, acerca todas las distancias y sabe igualarlo todo.

Ese usted, si no ya ceremonioso, indicacion por lo ménos de mútuas consideraciones, no es admisible entre dos amantes apasionados.

El pueblo, con ese tacto especial que se alimenta en las tradiciones y se sostiene con la poesía de sus sentimientos, dice que es innegable la felicidad de un matrimonio cuando la práctica de su vida conyugal indica que se unieron las dos medias naranjas.

Verdad ciertísima, incuestionable, que indica de una manera gráfica la union de dos almas gemelas.

Pues bien, Lucía y Fernando parecian haber nacido el uno para el otro.

Desde el momento en que se hablaron, medió esa franqueza especial que solo existe en el terreno de un verdadero amor.

Damian, como tenia de costumbre, para que la jóven no temiera verse por él sorprendida, acababa de marchar al rosario.

El enamorado don Fernando penetró en el gabinete de su amada.

Ya hemos dicho que llevaban cerca de dos meses de verse y hablarse diariamente.

Espinosa era todo corazon y sentimiento.

Alma de poeta, corazon de niño, amaba con toda la vehemencia de un espíritu no gastado por el fuego de las pasiones.

Lucía, ya lo sabe el lector, jamás habia amado.

Ese afecto purísimo que engrandece y eleva, cuya fragancia despeja nuestra mente y nos hace concebirlo todo bello, florido y explendoroso, no se habia hasta entónces enseñoreado del alma de aquella niña.

El verdadero amor aliméntase de ilusiones, acaso imposibles de realizar en el mundo, pero cuya brillante luz enajena nuestras facultades, haciendo llevadera la triste vida.

Cuando entró Fernando, la jóven ya le esperaba.

Habia sabido ganar á los dos criados, y ausente Damian, entregábase con tranquilidad al purísimo goce de ver junto á sí á la que amaba.

Apénas el enamorado jóven se sentó junto á Lucía, pudo advertir que esta parecia hallarse meditabunda y preocupada.

—¿Qué tienes, Lucía? exclamó Fernando con acento anhelante.

—No lo sé, Fernando; ignoro las causas que lo promuevan; pero es lo cierto que acongoja mi corazon una pena que no alcanzo á apreciar.

—¿Qué temes? ¿dudas acaso del cariño que te profeso? si es así, dímelo.

—Nó, Fernando; ¿cómo dudar, cuando todavía, á pesar de que conoces por mí misma la historia de mis desventuras, continúas amándome del mismo modo que ántes de conocerlas?

Mira, quiero ser ingénua; jamás creeré, á ménos de no verlo, que dejes de quererme; ya ves si dada esta confesion puedo yo dudar todavía.

—¡Oh! y haces bien; nada hay que pueda entibiar mi pasion, como no sea tu desvío.

Si hoy se presentan obstáculos á nuestro amor, tengamos paciencia, Lucía, y no dudes que al fin se verá premiado nuestro anhelo.

—¡Oh! yo no sé lo que me digo ni lo que pienso.

Fernando, si he podido faltar al hombre que cree en mi palabra, bien sabes tú cómo ha sido.

Te dije: si tu amor es igual al mio, noble y desinteresado, fuerza será que no intentes violentar mi conciencia.

Yo soy una mujer á quien la sociedad rechaza.

Yo, porque te amo, quiero ser digna de tí.

No quiero en modo alguno que al corresponderte veas la mujer, olvidando una vez más el sagrado de su deber.

Miéntras viva el marqués, el padre de mi hijo, no exijas de mí otra cosa que un cariño dulce y tranquilo.

No soy capaz de dominar por completo las sensaciones de mi alma; por eso no he podido resistir á escucharte y corresponder á tu amor.

—¿Y tienes queja de mí?

—Nó, Fernando, nó.

—Entónces ¿á qué esa tristeza que se pinta en tu semblante?

—Te lo he dicho ántes; no lo sé.

Tengo una angustia que me destroza el alma.

Los latidos de mi corazon sucédense atropellados, y no parece más sino que veo sobre nosotros alguna terrible desgracia.

—¡Oh! desecha esos temores, Lucía.

¿Qué puede sucedernos hoy más que ayer?

Que tienes la seguridad de mi cariño, tú misma lo has dicho.

No sabes tambien que á todo he cedido, que á todo lo que no sea tu amor he cerrado los ojos; ¿por qué, pues, esa duda que no me explico? ¿á qué esos temores que sin saber por qué me anonadan y me aterran?

Tu voluntad ha sido ley para mí.

Todo lo he aceptado; tus palabras son leyes para mí, y en ellas descanso con la mayor tranquilidad.

Si en lugar de decirme lo que me has dicho, me hubieses absolutamente prohibido el acceso á tu lado, yo, Lucía, créelo, sin vacilar un punto, sin que hubieras tenido que reiterarlo de nuevo, te habria obedecido.

Te lo dije desde el principio y lo repetiré siempre; yo no puedo ménos de ser ingénuo contigo.

Momentos hay en que con todas las fuerzas de mi alma anhelo la muerte.

Es que no quisiera haberte conocido.

Hoy, Lucía, tu voluntad impera.

En cuanto mandes, yo no podré hacer otra cosa que obedecerte sumiso.

—Gracias; lo sé.

¡Que tu alma deplora haberme conocido!

Dices bien, Fernando; mayor sería hoy la tranquilidad de que disfrutase tu alma.

—Bien, no hablemos más en ese sentido.

Si las razones que de contínuo me asaltan hubiesen logrado vencer este amor, acaso habria yo sabido resistir los tormentos que hoy me aquejan.

Y sin embargo, una nube hay que oscurece la ligera tranquilidad que puedo disfrutar.

—¿Cuál es?

—Nó, Lucía, no me lo preguntes.

—Entónces....

—Bástete saber que te amo como nadie amó.

En cuanto á nuestros proyectos, Lucía, yo no dispongo. Tú hablarás y yo obedeceré.

—Nó, nó, exclamó la jóven con entonacion decidida, yo quiero saber lo que tienes, qué es lo que por tí pasa.

—Nó, déjame, no quiero entristecerte.

Yo bien conozco que no tengo derecho á recriminaciones de ningun género.

Acepto tu amor con inmensa alegría.

Déjame que viva esperando, aunque esperando muera; solo una cosa quiero saber, Lucía.

—Dí.

—Si la angustiosa ansiedad que de contínuo sufro, si el silencio que me impones, y que yo acepto, han de tener un dia la recompensa que merecen, nada me importa lo demás.

¿Podré siempre contar con tu amor?

—¿Y me lo preguntas? exclamó Lucía lanzando á su amante una mirada embriagadora.

Si este no fuera inmenso, si no llenara toda mi alma, ¿cómo yo hubiese podido olvidarlo todo y arrostrar acaso el mayor de los peligros?

Fernando, exclamó con dolorosa expresion, lo conozco, no soy digna de tí.

—¡Oh!...

—No prosigas, no me interrumpas.

Cuántas veces te dirás tú mismo estas palabras:

La mujer que olvidó sus deberes loca y desatentada, y no tuvo fortaleza suficiente para apreciar el mal, ¡cómo puede esperar que su conducta no alcance el premio merecido!

¡Cómo puede creer que habrá un hombre que, despojando la verdad de la mentira, que sabiendo deslindar lo que es vicio de lo que es inexperiencia, diga á esa mujer: tú eres digna de mí, yo te amo!

—¡Calla, Lucía, calla, no me ofendas ni me juzgues peor de lo que soy!

Yo te conozco, yo sé que en tu alma jamás ha tenido entrada el vicio.

Niña inexperta, no supiste contrarestar la infamia que un libertino acertó á proponerte, sabiéndola presentar á tus ojos con todas las formas de un proceder inocente.

¡Esa es, Lucía, la causa de mi desesperacion!

¡Ese es el infierno que arde en mi alma!

Sentiria creyeses que un ruin ó celoso antagonismo me hace hablar como lo hago.

Nó, y mil veces nó.

Odio al marqués de Lézaro, aun prescindiendo yo de mi cariño; y sabe que, sea como quiera, aunque tú decidieras despreciarme, yo se le tendria siempre.

¡Odio eterno al que sabe burlar la inocencia sin que su corazon precipite un solo momento sus latidos!

Yo lo acepto todo, Lucía, continuó; yo te amo con todas las fuerzas de mi alma, y más vales hoy á mis ojos.

Tu desgracia es tu infortunio, y yo anhelo con verdadera alegría llegar á disminuirle.

Nada te exijo, nada te pido.

Mi amor es tal, tan entusiasta y grande, que no vacilará jamás en aceptar cuanto le propongas.

Al decir estas palabras el jóven don Fernando, brillaba su rostro con el fuego del entusiasmo, y conocíase desde luego que las dictaba un amor grande y puro.

¡Pobre Lucía!

Amaba por primera vez, y su amor era correspondido con vehemencia; en sus entrevistas no destellaba otra cosa que horror á la impureza y propósitos por una y otra parte de no ver realizada su union sino de la manera más honrosa.

Por parte de Espinosa, protestas de un amor tan largo como su vida.

Por parte de Lucía, una inquietud que no eran bastante á desechar las animosas palabras de aquel.

Presentimientos negros y fatídicos acongojaban su alma.

¡Madre y amante, parecia presentir con anticipacion lo que pudiera afectar á aquellos á quien únicamente amaba!

CAPITULO VII.

La obra de Damian.

Cuando el hipócrita ex-barbero conoció que podia tener contestacion del marqués de Lézaro, y esta no llegaba, comenzó á desesperarse.

¿Será que mi plan tan bien combinado vaya á estrellarse acaso en una casualidad tan impensada como insignificante?

¡Nó, no puedo creerlo!

Solo hay una cosa que pudiera detener al marqués.

Una enfermedad que le postrara en el lecho, sería únicamente motivo suficiente para ello.

Y sin embargo, hace ya dos dias que él, ó por lo ménos carta suya, pude haber recibido.

No sé qué pensar.

Si mañana no tengo alguna noticia, volveré á escribir.

Aseguro que entónces será de muy diversa manera.

Así hablaba Damian, paseando agitado é impaciente por el gabinetito que ocupaba en la casa de Lucía.

Apénas murmuró estas palabras, cuando entraron á noticiarle que un desconocido le esperaba en la antesala.

Damian, en el primer momento se sintió poseido de un vértigo.

Dióle el corazon que no podia aquel mensajero ser otro que mandado por el marqués, segun le indicaba en su carta.

Precipitóse en la antesala.

—¿Qué se le ofrece á usted? exclamó dirigiéndose á un hombre de humilde traje que esperaba de pié junto á la puerta.

—¿Es usted el señor Damian Fernandez?

—El mismo.

—Pues bien, en la calle de Jacometrezo, núm. 15, espera á usted un caballero.

—Muy bien.

—¡Ah! me encargó dijese á usted que fuese cuanto ántes en su busca.

—Corriente.

¿No le ha encargado más?

—Nó, señor.

—Pues diga usted que ahora mismo voy.

—Asímismo lo diré.

El hombre se alejó, y Damian se dispuso á marchar en busca del marqués de Lézaro.

Poco más de un cuarto de hora habria pasado, cuando Damian se hacía anunciar en la calle de Jacometrezo.

Un momento despues se hallaba en presencia del de Lézaro.

—Señor Damian, ya me tiene usted aquí, exclamó este

con brusco y severo acento, á la vez que con cierta agitacion que le era imposible dominar.

Damian se figuraba un recibimiento parecido, pues no impugnemente se hace andar á un marqués tantas leguas, y mas si el medio que para ello se escoge es el de aguijonearle con celos.

Damian, en su claro talento comprendia, y aun casi se hubiera atrevido á asegurar, en qué términos comenzaria á explicarse el marqués.

En su consecuencia, despues de saludarle con la más fina atencion, exclamó:

—Señor, ya comenzaba á echar á usted de ménos.

—Y bien, ¿qué hay? ¿qué sucede, Damian?

—¡Ay, señor marqués, bien sabe Dios que temia este momento mucho más que la mayor de las desgracias!

Sin embargo....

—Pero bien, ¿qué es ello?

Me has hecho abandonar mi casa, y no puedo creer otra cosa sino que ha ocurrido algo por demás grave y extraordinario.

De lo contrario, no creo que te hubieses aventurado á hacerme venir por una causa fútil.

—De ninguna manera, señor.

—¿Luego es decir....

—Que hace usted aquí mucha falta.

—Y bien, habla, ya te escucho.

Explícate sin rodeos, con claridad, sin ningun género de vacilaciones.

—Es que yo sentiria en el alma causar á usted un disgusto que....

—¡Damian!

—¡Señor!

—Habla, pero pronto, ¿lo oyes?

No admito detenciones, no quiero subterfugios.

La verdad sola y entera.

—Pues bien, señor, ha sido usted engañado traidoramente por la mujer á quien ama.

—¡Cómo! ¿Qué dices? exclamó el marqués levantándose impetuoso y agarrando á Damian por un brazo.

—Señor, la verdad, tal como usted quiere oirla.

—Pero miserable, ¿tú sabes lo que has dicho?

¿Sabes á lo qué te obligan esas palabras? continuó el de Lézaro estrujando con fuerza el brazo del antiguo barbero.

—Lo sé muy bien.

—Es que tú dices....

—Que ha sido usted engañado.

—¡Oh!

—Por la mujer á quien ama.

Damian dijo estas palabras con tal acento de conviccion, á la vez que con sumision y dulzura, que el marqués le soltó maquinalmente, quedando mudo é inmóvil.

Casi siempre, en el primer momento de recibir la nueva de un terrible acaso, lo inesperado del suceso nos produce una atonía especial.

Parece como que no llegamos á creer que tal desgracia haya sucedido.

Nuestro mismo egoismo, aunque de un modo indirecto, quiere rechazar tal idea de nuestra mente.

Despues nos convencemos de que no hemos sido víctimas de un sueño.

Las palabras con que nos llegó la nueva vuelven á sonar en nuestro oido, y entónces empieza á comprenderse la triste realidad.

El marqués de Lézaro, aunque en cierto modo dispuesto por las anteriores cartas de Damian, recibió la noticia como una puñalada.

Así que pudo expresar sus sensaciones, así que pudo hablar, exclamó dirigiéndose á aquel, pálido y con voz cavernosa:

—¿Y tienes valor para contármelo así?

¿Qué has hecho, para qué te dejé yo á su lado? responde, miserable.

—Señor marqués, replicó Damian con humilde actitud, aunque con voz firme, no me culpe usted sin oirme; despues podrá hacer conmigo lo que guste.

—Pues bien, corriente, habla.

Pero ante todo, añadió con ansiedad salvaje, dime si es cierta mi desventura.

Damian, perdóname, estoy loco, y no sé siquiera lo que me digo.

—Vamos, señor, calma, dijo Damian, medio sollozando y decidido á no perder tiempo.

Se pone el remedio á lo que le tiene, y cuando nó, á vivir.

¿Qué le hemos de hacer?

—Bien, corriente, acaba de una vez con mil rayos, si no quieres que me desespere.

¿Y Lucía?

—Tiene amores con un jóven pisaverde.

—¡Maldicion! Y tú, miserable, ¿qué has hecho? ¿cómo has vigilado?

¡Habla, necesito saberlo todo! ¡Ay de tí si no me satisfaces al punto!

—Señor, replicó Damian con su calma cínica, yo he hecho cuanto he podido.

Lo supe á tiempo, muy á tiempo.

Hablé, aconsejé; todo inútil.

El sudor regaba la frente del de Lézaro.

Aquel hombre debia sufrir como un condenado.

Damian permanecia inmóvil.

El marqués continúo:

—Y bien, ¿cómo fué? quiero saberlo todo, absolutamente todo.

—Pues oiga usted.

Yo, que he velado siempre por cumplir con la confianza que en mí se depositó, recelé un dia que el jóven en cuestion espiaba los alrededores.

No me equivoqué, aun cuando en los primeros dias siguientes no advirtiese lo más mínimo.

Ganando á los criados, comenzó á hacer que llegasen cartas á la señorita.

Las dos primeras, en honor de la verdad, debo decir que la misma señorita Lucía me las enseñó denunciando así la connivencia de los criados.

Dos veces se remudaron en cinco ó seis dias.

Pero ¡ay, señor! la tercera carta alcanzó otro éxito.

Sin que me explique cómo, es lo cierto que vigilando yo por si descubria algun nuevo traidor comprado por aquel jóven, ántes que la señorita se levantase del lecho una mañana, pude ver el nuevo billete.

Se hallaba en el tocador, en el mismo sitio en que en-

contró los anteriores, puestos allí todos, no se sabe cuándo ni por quién.

Despues, señor, de haberle leido, tuve un mal pensamiento, y me retiré sin ruido dejándole en el mismo sitio en que le viera ántes.

Pensé bajar al gabinete de la señorita mucho despues y preguntarla si por desgracia se habia vuelto á repetir la intrusion de las cartas.

Hícelo así, y á eso del medio dia formulé mi pregunta.

La señorita, con alguna turbacion, me contestó que no habia visto carta alguna.

Entónces fué, señor, cuando escribí á usted noticiándole, aunque someramente, algo de lo ocurrido.

Tenia esperanza de que aun se arreglara todo.

Despues, señor, ha ido de mal en peor, hasta que...

—¡Acaba!

—¡Señor marqués!...

—Yo te lo mando.

—Desde entónces se llegó á lo último en los escándalos.

Con increible sorpresa supe por el criado que la señorita recibia á un jóven todas las noches.

Damian dijo estas palabras á media voz y con la vista fija en el suelo.

El marqués no pestañeó siquiera.

Su palidez habíase tornado lívida.

Estaba terrible.

El infame Damian no se sentia del todo tranquilo.

Situaciones tan críticas como la en que se hallaba el marqués, sabía bien que suelen traer en el primer momento terribles desahogos.

Su fortuna, todo el ímprobo trabajo de aquella intriga que habia conducido con tanta suerte como infamia, se hallaba pendiente de la más pequeña é inesperada circunstancia.

Dedidió, pues, oir tronar la tormenta sin tratar de salirla al paso.

Pero ¿qué habia de suceder? no en balde habia contado Damian con el irascible é impetuoso carácter del altivo marqués de Lézaro.

Además, hay un adagio francés, que dice: «Tal vida, tal muerte,» y en él se encierran una infinidad de verdades.

No hay más que elastizarle un poco, y se deducen muy tristes consecuencias.

Es muy parecido al nuestro de: «En el pecado va la penitencia.»

¡El marqués de Lézaro fué criminal!

Sumió en el vicio á una criatura inexperta, y comenzaba á ser por ella desgraciado.

¡Se ven terribles contrastes en la vida real!

En su víctima iba á encontrar su verdugo.

Burló, y le burlaron.

Era muy lógico.

Cuando volvió en sí del primer estupor en que habia caido, se irguió lentamente.

Miró á Damian un momento, que permanecia como una estátua, y comenzó á medir la estancia con exaltada precipitacion.

Así pasaron algunos minutos; de pronto se detuvo el marqués, y exclamó con voz sorda:

—¿Damian?

—¿Señor?

—¿Puedo contar contigo? ¿me serás fiel?

—¡Oh! replicó sollozando, ¿á quién debo el haber salido de la miseria?

Yo no soy ingrato, señor; y en prueba de ello, que aun sintiéndolo á par del alma, no he dudado el venir aquí y revelarle cuanto pasa.

Otro hubiese callado, lo sé muy bien; un encogimiento de hombros hubiera sido su resolucion al saber la infamia acaecida; pero yo nó, ántes que todo está mi deber, y él me ha ordenado que procediese como lo he hecho.

¿Que si soy fiel? Mande usted cuanto quiera, señor, con energía.

Yo no deseo otra cosa que sacrificarme, si es preciso, por su causa.

A todo estoy dispuesto.

Damian, el astuto hipócrita, adivinando lo que podia entónces cruzar por la mente del marqués relativamente á su venganza, se adelantaba á evitarle escrúpulos en caso de que los abrigara.

Y acertó en un todo.

El de Lézaro, apénas aquel terminó, se expresó en estos términos:

—Damian, lo creo, necesito creerlo.

—Señor...

—No digas más, y estáme atento.

Yo quiero tomar terrible y pronta venganza de ese par de infames.

¿Puedo contar contigo?

—Siempre, y para todo, ya lo he dicho.

—Bien, escucha aun.

¿Nadie sabe que he llegado á Madrid?

—Absolutamente.

—Pues mira, yo quiero que me ayudes á formar un plan que me facilite lo que ansío.

¿Se ven todas las noches?

—Todas.

—Pues bien, necesito sorprenderlos.

¿Puede esto conseguirse sin producir alarma?

—Sí, señor.

—¿De veras? exclamó el marqués con feroz sonrisa.

—Respondo de ello.

—¿Y cómo?

—Ya sabe usted que mi cuarto está independiente, y que no se necesita más que ganar la puerta de entrada.

Esta es la principal dificultad.

—Y tanto, porque esa infame contará con la complicidad de alguno de los criados, el que tal vez esté alerta para un caso.

—Sí, señor, así es.

—Entónces....

—Es que yo tengo por casualidad el medio de hacer inútil su vigilancia en este punto.

—Explícate.

—Con objeto de no molestar á nadie y poder marchar á mis rezos, tengo la costumbre de entrar y salir con una llave que he mandado construir.

Por lo tanto, estamos libres de ese obstáculo, que en verdad no era pequeño.

—¡Oh, magnífico!

Y dí, hasta que llegue el momento oportuno, ¿podré ocultarme en tu cuarto en la seguridad de que nadie irá á molestarnos?

—En la seguridad más completa.

—Pues bien, ¿á qué hora suelen estar juntos?

—Desde que anochece.

—Entónces cuidarás tú hoy de venirme á buscar con tiempo suficiente.

—Puede descuidar el señor marqués.

—Damian, mi venganza va á ser terrible, no te admire, pues que de nuevo quiera saber si podré contar contigo para todo evento.

—Siempre, señor; lo juro por todo lo más sagrado.

Estoy dispuesto.

—Pues bien, ahora vete. Quiero estar solo.

Damian se inclinó.

—No olvides que te espero aquí ántes que anochezca. No faltes.

—De ninguna manera.

—Adios, pues, Damian, hasta luego.

—Adios, señor.

Hizo aquel una profunda reverencia y abandonó el gabinete.

El marqués siguió paseando como un chacal enjaulado.

Damian salió de aquella casa radiante de alegría.

CAPITULO VIII.

Continuacion del anterior.

Aquel mismo dia, un poco despues de anochecer, el marqués de Lézaro, guiado por Damian, penetraba en el cuarto que este tenia en la casa.

Nadie los habia visto entrar.

El marqués respiró.

Así que el ex-barbero hubo cerrado la puerta, exclamó en voz baja:

—Señor, todavía no ha venido; puede usted sentarse y esperar tranquilo.

El marqués, sin contestar, se dejó caer sobre la silla que vió más próxima.

La expresion de su rostro era terrible.

Otro que no hubiera sido Damian, habria sentido indudablemente algo parecido al frio.

Sus pensamientos debian ser por demás sombríos.

Damian vió todo esto, y se sonrió en silencio.

Su obra iba á terminarse.

Un paso más, y sería dichoso.

—Damian, exclamó el marqués al poco rato con voz lúgubre y sorda, ¿has oido?

—¿Qué?

—Me parece que sonó la campanilla.

—Y han abierto tambien.

—¿Será él?

—Voy á verlo.

Damian salió del cuarto, cerrando tras sí la puerta.

Un momento despues estaba de vuelta.

—Señor, con efecto, él es.

—¡Oh!...

—¿Qué quiere usted que haga? exclamó aquel viendo la feroz expresion que se habia pintado en el rostro del impaciente marqués.

—Seguirme.

—Corriente.

—¡Ah! una cosa te advierto.

—¡Señor!

—Que solo acudas en caso de que te llame; por lo demas en ningun concepto.

—Está muy bien.

—Te quedarás en la habitacion inmediata.

Damian se inclinó en señal de asentimiento.

—En marcha.

Diciendo así, deslizáronse hácia las habitaciones exteriores.

El marqués iba delante

Conocia muy bien aquel terreno.

Sin hablar palabra, como dos sombras, llegaron al gabinete destinado al marqués durante sus estancias en Madrid.

Apénas en él, Damian alzó ligeramente la colgadura que pendia de su puerta de comunicacion con la sala principal, y vió en esta á Fernando de Espinosa que, sentado en el sofá, aguardaba la presencia de su amada.

—Señor, exclamó con voz apénas perceptible, ahí está.

—Bien.

—¿Va usted á esperar que se acerque la señorita?

—Nó, déjame pasar.

—Señor marqués, exclamó Damian con fingida súplica, calma y prudencia.

Yo aquí espero.

El marqués sonrió de una manera extraña.

Damian se hallaba frente á él é interceptando la puerta.

Le separó con nerviosa fuerza, y un instante despues aparecia en la sala.

Durante un momento, permaneció inmóvil en el dintel sujetando la colgadura con una de sus manos.

El amante de Lucía volvió la cabeza hácia aquel sitio, y al ver á aquel hombre casi viejo, de elevada estatura, que le miraba con la más negra expresion de odio que pudiera pintarse en un condenado, lleno de asombro se quedó contemplando á aquella aparicion sin ser dueño á proferir la menor palabra.

El de Lézaro, por fin, abandonando su inmovilidad, dirigióse hácia el jóven con paso lento y solemne, exclamando:

—Caballero, acaban de noticiarme su llegada, y el dueño de esta casa, que soy yo, acude á su presencia para ver qué se le ofrece.

Durante un momento permaneció inmóvil en el (intel.

Ya hemos dicho ántes que Fernando de Espinosa era un jóven no pervertido por los mil vicios que corroen la sociedad.

Ni tenia, pues, esa desvergüenza que se llama por algunos práctica de mundo; por lo tanto, no acostumbrado á ser héroe de aventuras, ni acertó á proferir la menor palabra.

El marqués permaneció un momento contemplándole con desdeñosa y despreciativa sonrisa.

—Y bien, señor mio, dijo con sarcástica entonacion, ¿qué se le ofrece á usted? ¿Qué ha venido á hacer aquí?

El desconcertado amante comprendió desde luego que aquel hombre debia ser el que causó la desgracia de la que amaba con toda su alma.

Leyó en sus ojos la sed de venganza más terrible, y cediendo á un impulso de su generoso corazon, quiso asumir entera toda la responsabilidad.

Decidido á tan noble propósito, exclamó:

—Caballero, sus preguntas y la manera de hacerlas, me revelan que tiene un derecho incontestable á que yo le dé cuenta y explique mi presencia en este sitio.

Yo, añadió levantándose, amo hace algunos meses á la jóven que vive en esta casa, y desesperado de ver que no consigo el amoroso objeto que me propuse, arrostrándolo todo, he sabido hallar medio de introducirme aquí.

Esperando estaba cuál sería el resultado de mi atrevimiento; pues me habia propuesto que de hoy no pasase el saber desde luego á qué atenerme.

Momentos ántes de penetrar usted, fué á decir á esa señorita uno de sus criados que un caballero deseaba hablarla.

Tal ha sido el medio de que pensaba valerme.

En vez de conseguir mi objeto, es á usted á quien avisa.

¡Cómo ha de ser! si el criado me ha hecho traicion, recibo en ello el castigo á mi atrevimiento al comprometer de este modo á una señorita á quien no conozco.

Usted no sé qué pensará de mí, continuó el generoso don Fernando, cada vez más alentado por el buen recurso que se le acababa de ocurrir; pero dispuesto me hallo á sufrir las consecuencias de lo que decida.

Mi edad lo há hecho; crea usted que lo deploro.

El marqués de Lézaro, que con dificultad pudo dejar á don Fernando que comenzase sus disculpas, á medida que en ellas avanzaba, íbase templando su irascibilidad, y por consiguiente tranquilizándose.

Fuera del saber que da la experiencia, el marqués de Lézaro era hombre de cortos alcances, y ante las palabras de aquel jóven quedóse un tanto suspenso.

Damian, que lo veia y escuchaba todo desde la habitacion contigua, comprendió que en un momento podia caer al suelo el vasto plan que habia ido formando tan trabajosamente.

El silencio del marqués le exasperaba.

Sin embargo, no tenia más remedio que aguantarse, pues el salir de su escondite, por mucha que fuese la miopia del marqués al ver que don Fernando y Damian se conocian, podria recelar más de lo conveniente.

Comenzaba ya el antiguo barbero á esforzar su imaginacion en demanda de algun recurso de efecto, cuando lleno de alegría escuchó al marqués lo siguiente:

—¿Y usted cree, caballero, que no hay más que obrar como lo ha hecho?

La entrada la hizo fácil su imprudencia; la salida veremos cómo se efectúa.

—Estoy siempre á las órdenes de usted, contestó don Fernando, que ansiaba cualquier género de desenlace con tal de no comprometer á Lucía.

—¡Ah! ¿y usted cree que así se sale del paso? replicó el de Lézaro avanzando hácia el jóven y con una expresion terrible de venganza.

Un desafio, ¿éh? ¡já! ¡já! eso sería demasiado poco para castigar á un infame traidor.

—¡Caballero!

—Lo dicho, replicó el de Lézaro, siempre en voz baja y concentrada; y no suba usted el diapason, porque si de ese modo impide la venida de su digna amante, le abraso de un tiro.

Y diciendo así, sacó una pistola del bolsillo y la amartilló.

Don Fernando no se estremeció siquiera.

Contentóse con replicar:

—No tengo miedo á la muerte, caballero, que siempre la aguarda sereno quien conserva limpio el cristal de su conciencia.

Lo que sí creo, sin que le proponga yo variar en modo alguno sus propósitos, es que debemos salir de aquí cuanto ántes.

No es este el sitio donde debe terminar nuestra entrevista.

—¿Es eso lo que usted cree? contestó el marqués con sarcástica ironía

—Sí, señor.

—Pues siento no ser de su opinion.

—¿Cómo?

—Muy sencillo; nosotros tenemos que hacer aquí, y no dejaremos por cumplir nuestra obligacion cuando á ello nos obligan deberes de galantería.

—No comprendo á usted, murmuró el jóven, palideciendo no obstante mucho más que cuando vió ante sí el cañon de una pistola.

—Pues hablaré más claro.

Tenemos que aguardar á esa señora.

—¿Quién? interrumpió don Fernando estremeciéndose.

—Nosotros dos; á la verdad que esto no será lo que ustedes acostumbran, que los enamorados gustan sobre todo de la soledad.

Pero qué diablos, alguna vez hay que ceder á las circunstancias.

Y oiga usted en son de profecía: va á ser tal la sorpresa que experimente á mi vista su amada, que tal vez tenga que apelar al obligado recurso tan natural en las de su sexo.

Habrá síncope.

—¡Pues bien, caballero! prorumpió el jóven fuera de sí, no logrará usted su inícuo deseo.

—¿Nó?

—¡Jamás! ántes la muerte.

—La tendrá usted, continuó el de Lézaro con una ironía todavía más terrible que su anterior sarcasmo.

—¿Y qué me importa? si enfrente de mí tengo un asesino, él sabrá dar cuenta de sus acciones.

—Es que usted no va á tener otro remedio que acceder en un todo á mi deseo.

Oiga usted, voy á ser breve, continuó, advirtiendo en el jóven señales de impaciencia.

Si decididamente se obstinase usted en impedir mi resolucion, sin escrúpulo alguno le mato como á un perro.

Usted no habrá conseguido lo más mínimo, y á la vez no tendrá el gusto de saber cuál va á ser la suerte que reservo á su amada.

Al oir estas palabras Fernando de Espinosa, ya no fué dueño de contener su indignacion.

Como si se hubieran trocado los papeles, como si por causa de las circunstancias le correspondiera al jóven el derecho de interrogar y de exigir, Espinosa, mirando al marqués frente á frente, exclamó:

—Basta, caballero; ¿y tiene usted valor para pronunciar estas palabras?

¿Cómo no se avergüenza usted en hablar de castigos y de venganzas?

No necesito preguntar si el que así habla puede ser otro que el opulento marqués de Lézaro.

No podia comprender cuanto ahora veo; por eso en un principio formé el propósito de callar, creyendo que habria más dignidad en algunos que se nombran caballeros.

Como vuelvo á decir, ¡se atreve usted á hablar de venganzas!

¿Va usted á castigarse á sí mismo? ¿á castigar su propia obra?

¡Usted va á coger ni más ni ménos que lo que ha sembrado!

Señor marqués, seamos lógicos; usted enseñó á faltar, y nada de particular tiene que se haya aprendido.

—¡Oh! basta, exclamó el viejo marqués con terrible cólera; esas palabras me llevan, más y más pronto, al deseo de exterminio.

Se ha hecho la interesante pintándome á los ojos de usted como el hombre causa de su desgracia; ¡pues bien, mi venganza será terrible!

Tarda mucho en comparecer, y habrá que llamarla un poco alto.

Predicador novel, usted será mi primera víctima; allá va el plomo de mi pistola.

Entónces sucedió una cosa terrible.

Lucía, que tras la colgadura de su gabinete habia escuchado casi toda la escena de los dos rivales, comprendió que acababa de sonar la hora del desenlace de aquel drama, y no vaciló un momento.

Su amante Fernando habia venido por casualidad á colocarse junto á la puerta y frente al marqués; así que, aun ántes de que acabara el último de pronunciar aquellas palabras, Lucía, aguijada por su amor y poseida de una especie de vértigo, se precipitó en la estancia interponiéndose entre los dos hombres.

Solo Dios sabe si el marqués pudo ó no evitar el terrible siniestro que ocurrió en aquel momento.

La bala que debió herir á Fernando de Espinosa, fué á hundirse en el pecho de la infortunada Lucía.

La desgraciada jóven se irguió un momento llevando sus dos manos al corazon, y tambaleándose cayó en medio del pavimento.

Espinosa, oprimiendo la frente entre sus manos, exhaló un grito, ¡grito terrible de una alma desgarrada! y en seguida, con una codicia salvaje, con una expresion en su rostro en que se leia el dolor más profundo é inconmensurable, precipitóse sobre el cuerpo inanimado de la que tanto amaba.

El marqués de Lézaro, en pié é inmóvil como una estátua, miraba á Lucía con ojos desencajados, conservando en su mano la pístola todavía humeante.

Aunque su rencor habia sido terrible; aunque la decepcion de Lucía hirió su orgullo, y por lo tanto hizo igualmente que de él brotase el deseo de venganza, al verla realizada no pudo ménos de sentir algo dentro de su sér, algo repulsivo que censuraba la ferocidad de su comportamiento.

Habia amado á aquella mujer, siquiera fuese á su manera, y naturalmente sentia los primeros golpes del remordimiento.

Además, la hermosura siempre inspira compasion, y no podia ménos de contemplar con horror cuán pronto los encantos que atesorara su víctima habian desaparecido bajo el frio soplo de la muerte.

Una sola persona conservaba la más perfecta calma ante aquel sangriento desenlace.

Inútil es digamos que esta persona era Damian.

Apénas vió que Fernando de Espinosa, loco y delirante, se precipitaba sobre el cuerpo de la jóven, comprendió que en modo alguno debia desperdiciarse tan favorable ocasion para huir así de las terribles consecuencias que pudieran resultar cuando en aquel se desvaneciese el primer vértigo que se apoderó de su alma.

El drama debia terminar allí; no le convenia que pasase más adelante.

En este concepto se apresuró á salir del gabinete, y adivinando lo que pasaba en el marqués en razon á su inmovilidad, comprendiendo que no era aquel momento el más á propósito para andarse con etiquetas, le cogió de un brazo y dulcemente le atrajo hácia sí.

El de Lézaro, que ya lo hemos dicho, se hallaba entónces poseido de un estupor profundo, no hizo la más pequeña resistencia, y se dejó arrastrar por Damian.

—Señor, dijo, vuelva usted en sí y pensemos lo que debe hacerse.

La situacion es crítica por demás y forzoso que la salvemos.

El marqués, como si despertara de un sueño, se quedó mirando á Damian con cierto extravío; despues tiró la pistola, y en silencio dió dos vueltas por el gabinete, á la vez que enjugaba el sudor que corria por su frente.

No era hombre el marqués á quien afectara demasiado un sentimiento de conmiseracion, ni se dejase abatir mucho tiempo por los recuerdos.

Pasado el primer momento, lograba hacerse dueño de sí mismo, y su conciencia se plegaba con facilidad.

—¡Damian, exclamó sin haber logrado desechar del todo su agitacion, ya me he vengado!

—Señor, ¡que Dios la acoja en su seno y nos perdone á todos!

Ahora lo que primero debemos cuidar, es librarnos del escándalo que habrá de seguir á tan triste suceso.

Cuanto se encierra en esta casa, exceptuando al niño, es

de ningun valor para nosotros en las actuales circunstancias.

—Y bien, ¿qué hacemos? replicó el marqués, que ya comenzaba á ver claro, y que no podia ménos de apreciar cuanta verdad se encerraba en la observacion de Damian.

—Ante todo, dijo este, coger al niño y á su casa de usted.

Desde allí buscaremos un albergue seguro.

Ya es de noche afortunadamente, y nadie podrá sospechar de nosotros siquiera lo más mínimo.

—Pues bien, marchemos.

—Una palabra, señor marqués.

—¿Qué?

—Sería muy conveniente que, una vez en la calle, avisáramos lo que acaba de ocurrir.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de que si acuden al momento, encontrarán á ese infeliz, y sobre él solo se ejercitará la accion de justicia.

Es una lástima que así suceda, continuó Damian con un gesto lleno de compuncion; pero en fin, se trata de usted, y acepto con júbilo hasta lo que no haria por mí mismo.

—Convenido; dispon lo que quieras, te dejo absoluta libertad de obrar.

—Es que eso no puede ser precisamente.

—¿Por qué?

—Porque á mí me conocen, no solo en esta calle, sino en todo el barrio, al paso que usted no se halla en ese caso.

—Bien, tienes razon; yo lo haré, pero ahora marchemos cuanto ántes.

—Pues vaya usted bajando miéntras yo tomo al niño, y que Dios nos ayude.

Minutos despues, tomaban calle adelante el de Lézaro y Damian, no sin que el primero dejara de alarmar á uno de los vecinos, refiriéndole brevemente que al pasar delante de aquella casa, habia oido la detonacion de una arma de fuego y tras ella un grito terrible.

El antiguo barbero llevaba dormido bajo la capa al inocente hijo de Lucía.

Su obra se vió coronada del mejor éxito.

CAPITULO IX.

En que Damian sigue haciendo presa.

Inútil será digamos que Damian se hizo necesario al marqués de Lézaro.

Eran cómplices de un mismo crímen, mejor dicho, Damian con su habilidad precipitó al marqués al último de los desvaríos, y solo él poseia el secreto que en una circunstancia dada podria causar la deshonra del aristócrata.

Como al márqués de Lézaro nada le detenia en Madrid, aceleró cuanto ántes el emprender la vuelta al lado de su familia.

Antes de verificarla, presenciemos la última conferencia que se celebró entre aquellos dos hombres, pues ella nos indicará hasta qué punto consiguió el hipócrita Damian sus tenebrosos designios.

Estamos en el gabinete de la casa que ocupaba el marqués de Lézaro.

Damian, á una indicacion de este, ha tomado asiento

á su lado, pero siempre guardando con la más exagerada escrupulosidad la distancia que media entre inferior y superior.

El antiguo barbero, que habia hecho de su cara un recurso, supo dar á entender á todo el mundo, incluso al marqués, que era la docilidad misma.

El de Lézaro comenzó así:

—Amigo Damian, ha llegado ya el momento de mi marcha.

—Señor, lo siento; la responsabilidad que desde ahora va á pesar sobre mí, casi me hace temblar.

—¿Cómo así? replicó el marqués con afectuosa sonrisa.

—Porque si durante su ausencia dispusiera Dios de la vida de ese niño, que hoy deja á mi cuidado, tal vez podria usted creer que el no velar yo por ella, como debia, daba tal resultado.

—Nó, Damian, no lo pienses siquiera.

Mi confianza en tí es como debe ser, ilimitada.

Pero dejemos eso, y oye lo que tengo que decirte, que es muy importante.

—Ya escucho, señor.

—Empezaré por preguntarte qué es lo que piensas hacer una vez que yo me separe de vosotros.

—Bien poco, señor, replicó Damian con una sonrisa en que supo pintar un agradecimiento y candidez adorables.

Como, gracias á la liberalidad de usted, no hay que pensar en una subsistencia más que decorosamente asegurada, viviremos el niño, la nodriza y yo, bien en Madrid, ó en el punto que usted nos designe.

—¿La contaste ya el cuento de que al nacer el niño murió su madre?

—Sí, señor.

—Bien, Damian, eso es lo más indispensable, que todos, absolutamente todos, crean que ese niño es tuyo.

Yo voy á darte mi parecer, nada más que mi parecer, en la inteligencia de que puedes obrar como gustes, porque yo confio mucho en tu discrecion.

Damian se inclinó respetuosamente, replicando así:

—El señor marqués puede dictarme las órdenes que le plazcan.

Todas ellas tendrán, como es justo, el más debido cumplimiento.

—Vamos á ver, ¿no te parece mejor que os fuéseis por ahí á un pueblecito cualquiera hasta que se termine la lactancia?

Despues, y pasado ese tiempo, ni te conocian en Madrid, ni podias tener en él la más leve inquietud.

—Es verdad, señor marqués, su idea me parece acertadísima.

—Entónces puedes elegir con despacio el sitio más conveniente para vuestra temporal residencia.

Otra cosa: ya sabes que no es preciso misterio alguno para escribirme; por lo tanto será esta una ocupacion á la que quiero te emplees por lo ménos dos veces en el mes.

Y nada de rodeos, Damian; siempre claro y terminante cuanto tengas que decirme.

Ya sabes tambien á dónde tienes que recurrir para cobrar vuestra asignacion.

Creo que no nos resta ya ninguna cosa importante que prevenir; por lo tanto....

—Sí señor, falta una.

—Dila.

—Señor, yo bien comprendo, porque es muy natural y en ello llenará usted así sagrados deberes, que ya muy pocas veces y de tarde en tarde vendrá usted á Madrid á ver á su hijo; ¿no es verdad que así ha de suceder?

—Sí, Damian, ya voy siendo viejo, y me ha de costar mucho trabajo mover este cuerpo, que ya comienza tambien á debilitarse.

—Pues bien, señor, yo forzosamente tengo que pedir á usted un favor señaladísimo.

Al decir el taimado hipócrita estas últimas palabras, procuró imprimir en ellas tan solemne gravedad, que el marqués le miró con cierta extrañeza, no acertando á qué podrian conducir.

Sin ser dueño á ocultarla, replicó:

—Damian, aunque efectivamente parece que va á ser grande el favor que segun anuncias vas á pedir, cuenta con él si está en mi mano.

—¡Ah! no crea usted que me mueve á hablar así el interés mezquino; el favor que yo solicito, aunque parezca extraño, viene á redundar más bien en obsequio de usted, señor.

—¿En obsequio mio?

—Indudablemente.

—Habla, ya te escucho.

—Pues bien, lo diré, aun cuando sabe Dios lo que me cuesta.

El marqués no replicó.

Damian, despues de un momento de silencio, continuó así:

—Señor marqués, yo, que me conozco algo, creeria faltar á un deber de conciencia si no le explicase para qué deseo alcanzar el favor de que le he hablado, y la confianza que en él se envuelve.

Yo, como creo que en otra ocasion he dicho á usted, no he conocido á mis padres ni á ningun pariente más ó ménos inmediato.

Aunque mi alma es impresionable, aunque lo hubiera sido más, no ha tenido en quien depositar su ternura.

Hoy, estrechos deberes van á unirme á ese niño; desde ahora le digo á usted lo que sucederá.

Dicen que el trato engendra cariño; pero yo, á más de quererle por esta razon, le querré además únicamente por ese santo tributo que Dios ha impuesto á todas las almas; la obligacion de amar.

Yo, que vuelvo á repetirlo, señor, me conozco algo, tengo la evidencia de que llegaria á un extremo tal, que si por circunstancias especiales y que no pueden hoy preverse, llamara usted á su hijo en uso de un derecho indisputable, acaso entónces se le negaria.

—¡Damian!

—Señor, aun á pesar mio y en mi contra, yo diré siempre la verdad.

—Pero hombre, replicó el marqués sonriendo, si tal caso llegara, ¿me crees capaz de no permitir que vivieras á su lado?

Además, ¿no convinimos en que para él has de ser tú su padre? pues entónces, aun á pesar mio, tendria que aceptarte.

—Señor, vuelvo á repetir, continuó Damian con respe-

tuosa insistencia, no es posible que podamos adivinar á dónde nos llevarán las circunstancias.

—Bien; en último caso, ¿cuál es tu deseo?

—Que ponga usted un remedio que me imposibilite mañana de obrar, como ántes indiqué.

—¿Remedio?

—Sí, señor.

—¿Es que no te encuentras con fuerzas para ser el guardador de ese niño?

—¡Oh! ¡sí, señor!

—Pues entónces no alcanzo la manera.

—Yo me atreveré á indicarla, y en nada creo que puede encontrarse perjuicio, si es verdad, señor, que usted tiene en mí su confianza.

—Bien; ¿cuál es el remedio?

—Decirme por escrito que me encargue de su hijo de usted; de este papel se hace una copia, que igualmente firmaremos los dos, y cada uno conservará el suyo.

El marqués de Lézaro no comprendió la pérfida intencion que encerraban las palabras de Damian.

Léjos de ello, creyó fácilmente que una exquisita delicadeza se las habia dictado.

Así fué que despues de meditar un momento, replicó sonriendo afectuosamente:

—Serás obedecido, mi buen Damian.

Ahora mismo voy á extender el documento.

El antiguo barbero supo, aunque con algun trabajo, disimular su alegría.

Acto contínuo se hizo como deseaba, y cada uno guardó su documento.

Al dia siguiente, el marqués de Lézaro abandonó la córte completamente satisfecho.

Damian habia conseguido su objeto.

Olvidábamos decir que cuando la justicia penetró en la casa de Lucía, ya no se hallaba en ella el cuerpo de la jóven.

El que recibió la denuncia que de aquellos sucesos hiciera el marqués, tardó bastante en decidirse á dar parte, por lo que pasaron lo ménos dos horas hasta que se verificó la inspeccion judicial.

Las puertas se hallaban abiertas, y no se advertia ninguna otra señal que indicase la verdad de la delacion, que unas manchas de sangre reciente sobre la alfombra de la sala y algun desórden en sus muebles.

Damian, que habia sabido enterarse con maña de estos acontecimientos, experimentó un malestar y una zozobra que le hicieron apresurar cuanto ántes su salida de Madrid.

A los dos dias de haber marchado el marqués, se hallaba él instalado en Alcalá de Henares.

Desde aquel momento y para todo el mundo, don Damian Fernandez era un propietario de Madrid que acababa de quedarse viudo, y que habia decidido abandonar la córte dedicándose no más al cuidado de su hijo.

CAPITULO X.

Una entrevista apacible.

Aquí tenemos ya que acercarnos á la época que comenzó la accion de nuestro libro.

Han pasado diez y ocho años desde que el marqués de Lézaro confió á Damian la custodia de su hijo.

Durante los quince primeros nada ocurrió de particular.

Damian se habia propuesto educar al niño Gabriel algo más libremente, para sus fines particulares, que lo que la época exigia.

Queria hacer de él un segundo Damian, que cuando llegara á hombre se presentase como buen compañero á explotar cuanto pudiera la hacienda de su verdadero padre.

Sin embargo, segun el niño iba creciendo física y moralmente, pudo Damian adquirir el convencimiento de que no podia trabajar para su objeto como hubiese deseado.

Gabriel Fernandez, que así se llamaba, descubrió desde el principio un carácter enérgico é indomable y una fuerza de voluntad á toda prueba.

Damian, contra lo que habia previsto, tuvo que poner todo su conato en sujetarle.

Dos años residieron en Alcalá de Henares; luego, conforme á las órdenes del marqués, se trasladaron á Madrid.

La pension que excrupulosamente recibieron siempre, era más que suficiente para cubrir con desahogo sus necesidades.

Don Damian Fernandez, que así era llamado desde que volvió á la córte, era hombre de mucho método, y esto le permitió formarse poco á poco un capital regularcito á costa de la liberalidad del marqués.

En tan largo período de tiempo, este solo vino á Madrid á ver á su hijo seis ú ocho veces.

Su permanencia era siempre de muy pocos dias, y pasaba en la casa de Damian como un antiguo amigo que de tiempo en tiempo venía á la córte á sus negocios.

Gabriel tuvo siempre á Damian por su padre.

En cuanto á este, en nada habia cambiado durante aquel tiempo.

A excepcion de una calva más que regular, de haber adelgazado bastante, y eso que nunca habia sido grueso, y de una palidez amarillenta y cadavérica que le daba el aspecto de un desenterrado, conservaba los mismos rasgos de antiguo.

Su eterna benévola sonrisa y el mismo aire de candidez beatifica que siempre le acompañó.

Desde el momento en que se acercaba el tiempo de que Gabriel cumpliera los quince años, comenzó Damian á preparar la terminacion de sus laboriosos planes.

La edad avanzada del de Lézaro habíale imposibilitado

en tales términos, que lleno de achaques, pasaba la vida clavado en un sillon.

Esta imposibilidad de volver á Madrid cuadraba muy bien á los deseos del tenebroso don Damian.

Decimos, pues, que desde entónces este dió principio, aunque paulatinamente, á continuadas exigencias.

Veia cerca la muerte del marqués, y decidió no pasar más tiempo sin hacerse rico.

El de Lézaro satisfizo al principio todas sus peticiones, aunque extrañando no poco semejante modo de obrar que jamás habia observado.

Así empezó á indicarlo en sus contestaciones, aun cuando al principio muy someramente.

Esto era lo que deseaba Damian.

Sin procurar justificaciones de ninguna especie, continuó multiplicando sus peticiones pecuniarias cada vez con mayor sequedad y descaro.

Sucedió lo que no podia ménos; el marqués escribió una carta dura y terminante, en la que hizo presente á Damian se abstuviese en lo sucesivo de forzar su voluntad con exacciones tan crecidas, pues de ceder á ellas perjudicaba de una manera notable al patrimonio de su hijo legítimo.

Entónces consideró Damian que el momento decisivo habia llegado, y acto contínuo contestó al marqués noticiándole que, persuadido de las razones emitidas en su última, habíase propuesto firmemente no incomodarle ya más que una sola vez.

A renglon seguido hacía una ligera cuenta de lo que importaban los bienes del marqués, concluyendo por decir: Usted no tiene más que dos hijos, y aunque el uno de ellos

no es legítimo, bueno será que no se le desampare, y ocurra la muerte de usted, y allí tenga término la pension que hoy recibe; por lo tanto, sin perjuicio de que esta continúe como hasta aquí, hasta tan triste momento es indispensable que dé las órdenes oportunas para que se me entreguen aquí setenta y cinco mil duros, quinta parte, á ojo, de lo que habrá de heredar el futuro marqués, que al fin y al cabo, y aunque el mundo se oponga, es hermano del infortunado Gabriel.

Decia despues, que si contra sus creencias veia negada aquella última pretension, haria un viaje de recreo por aquellos pintorescos lugares acompañado de Gabriel y de aquel documento que años ántes habia recibido justificando quién era el verdadero padre del niño.

Como se comprende, el anciano marqués resistió cuanto pudo tan absurda y cínica peticion; pero al fin hubo de ceder temiendo el escándalo que Damian sabria provocar.

Este, así que se encontró en posesion de tan respetable suma, determinó cerrar su correspondencia con el de Lézaro, y comenzó á pensar muy sériamente, primero sobre la prudente manera de aumentar aquel capital por tanto tiempo deseado y con tanta maña adquirido; y segundo, ya que ofrecia una infinidad de dificultades el deshacerse de Gabriel, cómo podria proporcionarle un casamiento que le trajese un aumento considerable en su fortuna.

Fijóse en esta idea, y comenzó á trabajar al efecto.

No ocultándose que, dado el carácter de Gabriel, no se le podia manejar contra su capricho, se hizo la siguiente reflexion:

Tiene diez y nueve años; á esta edad, segun dicen, y yo

lo creo, se ve todo de color de rosa tratándose de amores.

Si de esta manera halago los impulsos de su corazon, es muy fácil que consiga mi intento.

Arrobado con las dulzuras del matrimonio, se tardaria algun tiempo en que él dejara de agradecerme el habérselo proporcionado; y ántes de que llegara á hastiarse, como sería lo más probable, si la mujer reune las circunstancias que yo deseo, sabria administrar bien en poco tiempo.

Ya sabemos que en el carácter de este hombre, un propósito cualquiera llegaba á ser su señor absoluto, y á él se consagraba con todas sus fuerzas.

Buscó y encontró.

Ya no faltaba más sino preparar el ánimo de Gabriel, procurar una entrevista.

Esto no dejaba de ser difícil, porque se pasaban muchos dias sin verse uno y otro.

Sin embargo, hizo la casualidad que al dia siguiente de haber determinado Damian citarle, este, sin aguardar á ello, se presentó en su busca.

Eran las diez de la mañana.

Don Damian Fernandez, envuelto en una pesada bata, se hallaba sentado ante una mesa de despacho llena de libros y papeles.

Aquel gabinete, como el resto de la casa, estaba decorado con gusto y lujo.

Don Damian era miserable con talento, y jamás eludia un gasto que pudiera redundar en provecho más ó ménos directamente.

Al ver entrar á Gabriel, no pudo ménos de hacer un gesto de sorpresa.

El carácter de ambos jamás pudo producir otra cosa que desvío y altanero desden.

Para Gabriel, y durante su infancia, siempre tuvo Damian una sonrisita medio forzada, sin que á ella se uniese otra manifestacion de cualquier género.

En esto consistian todas sus caricias.

En cuanto al hijo del marqués, siempre experimentó una aversion instintiva para aquel que debia llamar padre; aversion que él creia tal vez, y de buena fé, indiferencia cimentada en la esquiva frialdad de que era objeto.

Como en los cálculos de Damian no entró jamás sujetar al muchacho con rigor, el jóven necesariamente debió ser atrevido y poco respetuoso.

Para decirlo de una vez, se toleraban.

Excusamos ahora hacer el retrato del hijo del marqués.

Bastará decir que, teniendo seis ú ocho años ménos, habia en su rostro más expansion y ese franco atrevimiento peculiar de la juventud, indició exacto de la inexperiencia.

Su carácter, ya lo hemos dicho al ocuparnos de él por primera vez, era indómito y altanero.

Sentia latir bajo su pecho un corazon fuerte y sereno, y en su viva imaginacion creia bastarse á sí mismo.

Era, en una palabra, la antítesis de don Damian, aunque solo en la forma.

El fondo era muy semejante.

Ninguno habia nacido para ser dominado por el otro.

Fuerzas iguales y contrarias, se destruyen.

—Buenos dias, hijo, exclamó don Damian mirando al jóven por cima de sus anteojos, á la vez que con un ademan le indicaba que tomase asiento.

Hízolo así Gabriel, y replicó con irónica petulancia:

—Muy buenos los tenga usted.

La entonacion con que pronunció estas palabras, no pudo ménos de sorprender al buen don Damian.

Sin embargo, fingió no haberlo advertido, prorumpiendo así:

—Llegas muy oportunamente.

—¿Pues cómo?

—Sí; pensando estaba en este momento en mandarte llamar.

—Aquí me tiene usted, lo que prueba que los dos teníamos el mismo pensamiento.

—Sí, pero de seguro que no será para el mismo objeto.

—¡Oh! ya lo creo.

Estas palabras sorprendieron de nuevo al suspicaz don Damian.

Habian sido dichas con una intencion especial.

Esta vez no podia eludir el provocar, aunque ligeramente, una explicacion acerca del verdadero significado.

En su consecuencia, revistiéndose de una gravedad digna de su papel de padre, exclamó:

—¿Qué quiere decir ese retintin?

—Nada más que demostrar que abundo yo en las mismas opiniones.

—Pues bien, tú ¿para qué me necesitabas? añadió desarrugando el ceño.

—Nó, á usted le toca empezar:

—En realidad á tí, que venías sin que yo te llamase.

—Bien; pero puesto que usted tiene tambien que decirme algo, justo es tenga la primacía.

—Sea, exclamó don Damian afectando un buen humor, de que se hallaba distante.

Gabriel, ¿sabes que he pensado una cosa muy buena para tí?

—Doy á usted la gracias, aunque no sé....

—Ahora lo sabrás.

Implica un cambio radical en tu vida.

Ya ves si será grave.

—Siendo así, ya lo creo, replicó Gabriel con provocativa indiferencia.

Don Damian comenzaba á alarmarse.

A pesar del acostumbrado imperio que sobre sí tenia, hubo de morderse los lábios con cierto despecho.

Desde que empezó su conversacion con el jóven, estuvo pensando qué podria significar la especie de segunda intencion que revelaban sus contestaciones.

Decidido, sin embargo, á no penetrar aun en el terreno de las confidencias, que pudieran perjudicar á su proyecto, continuó así:

—Pues bien, sábelo de una vez; se trata de tu casamiento.

—¿De mi casamiento?

—Sí, hombre, sí; ¿qué tiene eso de particular?

Ya van siendo muy frecuentes los casos de jóvenes de tu edad que toman estado.

—Pero diga usted, ¿seré yo sin saberlo algun príncipe real? exclamó Gabriel con acento irónico.

Don Damian casi dió un salto en el sillon.

No obstante, merced á un violento esfuerzo, pudo exclamar con afectada serenidad:

—¿Pero á qué viene tan rara pregunta?

Me parece, querido padre, que tiene usted demasiada prisa de echarme de su lado.

—¿Por qué dices eso?

—A ver; tengo diez y ocho años.

—Vuelvo á decirte que esa no es razon.

Hay muchos que efectivamente á esa edad son criaturas en toda la extension de la palabra.

Pero tú es distinto; además de que tu desarrollo físico es completo, eres formal casi con exceso; en una palabra, eres lo que se llama un hombre.

Gabriel sonreia en silencio.

Don Damian continuó:

—Además eres rico, porque gracias á Dios, no estamos mal; y si á esto se añade el que te he buscado una novia no ménos rica que tú, jóven y extremadamente linda, creo que no necesitarás hacer grandes esfuerzos para suscribir á mi deseo.

Vamos á ver, ¿qué te parece de mi proyecto?

—Muy bien.

—De manera que....

—Que no me caso.

—¿Qué dices?

—¿No lo ha entendido usted?

—Vamos, tú deliras, Gabriel, exclamó con forzada sonrisa.

—No diré lo contrario; mi inexperiencia tal vez dicta tan rotunda negativa.

—Vamos á ver, ¿puedes tú dudar que un padre no quiera para su hijo la mayor felicidad posible?

—¡Oh! de ninguna manera, replicó el jóven con marcada ironía; pero es que yo la rechazo en esa forma.

—¿Es esa tu resolucion?

—Sí, señor.

—Pues Gabriel, siento decírtelo, exclamó Damian afectando una seriedad que procuró hacer imponente, te concedo el dia de hoy para que lo medites; en la inteligencia de que no será muy conveniente para tí el que persistas en tu negativa.

—Pues bien, para la determinacion que piense tomar, yo de muy buena gana relevo á usted del plazo que para ella se impone al concedérmele para que me resuelva.

Hoy y siempre diré á usted lo mismo: cuando piense en el matrimonio, no pediré consejo, por lo ménos no dejaré á otro el trabajo de elegir por mí.

—Gabriel, ¿y si yo te lo ruego? ¿crees tú que anhelo otra cosa que tu felicidad?

Reflexiónalo con calma; mira, hijo, que á tu edad se ve todo de color de rosa, y cuando llega la época de los desengaños se lloran inútilmente los errores cometidos.

Yo no voy á ser eterno, Gabriel; cuanto trabajo es por tí y para tí, y buena prueba de ello es el matrimonio que te propongo.

Además hay otra cosa, que no sé la fuerza que podrá hacerte.

Como no podia figurarme que dieses á mi proposicion una negativa tan terminante, sino que al contrario, creí que accederias á ella con verdadero júbilo, he dado pasos que....

—De eso no puede usted culpar á nadie, interrumpió Gabriel con acre altanería.

Si me hubiese usted consultado ántes, se evitaria el disgusto que ahora pasa.

—¿Es decir, exclamó don Damian trémulo de ira y con una desentonacion que jamás se habia permitido, que para tí son nada mis reflexiones y hasta mis ruegos? Pues bien, oye esto y procura no olvidarlo: á la fuerza ni podria ni quiero casarte, pero en cambio puedo hacer otra cosa peor, y lo haré si te obstinas en tu negativa.

—¿Y cuál es?

—¿Quieres saberla? exclamó don Damian despues de una breve pausa, con voz casi temblona.

—Sí, señor, precisamente.

—Hacerte salir de mi casa, no volverte á ver, en una palabra, hacerme cuenta de que no tengo tal hijo.

Gabriel, que en el primer momento se puso lívido, levantóse de un salto y mirando al hipócrita don Damian con expresion terrible, permaneció así durante un buen espacio sin hablar palabra, sin hacer otra cosa que contemplar el rostro apergaminado del antiguo barbero.

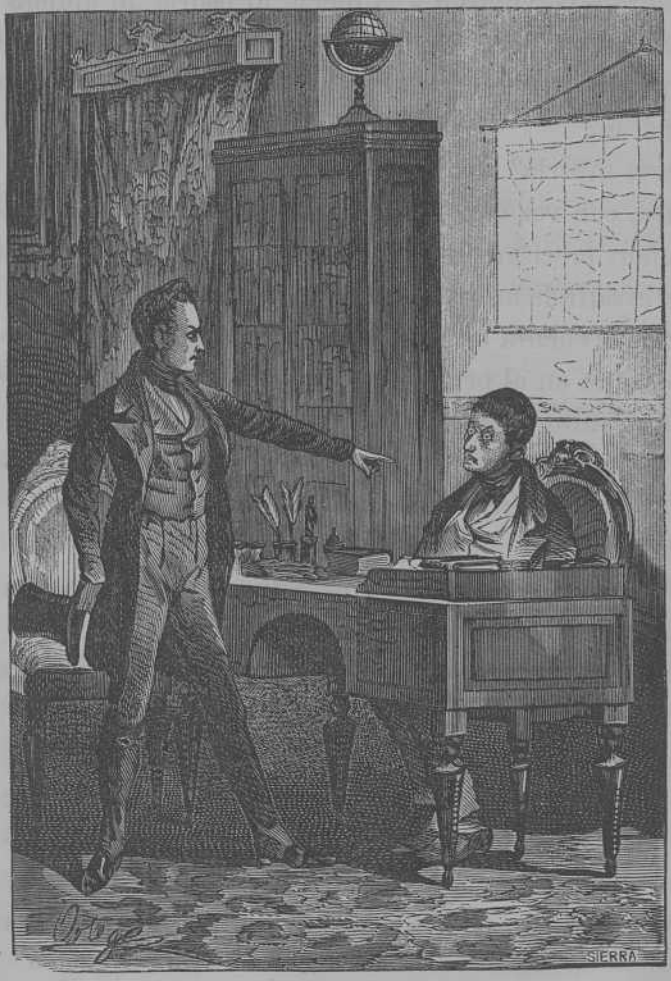
Este á su vez, ante semejante espectáculo, presintió que algo terrible iba á desenlazarse de aquella entrevista.

No tenia miedo de arrostrarlo, pero sí temblaba por las consecuencias que pudiera traer consigo.

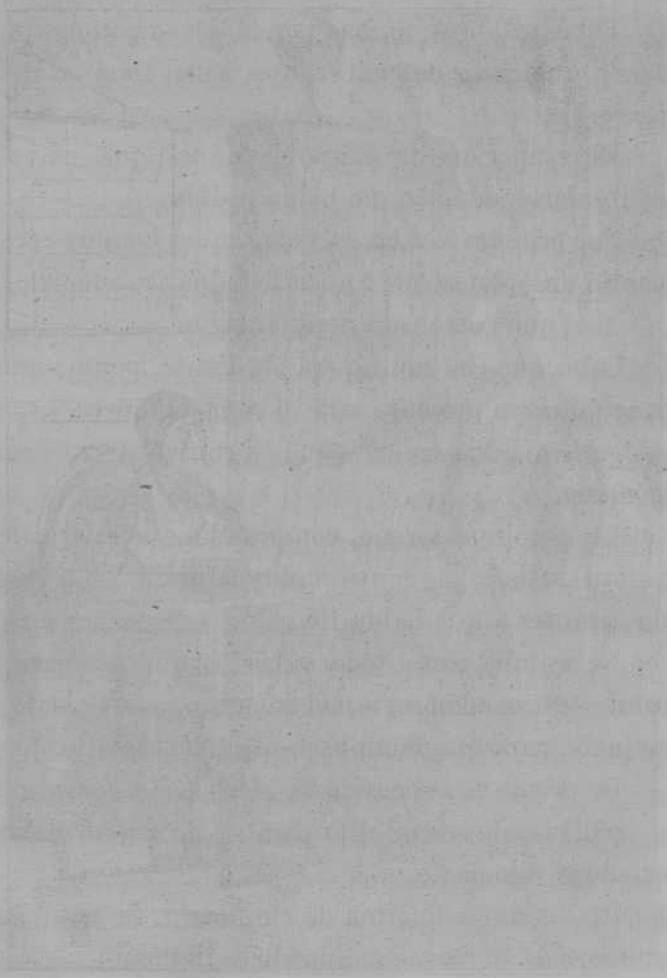
Preparado á todo y resuelto á triunfar de aquel niño, iba á proseguir en vista de su silencio, cuando este, por medio de una transicion tan brusca como violenta, desarrugó el semblante, volvió á sentarse frente á don Damian y lanzando una carcajada expansiva y sardónica, prorumpió así:

—Vamos, veo que está usted hoy de buen humor, y me alegro.

Confieso que en el primer momento iba á tomar sus pa-



Gabriel, que en el primer momento se puso lívido.



labras al pié de la letra, pero al fin he comprendido la broma.

¡Hubiera sentido con toda mi alma incomodarme de veras!

Estas palabras, dichas por el jóven con cierta veleidad casi juguetona, desconcertaron á don Damian de un modo increible.

El estupor que le causaron fué tal, que ni se cuidó de disimularle; además, no habia podido.

Por primera vez en su vida, aquel hombre sereno y frio perdió un aplomo que nunca le habia abandonado.

Y es que comenzó á desorientarse.

Sabía que Gabriel no era obediente, porque era soberbio, pero jamás se presentó ante él como entónces.

¿Qué deberia creer? ¿qué significaba tan extraño fenómeno.

Un poco más sereno, comprendió que estas preguntas se verian satisfechas continuando la discusion con el carácter de tirantez á que habia llegado.

Necesitaba ante todo saber á qué atenerse, marchar sobre seguro; además, aquel enemigo, caso de serlo, era harto pequeño para que fuese bastante á inquietarle.

De pronto se le ocurrió la idea de si estaria enamorado.

¡Oh! puede ser, se dijo para sí; de esta manera se explica su resistencia.

En cuanto á la forma de emplearla, es natural, dada la entereza de su carácter. Sí, esto es indudablemente.

Robustecido con tal creencia, volvió á recobrar su serenidad, y exclamó:

—Gabriel, ¿qué quieren decir esas palabras? ¿por dónde

has creido que yo no te he hablado en sério, y sobre todo, qué significa ese aire de seguridad burlona de que te has revestido?

—Acaba usted de hacerme tres preguntas, que sin duda alguna querrá ver contestadas, ¿no es cierto?

—Exactamente.

—Pues con muy pocas palabras voy á hacerlo; escuche usted.

Procederé con el mismo órden en que las ha hecho.

Quieren decir mis palabras, que lo sé todo, absolutamente todo: que no puedo creer que hable en sério, referentemente á la amenaza que me ha hecho.

Y por último, he empleado el tono burlon, segun usted dice, cediendo á no sé qué consideraciones, porque, puede usted creerlo, es el más blando de cuantos debiera adoptar.

—No te entiendo, murmuró don Damian con voz casi apagada.

—¿No me entiende usted?

—Nó.

—Pues bien, hablaré con mayor claridad.

Lo que le suplico ante todo, puesto que nos conocemos, es que no haya extremos de ninguna clase por lo que va oir.

Hecha esta salvedad, comenzaré sin hacer digresiones.

Señor don Damian, ¿dónde está mi padre?

Gabriel dijo estas palabras con la más perfecta calma.

Don Damian se estremeció como si le hubieran puesto en contacto con una botella de Leiden, ó como si hubiese sentido la picadura de una víbora.

—¡Gabriel! murmuró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Diablo! don Damian, sosiéguese usted, replicó el jóven con su irónica sonrisa.

Dije ántes que se dejara de extremos, que á nada han de conducir.

Los hombres como usted, tan previsores y cautos, debian hasta ignorar el significado de la palabra sorpresa.

Vamos á ver, formulo de nuevo mi pregunta: ¿dónde está mi padre?

—¡Pero!...

—Vaya, á este paso nos eternizaremos.

Está visto que tendré yo que tomar la iniciativa y sacarle las palabras del cuerpo como con gancho.

Voy á explicar á usted lo que tanto le sorprende.

¡Ay, don Damian, qué bien me explico ahora el que jamás he sentido por usted ese afecto tan respetuoso que se debe tener siempre al padre!

De todos los defectos que yo me he reconocido, de cuanto malo he hecho en el terreno de las calaveradas propias de mi edad, nada sentia tanto como este desamor, que yo me vituperaba siempre y que hacia hasta mi desesperacion.

En fin, dejemos estas reflexiones, porque usted no habria de entenderlas.

Vengamos al hecho.

Anteayer entré aquí, no recuerdo con qué objeto.

Creí hallarle, pero el criado me dijo hacía una hora que habia usted salido.

Cuando me quedé solo, dí dos paseos por este gabinete, y una de las veces, al volver hácia este lado, se fijaron mis ojos por casualidad en la llave que pendia de la cerradura en ese último cajon de la mesa.

¡Don Damian! ningun liviano deseo me movió á acercarme á ella, y sin embargo, una curiosidad invencible, una atraccion superior me llevó á ejecutarlo así.

La llave quemaba mi mano, pero era preciso, sin saber por qué, que yo registrara aquel cajon.

Hícelo así, y mi curiosidad se vió satisfecha.

¿Va usted comprendiendo ahora?

Don Damian palideció de una manera cadavérica.

Con los ojos fijos y la boca entreabierta, parecia hallarse pendiente de las palabras del jóven.

No contestó, no podia contestar.

Gabriel continuó:

—Ahora la admiracion de usted es justa, porque las dos coincidencias de entrar yo en este gabinete, cuando tan pocas veces ha acontecido, y la de ausentarse usted olvidando la llave, son para darse al mismo diablo.

Pero no crea usted que por eso nos vamos á guardar rencor, yo por lo ménos.

No dejaré yo de querer á usted, porque nunca le he querido; por lo demás creo que mi buen padre postizo y yo acabaremos por entendernos.

Y hasta cierto punto me ha afectado poco el descubrimiento.

De ser hijo de usted á serlo bastardo de un marqués, casi no hay diferencia.

Quiere decir que si no tengo apellido, veremos si acierto á conquistarle por mí mismo.

Y todo esto, don Damian, ha ocupado mi tiempo desde anteayer.

En el primer momento estuve tentado á hacer una bar-

baridad con usted, pero he comprendido que con esto no conseguia nada.

He cavilado, y tengo un proyecto.

Si se encuentra usted en disposicion de oirme, será mejor para ambos el no diferirlo.

Dígame si quiere que hablemos con calma.

Don Damian Fernandez era hombre á quien no faltaban recursos en ninguna situacion de la vida, por crítica que fuese.

En el primer momento no pudo ménos de rendir su energía ante tan inopinado como triste descubrimiento.

Frio y calculador, no era de esos hombres que lloran por mucho tiempo el mal resultado de una combinacion desecha; así que, comprendiendo en seguida que el hijo del marqués de Lézaro querría abusar del secreto de su nacimiento, sabe Dios hasta qué punto, decidió hacerle frente y atenuar en cuanto le fuera posible un desastre como el que acababa de suceder.

Resuelto, pues á esto, prorumpió:

—Gabriel, no puedo ocultarte que el más profundo estupor ha embargado mis facultades.

En primer lugar, porque tu padre, el señor marqués, me impuso la condicion de que jamás llegara á saberse tu nacimiento.

—¡Ah! ¿de veras?

—Sí, Gabriel; tal escándalo en un hombre de su posicion, siempre es perjudicial.

—Es verdad, replicó el jóven con amargo acento.

—Pero aun hay otro más grande, y del cual no voy á tener inconveniente en presentarme culpable á tus ojos.

Tantos años hemos estado juntos como los que cuentas de vida.

En este tiempo tu verdadero padre te ha visto una vez cada dos ó tres años.

Con esto puedo probarte que mi cariño hácia tí ha de ser aun mayor que el que aquel te profesa.

Pues bien, continuó don Damian bajando los ojos con una contricion edificante, yo he cometido una grave falta, casi un crímen.

—¿De veras?

—Sí, Gabriel.

—Vamos, continúe usted.

—¡Oh! sí, me lo he propuesto.

Además, yo espero que habrás de tener en cuenta la intencion con que lo verifiqué.

—Adelante.

—Gabriel, yo ví á tu padre la última vez en extremo achacoso.

Yo, que sabía lo avanzado de su edad, ideé un plan que, aunque indigno, aseguraba tu porvenir.

El tiene un hijo legítimo, y á la muerte de aquel todo el patrimonio pasaria á aquellas manos.

Esto me decidió, y comencé á pedir dinero á tu padre haciéndole entender que la pension que nos pasaba era insuficiente.

Comencé así para venir á parar en lo que habrás leido.

—Tiene usted mucho talento, don Damian.

No fué mala pella la que le sacó usted.

Adelante.

—Hijo, ya termino en dos palabras.

Lo hice para asegurarte un capital.

Jamás he tenido otra idea, como lo corrobora el deseo con que me expresé al principio de esta conversacion.

—¿De manera que usted lo ha hecho todo únicamente por mí?

—Sí, Gabriel.

—¿De veras, don Damian?

—¿Puedes dudarlo?

—Ya lo creo, al ménos que usted no me lo asegure de un modo terminante y sincero.

Entónces lo creeré.

—Pues bien, Gabriel, te lo juro por el cariño que te profeso.

—Corriente, nada tengo que decir; estoy convencido.

El hombre que pronuncia un juramento, sea sobre lo que quiera, no debe mentir.

En su consecuencia, pasemos á otra cosa.

Don Damian, veo con gusto que vamos á entendernos á las mil maravillas.

Me equivoqué en el juicio que de usted habia formado.

Decidido á sostener en todos terrenos y de cualquier modo el firme propósito que va usted á oir, observo con inmensa alegría que se hará todo amistosamente y de una manera que le realce á usted á mis ojos.

En el noble desinterés que ha demostrado hasta hoy por mí, no le parecerá extraña la siguiente peticion:

Puesto que dice usted que no trató más sino de asegurarme una fortuna, yo, á reserva de portarme con el agradecimiento debido, digo á usted, don Damian: entrégueme lo que tan bien ha sabido sacar á mi padre, por que desde hoy mismo he decidido que nos separemos.

—¿Qué dices?

—¿No me ha entendido usted?

—¡Pero Gabriel!...

—Me parece que hablé claro.

—Pero eso es un absurdo.

—¿Por qué, don Damian?

—Manejar una fortuna tan considerable un muchacho de diez y ocho años....

—¡Ah! ¿es esa la opinion de usted?

—¿Quién lo duda?

—¿Y no era jóven para casarme?

—¡Oh! eso ¿qué tiene que ver? además que....

—Usted hubiera sido mi administrador, ¿no es cierto?

Don Damian, es inútil que continúe empleando su hipocresía.

Le conozco á usted, y serán vanos todos los subterfugios que emplee.

Por tanto, si mañana no se halla en mi poder ese capital, verá usted lo que sabré hacer, á pesar de mis diez y ocho años.

—¡Oh! pero es que eso es imposible.

—¿Cómo?

—De todo punto.

—Explíquese usted.

—Coloqué ese capital por término de dos años en casa de un rico comerciante.

Hasta que se cumplan, no puedo disponer de él.

—¡La prueba de eso! exclamó Gabriel con voz amenazadora, porque de lo contrario....

—Vas á verla ahora mismo.

Diciendo así don Damian, sacó de uno de los cajones de la mesa un legajito perfectamente acondicionado, y de él el documento que probaba la verdad de sus palabras.

Gabriel se lo devolvió sin objetar lo más mínimo.

Don Damian, aunque por corto tiempo, habia triunfado.

Hubo un momento de pausa.

El jóven estudiaba la manera de terminar aquella entrevista, quedando resguardado acerca de la futura posesion de su capital.

Don Damian Fernandez, calculando que aun faltaban cuatro meses para poder sacar aquellos valores, respiró de nuevo.

Más aun, se sobrepuso del todo, y con su hipócrita cinismo trató de plantear de nuevo la cuestion del matrimonio.

A este fin exclamó:

—Gabriel, ya ves que á todo me hallo dispuesto y que á todo he cedido; ¿me guardas rencor?

Gabriel alzó la cabeza y le miró con no poca admiracion.

Aquel prosiguió así:

—Ahora, mucho mejor que ántes, vuelvo á hablar de la proyectada boda.

Digo mejor que ántes, porque decidido como estoy y estaré, no solo á darte dentro de los cuatro meses lo que es exclusivamente tuyo, sino tambien las cuentas de la inversion de los fondos que anualmente recibí de tu padre, creo no podrás sospechar que en la cuestion del matrimonio lleve yo otra idea que la de tu engrandecimiento.

¿En esto me parece que hay lógica?

—Continúe usted.

—Debí empezar ántes, Gabriel, bien lo sé, por darte á conocer la que yo te destinaba para compañera.

Pero ahora voy á subsanar la falta.

Mira.

Diciendo así don Damian, mostró á Gabriel dentro de un estuchito una preciosa miniatura.

El hijo del marqués casi tuvo que contener un grito.

El lindo rostro que veian sus ojos, más que un retrato, parecia el sueño de un pintor de primer órden.

Una de las vírgenes de Rafael.

El lector ya la conoce; era aquella hermosísima jóven que vimos en una miserable guardilla de la calle de Cuchilleros.

A don Damian no pudo oscurecerle el efecto que el retrato acababa de producir en el jóven; pero á no haber sido así, se lo hubieran demostrado sus palabras.

Gabriel, sin apartar un punto la vista de la miniatura, exclamó:

—Pero don Damian, ¿existe una mujer así?

—¿No te lo estoy diciendo?

—¡Oh! no puede ser.

—Eso está bueno, no me creerás tampoco.

—¡Don Damian, si esto fuera un juego, sería horrible!

—Qué juego ni qué calabazas.

¿Te gusta?

—¡Oh! es divina.

—Y bien; ¿qué me dices ahora del matrimonio?

—Que me parece vamos á transigir.

Damian, haciendo un esfuerzo, permaneció impasible.

Gabriel continuó:

—¿Cuándo voy á conocerla?

—Mañana mismo.

Pero ántes quiero que acordemos el plan de conducta á que por lo ménos yo debo sujetarme.

—Diga usted.

—Puesto que ya, Gabriel, no es para tí un misterio tu nacimiento, bueno será que se consigne la disposicion recíproca de ánimo en que de aquí en adelante quedaremos el uno para el otro.

Habla tú.

Como se ve, Damian habia encontrado un magnífico punto de apoyo en el entusiasmo con que el jóven habia visto el retrato de la que destinaban para su futura.

Esto, dándole fuerzas, le permitia aclarar sus respectivas posiciones.

Formuló, pues, su pregunta con perfecta seguridad del resultado.

Gabriel, que conocia de sobra la ambicion del que hasta entónces habia pasado por su padre, comprendió del mismo modo mejor que nadie cuánta era su hipocresía.

En este concepto no podia ménos de experimentar hácia él una aversion profunda; mas para que diese resultados, forzoso habia de ser el disimulo.

En el primer momento quedó prendado de la hermosura de aquella jóven encantadora; inútil es que digamos que decidió afectar para con don Damian un olvido y transaccion sin condiciones.

En su consecuencia, replicó así:

—Don Damian, voy á ser á usted ingénuo.

Es tanto lo que me ha cautivado esa mujer, que no es

posible que en mi corazon se conserve para con usted el más leve rencor.

Hay más; sin esto sus palabras me hubieran hecho vacilar, y confieso sin inconveniente que juzgué á usted harto pronto y peor de lo que merece.

Esta vez don Damian cayó en el lazo.

En la confianza está el peligro.

No podia dar demasiada importancia á los ataques diplomáticos de aquel jóven que comenzaba á vivir.

Creyó, pues, que las palabras de Gabriel eran dictadas por el más profundo reconocimiento.

—Gracias, Gabriel, gracias por esas frases que tanto me consuelan.

En ellas, créelo, me haces justicia, y nada más.

Ahora no creo fuera de lugar el hacerte una advertencia.

Nos conviene á todos, y casi es ocioso decirlo, el que continuemos hasta aquí como siempre.

¿No te parece?

—Sí, señor.

—Es decir, ¿padre é hijo?

—Sin duda ninguna.

—Pues bien; no hay más que hablar.

¿Quedamos en que mañana será la presentacion á tu futura esposa?

—¡Oh! sí.

—Pues bien, Gabriel, descansa en mi cariño, que yo no ansío para tí otra cosa que la felicidad.

Gabriel le dió gracias con una sonrisa indefinible, sonrisa que no pudo interpretar don Damian.

En seguida se levantó aquel, y se despidió de su fingido padre.

Cualquiera, al verlos, hubiera creido en la sinceridad de su afecto.

Se odiaban todo lo más cordialmente posible.

Cuando don Damian quedó solo, la expresion de su rostro tornóse lúgubre y sombría.

Mirando hácia la puerta, dijo:

¡Adios, Gabriel, te juro que me vengaré!!..

CAPITULO XI.

Don Damian vuelve á perder la partida.

Pocos meses despues de la entrevista celebrada entre Gabriel y don Damian, se celebró el casamiento de aquel con Matilde Aranda.

Huérfana esta, vivió bajo la tutela de su hermano Rafael, que por entónces gozaba, como abogado, una gran reputacion en el foro.

Llevaba á Matilde nueve ó diez años, y habia sido siempre para ella un cariñoso padre.

A pesar de que se hallaba casado, no disminuyó un punto su desvelo y solicitud para atender al porvenir de su hermana.

Hombre de corazon recto y probo, cayó en la red que supo tenderle el hipócrita don Damian Fernandez.

Enterado este de la pingüe dote que llevaria Matilde al matrimonio, supo captarse la amistad del hermano en tales términos, que desearon conocer á Gabriel, tanto este como su esposa, suponiendo que habia de parecerse á su padre.

El hijo del marqués de Lézaro, una vez que conoció á Matilde por el retrato, decidió marchar en buena armonía con don Damian para aprovecharse de su cooperacion en el matrimonio proyectado.

La casualidad muchas veces suele suceder á lo previsto por el hombre.

Gabriel y Matilde se amaron con toda la vehemencia de la primera pasion.

Su felicidad, pues, no se vió interrumpida por el más pequeño obstáculo.

Una vez realizada su union, don Damian no solo creyó que la antigua exigencia de Gabriel acerca del dinero pedido á su padre habria cesado, sino que llegó á pretender audaz la intervencion de padre en los asuntos del recien casado.

Gabriel, á quien no convenia para su plan romper con aquel ántes del plazo de los cuatro meses que afectaba á su capital, sabía contemporizar no quitándole del todo las esperanzas de que viera realizado su sueño.

Excusado es decir que desde ántes de su casamiento no hubo entre uno y otro la más ligera diferencia, ni se habia vuelto á mentar la cuestion de intereses.

El mismo dia en que finaba el plazo exigido por la casa de comercio, al hacerse cargo del dinero, Gabriel, á las nueve de la mañana penetraba en el despacho de don Damian.

—¡Hombre, exclamó este al verle, cómo madrugas!

—Sí, replicó el esposo de Matilde con naturalidad; tengo hoy bastante que hacer, y no he podido prescindir de ello.

—Vamos á ver, ¿qué te trae por acá?

—¿No lo adivina usted?

—Te confieso que nó.

—Lo creo porque usted me lo dice.

—Y puedes creerlo; pero habla, que ya te escucho.

—¿Usted sabe qué dia es hoy?

—Pero....

—Es indispensable su contestacion, replicó Gabriel sonriendo.

—Pues bien, espera; estamos.... diablo.

—¡Hola! parece que no necesita usted mucho para volver por su memoria.

Hoy estamos á 5 de Marzo, y ya sabe usted que, ó bien para que se renueve el contrato, ó bien para retirar el capital, hay que no dejar pasar el dia de hoy.

Don Damian se quedó, como suele decirse, más frio que la nieve.

De nuevo habia sido vencido.

Ira, convencimiento de su impotencia, inmensa pesadumbre por la pérdida de aquel capital tan laboriosamente conseguido merced á sus infames mañas, todo esto, decimos, condensándose horriblemente en su imaginacion, hizo que el hijo del marqués, á pesar de que no conocia el miedo, se retirase instintivamente un paso atrás ante la satánica expresion que nubló el apergaminado rostro del hipócrita.

Pero esto fué no más que momentáneo.

Para Gabriel, en último caso, no era otra cosa don Damian que el reptil venenoso que arrastra su inmunda baba por el lodo.

El antiguo barbero, que tenia en alto grado desarrollada la cualidad de una constancia y una fuerza de ánimo á toda

prueba, quiso saber, pasados los primeros instantes de tormento, cuál era el mejor partido que podria sacar.

Así que, esforzándose por aparentar una tranquilidad de que se hallaba muy léjos, replicó:

—Y bien, ¿qué es lo que piensas hagamos?

—En primer lugar, ir allá.

—¿Y despues, dejarlo de nuevo?

—No lo he decidido aun.

—¡Yá!

Esta palabra fué pronunciada con tan cáustica intencion, que Gabriel, sintiendo alzarse en su alma todo el fuego de su altivez, replicó:

—He dicho mal; está meditado, y muy bien.

Solo que no tengo que dar á usted cuenta de lo que decida.

—¡Ah! ¿lo crees tú así? prorumpió don Damian trémulo de ira y dejando á un lado toda clase de fingimiento; pues bien, eso lo veremos.

—¿Cómo?

—El documento que justifica el depósito no se halla en mi poder.

—¿De veras? exclamó Gabriel con una calma mucho más terrible que la excitacion de don Damian.

—Sí, nada más cierto.

—¿Y cómo ha sido eso?

—De una manera muy sencilla, replicó el hipócrita inmensamente pálido, pero resuelto; lo he negociado.

—Hombre, ¿sí? continuó el hijo del marqués casi con indiferencia; no es usted poco previsor, don Damian.

Sin embargo, hay negocios que parece que salen bien,

y luego resulta una maca, donde ménos se piensa, que los desvirtúa completamente.

Por ejemplo, este parece que le acredita de previsor, y sin embargo, va usted á tocar consecuencias que no habia previsto.

Don Damian, continuó con la misma inflexion de voz, al mismo tiempo que sacando una pistola la amartillaba sin ruido, ponga usted aquí mismo sobre la mesa el recibo que tiene en su poder, ó le deshago á usted el cráneo.

Aunque don Damian se sobrecogió no poco, tuvo aun la suficiente energía para exclamar:

—Gabriel, no lo tengo, te lo juro.

—¿Le saca usted?

—Hagas lo que quieras, Gabriel, aunque me asesines, no podrás hallar lo que no hay.

Vuelvo á decirte que no lo tengo.

Los dos hombres permanecieron breves instantes silenciosos.

Gabriel comenzaba á dudar.

Sin embargo, quiso hacer la última prueba.

Conocia de cuánto era capaz el cinismo del antiguo barbero, y no se dió por convencido de lo que aseguraba aun bajo la presion de una amenaza de muerte.

Así fué que, decidido á jugar el todo por el todo, exclamó:

—Su vida de usted no vale por cierto lo que me oculta y niega; pero no importa, al ménos no podrá usted decir que se ha reido.

Don Damian, buen viaje, y que no nos hallemos juntos á donde usted irá de seguro.

Diciendo así, alargó el brazo, y apuntó.

Don Damian, que lo mismo que Gabriel habia querido resistir hasta el último extremo, creyó firmemente que el jóven era capaz de asesinarle, y se apresuró á gritar:

—¡Oh! no tires, yo te lo daré ahora mismo.

Gabriel retiró la pistola.

—Vamos, dijo, si tarda usted un poquito más, hubiera sido inútil.

Venga eso, y acabemos.

Don Damian sudaba como si acabase de tomar el sol á las doce del dia en medio del verano.

Su cara era la de un cadáver.

Un estremecimiento nervioso agitaba todo su cuerpo.

Tiró de un cajon, buscó brevemente entre unos papeles, y por fin sacó uno, que entregó á Gabriel, exclamando:

—Ahí está.

Gabriel le tomó, y despues de leerle con cuidado, le guardó en su bolsillo.

Don Damian habia perdido la brújula; ni sabía qué hacer, ni qué pensar. Su situacion no podia ser más grave.

Gabriel, cediendo á un sentimiento de conmiseracion, exclamó:

—De este dinero recibirá usted una cantidad bastante á su subsistencia.

Si alguna vez necesita usted de mí imperiosamente, puede usted acudir, y le ayudaré; de lo contrario, jamás se acuerde de que existo.

Diciendo así, y sin aguardar respuesta, desapareció.

Don Damian Fernandez acababa de perder en un momento mucha parte del fruto de su trabajo.

El hijo del marqués no le conocia bastante.

Creyó sin duda que todo habia terminado con arrancarle el documento en cuestion.

¡Pero ay! se equivocaba.

Veremos hasta qué punto era temible en sus venganzas el hipócrita don Damian.

CAPITULO XII.

Los dos hermanos.

Durante un año, Gabriel, el hijo del marqués de Lézaro, no tuvo la menor noticia del que por tantos años habia pasado por su padre.

Por un lado creyó que acaso habria reconocido lo infame de su proceder, y en su virtud resuelto á ocultar para siempre su venganza.

Creia por otro que el temor enmudecia sus intentos, y que sin duda alguna por esta razon habia desistido de tomar la revancha.

Desde el momento en que Gabriel se habia casado, pensó muy formalmente en aumentar su fortuna.

La dote que recibió de su mujer, unida al capital que supo arrancarle á su fingido padre, formaban un patrimonio más que decente.

Sin embargo, la suerte no correspondió á sus deseos.

En el período de un año perdió sumas harto considerables.

Una mañana, apénas acababa de abandonar el lecho, le entregaron una carta en cuyo sobre se leia la palabra urgente.

Abrióla y leyó; decia así.

«Caballero, es indispensable que á las doce de esta ma»ñana, se consulten con usted negocios de suma trascen»dencia.»

«Se le ruega, pues, que en dicha hora se halle en el nú»mero 8 de la calle del Caballero de Gracia, cuarto segundo.»

«¿Faltará usted?»

Gabriel volvió á leerla con no poca admiracion; ni podia figurarse siquiera de quién podria proceder.

Sin embargo, lleno de curiosidad, á la hora que se le señaló presentóse en el sitio indicado.

Sin que tuviera que decir una palabra, apénas llamó franqueáronle la entrada, y un criado de sério y grave aspecto le hizo penetrar en la sala, retirándose en seguida.

Muy poco tiempo habia pasado, cuando un ruido de pasos le hizo dirigir su vista hácia el gabinete.

Abrióse la mampara, y apareció ante Gabriel la figura de un jóven de elevada estatura, de rostro moreno y de expresion altiva.

Podria tener seis ú ocho años más que él.

El recien venido se detuvo en el dintel, y comenzó á mirar al esposo de Matilde con viva curiosidad, aunque no exenta de irónico desprecio.

Gabriel, ya lo hemos dicho, era una figura noble y simpática.

Su aspecto era agradable, y la expresion de su rostro digna al par que enérgica.

Al ver al que entraba se levantó, y sin inmutarse por el curioso exámen de que era objeto, aguardó en silencio.

Desde el primer momento hirió su amor propio la expresion orgullosa del que veia ante sí, y en su alma se sublevó al punto la misma altivez que se observaba en el jóven desconocido.

Este, por fin, adelantando hasta el sitio en que se hallaba Gabriel, exclamó con cierta entonacion:

—He llamado á usted, porque necesitaba que hablásemos con despacio.

—Y yo me he apresurado á venir, porque tengo costumbre de no faltar nunca cuando se me cita.

Estas palabras las pronunció el esposo de Matilde con la entereza que le era característica, aunque dentro de las formas que la sociedad exige.

Hízolo así, mas bien para corresponder al desdeñoso y aristocrático orgullo con que se habia procedido por su interlocutor.

Este continuó así:

—Ante todo bueno será que tomemos asiento, porque, como dije ántes, vamos á hablar largamente.

Sentáronse en efecto uno y otro, y Gabriel se dispuso á escuchar con alguna curiosidad, aunque sin inquietud.

El desconocido prosiguió:

—¿Usted conoce al marqués de Lézaro?

—Nó, señor, no he tenido esa honra, replicó Gabriel con voz perfectamente acentuada y con cierta indefinible sonrisa.

—¿De veras?

—Caballero, esa pregunta, aun sin el aire de incredulidad con que ha sido hecha, me ofende.

—¡Báh! no sea usted tan susceptible, señor don Gabriel, porque eso nos sería muy perjudicial á ambos, cuando en nuestra conversacion hemos de necesitar la mayor calma.

Quedemos, pues, en que no conoce usted á tan respetable caballero.

Para facilitar más su expontaneidad proseguiré de otra manera.

¿Qué noticias tiene usted de sus padres, caballero?

Ante esta nueva pregunta, viniendo de una persona á quien jamás habia visto y que desde el principio se habia abrogado un aire marcadísimo de superioridad, Gabriel sintió algo que enrojecia su rostro; así que, despues de una breve pausa, durante la cual fijó los ojos en su interlocutor con altanera provocacion, exclamó:

—¿No se le ocurré á usted que existen razones muy suficientes para que yo conteste á esa pregunta con otra?

—¿Cómo?

—Sí, señor; y la mia es la siguiente: ¿en virtud de qué derecho se permite usted interrogarme sin que, ni por cortesía, me haga saber con quién hablo?

Ante apóstrofe tan digno, el jóven desconocido palideció.

Brilló en sus ojos un fuego sombrío, y como si en él tuviese lugar una vacilacion producida por encontradas ideas, permaneció breves momentos sin pronunciar una palabra.

Despues, pintándose en su rostro cierta irónica sonrisa, exclamó con acento intencionado:

—¿Usted creerá, sin duda, que con esas palabras habrá podido dar por terminada nuestra conversacion y hecho inútiles mis designios?

Si tal creyó usted, sepa que se ha equivocado lastimosamente.

Además, ¿es lógico siquiera el suponer que por una curiosidad más que mujeril, ridícula, vaya un hombre de honor y de dignidad á perder su tiempo empleándose en tales averiguaciones?

Vuelvo á decir á usted que se equivocó.

¿Quiere usted la prueba? voy á darla, aunque al hacerlo modifico el plan que me habia propuesto.

Quédese la diplomacia y el cálculo frio para los que sienten la sangre correr por sus venas perezosamente.

Yo soy el hijo único del difunto marqués de Lézaro.

—¿Cree usted ahora que puedo tener derecho á interrogarle?

Al escuchar Gabriel semejante revelacion, enmudeció de sorpresa.

Por primera vez en su vida sintió afluir á su corazon un calor extraño.

El, que al descubrir un dia que don Damian Fernandez no era otra cosa que el encargado de su custodia, apénas sintió sorpresa alguna, mejor dicho, únicamente recibió tal nueva como una ratificacion de lo que su alma habia intuido; el, que por lo tanto experimentó siempre la dolorosa ausencia del amor á la familia, al ver ante sí á un hermano suyo, á su misma sangre, sintió una conmocion extraña en su alma.

Esta conmocion no era otra cosa que el comprimido raudal de ternura que pugnaba por brotar de ella.

Sin embargo, tuvo que detenerlo. Aquel hermano no le revelaba tal secreto con el vivo deseo de recibirle entre sus

brazos; léjos de eso, tan solo lo verificó para atestiguar un derecho y dar más fuerza á sus palabras.

Gabriel, ya lo hemos dicho, era soberbio, y aunque el alma se le desgajara fibra á fibra, de ningun modo podia rebajarse ante quien se alzaba altanero.

Sin embargo, aunque esclavo de su condicion, quiso insinuar el camino para ver si se adoptaba.

En su consecuencia replicó:

—Siguiendo yo el ejemplo que usted ha iniciado, contestaré de otra manera que al principio.

Yo tambien soy hijo del marqués de Lézaro.

—Es decir....

—Que somos hermanos, interrumpió Gabriel con voz lenta y triste.

—¡Sí! ¡pero usted es hijo bastardo! tronó Jacobo con voz vibrante.

Ante tan fiero insulto, Gabriel se estremeció.

Una nube de sangre cruzó ante sus ojos, y pálido y tembloroso tuvo que hacer un violento esfuerzo para demandar calma á su espíritu y quietud á su soberbia.

Si de otro hombre hubiera escuchado aquellas palabras; si otro le hubiese insultado de un manera tan sangrienta, solo una lucha á muerte podia haberle aplacado.

Con él obró de muy distinta manera.

Quiso, en nombre de su madre, agotar hasta lo último la copa del sufrimiento, y aun encontró en su alma fuerzas para replicar así:

—Señor marqués, estamos solos, nadie nos oye, y muy bien puedo, aun con sonrojo mio, decirle que tiene razon.

—Es que aun cuando nos oyeran, caballero....

—¡Oh! ¡entónces nó!

—¿Por qué?

—Porque ni yo le contestaria á usted lo que acaba de oir, ni usted repetiria sus palabras.

—¿Y quién lo impediria?

—Yo, tronó Gabriel irguiendo su hermosa cabeza; mi decoro, ¿lo entiende usted, señor marqués? no el que pudiera haber heredado, sino el mio propio, el que yo me doy, el que vive conmigo.

Y ruego á usted que no me interrumpa, continuó con grave calma; seré muy breve.

Dije á usted ántes que tenia razon; pero la tengo yo ménos al decir: señor marqués ¿usted olvida que nadie elige su cuna?

Si cada uno debe aceptar resignado la mision que al mundo trae y con ella la cruz que ha de abrumarle con su peso, ¿por qué no hemos de respetarnos mútuamente unas y otras?

¿Cree usted que, á poder yo, hubiese aceptado, aun por todo el oro del mundo, el que llegase un momento como el presente?

¡Oh! caballero, por fuerza usted no ha pensado en esto; si así no fuese, no se produciria como lo ha hecho.

Haciéndole justicia debo creer que una alucinacion producida acaso por un sentimiento de egoismo, que no he de calificar, ha sido causa del inmerecido reproche que me ha lanzado.

—¿Lo cree usted así?

—¿Pues cómo si nó?

—Va usted á oirlo:

Sin que descienda á detalles, sin que crea de mi deber explicarlos, diré á usted lo que me ha impulsado á venir á Madrid.

No he buscado al que patentiza con su existencia el extravío de que un padre fué víctima, nó; pero sí al hombre que quiso erigirse en su castigo echando sobre él tales amarguras, que acarrearon su muerte.

El esposo de Matilde miró á su hermano con extraño asombro.

Este continuó:

—Usted tal vez me creerá poco informado; pero esa creencia cesará muy pronto.

Sepa usted que lo sé todo, y que mi venida aquí no tiene otro objeto que el de vengar la muerte de mi padre, que supo usted acelerar con su conducta.

—¿Qué está usted diciendo?

—Inútiles son toda clase de fingimientos: usted no tuvo inconveniente en dejar á Madrid para llevar á cabo junto á mi padre sus criminales designios.

Usted, ayudado del hombre infame á cuyo lado vivió, supo abusar de la situacion del marqués de Lézaro y del secreto de su pasado extravío, para atormentar su existencia.

—¿Que abandoné yo á Madrid? interrumpió Gabriel con asombro.

—Qué, ¿se atreveria usted negarlo?

—Siempre, caballero.

—Es claro, contestó el marqués con despreciativo acento; las palabras de usted se hallan muy en armonía con su proceder.

—Señor marqués, interrumpió de nuevo el esposo de Ma-

tilde, ruego á usted que formule sus cargos ántes de formar sobre ellos juicio alguno.

—Pues bien, oiga usted:

La víspera de morir mi padre, me llamó á su lado.

Al acudir á su presencia, comprendí que algo muy grave tenia que comunicarme.

En efecto, me reveló su pasado todo con persistente minuciosidad, sin omitir cosa alguna.

Me reveló que entre usted y su guardador supieron, amenazándole con el escándalo, sustraerle millon y medio de reales.

—¡Caballero!

—¡Oh! no se admire usted; sea como quiera, yo he empezado á obrar, y acabaré.

Pero no paró en esto; sin duda alguna se encargaba el infierno de castigar en vida á mi anciano padre, haciéndole que con ustedes apurara todos los tormentos.

Hace muy pocos meses, y tres ó cuatro años despues del golpe que dieron á su fortuna, tuvieron ustedes la cínica avilantez de presentarse allí junto al lecho de dolor en que yacía.

Esta vez eran mayores las exigencias.

Habian ustedes comprendido que el recuerdo de su falta constituyó en el marqués una especie de monomanía, y trataron de explotarla miserablemente.

Despues de infinitas entrevistas, porque en las primeras trató de resistir á tanta infamia, amenazado con el escándalo en una edad tan respetable, y allí, donde por todos era tenido por un modelo de virtud, no tuvo valor para resistir por más tiempo á tan viles amenazas.

El hombre que servia á usted de instrumento logró arrancarle otra cantidad igual.

Usted podia presentarse allí y amargar su ancianidad con el escándalo, y mediante la formal promesa de abandonar aquellos lugares, el pobre viejo tuvo que ceder.

Caballero, cuanto mi padre hubiese hecho por su voluntad, sería siempre respetado por mí; pero se trata de un robo, y yo, que no me encuentro en las tristes circunstancias de mi padre, vengo aquí á resarcirme ó hacer que páguen cara su infamia.

Tal es mi resolucion; ahora puede usted hablar, ya le escucho.

Inútil es digamos aquí con cuánto asombro y con qué indignacion no oiria Gabriel las palabras de su hermano.

Y cuanto este dijo, no podia ser más exacto.

Don Damian Fernandez, despues de verse burlado por el hijo de la infortunada Lucía, comenzó á pensar la manera de vengarse de él, y al mismo tiempo de reintegrarse de lo perdido á toda costa.

Una vez madurado su plan, abandonó á Madrid, y con sin igual osadía marchó junto al anciano marqués de Lézaro.

Al dia siguiente de haber llegado á la Coruña, lugar de la residencia del marqués, se presentó en su casa.

El de Lézaro hacía ya algunos años que se hallaba imposibilitado, y vivia muriendo sujeto á una triste esclavitud.

No podia moverse de un sillon sino para ser trasladado al lecho.

Cuando le anunciaron aquella visita, nada podia ha-

llarse más léjos de su imaginacion que el que fuera Damian el que la solicitara.

Dada su vénia, el antiguo barbero penetró con faz serena en el gabinete.

— Muy buenos dias, señor marqués, exclamó con su humildad de costumbre.

El de Lézaro, al reconocerle, quedóse atónito.

Toda la sangre de su cuerpo pareció afluir al rostro.

La sensacion fué terrible.

Miraba á Damian con los ojos desmesuradamente abiertos, sin atreverse del todo á creer que fuese la realidad lo que estaba viendo.

Damian, sin desconcertarse, más aun, sin aparentar que veia el efecto que produjo su presentacion, continuó en estos términos:

— Señor marqués, no sabe usted cuán grande es mi satisfaccion porque hoy la casualidad ha ayudado á mis designios.

Tenia el más vivo deseo de que ni uno ni otro abandonáramos, señor, este mundo, sin que pudiera impetrar su perdon por el daño que le he hecho.

Vivo y grande es mi arrepentimiento, y con toda mi alma le suplico que me otorgue la gracia de olvidarlo todo.

Aunque en el primer momento el anciano marqués sintió para con el hipócrita la más fuerte indignacion, ya porque de un lado sus contínuos padecimientos habian amortiguado su pasada energía, ya tambien por el acento de verdad que se descubria en la súplica de Damian, es lo cierto que modificando en mucho sus primeras disposiciones, al verle, y creyendo del propio modo que hasta habia hecho un viaje para obtener su perdon, exclamó:

—Damian, estoy ya en una edad en que bueno y malo se olvida de cuanto el mundo nos ofreció.

Por lo tanto, yo olvido lo que le debo, aun cuando me hizo sufrir harto injustamente.

—Eso es verdad, señor.

—Bien; pero sea como quiera, si impulsado por tu conciencia has hecho este viaje, Damian, yo lo perdono todo.

Lo sufrido ya pasó, continuó con amarga y triste sonrisa.

—Gracias, señor, replicó Damian inclinándose respetuosamente, con toda mi alma agradezco su generoso proceder; mas ¡ay! por eso mismo es mi situacion mucho más dolorosa en este instante.

—¿Cómo?

—Sí, señor; casi hubiera querido más, obedeciendo en esto á nuestra vil condicion, que me hubiese usted recibido intransigente y cruel.

—¿Por qué, Damian?

—¡Señor!...

—Habla, no te detengas.

—Pues bien, lo diré; con lo que acabo de oirle, la mision dolorosa que me trae aquí no destrozaria mi alma tanto como la está destrozando.

—¿Pues qué mision traes, Damian? interrumpió el marqués con cierta zozobra.

—¡Oh, señor! creo, Dios me perdone, que hubiera aceptado mejor la muerte.

—Vamos, habla, ya te escucho, replicó el anciano marqués con cierta impaciencia.

—Pues bien, señor, su hijo de usted ha venido conmigo.

—¿Qué dices?

—La verdad.

—¿Y á qué ha venido?

—¡Señor! si usted me prometiera oir con calma....

—Sí, sí, ya te escucho, prorumpió el marqués con una ansiedad indescriptible.

—Pues bien; no sabe usted cuánta es hoy la fuerza de su carácter y lo indomable de su voluntad.

Decidido á casarse hace muy poco tiempo, me pidió el consentimiento.

Yo, temiendo su edad aun temprana, me opuse, y tuvimos una escena no poco desagradable.

A los pocos dias, señor marqués, no sé con qué objeto, aprovechó una ausencia mia, y registrando con prolijidad todos mis papeles, halló el secreto de su nacimiento.

—¡Oh! desgraciado, exclamó el marqués en el colmo de la desesperacion.

—¡Señor!

—Y bien, ¿qué quiere decir su venida? exclamó el marqués con una fuerza de que no podia creérsele capaz, ¿qué pretende? ¿qué desea?

—¡Oh! esto es lo grave, señor.

A fuerza de multiplicadas súplicas, de contínuos ruegos, he podido lograr que no se presentara aquí.

A toda costa queria hacerlo.

—¡Oh!

—Pero así y todo, señor, este triunfo es condicional.

—¿Pues qué pretende? Habla.

—Señor, yo, viéndole decidido, ofrecí, como lo hago, venir en su nombre.

Su pretension es la siguiente: quiere á todo trance le conceda usted el regalo de boda; son sus palabras.

—¿Y qué es lo que desea? murmuró el marqués con voz sorda.

—Que sobre el millon y medio recibido le entregue usted otra cantidad igual.

El marqués permaneció anonadado.

Dudaba lo que estaba oyendo.

Don Damian, con la serenidad más cínica, permanecia inmóvil esperando la contestacion del marqués.

Por fin este, clavando en el antiguo barbero una mirada terrible, exclamó con voz lenta y lúgubre:

—Diga usted á mi hijo que le he dado más de lo que podia con notable perjuicio del que lo es de mi matrimonio.

Que no ofenda á Dios y que me deje morir en paz.

He concluido.

—Pues bien, señor, muy natural es cuanto usted dice; pero sepa usted que haciéndole yo presente cuál podria ser la contestacion que recibiese, me replicó: si tal fuera, dí que iré yo mismo y formularé de muy distinta manera mi reclamacion.

El marqués, al oir estas palabras, palideció.

El efecto que le produjeron fué terrible.

El estado de su alma, cansada y enferma, no era el más á proposito para resistir en la lucha.

Despues de una muy débil resistencia, que sin embargo prolongó dos dias, cedió á las exigencias de Damian, firmando como la vez primera un documento bastante para que este pudiera recibir en la córte el millon y medio.

Tal fué lo que habia pasado.

Muy pocos dias despues, el de Lézaro se agravó en términos, que los médicos mandaron disponerle.

Entónces fué cuando llamó á su hijo Jacobo y le reveló cuanto el lector ya sabe.

Cuando Gabriel oyó todo esto, su indignacion no tuvo límites.

—Caballero, exclamó con voz sofocada, jamás he pensado en molestar á mi padre con mi presencia.

Nunca he salido de Madrid.

Tanto el marqués como yo, hemos sido víctimas de la perfidia de ese hombre infame y taimado, que ha sabido abusar terriblemente de la confianza que en mal hora se le depositó.

—Señor mio, dijo el marqués con despreciativa entonacion, pobre es el artificio que usted emplea.

Cuando los hechos hablan, las disculpas son inútiles, por muy bien que se estudien.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que se sabe qué es lo que constituye hoy la fortuna de usted, y es muy fácil echar la cuenta.

—¡Oh! es que me resta hacer una aclaracion.

Caballero, oiga usted y no dude en darla crédito.

Entónces le refirió punto por punto cómo habia descubierto á su verdadero padre, y cómo supo arrancar al infame Damian lo que este usurpó al marqués.

Así que hubo concluido, su altanero interlocutor contestó:

—Caballero, eso no pasa de ser una evasiva: en su consecuencia, deseo saber á qué hemos de atenernos; yo necesito satisfacerme por lo ménos de que los que se atrevieron á burlar á mi padre porque se hallaba enfermo, no harán lo propio con su hijo.

—En cuanto á lo que yo haré, aun cuando usted no quisiera, lo sabrá muy pronto.

La mano me quemaria el que usted sospechase, ó imaginara por un momento, que he podido yo pensar siquiera en cometer una infamia con aquel á quien debo la vida.

—Y bien, ¿qué es lo que usted intenta?

—Dos cosas.

Ofrecer á usted que ántes de ocho dias tendrá en su poder la cantidad que ese hombre infame supo arrancar á su padre.

—¿Y será eso todo?

—Nó, señor, más aun, replicó Gabriel con altiva entonacion.

Si no hubiese hecho la desgracia que en estos dias precisamente he perdido la cantidad que constituye la dote de mi esposa, hoy mismo recibiria usted la primera que se usurpó á su padre.

Por esto yo le suplico que, en cuanto á esta partida, me dé un plazo con que desahogadamente poder devolvérsela.

—Acepto lo que usted me propone.

Dentro de seis meses, si le parece á usted, me presentaré en su busca por esa cantidad.

Eso no obsta para que cumpla usted como ofrece, continuó con glacial desden, lo que se ha comprometido con ese Damian.

Así se hará.

Diciendo esto el esposo de Matilde, se levantó, y se disponia á salir, cuando el marqués le detuvo exclamando:

—Falta una cosa, caballero.

—¿Qué?

—El recibo de la cantidad que ha de entregarme de hoy en seis meses.

Gabriel se quedó mirando á su hermano.

En aquella mirada se encerraba un poema.

¿Quién hubiera sido capaz de arrancarle por fuerza aquel documento que se atrevian á pedirle con tan cínico descaro?

En sus labios se dibujó una sonrisa de amarga ironía.

El recuerdo de su madre, á quien no tuvo la dicha de conocer, pudo contenerle.

Queria que resaltase una diferencia notable entre su hermano y él.

Así que, sin aparente esfuerzo exclamó:

—Extiéndale usted como le plazca y le dejaré firmado.

Jacobo Cienfuegos no se hizo de rogar.

Pasó al gabinete próximo, y despues de un breve rato volvió á aparecer.

Habia extendido el documento y le entregó al esposo de Matilde.

Este, sin mirarle, tomó la pluma que su hermano le ofrecia y firmó.

—¿Hay más? añadió con perfecta calma.

—Nó, señor; únicamente recordarle á lo que se ha comprometido con respecto á ese don Damian.

—Descuide usted en mi palabra.

Diciendo así, inclinóse ceremoniosamente y desapareció con lentitud.

Jacobo Cienfuegos se restregó las manos con cierta fruicion.

Habia sabido imponer á aquel bastardo.

CAPITULO XIII.

La abnegacion del deber.

Pasaron los seis meses.

Don Damian habia vuelto á dar otra pifia.

No creyendo en el arrepentimiento, ni siquiera pudo figurarse que el viejo marqués de Lézaro confiara á su heredero las faltas de su pasado.

En su consecuencia, no habia tomado la más pequeña precaucion con respecto á su segundo robo.

Ni imaginarse podia que Gabriel supiese lo más mínimo.

Así fué que este pudo sorprenderle por completo.

La Providencia quiso que muy pocos dias despues de la entrevista de los dos hermanos, Gabriel, así que averiguó el paradero de don Damian, presentóse ante él, y echando mano de toda clase de amenazas, logró arrancarle lo que habia usurpado.

El marqués de Lézaro recibió tan importante suma como una restitucion obligada por parte de Gabriel, y ni siquiera le dió gracias de otro modo que como por galantería.

La suerte comenzó á volver la espalda á Gabriel.

Como habia indicado á Jacobo, negocios desgraciados le hicieron perder la dote de Matilde.

Miéntras trascurrieron los seis meses del plazo, su orgullo, su amor propio, le hicieron que abrazase otros.

Erale forzoso satisfacer al de Lézaro, y con un afan, con un ardor vertiginoso lo aceptó todo.

Ocho dias ántes del cumplimiento se decidia su suerte.

Habíase interesado por unos treinta mil duros, resto de toda su fortuna, en el flete de un barco, propio de un comerciante de Málaga.

En cuanto le fué posible esperó, pero en vano.

La embarcacion, á ménos de un azar terrible, debia haber llegado al punto mucho ántes de aquella fecha en que aun la echaban de ménos.

Llegó el plazo y Gabriel se presentó al marqués.

Con triste dignidad le refirió una por una todas sus desgracias, acabando por rogarle que esperara unos dias bajo su palabra, ó le concediera un nuevo plazo.

Jacobo se mantuvo inflexible.

Con incrédula sonrisa oyó todo el relato, y con la mayor impavidez se negó á concederle todo respiro.

Gabriel hizo una vez más abstraccion de su orgullo.

¡Rogó de nuevo!

Por aquellos dias el cielo le concediera un hijo, y en su nombre instó al de Lézaro una y otra vez en demanda de una corta tregua.

El marqués no se enterneció.

Al contrario, con una frialdad glacial le hizo presente que obraria con arreglo á su derecho.

El desgraciado esposo de Matilde salió de allí lleno de desesperacion. Su ruina estaba en manos de aquel hombre, y esta era inevitable. La única esperanza que le sostuvo durante unos dias, vino á desvanecerse bien pronto.

Se supo de una manera oficial la pérdida del barco en que habia depositado sus últimos fondos.

El marqués de Lézaro, decidido á perder á Gabriel, se dió tan buena maña, que merced á rápidas actuaciones, en un brevísimo plazo se llevó á efecto la ejecucion de sus bienes.

¡No paró hasta dejarle en la miseria!

Los hermanos de Matilde, acaso por el mismo sentimiento con que la presenciaron, no fueron dueños á contenerse, y dirigieron á Gabriel fuertes censuras.

Este, joven altivo é impresionable, que tenia la conciencia de ser inocente, las recibió tan mal, que por su causa cerraron sus relaciones desde entónces mismo.

Al poco tiempo fueron inquilinos de la miserable guardilla de la calle de Cuchilleros.

El niño llegó á los dos años.

¡Matilde sufria como una santa!

En cuanto á Gabriel, ya hemos visto cómo se lanzó á la calle en aquella noche de invierno.

La miseria conduce á la desesperacion, sin la humildad y la esperanza.

¡Bienaventurados los que lloran!!..

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO PRIMERO.

Los dos capitanes.

Capítulos.		Páginas.
I	Una noche tempestuosa.	3
II	El doble crimen.	21
III	Que es continuacion del anterior.	64

LIBRO SEGUNDO.

El marqués de Lézaro.

I	Una esperanza frustrada.	109
II	Dos pájaros noturnos.	134
III	El niño hombre.	145
IV	La inocencia triunfando del crímen.	179
V	La felicidad de Estebanez.	200
VI	Un nuevo tipo.	214
VII	De poder á poder.	235
VIII	Un diplomático de chaqueta.	253
IX	Un amor edificante.	265
X	Otra vez los dos hermanos.	278
XI	Consecuencias del vicio.	287
XII	Un nuevo crímen.	300

LIBRO TERCERO.

El bastardo.

I	Un tipo más.	319
II	La infamia comienza á dar fruto.	329
III	Una inspiracion de Damian.	345
IV	Meditemos.	359
V	Estratagemas.	363
VI	Presentimiento.	385
VII	La obra de Damian.	397
VIII	Continuacion del anterior.	408
IX	En que Damian sigue haciendo presa.	419
X	Una entrevista apacible.	428
XI	Don Damian vuelve á perder la partida.	452
XII	Los dos hermanos.	459
XIII	La abnegacion del deber.	47

PLANTILLA

para la colocacion de láminas.

1.ª Portada.
2.ª Iba á dar media vuelta, pistola en mano, cuando dos brazos vigorosos... 16
3.ª ¡Miserable! ¡Asesino! ¡Maldito seas!!! . . . 59
4.ª ¿Pero qué es eso, Armanda? ¿Nada me dices? 113
5.ª En cuanto Sebastian dejó el velon sobre la mesa, sentóse. 120
6.ª Procura dormir á tu hijo, que yo pronto vuelvo. 221
7.ª ¡Por allí es la salida!.... 251
8.ª Yo adelante, tú no has concluido todavía. . . 314
9.ª El desgraciado Estebanez cayó al suelo sin exhalar un grito. 317
10 Iba á misa todos los dias, colocándose siempre... 324
11 Durante un momento permaneció inmóvil.... 410
12 Gabriel, que en el primer momento se puso lívido.... 438

LA SOBERBIA.

MINUESA Y MARÉS, EDITORES.

LA SOBERBIA.

(PAGINAS DE TODOS LOS TIEMPOS.)

ORIGINAL

DE

D. JOSÉ FERREIRO Y PERALTA.

TOMO II.

MADRID.
IMPRENTA DE D. MANUEL MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 19.

1866.

Es propiedad de los Editores, y se perseguirá á quien la reimprima sin su permiso.

LIBRO PRIMERO.

UN DRAMA DE FAMILIA.

CAPITULO PRIMERO.

El hombre de los anteojos verdes.

El conocido y opulento marqués de Lézaro vivia en Madrid, á principios del año 1838, en una elegante casa de la calle del Arenal.

Por aquella época era el hombre de moda de la córte.

Su riqueza, el lujo de sus trenes y la fastuosidad de sus aristocráticas reuniones, eran de contínuo el tema obligado de las gentes de buen tono.

La falanje de admiradores que le rodeaba, encargábase de multiplicar sus alabanzas, y de que estas corrieran, aumentándose en todas las esferas.

Sin embargo, esto no impedia que los no favorecidos tan mediatamente por la explendidez del jóven aristócrata, se dedicasen á la murmuracion con la mayor buena fé.

Amparo Olmedo, su bellísima esposa, obedeciendo los

deberes que la sociedad impone, hacía los honores de su casa en aquellas escogidas reuniones que tanta fama habian adquirido.

Sin embargo, ajena por su carácter al brillo y arrebato que respiran los salones, jamás habia podido borrar de su rostro la huella de una tristeza que irradiaba de contínuo de sus hermosos ojos.

Nadie podia concebir esto como natural.

La esposa de un noble marqués, jóven, riquísimo y buen mozo, no tenia derecho á estar triste en modo alguno, á ménos de que no existiese oculta una razon gravísima para ello.

Luego la razon existia, ya que era un hecho el melancólico sentimiento de la jóven.

¿Cuál podia ser?

He aquí la bola de nieve.

Los comentarios y las hablillas de todo género se sucedian sin interrupcion.

Allí habia algo.

La bellísima Amparo debia sufrir.

Era forzoso averiguar por qué, y sobre todo de parte de quién de los dos estaba la culpa.

Apuntado esto, excusamos decir que aquel matrimonio era el objeto de las conversaciones de toda reunion de buen tono.

Todas las miradas se hallaban fijas en él.

El resultado era el mismo.

La curiosidad ó la envidia, el móvil impulsivo.

Continuemos.

Hácia la una de la tarde de un hermosísimo dia del mes de Enero, el de Lézaro, acompañado de tres amigos jóvenes

y apuestos como él, salian á caballo del ancho portalon de su casa, dirigiéndose al paso hácia la Puerta del Sol.

En la acera opuesta, arrimado á la pared é inmóvil como una estátua, hallábase un hombre de regular estatura, que miraba á la casa del marqués sin hacer siquiera el más pequeño movimiento.

Su aspecto era bastante original.

Vestia un gran leviton que le llegaba hasta cerca de los piés, y cubria su cabeza un sombrero de copa de anchas alas que le tapaba toda la frente.

Llevaba gafas verdes con tafetanes á los lados del mismo color, y una barba rubia hasta el pecho.

Cuando el marqués salió de su casa, fuéle siguiendo con la vista hasta que le vió desaparecer.

Despues miró á los balcones, y continuó como ántes durante un buen rato.

Por fin, y como si hubiera tomado una resolucion decisiva, dirigió la vista hácia uno y otro lado de la calle, y cruzándola con paso rápido se entró decidido en el portal de la casa.

Apénas habia dado en él cuatro pasos, cuando el portero le salió al encuentro.

—¿A dónde va usted, buen hombre?

—Necesito hablar á la señora marquesa.

—¡Tóma! ¿y cree usted que no hay más que decir por aquí me cuelo?

—¡Ah! nó, señor, es que me figuré desde luego lo que ha pasado.

—¿Cómo lo que ha pasado?

—Sí, que me saldria usted al encuentro.

—Pues bien, continuó el portero con gesto avinagrado, ¿á quién hay que anunciar? ¿cuál es el nombre de usted?

—¡Ah! eso es inútil de todo punto, replicó el desconocido con tono melifluo; no me conoce.

—Pues entónces....

—¿Qué?

—Que puede usted irse con la música á otra parte.

—¡Oh! eso no puede ser, replicó en el mismo tono.

—¿Cómo que nó?

—Por dos razones: la primera, porque necesito imprescindiblemente hablar á la señora; y la segunda, porque supongo que no querrá usted que le echen á la calle.

—¿Cómo que me echen?

—Indudablemente es lo que sucederá si usted se obstina en no pasar recado.

Tal aire de conviccion dió este á sus palabras, que el portero, aunque no dando á entender el miedecillo que le produjera, exclamó, como si se decidiese á hacer un favor:

—Vaya, conozco que le urge á usted el ver á la señora, y voy á quebrantar mis órdenes.

El desconocido se sonrió de una manera imperceptible, y echó á andar tras el portero.

Comunicóse este con uno de los lacayos, y cuatro ó seis minutos despues, el de los anteojos era conducido al gabinete de la marquesa.

En nada habia variado la hermosísima hija de don Patricio Olmedo.

La misma inocencia, el mismo candor realzaba su tranquila belleza.

Parecia una de esas vírgenes de Rafael, que lloran, aun

sin verter lágrimas, y conmueven por la expresion dolorida y tierna de su rostro.

El de los anteojos se detuvo, sombrero en mano, junto á la puerta.

Amparo, sentada junto á la chimenea, tenia entre sus manos un tomo de las obras de Santa Teresa.

—Caballero, exclamó la jóven con voz dulce y tranquila, ¿necesitaba usted hablarme con urgencia?

Puede usted decir lo que guste.

—Es verdad, señora, ese era y es mi mayor deseo.

Sin embargo, ántes de comenzar tengo que hacer á usted una súplica.

—Diga usted.

—Como tal vez habrá usted creido, porque así lo indica mi traje, que me trae á molestar su atencion una exigencia material, debo hacerle presente que deponga tal creencia.

Mi objeto es de muy distinta naturaleza.

Atañe á usted muchísimo, nos interesa á los dos en alto grado.

Amparo miró al desconocido con no poca sorpresa.

Observó en sus palabras tal acento de verdad y conviccion, que la primera duda que asaltó á su mente se disipó apénas fué concebida.

Sin embargo, comprendia que era forzoso cerciorarse más aun de si se habia equivocado en la apreciacion que acababa de hacer.

Así, pues, replicó:

—Caballero, nada supuse; usted pretendió hablarme, y he accedido á su deseo.

Hable usted cuando guste.

—Es verdad, señora, y voy á hacerlo desde luego sin prevencion de ninguna especie.

¿Cuánto tiempo hace que no ha visto usted á su querida hermana Julia?

A pesar de que esta pregunta se formuló por el desconocido con la más exquisita circunspeccion, resaltándose en ella á la vez cierta tristeza digna, la sensible Amparo no pudo ménos de estremecerse y palidecer.

Jamás hubiera creido que aquel hombre fuese á hablarla de su hermana.

—Pero usted, caballero, ¿con qué derecho, en nombre de qué me hace usted tan extraña pregunta?

—Señora, en cuanto á derecho, con ninguno, replicó en el mismo tono digno y respetuoso; pero lo hago en nombre de un deber sagradísimo.

En el que todos tenemos de favorecer y amparar al que padece.

Señora, por lo que usted más ame, la ruego que me oiga; y aunque la parezca extraño el paso que ahora doy, no dude en concederme la mayor sinceridad y la más pura intencion.

Si tal he de merecer, ruego á usted que me lo diga, y continuaré; de nó, aun cuando lleve la muerte en el alma, dejaré de molestarla más tiempo.

Habia, ya lo hemos dicho, tanta verdad en las palabras del hombre de los anteojos, que Amparo no pudo ménos de reconocerlo así.

Cediendo á un impulso de su corazon, se apresuró á exclamar:

—Pues bien, caballero, dispuesta estoy á responderle.

Ya hace un año que no sé de ella.

—Y.... ¿sabe usted dónde está?

Amparo iba á dudar nuevamente, pero la misma respetuosa vacilacion con que pronunció aquel sus últimas palabras la detuvo, y replicó así con voz un tanto apagada:

—No lo sé, caballero.

—Inútil será que la pregunte si desea saberlo.

—¡Oh! ¿usted puede decírmelo? ¿lo sabe usted?

—Sí, señora.

—Pues bien, ¿dónde se halla? exclamó Amparo con indescriptible emocion.

—Calma un momento, señora, yo lo sé, y usted lo sabrá del mismo modo; pero ántes menester será le haga presente que ese ha de ser el fin de nuestra entrevista.

Además, tengo que solicitar de usted una gracia.

—¿Y es?

—Que si por acaso volviera su esposo ántes de haber yo marchado, ignore de todo punto nuestra conversacion.

—¡Caballero!

—Es forzoso, replicó el de los anteojos inclinándose profundamente.

—¿Usted no conoce, añadió á su vez Amparo realmente alarmada, que es muy grave decir tal cosa á una señora?

—Pocos habrá que como yo deploren el que se dé interpretacion equivocada á una conducta digna.

—Pues bien, yo no puedo en modo alguno acceder á lo que usted pide.

¿Usted lo ha meditado? porque á lo que entiendo, no significa otra cosa sino que mi marido ignore el sitio en que se encuentra mi hermana.

—Exactamente, señora; veo que ha acertado usted.

—¡Oh! pues eso, exclamó la hermosa jóven con noble indignacion, no puedo yo consentirlo.

No lo alcanzará usted nunca.

Al oir estas palabras el desconocido, que desde el principio de la entrevista habia usado las frases más dignas y el comportamiento más delicado, inclinóse de nuevo ante la marquesa, y replicó:

—Entónces mi mision ha terminado.

—Pero....

—Señora, créalo usted, sintiéndolo con toda el alma, me retiro sin despegar mis labios acerca de lo que tanto deseará saber.

Amparo, que desde el principio recibió con las mejores disposiciones á aquel desconocido, y que tampoco dejó de observar que sus distinguidas maneras, lo escogido de sus frases y hasta su acento de voz, hablando no poco en favor suyo, desdecian extraordinariamente de su aspecto casi ridículo, sintió que habia un gran fondo de verdad en sus palabras, y dejándose llevar de sus sentimientos, dijo:

—¡Pero Dios mio! caballero, ¿á qué esa obstinacion? ¿á qué tan raro propósito?

—¡Oh! señora, usted, bien lo conozco, obra como debe.

Jamás una mujer debe guardar secretos con su compañero.

Todo esto lo sé, que allí donde la virtud resplandece, soy el primero á acatarla.

Vea usted, pues, siendo esto así, cuál no será mi irrevocable resolucion sobre este punto, y qué circunstancias me la habrán hecho adoptar.

—¡Oh Dios mio!

—En bien de usted, en bien de todos, solo una cosa me resta que añadir: Señora, si accede usted á mis súplicas, si me da usted su palabra de guardar el más profundo silencio acerca de la confidencia que he de hacerla, aseguro á usted por cuanto hay de más grande, que comprenderá que á nada se habia obligado, porque ni yo podia hacer otra cosa, ni acaso usted misma procederia de otro modo, aun no existiendo mi prevencion.

—Pues bien, caballero, se trata de mi hermana, y le creo á usted, necesito creerle.

Tiene usted mi palabra.

—¡Oh! gracias, señora; siendo así, hablaré.

Pero ántes, continuó con triste acento y despues de una ligera pausa, he de pedir me perdone el daño que voy á hacerla.

Dios es testigo de que lo deploro con toda mi alma.

Amparo, sin saber por qué, sintió dentro de sí una conmocion profunda.

Sin embargo, con voz bastante firme contestó:

—Caballero, ignoro de todo punto los motivos que puedan hacer expresarse así; sean cuales fueren, cuente usted desde ahora con que sabré apreciarlos.

—Pues bien, señora, hecha esta última advertencia, voy á hablar.

Su hermana de usted, aun cuando le parezca muy extraño, se halla en Madrid todo el tiempo que hace la echan de ménos.

—Pero....

—Se halla presa.

—¡Caballero!

—Esa es la palabra, solo que necesita su explicacion.—

Un hombre atrevido, con menosprecio de todo lo más honrado y santo, concibió por ella una liviana pasion.

Abusó del poder de sus riquezas para dar cima á un plan tan infame como insensato.

Supo apoderarse de ella con la violencia, y hoy se encuentra en su poder, resistiendo digna y altiva al cobarde que así trató de derrocar su virtud.

No hay para qué decir que la hermosa Amparo, llena de dolor y de profunda ansiedad, escuchaba al desconocido con un interés tal, que no parecia sino que se hallaba pendiente de sus labios.

Cuando este terminó sus últimas palabras, no pudo ménos de exclamar con grandísima excitacion:

—¡Oh! ¿quién es ese hombre? ¿dónde se encuentra?

—¡Señora, á ese hombre le conocemos todos! replicó el desconocido con dolorosa y amarga inflexion.

Se encuentra tambien muy cerca de nosotros.

—¿Quién es? ¡su nombre! ¡su nombre pronto! gritó la jóven cada vez con mayor anhelo.

—Señora, es su esposo de usted, el marqués de Lézaro.

Un grito terrible siguió á estas palabras.

Aquella pobre niña, que momentos ántes, llevada en alas de su cariño fraternal, parecia dispuesta á volar al punto en socorro de su hermana, al oir aquella revelacion pronunciada por el desconocido con acento lúgubre y opaco, sintió que acababa de morir algo dentro de su alma, y que de ella se escapaba envuelto en aquel grito lastimero.

Hubo un silencio solemne.

Amparo, con el rostro oculto entre sus manos, sollozaba de una manera convulsiva.

El de los anteojos permanecia inmóvil y mudo contemplando con increible tristeza el dolor de aquella niña.

Por fin esta, con un movimiento convulsivo, retiró las manos de su rostro, y mirando á su interlocutor con ansiosa al par que extraviada expresion, prorumpió así:

—¡Usted acaba de decir una cosa muy grave, caballero!

Si por alguna razon que ignoro ha podido usted impugnemente hacer tal ofensa á mi marido, dígalo usted, y en cambio pida cuanto quiera.

Diga usted que se ha equivocado, ó que se arrepiente.

—Señora, compadezco ese dolor, porque de sobra le comprendo.

El sentimiento que me guió á hacer á usted tan triste revelacion, no obedecia á un interés mezquino ó bastardo.

No puedo desdecirme, porque únicamente es la verdad cuanto he dicho.

Amparo, que casi se habia incorporado en el sillon que ocupaba, volvió á dejarse caer anonadada.

De nuevo volvieron á guardar silencio.

¿Qué pasaria durante él en el alma de aquella niña?

Acababa de recibir el más fiero de los golpes en su dignidad.

Cierto es que su union con el de Lézaro fué obediencia, y nada más; pero así y todo, el hecho estaba consumado y la religion habia fundido en una aquellas dos almas.

Su dignidad la decia á voces que desde ántes de su casamiento, reinó en el corazon de su marido un deseo voraz por otra mujer.

Y así debia ser, cuando le condujo nada ménos que á cometer un atentado repugnante y escandaloso.

¡Y habia más aun para su martirio y desconsuelo!

¡Aquella mujer, víctima inocente de una pasion criminal, era Julia, su misma hermana, á quien tanto habia llorado!

Tales consideraciones, situacion de tal naturaleza, era con mucho superior á las fuerzas de la inocente Amparo.

Sin embargo, la virtud tiene un riquísimo arsenal donde sobran útiles para luchar contra las adversidades del mundo.

La religion es el más grande de todos ellos.

Riquísimo manantial de consuelos y el más acerado escudo contra las asechanzas del vicio.

Hay situaciones críticas en que no es posible se sujete el atribulado espíritu á rogar al que todo lo puede como en las situaciones normales de la vida.

Amparo se hallaba en una de aquellas y necesitaba un auxilio divino para no desmayar.

La palabra del hombre, pálida es é insuficiente para explicar esos grandes dolores que quebrantan y remueven el corazon, para pedir alivio por ellos al que únicamente puede otorgarle.

En tales ocasiones cede el lenguaje humano, y el alma sola, levantándose hácia Dios, pide é implora.

Tal hizo la desventurada jóven.

Dios sin duda debió oirla, porque cesaron como por encanto aquellos signos precursores de la desesperacion que ya se veia en su rostro, y dirigiéndose al misterioso desconocido, pudo exclamar con acento de conviccion, aunque con voz todavía insegura:

—Caballero, ¡hágase la voluntad del Señor! mal hace quien contra ella se quiera alzar.

Jamás hubiera creido tener fuerzas bastantes para resistir el golpe que hirió mi alma.

Ahora creo tener la evidencia de que no han de faltarme.

El de los anteojos miraba á la jóven con religioso respeto.

Aquello era más de lo que podia concebirse.

No habló, no dijo nada; solo un profundo suspiro se escapó de su pecho.

Amparo continuó así:

—No creo aventurar demasiado si creo, aunque respete las razones que á ello le muevan, que ha venido á mí para que juntos trabajemos contra la iniquidad.

¿Nó es así?

—¡Cierto, señora! no es otro mi anhelo.

—Pues bien, ¿qué hemos de hacer para alcanzarlo?

—¡Ay, señora! es tarea harto difícil.

—¿Qué importa? ¡venceremos!

—Dios la oiga á usted.

—El está de nuestra parte.

—Tambien es esa mi creencia.

—Pues bien, ¿usted sabe el sitio en que se halla mi pobre hermana?

—Sí, señora.

—Cuando usted ha acudido á mí, es ocioso preguntar si estará bien guardada, añadió con triste sonrisa.

Además, yo conozco el carácter de Julia, y mucho será preciso para vencerla.

—¿Indudablemente, señora, usted conocerá á Pedro el ayuda de cámara de su esposo?

—Sí; ¿y es este el que la guarda?

—El mismo.

—Entónces sí que hay motivos para que desconfiemos.

—Yo tengo un plan, y si usted me permitiera exponerlo....

—¡Oh! hable usted.

—Pues bien, señora; para engañar y sorprender al ayuda de cámara del marqués, no hay más que un medio.

Nada más fácil que usted invente un capricho cualquiera que no deba ser confiado á un criado vulgar.

Si al marqués no se le ocurriera, usted misma le indica á Pedro.

No podrá ménos de acceder, y entónces vamos nosotros á la casa donde se halla su hermana.

Es no más cuestion de momentos.

Los demás criados creerán con facilidad que usted, la señora del marqués, va de su parte, y con la ayuda del cielo saldremos adelante con nuestra empresa.

¿Le parece á usted bien mi proyecto?

—¡Oh, sí, señor!

—¿Y cuándo cree usted que podremos ponerle en obra?

—Hoy mismo.

—Pues bien, yo esperaré á usted junto á la iglesia de la Encarnacion á la hora que me designe.

—Esta tarde á las cinco.

—No faltaré.

El de los anteojos se dispuso á marchar.

Despidióse de la hermosa Amparo, y se dirigió hácia la

puerta del gabinete; pero ántes de llegar á ella se volvió exclamando:

—Señora, si á las seis no hubiese visto á usted, ¿qué es lo que deberé hacer?

—Venir á buscarme.

—Está muy bien. Adios, señora.

—Adios; que el cielo nos proteja.

El desconocido inclinóse de nuevo ante la jóven marquesa, y desapareció.

Amparo quedó sola.

Necesitaba reflexionar con calma acerca de cuanto acababa de pasarla.

Su situacion era harto grave.

¡Pobre Amparo!

CAPITULO II.

Marido y mujer.

A las cinco y media de la tarde del mismo dia en que pasaron los sucesos narrados en el capítulo anterior, un coche particular se detenia en la calle de la Biblioteca, esquina á la plaza de la Encarnacion.

Apeóse de él una jóven hermosa y elegante.

Era Amparo.

Hizo seña al lacayo de que la siguiese, y echó á andar hácia la iglesia.

El coche quedó esperando en el mismo sitio.

Desde que Amparo dió vista á la plazuela, el hombre de los anteojos se dirigió á su encuentro.

Cuando llegó á su lado, despues de saludarla profundamente, prorumpió:

—Señora, estoy á las órdenes de usted.

—¿Es muy léjos?

—Nó; en la calle de Leganitos.

—Pues marchemos, replicó Amparo con ansiosa emocion.

El de los anteojos se inclinó de nuevo en señal de asentimiento, y con un ademan indicó el camino que debian seguir.

Los dos le tomaron á buen paso.

El lacayo marchaba detrás á una distancia respetuosa.

A los pocos minutos se detenian en la casa número 100 de la calle de Leganitos.

El desconocido dejó pasar delante á Amparo.

La jóven, con resuelta actitud, se dirigió al portero.

El lacayo se quedó en la misma puerta.

—¡Oh señora! exclamó el guardian de aquella casa quitándose la gorra precipitadamente, ¿cómo está V. E?

—Muy bien, Andrés. No sabía que estuvieras tú por aquí.

—Sí, señora; hace ya más de ocho meses que el señor marqués me destinó á esta casa.

—¿Y estás contento?

—Yo en cualquier parte lo estoy. Lo dispone el señor marqués....

—Corriente. Vaya, ábrenos la puerta.

—¡Oh señora! replicó el portero, al momento; pero ántes ya sabrá usted....

—¿Qué?

—Que necesito la órden.

—¿De qué y para quién? exclamó Amparo con actitud digna y resuelta.

—Para facilitar la entrada.

—¿Es este algun castillo encantado?

—Señora....

—Vamos, abra usted, exclamó la marquesa con impaciencia y adelantando un paso hácia la puerta.

—Perdone V. E., pero yo la obedeceré sumiso como debo en cuanto se me presente la órden del marqués, aun cuando se firme por su ayuda de cámara.

—¿Pero esa órden es extensiva á mí?

—A todo el mundo.

—¿Es decir, que no trayendo el permiso de ese criado he de volverme como vine? añadió la jóven con violencia.

—Señora, así es.

—Pues bien, una cosa le prevengo á usted; si no me abre esa puerta, mañana sale de nuestro servicio.

—Señora marquesa, lo sentiré con toda mi alma.

—Entónces...

—Pero no abro sin la órden.

Compréndalo V. E., hoy mismo se me ha comunicado esa disposicion de mi señor, y yo no puedo faltar á ella.

—Y bien, ¿qué quiere decir esto? exclamó Amparo casi fuera de sí; ¿es esto una prision?

—Crea usted, señora, que siento con toda mi alma provocar su enojo, pero obedezco al hacerlo lo que se me tiene prevenido.

Hasta entónces, el de los anteojos habia permanecido inmóvil sin que pareciese siquiera que oia cuanto estaba pasando.

Pero en aquel momento, advirtiendo que el doméstico era incorruptible y que todos los esfuerzos de la marquesa serian inútiles, se atrevió á decir en voz baja:

—Señora, marchemos.

Amparo comprendió, al oir estas palabras, que se hallaba

próxima á la desesperacion, y que no debia en modo alguno continuar más tiempo tratando de convencer á aquel criado.

Así pues, pasado un momento de silencio, exclamó:

—Ahora mismo voy á dar parte al marqués de esta ridícula vigilancia.

El portero se inclinó sin replicar palabra.

Amparo, seguida del desconocido, salió de la casa.

Volvieron por el mismo camino sin hablar palabra.

En la plazuela de la Encarnacion se separaron, diciendo la hermana de Julia á su acompañante:

—¿Podrá usted venir mañana á las once por mi casa?

—Señora, siempre que usted me lo ordene.

—Pues bien, no falte usted.

Amparo se dispuso á marchar.

El desconocido, al mismo tiempo que la saludaba reverente, exclamó:

—Señora, prudencia y calma.

—¡Oh! descuide usted, la tendré.

Diciendo así y sin aguardar respuesta, se alejó seguida del lacayo.

El de las gafas verdes permaneció inmóvil viéndola desaparecer.

Amparo subió al coche, y este partió en direccion de su casa, al trote largo.

Apénas la hermosa niña llegó á su gabinete, hizo llamar á su esposo.

Por fortuna para ella, este se hallaba en casa y en el momento marchó á buscar á su esposa.

Presentóse ante ella con semblante risueño y placentero.

—Querida Amparo, acaban de decirme que me necesitas, y aquí estoy á tus órdenes.

Amparo se hallaba sentada junto á la chimenea.

Al oir estas palabras de su marido, palideció de una manera intensa.

El marqués de Lézaro se sentó junto á ella exclamando de nuevo.

—Vamos á ver, querida Amparo, ¿qué es lo que quieres? Aquí estoy dispuesto á servirte.

—Vas á oirlo.

Hoy he tenido capricho de visitar una finca tuya que no conocia aun.

—¿Dónde?

—En la calle de Leganitos.

El de Lézaro, al oir esto, miró á su esposa con cierta inquietud.

Amparo, que le observaba atenta, conoció el efecto que habia producido.

En seguida continuó así:

—Allí me ha sorprendido una cosa, y he hecho una observacion.

Lo que me ha sorprendido es, que no debe llamarse casa, sino fortaleza.

Y la observacion es la siguiente, que no deja de ser poco grave.

Tiene mi esposo criados con más autoridad que yo.

Al escuchar el marqués estas palabras, pronunciadas por la jóven con intensa amargura, sorprendióse no poco, y no fué dueño á contener cierto movimiento de impaciencia.

Rehízose, sin embargo, cuanto le fué posible, y replicó con amable sonrisa:

—Querida Amparo, ten la bondad de precisar mejor tus cargos para que mi contestacion pueda ser todo lo satisfactoria que te mereces.

—Lo haré, Jacobo, replicó la hermosa jóven con acento grave y solemne.

—Vamos, habla.

¿Pero es tan importante lo que tienes que denunciar, querida Amparo?

—Oyé y juzga.

Tú sabes que hace ya un año desapareció Julia de nuestro lado.

Entónces ofreciste á mi padre consagrarte en su auxilio, y él aceptó.

Su agradecimiento á tí se significó en una gran prueba.

Le pediste mi mano, y con alma y vida se apresuró á concedértela.

Yo, Jacobo, no te amaba, no amaba á nadie mas que á mi padre y á mi familia.

No sé por qué, al manifestarme aquel los deseos que te animaban, sentí un estremecimiento interior, un frio extraño en el alma.

¡Parecia un aviso del cielo!

¡Mi primera intencion fué rehusar, Jacobo, Dios sabe que es verdad! No obstante, mi buen padre, recientemente castigado con la desgracia de Julia, que todos llorábamos, hubiera sentido mucho más entónces una negativa de mi parte que en cualquier otra circunstancia.

¡Acepté y nos casamos!

Mañana llega á Madrid mi padre, y como siempre, vendrá á llorar conmigo la muerte de Julia.

¿Sabes, Jacobo, lo que yo voy á decirle mañana?

El marqués se encogió de hombros con desdeñosa indiferencia y no contestó.

Amparo, con sus ojos clavados en él con pertinaz insistencia, prosiguió:

—Pues le diré: Padre, ¡Julia no ha muerto!

Dios ha querido que yo descubra el secreto de su desgracia y el lugar en que podremos encontrarla.

¡Su virtud ha sabido resistir á las mil arterías de su infame raptor!

Entónces, continuó la hermosa jóven con creciente exaltacion, el pobre anciano, con sus ojos llenos de lágrimas, me preguntará dónde se halla y quién es el infame que convirtió su vida en continuado martirio.

Yo tendré que contestarle, Jacobo, porque lo sé, y es natural que así lo haga.

Le tendré que decir: Búsquele usted en mi misma casa, porque ahora, como siempre, le hemos tenido á nuestro lado.

¡El raptor es mi marido, el noble, el generoso marqués de Lézaro!

—¡Amparo!

—¡Señor marqués!

En la mirada del de Lézaro se pintó algo sombrío y terrible.

La sorpresa que acababa de experimentar no pudo ser más completa.

Por esta razon su cólera hirvió con más fuerza, y el prin-

cipio de un odio, que acaso deberia ser terrible, comenzó á germinar en aquella alma empedernida y soberbia.

Es por demás sabido que, trátese de lo que quiera, dentro del vicio ó de una mala pasion, el hombre que es cogido, digámoslo así, *in fraganti*, lo que debia ser en él sonrojo y vergüenza, cede su puesto á la ira más desapoderada al considerar que ante uno ó más testigos se ve patente y manifiesto su delito.

Esto precisamente habia pasado al marqués.

Jamás pudo figurarse que aquel atentado, que tan bien habia sabido ocultar á los ojos de todos, se le anatematizase por la inocente Amparo.

Al punto comprendió que su situacion era por demás terrible.

Dentro de muy pocas horas el padre de su mujer sabria aquel hecho inhumano, y por lo ménos el escándalo caeria sobre él de una manera implacable.

El primer medio que acudió á su mente capaz de conjurar la tempestad que ya veia cernerse sobre su cabeza, fué el de cometer un nuevo crímen para ganar el silencio á cualquier precio.

Sin embargo, rechazó esta idea tan pronto como acudiera á su mente.

Y no es que la realizacion de un nuevo crímen alarmase su conciencia.

Fué tan solo que por primera vez en su vida temió por las consecuencias que de él pudieran sobrevenir.

Por medio de un prodigioso esfuerzo de imaginacion, y en ménos tiempo del que nosotros hemos tardado en apuntar lo que pasó por aquel hombre al verse descubierto, halló

la manera, si no de devolver completamente la calma á su inocente esposa, por lo ménos la de ganar tiempo y paliar cuanto le fuera posible los efectos que en ella se produjeron al enterarse de todo.

Así fué que con una habilidad verdaderamente pasmosa supo dar á su rostro tal aire de inocencia, é hizo que se dibujara en sus labios una sonrisa de tranquilidad tal, que Amparo no pudo ménos de sorprenderse profundamente.

En seguida le oyó expresarse así:

—Amparo, no es que yo culpe en manera alguna las palabras que acabas de dirigirme, cuando has llegado á creer lo que te las ha dictado.

A ser cierto cuanto dices, continuó con franca rudeza, eso y más sería poco tratándose de abominarlo.

Sin embargo, no puedo ménos de decirte que ántes de juzgar, oigas.

—¿Pues qué?...

—Espera, que aun no he concluido, interrumpió el marqués con cierto tono de amistosa autoridad.

Un dia le dije á tu padre: He sabido la horrible desgracia que ha caido sobre usted.

Yo soy más jóven y por lo tanto más fuerte; con toda mi alma le ofrezco mi cooperacion para vengar la afrenta que ha caido sobre sus canas.

Aceptó, y poco despues tuve la dicha de llamarte esposa mia.

Desde entónces, lo juro por el amor que te profeso, no he cesado un instante en trabajar en la obra digna y levantada que ofrecí emprender.

Hace ocho dias tuvimos carta de tu padre, diciéndonos

que á los dos ó tres siguientes se ponia en camino para no apartarse ya de nosotros hasta su última hora.

Pues bien, Amparo, desde anteayer se halla Julia libre de su indigno raptor.

Hasta ahora, á pesar de que durante mi laborioso empeño he podido mil veces darte noticias, ya prósperas, ya adversas del estado en que se hallaba.

A pesar de que he podido decirte una hora ántes de haber rescatado á tu hermana: Amparo, prepárate que vas á abrazar á Julia, he sabido resistir á tan gran deseo por dos razones.

En primer lugar, porque á haber fracasado el éxito, tu desencanto hubiera sido para mí muy terrible; y en segundo, porque no pude resistir á la idea de sorprenderos mañana al venir tu padre.

Cuanto yo he trabajado, cuanto yo he hecho, las mil circunstancias por que ha habido que atravesar hasta el logro de mi empresa, las sabrás mañana por boca de la misma Julia.

Pero ántes de nada, añadió afectando cierta inquietud, es menester que me digas cómo llegó á tu noticia tal acontecimiento, y sobre todo, quién y cómo lo desfiguró á tus ojos.

Como se ve, el taimado marqués supo rehacerse pronto y fraguar una impostura que tenia por lo ménos el mérito de la improvisacion.

La inocente niña, que en verdad no podia esperar semejante solucion, quedó muda de estupor y asombro.

Las explicaciones del marqués no parecieron inverosímiles á su inexperiencia, y esto por lo mismo de que no ha-

bia podido acabar de creer que existiese en el mundo tanta infamia.

Pero si algun escrúpulo pudo quedar en su mente acerca de la veracidad de su esposo, se desvaneció por completo al oir sus últimas palabras.

Supo este pintar tan bien la zozobra de que aun se pudiera intentar por alguien el hacer infructuoso el éxito de su afan, que, dando entrada en su corazon infantil al remordimiento de haber creido en su esposo tanta alevosía, exclamó con expontánea efusion:

—¡Oh! Jacobo, si como creo, si como no puedo dudar, es cierto cuanto acabas de decirme, perdóname si por un momento te he creido capaz de tanta infamia.

El de Lézaro tuvo que hacer entónces mucho más esfuerzo para ocultar la alegría que le produjeron aquellas palabras.

Amparo habia caido en el lazo que le tendiera su perfidia.

Tenia tiempo para obrar.

La efusion con que estrechó la mano de su esposa, bien puede decirse que no fué fingida.

Habíase considerado á dos dedos de la ruina, y no solo supo desvanecer todo peligro, sino que evidentemente se conquistó mejor puesto en el corazon de su bella esposa.

Así fué que contestó sonriendo:

—Querida Amparo, te lo dije al principio, en modo alguno me han extrañado tus palabras.

Has obrado como debias.

Pero dí, ¿cómo pudiste saber....

—¡Oh! te lo diré todo, exclamó la jóven cediendo á su noble instinto.

Entónces le refirió punto por punto cuanto mediara entre ella y el desconocido, concluyendo así:

—Y creo como tú, que tal vez sería el mismo á quien has sabido burlar.

Su traje, ahora lo considero, más bien que otra cosa parecia un disfraz.

En una palabra, Jacobo, creo que si ese hombre, obedeciendo á algun nuevo y tenebroso proyecto, arrostrándolo todo, vino aquí hoy, Dios ha querido que eligiera ese medio para evitar acaso mayores males.

—No temo nada, querida Amparo; y ¡ay de él si se atreviera, lo que no ha hecho hasta aquí, á venir á mi presencia!

En cuanto á lo demás, tú misma has podido verlo.

Nadie puede entrar en la casa donde guardo á Julia hasta mañana, sin órden mia por escrito, ó de mi criado Pedro, en quien tengo la mayor confianza.

—Es verdad. ¡Oh! ¡cuánto se va á alegrar mi padre!

Dí, Jacobo, continuó con un gesto infantil, creo que, pues la casualidad ha hecho que yo lo descubra todo, no serás tan cruel que consientas el que yo no vea á mi hermana hasta que venga nuestro padre.

¡Un año sin vernos!...

¡Oh! ¿verdad que me vas á llevar ahora mismo?

—Sí, mujer; ya ¿qué objeto podia llevarme en no consentirlo?

—¡Oh! pues vamos.

—Aguarda, aguarda un momento.

Cuando tan imperiosa me llamaste, acababa de entrar en mi gabinete un caballero, para mí de mucho respeto, y voy á despedirle cuanto ántes pueda.

—¿Pero no tardarás?

—Nó, hija mia, será cuestion de un cuarto de hora. Haz que pongan el coche, y con eso estaremos despues más descansados no teniendo nada que hacer.

Diciendo estas palabras, estrechó el marqués la mano de su esposa y se dispuso á salir.

Amparo, llena de alegría, volvió de nuevo á rogarle que despachara cuanto ántes su visita.

El de Lézaro se lo ofreció así, y desapareció del gabinete.

CAPITULO III.

Una nueva farsa.

Apénas el marqués se separó de su esposa, marchó á su cuarto. Encargó que pusiesen el coche en el momento, y esperó impaciente que le noticiaran el haber sido obedecido.

En sus cavilaciones no acertaba á comprender quién podia ser el que descubrió á su esposa el paradero de Julia.

Cuando ya no tuvo que fingir, al verse solo, bien pronto expresó su rostro la terrible cólera que en él habia despertado la escena que acababa de tener lugar.

El marqués era hombre á quien temblaban todos sus criados.

Sus órdenes se ejecutaban con la mayor rapidez.

Al cabo de muy pocos momentos le anunciaron que el coche estaba dispuesto.

El marqués tomó su sombrero y el baston, y seguido del lacayo abandonó el gabinete.

Cinco minutos despues se apeaba en su casa de la calle de Leganitos.

Al pasar rápidamente por el vestíbulo preguntó por Pedro, su ayuda de cámara.

El portero le dijo que acababa de llegar y que le haria conducir á su presencia.

Con efecto, apénas el de Lézaro entró en su gabinete, el ayuda de cámara, á quien ya conocemos, se presentó ante él.

—Entra y cierra, exclamó aquel con voz dura y breve.

El criado obedeció y esperó en silencio.

El de Lézaro comenzó de esta manera:

—Pedro, empezando por tí, voy á echar á toda la servidumbre de esta casa.

—¡Señor!...

—¿Sabes por qué?

—No alcanzo....

—Pues bien, yo te lo diré.

El secreto que aquí dentro se encierra, ha sido descubierto.

El señor Pedro miró al marqués con aire de duda.

Este continuó así:

—Te admira lo que te digo, ¿no es eso?

—Y tanto, señor marqués.

—¿Y por qué? Habla.

—Porque aquí no ha entrado alma nacida, y yo no me aparto de la casa, á ménos que, como hoy, no sea para obedecer alguna órden del señor marqués.

—¿De manera que tú crees que es casi imposible lo que acabo de decirte?

—Sí, señor.

—Y si yo te pruebo que toda tu vigilancia no ha sido bas-

tante á impedir que se divulgue el secreto de lo que aquí se encierra, ¿que dirás entónces?

—Señor, que como no sea el mismo diablo, no se cómo eso puede ser cierto.

¿Lo sabe bien el señor marqués?

—Oye y juzga.

La señora ha estado aquí hoy mismo.

—¿La señora?

—Sí.

—¿Y á qué?

—A ver á su hermana.

—¡Señor! replicó el criado con aire de duda.

—¿Qué?

—¿Usted lo sabe bien?

—¡Imbécil! ella misma acaba de decirme que el portero le ha prohibido la entrada.

—¡Pero señor! yo me confundo, algo habrá acaecido de extraordinario para que la señora marquesa, que apénas sale á la calle, haya sabido tal cosa.

—Vamos á ver; en estos dias ¿ha venido aquí alguien con algun pretesto?

—Nó, señor.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Pedro, eso me hace creer que tu vigilancia no es tan escrupulosa como supones.

—¡Señor!

—Escucha.

—Pero si yo no me muevo de aquí; sí, respondo del portero como de mí mismo.

—Entónces, ¿cómo la marquesa...

—¿Pero usted no sabe pormenores acerca de tan extraño acontecimiento?

—Lo que sé es, que un hombre disfrazado con anteojos verdes y barba hasta el pecho, se presentó á la marquesa y la descubrió el lugar en que se halla su hermana.

¿Has visto tú algun hombre de estas señas?

—Nó, señor.

—Entónces.... ¿tengo ó no razon para dudar de la verdad de tus palabras?

—Señor, yo no puedo decir otra cosa, sino que aquí no ha entrado nadie.

De todos los criados, lo he dicho ántes, respondo como de mí propio.

—Pues bien, exclamó el marqués, lo sucedido ya no tiene remedio; veamos ahora la manera de conjurar el mal que nos amenaza.

—Diga usted, señor.

—Has de saber que, al llamarme la marquesa y decirme el sitio en que se encuentra su hermana, he tenido que confesar que era cierto, pero que habia sabido rescatarla, y que esperaba la venida de su padre, que será mañana, para darles tan grata sorpresa.

Hace un momento que me he separado de ella. Una vez descubierto el secreto, como era natural, quiso no diferir el dar un abrazo á su hermana, y yo tuve que fingir que me esperaba gente en el gabinete, y que en cuanto me viera solo iria en su busca.

¡Qué hacemos, Pedro! porque yo te confieso que no sé qué partido tomar.

—Señor, durillo es el caso.

Verdad es que la inexperiencia y candor de la señora se prestan mucho á que podamos desorientarla; pero en la ocasion presente es muy difícil.

—Pues ello es fuerza que evitemos el escándalo.

—Desde luego.

—¿Pero crees tú....

—Que de cualquier modo se evitará.

—Vamos, discurre.

—Señor, ya lo hago.

—Es que tiene que ser pronto.

Los momentos son preciosos.

Dentro de muy poco va á descubrirse todo, si no procedemos con sagacidad.

Aquí de tu astucia, Pedro.

—Señor, vamos por partes.

—¿Qué?

—¿Se le ocurrió á usted preguntar á la señora si ese hombre ha quedado en volver á verla?

—Nó.

—¡Oh! pues esto era muy indispensable.

Pedro permaneció un momento en silencio.

Reflexionaba.

El de Lézaro, que siempre confió mucho en la astucia de su criado, mirábale con fijeza sin atreverse á interrumpir sus meditaciones.

De pronto pudo ver en este que su rostro se iluminaba con cierta sonrisa de satisfaccion, y que despues de una nueva pausa, exclamó así:

—Señor, nos hemos salvado.

—¿Pedro? exclamó el marqués con cierto aire de amenazadora duda.

—Como usted lo oye.

—Habla.

—Es evidente que el hombre que supo denunciarlo todo á la marquesa, es porque á ello le conduce alguna idea trascendental, ¿no es así?

—Ya lo creo.

—Pues bien, debemos suponer de la misma manera que ha de volver á saber el resultado de su delacion.

—Tambien esto me parece muy natural.

Continúa.

—Pues bien, impidamos que logre este objeto.

—¿Y cómo?

—De un modo muy sencillo.

—¿A ver?

—Sea de dia ó de noche, tengamos gente de confianza alrededor de la casa de usted, y no dejemos pasar á ninguno que tenga las señas del que habló con la señora.

—Sí, pero eso es un disfraz, Pedro, y mañana puede adoptar otro.

—Es verdad.

—Se hará otra cosa mejor.

Tú y otros dos os instalais en la portería desde muy temprano.

Todo el que se presente, no siendo en busca mia, se le impide la entrada por el portero.

Excusado es decir que vosotros estais allí como por casualidad para prestarle auxilio, si alguno tratara de alzarse contra la prohibicion.

—¡Oh! magnífico, señor; usted ha redondeado el pensamiento.

—Pues nada, á ponerlo en obra.

—En seguida.

—¡Ah! pero falta lo más principal.

—¿Qué es, señor?

—Que con lo que acabamos de acordar se impide toda entrevista entre mi mujer y ese hombre; pero eso no es bastante.

—¡Yá!

—Es menester que encontremos un medio que nos libre de lo más grave.

La marquesa me está esperando para venir.

¿Cómo salimos de este trance?

—¡Cáspita! señor, efectivamente que eso es lo más comprometido.

—Pues ello es fuerza que hallemos la manera de obviar tantas dificultades.

Lo principal está conseguido.

La marquesa no duda; por lo tanto, reflexionemos con calma, y malo será que entre los dos deje de ocurrírsenos el remedio.

El ayuda de cámara del marqués, más que escuchando las palabras de su amo, habíase sumido en hondas reflexiones.

Su imaginacion picaresca tardó muy poco en suministrarle un plan.

Despues de un corto silencio, exclamó así:

—Señor, acaba de ocurrírseme un medio de salir airosos.

Es más, creo no hay otro.

—Pues habla, veamos en qué consiste.

—En primer lugar, usted no ha de volver á su casa en un par de horas.

Lo de ménos es buscar una razon que justifique su tardanza.

—Bueno, adelante.

—Este es el plan: se reduce á sacar de aquí á la señorita, disponiendo las cosas de modo que cuándo venga usted con la señora marquesa, no pueda dudarse que ha habido violencia.

En una palabra, haremos creer que nos la han robado.

¿Qué le parece á usted? añadió el ladino ayuda de cámara, viendo que su amo habíase quedado no poco pensativo.

—La idea no me disgusta, y convengo contigo en que tal vez sea la única más aceptable; pero á mi juicio ofrece una gran dificultad.

—¿Y cuál es?

—Que dentro de dos horas, como tú dices, serán las ocho de la noche, y nos exponemos á un escándalo de otra especie.

Dado el carácter de mi prisionera, continuó con cierta sonrisa de indefinible expresion, aun á costa de su vida sabria aprovecharse hasta del más insignificante acaso con tal de librarse de nosotros.

—Dice usted muy bien, señor, replicó Pedro con cierto desaliento; no habia pensado en eso.

El marqués comenzó á fruncir el entrecejo.

Tardaba mucho en hallar una solucion favorable, y su indómito carácter comenzaba ya á hervir, solo con adivinar su impotencia en aquella ocasion.

El criado, que le conocía de sobra y sabía hasta qué punto llevaba el de Lázaro las explosiones de su irascibilidad, entregóse con verdadero ardor á hallar un medio que templara á su amo.

—¡Señor! exclamó por fin con aire un tanto decidido, del mal el ménos; no vuelva usted por la señorita hasta que hayan dado las doce.

A esa hora ya no podemos temer que suceda lo que á usted afortunadamente supo ocurrírsele.

—Dices bien, exclamó, serenándose de pronto su fisonomía.

Aceptado en todas sus partes.

Nada necesito por lo tanto decirte.

—Perfectamente. Usted me dirá quién va á conducir á la señorita y á dónde.

—Tú mismo y á la hacienda de Chamartin.

A las once en punto harás que esté el coche de viaje á la puerta.

El portero irá guiando en el pescante y tú dentro.

En una palabra, procederás en todo de la misma manera que cuando la trajisteis á Madrid.

—Otra dificultad, señor, exclamó Pedro con tímida sonrisa.

—¿Cuál es?

—Que tal vez á esa hora estarán cerradas las puertas y....

—Yo me enteraré, y si así fuera, haré que le traigan aquí mismo un pase.

—Está muy bien, señor.

—No olvides que se vea aquí desórden cuando yo traiga á la señorita.

—No lo olvidaré.

—Pues entónces, adios, no dejaré yo de dar una vuelta por aquí ántes de vuestra marcha.

—¿No va usted á subir á hacer una visita á la prisionera?

El de Lézaro, al oir estas palabras, palideció, y procurando, aunque inútilmente, dar cierto aire de naturalidad á sus frases, replicó:

—Ahora nó; despues si acaso.

Dicho esto y como dando un nuevo giro á sus pensamientos, continuó:

—¿Supongo que no olvidarás nada?

—Puede usted marchar tranquilo.

—Pues entónces, hasta luego.

El marqués dió dos pasos hácia la puerta.

Su ayuda de cámara, dándose con la mano en la frente, le detuvo, diciendo:

—Señor, un momento.

—¿Qué es eso?

—Voy á permitirme hacer á usted una observacion.

Tal vez sea una oficiosidad de mi parte.

—Vamos, acaba pronto.

—¿Usted, como hemos acordado, no vuelve á su casa hasta las doce?

—Bien, ¿y qué?

—Que puede ocurrir otra desgracia.

—¿Cuál? exclamó el marqués un tanto alarmado.

—Que viendo la señorita que usted tarda tanto, quién sabe, puede que le ocurra venir de nuevo.

—¡Es verdad!

¿Y cómo evitamos....

—Escriba usted aquí mismo cuatro letras, diciendo que

ha de tardar algo más de lo que presumió, y que no deje de esperar á usted hasta su vuelta.

—Tienes razon, y voy á hacerlo en seguida.

Sentóse el marqués y escribió á su mujer una concisa esquela en este sentido.

Miéntras la cerraba, Pedro avisó á uno de los criados, y este, momentos despues, la conducia á su destino.

El de Lézaro comenzó á respirar con tranquilidad.

La farsa se iba preparando á las mil maravillas.

CAPITULO IV.

El rescate.

Las diez acababan de dar los relojes de la córte.

La noche estaba despejada.

Un viento frio y seco silbaba lúgubre agitando con su impulso y haciendo oscilar contínuamente las mezquinas mechas de los faroles.

Por la calle de Leganitos apénas transitaba un alma.

A través de las vidrieras de los balcones, veíanse luces en la casa del marqués de Lézaro.

Un hombre de alta estatura, con sombrero hongo hasta los ojos y embozado en su capa hasta el ala del sombrero, miraba con obstinada fijeza hácia la casa del marqués, sin hacer más movimiento que si fuera de piedra.

De pronto, en medio del silencio de la noche, sintió un ruido como de descorrer un cerrojo.

En seguida se abrió el postigo de la citada casa, y un hombre atravesando la calle dirigióse veloz hácia el que se hallaba en la esquina de la de los Reyes.

—¿Qué hay? exclamó este apénas aquel llegó á su lado.

—Que ya se acerca la hora.

—¿Pues dónde vas?

—A la cochera para que lo dispongan todo.

—¿A qué hora han determinado salir?

—A las once.

—Dentro de una hora.

—Eso es.

—Pues nada, puedes marcharte.

Aquel hombre, que parecia ser criado de la casa, dió media vuelta como para marchar.

El incógnito embozado le detuvo, diciendo con voz dura y acre:

—¿Supongo que será verdad cuanto me has dicho?

—¡Ah! sí, señor.

—Bien, en último caso eso sería cuenta tuya.

—Aseguro á usted....

—Bien, te creo. Si despues los hechos dijesen que me has engañado, te juro que aunque te escondas en las entrañas de la tierra, ya haré yo de modo que no puedas volver á ser bribon.

—Lo que es en cuanto á eso espero tranquilo.

—Bueno, toma y vete, añadió su interlocutor poniendo en sus manos unas cuantas monedas de plata, que el otro se apresuró á guardar.

—¿Conque necesita usted algo más?

—Nó; si acaso, ya te buscaré.

Es para las once definitivamente, ¿no es eso lo que me has dicho?

—Exacto.

—Pues adios.

—Vaya usted con él.

Diciendo esto, los dos hombres se separaron.

El criado del marqués echó á buen paso hácia la calle de Leganitos.

El que habia estado de centinela miró de nuevo hácia los balcones, y despues, como si ya no tuviese nada que hacer allí, se internó en la calle de los Reyes.

Hácia la mitad de ella existia por entónces un pobre templo consagrado al dios Baco.

Hácia él, pues, se dirigió nuestro hombre.

Empujó con mano firme la puerta de la taberna, y penetró en el interior.

Una vez allí, se detuvo un momento.

El mostrador se hallaba á la izquierda, y tras él se veia el tabernero dando cabezadas, merced al sueño blando que le embargaba.

Frente al mostrador y en el último rincon de la sala, habia una mesa pequeña y, sentados ante ella, uno frente á otro, veíanse dos hombres.

El uno hace muy poco le vieron nuestros lectores; era el hombre del leviton y de los anteojos verdes.

El otro, muy pronto sabremos quién es.

El que habia estado de centinela en la esquina de la calle de los Reyes, así que los vió, dirigióse á ellos con rapidez.

—¿Qué hay? exclamaron á un tiempo los que aguardaban.

—Todo marcha bien; á las once será la cosa.

—¿Y mi hermano? ¿hace mucho que te separaste de él?

—Nó, señor, hará unos tres cuartos de hora que me dejó en la esquina de esta calle.

—Pues vamos, añadió el que se hallaba en la taberna frente al desconocido de las gafas verdes, que no estará de más que nos hallemos allí con anticipacion.

—Perdone usted, don Gabriel, pero no podemos salir de aquí, á ménos de que quede alguno de nosotros, hasta que sintamos el coche, que se detendrá á la puerta.

—Bueno, eso es otra cosa, replicó aquel.

Apénas acababa de decir estas palabras, cuando allá á lo léjos sintieron el ruido de un carruaje.

Era el mismo que esperaban.

Un momento despues se detenia junto á la taberna.

—Marchemos, exclamaron á un tiempo los tres hombres.

Y sin pararse un punto abandonaron la taberna.

Saludáronse en silencio con el que guiaba el coche, y echaron á andar hácia la esquina en que vimos ántes al desconocido.

El carruaje se detuvo en la especie de plazuela que se forma á la conclusion de dicha calle.

Apénas se instalaron allí, el anteriormente llamado Gabriel, que no era otro que el esposo de Matilde, exclamó mirando al desconocido:

—¡Calla! ¿desapareció el disfraz?

—Sí, amigo mio; si Dios quiere, no necesitaré recurrir á él de nuevo.

—Creo lo que usted, exclamó Gabriel con voz amenazante; me parece que se acerca para nosotros el momento de la reparacion.

—¡Oh, y cuánto le he anhelado! aunque á decir verdad, tengo el presentimiento de que hoy no se verán del todo cumplidos nuestros deseos.

—¿De veras lo cree usted así, amigo Alvareda?

—Sí, y excuso decir cuánto me alegraría equivocarme.

—¿Segun eso no tiene usted en nuestro esfuerzo una confianza absoluta?

—¡Oh! la más completa.

—Pues entónces, créalo usted, el éxito será venturoso.

—¡Oh! no es que yo lo dude en cuanto al rescate de Julia, sino porque vea frustrado el placer de tomar pronta venganza del hombre infame que me hizo desgraciado.

—¡Báh! si no es más que eso, tranquilícese usted, que aun cuando acierte, por horas tan solo conseguiria demorarla.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando vieron avanzar un coche de camino por la calle de Leganitos.

Entónces, á una señal de Gabriel, fueron á colocarse junto á la casa del marqués.

Esta formaba esquina, y su acceso veíase inmediato á ella.

Por eso los tres hombres pudieron, sin despertar sospechas, detenerse inmediatos al portal.

Así que el pesado carruaje, que arrastraban dos poderosas mulas, se detuvo ante la casa del marqués, un hombre que salia de su interior se dirigió al del pescante en estos términos:

—Andrés, no te pares ahí, nó.

—¿Pues dónde? replicó este con sorpresa.

—Penetra aquí dentro cejando.

—Pues está la noche clara como hay Dios, replicó el primero oponiéndose á cumplimentar aquella órden.

¿No sabes que con este par de animalitos, que no tienen gana más que de correr y hacer corcovos, es muy fácil que en lugar de entrar en el portal queramos hacerlo por la pared?

—¡Ave María!

—Sí, pues tendria mucho de particular.

Y en estas circunstancias no equivalia á nada el que se rompiera una rueda, ¿verdad?

—Pues amigo, hay que hacerlo, pon cuidadito; yo....

—Eso es, no hay más que decirlo.

—Pero testarudo del diablo, replicó bajando algo más la voz el que saliera de la casa, que no era otro que Pedro el ayuda de cámara, si al fin y al cabo hay que hacerlo, porque así lo ha ordenado el marqués.

—Bueno, bueno, apártate y vamos adelante.

—Y no creas que está mal dispuesto, nó.

Con esta bendita niña son pocas todas las precauciones.

El que guiaba el carruaje no respondió.

Empuñó las riendas, y se dispuso á obedecer aquella órden.

Un momento despues, el coche habia penetrado en el portalon.

Nuestros tres hombres, que desde la esquina habian escuchado la anterior conversacion, permanecieron un momento en silencio, por ver si aquella volvia á reanudarse.

—Agustin, exclamó Alvareda en voz baja.

—¿Qué quiere usted, señorito?

—Asómate á ver si hay alguien junto á la puerta.

Agustin, recatándose siempre con el embozo, obedeció á

Alvareda. Tal vez habrán reconocido tambien en este nuestros lectores al honrado vasco, al buen amigo de don Fernando de Alvareda.

Era él efectivamente.

Acostumbrado, como se hallaba, á vivir en la oscuridad de aquellas noches de invierno durante tantos años en su cargo de la torre del faro, no necesitó mas que una ojeada para examinar á bastante distancia los alrededores de la casa del marqués.

Volvió por lo tanto noticiándoles esto mismo.

—Y bien, ¿qué hacemos? exclamó Julio Alvareda.

—Ya es muy distinto el que se dispongan á marchar desde el pié de la escalera, replicó su hermano Fernando, que acababa de incorporárseles despues de haber dejado sus instrucciones al criado que quedó con el coche.

—Nó, en mi concepto nada se ha perdido, añadió á su vez Gabriel con tranquila entonacion.

—Hable usted, amigo mio, exclamó Julio, que era de todos el más impaciente.

—Segun nos ha dicho el criado, seguirán esa calle arriba para buscar el portillo, ¿no es eso?

—Indudablemente, replicaron á la vez los dos hermanos.

—Pues bien, oigan ustedes mi plan.

Agustin debe marchar ahora mismo á avisar al de nuestro coche, que venga á situarse en la esquina de la calle de los Dos Amigos.

Con el objeto de que no se aperciban de ello, encargará que suba por la de los Reyes y baje por la de San Bernardino.

Nosotros estaremos allí mismo para sorprender á esos mi-

serables, al enfilar por delante de la citada calle de los Dos Amigos.

¿Qué les parece á ustedes?

—Muy bien, exclamó Julio.

—Ya lo oyes, Agustin, dijo á su vez Fernando; marcha en una carrera y ven á incorporarte con nosotros.

Este lo hizo así sin detenerse un punto, y los otros tres deslizáronse como sombras por delante de la casa del marqués, yendo á tomar posesion de su nuevo punto de espera.

Un cuarto de hora escaso llevarian de estancia en él, cuando el esposo de Matilde sintió el ruido de las pisadas de las mulas al ponerse en marcha.

Un instante despues, el coche de viaje enderezó hácia el lugar en que se hallaban.

A una seña de Gabriel, Fernando de Alvareda y los otros se trasladaron á la acera de enfrente de la calle de Leganitos, ocultándose cuanto les fué posible en el hueco de una puerta.

El coche, pues, iba á ser acometido por sus dos flancos.

Por fortuna de Gabriel y de sus amigos, su paso era todavía lento.

Unos y otros no vieron que le acompañase nadie.

Hasta la puerta de la casa del marqués se cerró á su salida herméticamente.

Llegó el momento.

Al afrontar con la calleja de los Dos Amigos, Agustin y Gabriel se abalanzaron al pescante, haciendo salir en volandas al que le ocupaba.

Agustin, que era fuerte y vigoroso, le echó á tierra, y amenazándole con su cuchillo, le hizo permanecer inmóvil.

Gabriel detenia las mulas por el morrillo.

Todo esto habia acontecido en ménos tiempo del que tardamos en referirlo.

A la vez los hermanos Alvareda penetraban en el coche por ambas portezuelas, pistola en mano.

Pedro, el ayuda de cámara del marqués, que iba sentado al vidrio, quiso resistir.

Era valiente hasta la temeridad.

En el momento de verse sorprendido, tomó rápido una de las dos pistolas que tenia en el asiento junto á sí, y apuntó á Julio.

La piedra no dió lumbre.

Exhaló un aullido de rabia, y en el momento en que se abalanzaba á coger la otra, cayó sobre el asiento lanzando una especie de quejido estertóreo.

La culata de una de las pistolas de Fernando cayó sobre su cabeza como una catapulta.

Hasta entónces se puede decir que ninguno de los dos hermanos habia podido atender á otra cosa que á inutilizar al enemigo que se les oponia.

Julio, como era natural, fué el primero que se dirigió á la jóven prisionera para ayudarla á salir.

Un grito escapado del alma brotó de sus labios.

El cuerpo de la jóven se hallaba inmóvil, sus manos heladas como el mármol.

Cargó con su cuerpo, y salió del coche exclamando con delirante acento:

—Gabriel, hermano mio, está muerta.

El esposo de Matilde corrió hácia él y puso una mano sobre el corazon de Julia.

— Nó, Alvareda, gritó; vive, y respondo de ello.

Todo esto se explica perfectamente, continuó.

Esos infames comprendieron que un narcótico haria ineficaces los esfuerzos de desesperacion de esta pobre niña, y no han vacilado en aplicarlo.

Créalo usted, querido amigo, no hay nada que temer.

Trasladémosla al coche, y á casa.

Convencido Alvareda por las palabras de Gabriel, serenóse no poco, y ayudado por este depositó dulcemente en el testero del carruaje tan preciosa carga.

Julio y Gabriel se sentaron enfrente, y Fernando ocupó el sitio del cochero.

Este y el valiente provinciano recibieron órden del esposo de Matilde para soltar al preso y hacerle que marchara con su carruaje hácia la cochera.

El marqués de Lézaro, de seguro no se figuraria en aquella hora que iba á resultar cierta la farsa que preparaba á su inocente esposa.

CAPITULO V.

Explicaciones.

Antes de relatar la série de acontecimientos que vinieron á reunir con Gabriel á los hermanos Alvareda, justo es que refiramos cómo la hija de don Patricio Olmedo vino á caer en manos del marqués de Lézaro.

Recordará el lector que en el primer libro de nuestra obra, cuando Agustin el torrero volvió en busca de Julia y de su amante, en vez de hallarlos, encontró señales ciertas de que debian haber caido en poder de quien los perseguia.

Expliquemos, pues, cómo aconteció esto.

El de Lézaro, avisado por Malasangre, acababa de incorporarse con su gente.

Se enteró de todo, y juntos marcharon hácia la torre.

La satisfaccion del marqués no podia ser mayor.

Iba á triunfar.

Estimulado con esta idea, marchaba delante con cuanta velocidad le era posible.

Una vez que hubieron llegado á la puerta de la torre, hizo detener la gente y penetró en ella seguido tan solo de Malasangre y su ayuda de cámara.

El marqués, ya lo hemos dicho, era valiente.

Fué el primero que penetró en la sala principal.

El nido se hallaba vacío.

En la chimenea se consumian los últimos restos de un gran leño, y el enorme candil que alumbraba aquella habitacion iba ya mermando el alimento á la llama que en él ardia.

Un registro en la torre era cuestion de muy poco tiempo; así que, instantes despues de haber entrado en ella el marqués, la abandonaba desesperado é iracundo.

Su empresa iba saliendo muy mal.

La oscuridad de la noche en aquellos lugares iba á ser un gran elemento para que, merced á ella, huyeran con felicidad los que perseguia.

Apénas el marqués salió de la torre, se detuvo un momento como irresoluto.

No sabia qué partido tomar.

Miéntras se entregaba á esta reflexion, hirió su oido un murmullo de voces.

—Es mi gente, murmuró, y serán capaces de ahuyentar la caza en dos leguas á la redonda, si es que aun puedo tener alguna esperanza.

Diciendo así, marchó decidido á su encuentro.

Pedro y Malasangre le seguian en silencio como dos sombras.

Apénas se habian puesto en movimiento, cuando del corro en que se hallaba la gente, á algunos treinta pasos

de la torre, salia una carcajada general y atronadora. Despues, la voz de uno de los soldados se hizo oir.

El marqués se detuvo.

Aquel se expresó así:

—Vaya, lo que es vosotros sois muy valientes porque estais juntos.

Ya apuesto yo cualquier cosa á que si á cada uno de vosotros le hubiese sucedido lo que á mí, puede que no os hubiera dado gana de reir.

—Dice bien, exclamó uno de ellos; dejad á Juanon que nos cuente lo que le ha pasado.

Todos callaron.

El aludido con tan poético nombre, que era un mozo de cerca de seis piés, continuó así:

—Pues señor, hablaré.

Como dispuso nuestro amo que se rodeara la torre, hicimos círculo dejándola en medio.

A mí me tocó á espaldas de ella.

Dicen que cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas; y yo, aunque no pertenezca á semejante clase, tengo la desgracia de no poderme estar parado tres minutos en ninguna parte.

Sin saber lo que me hacía, y casi á tientas, comencé á dar vueltas por una y otra parte.

Por allí detrás hay una especie de cuestecilla, y sin sasaber lo que me hacía, descendí por ella.

Apénas lo verifiqué, cuando un inperceptible murmullo de voces llegó á mi oido.

Compañeros, aunque comprendí de sobra desde el primer instante que si aquello procedia de personas humanas

no podia ser ninguno de vosotros, puedo confesar que no sentí miedo alguno.

Tanto fué así, que seguí adelante.

Mas á los pocos pasos que hube dado, sentí como gemidos, que al parecer venian del mar, y ya muy próximos á donde yo me hallaba.

Esta vez, lo confieso, no pude contenerme.

Aquello no podia ser natural.

La oscuridad era completa, y tuve miedo.

Pero lo que más va á admiraros es que, segun yo volvia piés atrás, aquellos se aumentaban como si se acercasen.

Gané la cuesta como un gamo, y por eso sin duda me habeis visto llegar un tanto descompuesto.

Ahora, el que de vosotros sea valiente, que haga la prueba.

Que se venga conmigo, y yo le pondré en el sitio desde donde deba marchar solo.

El marqués de Lézaro, que lo habia oido todo, no quiso esperar más.

En el momento se le ocurrió si tal vez aquel hombre habia encontrado sin querer el escondite elegido por los que perseguia.

Con esta idea en la mente, penetró hasta el centro del corro formado por aquellos hombres.

Al verle, todos enmudecieron.

—Vamos á ver, exclamó, ¿quién de vosotros es el que acaba de hablar?

¿Quién es el que oyó ese ruido extraño?

—Yo, señor, exclamó el llamado Juanon adelantando respetuoso.

—Y bien, ¿es cierto lo que acabas de decir?

—Sí que lo es.

—Corriente; ahora mismo vamos á marchar todos á ese sitio.

Tú serás nuestro guia.

Pedro, exclamó volviéndose hácia su criado, en marcha.

El marqués hizo una seña imperiosa á Juanon, y toda la tropa se puso en movimiento.

Costearon la torre, y así que hubieron llegado á la cuesta, el marqués recomendó el silencio, y todos se deslizaron por ella como sombras.

Sus pesquisas fueron inútiles.

Ni encontraron cosa alguna, ni el más ligero ruido pudo hacerles sospechar la verdad de lo relatado por aquel hombre.

El marqués, vivamente contrariado, comenzaba á fruncir su entrecejo.

Pedro, su ayuda de cámara, que conocia evidentemente el carácter de aquel, no hubiera dado dos cuartos por la vida de Juanon.

De pronto, un acontecimiento inesperado cambió la situacion de las cosas.

A uno de los de la gente se le escapó un tiro.

La sorpresa fué general, pero ninguno se movió.

El de Lézaro, que se hallaba al pié de la cuesta y de unas rocas que se alzaban casi á la altura de un hombre, sintió desde allí y como si viniera del otro lado, un ligero grito.

Hizo seña á Pedro y á Malasangre para que permaneciesen inmóviles, y hasta conteniendo el aliento se puso á escuchar de nuevo.

A los pocos instantes pudo advertir que del otro lado de las rocas llegaba hasta él, claro y distinto, el murmullo de dos voces.

Acercóse más y hasta escuchó algunas palabras.

Se trataba del tiro, y el marqués pudo notar que una de las voces se esforzaba en no dar importancia al suceso.

La idea de que eran los que buscaba, fué para él indudable.

—¡Pedro! exclamó en voz baja retirándose dos ó tres pasos de la roca.

—¡Señor!

—Ahí están los que buscamos.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y qué hacemos?

—Escucha.

Acabo de observar que el sitio en que se ocultan debe ser muy reducido.

Casi el hoyo de una roca, que les rodea completamente.

Estoy seguro que se encuentran como en una ratonera.

—Tal me ha parecido á mí, señor.

Y que para cogerlos no hay que cavilar mucho.

—Pues bien, oye; con el mayor misterio, llama á ocho ó diez de esos y que todos á un tiempo salten sobre el sitio en que se hallan mis perseguidos por las distintas quebradas de la roca.

¿Te has enterado?

—Perfectamente, señor.

—Pues anda.

Pedro no se hizo repetir la órden.

Pasado un instante, volvia junto al marqués con la gente que acababa de escoger.

—Vamos á ver, muchachos, vais á rodear esta roca y á saltar á su fondo á un tiempo.

Dentro hay dos ó tres personas; ¿supongo por tanto que no tendreis mucho miedo?

—Y que no serán más de las que usted dice, señor, se atrevió á decir uno de los hombres.

—¿Qué, conoces tú esto?

—Como mi casa.

—De manera que el salto que teneis que dar no será muy peligroso.

—De seguro no llega á dos varas.

—Pues ea, ánimo y adentro.

¡Ah! una cosa os prevengo.

Aquellos, que iban ya á echar á andar, se detuvieron.

El marqués continuó:

—No habeis de disparar un tiro ni hacer á nadie el menor daño.

Cuidado con olvidar esto, continuó con voz amenazadora.

Ahora en marcha.

La gente del marqués rodeó la roca á paso de lobo.

Aquel por su parte acercóse tambien.

Un grito terrible y desgarrador se oyó de allí á poco, á la vez que la detonacion de un arma de fuego.

Las órdenes del de Lézaro se habian cumplido al pié de la letra.

Allí estaban Alvareda y Julia.

Junto á ellos, alrededor suyo, descendieron siete hombres en un momento dado.

Alvareda no tembló.

Colocóse de un salto delante de su amada, y tendió de un pistoletazo al que se hallaba más cerca.

Entónces mismo, el de Lézaro descendió tambien al lugar de aquella escena.

Cuando se acercó al grupo formado por los dos amantes, ya Alvareda se hallaba desarmado y sujeto.

—Pedro, exclamó el marqués, encárgate de que esta señorita salga de este sitio.

Vosotros, continuó volviéndose hácia los demás, empujad hasta el mar el cadáver de este pobre hombre.

Todas estas órdenes se ejecutaron con la mayor celeridad.

La hija de don Patricio Olmedo acababa de perder el sentido.

El dolor más agudo, del mismo modo que la ira desapoderada, suelen producir los mismos efectos.

De seguro que en su hermana Amparo, aquella niña inocente y delicada, á encontrarse en su caso, habrian faltado fuerzas á su alma de ángel, y el desmayo hubiera sido consiguiente.

En Julia se efectuó, sí, pero ya lo hemos dicho, en virtud del efecto contrario.

Su orgullo herido, al considerar el triunfo del marqués, los primeros efectos de un odio fortísimo y perdurable produjeron una revolucion tal en su organismo, á la que no pudo hacerse superior.

Un grito de desesperada impotencia fué la única protesta, el único golpe que pudo brotar de sus labios contra el marqués de Lézaro.

Este, por el pronto, se alegró de aquella circunstancia con que no contaba.

En aquellos momentos, en tan negra noche, hubiérale coartado mucho tener que acallar las duras reconvenciones que aquella habria sabido usar.

Alvareda sufrió en aquellos instantes todos los tormentos del infierno.

El de Lézaro era valiente, pero de seguro, á no haberlo impedido las densas tinieblas que les envolvian, hubiera temblado al ver de cerca la expresion terrible que se pintaba en el semblante de su rival.

Apénas salieron de entre las rocas, el marqués se acercó al sitio en que habian arrastrado á Alvareda, y con una sonrisa de venenoso sarcasmo prorumpió así:

—Caballero, tengo que presentar á usted mis disculpas por el singular modo que tenemos de hacer conocimiento.

Alvareda levantó su hermosa cabeza, y durante algunos momentos se quedó mirando á su rival.

Habíanle atado los brazos, y tras él como conductores se hallaban Malasangre y otros dos ó tres.

A pesar del inmenso dominio que el marqués tenia sobre sí, no encontró fuerzas en su ironía para romper el silencio.

El amante de Julia, por fin, con voz breve y ronca exclamó:

—Antes de contestar á esas palabras, tengo que decirle otra cosa.

Si no es usted tan cobarde como infame, y se tiene por caballero, no debe consentir por vergüenza propia que un hombre de honor, de quien ha podido usted triunfar solamente con las armas de la alevosía, permanezca frente á

usted sujeto como un perro y por lo tanto imposibilitado para defenderse.

—¡Báh! eso es música, amigo mio; yo he triunfado sin condiciones, así como usted, mal que le pese, ha de aceptar la derrota con todas sus consecuencias.

Además, adivino perfectamente cuanto usted puede decirme.

—¡Oh! exclamó frenético Alvareda haciendo un terrible esfuerzo, aunque inútil, para desasirse de las ligaduras que le sujetaban.

—Vamos, calma, señor mio, calma.

Observe usted que todos esos extremos cederán tan solo en su perjuicio; qué diablo, estos son los azares de la guerra.

Luego hay otra cosa; si continúa usted de esa manera, no podré yo darle cuenta de cuál es el móvil que me ha guiado y cuáles son mis pensamientos.

En el jóven Alvareda se verificó entónces mismo una transicion violenta.

A su anterior cólera sucedió una inmovilidad completa.

Miraba al marqués con ojos desencajados, con tan terrible y sombría expresion, que este creyó por un momento que aquellas dos pupilas habíanse tornado en dos áscuas de fuego.

Tal vez, cediendo entónces á una crueldad verdaderamente satánica, aprovechó aquella especie de aplanamiento de su rival para continuar así:

—Oiga usted, que termino en dos palabras.

Yo hice el amor á esa altiva niña, que ya va marchando hácia mi casa entre buenos servidores, y fuí despreciado de una manera terrible.

Y qué diablo, en esto póngase usted en mi lugar y hágame justicia.

Si me hubiera despreciado en otros términos, sin ajar mi amor propio, tengo la seguridad de que habria desistido de todo propósito, tanto más, cuanto que no obraba bajo el influjo de una pasion.

No fué así, y decidí vengarme.

Esto por lo que respecta al pasado.

Hoy que he vencido, me propongo simplemente lo que va usted á oir, y que no creerá por cierto muy difícil de ejecutarse.

La hermosísima y altiva Julia de Olmedo será desde mañana mi manceba.

Una especie de aullido seco, estridente y desgarrador, siguió á estas palabras.

El jóven capitan mercante le acompañó de otro increible esfuerzo para desasirse de la cuerda que le sujetaba, hasta el punto de hincharse de una manera horrible las venas de su cuerpo.

El marqués retrocedió un paso instintivamente.

—¡Miserable! tronó por fin Alvareda devorando al marqués con su mirada; ¡cobarde, verdugo, si no tienes valor para luchar conmigo cuerpo á cuerpo, acaba con mi existencia de una vez, mátame sin compasion!

El de Lézaro palideció de cólera al oir semejantes dicterios; sin embargo, como su situacion era la ventajosa, pudo contenerse y exclamó con despreciativo acento:

—Vaya, no sería yo mal tonto con dar armas al enemigo á quien vencí.

Yo no lucho cuando no hay necesidad de ello.

Es más, esto vendria á destruir mis planes con muy poca gracia por cierto.

—¡Conque nó, cobarde! gritó de nuevo el amante de Julia.

—De ninguna manera.

—Pues bien, alla va el único insulto que yo puedo hacerte ahora; él te hará ver que impotente y todo como me encuentro, te desprecio.

Así diciendo, delirante y ébrio escupió al marqués en el rostro.

Esta vez se cambiaron los papeles.

El de Lézaro, como tigre herido y sediento de sangre, echó mano al cinto en que pendian sus pistolas y con la rapidez del rayo descerrajó un tiro casi á quemaropa sobre el pecho del infeliz Alvareda, gritando con ronco acento:

—¡Miserable! ¡muere como un perro!!!

Ni una palabra, ni un ay brotó de los labios del capitan.

Tan solo un estremecimiento galvánico agitó su cuerpo, y doblando la cabeza sobre el pecho, se dejó caer en los brazos de Malasangre, que instintivamente los alargó hácia él impidiendo su caida.

Una agitacion nerviosa habíase apoderado del marqués de Lézaro. El insulto aun le hacia estremecer.

—Vamos, exclamó con voz vibrante, seguidme todos.

Tú, añadió dirigiéndose á Malasangre, suelta á ese mentecato y guia hácia donde marcharon los demás.

Hízose todo como él deseaba.

El cuerpo de Alvareda quedó entre las rocas.

El marqués y su gente tomaron á buen paso hácia Bermeo.

CAPITULO VI.

Continuacion del anterior.

Ya habrá visto el lector en nuestro primer libro que las pesquisas de Agustin habian sido de todo punto inútiles.

Veamos ahora á qué se debió la salvacion de Julio de Alvareda.

Cuando don Patricio Olmedo se hallaba entregado á lo más fuerte de su dolor por la reciente desaparicion de su hija, vimos tambien que un paisano de la villa de Plencia acudió oficiosamente á noticiarle que la habia visto marchar juntamente con el que la acompañaba.

Pues bien, apénas este, entre confuso y admirado por el recibimiento que habia tenido, se dirigió á su casa desde la del coronel carlista, al pasar por delante de la posada de la villa vió á la puerta dos ó tres amigos, y se detuvo con ellos á echar un párrafo.

—¿De dónde vienes? exclamó uno de estos.

—De hacer una cosa de la que estoy casi arrepentido.

—¡Hombre! exclamó otro, ¿pues qué ha sido ello?

—¡Pchs! poca cosa.

—Entónces....

—Ir á casa de un padre á quien le falta una hija.

—¿Se ha muerto?

—Nó, se ha marchado con el novio.

—¡Hola! exclamó el primero que le habia interrogado; ¿y á qué fuiste tú, Martin?

—¡Tóma! á decirle, señor, usted está desesperado por lo de su hija, ¿no es cierto?

Díjome que sí y que ignoraba, no solo el lugar á que se habian dirigido, sino quién pudiera ser el hombre que la impulsó á ello y hasta el dia en que se marcharon.

Yo pude enterarle de todo absolutamente.

¡Tóma! como que por casualidad los vi yo cuando iban á ponerse en camino.

—¿De verdad? dijo uno de los compañeros.

—Anda, como lo estais oyendo.

Y no quedó en esto. Me llamaron y hablamos largo y detenido.

—Vamos á ver, ¿y quiénes eran?

—Ay, eso no se dice.

El pecado, anda con Dios, pero el nombre del pecador debe ocultarse.

—¿Por qué?

—¡Me gusta la salida! ¿Conque no lo comprendes?

—Te confieso, Martin, que no alcanzo....

—Pues hijo, lo siento, otro peso irá más corrido.

—¿Pero qué es eso, te vas? volvió á añadir el que de nuevo hablara, y que parecia ser más curioso que mujer desocupada.

—Ya lo ves.

—Vamos, Martin, que nos tienes que decir....

—Ya dije que nó, y no me molesteis más.

—Qué molestia ni qué ocho cuartos. Dinos quiénes son y déjate de cuentos.

—Pero....

—No hay pero que valga. Mira, más callado estará entre todos!

—¡Eso es!

—Pero tonto, ¿no conoces que adelantarás así muy poco, ó mejor dicho nada?

—¿Por qué?

—Porque es casi seguro que no acabará el dia sin que lo sepamos por otra parte. Esto no creo que lo pondrás en duda.

—¡Hombre!...

—No hay que darle vueltas. Habrás quedado mal con nosotros sin haberlo podido impedir.

—Lo que es en eso no dejas de tener razon, replicó Martin con cierto aire de conviccion.

—¡Ya lo creo!

—Conque no seas melindroso y cuenta, que somos un puro oido entre todos.

Martin tuvo que ceder á razones de tanto peso y contundencia.

Si han de saberlo por otros, yo al ménos estoy muy enterado, se dijo para sí; ¿conque qué hemos de hacerle?

—Pues señor, continuó en voz alta, ¿quereis saber quién es ella?

—Sí, sí, exclamaron todos á una voz.

—Pues bien, ¿conoceis á esa linda pareja á quien llamamos en el pueblo los dos ángeles?

—¿Esas dos hermanas, hijas de don Patricio Olmedo? exclamó uno de ellos.

—Eso es.

—Pues quien sea el favorecido no es hombre de mal gusto. ¿Y cuál es de las dos?

—La mayor, la señorita Julia.

—Lo que es eso me hubiera yo atrevido á jurarlo desde luego.

—La más pequeña es verdaderamente un ángel.

—Pues señor, ya sabemos la mitad, volvió á añadir el encargado de interpretar la curiosidad de los amigos; ahora no falta más sino que sepamos quién es él. Conque amigo Martin, completa tu obra.

—Pues señor, prorumpió el aludido, el novio es....

Un incidente imprevisto le detuvo al llegar aquí.

Una mano abierta se dejó caer sobre su hombro derecho haciéndole dar un respingo más que mediano.

Volvióse sobresaltado, y vió ante sí un hombre de regular estatura, de formas atléticas y de semblante curtido, que le miraba con fiera seriedad.

Vestía un chaqueton corto y ceñido, un pantalon azul tan ancho de abajo como de arriba y un sombrero de hule.

Aquel hombre era un marinero.

Su rostro, aunque un tanto vulgar, era fuertemente simpático, y en él veíanse amalgamadas la bondad y la energía.

Durante la relacion de Martin, estaba desocupando una botella de vino en una mesa colocada junto á la puerta en que se hallaban aquellos hombres.

Habia escuchado la conversacion que medió entre ellos, y cuando oyó que Martin se disponia á terminar su relato, levantóse con lentitud y acudió á impedirlo.

El narrador se detuvo, y ántes de que pudiera expresar la sorpresa que acababa de sentir, el marinero se apresuró á exclamar:

—Señor Martin, haga usted el favor de echar ancla, ó lo que es lo mismo, haga usted punto en su historia.

—¿Cómo? exclamó el así aludido, con no poca admiracion.

—Porque va usted siguiendo una derrota donde abundan los peligros y le falta á usted práctico.

—No entiendo á usted.

—¡Diablo! es verdad, murmuró para sí el marinero; mi maldita costumbre de....

En fin, añadió en voz alta, que no puede usted seguir adelante en su plática sin que ántes nos entendamos los dos.

—Señor mio, exclamó entónces el que desde el principio habia sabido excitar la charla de Martin, me parece que no tiene usted gran derecho para interrumpir de ese modo la amistosa conversacion que como buenos amigos teníamos.

—Vaya, vaya, pues eso no tiene nada de particular; ustedes sin duda alguna quedarán mucho tiempo al abrigo de este puerto, y yo tengo que hacerme á la vela cuanto ántes.

Conque usted, señor Martin, haga el favor de despedirse de estos señores y venir aquí dentro á mi camarote, donde todavía quedan por despachar unos cuantos tragos de vino.

Habia en el acento del marinero tan entera fiereza, que ni Martin ni sus amigos se atrevieron á insistir.

El primero exclamó así:

—Estoy para servirle, señor mio.

—Pues andando; señores, que haya salud.

Y sin aguardar respuesta, se dirigió á la mesa que ántes ocupaba y tomó asiento.

El paisano Martin hizo lo mismo al otro extremo.

Los que se hallaban á la puerta permanecieron en silencio un breve momento, y por fin, con estudiada lentitud se retiraron.

El marinero entónces dió una voz llamando al posadero, y este se presentó en seguida junto á la mesa exclamando:

—¿Llamaba usted, amigo Santiago?

—Sí, venga una botella de lo bueno.

—En seguida.

Así que les hubieron despachado, Santiago el marinero llenó el vaso de Martin, y exclamó:

—Vamos á ver, buen amigo, platiquemos.

Yo necesito saber todo lo que ha habido en ese negocio.

Cuando yo me fuí al abordaje, iba usted á revelar el nombre del corsario que se apoderó de esa linda corbeta.

Es preciso que continuemos aquí á solas esa conversacion.

El señor Martin se sonrió de la manera que tenia de expresarse Santiago el marinero.

Sin embargo, se apresuró á añadir:

—No tengo inconveniente, porque me figuro que no lo hará llevado de un capricho ó de una curiosidad.

—Y tanto, que me parece voy á probarle que soy algo adivino.

—¿Puede?

—Vaya usted oyendo.

¿Se llama Alvareda el novio de esa niña?

—Sí, señor, exclamó Martin sin poder ocultar su admiracion.

—¿Un capitan mercante?

—El mismo; ¿es usted amigo suyo?

—Sí, señor; es decir, nó, señor.

—¡Hombre!...

—Me explicaré. Digo que somos amigos, porque él parece que me aprecia algo, y yo tengo la seguridad de que le quiero con toda mi alma.

Y no lo somos, entendiéndose el negocio de cierta manera, porque él es capitan y yo soy un pobre diablo.

—Pues sepa usted que tambien aquí le queremos todos mucho.

Es hijo de esta villa, y no hay quien ignore lo que vale.

Es todo un hombre.

—Dígamelo usted á mí.

—Pues bien, ahora se conoce que se ha metido en un mal negocio, segun creo.

—¡Cómo!

—Sí, señor; el padre de esa jóven es un hombre atroz.

—¡Báh! lo que es por eso no hay cuidado, señor Martin; por velero que sea y bien armado, que no se ponga á tiro, porque le echa á pique sin remedio.

—Sí; pero ya ve usted, lo que ha hecho es siempre muy comprometido.

—Déjele usted andar, que en cuanto á eso entiende la brújula á las mil maravillas.

Por supuesto que eso no quita para que yo esté disgustado.

Lo mismo es que desembarcamos, me mareo.

Si quisiera Dios que el poco mundo que queda sin haberse convertido en agua acabara de irse á fondo, me parece que no habria tanta picardía.

Ya se ve, como en tierra no hay que gobernar nada, no se piensa mas que perder el tiempo en pendencias.

En fin, no se pueden arreglar las cosas como uno desea.

Pero vengamos á lo que importa.

Señor Martin, me parece usted un hombre de bien, y no temo acercarme á sus aguas.

Cuando anteayer se separó de mí el capitan, que le conozco tan bien como al aparejo de nuestro barco, comprendí que le preocupaba algo.

No obstante, como no me dijo nada me aguanté, aunque firmemente decidido, como lo he hecho, á permanecer sobre aviso.

Ayer me decidí, y vine en su busca.

El está solo, y como es valiente, sostendrá el honor de su bandera; pero ese padre desnaturalizado puede que piense hacer una barbaridad.

—No sería extraño.

—¿Usted lo cree así?

—Desde luego.

—Si yo supiera qué rumbo ha tomado.... exclamó el marinero Santiago echando atrás su sombrerillo de hule.

—¿Quiere usted decir que hácia dónde camina?

—Eso mismo.

—Pues yo lo sé.

—¿De veras, señor Martin?

—¡Tóma! ¿no me oyó usted decir ántes que hablé con los dos cuando se disponian á marchar?

—Sí que me acuerdo, y usted no me irá á negar....

—No faltaba más, tratándose de quien se trata, porque al fin es paisano, y de los buenos.

Sepa usted que se dirigieron á Bermeo.

—¿Y eso es cierto?

—¡Tóma! como que nos hemos de morir.

—¿A usted le gusta que haya sido hácia ahí?

—Pues es claro; figúrese usted si me alegraré, cuando yo soy hijo de ese pueblo.

—Por supuesto que me ocurre una cosa.

—¿Y es?

—Que ellos salieron anteayer por la noche, y sabe Dios si estarán en Bermeo todavía, ó solo hicieron allí entrada por salida.

—No le falta á usted razon, amigo mio, exclamó Santiago un tanto preocupado.

Asuntos hay, y este es uno de ellos, en que es menester llevar los ojos muy abiertos.

—A mí, lo estoy viendo, lo ménos me falta un escoben.

—¿Un qué?

—Que tengo que hacerme la cuenta de que camino con un solo ojo.

—Hombre, lo que es los tuertos no dejan de andar.

—Eso sí, pero ántes de volverse á mirar, con el ojo bueno, por el lado defectuoso, se pueden hallar un trapo sin dinero.

Pero hablando de lo que importa, se me ocurre una cosa.

—¿Y es?

—¿Tiene usted mucho que hacer?

—Hombre, lo que es por hoy, nó.

—Pues nada, si le conviene á usted, la racion y el pré correrán de mi cuenta.

Estoy seguro que mi amo corre un temporal deshecho, y es menester que yo siga sus aguas como Dios me dé á entender.

Usted, que es práctico en estos sitios, de los que yo hace lo ménos diez años que he salido, podrá llevar el timon, y llegaremos cuanto ántes con ménos peligro de embarrancar.

—Señor Santiago, yo no tengo inconveniente.

—¡Oh! pues entónces....

—Un momento; tengo que pedir á usted un favor.

—Venga.

—Acepto lo que usted me propone, pero con una condicion.

—¿Con cuál?

—Que no ha de mezclar usted en lo que hablemos esas palabras con que me quedo en ayunas completamente.

—Pero hombre, ¿y yo qué culpa tengo que no entienda usted una palabra de maniobra?

—¿Y usted la sabía de seis años, señor Santiago?

—Espere usted: nó, todavía nó.

—Pues haga usted cuenta que yo no he cumplido todavía esa edad.

Santiago se rascó la cabeza, y miró en silencio al señor Martin como diciendo, me has convencido.

En seguida añadió:

—¿Pero dice usted eso de veras?

—A ver....

—Mire usted, yo procuraré estar sobre aviso, pero no respondo de poder caminar contra el viento; estoy tan acostumbrado, que.... en fin, se hará lo que se pueda.

—Nada, nada, como usted se modere un poquito, aunque alguna vez se le escape, no importa.

—¿Es decir, que al fin no me dejará usted mal?

—De ningun modo.

—Pues entónces, ¿cuándo podremos echar á andar?

—Hombre, no tengo más que acercarme á casa, decir á mi Marcela no me espereis, y ya estamos andando.

—¿Para eso tiene usted bastante con una hora?

—Ya lo creo, y me sobra.

—Pues entónces, aquí nos reuniremos pasado ese tiempo.

—¿Qué, usted tiene que hacer algo ántes?

—Nó; para que me dé un poco el aire, daré por ahí unas cuantas bordadas.

—Adios, ya empezamos.

—¡Diablo! tiene usted razon; quise decir que me iré por ahí á dar una vuelta.

—Bueno, bueno, pues hasta luego.

—Vaya usted con Dios.

El señor Martin salió de la posada.

El marinero de Alvareda quedó solo.

No hemos dicho que un momento ántes de la conversacion que tuvo lugar entre estos dos, un hombre alto y moreno, bien envuelto en una capita de paño oscuro y con su boina provinciana, pasó junto á ellos, yendo á colocarse á una mesa próxima á la que habian estos ocupado.

Tanto Martin como el marinero, distraidos con su plática, ni aun siquiera habian reparado en él.

Pero este no procedió del mismo modo.

Sin probar apénas el vino que se hizo servir, no quitaba ojo á sus vecinos ni perdia una sola palabra.

Apénas el señor Martin se hubo alejado, Santiago llamó al patron y pagó el gasto hecho.

Despues, con la tranquilidad y sosiego de un fumador consumado, cargó una pipa con tabaco negro, y luego que le hizo arder se levantó, dirigiéndose lentamente hácia la salida.

Entónces, el que habia ocupado la mesa próxima exclamó así con afectuosa entonacion:

—¡Buen amigo!

Santiago el marinero, al oir estas palabras, giró sobre sus talones, y por toda respuesta clavó sus ojos en el desconocido.

Este continuó así:

—¿Tendria usted inconveniente en acercarse aquí un momento?

—Nó, señor, ninguno.

Y diciendo esto, sin andarse en cumplimientos, agarró un taburete, y al sentarse frente al desconocido, replicó:

—¿En qué puedo servir á usted?

—Muchas gracias; no me he tomado la libertad de detenerle para mi provecho.

—Hubiera usted sido muy dueño.

Pero en fin, es igual, dijo este con su ruda franqueza; escucho lo que tenga que decirme.

—Voy á hacerlo en el momento, y empezaré por decirle que hay cosas verdaderamente providenciales, y una de ellas es que haya hecho la casualidad que yo oyese casi

entera la conversacion que acaba usted de tener con ese hombre.

--¡Ah! ¿usted ha oido....

—Absolutamente cuanto han hablado.

Santiago hizo un gesto, que desde luego dió á entender que la noticia no le habia hecho mucha gracia.

Su interlocutor debió entenderlo, porque se apresuró á añadir:

—Por su puesto que casi está de más que yo diga á usted que en mis palabras me refiero á algo más que á una simple curiosidad satisfecha.

—¡Yá!

—Creo que voy á hacer á usted un favor, que ni aun debe ser agradecido, porque cualquiera en mi lugar obraria como yo.

Santiago no replicó.

No hacia mas que mirar á aquel hombre con una insistencia no muy conveniente que digamos.

Y es que aquel honrado marinero, aunque más generoso y valiente que astuto y solapado, comenzó á recelar del desconocido desde el primer momento, aunque sin saberse dar cuenta del por qué.

Decidió estar en guardia, y aun más todavia, acogotarle si era preciso.

No muy fuerte en cuestiones de disimulo, no era capaz á impedir que sus sentimientos dejaran de reflejarse en el rostro.

Su interlocutor comprendió desde luego lo que pasaba en el alma de Santiago, y se apresuró á exclamar, siempre con exquisita amabilidad:

—¿Usted conoce al hombre con quien ha hablado?

—Hoy le he visto por primera vez.

—Pues bien, no es un mal hombre, pero á veces la miseria nos suele llevar muy léjos, y él se encuentra en camino de cometer una infamia.

—¡Hombre! exclamó Santiago con cierto recelo.

—Como usted lo oye.

—Continúe usted.

—Usted recordará que anteanoche hubo una tempestad de mil diablos.

—Vaya si me acuerdo.

—Pues bien, casi al amanecer y cuando ya habia cesado, abandoné la torre del faro de Machichaco, á cuyo cuidado se halla un hermano mio, y me dirigí á Bermeo.

Iba yo andando muy distraido, cuando un ruido especial me detuvo.

Seguia marchando algo más dueño de mí, pasado el primer momento de vacilacion, cuando al llegar á la altura de un collado, á la incierta luz del alba, ví dos hombres que se acometian con furor espada en mano.

No me atreví á moverme, y pude presenciar el resultado de la lucha.

El vigor de ambos era grande, y su ligereza increible.

Enroscábanse las espadas, una en otra, como dos lenguas de fuego.

De pronto, uno de ellos lanzó un ¡ay!

Soltó la espada, vaciló un momento, y por fin cayó al suelo permaneciendo inmóvil.

Su victorioso enemigo, sin aguardar á más, dirigióse hácia la izquierda como unos cuarenta pasos.

Habia allí dos caballos, que sin duda les condujeron ántes á aquel sitio.

Montó en uno de ellos, y desapareció con cuanta celeridad le era posible en aquellas escabrosidades.

Entónces yo, francamente, creí un cargo de conciencia no prestar algun socorro al caido, y descendí en su busca.

Le incorporé, vendé su herida como me fué posible, y pude oir de su boca que era el marqués de Lézaro.

Con mil trabajos pude colocarle sobre el otro caballo, y le conduje á Bermeo, distante de aquel sitio poco más de un tiro de bala.

Aunque yo tenia que hacer fuera de allí, decidí no marchar hasta el anochecer.

Por desgracia, no hubo para qué dilatase tanto mis quehaceres.

A las dos de la tarde habia muerto el herido marqués.

No habiendo ya motivo alguno que me detuviese en aquel pueblo, pude alejarme, teniendo la suerte de no verme envuelto, gracias á mi ligereza, en el procedimiento judicial que comenzó á entablarse sobre el caso.

Para el asunto de vender una caballería he estado hoy sin salir de aquí; y aunque no soy de este pueblo, sino de uno que está tres leguas más á la izquierda, conozco á casi todos sus vecinos, y sin querer ha llegado á mi noticia lo que intenta ese señor Martin.

Santiago, ya lo hemos dicho, aunque oia el relato de aquel hombre con cierta curiosidad, no dejaba sin embargo el recelo que desde el principio habia manifestado.

Su desconocido continuó de esta manera:

—Como hace poco ha visto usted, en seguida se ha sabido

en el pueblo que la hija del señor Olmedo se ha marchado con el capitan Alvareda.

Lo que no saben todos es el trágico fin del marqués de Lézaro.

Encontró la muerte por salir á la defensa de Olmedo.

Este, aunque viejo ya, es un militar tan duro como terrible, y se ha propuesto, lo sé bien, no descansar un punto hasta vengarse del que dice le ha deshonrado.

Su primera determinacion fué llamar, hace muy poco tiempo, á Martin, antiguo colono suyo, y suponiendo que el capitan Alvareda procurara desorientar á todos sus perseguidores, le ha ofrecido una fuerte suma si consigue dar con el escondite que haya elegido.

El señor Martin, despues de vacilar un poco, ha concluido por aceptar.

Indudablemente, al saber que usted es amigo y dependiente del referido capitan, le ha faltado tiempo para acceder á lo que usted solicitó.

Habrá pensado, y con razon, que de usted no se ocultará Alvareda en modo alguno y no tardará en encontrarle.

Apénas aquel hombre terminó su relacion, quedóse mirando á Santiago para ver el efecto que le producia.

Este, despues de una ligera pausa, exclamó con la franca rudeza que le era habitual:

—Pero hombre, ¿cómo es que no siendo usted tripulante de ese viejo bergantin, y ni aun siquiera de la matrícula de este puerto, tiene tan al dedillo el cuaderno de vitácora?

—Usted quiere decir, segun creo, contestó imperturbable su interlocutor, que en qué consiste que pueda hallarme tan al corriente de lo sucedido, ¿no es así?

—Justamente.

—Pues se lo voy á usted á explicar en dos palabras.

—Andando.

—El mayordomo de don Patricio Olmedo es hermano mío, y á esa casa voy á parar cuando vengo á este pueblo.

—¡Ya!

—Luego, hasta sin querer, suelen oir los criados las conversaciones de sus amos, añadió con sonrisa truhanesca.

—Sí, ya entiendo.

—Por supuesto, continuó aquel cambiando de tono y con la mayor seriedad, que con la franqueza que me es propia voy á decir á usted lo que estoy observando.

—¿Lo que está usted observando?

—Sí, señor.

—¿Y es?

—Que usted, desde el principio de la conversación, ha llegado á figurarse acaso que yo trato de engañarle de alguna manera.

Santiago le miró con cierta sorpresa.

El otro continuó:

—Sí, señor, esta es la verdad, pero sin duda alguna usted no ha reflexionado acerca de lo siguiente:

¿Qué puede importarme que dé crédito ó nó á lo que le he dicho?

¿Qué voy á sacar con que en separándonos proceda usted de esta ó de la otra manera?

¿Le he pedido á usted algo por este servicio, si tal puede llamarse?

—Nó ciertamente.

Conque, señor Santiago, hágame la justicia de creer

que no habiendo nada que me mueva á engañarle, debo esperar de su parte otra cosa que no sea mala cara.

El buen Santiago no supo qué contestar á estas palabras.

Lo que acababa de oir tuvo para él la mayor fuerza.

Desechó, pues, sus recelos, y casi estuvo tentado á llamarse animal con toda la energía de que era susceptible.

Así hubiera procedidoi ndudablemente, á no impedírselo la gravedad de lo que habia escuchado, que lo fué mucho más desde que comprendió que debia dar entero crédito á las palabras del generoso desconocido.

Preocupado con esta idea, exclamó:

—Perdone usted si creí hasta ahora que izaba una bandera sospechosa.

Hay maniobras que me marean, y en ciertas aguas confieso que la vista de un buque desconocido hace que me ponga en facha dispuesto á tocar á zafarrancho.

En fin, creo que me habrá usted entendido, y paso á otra cosa.

Ya que ha empezado usted bien, no se detenga en la mitad.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que se sirva decirme lo que haria usted en mi caso.

—Eso es muy delicado.

—¿Por qué?

—Porque es cuestion de estómago.

Yo, que creo tenerle bueno, y que no me asusto de andar solo, me largaria sin esperar al señor Martin.

—¿Eso haria usted? exclamó el marino lleno de admiracion.

—Sin duda alguna.

—Pues hombre, no estamos conformes.

Yo, que tambien me precio de no ser muy propenso á mareos, quiero cerciorarme del todo de las intenciones de ese negrerillo.

Yo le aseguro que como sea tal como usted ha dicho, le largo una andanada que inutilizo su casco para hacer más viajes de contrabando.

—Ea pues, señor Santiago, añadió levantándose el desconocido, siento mucho tener que dejar á usted, pero me es preciso.

—¡Qué! ¡hombre, no faltaba más!

—Usted aprecie como crea cuanto le he dicho, y no se deje sorprender.

—Descuide usted, que no soy yo mal vigía.

—Ea pues, adios, señor Santiago, y buena suerte.

—Muchas gracias, vaya usted con Dios.

Diéronse las manos despues de haber hablado así, y Santiago quedó solo en la posada.

El que acababa de marcharse era Pedro el ayuda de cámara del marqués.

Por casualidad supo que el marinero pertenecia á la dotacion del buque de Alvareda, y por lo que pudiera importar, trató de acecharle.

Ya hemos visto que del todo no habia perdido el tiempo.

CAPITULO VII.

Santiago se convence de que el tio Martin es un buen hombre.

Inútil será digamos que el marinero Santiago, en quien habian hecho gran mella las razones del desconocido, pensaba muy mal acerca del tio Martin, y hallábase dispuesto á estar sobre aviso y á inutilizar sus traidores designios.

Escasamente habia pasado un cuarto de hora desde que se hallaba solo, cuando el señor Martin penetraba de nuevo en la posada.

—Ya me tiene usted aquí, dispuesto á marchar cuando le parezca.

Santiago le miró con intencionada fijeza.

El señor Martin no pudo advertir lo que en aquella se encerraba.

—Me parece, continuó este, que no he tardado mucho, ¿verdad, amigo?

—Nó efectivamente.

—Pues nada, cuando á usted le parezca nos pondremos en camino.

Santiago volvió á mirarle de nuevo, y no contestó.

Llamó al posadero, ajustaron cuentas, y una vez despachado, tomó un nudoso palo que habia dejado en el banco junto á la mesa, y exclamó dirigiéndose á Martin:

—Cuando usted quiera.

Este no hizo que le repitieran la órden, y echó á andar hácia la puerta con la mayor naturalidad.

Caminaron juntos en silencio un buen espacio.

Una vez en el campo, Santiago, como no era muy fuerte en achaques diplomáticos, no pudo resistir más tiempo al deseo de entrar en explicaciones con aquel á quien creia traidor.

Así fué que, parándose de pronto y deteniendo á Martin con un movimiento algo brusco, prorumpió así:

—Diga usted, señor Martin, ¿qué cree usted que necesita un hombre para ser un bribon y poder impunemente hacer picardías?

El honrado paisano se quedó mirando al marinero como el que ve visiones.

—No entiendo lo que quiere usted decirme.

—¿De veras?

—Como lo digo.

—Vaya, empezaremos de otra manera.

Pero podemos continuar marchando.

El señor Martin, encogiéndose de hombros, echó á andar junto al marinero.

Este continuó:

—Señor Martin, ¿usted conoce bien al capitan Alvareda?

—Ya dije á usted ántes en la posada que le habia visto, pero fué nada más que un momento.

—Pues oiga usted, es un bravo marino, hermoso y tierno

como una señorita, tan valiente y emprendedor como el más bravo.

A bordo le adora su gente, y desde el primero hasta el último, señor Martin, se dejarian hacer cuartos por él.

—Nó, lo que es siendo como usted dice, nada tiene de particular que le quieran bien.

—Bueno; pues figúrese usted de qué no será capaz cualquiera de nosotros, si viéramos al capitan en un gran peligro ó conociésemos á quien intentara causarle algun daño.

—Es verdad.

—Usted, por ejemplo, señor Martin, ¿cuánto cree usted que viviria si se hubiese propuesto perder á mi capitan y llegaba yo á saberlo?

—¡Hombre! vaya una suposicion.

—Qué, ¿le parece á usted muy fuera de tiempo?

—Pues ya lo creo.

—Bueno; pues dejemos eso, y escuche usted, que voy á referirle cierta cosa bastante rara.

—Diga usted.

—Con eso se distrae lo largo del camino, ¿no es verdad?

—Ya lo creo.

—Pues bien, ha de saber usted que acaban de noticiarme casualmente que ha habido un hombre que, teniendo en cuenta la situacion del padre de la señorita Julia y su carácter, ha ofrecido, no sé por qué cantidad, descubrir el paradero del capitan Alvareda, que, segun dicen, dió muerte en desafio al marqués de Lézaro.

—¡Hombre! ¿y eso es cierto?

—Ya lo creo.

—En triste cosa va á emplearse.

—Escuche usted, que falta lo mejor, exclamó el marinero sin apartar los ojos del señor Martin.

Aceptada esta proposicion por ese don Patricio, aquel se dispuso á poner en planta su proyecto.

Apénas salió de la casa del coronel, tal vez preocupado con la manera de llevar á cabo su intento, llegó á la posada.

La suerte se mostró no poco favorable, porque halló junto á sí al que más que ninguno podia servirle en sus designios.

Ya ve usted, hizo el diablo que uno de los hombres que más quieren al capitan Alvareda, le rogase, creyéndole hombre de bien, que le acompañara á descubrir su paradero.

El pobre Martin miraba á su interlocutor con la más cándida admiracion.

El último continuó así:

—Aceptó, ya lo creo, su proposicion, y se citaron para poner en planta su proyecto una hora despues de haberle convenido.

—¡Señor Santiago!

—¿Qué?

—Eso es lo mismo que hemos acordado nosotros.

—Sí, señor.

—Pues entónces....

—¿Qué?

—No entiendo lo que usted quiere decir.

—Conque será menester que hable más claro, ¿éh?

—Me parece....

—Pues oiga usted.

—Le escucho.

—El bribon de que acabo á usted de á hablar, el que no

dudó en aceptar papel tan infame, es el que en este momento me acompaña.

—¡Yo!

—Sí, señor.

Martin habíase detenido y miraba al marinero con muestras del más profundo estupor.

—¿Dice usted que yo he hecho un convenio con Olmedo?

—Sí, yo lo digo.

—Pero el caso es que empieza usted por suponer una cosa que está muy léjos de ser cierta.

—¿Cuál?

—Que ha muerto el marqués de Lézaro.

—¿Y bien?

—Que no es cierto.

—¿Cómo?

—Como que está tan muerto como nosotros.

—Vamos, señor Martin.

—Le digo á usted que poco despues de salir yo de la casa del coronel, entraba este.

¿De dónde, pues, ha sacado usted lo de la referida muerte?

Santiago no acertó á contestar.

Sus pasados recelos con respecto al desconocido volvieron á tomar fuerza.

Sin embargo, aun no convencido, replicó:

—¿Y cómo podrá usted probarme lo que dice?

—¿No basta mi palabra?

—Nó, señor.

—Entónces me volveré atrás.

—Eso no puede ser sin que yo sepa á qué atenerme.

—Pues bien, exclamó Martin con cierta indignacion, hay una manera de que usted se convenza.

—Dígala usted.

—Sigamos adelante en busca del capitan.

En cuanto tengamos la suerte de encontrarle, le dice usted cuanto ha pasado entre nosotros.

Si entónces opina él como usted, dispuesto estoy á aceptar las consecuencias.

Esta es mi resolucion.

Despues de un momento de reflexion, exclamó Santiago:

—Pues bien, acepto. No tardaremos en salir de dudas.

Ahora, si le parece á usted, hagamos fuerza de vela, porque no hay tiempo que perder.

El honrado Martin, con la calma de la inocencia admitió con un movimiento de cabeza y apretó el paso.

Más de dos horas anduvieron sin hablar una palabra.

Se hallaban muy cerca de la torre del faro.

Santiago se detuvo de pronto, y tropezando en el hombro á su compañero, exclamó:

—Señor Martin, se me ocurre una cosa.

—Usted dirá.

—Que, ó yo soy más torpe que grumete novicio, ó es imposible que usted sea lo que me han dicho.

El provinciano Martin se sonrió con bondadosa tranquilidad y se paró.

—Y no se equivoca usted, señor Santiago. En fin, si no quiere desechar del todo sus escrúpulos, el tiempo se lo dirá.

—Nó por cierto, señor Martin.

Ahí va mi mano. No tengo que hacer mas que una observacion, que es, digámoslo así, el último escrúpulo.—

Si usted quisiera intentar alguna infamia, guárdese de tenerme á la vista, porque le doy caza sin remedio.

Martin, despues de estrechar la mano de Santiago, se apresuró á contestar:

—No tendrá usted que arrepentirse de haberme hecho justicia en esta ocasion.

—Bueno, pues no hablemos más del asunto.

Vamos á lo que importa.

Hasta estos sitios no hemos tropezado caserío alguno; pero ahora va á ser distinto.

Mi opinion es, por lo que pudiera haber ocurrido, que hasta llegar á Bermeo preguntemos en todas partes por el capitan.

Qué diablo, ¡quien tiene lengua, á Roma va!

—Es cierto.

—Pues bien, de este modo llegamos á la villa sabiendo á qué atenernos.

Yo no puedo creer que si al capitan no le ha sucedido una desgracia, vaya á esconderse del padre de su novia en un pueblo como un puño.

—¡Ah! eso desde luego.

—Entónces, buen ánimo y adelante, señor Martin.

Usted es el que ha de guiar, porque yo me acuerdo de estos sitios ni más ni ménos que del paraiso, donde jamás estuve, que yo sepa.

—No tenga usted cuidado, que se registrará todo á las mil maravillas.

Con efecto, Martin, que conocia todo aquel terreno á palmos, no dejó nada por examinar.

Sin embargo, los resultados no correspondieron en modo alguno á sus deseos.

En ninguna parte acertaban á satisfacer sus preguntas.

Caminaban ya bastante desesperanzados, cuando á un cuarto de hora escaso de Bermeo y al salvar un recodo del camino, vieron adelantarse un hombre que marchaba con paso rápido en direccion contraria á la suya.

Martin, al verle, se detuvo.

Cuando llegaron á afrontarse, exclamó:

—Compadre Donato, ¿á dónde tan deprisa?

—¡Hola, señor Martin! al faro.

—¿Pues y eso?

—¡Tóma! ¿no sabe usted lo que hay?

—Ni una palabra.

—Ahora está en él mi amo.

—¿Pues y su hermano Agustin?

—No sabemos.

¡Hombre!

—Calle usted, ¡si en dos ó tres dias han pasado cosas!...

¿Y se va al pueblo?

—Sí; pero diga usted, amigo Donato, ¿cómo Agustin se habrá decidido á abandonar eso?

Porque él estaba ahí divinamente.

—Ya lo creo.

Mire usted, el caso ha sido este. Anteayer á la madrugada llegó á casa, apénas estaba amaneciendo.

Abrimos la puerta.

Venía á caballo, y entre sus brazos descansaba el cuerpo de un hombre herido.

Le ayudamos á bajar, y todo azorado dispuso se trasladase á una cama.

Se llamó al cirujano, y este encontró que si bien la cura

sería algo larga, el caballero no se hallaba en peligro de muerte.

—¿Un caballero dice usted? exclamaron á un tiempo Martin y Santiago.

—Sí por cierto.

—¿Y qué señas tiene? exclamó el último sin poder dominar cierta inquietud.

—Es un jóven rubio muy guapo, con bigote y perilla.

—¡Rayos del cielo! gritó Santiago apretando los puños.

—¿Qué? dijo el llamado Donato haciéndose atrás lleno de sobresalto.

—Nada, amigo Donato, añadió Martin para tranquilizarle; que está en la casa de ustedes el mismo á quien buscamos.

Entónces acabó este de enterarlos de cuanto sabía acerca del herido, y en seguida se separaron, marchando los dos á la casa del torrero.

Como ya sabemos, la familia de este tenia relaciones de amistad con el señor Martin; así es, que cuando este manifestó á la cuñada de Agustin lo que les llevaba á su casa, apresuróse esta á conducirles á la habitacion en que se hallaba el herido.

Mudo de asombro quedó á su vista Santiago el marinero.

No era su capitan el que estaba mirando, sino su hermano.

—¿Qué es eso, Santiago? exclamó este incorporándose ligeramente en el lecho, ¿cómo te encuentras aquí?

—Pero señorito, ¿cómo habia yo de figurarme al entrar por esa puerta que era usted á quien me habia de hallar?

—No has perdido el tiempo, amigo Santiago, ni hiciste el viaje en balde.

—¿Pues cómo?

—Porque tu amo se halla muy cerca de nosotros y en la misma situacion en que yo me encuentro.

—¡Pero señor! hay para volverse loco, exclamó el marinero casi espantado.

Usted tambien....

—Y por la misma mano.

—¿Y dónde está el señorito?

—Ahí fuera te lo dirán.

Marcha á su lado, pues aquí yo no necesito de nadie.

Santiago obedeció, y recibidas por Martin las señas de la casa en que se hallaba el capitan, marcharon en su busca.

Excusado es decir que Santiago pudo apreciar la honradez de aquel hombre, y ofreció acordarse diariamente de la fisonomía del que le dió en la posada tan falsas noticias, con el propósito decidido de demostrarle algun dia su gratitud de una manera contundente.

Cuando se desvaneció toda probalidad de peligro acerca del estado de los dos hermanos, se reunieron en una misma casa, esperando ansiosos su restablecimiento, para que cuanto ántes pudieran tomar cumplida venganza de su comun enemigo.

Supieron que Agustin, obrando por su cuenta, se habia trasladado á Madrid, sitio donde oyó decir que se hallaba el marqués.

Al dia siguiente del pacto que celebró aquel con el esposo de Matilde, recibió carta de don Fernando de Alvareda,

en que le anunciaba que dentro de muy pocos dias se reunirian todos en Madrid.

De esta manera se pusieron en relacion unos y otros, y Gabriel, por el retrato que le hizo Agustin de los hermanos Alvareda, aceptó con gusto unirse á ellos contra el de Lézaro, y ansió el momento de su completa curacion para trabajar de consuno á dicho fin.

A Agustin llegó á gustarle sobremanera la energía de carácter de aquel señorito, al parecer, tan delicado como una dama.

Sobre todo, lo que le admiraba en alto grado y que él no acertaba á explicarse, era la constante negativa de aquel á todos sus ofrecimientos, que hubieran podido aminorar lo precario de su situacion.

Cuando llegó al colmo su admiracion, fué el dia en que Gabriel, con verdadera ansiedad y con no poco sonrojo, le indicó que iba á molestarle con una exigencia.

—Señorito, hable usted, y mande lo que quiera.

—Pues bien, le habia contestado este; voy á darte una carta para el hijo de un amigo mio, presidente de sala de la Audiencia.

El puede hacer que su padre proporcione escritos que poner en limpio, ó apuntamientos que extractar.

—Vamos, ya caigo; yo le hablaré al amigo, pintaré la situacion en que usted se encuentra, y que por cierta cortedad no ha tenido usted valor para ir en persona, ¿no es eso?

—No, exclamó Gabriel con altiva sequedad, yo no quiero eso para mí; si pido ese favor es para usted.

—¿Cómo para mí, señorito, si tengo yo una letra que cualquiera daria dinero por no verla?

—Es que el escrito lo haré yo.

—¡Ah!

—¿Comprende usted ahora?

—Sí, señor.

Mis circunstancias especiales hacen que yo no pueda, sin desdoro, hacer ver el estado en que me encuentro, Agustin.

—Así, pues, usted hablará por su cuenta, pero ántes espero me diga si en ello tiene inconveniente.

—Yo, ninguno; al contrario, muchísimo gusto, señorito.

—Pues bien, casi tengo la evidencia de que será usted atendido, y que le proporcionarán el trabajo que va á solicitar.

Si señalaran la cantidad de ajuste del trabajo, usted acepta, sea la que fuere.

—Está muy bien.

—Despues recibirá una parte por la incumbencia que va á tomarse.

—¿Qué dice usted, señorito? exclamó Agustin profundamente admirado.

—Una cosa muy natural.

—¡Ah! es que eso, perdone usted, pero yo no lo acepto en modo alguno.

—Entónces haga usted cuenta que no hemos hablado absolutamente sobre el particular.

—Pero....

—Nada, es usted muy dueño de opinar lo que se le antoje; yo tambien lo soy del mismo modo.

—Vamos, exclamó Agustin despues de un breve espacio, no hay manera de negarse á lo que usted disponga.

Obraré en todo como guste.

—Entónces voy á dar á usted la carta.

¡Ah! exclamó de nuevo al tiempo de tomar la pluma, me ha de dar usted su formal palabra de que no me nombrará en esa casa mas que como una influencia que ha podido usted encontrar.

—La tiene usted, señorito.

Desde entónces la situacion de Gabriel fué ménos terrible.

Como habia previsto, Agustin encontró trabajo, y aquel pasaba los dias y las noches escribiendo sin descansar.

Al principio, en cada cuenta cobrada, Agustin trataba de rebelarse, no queriendo percibir ninguna retribucion por su insignificante tarea de ir y volver á la Audiencia.

Pero siempre tenia que ceder ante la inexorable escrupulosidad del esposo de Matilde.

Por último, Agustin recibió una tarde carta de don Fernando.

En ella se indicaba la fecha en que debian llegar, y Agustin se apresuró á participar al esposo de Matilde que era en aquel mismo dia.

La alianza ofensiva contra el marqués de Lézaro iba á comenzar desde entónces.

CAPITULO VIII.

El amor de un escéptico.

Como quiera que en alguno de los acontecimientos que han de narrarse en el presente tomo, habrá de existir cierto enlace no poco íntimo por cierto, fuerza es que, aun contra nuestro deseo, vayamos procurando la agrupacion con la debida claridad y método.

Para ello, es preciso que el complaciente lector venga con nosotros al cuarto segundo de una casa de bastante buena apariencia, situada, poco más ó ménos, en la mitad de la calle de Fuencarral.

Advertiremos de paso que los sucesos que van á tener principio en el presente capítulo, acaecieron unos dos meses ántes del rescate de Julia de Olmedo y al año justo de los que ya conocemos y se consignan en el primer tomo de nuestra obra.

Hecha esta aclaracion, prosigamos.

Una vez en la citada casa, cuyo salon principal se halla alhajado con más ostentacion que gusto, dirijámonos hácia

el gabinete de la derecha, en el que habremos de encontrar dos personajes que nos son conocidos, y que sentados en cómodos sillones junto á la chimenea, departen tranquila y amigablemente al amor de la lumbre.

Nadie hubiera podido creer, al ver su actitud reposada y su exterior sonriente, que aquellos dos hombres debian su posicion desahogada é independiente al filo del puñal que supieron esgrimir un dia contra un hombre indefenso.

Eran hermanos, y el lector acaso adivinará sus nombres en este momento.

Eran Eugenio y Sebastian, aquellos miserables séres que supieron secundar á la perfeccion el plan infame de Armanda.

Esta, con más ó ménos voluntad, tuvo que acceder á las exigencias de los dos hermanos, y cuando entró en posesion de los cuantiosos bienes de su marido, partió con ellos religiosamente.

Eugenio y Sebastian se vieron dueños de un capital de más de dos millones de reales.

Desde entónces mismo cambiaron de sistema de vida.

Conforme á las ideas que á uno de ellos oimos emitir en casa de Armanda, viéndose ricos, se acordaron de su infancia y de los sueños á que se habian entregado en sus épocas de miseria, y resolvieron tirar la chaqueta para siempre.

Viajaron durante un par de meses con la idea de volver á Madrid, como lo verificaron, despues de efectuada su trasformacion.

Eugenio, que como sabemos era el director de todos los trabajos, lo habia dispuesto así.

Sebastian, que reconocia en su hermano mejores dotes en

todos conceptos, se dejaba guiar con gusto sin tomarse siquiera muchas veces el trabajo de reflexionar.

El astuto Eugenio, cuando volvieron á la córte, trajo en su poder cartas de recomendacion de varios puntos que supieron utilizar para hacer su entrada en sociedad.

Con estos antecedentes, y pues que ya sabemos que tan digno par de bribones supo metamorfosearse con tal fortuna, oigamos la animada conversacion que ha dado principio al penetrar nosotros en su gabinete.

—Eugenio, exclamó Sebastian entre grave y risueño, ya no tengo paciencia para callar más tiempo.

—¡Eh!

—¿No me entiendes?

—Francamente te confieso que ni una jota.

—Pues me parece que hablo en castellano.

—No te digo lo contrario; pero me dices, ya no tengo paciencia para callar, y no sé para qué la necesitaste ni cuándo has dejado de hablar.

—¡Húm! no dices lo que sientes.

—¿Yo? sí tal.

—¡Vamos, sé ingénuo!

—¡Pero hombre!

—Tú tienes algo, tu estás cavilando alguna cosa. ¿Me equivoco?

—Nó por cierto.

—Hola, ¿conque acerté? exclamó Sebastian con aire de triunfo.

—Indudablemente.

—¿Y no puedo saber....

—Todo, Sebastian. Pero vas á admirarte en grado sumo.

—¿Por qué?

—Porque la cosa no es para ménos.

—Bien, hombre, con tal de que hables.

—Antes tienes que ofrecerme una cosa.

—¿El qué?

—Que no harás aspavientos de ninguna clase.

—Hombre, no soy tan asustadizo.

—Mira que el asunto es dificilillo.

—Pues bien, habla y sea lo que quiera.

—Escucha.

Sebastian, estoy enamorado.

—¿Qué? replicó este dando un respingo.

—Empiezas á faltarme á tu palabra.

—Pero....

—Me has dicho que no eres asustadizo, y por poco no vais rodando el sillon y tú.

—Hombre, hay cosas que por lo extraordinarias hacen el efecto de un tiro.

En fin, te doy mi palabra de no hacer grandes extremos. Continúa.

—Pues bien, hace unos dias, sin duda desde que notas mi ensimismamiento, que soy juguete de una pasion amorosa.

Sebastian soltó una carcajada.

—¡Ah! ¿eso quiere decir que lo dudas?

—Pues ya lo creo.

—Haces mal.

—Pero hombre, ¿cómo quieres que no me admire, cuando te he oido cien veces hablar del amor con increible escarnio?

—Pues ahí verás, nunca debe decirse que no se hará tal ó cual cosa.

—Pero vamos, Eugenio, ¿te chanceas ó nó?

—Te aseguro que hablo formalmente.

—Pero bien, nó es esa del todo mi idea; ¿prometes contestarme con sinceridad á lo que te pregunte?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, ¿es empeño ó capricho?

—Las dos cosas.

—No he formulado bien la pregunta.

—Pues hazla como quieras.

—Tu corazon, ¿está interesado?

—Nó, pero lo estará.

—¡Hombre! eso es profetizar.

—No digo que nó.

—Vaya, no te pregunto más, habla lo que quieras, que ya te escucho.

—Pues bien, Sebastian, tú conoces la mujer á quien amo.

—¡Hola! ¿y quién es?

—Vas á oirlo, mas para ello te recomiendo desde luego que no te sorprendas.

—Procuraré hacerlo.

—Corriente, pues oye: esa mujer es Armanda.

—¡Ave María purísima!

—¿Qué?

—¿Estás en tu juicio?

—Me parece que sí.

—Vamos, Eugenio, ¿quieres chancearte conmigo? porque no puedo creer que hables en sério.

—No me chanceo; estoy enamorado de esa mujer.

Hubo un momento de silencio.

Sebastian miraba á su hermano con cierta curiosidad compasiva.

Este sonreia con una frialdad glacial.

—Vamos, exclamó el primero, desde este momento creeré cuanto me digas; si te propones por tanto seguir una broma y nada más, haces mal.

—Sebastian, voy á tranquilizarte.

—¿Cómo?

—Oyeme.

Ya sabes que siempre he querido estudiar al hombre con arreglo á mi escasa inteligencia.

Creo que no hay ocupacion tan reproductiva, tan conveniente, como la de aprender en este mundo la manera de ser vencido cuanto ménos sea posible.

Semejante estudio tiene sus inconvenientes.

Ahora mismo los estoy tocando.

Al principio, obedeciendo á esa costumbre, inveterada ya en mí, comencé á pensar en Armanda, así, á lo artista.

Me figuré su retrato, y comencé á estudiar su claro oscuro.

Sebastian, de ello ha resultado un empeño, y nada podrá hacerme desistir de él.

Comprendo algo á esa mujer, pero no del todo.

Quiero hacer con ella un exámen más importante que los que hice hasta ahora.

Para conseguirlo no hay mas que un camino, y por precision he de aceptarle.

Menester es revestirse del papel de amante.

—¡Ah! vamos, ¿ese amor es un recurso que facilitará tu intento?

—Es cierto.

—¿Luego no amas más que con la cabeza? eso es otra cosa. Me tranquilizas.

—Hasta ahora es así; de mañana no respondo.

—Eso estaria gracioso.

—Hombre, ¿no dicen por ahí que al corazon no se le manda?

—Sí, pero tú....

—Yo soy como los demás.

—Vamos, Eugenio, exclamó Sebastian con cierta decision, hasta ahora ese amor es un estudio de curiosidad que vas á emprender, ¿no es cierto?

—Así es.

—Entónces, créeme, ¿por qué no desistes?

—Sebastian, en esta vida el hombre será siempre incomprensible.

Por todas partes fenómenos que estudiar.

¿Cómo querrás creer que yo, que siento latir mi corazon ahora mismo con la tranquilidad más grande, me he dicho muchas veces lo que tú ahora, y créelo, no soy capaz de llevarlo acabo?

En mí existe ya un empeño superior á mi deseo.

—Eso es que la amas, replicó Sebastian con desaliento.

—Te digo que nó.

—¡Báh!

—Te lo juro.

—¿Entónces....

—Voy á convencerte. Si viviera Estebanez y me dijese hoy, toma una fortuna y asesina á Armanda, negociaria el asunto como si se tratase de un cualquiera.

—Pues bien, Eugenio, si eso es así, desiste, créeme.

Preveo que acaso tarde te arrepentirás de no haber seguido mi consejo.

—No insistas, porque con todo el oro del mundo no habria bastante á disuadirme de mi proyecto.

Vamos á ver, continuó sonriendo, ¿crees tú que voy á gozar poco en mis observaciones?

—Sí; pero vas á jugar con el fuego, y puedes quemarte.

—¡Báh! se tomarán precauciones.

—Dios quiera que salgas bien con tu intento.

—Pronto he de comenzar á verlo.

—¿Sí?

—Son las dos de la tarde, nunca mejor ocasion que ahora mismo.

—¡Ah! ¿vas ahora?

—Sí.

—Eugenio, créelo, cuando te vea salir de aquí, temblaré mucho más que si supiera que ibas á ocuparte en una de aquellas empresas á que antiguamente nos dedicábamos.

—Hombre, si yo fuera capaz de ello, me harias temblar.

En fin, ahora mismo va á empezar el tiroteo.

Diciendo así Eugenio, se levantó y se dispuso á marchar.

Sebastian, que casi dudaba lo que estaba oyendo, al verle tomar el sombrero, exclamó por última vez:

—¿Conque no desistes?

—De ningun modo.

—Bueno, puedes hacer lo que gustes.

—No temas, Sebastian, que en buenas manos está el pandero.

—Dos hombres ricos como nosotros, bien pueden permi-

tirse ciertas distracciones, y sobre todo si pueden de ellas sacar algun provecho.

—Bien, nada te digo, ha de ser inútil que insista por más tiempo, y me callo.

Miéntras tanto, Eugenio habia terminado de aviarse, y en seguida añadió:

—¿Me esperarás aquí?

—Nada tengo que hacer.

—Pues ántes de una hora sabrás qué resultados dió mi primer paso.

Hasta luego.

Sebastian le saludó con un movimiento de cabeza, acompañado de una sonrisa forzada.

Eugenio, sin parecer advertirlo, tomó su sombrero y salió del gabinete.

Apénas llegó á casa de Armanda, hízose anunciar, y un momento despues le hicieron penetrar en un elegante gabinete.

Armanda tardó muy poco en presentarse ante él.

—Amigo Eugenio, exclamó con afectuosa sonrisa, ya hace bastante tiempo que no tenia el gusto de verle.

—Señora, exclamó este inclinándose reverentemente, dos meses hace que, contra mi deber, no me he ofrecido á sus órdenes.

—Y bien, ¿qué le trae á usted por acá hoy?

—En primer lugar, señora, tener el gusto de saludarla; y en segundo, que es preciso que usted, con la indulgencia que la caracteriza, se tome la molestia de escucharme breves momentos.

—Doy á usted las gracias por su finura, contestó Arman-

da con cierta sonrisa irónica, y estoy dispuesta á escucharle.

—Señora, no podré hacerlo si usted no me concede ántes un gran favor.

—¿Y cuál es?

—Que no extrañe alguna pregunta mia que pueda aparecer algo indiscreta.

—Me hace usted entrar en cuidado, amigo Eugenio, exclamó Armanda, un tanto sobresaltada ante la expresion extraña que irradiaba la pálida fisonomía de aquel hombre.

—Hará usted mal, señora, porque mi único objeto es hacerla saber un secreto que guardo en mi corazon hace algun tiempo.

Y ya ve usted, si de lleno y con franqueza voy á entrar en el terreno de las confianzas, casi, casi, se halla usted en el deber de imitar mi ejemplo.

—Perdone usted, amigo Eugenio; esa consecuencia no es muy lógica que digamos.

—¿Nó?

—Evidentemente. Observe usted que tendria fuerza solo en un caso.

—¿En cuál?

—Si yo le hubiese exigido esas confianzas, replicó Armanda sonriendo.

—Señora, por eso dije casi, casi. A no haber tenido en cuenta eso mismo, habria invocado un derecho.

Cierto es que usted no pide, ni mucho ménos, y que yo solicito el permiso de hablar; pero aun así y todo, si usted me le otorga, no dejará de haber fundamento para que yo confie en ser pagado en la misma moneda.

¿Cree usted que me equivocaré?

—No puedo contestar sin haberle oido.

Tal puede ser lo que me relate que, aun suponiendo ciertas intenciones por mi parte, tuviera que variarlas.

Sin embargo, escucho á usted de buen grado.

Eugenio inclinó la cabeza en señal de gratitud, y durante unos instantes permaneció en silencio.

En el rostro de aquel hombre, más bien envejecido por la intranquilidad de su vida que por sus años, brilló algo, por un momento, que hizo casi estremecer á Armanda.

No obstante, sabemos ya que era mujer por demás resuelta y atrevida para que no supiese encontrar serenidad de espíritu en un momento dado.

Sin ocultársele á Eugenio la gravedad de su propósito, comprendió que por la misma razon la sorpresa habia de darle excelentes resultados; así pues, abandonó el silencio que ya iba siendo un tanto largo, y comenzó así con el cinismo que le caracterizaba:

—Señora, voy á figurarme lo que desgraciadamente no ha sido; que usted se halla dispuesta á contestar á cualquier pregunta.

Y voy á figurármelo así, haciéndola desde luego.

¿Ama usted algo todavía al caballero don Ricardo? continuó con cierta inflexion burlona.

Al oir estas palabras Armanda, le miró sorprendida.

Aunque esperaba algo extraordinario, no podia figurarse qué fuera lo que acababa de oir.

Si no le hubieran unido á aquel hombre lazos altamente criminales, es bien seguro que no le hubiese consentido seguir adelante.

Esta consideracion fué causa suficiente á que, conte-

niendo los ímpetus de su altivez, se limitase á contestar:

—No comprendo á qué fin conducen á usted esas palabras.

—Señora, tenga usted la amabilidad de contestarlas, y nada le quedará por saber, replicó Eugenio con amable sonrisa.

—De ninguna manera; ántes es menester que usted se explique.

—Muy bien, señora, no insisto.

Casi por fórmula hice esa pregunta, y en prueba de ello, que con la evidencia de acertar la contestaré yo por usted.

Lo que sí me atreveria á suplicar de nuevo, dijo con insistente gravedad, es que me oiga usted, porque es forzoso que nos entendamos.

—Muy bien, ya le escucho.

—Señora, usted hace ya bastante tiempo que no conserva en su corazon más que desprecio para el hombre que vive á su lado.

—¡Esas palabras!...

—Acaba usted de prometerme que me escucharia.

—Dice usted bien, sea, replicó Armanda con acento firme.

Necesito ya conocer del todo la intencion que le guia.

—Pues bien, continúo.

He dicho que desprecia usted á ese hombre, porque es el recuerdo vivo de su pasada falta.

Dos cosas hay en usted que le impulsan á esta manera de sentir.

La principal de todas es, que ese don Ricardo es harto pe-

queño para que el sacrificio hecho por él, pueda seguir siéndole agradable.

Le creyó usted gigante, y es un miserable pigmeo.

La otra es, que existen dos maneras de ser honrada una mujer.

Explicaré estas palabras, pues aparece en ellas, de no hacerlo, cierta oscuridad.

La honradez es una, harto lo sabemos todos.

Del honor de la mujer no hay más guardian que la virtud austera.

Yo, sin embargo, me permito admitir otra clasificacion más.

Fuera de las que se hallan en este caso y que conforme á las más sanas doctrinas de la moral se conducen en el mundo, existen otras que, sin ser virtuosas, no dejan de ser honradas.

Mujer hay dominadora y soberbia, que porque no llegue el caso de tener que abatir su frente ante la evidencia de una falta, no delinquen, sin más razon que la de huir de una vergüenza que humillaria su altivez, aunque de ningun modo sonrojara su frente.

Estas suelen reservarse para un gran dia.

Son coquetas del peor género.

Esperan que llegue uno que sepa sojuzgarlas, y entónces, al rendir su soberbia, entregan su corazon.

Usted creyó un momento que se encontraba en ese caso.

Al pobre cinismo de ese Ricardo llamó usted altanería, y á su vulgar insolencia, despejo y donaire.

Hace ya mucho tiempo, casi desde el punto y hora en que el mal no tuvo remedio, que usted lo conoció así.

Su padecimiento debe ser grande, la certeza de la equivocacion sufrida no habrá podido ser más evidente.

Estoy conociendo, prosiguió con cierta sonrisa entre amable é irónica, que mis palabras causan en usted cierta indignacion; esto no me extraña, porque la verdad en este mundo jamás puede tener buena acogida.

Mas sea como quiera, ya que es forzoso proseguir adelante, aun cuando la herida pueda hacer algo de sangre, no dejaremos el escalpelo hasta que termine la operacion.

Usted tiene que oirme, porque para ambos sería muy malo declararnos la guerra.

Hecha esta advertencia, ántes de continuar desearia oir su opinion de usted acerca de cuanto acabo de decir.

Armanda habia escuchado al principio el relato de Eugenio con profunda admiracion, despues casi con terror.

Mil extrañas ideas cruzaban por su mente tratando de adivinar la intencion que podria llevar á aquel hombre al entrar en tales pormenores.

Conocia su astucia, y de sobra supo apreciar que no hubiera entrado en tan difícil asunto sin la seguridad de un buen éxito.

Armanda solo vió una cosa, pero esta de una manera palpable.

Miéntras viviesen aquel hombre y su hermano Sebastian, su tranquilidad se hallaria siempre amagada.

Sin embargo, en aquellos momentos era forzoso contestar á las palabras de Eugenio. Es más, teniendo en cuenta su situacion excepcional, debia procurar no romper del todo, como hubiera sido su deseo.

Comprendió que debia contemporizar, y se propuso aca-

llar los impulsos de su alma indómita, dejándolo todo á la seguridad de una sorpresa, y no á una lucha franca que podria perjudicarla en alto grado.

Además, ántes de nada necesitaba conocer el verdadero móvil que guiaba á aquel hombre, poner el remedio que debiera adoptarse en caso necesario.

Así, pues, exclamó con la mayor naturalidad, y cual si por aquel se hubiese tratado de una cosa indiferente:

—Me pregunta usted que cuál es el juicio que formo acerca de sus palabras, ¿no es esto?

—Exactamente.

—Pues bien, continuó esforzándose por sonreir, permítame usted le diga que, ó cuanto ha dicho no tiene para usted más mérito que el de la improvisacion, ó va á pretender en caso contrario pasar á mis ojos por profeta.

Usted dirá, puesto que ha sido el primero que usó la franqueza, á cuál de estas dos cosas debo atenerme.

—Contestaré á usted, señora.

No tengo el don de ser muy fuerte en improvisaciones; además no me gustan.

Profeta, crea usted que tampoco soy; pero en esta ocasion tengo la evidencia de poder serlo.

De más sabe usted, señora, que no me equivoco en cuanto he dicho, y tengo la evidencia de que si usted quiere usar de la misma franqueza que en mí ha deseado, creo que convendrá conmigo en este punto.

—Pero bien, usted ¿en qué ha podido fundar semejante juicio?

¿Qué datos tiene, qué ha visto que haya podido darle pié á tal idea?

—Señora, tengo la evidencia de que usted sabe que he de convencerla.

Seamos ingénuos.

A sus preguntas, como mejor contesto es de este modo:

¿Cree usted que hay algo en ese hombre que pueda halagar el corazon de una mujer tal como lo es usted?

¿Cree, por fin, que puede existir identidad de opiniones entre ambos?

Conteste usted á esta pregunta, y si ha de hacerme el obsequio de ser ingénua, no necesitaré aducir más pruebas que apoyen mi primer aserto.

Armanda, que, ya lo hemos dicho, sentia fuertemente excitada su curiosidad, quiso no oponer más obstáculos á que Eugenio acabara de explicarse.

Así que, no solo para lograr este deseo cuanto ántes, sino para en cierto modo lisonjearle con una confesion amistosa y franca, exclamó:

—Pues bien, Eugenio, tiene usted razon en cuanto ha dicho.

Absolutamente en todo.

Ese hombre no es digno ni aun siquiera de comprenderme.

Está usted satisfecho; ahora puede continuar si gusta.

—Gracias, señora; hasta el momento presente nos vamos entendiendo.

Dios haga que continuemos del mismo modo hasta el fin.

—Me asusta usted, amigo mio, exclamó Armanda al observar la seriedad con que Eugenio pronunció estas palabras.

—¡Oh! ni hay para qué, ni es ese mi intento.

Antes de que entremos en materia, voy á rogar á usted que no vea en mis palabras sino el mejor deseo, la sinceridad más grande.

Entre nosotros dos, usted representa la juventud ardiente y atrevida, que no repara en peligros, que no encuentra obstáculos demasiado grandes á su poder y fogosidad.

Yo, por el contrario, la edad madura, la experiencia, el frio del cálculo.

La juventud acude presurosa á todas las lides tan solo por el placer de la lucha.

La experiencia no la rehuye; pero llega á su cita más despacio, y pelea para vencer.

La primera, con muy raras excepciones, siempre ha de ser víctima de esta última.

Pues bien, óigame usted, Armanda, como á un maestro que no prodiga sus doctrinas buscando una alabanza.

Como al amigo que desinteresadamente va á aconsejar y á prevenir.

Usted, que se halla en el primer caso; usted, que siente ahora como nunca ese latir del corazon, que obra así merced al calor de las pasiones, necesita vivir apercibida y dispuesta á afrontar todo género de luchas con un escudo que la ampare.

Ese escudo puedo serlo yo.

Oigame usted, continuó con imponente ademan al advertir en Armanda cierto movimiento de impaciencia acompañado de una sonrisa irónica.

Tengo la seguridad de que ántes de muy poco va usted á escucharme sin hacer un gesto, sin que advierta yo la más leve señal de impaciencia.

Armanda, en este mundo, tal cual hoy es, el amor en el hombre es muy pocas veces santo y puro.

En las más, se cede por él á un capricho de pasatiempo, ó á un interés de especulacion, que suele dar resultados harto tristes, cuando no dramáticos.

Armanda, no oiga usted ahora en lo que voy á decir la más ligera sombra de insulto, que sería por mi parte, no solo ridículo, sino extemporáneo y abusivo.

A la edad en que usted se encuentra, vuelvo á decir, no es posible que su alma se cierre para siempre al amor.

Esto no necesito yo por cierto que usted lo sancione, como me sería igual que lo negase.

Supuesto así, veamos qué es lo que, dadas sus circunstancias, puede encontrar hoy.

Un amor noble y puro, ni usted podria acogerle, ni aun á pesar de todo hallaria vida á su lado.

Pasiones venales ó caprichos de un dia, indignos todos de su modo de ser y de lo que usted vale, podrian ser los únicos que en usted se fijaran.

—¡Caballero!

—Señora, ¿se indigna usted acaso? replicó Eugenio con ceremoniosa frialdad.

—¿Pues usted no ha pensado, usted no sabe lo que ha dicho?

—¡Oh! si algo bueno tengo, es una memoria felicísima.

—Entónces debo hallarme relevada de repetir sus últimas palabras.

Medite usted sobre ellas, y quiero hacerle la justicia de que habrá de retractarse.

—Dije á usted al principio, que en cuanto tenia que de-

cir, no viese ni remotamente el más ligero insulto; pues nada se halla más léjos de mi intencion.

—¡Oh! caballero, es que de aceptar observaciones de ese género, vendríamos á sancionar toda clase de atrevimientos.

Si así fuera, con tales protestas nos hallaríamos en libertad de faltarnos impunemente unos á otros.

—No cuestionaré eso, señora; diré tan sólo en mi defensa que no ha sido mi ánimo ofender.

—Explíquese usted entónces.

—Señora, nada más fácil; en primer lugar, no he dicho más que la verdad.

—¿Cómo?

—Siento tener que defenderme.

—¿Y por qué, caballero?

—Porque si usted vió en mis anteriores palabras ruda ofensa, ahora va á creerla repetida.

—¡Oh! no tema usted por eso, replicó Armanda con sarcástica entonacion; como usted dijo al principio, ya que hemos entrado en el terreno de las confianzas, debe reinar la franqueza en toda su amplitud.

—Tal ha sido mi opinion.

—Tambien lo es mia ahora.

—Entónces continuaré.

Armanda hizo un ademan, como indicando que le escuchaba atenta.

Eugenio, aunque algo más pálido que de costumbre, continuó así con voz llena y perfectamente acentuada:

—Fácilmente adivino, señora, que es, de cuanto he dicho, lo que más ha herido su susceptibilidad.

Dije que ningun amor puro habria de llamar á las puer-

tas de su corazon, y usted con dificultad podrá perdonarme esta ligereza.

Sin embargo, en ella está la verdad.

—¡Oh!...

—Fuerza es que lo ratifique.

—¡Pero señor mio! interrumpió de nuevo Armanda, sintiendo por momentos que iba á ceder en sus propósitos de condescendencia, aun entrando de lleno en las suposiciones que usted se permite, ¿cómo no ha calculado que una viuda, á mi edad, continuó con indefinible sonrisa, puede aun inspirar ese amor de que habla?

—Señora, precisamente iba á echar mano del mismo argumento para que no creyese usted que hablaba con ligereza.

Pues bien, señora, á pesar de eso, continúo opinando como hasta aquí.

Para ello hay dos razones poderosísimas.

La primera, que es la permanencia al lado de usted de ese don Ricardo, podrá decirme que se destruye impidiéndola desde este momento.

Esto es innegable.

La segunda, no podria usted destruirla, aun cuando pusiera en juego los recursos de la más rica imaginacion.

Con tal seguridad y conviccion pronunció Eugenio estas palabras, que Armanda, incorporándose con cierta inquietud en su butaca, replicó:

—¿Y cuál es, caballero?

—Que no es usted viuda.

—¿Cómo? exclamó Armanda poniéndose en pié con rapidez nerviosa y mirando á Eugenio con terrible expresion.

—Señora, como usted lo oye.

Pero la ruego que no se altere ni dé lugar á que en su corazon penetren recelos que hasta hoy serian infundados.

Armanda oprimió su frente con ambas manos, cual si quisiese contener las ideas que en su cerebro bullian, y pálida y vacilante dejóse caer de nuevo en su butaca.

Hubo un momento de silencio.

El hermano de Sebastian miraba á Armanda con la misma expresion de crueldad con que el tigre acecha á su víctima.

¿Qué pasaria en aquellos momentos en la mente de Armanda?

Ciega y delirante, supo un dia armar el brazo de dos asesinos para que matasen á su esposo.

Desde entónces, ni la compañía de su hijo ni la tranquila posesion de las riquezas, nada fué bastante á acallar el continuado grito de su conciencia.

En medio de tal vida, de tan continuada lucha, venía un hombre á decirle, no eres viuda, tu marido vive.

Solo el ruido de la trompeta del juicio final podia producir tan grande emocion en Armanda como la causada por aquellas palabras.

Se consideró perdida.

En medio del torcedor ocasionado por el grito de su conciencia, en el infierno de sus remordimientos, era imposible que tuviera fuerzas bastantes para aceptar la idea de atentar otra vez contra la vida de aquel.

Un confuso torbellino de ideas se agolpaban á su imaginacion, é instintivamente miró á Eugenio, como si solo de él esperase el remedio á su situacion.

Un poco más dueña de sí misma, exclamó:

—Yo no sé, no alcanzo todavía á penetrar cuáles son las intenciones que usted abriga.

Sean las que quieran, ántes de oirlas le suplico me diga cómo ha sabido que mi marido vive.

—Señora, en este punto no puedo satisfacer á usted cual sería mi deseo.

—¿Cómo no?

—Porque al dar á usted explicaciones, no podria hacerlo, aunque quisiera, sin revelar un secreto que nada le interesa y que no es mio.

—Entónces....

—Señora, diré á usted lo bastante sin embargo.

Su esposo vive; pero tenga usted la íntima seguridad de que solo se presentará ante usted si pretendiera algun dia dar un padrastro á su hijo.

Armanda volvió á quedar inmóvil y muda.

Miraba á Eugenio con ademan casi extraviado.

Este aprovechó aquel momento para continuar así:

—Señora, crea usted en la sinceridad de mis palabras, porque para ocultar ahora la verdad, lo hubiera hecho por completo.

—Sin embargo, vuelvo á decir á usted que nada tema. Yo velo por la tranquilidad de usted, y sabré á tiempo hacer imposible cualquier intento que aquel abrigase.

Armanda comprendió en estas palabras, en la manera con que fueron pronunciadas, que Eugenio podia seguir siendo para ella un hombre dispuesto siempre á servirla en todo ciegamente, ó un enemigo por demás perjudicial y terrible.

Hay cosas que la mujer adivina con mucha facilidad, y aun cuando al principio lo que ménos podia presumir Armanda es que aquel hombre fijara en ella sus ojos guiado por un pensamiento amoroso, desde la última parte de su conversacion llegó á pensar si podia ser esta la intencion que le guiaba.

Quiso cerciorarse de ello, y afectando una tranquilidad que se hallaba muy léjos de poseer, exclamó:

—Creo á usted cuanto me ha dicho; no puedo concebir que su propósito sea el de engañarme con una mentira que muy pronto, sin duda alguna, habria de desvanecerse, y que á la vez probaba que no habian ustedes sabido cumplir un dia lo que ofrecieron.

Si las seguridades que usted me da acerca de que solo debo temer en un caso dado la presencia de mi marido, las creo igualmente, aunque bueno será que conste, añadió con altivez, que yo sé resistir la fuerza con la fuerza.

De un modo por cierto harto inesperado para mí, ha sabido usted probarme que no puedo aspirar de ninguna manera á un amor levantado y digno.

Continúe usted, pues, su explicacion, que ya le escucho, ofreciendo no interrumpirle.

—Así lo haré, señora.

Probado ya el primer extremo, solo falta llamar su atencion acerca de lo que indudablemente necesita poco esfuerzo de mi parte.

Le queda á usted, pues, en el mundo la realidad de un amor indigno y trivial como el de Ricardo, ú otro de la misma índole sin duda alguna.

Si dando crédito á la veracidad de mis palabras con-

viene usted en que es imposible la realizacion del primero, no necesito oir de sus labios que este último es sólo el único, poco envidiable por cierto, á que puedo aspirar.

Ruego á usted, señora, diga si me equivoco, si soy poco exacto ó juzgo con ligereza.

—Continúe usted, no deja de ser exacta su apreciacion.

—Pues bien, Armanda, llego ya al punto más interesante de mi propósito.

Usted, que no puede aceptar un amor vulgar; usted, que está muy por cima de esa generalidad de parásitos superficiales, no puede indudablemente avenirse á avasallar siempre de la misma manera y en los propios términos á los que empiezan por ser cínicos, gracias á su desvergüenza, y acaban por ser esclavos, gracias tambien á la pobreza de sus aspiraciones y al encogido y limitado materialismo de sus ideas.

Usted, dadas las condiciones de su carácter, necesita otra cosa, necesita un hombre de corazon fuerte y grande que, sabiendo amar, sepa tambien resistirla.

Dicen que el corazon de la mujer es un arcano, y sin que yo pretenda conocerle del todo, algo me ha dado la experiencia en ese punto que es bastante exacto.

¿Qué es, Armanda, para la mujer que tiene la conviccion de su mérito, luchar y salir triunfante con uno de esos enemigos pequeños que se creen felices si llegan á conseguir una sonrisa y que tiemblan ante una mirada?

Almas del temple de la de usted, Armanda, venciendo ó nó, deben unirse á quien comprenda su mérito, á quien le aumente y le haga brillar.

Pues bien, señora, ha llegado el momento. Yo amo á usted con toda la fuerza de mi empeño. Yo....

—¡Basta! exclamó Armanda mirando á Eugenio con incomparable altivez; yo tengo la culpa de escuchar tan atrevidas palabras.

Yo pude hacer entónces, evitándome el disgusto que experimento, lo que tengo que hacer ahora despues de haberle recibido.

Señor mio, salga usted de mi presencia.

El hermano de Sebastian no se movió del sillon que ocupaba. Tenia previsto aquel caso, y en su semblante no se dibujó otra cosa que una leve sonrisa de indiferencia.

Así que pudo contestar con la mayor tranquilidad en estos términos:

—¡Cuánto siento, señora, que pues que yo hago á usted justicia, no sepa corresponderme del mismo modo!

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque muy pobre idea habrá usted formado de mí, si cree que, una vez colocada la cuestion en el terreno que se halla, podré abandonarla y marchar de aquí obedeciendo su mandato.

—Es que tengo yo medios de que así suceda, aun á pesar suyo.

—¡Oh! tiene usted demasiado talento para acudir á recurso tan vulgar.

—Pues vea usted cómo lo hace, porque mi resolucion es irrevocable.

Elija usted de grado ó por fuerza.

—Ni de un modo ni de otro, exclamó Eugenio mirando á la orgullosa jóven con ademan provocador.

Esta vez á su anterior sonrisa habia sucedido una tranquilidad severa y grave.

—Tiene usted que oirme, Armanda, continuó en el mismo tono.

—Ante todo, recuerdo á usted que no olvide la distancia que á uno y otro nos separa.

—¿En qué esa distancia, señora?

—En que usted es un miserable criminal enriquecido por mí, y en que entre los dos ha habido las relaciones del que manda y paga con el que obedece y cobra.

Hubo un momento de silencio.

El hermano de Sebastian miró á Armanda de una manera tan pertinaz y sombría, que esta, aunque trató en un principio de resistirla y afrontarla, tuvo que bajarla á pesar suyo.

Contra lo que podia esperarse, Eugenio, despues de meditar un punto, prorumpió:

—¿Debo tomar esas palabras como una prueba hecha á mi serenidad, ó realmente por lo que significan?

—¡Oh! señor Eugenio, replicó Armanda con sonrisa desdeñosa y recalcando con intencionado sarcasmo esta palabra, menester es que desde que se ha hecho caballero haya adquirido una gran dósis de amor propio.

¿A qué fin habia yo de probarle? ¿Qué me importa que sea usted enérgico y fuerte, grosero ó atento?

Tome usted mis palabras por el sentido inmediato que representan, no de otra manera.

El insulto que Eugenio acababa de recibir, no podia ser ni más fuerte ni más directo é intencionado.

Con una impavidez estóica le recibió aquel hombre de carácter de hierro.

Todo esto lo habia previsto, era perfectamente lógico.

El golpe, sí, hirió su corazon, pero su exterior permaneció tranquilo.

Nada pudo denotar el fiero aguijon que acababa de penetrarle.

Sin embargo, ni era tiempo de volverse atrás, ni esto entraba en sus miras.

La lucha, pues, era forzosa é inminente.

No habia medio de desvanecerla.

Eugenio, que la habia provocado, que la vió estallar, obraba pues con perfecto conocimiento de causa y sin que tuviese en contra suya la sorpresa de la acometida.

Como era natural, comprendió del mismo modo que la fuerza debia rechazarse con la fuerza, y que al terrible insulto que acabara de lanzarle la jóven, debia contestarse con otro mayor.

Así pues, comprendiendo que nada era obstáculo á dejarse llevar en aquel instante de la impresion que aquel le habia causado, replicó con una entereza no fingida:

—Señora, oiga usted con atencion, porque veo con sentimiento que no entiende de ciertas cosas.

Dicen que en todo existen las gerarquías, y aun tambien, no sé por qué, hay quien las establece hasta en el crímen; pero los que tal creen se equivocan de medio á medio.

¿Es ménos criminal el que tiene elegida su víctima obedeciendo á un sentimiento de rencor ó de vengativa saña, al que es simplemente el brazo que obra?

Usted, Armanda, asesinó á su esposo, por más que mi hermano y yo descargásemos el golpe.

Entre nosotros existe una hermandad de sangre.

Esto no puede negarse.

Y cuenta, señora, que no trato de eludir el calificativo que merezco por mi pasada conducta.

¿Quiere usted que nos comparemos? Yo no tengo inconveniente.

Presente cada cual su hoja de servicios.

En mí se ve al asesino que por un puñado de oro hiere sin razon, mata sin piedad.

Esto lo hice tan solo una vez en mi vida, cuando usted me lo mandó; pero no importa, no quiero buscar argucias que defiendan mi conducta.

Maté, soy un miserable asesino.

Pasemos á usted, señora, continuó Eugenio con voz vibrante, á ver hácia qué lado se inclina la balanza.

Usted fué primero la mujer lasciva que, olvidándolo todo, hasta el amor de su hijo, abrió sus brazos á un miserable libertino y con él huyó de su casa.

¡Para que nada faltase, para que todo fuese digno, robó usted á su marido!

Fué consecuente, mejor dicho, completó la obra con semejante detalle.

Despues quiso usted el hijo.

Esto presentaba obstáculos gravísimos.

El desgraciado Estebanez tenia más dinero, y á no obrar con energía, todo iba á perderse.

Usted, señora, que cree hay mucha distancia entre los dos, pensó que, como vulgarmente se dice, podia de un solo tiro matar dos pájaros.

Que muera Estebanez, y riquezas é hijo vendrán á mí sin esfuerzo alguno.

¡La mujer adúltera iba á llegar en la senda del crímen hasta la epopeya!

Un brazo más ó ménos inteligente nunca falta.

Todo se previó por la digna esposa.

El brazo no tenia más que herir; una verdadera máquina se necesitaba, y esa fui yo.

¿Quién de los dos ha sido más criminal?

Yo no me defiendo, señora; tanto es así, que conozco mi falta sin violencia alguna.

Pero de eso á consentir que se me coloque, con respecto á usted, en un lugar preferente, de ningun modo.

En todo caso, y cuando más, seremos dignos el uno del otro, créalo usted.

Yo completé la obra; usted la concibió y supo llevarla á cabo.

Por último, yo asesiné, ¡soy un miserable! es cierto; pero no es la adúltera, nó, la que abandonó la casa de su marido robándole sin piedad, sabiendo despues preparar su muerte, la que debe despreciarme por indigno.

Siento, señora, continuó Eugenio, al ver en Armanda retratada cierta confusion sombría, que me haya usted puesto en el caso de hablar como lo he hecho.

Usted lo ha querido; no tiene que culpar á nadie.

Ahora bien, Armanda, añadió el hermano de Sebastian en tono amistoso, no insista usted en continuar una situacion insostenible.

Seamos amigos, y crea usted que ambos ganaremos más.

Eugenio no continuó.

Permaneció en silencio interrogando á la jóven con su mirada.

En el semblante de Armanda advertíanse bien claramente las señales del terrible efecto que la habian causado las atrevidas frases de Eugenio.

Muy grande esfuerzo necesitó hacer para no dejarse llevar de los iracundos impulsos de su alma.

Sin embargo, es indudable que, á haber procedido Eugenio con ménos energía usando de más miramientos, de seguro la repulsa habria sido violenta.

Comenzó á temer á aquel hombre y comprendió en su buen juicio que no debia seguir el anterior sistema.

Todo esto lo estaba leyendo Eugenio en el semblante de la mujer de Estebanez, y tuvo que esforzarse no poco para que no se revelase al exterior la satisfaccion que comenzaba á experimentar.

En un momento cambió Armanda su táctica.

Ganemos tiempo, se dijo, que el perjuicio de continuar yo como hasta aquí habria de ser irremediable.

Decidida á adoptar este partido, exclamó con voz tranquila y rostro sereno:

—Muy bien podria, amigo mio, en este momento decir á usted que habia querido hacer una prueba para poder así formar juicio de las condiciones de su carácter.

Creyéndolo usted ó nó, forzosamente habria de conformarse con mis explicaciones cuando ellas tendian á satisfacerle.

No quiero mentir, y esto probará á usted que en sus palabras he visto la sinrazon con que he sido insultada.

Lo confieso, Eugenio, en el primer momento, dejando hablar á una irascibilidad injusta, rechacé con aspereza suma su atrevida proposicion.

Y voy á ser más franca todavía; ya que no desconozco cuán altivo y dominador es mi carácter, estoy segura que al rechazar á usted con tanta dureza, lo hacia á impulsos de mi amor propio herido.

A ser yo una mujer de condicion apacible y blanda, no habria sabido hacer más que una de dos cosas:

O enmudecer fuertemente admirada por lo raro y terminante de su declaracion, hasta llegando á dudar tal vez si habria oido bien, ó subyugada por su atrevimiento, haber balbuceado una respuesta que acaso llenara en un todo sus deseos.

Yo, lo dije ántes, Eugenio, más que otra cosa creí escuchar un reto, y sin la táctica y prevision que solo concede la experiencia, dejé desbordarse el torrente de mi indómita energía y no vacilé en aceptar su amenaza insultándole.

Ruego á usted, amigo mio, que olvide la dureza de mis frases aceptando esta satisfaccion que le doy con muchísimo gusto.

—Señora, exclamó el hermano de Sebastian con su serenidad acostumbrada y con cierta expresion afectuosa, tengo la suerte de saber plegarme con facilidad á cuanto de mí se exige, siendo compatible con mi modo de ver en general.

Puede usted creer que agradezco con toda el alma sus benévolas y expontáneas explicaciones, y que desde este momento nada recuerdo de lo que estuvo á punto de lastimar la buena amistad que nos une.

Ahora, ántes de retirarme, y puesto que ya, segun debo creer, no acogerá usted mis palabras como lo hizo ántes, voy á permitirme hacer á usted una amistosa advertencia.

Jamás abandone un propósito hecho, aun cuando en ello lo arriesgue todo.

Vuelvo á insistir, aun cuando lo creo ocioso, en que no vea usted en estas palabras una simple alharaca, sino únicamente que, tanto de ellas como de mi anterior declaracion, que usted calificó de harto atrevida, conserve recuerdo y la seguridad de que mi insistencia es en todo incalculable.

Señora, continuó levantándose, dejo á usted, aunque no sin suplicarla me otorgue un favor señaladísimo.

—Diga usted, amigo mio.

—Que se sirva indicarme cuándo podré volver á saber su respuesta.

—¿Respuesta á qué?

Eugenio se sintió un momento contrariado; pero reponiéndose al punto, contestó con estudiada lentitud, á la vez que miraba á la jóven con extraordinaria fijeza:

—A la declaracion de amor que me atreví á hacer á usted ántes.

—¡Ah!....

—Para meditarla puede usted tomarse todo el tiempo que juzgue necesario.

—Pues bien, ahora mismo puedo decir á usted.... interrumpió Armanda con precipitacion.

—¡Oh! señora, se apresuró á añadir Eugenio, el estado en que ahora se halla su espíritu no es el más á propósito para meditar con frialdad.

Aunque usted lo dude, señora, jamás me ha gustado abusar de las circunstancias.

Si le parece á usted, volveré mañana á esta misma hora.

Armanda asintió á este aplazamiento.

Necesitaba meditar efectivamente.

Alargó la mano á Eugenio, que este se apresuró á estrechar, y acto contínuo abandonó el gabinete de la jóven.

Lleno de alegría se dirigió á su casa.

Sebastian, segun lo habia prometido, le aguardaba impaciente.

—¿Qué hay? exclamó al verle, ¿la has hablado?

—Sí.

—¿Y qué?

—Que será mia.

—¡Dios quiera que no tengas que arrepentirte!...

CAPITULO IX.

El lado sensible.

Armanda comenzó á temer á Eugenio.

Este volvió cuando habia indicado, y oyó de los labios de la jóven una de esas contestaciones ambiguas que, sin embargo, son suficientes á demostrar que el que las provoca lleva ya ganada la batalla.

El hermano de Sebastian iba triunfando.

Comprendió que dentro de muy poco podia llamarse felíz.

Todos los dias hacía su visita á la jóven, y excusado será digamos que en cada una de ellas crecian rápidamente sus esperanzas.

Una noche, al volver de su casa, distraido con sus pensamientos, comenzó á vagar á la ventura.

Habiase apartado de Armanda ébrio de gozo.

Su triunfo era ya seguro.

Iba á ser felíz.

Lisonjeado con esta idea, gozaba prematuramente con su amor propio.

La soledad en aquellos momentos le era indispensable.

Y es que en Eugenio, sin saberlo él mismo, sin haberse aun dado cuenta de ello, el amor verdadero, ardiente, abrasador, comenzaba á enseñorearse de su alma.

Creyó al principio que sería un triunfo para su vanidad sojuzgar el altanero desden de Armanda, y decidió poner en planta sus proyectos para conseguirlo.

Tal vez á ello le brindaban la superioridad que fácilmente debia reconocerse sobre la que no dudó un dia en acudir á su esfuerzo para realizar un crímen espantoso.

Si obró en consecuencia de tal superioridad, halló el castigo en la propia falta.

Si por mero pasatiempo quiso avasallar la voluntad de aquella mujer criminal, en aquel abuso debia encontrar la expiación.

El amor se apoderó de su alma.

Llegó á amar á la querida de Ricardo con todo el fuego de un corazon no gastado.

Y es que el hermano de Sebastian no habia amado, jamás tuvo tiempo para ello.

Entregado siempre, merced á su genio atrevido, en brazos de una ambicion insaciable, ni echó de ver que la edad iba á dejar en él su implacable huella, ni que el negro de sus cabellos se iria cambiando hasta asimilarse al color de la mortaja que sobre la vejez se extiende.

¡Y esto es innegable! Con raras excepciones, que no queremos calificar, más pronto ó más tarde, el hombre tiene que rendir ese culto á su alma.

¡Tiene que amar!

Segun fué su vida, segun su conducta sea digna ó reprobada, así en tan ineludible obligacion encuentra su premio ó su tormento.

¡No parece sino que un poder invisible se encarga de conducir al hombre, en este sentido, por el camino que merece al que se ha hecho acreedor!

Los grandes axiomas tienen sin duda alguna infinidad de aplicaciones.

Tal vida, tal muerte, hemos dicho ya en este libro á propósito de otro caso.

En el actual no puede tener una aplicacion más gráfica que la siguiente:

Llamamos al amor verdadero, tratándose del hombre libertino, la muerte el fin de su vida inquieta, agitada é intemperante.

En el sentido contrario, ó sea refiriéndonos al que con tranquila conciencia ha visto trascurrir algo más que el primer tercio de su vida, tan dulce acontecimiento viene á ser tambien la muerte, el fin de su vida pasada.

Para que haya consecuencia lógica en uno y otro caso, debemos advertir que en el primero hallará el hombre tormentos increibles, expiacion terrible de sus pasadas culpas.

En el segundo, inefables dulzuras y la envidiable tranquilidad á que se hizo acreedor por la honradez de su conducta y la religiosidad de su juicio.

La justicia divina es siempre una.

En su inescrutable misterio podrá darse el caso de que no siempre veamos aquí tan justa y natural consecuencia.

Cuando eso acontezca, no olvidemos que hay otra

vida sin fin, y que en ella el hombre recibirá el premio merecido, ó el castigo inexcusable de su depravada conducta.

Y segun puede calcularse, Eugenio iba á expiar sus culpas aquí abajo.

Ya sabemos quién es Armanda.

El tambien lo sabía, y sin embargo, víctima de las pasiones, esclavo como todo hombre de la comun miseria, la satisfaccion de su vanidad abocada á su próximo triunfo, hacíale olvidarlo todo.

¡Iba á ser amado por aquella mujer!

Ante semejante idea oscurecíanse todas las faltas que acerca de ella habia enumerado mil veces.

¡Qué estúpido y pequeño es ese dios falso que se llama amor propio y al que sin cesar rendimos ferviente culto!

¡Cómo no ha de inspirar en el mundo la mentira, si en su demanda gastamos tanto la luz de nuestros ojos que no podemos mirar de frente la que de la verdad se irradia!...

Dijimos al principio de este capítulo que Eugenio salió un dia de casa de Armanda completamente enajenado.

¡Sus esperanzas iban á tornarse en realidades!

¡Queria estar solo, no ver á nadie, aspirar con fuerza el aire puro!

A pesar de que iba á oscurecer y que por las calles de la villa y córte se dejaba sentir un frio propio del mes de Febrero, Eugenio decidió huir de todo el mundo para mejor poderse entregar á sus halagüeños pensamientos.

A este fin, despues de haber atravesado la Puerta del Sol, tomó maquinalmente la calle de Carretas, internándose en la de la Concepcion Gerónima.

Al llegar á la esquina de la Cava Baja, hubo de detenerse.

Una jóven modestamente vestida y con un niño en brazos de corta edad, pasó por delante de él.

El piso estaba húmedo y resbaladizo, y la jóven, precisamente al afrontar con Eugenio, quiso abandonar la acera para atravesar hácia la calle de Cuchilleros.

En el momento de ir á verificarlo se escurrió uno de sus piés, y hubiera caido al suelo sin el pronto auxilio que aquel supo prestarla.

La jóven habia exhalado un grito, y gracias al esfuerzo que hizo para caer del lado contrario al brazo en que llevaba al niño, pudo Eugenio detenerla en el aire.

Entre asustada y confusa dióle gracias, y se alejó con rapidez atravesando por junto á la cruz de Puerta Cerrada.

Eugenio se detuvo lleno de asombro.

—¡Dios mio! exclamó sin apartar sus ojos de la jóven que se alejaba, ¿habré visto mal? ¡Nó, no hay duda, es ella!

¡Pero en traje tan humilde!...

Si apénas puedo concebir....

¡Oh! es preciso que lo sepa. ¡La duda sería terrible!

Jamás me perdonaria no haberlo aclarado.

Diciendo así Eugenio, echó á andar tras la jóven con paso rápido.

En la fisonomía de este hombre pudo advertirse un cambio especial.

No era el mismo á quien hemos conocido hasta aquí.

Ni aun en medio de la alegría que notamos en él desde que salió de casa de Armanda, destellaba su rostro tan noble deseo y tan pura tranquilidad como en aquellos momentos.

Miéntras caminó tras ella para alcanzarla, mirábala con porfiado empeño, sin que en su fisonomía se revelase otra cosa que el más profundo respeto.

Cuando por fin llegó hasta ella, exclamó así con voz suave y apacible:

—Señorita Matilde.

Al oir este nombre la jóven, se volvió con cierto sobresalto.

Dijimos ya que empezaba á oscurecer, y tal vez por esta causa cuanto por un temor muy natural, la jóven exclamó con cierta precipitacion:

—¿Qué se ofrece á usted, caballero? ¿es á mí á quien se dirige?

—Sí, señorita, á usted, respondió Eugenio resplandeciente de alegría, pues ya no le quedaba duda de haber acertado.

¿Tan cambiado estoy que no me conoce usted ya?

—¡Ah! perdone usted; así al pronto, y como hace tanto tiempo que no nos vemos....

—Pero diga usted, señorita, exclamó el hermano de Sebastian con cierta seriedad, exagerada de intento para ocultar una emocion verdadera, ¿usted sola por la calle y con su niño en brazos?

—Le parece á usted extraño, ¿verdad? replicó la jóven con dulce y triste sonrisa.

—¡Señorita!...

—¡Qué hemos de hacer, Eugenio! hay que conformarse con la voluntad de Dios.

Yo no le pido otra cosa sino que nos dé fuerzas para criar á nuestro hijo.

—Pero ¡Dios mio!... ¿y el señorito Gabriel?...

—¡Trabajando dia y noche para nosotros!

—Y diga usted, señorita, continuó Eugenio conmovido y con los ojos arrasados en lágrimas, ¿podré yo verle ahora mismo?

—Sin duda alguna, Eugenio; en casa quedó cuando yo salí hace un momento.

—Pues bien, señorita, marchemos.

¡Ah! ¿quiere usted que lleve el niño? usted se hallará cansada, y para mí no solo no es trabajo, sino que tendria en ello mucho gusto.

—¡Oh! nó, señor, gracias; es esta una carga tan dulce, que nunca pesa á una madre.

Además, tiene tanto mimo, que de seguro no sabria corresponder á su amable ofrecimiento.

Con efecto, apénas este oyó la peticion de aquel desconocido, se acurrucó más contra su madre, ocultando medio lloroso su rubia cabecita.

Eugenio no insistió y siguieron andando.

—¿Me parece, exclamó Matilde, que fué usted mismo el que tan oportunamente evitó que me cayese allá arriba?

—Sí, señora, el mismo, y doy gracias á la Providencia que así me ha otorgado el placer de saber de ustedes.

Hablando así llegaron á la casa en que vivian Gabriel y Matilde.

Al penetrar en el portal, exclamó esta de nuevo, con la bondad que le era peculiar, ¿conque decididamente quiere usted ver á mi marido?

—Con muchísimo gusto, señorita.

—Pues prepárese usted á subir escaleras.

Diciendo así tomó la iniciativa, y comenzó á ganar el primer tramo.

Eugenio la siguió verdaderamente afectado.

Extraño era el contraste que ofrecian aquellas dos personas.

La jóven, pobremente vestida, recibia de parte de Eugenio los miramientos debidos á una gerarquía superior.

Y eso que este revelaba por su exterior un bienestar de que aquella se hallaba muy distante.

Matilde, que como sabemos, marchaba delante, llegó por fin á su pobre casa, y alzando el picaporte de la puerta, se volvió hácia su acompañante y le indicó con un ademan que podia penetrar.

Gabriel, el hijo del marqués de Lezaro, se hallaba sentado á la mesa en el mismo sitio en que le vimos la primera vez.

Solo que ahora la expresion de su rostro destellaba mucha más tranquilidad.

Al ruido que hizo Matilde al entrar, alzó la cabeza de su trabajo y fijó una mirada cariñosa en su hijo, que desde que entró habia comenzado á sonreir.

Antes de que pudiera decir una palabra, Matilde exclamó:

—Te traigo una visita, Gabriel.

—¿Quién? exclamó este levantándose con precipitacion.

—Yo, señorito, replicó Eugenio penetrando en el cuarto, sombrero en mano é inclinándose ante Gabriel con muestras del más profundo respeto.

Gabriel le miró un momento, y así que le hubo reconocido, exclamó:

—¡Ah que eres tú, Eugenio!

Perdona, hombre, si en el momento no te reconocí, porque te hallo no poco cambiado.

—Lo dice usted por el traje, ¿no es verdad? replicó Eugenio con dolorosa sonrisa.

—Hombre, algo contribuye á ello.

—¡Ay! señorito, aunque un dia le dije á usted cuál habia sido mi cuna y que por ella indudablemente es este el que debo llevar, no oculto á usted que jamás debió ser de la manera que le llevo.

Los jóvenes esposos no replicaron una palabra.

Gabriel se limitó á indicarle con un ademan que tomara una silla, y una vez que todos se hubieron sentado, el hermano de Sebastian continuó así:

—Vamos á ver, señorito, dejemos á un lado mi persona, que es harto humilde, y vengamos á lo que me importa.

—Sea como quieras. ¿Y qué es lo que te importa? sepamos.

—Van ustedes á saberlo.

Porque creo conocer á usted un poco, señorito don Gabriel, entraré en materia despues de un ligero preámbulo.

Trato de evitar que se resienta usted con lo que voy á decir.

Conste, pues, ante todo, que si alguna palabra mia produce mal efecto, es contra todo el torrente de mi voluntad.

—Bien, continúa, replicó Gabriel con su natural seriedad.

—Señorito, ¿tendrá algo de particular que yo pregunte á usted cómo de la riqueza que disfrutaba con arreglo á su clase, ha descendido hasta este punto?

Porque, si he de decir la verdad, cosa es que me ha lastimado hasta un punto que no puede figurarse.

Vuelvo á repetirlo, si no me cree digno de tal confianza, dígalo lisa y llanamente, y me callaré.

Habia tal acento de verdad y afliccion en las palabras de Eugenio, que Gabriel, que en el primer momento habia fruncido su entrecejo, previniéndose acaso mal, no pudo ménos de arrepentirse, y exclamó con naturalidad:

—Nada de extraño tiene que te admires, Eugenio.

Los continuados golpes que sobre mí ha descargado la desgracia, han sido causa de la situacion en que nos vemos.

Pero mira, tal vez contra lo que te figurarás, hemos llegado en cierto modo á acostumbrarnos á esta vida.

—Vaya, señorito, eso no puede creerse.

—Nó, si te confieso que al principio he sufrido más con mi carácter que con las amarguras de mi nueva posicion; pero ya nos hemos echado en brazos de una filosofía que, por lo ménos, conduce á mitigar la rabia, hija de la impotencia.

Miéntras Gabriel pronunciaba estas palabras medio sonriendo, Eugenio tenia la cabeza inclinada sobre su pecho y parecia entregado á algun pensamiento grave.

Bien puede decirse que no habia oido las últimas palabras de Gabriel.

De pronto exclamó así:

—Señoritos, yo voy á hacer á ustedes una confianza, y á pedirles un favor que estimaré en tanto, si me le conceden, como si mi vida estuviera en sus manos y me otorgaran su perdon.

Matilde miró á su marido con cierta señal de inteligencia.

Este replicó así.

—Dí lo que quieras, Eugenio; te escuchamos.

—Pues bien, prorumpió este con dolorido acento, al par que con no poca energía, muchas veces se ve en el mundo cierto contrasentido, del que en nosotros hay ahora buen ejemplo.

A veces, procediendo bien el hombre y con la virtud por delante, no solo no aumenta sus bienes de fortuna, sino que, como á usted le ha sucedido, desde la opulencia desciende á la miseria.

Bien comprendo que eso que llamamos riquezas no es lo que constituye nuestra felicidad, y que el que no las tiene, ó el que las ha perdido, siendo honrado y virtuoso, funde en el crisol de la desgracia la sólida base de una riqueza que hará su felicidad eterna.

Pero, en fin, miéntras vivimos en el mundo, nuestros pensamientos han de ser, en general, con arreglo á la miseria de nuestra organizacion.

Yo, señorito, al revés de lo que á usted le ha sucedido, puedo hoy llamarme rico, pues tengo un capital que pasa de un millon de reales.

—¡Hombre! ¿de veras? exclamó Gabriel con no poca admiracion.

—Sí, señor.

—No puedes quejarte de la suerte.

—¡Ay! señorito, esto no podria decirlo mas que aquí.

Ese capital ha sido mal ganado, es producto de un crímen que se me propuso y que no dudé en aceptar.

En este momento experimento una cosa especial, una sensacion hasta ahora desconocida, continuó Eugenio irguiendo su cabeza con una especie de grandeza indómita; desde que ví á la señorita, desde que me encuentro al lado de mis bienhechores, creo haberme regenerado.

Me parece que soy otro hombre.

Yo voy á decir una cosa, señorito don Gabriel; pero créame usted, no sé cómo empezar ni por dónde me ando.

Y lo que más me ofusca, y lo que más me llama la atencion, es que me suceda esto, cuando, sin alabarme, conozco que no soy tonto.

A usted, ya se lo dije en cierta ocasion, y no dije más que la verdad, mis pobres padres me educaron bien, y yo he visto siempre en el discurso de mi azarosa vida que, aunque mal aprovechada, no me han faltado dotes de ingenio.

Por eso hoy el embarazo que experimento no me lo explico de otra manera que en razon á la distancia que me separa de ustedes.

Al llegar aquí, Gabriel hizo un movimiento como de interrumpirle.

Eugenio, con respetuosa precipitacion, se apresuró á añadir:

No me interrumpa usted, señorito, hasta que concluya. Si no soy tan breve como usted pudiera apetecer y yo deseo, perdónemelo, que es tal la situacion de mi ánimo, que desde que ví á ustedes, desde que he entrado por esa puerta, comienza mi alma á sentirse agitada de una manera para mí desconocida hasta ahora.

Permítanme ustedes este desahogo.

Habia algo verdaderamente extraordinario y solemne en

aquel hombre, hasta entónces criminal, y en sus palabras y en la profunda emocion con que eran pronunciadas, esa mágia, ese encanto irresistible que solo la verdad puede llevar consigo.

La sensible Matilde, sentada junto á Gabriel y teniendo en sus brazos á su hijo dormido, parecia hallarse pendiente de las palabras de aquel, dando bien claras señales de que veia con satisfaccion el cambio que se adivinaba al oirle.

Gabriel, que escuchaba tambien con agradable admiracion, al oir aquellas últimas frases con que el hermano de Sebastian suplicaba de su bondad le oyeran atentos, se apresuró á exclamar:

—Continúa, Eugenio, el tiempo que quieras; miéntras hables en ese sentido, tendrás siempre la aprobacion del que te escucha.

—Pues bien, señorito, voy á seguir hablando con el corazon.

Hoy, en este momento, á nadie conozco en el mundo más que á ustedes que puedan comprenderme, que sepan apreciar mis palabras.

Además, importa mucho que me escuchen con atencion, porque voy á pedirles un favor tan grande, que me importa más que la vida.

Hubo un dia, entre otros muchos, que en union de mi hermano y dos compañeros de nuestra calaña, hicimos un robo en una casa de la calle del Cármen.

El esposo de Matilde, al oir esto, quiso de nuevo interrumpir á Eugenio; pero este, levantándose de la silla que ocupaba, continuó así poseido de un entusiasmo casi delirante:

—¡Oh! señorito, no me interrumpa usted, si cediendo

á la nobleza de sus sentimientos no quiere escucharme.

Yo sé quién es usted, conozco hasta dónde llega la grandeza de su alma; y como el cobarde que demanda al vino un valor ficticio, yo asímismo para la lucha que preveo vamos á entablar, necesito hacerme fuerte con el recuerdo de lo que usted hizo por mí.

Habíamos consumado el robo con la mayor suerte.

Mi hermano y los otros dos bajaban por la escalera delante de mí.

Dejamos bien entornada la puerta de la calle, y al tiempo de ir á abrirla hácia nosotros para abandonar la casa, penetraban en ella los dueños del cuarto robado, que eran dos hermanos.

La sorpresa y la turbacion se apoderaron de mis compañeros, que como he dicho marchaban delante. No sé si llevarian aun por esconder algunos de los objetos robados, pero es lo cierto que sin titubear cayeron sobre nosotros con toda la rabia de su justo enojo.

Era la primera vez que yo robaba, porque en mi vida infame cuanto malo he hecho ha sido no más que de seis ú ocho años á esta parte.

Solo recuerdo que me ví en la calle de la Salud defendiéndome con la navaja de los dos á quienes habíamos robado, que me acometian con encarnizamiento.

Aquella escena no tenia espectadores.

La noche estaba medrosa y oscura, y la hora era avanzada.

El arma que esgrimian mis contrarios eran espadas ó estoques.

Y aunque yo jamás conocí el miedo, me defendia á la

desesperada, en la seguridad de que al fin iba á sucumbir.

En uno de los infinitos golpes que me amagaron, y de los que me evadia la ligereza parándolos con la navaja, de resultas de un quite saltó la hoja de esta y me ví desarmado.

Instintivamente dí unos pasos atrás hasta chocar contra la pared de la iglesia.

Iban los hombres á echarse sobre mí, cuando armado como ellos se les interpuso un tercero.

Su serenidad y destreza eran tales, que á los pocos momentos desarmó á uno de aquellos, y los dos se dieron á huir, creyendo sin duda que el que tan oportunamente acudia á mi defensa era alguno de mis compañeros.

Aquel hombre era usted, señorito.

¡Oh! me acuerdo ahora como si estuviera pasando.

Le conté á usted todo, le dije toda la verdad.

Cuando llegamos á la puerta de su casa, al despedirme, me hizo usted una pregunta y tras ella un ofrecimiento.

Usted tal vez ya no se acuerde, y voy á repetir sus propias palabras.

A pesar de que, como ví entónces, apénas tendria usted diez y seis ó diez y siete años, aun siento y recuerdo que estremeció mi alma la excrutadora mirada que acompañó á su pregunta.

Si estoy hablando con un hombre, me dijo usted, respóndeme con verdad, aun cuando sea en contra tuya; de hacerlo cual yo deseo, reconoceré en tí, procediendo de ese modo, que no eres miserable del todo.

Si firmemente piensas no volver á robar, y llegas á saber que te persiguen por lo de anoche, ya sabes, aquí vivo, ven, y te protegeré.

Yo, señorito, dije que sí, subyugado por el miedo.

Al otro dia no vacilé en aceptar la oferta.

Alberguéme en su casa dos semanas, y en este tiempo consiguió, por medio de sus relaciones, que se echase tierra á aquel suceso.

Pues bien, fuí tan miserable y tan ingrato, que no solo no volví á ver al que tanto bien me hiciera, sino que continué cada vez más y más en la senda del vicio.

Ahora bien; desde este momento, prosiguió con altanero ademan, casi con altivez salvaje, renuncio para siempre y de la manera más solemne á proseguir en ella.

Pero aquí llega el favor que yo humilde solicito.

Dije ántes cuál era mi riqueza hoy; por ella he cometido el más grande de los crímenes, por primera y única vez en mi vida he teñido mis manos en sangre.

Pues bien, señorito, continuó con la frente inclinada y casi balbuceando, no la mitad, la tercera ó cuarta parte de mi fortuna, y que me sobra, la pongo á la disposicion de usted, no como dádiva, sino....

—Perdona, Eugenio, interrumpió Gabriel con severo ademan; ya has visto que he tenido la poca modestia de dejarte hablar de aquel favor que tanto encomias, y que fué por cierto bien natural.

Si obraste así para buscar una especie de justificacion al ofrecimiento de ahora, siento haberte escuchado.

No continúes, pues, en ese sentido, porque sería en balde.

Desde luego comprenderás que es inútil encarezca lo que estimo semejante oferta, y no dudes que será para nosotros una satisfaccion el que de hoy en adelante sea una verdad tu arrepentimiento.

Despues que Gabriel pronunció estas palabras, hubo un breve momento de silencio.

Matilde comprendia la embarazosa situacion que debia experimentar Eugenio, y queriendo evitársela en cuanto la fuese posible, apartó de él su vista fingiendo que acariciaba á su niño.

Gabriel, por el contrario, pretendia cohonestar el mal efecto que pudieran haber producido sus palabras sonriéndose tranquilo.

Por fin aquel, á pesar de la confusion que experimentaba, pudo exclamar con voz insegura:

—Y bien, señorito, decididamente ¿es eso lo que usted me contesta?

—Sí, Eugenio, sí.

—¡Está bien! Adios, señoritos, me marcho. Como yo no podré volver, aunque tal sea mi deseo, porque no merezco atravesar el umbral de esa puerta, si ustedes que rezan quieren alguna vez dedicarme alguna de sus oraciones, aunque sea corta, acaso Dios querrá oirla.

Si tal sucede, buena falta me hará.

Matilde sintió llenos sus ojos de lágrimas, y dirigió á su marido una mirada suplicante.

Este, que tambien se hallaba conmovido al observar la emocion de Eugenio, se apresuró á añadir con afable y amistosa entonacion:

—¿Y por qué no has de volver?

¿No sabes que el verdaderamente arrepentido es más agradable á los ojos de Dios?

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo voy á arrepentirme?... exclamó Eugenio con acento brusco.

—Hombre, tú mismo.

—Es verdad; pero me retracto.

—¿Cómo así?

—Va usted á saberlo:

De quien era el dinero que constituye hoy mi fortuna, ya no existe.

Si viviera, el único medio por donde debia empezar mi arrepentimiento, era devolvérselo.

Ya que esto no puede suceder, ofrezco á un hombre de bien una parte insignificante, y no quiere recibirla.

¿No es así?

—Ciertamente.

—Pues ya está explicada mi resolucion.

Si usted no acepta, yo vuelvo nuevamente á mi pasada vida.

—¡Eso no puede ser!

—¡Oh! ¡será!!! yo se lo aseguro.

Quiere decir, que de alguna manera, aunque no sé hasta qué punto, será usted responsable ante Dios de una perdicion que pudo evitar.

—¡Eugenio!

—¡Lo que usted oye, señorito!

—¡Eso es imposible! si tu noble determinacion es hija del convencimiento que has podido adquirir de las consecuencias que trae consigo la azarosa vida á que te has dedicado, renegarias de tu buen juicio si, porque yo no acepte tu ge-

heroso ofrecimiento, que agradezco con toda mi alma, fueras á castigarte, como lo anuncias, sin merecerlo absolutamente, sin causa para ello.

—Será verdad cuanto usted dice, replicó Eugenio con resuelta entonacion.

Creo conocer su carácter, y por lo mismo no tengo la más leve esperanza de convencerle.

A sabiendas, con toda intencion, persistiré en cuanto le he dicho.

¡Qué quiere usted! como no llegué á regenerarme del todo, no puedo ménos de ser rencoroso; quiero, ya que se obstina en no darme gusto, que le toque algo de lo que á mí me estará reservado por mi conducta.

En fin, señorito, nada más añadiré; usted es muy dueño de desairarme.

Se conoce que hay un genio para mí maléfico, que se obstina en anular mis intenciones, no dejando plaza á mis buenos deseos.

Lo he dicho ántes, no nos volveremos á ver; usted no quiere trabajar en pró de mi salvacion, que Dios castigue al que tenga la culpa.

Diciendo así el hermano de Sebastian, tomó su sombrero, y despues de una breve pausa exclamó con acento casi desgarrador:

—Señorita, voy á marcharme.

Dentro de un momento será ya todo inútil.

Ruego á usted en nombre de su hijo, que interceda por mí.

Lo que no han conseguido mis palabras, no será mucho que lo consiga su influencia.

La sensible y hermosa Matilde no pudo desoir las súplicas de aquel hombre.

Comprendió que hablaba á impulsos de la verdad, y sin vacilaciones ni dudas exclamó dirigiéndose hácia su marido:

—Gabriel, si algo puede para tí mi deseo, si algo es que yo interceda, porque así lo siento, en pró de lo que Eugenio dice, evita lo que está dispuesto á llevar á cabo.

Nunca podré yo querer otra cosa de lo que tú quieras; pero hoy mi corazon no me engaña, Gabriel, tengo la seguridad de que sin desdoro de la integridad de tu carácter, puedes aceptar lo que te se propone.

Eugenio no miente ahora mismo, lo conozco; de acceder tú, sea en la forma que quiera, le haces un obsequio señalado.

Perseverará en el arrepentimiento, y tuya ha de ser en mucha parte la gloria de que así suceda.

Ya sabe el lector quién era Gabriel.

Su índole altanera luchaba de contínuo con la bondad de su corazon.

La sensibilidad que heredó de su madre, de la desgraciada Lucía, mezclábase con el altanero y soberbio carácter del aristócrata marqués de Lézaro.

En tan crítica ocasion, no obstante, aquella fué la vencedora.

Despues de una leve vacilacion, se levantó.

Dirigióse á Eugenio con la mano extendida, que este se apresuró á estrechar, y exclamó así:

—Eugenio, acepto.

—¿De veras? ¡oh! ¡no me engañe usted, señorito! replicó el hermano de Sebastian trémulo de alegría.

—Yo no digo las cosas mas que una vez; pero ha de ser con una condicion.

—Diga usted, sea la que quiera.

—Que únicamente será un préstamo el que me concedes, y que he de fijar yo la cantidad en que consista.

—Bien, ¿á qué oponerme, si sería inútil?

Diga usted, y se hará tal como quiera.

—Pues bien, solo acepto la cantidad de seis mil duros.

—¡Señorito!

—O eso, ó nada.

—Bien, bien, no hay más que hablar.

Entónces, ahora mismo voy....

—Un momento, Eugenio; ¿creo que perseverarás en el arrepentimiento de que al principio nos hablaste?

—¡Oh! lo verá usted, señorito, replicó Eugenio con expansivo fuego, con toda mi alma.

Quiero ser digno de la estimacion de ustedes, y lo seré.

—Bien; entónces marcha, no te detengo.

Eugenio se apresuró á obedecer; despidióse de los dos jóvenes, y salió de aquella casa con una alegría y tranquilidad como nunca habia experimentado.

CAPITULO X.

Otra vez el marqués de Lézaro.

Excusado es decir que Eugenio se apresuró á cumplir su palabra en todos conceptos.

Aquella misma noche llevó el dinero á Gabriel.

Sostuvo una nueva campaña, negándose á recibir resguardo alguno, pero al fin hubo de ceder en vista de la formal insistencia del esposo de Matilde.

De vuelta á su casa, su primera determinacion fué escribir una carta á Armanda, en la que suplicaba le perdonase por su atrevido propósito, al que cobardemente pudo entregarse con la impunidad del que poseyendo secretos de trascendencia, con solo el silencio amenaza.

Que, á ménos de no ser llamado si algun dia necesitaba de él, recibiese en aquella carta sus disculpas y su despedida.

Armanda recibió aquella carta con tanta sorpresa como satisfaccion.

Evidentemente, Eugenio no se habia equivocado; á ceder aquella á sus deseos, hacíalo no más obedeciendo al miedo que le profesaba.

Excusado será digamos tambien que esta no contestó á su carta.

Desde el dia siguiente al en que Eugenio visitó á Gabriel y á Matilde, comenzó su nueva vida, dedicándose de lleno á buscar su última víctima.

Nos referimos á Estebanez.

A pesar de lo que dijo á Armanda en la conversacion que con ella tuvo, es lo cierto que solo creia en la existencia de aquel porque el corazon se lo revelaba, pero sin la más leve prueba de que tal pudiera ser.

Sin embargo, casi se hubiera atrevido á jurarlo.

Para Gabriel comenzó una nueva era.

En ménos de dos meses se le presentaron unos cuantos negocios con tan buena fortuna, que en aquel breve tiempo vió casi duplicado su capital.

Lo que en un momento vino á cambiar por completo su triste suerte, fué el siguiente extraordinario suceso.

El armador del buque en que tenia interesados aquellos treinta mil duros, hallándose expuesto á presentarse en quiebra, dispuso del importe de los valores fletados, con tan buena maña, que no llegando el buque á las costas españolas, pudo extender con mejor éxito la noticia de su pérdida.

Ya porque el resultado de sus negocios sucesivos se presentase satisfactorio, ya porque quisiera ir poco á poco descargando su conciencia, solventando paulatinamente deudas tan sagradas, ello es que por aquellos dias en que Gabriel comenzaba á ver con alegría el aumento del pequeño

capital que le prestara Eugenio, recibió letras pagaderas á un breve plazo, no solo de la cantidad que arriesgó en el viaje del buque, sino tambien de la ganancia calculada que le debia corresponder.

Tan fausto acontecimiento volvió á elevarle á su pasada fortuna.

Su primera resolucion fué devolver á Eugenio los seis mil duros que de él habia recibido.

Digamos en obsequio de este, que casi sintió la devolucion de aquella cantidad.

Así las cosas, y una vez que el lector se halla enterado de cuanto pasó de más importante hasta llegar el momento del rescate de Julia, pues los hermanos Alvareda, en union de Gabriel y del honrado vasco, no habian perdonado medio hasta ver realizados sus deseos, volvamos á la misma noche en que aquel se verificó y en el momento en que el marqués de Lézaro creyó que podia seguir adelante la farsa, llevando á su mujer á la casa de la calle de Leganitos.

Apénas acababan de dar las doce, cuando el coche que los conducia se paró ante la puerta de la citada casa.

Pedro, que se hallaba bien aleccionado y en acecho, les salió al encuentro.

Saludó con una profunda reverencia, y echó adelante guiando á sus amos.

—¿Dónde, dónde está mi hermana? exclamó Amparo con precipitacion.

—Ahora la verás, replicó el marqués sonriendo.

Pedro, guíanos hácia el cuarto de la señorita.

Inclinóse este de nuevo, y continuó su camino.

Al llegar á lo alto de la escalera, pues ya sabemos que

en el piso segundo se hallaban las habitaciones de Julia, Pedro se detuvo.

—¿Qué es eso? ¿á qué te detienes? exclamó el marqués con severidad.

—Señor, replicó el primero con gran turbacion, que está la puerta abierta, y yo....

—¡Acaba! ¿qué significan esas palabras? ¿qué quieres decir?

—Que estoy firmemente seguro de que al anochecer y despues que se sirvió la comida á la señorita, cerré yo la puerta y me traje la llave, que no he abandonado un punto, y que tengo aquí.

Amparo, que permaneciera en silencio miéntras se cruzaron estas palabras entre el marqués y su criado, experimentaba, sin saber por qué, una emocion y malestar crueles.

—Y bien, ¿qué quiere decir eso, Jacobo? se atrevió á exclamar por fin.

—Nada, sino que este torpe da importancia á lo que ha sido simplemente un olvido suyo.

Estas palabras, verdaderamente tranquilizadoras, desmentíanse intencionadamente por la entonacion con que fueron dichas.

Amparo, sin embargo, no se atrevió á replicar.

El de Lézaro, continuando á las mil maravillas el papel que le correspondia en aquella farsa, volvióse hácia Pedro, que permanecia inmóvil en actitud resignada y humilde, y y prorumpió así:

—Vamos, babieca, precédenos y avisa nuestra llegada á la señorita Julia.

El ayuda de cámara, con la pasiva obediencia de un suizo, penetró en la antesala, no sin haber hecho ántes un doloroso gesto, como si con él hubiera querido indicar que todo era inútil.

El marqués y Amparo le siguieron.

Una cosa habia inquietado al marqués en alto grado.

En primer lugar, cuando Pedro salió á su encuentro llevaba vendada la cabeza y en su rostro observé una palidez casi cadavérica.

Creyó al principio que lo de la venda podia haber sido adoptado por su ayuda de cámara como un gráfico detalle de artista.

Presumiéndolo así, en razon á que le era bien patente su travesura, comenzó tambien por su parte y segun hemos visto, á contribuir al infame engaño de que iba á ser víctima la infortunada esposa; pero cuando vió cómo continuaba Pedro su papel, sospechó de nuevo y con más fuerza.

Creia imposible el fingimiento hasta el punto que le llevaba su criado.

Decidido á saber cuanto ántes la verdad de todo, apresuró el paso con una ansiedad que en aquel momento no era fingida.

Cuando aquellos entraron en el salon, vieron á Pedro volver corriendo y con todas las señales de la más profunda desesperacion.

—¡Oh! ¡señor marqués! ¡máteme usted, soy un miserable!

—¿Qué es eso?

—¡Dios mio! dijo Amparo á su vez, palideciendo y mirando al criado con ansiosa inquietud.

—Mire usted, ¡no está la señorita! ¡ha desaparecido! ¡la han robado!!!

El de Lézaro veia á su confidente representar el papel tan á la perfeccion, que para no destruir los efectos de la comenzada obra, simulando la ansiedad natural que debia experimentar, se precipitó en el gabinete.

La hija de Olmedo, la pobre víctima de tan infame trama, le siguió tambien exhalando un grito terrible.

El espectáculo que se ofreció á su vista era en un todo digno de la inventiva del que lo dispuso.

En aquel recinto veíanse claramente marcadas señales de que algun acto indigno y violento se habia representado allí.

La colgadura que interceptaba el ingreso al dormitorio de la jóven, hallábase rasgada.

Algunos sillones en desórden se veian por uno y otro lado; en una palabra, el ménos observador, sin vacilar un punto, habria podido afirmar que aquel sitio habia sido teatro de una escena terrible.

Renunciamos á describir la desesperacion de la infortunada Amparo al ver que nuevamente habia perdido á su hermana.

El marqués se esforzaba en consolarla, asegurando que tardaria bien poco en correr de nuevo, empleando todo su valimiento, toda su energía, hasta librar para siempre á la desventurada Julia de sus infames enemigos.

Sin embargo, todas sus protestas eran inútiles.

Sintiéndose Amparo próxima á desfallecer, rogó á su marido que la sacase de allí cuanto ántes.

Nada podia cuadrar mejor á las intenciones de este que

tal deseo; así fué que, dándola su brazo, la acompañó hasta el coche.

Entónces pretestó que inmediatamente iba á poner lo sucedido en conocimiento de las autoridades, añadiendo que la ofrecia solemnemente no volver á su lado sin llevarla una esperanza tranquilizadora.

La pobre Amparo, deshecha en llanto, dejóse caer en el testero del coche.

Su mismo esposo cerró la portezuela, y un momento despues volvia á entrar de nuevo en la casa con la sonrisa en los labios.

¡Habia triunfado!

Cuando se vieron solos amo y criado, aquel exclamó así:

—Vamos á ver, Pedro, tal ha sido la perfeccion con que has llevado á cabo tu trabajo, que necesito saber cuanto ántes si salió todo con arreglo á nuestro deseo.

¿A qué te has adornado con esa venda?

—Señor, replicó Pedro dando un suspiro, de todo tiene ménos de adorno.

—¿Pues qué ha sido?

—Un golpe que, á darme un par de dedos más á la derecha, me deja como un pájaro.

Aquí junto á la sien izquierda tengo la herida.

Al oir estas palabras, y casi más que por ellas por el tono de compuncion con que fueron dichas, volvió á temer el marqués si sus sospechas podrian ser realidades.

Así que, trémulo y casi fuera de sí, exclamó:

—¿Y Julia? ¡qué ha sido de ella! ¡dónde está!

—¡Señor, no lo sé! balbuceó el ayuda de cámara inclinándose con humildad.

—¡Miserable!!!

Pedro no se meneó siquiera.

El marqués tuvo intenciones de estrangular al ayuda de cámara entre sus manos.

—Vamos á ver, tronó el de Lézaro despues de un ligero silencio, ¡qué es lo que ha pasado aquí!

Habla pronto y claro, ¡ó vive Dios que pagarás cara la burla!

Pedro, sacando fuerzas de flaqueza, se apresuró á exclamar:

—En primer lugar, señor, todo se habia dispuesto conforme á lo que se sirvió prevenir.

El coche estaba preparado á la hora indicada, y mi hermano se encargó de guiarlo.

Como yo debia acompañar á la señorita, dispuse todo de modo que, cuando ustedes viniesen, hubiera aquí señales evidentes á demostrar la violencia del rapto.

Hecho así, subimos al carruaje.

Despues, señor, al dar frente á la calle de los Dos Amigos, sentí que aquel se detenia.

Antes de volver de mi sorpresa se abrieron las portezuelas y por cada una asomó un hombre.

Yo iba sentado al vidrio, y tomando con rapidez una de las pistolas que llevaba á mi lado, la dirigí contra uno de ellos; tuve la desgracia de que faltara el piston, y al ir á abalanzarme sobre la otra, sentí tan fuerte golpe en la cabeza, que perdí el sentido.

Cuando volví en mí, me encontré en las cocheras de la casa.

Mi hermano se ocupaba en restañarme la sangre.

Los que nos atacaron se habian llevado á la señorita, ménos dos de ellos, que nos dejaron, guiando el carruaje á la cochera.

—¿No oiste á Julia la menor palabra por donde pudieras inferir algo?

—¡Ah! nó, señor, porque olvidaba decir á usted, que para asegurar más el éxito de nuestra obra, supe con maña darle el narcótico que usted me indicó otras veces.

El de Lézaro no acababa de volver de la sorpresa que le produjeran las palabras de su criado.

Semejante revelacion fué tan inesperada como terrible.

Todo un infierno de furiosos celos é impotente cólera estalló con ímpetu en su corazon altivo.

No sabía qué hacer ni qué partido tomar.

Y su situacion no podia ser más grave.

No solo veia deshecho su plan con respecto á Julia, sino que comprendia harto bien que tal vez ántes de muy pocas horas, sabria Amparo y el coronel Olmedo la verdad entera de su proceder.

En el primer momento, ya lo hemos dicho, tuvo intenciones de desahogar su cólera en Pedro; pero pudo dominarse ante la idea de su conveniencia.

No tenia nadie más que á él en quien depositar su confianza y con quien poder contar en cualquier sentido; así que, contra lo que el mismo Pedro aguardaba, le oyó exclamar:

—Y bien, lo hecho no tiene remedio; es menester que no desesperemos.

Una cosa te advierto, aunque sé que no lo necesitas.

Si hallas manera, si á ti llego á deber el triunfo de mis

enemigos, tendrás un premio cual no te atreverias ni á soñar.

—Señor marqués, bien sabe usted y debe constarle, que yo no necesito estimule mis buenos deseos.

Suyo soy siempre en cuerpo y alma.

Mande usted cuanto guste, y en todo como hasta aquí será obedecido.

—Vamos á ver, meditemos con calma.

¿Quién puede haber sido el que te arrebató nuestra presa?

—Señor, eso lo encuentro muy claro.

Nadie puede ser mas que su buen amante.

—¡Báh! ¿crees eso?

—Sin duda alguna.

—Su amante está en la eternidad.

—No me atreveria yo á jurarlo, señor.

¿Usted cree que eso puede ser obra de la señorita Amparo? ménos todavía.

Quiero suponer que el viejo coronel fuera capaz de acometer tal empresa, lo que es completamente inverosímil.

—¿Y por qué?

—Porque de haber adquirido la certeza de que es usted el que tenia en su poder á la señorita Julia, no hubiese tenido necesidad de usar tal procedimiento.

Esto no tiene vuelta de hoja.

—Es verdad.

—Pues bien, siendo eso así, nadie hay que pudiera estar interesado en tal cosa mas que el que usted supone en el otro mundo.

—Vamos á ver, meditemos, replicó el marqués pensativo. Creo que tienes razon; lo que ahora falta es considerar,

dadas las circunstancias, cómo obrarán, ya que gracias al diablo han salido adelante con su empeño.

—Lo que es eso se ve tan claro como que existimos.

—A ver, explícate.

—Y usted lo verá lo mismo, señor marqués; no hay más que fijarse en ello un momento.

Siendo el amante el salvador, ya ve usted en qué posicion tan bonita se coloca.

Si algun dia podia encontrar oposicion en la familia de su amada, hoy de ningun modo.

Solo con decir mis méritos, con haberla librado de su infame raptor, tiene conseguido el logro de su anhelo.

Así que voy á atreverme á predecir lo que vá á suceder.

—Habla, exclamó el marqués vivamente interesado al ver el aire de conviccion con que se expresaba su ayuda de cámara.

—¿No dice usted que mañana llega el coronel?

—Positivamente.

—Pues bien, crea usted esto tan seguro como si lo estuviera viendo.

Si trascurre el dia de mañana sin novedad, no es el antiguo amante el que libró á la señorita Julia.

—Tienes razon.

—Naturalmente, porque entónces y de ser él, le faltaria tiempo para con harta justicia hacerse simpático á los ojos del padre.

Y no puede ser de otra manera.

—Y bien, entónces ¿qué hacemos?

—Eso es lo que hay que pensar.

—Pedro, exclamó el marqués con sorda desesperacion, te

confieso que nada me ocurre, que es tal el estado en que me encuentro, que las ideas bullen en mi mente envueltas en una especie de niebla sin que pueda coordinar una sola.

Tú tambien tienes que vengarte, Pedro; ayúdame á escoger un medio.

¡Es forzoso que haya lucha y que triunfemos!

—Verdad es, señor, que sentiria con toda mi alma no poder tomar venganza en la parte que me toca.

Soy rencoroso como un diablo, y no quisiera morirme sin poder averiguar á quién le soy deudor de este trompazo que por poco no me da pasaporte para el otro mundo; pero debe constar á usted, señor, que sin eso puede siempre disponer en todo y para todo.

—Lo sé, Pedro, lo sé; por lo tanto nada te digo.

Ahora lo principal es que no perdamos tiempo.

Esfuerza tu imaginacion, porque es indispensable que ántes que sea de dia tengamos ya un plan fijado, del cual no nos apartemos.

—Muy bien, señor; pero aunque reconozco perfectamente la urgencia en que nos hallamos, la misma importancia del asunto exige que sea tratado con la debida detencion.

—¿Adónde vas á parar?

—A que me conceda usted el obsequio de dejarme meditar solo siquiera una hora.

—¿Y al cabo de ese tiempo?

—Ofrezco á usted solemnemente que habré hallado un plan que seguir.

—¡Convenido! Puedes retirarte; dentro de una hora te mandaré llamar.

—Está muy bien, señor.

—Adios.

Pedro saludó al marqués con una profunda reverencia, y se disponia ya á abandonar el gabinete, cuando se abrió la puerta dando paso á un criado.

– ¿Qué es eso? interpeló el marqués con enojo.

—Señor, acaban de llegar tres caballeros que quieren ver á V. E.

—¿Y cómo saben que estoy aquí?

—Lo ignoro, señor.

—¿Y no sabeis de siempre que en esta casa no recibo á nadie?

—Tanto el portero como yo, hemos dicho que no estaba V. E.; pero....

—¿Qué?

—Han contestado que vienen de la otra casa y que la señora marquesa, en vista de la imperiosa necesidad que manifestaron de ver á V. E., les ha hecho venir aquí.

El de Lézaro reflexionó un momento..

A dejarse llevar de su primer impulso, se hubiera negado indudablemente á recibir tan extemporánea visita; pero atendida su situacion nerviosa por una parte, y por otra la natural curiosidad que aquella le inspiraba, se decidió á dejarse ver.

—Marcha y guia hácia aquí á esos señores, exclamó dirigiéndose al criado; y tú, Pedro, no olvides lo acordado.

Ya te llamaré.

—Está muy bien.

El ayuda de cámara volvió á inclinarse profundamente y se retiró.

El marqués de Lézaro quedó solo esperando la visita.

CAPITULO XI.

Una escena más propia de los tiempos caballerescos que del siglo XIX.

El gabinete en que iba á recibir el marqués á los que con tanta urgencia deseaban hablarle, era el mismo que ocupó Julia durante su singular cautiverio.

Hallábase alumbrado por una sola luz, velada y misteriosa.

La lámpara que la contenia se ocultaba entre las flores artificiales de un gigante búcaro con pié de porcelana de Sevres, colocado sobre la repisa de la chimenea.

La ténue claridad que esparcia, dejando apénas distinguir los objetos, no podia ser más fantásticamente lánguida.

En medio de tanta riqueza, ó mejor dicho, sobre ella misma, destacábase de una manera extraordinaria ese lento llorar del alma que se llama tristeza.

En aquel perfumado camarin, un poeta hubiera escrito

una elegía, una niña enamorada habria exhalado un suspiro, un escéptico de seguro no habria pasado del umbral.

Aunque el marqués jamás habia estado en él tanto tiempo como aquella noche, sobre todo desde la permanencia de Julia, no hizo semejante observacion.

Ni siquiera se le ocurrió que no era aquella luz conveniente para recibir visitas.

La situacion de su ánimo era entónces harto grave para que pudiera descender á tales pequeñeces.

Pocos momentos despues de haber quedado solo, abrióse de nuevo la puerta, y se oyó la voz del criado, que dijo:

—Pueden ustedes pasar.

El marqués alzó la cabeza, y vió penetrar silenciosos á los tres personajes que le habian anunciado.

Levantóse del sillon que ocupaba, exclamando con su natural altivez:

—A pesar de lo intempestivo de la hora, he accedido á recibir á ustedes en vista de su insistencia.

—Y ha hecho usted perfectamente, dijo con voz severa uno de los tres.

—¿A quién tengo el gusto de hablar? repuso el de Lézaro, esforzándose por ver el rostro de los desconocidos, que se hallaban de espaldas á la débil luz del gabinete.

El mismo que ántes hablara, replicó:

—Muy pronto va usted á saberlo.

Antes, sin embargo, sería muy conveniente que diese usted órden de que por ningun concepto se nos interrumpa, pues va á ser un poco larga nuestra entrevista.

—Jamás entra aquí nadie sin que yo llame, esto por lo que respecta á su deseo; en cuanto á lo que podrá durar la

entrevista, sepa el que así me habla que las que yo concedo tienen siempre la duracion que me acomoda.

—Bien, dejemos eso, replicó el desconocido con desdeñosa entonacion.

Señores, continuó volviéndose hácia sus compañeros, imítenme ustedes; no aguardemos para tomar asiento á que el señor marqués se digne concedernos tan alto honor en su presencia.

Los tres ocuparon los sillones más próximos, cerrando el paso á la puerta.

—Caballero, exclamó el marqués lívido de cólera adelantando hácia el que habia hablado.

—Señor marqués, tenga usted á bien imitar nuestro ejemplo.

¡Calma sobre todo!

—¡Qué quiere decir esto! tronó de nuevo el de Lézaro; ¿piensan ustedes que habrán de avasallarme porque de una manera que no necesito calificar, se atreven así á faltarme en mi propia casa?

A los que son iguales á mí, jamás dudo en satisfacerlos en cualquier terreno.

A los que nó, cuando proceden con su natural grosería, acostumbro siempre á que mis criados se encarguen de contestarles en mi nombre.

Fuera de aquí, exclamó adelantando hácia el llamador de la campanilla, ó apelaré á este recurso para arrojarlos de mi casa.

—Señor marqués, si llega usted siquiera á tocar la borla de ese cordon, la bala de esta pistola va á dejar á usted sin vida.

El marqués se detuvo, pero no sin que un estremecimiento de ira agitase todos los músculos de su cuerpo.

La palidez de su rostro habíase hecho cadavérica.

Gruesas gotas de sudor comenzaban á humedecer su frente.

Como tal vez haya adivinado el lector, los tres hombres que el de Lézaro tenia ante sí, y cuyos rostros no habia distinguido, eran su hermano Gabriel y Fernando y Julio Alvareda.

Este último habia hasta entónces llevado la palabra.

Cuando el de Lézaro retiró el brazo próximo ya al tirador, Julio Alvareda volvió á exclamar así:

—Créame usted, señor marqués, lo mejor que puede hacer es tomar asiento y revestirse de un poco de calma.

Si se para usted á reflexionar que no hemos contestado como se merecia al grosero insulto que acaba de dirigirnos, forzosamente habria de comprender que es muy grave la cuestion que aquí vamos á ventilar.

Aquí, señor mio, cada uno de los que han tenido la paciencia de escucharlo, valen más, mucho más que usted.

Sentado esto, calcule, vuelvo á repetir, que solamente tratándose de llenar un imperiosísimo deber, hemos podido despreciar el insulto.

Además, continuó con sarcástica ironía, para tranquilizar los escrúpulos emanados de su alta gerarquía, sepa usted que no somos indignos ninguno de cruzar nuestra palabra con la del marqués más encopetado.

Desde que Julio comenzó á hablar, aquel no parecia que se hallaba atento á sus palabras, sino más bien, y aun á

pesar de la rabia que le dominaba, parecia buscar con afan una manera de satisfacerla.

De pronto y como si cediese á una nueva resolucion, hizo un violento esfuerzo procurando con él aparecer tranquilo, y exclamó así con voz seca y breve, á la vez que se dejaba caer en un sillon colocado enfrente de sus antagonistas:

—Jamás he hecho la prueba de si podria vencer á tres enemigos hallándome desarmado, al revés de lo que de seguro acontecerá á ustedes.

No me falta valor para intentarlo, añadió mirándolos con altanera provocacion; pero no quiero hacerlo porque ansío ántes conocer cuáles son sus intenciones.

—No creemos, por cierto, que sea usted un hombre del todo cobarde.

—¡Caballero!

—Perdone usted, señor marqués; dentro de muy pocos momentos explicaré á usted estas palabras, y tengo la seguridad de que para sí apreciará que tengo razon.

Ahora continúo:

Señor marqués, para que deje usted de mortificarse tratando de ver si distingue nuestros rostros, gracias á la poca luz que hay aquí, voy á decir á usted quiénes son los que tiene delante.

Y lo haré de una manera especial.

Preste usted atencion.

El rico y orgulloso marqués de Lézaro, y aquí va á entrar de paso la explicacion de aquella frase que le sentó á usted mal, tuvo *valor*, al verse desdeñado por una señorita en sus pretensiones amorosas, para desafiarla á que

habria de conquistar el sí anhelado, de grado ó por fuerza.

—No continúe usted.... interrumpió el de Lézaro con voz sorda; conozco esa historia y no necesito oirla en este momento.

—La oirá usted, porque tal es mi deseo.

—¿Y qué, por ventura, estoy yo supeditado á oir lo que no me agrade?

Sean ustedes quien fueren, replicó volviéndose á entregar á su pasada violencia, no serán ciertamente capaces para avasallarme en ningun sentido.

—Señor marqués, si no quiere usted que torzamos nuestras intenciones, que hasta ahora son mucho más decentes de lo que usted se merece, contestó Julio con voz sonora, le recomiendo que se abstenga de apelar á su soberbia.

Usted tiene que oir hasta el fin cuanto queramos decirle, ó le mato á usted sin piedad.

—¡Oh! caballero, exclamó el marqués trémulo de ira, han sabido ustedes sorprenderme, y gracias á la coaccion que ejercen, habré de enmudecer; pero ¡ay de ustedes cuando yo pueda pedirles estrecha cuenta de estos momentos!

—Para que vea usted hasta qué punto prevenimos sus deseos, tengo el gusto de noticiarle que esta misma noche tendrá ocasion de exigirnos esa estrecha cuenta.

Ya ve usted que no podemos hacer más por nuestra parte.

—Siendo así, escucho cuanto tengan que decirme.

—Pues bien, continúo.

Decia ántes, que despues de amenazar á la jóven el rico marqués, llevó á cabo su decision heróica poniéndose casi al frente de un ejército.

La jóven, que adivinaba de cuánto era capaz el digno marqués, creyó hallar únicamente su salvacion en que la iglesia sancionara con su autoridad la union que existia proyectada entre ella y su amante.

El enemigo de su dicha tenia sin duda alguna buenos espías, así que supo la salida de los dos amantes con la debida anticipacion.

¿Se acuerda usted de aquella noche, señor marqués? continuó Julio con acento lúgubre.

El éxito coronó sus infames deseos. Mas no obstante, adivino que, como en este momento, cuantas veces haya herido su mente este recuerdo, el carmin de la vergüenza habrá enrojecido su rostro.

El amante quiso defender á la pobre víctima; ¡pero tuvo que ceder ante el número de los verdugos!

No podia hacer más que una cosa, y la hizo.

No pudiendo romper las ligaduras con que sujetaron sus brazos, escupió en la cara al *valiente* marqués, que de una manera tan infame triunfaba del desden de una mujer que no podia amarle.

Con una rabia muy parecida á la que usted se ha entregado ya dos veces, desdeñó entónces el reto que yo le lancé, y acabó por fin colocándose á la altura del cobarde asesino.

Excuso decir que aquel amante, á quien usted creeria bien asesinado, no es otro que el que en este momento le habla.

Ya conoce usted uno; vamos al otro.

Este otro caballero es aquel don Fernando de Alvareda con quien en aquella misma noche y unas cuantas horas ántes tuvo usted un desafío creyéndole el rival afortunado,

y con un valor heróico tambien, dispuso ó consintió que le matasen á traicion.

Los muertos de aquella noche ha querido Dios que se levanten.

¡Negra y mala era la causa de usted para que dejara de temblarles el pulso á los asesinos!

Pues bien, señor marqués, despues que pasado algun tiempo volvimos á la vida, como era natural no tuvimos más que un pensamiento: el de satisfacer á usted la deuda que habíamos contraido.

Como en el órden que nos prescribimos era menester comenzar por el rescate de Julia de Olmedo, y esto exigia mucho tacto y mucha prudencia, porque usted en la escuela de todo género de picardías es por demás experto, determinamos evitar el que nos viese hasta haber conseguido nuestro noble empeño.

Hoy, que gracias á Dios lo hemos conseguido, para completar el plan no falta más sino lo que hemos venido á hacer aquí.

¿Calcula usted qué podrá ser?

—Nó, ni me tomaré el más pequeño trabajo para adivinarlo, replicó el de Lézaro con impudente calma.

—Está usted en su derecho de no molestarse; pero se lo diré.

¡Venimos á matarle!

El marqués se estremeció de una manera imperceptible; pero afectando la más perfecta calma, replicó señalando á Gabriel:

—¿Y este caballero viene tambien á ayudar á ustedes en su empresa?

—Nó, señor, contestó Julio Alvareda con severo acento, viene como testigo.

—¡Ah! ¿por la parte de ustedes?

—Por la de ambos.

—Dispense usted, caballero, exclamó el de Lézaro con sardónica sonrisa; una cosa es que á mí me sea de todo punto indiferente la cuestion, y otra que quiera convencerme de que es igualmente idóneo para ustedes que para mí.

—De nuevo nos hace usted poca justicia.

El caso estaba previsto.

—¿Sí?

—Va usted á juzgar.

Antes he podido hablar por mi hermano al hacerlo por mí. Con ese caballero no me ligan otros lazos que los de la más estrecha amistad, y no necesita por cierto que hable yo por él.

Al oir estas palabras el esposo de Matilde, se levantó del asiento que ocupaba, y despues de adelantar en silencio hasta colocarse junto al marqués, exclamó con acento digno y tranquilo:

—El testigo soy yo, caballero.

En el primer momento no supo qué contestar el de Lézaro; tal fué el efecto que le causó la presencia de su hermano.

Inútil será digamos, que desde el punto en que supo su existencia, le odió con toda la energía de su alma.

Su proceder para con él, harto nos lo demostró.

Si lleno de ira su corazon habia escuchado hasta entónces cuanto le revelara Julio de Alvareda, no fué tanta la

violencia con que se desplegó aquella como al conocer á su hermano en el que acababa de acercársele.

Horriblemente demudado y pálido, comenzó por lanzarle una fiera mirada, levantóse como él, y exclamó con violencia:

—¡Oh! esto va á ser edificante; uno de los asesinos va á ser el bastardo de mi casa.

Señores, exclamó impetuoso dirigiéndose á Alvareda, no sabe usted cuánto le agradezco la sorpresa que me reservaba.

Si era posible que por un momento sintiese yo ante la decision de ustedes alguna sombra de temor, ahora, pueden creerlo, no existe en modo alguno.

—Vamos á ver, deseo ya llegar cuanto ántes á la conclusion.

Explíquenme cómo va á ser esta.

—En este mismo sitio, que yo encuentro excelente para un desafío, habrá de ultimarse nuestra contienda.

—Y bien, exclamó el de Lézaro con feroz ansiedad, creo adivinar lo que ustedes se proponen.

A todo trance desean mi muerte, y se han hecho la cuenta de que aun cuando yo salga bien en la primera prueba, alguno tendrá mejor suerte y conseguirán el objeto de vencerme.

Es decir, que voy á tener tres desafíos en mi propia casa, y uno en pos de otro.

Corriente, acepto hasta con agradecimiento, porque de un modo ó de otro se acabará pronto y bien.

Sin embargo, voy á permitirme solicitar una gracia.

¿Quieren ustedes dejarme que vaya eligiendo?

El semblante del marqués al decir esto, brilló con un fulgor extraño que causaba, más que pavor, repugnancia. Gabriel se sentia mal en aquel sitio.

Miraba á su hermano con cierta invencible repugnancia no exenta de lástima.

Los Alvareda, con el odio mortal que profesaban á aquel hombre.

Julio contestó así á sus palabras:

—Puede usted elegir sin duda alguna.

—Muchas gracias; entónces, como aquí no hay que buscar testigo alguno, porque lo serán los que aguarden su turno, aunque parezca extraño, y más aun abominable, el que yo quiera caricaturizar aquí la escena de Cain y Abel, quiero empezar por el que se reservaba el cómodo papel de espectador.

¡Elijo á este miserable bastardo!

Ante tanto cinismo, ante tan ciega prostitucion, y más que nada á causa del terrible insulto que acababa de recibir Gabriel, Julio y Fernando se levantaron con velocidad, previendo ya lo que este podria hacer en aquella ocasion aconsejado por la ira.

Sin embargo, la sorpresa más extraordinaria paralizó sus movimientos, porque contra lo que se habian figurado, en Gabriel no se advirtió exteriormente otro efecto con lo que acababa de oir, que el de una palidez fuertemente intensa, casi cadavérica.

Con un ademan entre afectuoso y grave, indicó á sus amigos que podian estar tranquilos, y despues de una breve pausa comenzó así con voz al parecer tranquila, pero que fué despues poco á poco creciendo en exaltacion:

—Si algun átomo de duda pudiera abrigarse en mí acerca de lo que usted es, las últimas palabras que en este momento acaba de pronunciar serian más que suficientes para desvanecerle.

Indudablemente, caballero, cree usted cercano el fin de su vida; y sin necesidad de historiar los hechos en que la ha invertido, pues harto bien grabados se hallan en su conciencia, comprende usted qué es lo que podrá esperar en la otra vida, y acaso en la misma desesperacion que esto le produce quiere usted aun ahogar la voz de aquella cayendo en un nuevo crímen.

Y hay más, señor marqués; yo no puedo batirme con usted, porque me lo rechaza un sentimiento superior á mi voluntad.

De no ser así, hace ya tiempo que no viviria usted.

En cuanto al insulto que acaba de hacerme, yo se lo perdono.

—¡Báh! replicó el de Lézaro con despreciativa ironía, será verdad en todas sus partes su trocito de moral, pero es inútil cuanto se esfuerce para convencerme.

Lo mejor es que no vacile usted y no esconda su prudencia tras una negativa que, por lo obstinada, podria serle funesta.

Mire usted que su amigo el señor Alvareda me ha enseñado el medio de insultar, hasta un punto que el hombre de más firmeza en sus juicios tiene, al recibirle, que dejar palabras y propósitos y acudir á las obras.

¿Verdad, caballero, continuó volviéndose hácia Julio, que el hombre á quien se escupe ha de saltar forzosamente sobre todo género de obstáculos?

—¡Es que usted no haria eso! exclamó Gabriel con voz de trueno.

—¿Y por qué, caballero?

—Porque entónces, saltando efectivamente por todo, le mataria á usted.

—Eso es lo que yo quiero ver.

—¡Oh, es que no seria en desafío!

Le mataria á usted como se mata á un perro rabioso.

Créame usted, señor marqués, no intente ese medio mas que en un caso, en el de que tema vérselas en buena lid con los que le están aguardando.

—¿Conque decididamente, replicó el de Lézaro, no podré tener ese gusto?

—Nó, replicó Gabriel con lúgubre acento.

—Entónces acabemos cuanto ántes y de cualquier modo, añadió el marqués con un gesto despreciativo que hizo estremecer de nuevo al esposo de Matilde.

Cuando ustedes gusten, señores.

—¿Qué armas quiere usted? exclamó Julio lleno de indignacion por lo que acababa de oir al cínico marqués.

—Cualquiera, replicó este con indiferencia.

—De ningun modo, caballero, queremos que usted la designe.

—Agradezco la atencion, aunque no la acepto.

—Pues vea usted que como le he indicado ha de ser, añadió Alvareda con decision.

—Sea como usted quiera.

No siendo la pistola, que causa ruido, tanto me da que adoptemos el sable ó el florete.

Traeré de ambas cosas, y decidiremos.

—No tiene usted que molestarse, añadió Julio deteniéndole con cortesía.

Aquí traemos nosotros, y puede examinar los que elija.

El marqués se mordió los labios con cierto despecho.

Se le habia ocurrido una estratagema, y la prevision de sus enemigos acababa de echarla por tierra.

Fernando de Alvareda presentó dos magníficos floretes y dos sables de combate.

—Examínelos usted á su placer, exclamó este poniendo unos y otros en manos del de Lézaro.

Echó este sobre ellos una rápida ojeada, y despues de colocar los sables sobre una mesa:

—Señores, dijo; puesto que al fin he de ser yo, opto por el florete.

—Perfectamente.

—Señor Alvareda, continuó dirigiéndose á Julio con cierta irónica sonrisa y ya en un todo dueño de sí, ¿será usted el primer campeon?

—Con alma y vida, exclamó el jóven con impetuosidad, dejando caer su capa sobre el sillon que habia ocupado y tomando el florete que el marqués le presentaba por el puño.

Cuando usted guste.

Los dos se colocaron en silencio el uno frente al otro.

Fernando permaneció en su puesto en pié, y al otro lado Gabriel, cruzado de brazos, con el ceño fruncido y sombría la mirada.

No podia ser más fantástico el grupo formado por aquellos cuatro hombres, en aquella habitacion medio envuelta en las tinieblas y en la que apénas los objetos resaltaban algo más que como siluetas medio desvanecidas.

El combate iba á principiar.

Las facciones del marqués comenzaron á contraerse de una manera horrible.

¡Lo que es la imaginacion humana!

Aquel hombre no tenia ese miedo material que hace estremecer al cuerpo.

Su corazon se hallaba acostumbrado á luchas de todo género, y jamás en atrevidas empresas ó en aventuras de verdadera exposicion sintió alterarse su pulso ó correr por su frente el sudor de la cobardía.

Y sin embargo de todo esto, en un momento, en un solo instante, miéntras se pusieron frente á frente, pensó en que podia morir en uno de aquellos dos desafíos, y no pudo ménos de sentir que por sus venas corria la sangre más atropellada.

Aquello era miedo, sí; le tenia su juventud, la poderosa sávia de aquel cuerpo fuerte lleno de vida.

Su espíritu, no obstante, hizo callar á la materia.

Era preciso entrar en la lucha con serenidad y entereza, y ver de conquistar el vencimiento.

Una vez que se hallaron dispuestos, saludáronse y tomaron terreno.

Un silencio de muerte reinaba en aquella estancia.

El ruido estridente y seco de los dos floretes al cruzar sus hojas, tuvo el mismo eco en los corazones de aquellos cuatro hombres.

Sus latidos comenzaron á redoblarse acelerados.

El exterior de todos imperturbable y frio.

El combate empezó.

De pronto y cuando apénas los dos antagonistas habian

hecho otra cosa que comenzar ceñidos á medir la destreza de su contrario, abrióse la puerta del gabinete con gran violencia, y Pedro, el ayuda de cámara del marqués, penetró allí trémulo y como desolado.

—¡Señor! exclamó, ¡la justicia!!!

Tanto fué el asombro que produjo en circunstancias tan críticas la presencia del ayuda de cámara, que los cuatro hombres permanecieron inmóviles.

Julio y el de Lézaro con las puntas de los floretes sobre el pavimento.

De aquella situacion vino á sacarles el ruido de voces y pasos que se aproximaban.

Pasado aquel primer momento de asombro, los floretes desaparecieron como por ensalmo debajo de uno de los divanes, y los cuatro tomaron asiento con velocidad, formando un grupo amistoso.

Ya era tiempo.

Apénas verificaron su trasformacion, tres personajes aparecieron en la puerta del gabinete.

Uno de ellos, despues de hacer una profunda reverencia, se adelantó hácia el grupo en que se hallaba el marqués.

Vestia de negro y ostentaba en su mano derecha el baston, símbolo de la autoridad.

—¿Quién de ustedes es el señor marqués de Lézaro? exclamó con acento ceremonioso y grave.

—Habla usted con él en este momento, exclamó aquel levantándose.

El agente de la autoridad se inclinó de nuevo y con más ceremonia.

—Pues bien, señor, dijo, protestando ántes como es natu-

ral, de que siento en el alma haber llegado á molestar á usted en sus ocupaciones, le suplico, pues así lo exige el imperioso deber de mi ministerio, que se sirva concederme una pequeña audiencia.

La ley lo exige de usted, y yo, su humilde representante, se lo ruego.

—Caballero, ni á una ni á otro me permitiré yo desairar.

Pedro, continuó volviéndose hácia el ayuda de cámara, precédenos á mi despacho.

—Señores, dijo volviéndose hácia Julio, seré con ustedes cuanto ántes me sea posible.

Aguardamos á usted, replicó este con intencionado acento.

El marqués correspondió con un gesto entre sério y amistoso, y exclamó volviéndose hácia el del baston:

—Cuando usted guste, estoy á sus órdenes.

Este, por toda respuesta indicó al marqués que saliera primero, y despues de saludar á los que quedaban en el gabinete, le abandonó el último, cerrando tras sí la puerta.

El esposo de Matilde y los hermanos Alvareda quedaron solos en el dorado camarin en que habia vivido Julia prisionera.

CAPITULO XII.

La suerte continúa declarándose en favor del marqués de Lézaro.

Retrocedamos al momento en que los hermanos Alvareda y Gabriel se presentaban ante el marqués de Lézaro.

Así que quedaron solos, Pedro, el ayuda de cámara, que ya marchaba hácia su cuarto, se detuvo un momento.

—No sé por qué, murmuró para sí, me parece esa gente sospechosa.

La curiosidad, inconveniente á veces, suele dar tambien muy buenos resultados.

Vamos á ver qué casta de pájaros son esos caballeros.

Diciendo así retrocedió, y con suma cautela penetró en la alcoba del gabinete en que se hallaban reunidos los cuatro hombres.

Como ya sabe el lector, Pedro era excesivamente astuto; así que, desde las primeras palabras con que comenzó su explicacion Julio de Alvareda, comprendió en lo que aquello iba á venir á parar.

Aquel hombre, de índole perversa y corazon depravado, por un extraño fenómeno conservaba puro en su alma un afecto noble y desinteresado hácia el marqués de Lézaro.

Su aguda perspicacia hízole comprender tambien, al explicarse, como comenzaron á hacerlo los que hablaban con su amo, que estos no eran ajenos al rescate de Julia.

Dos razones, por lo tanto muy poderosas, moviéronle en aquel instante.

La una le hizo comprender el peligro en que su amo se encontraba; la otra era el principio de una venganza que deseaba ver realizada con todas sus fuerzas.

Por una casualidad no quedó en el sitio de resultas del golpe que recibió en la cabeza, y hubiera vendido su alma al diablo con tal de poder un dia devolver la fineza recibida.

Hombre enérgico y resuelto, comprendió al punto lo crítico de la situacion en que se hallaba el marqués y que era forzoso sacarle de ella á cualquier precio.

Salió de la alcoba con paso rápido, aunque cauteloso, y tomando un sombrero salió á la calle, emprendiendo, casi á la carrera, hácia la plaza de Santo Domingo.

En una miserable casa situada al principio de la calle de Tudescos se detuvo Pedro, y penetró en el sucio portal con ánimo resuelto.

Estaba oscuro como boca de lobo, y con no poco trabajo pudo llegar hasta el cuarto segundo.

Dió dos ó tres golpes á la puerta, y pasados unos instantes esta se abrió de par en par.

—Buenas noches, exclamó Pedro, penetrando en el cuarto.

—¿Quien es? exclamó con voz imperiosa un hombre, que debia hallarse en lo más interior de la casa.

—El señor Pedro, exclamó el ayuda de cámara con cierta entonacion alegre y amistosa.

—Adelante, buena alhaja, adelante, exclamó la misma voz y á tiempo que desde lo último del pasillo por el que marchaba Pedro, asomó un brazo, del que pendia un velon gigantesco que alumbraba por sus dos mecheros.

Pedro con aquel auxilio apretó el paso, y poco despues tomaba asiento junto al brasero en una salita pequeña y decentemente amueblada, en la que habia un hombron envuelto en una pesada bata.

Era el mismo que preguntó quién era el que entraba y que tuvo la galantería de alumbrar su camino.

Podria tener alrededor de cincuenta años; sobre la cabeza llevaba un gorro negro de terciopelo, ya bastante raido, y por bajo de él asomaban algunos mechones de su cabello fuerte y cano.

Su semblante no podia ser más antipático.

Moliere no hubiera dibujado otro tipo para su célebre Avaro, que el de aquel hombre.

Palidez amarillenta, boca que más parecia un pliegue, á causa de la delgada tirantez de sus labios finos y blancuzcos, y por último, unos ojillos grises pequeños y redondos medio ocultos en unas inmensas cejas del mismo color, muy semejantes á cerdas.

Llamábanle don Roque, y era conocido en el barrio por un agente de los prestamistas.

Chicos y grandes, de una y otra clase de la sociedad, acudian á él en los apuros, y el don Roque los sacaba de ellos

ó nó, segun las seguridades que ofrecian, aunque siempre dando á entender que él no obraba por sí, y que sus contestaciones, ya prósperas, ya adversas, emanaban de los verdaderos dueños del dinero.

Esto era mentira, porque el don Roque no conocia en Madrid más gente que los que solicitaban sus buenos oficios, y su familia, que se componia de una hermana suya, solterona y apergaminada, y un mozallon tan feo y repugnante como él, á quien llamaba sobrino, y que segun malas lenguas, era el testimonio vivo y el resultado inmediato de sus entusiastas y juveniles ardores.

Fingia tan bien las contestaciones que suponia darle los dueños del dinero cuando negaba una pretension ó exigia un crecidísimo interés, que casi todo el mundo llegó á creer de buena fé que el viejo no tenia otras ganancias que las gratificaciones que alcanzaba del prestador y los agraciados.

Y don Roque mentia soberanamente.

Tenia un capital inmenso, que cada año aumentaba no poco, aunque no de una manera suficiente á satisfacer su avaricia.

Cuando alguno de los pretendientes creia que él era el dueño del dinero, con una sonrisa que asimilaba su boca á la abertura de un negro abismo, solia decir:

—¡Ah hijo mio, si yo no tengo un cuarto!

Y decia la verdad, porque jamás tenia en casa otro dinero que el indispensable á satisfacer las necesidades de la vida.

Un golpe de mano en su casa no hubiera dado á los amigos de la propiedad ajena el más pequeño resultado.

Así es que don Roque no tenia miedo á que se abriera su puerta al que lo solicitaba á cualquier hora del dia ó de la noche.

Olvidábamos decir que el prestamista no desdeñaba tampoco aceptar cualquier otro género de negocios, siempre que el resultado fuera beneficioso.

Cuando vió entrar á Pedro, á quien conocia bastante, como igualmente á su amo, brilló en sus ojillos un rayo de alegría.

Conoció al punto que aquella visita en hora tan intempestiva debia traerle algun beneficio.

Disimuló, no obstante su impaciencia, y exclamó con amable sonrisa:

—Amigo señor Pedro, ¿cómo usted por acá á estas horas?

Este, que sin ceremonia se habia sentado junto al brasero al lado de don Roque, replicó:

—Un negocio muy delicado, señor don Roque.

—¡Hombre!

¿Y tiene usted que ventilarle conmigo?

—Naturalmente, porque calculará usted que si no, no vendria á estas horas á pasar el tiempo de tertulia.

—Es verdad; pues nada, en lo que yo pueda ser útil, sabe usted que puede disponer.

—Muchas gracias, don Roque, ya lo sé.

—Y que tanto al señor marqués como á usted, los sirvo yo siempre de muy buena gana.

—Corriente; pues oiga usted.

Se trata de una cosa muy delicada y que me ha de proporcionar ántes de un cuarto de hora.

—¡Cáspita!

—Lo que usted oye.

—Bien, continúe.

—No preguntaré si es posible, porque tiene que serlo, y no me conformaria con que dijese usted que nó.

—¡Ave María purísima! contestó don Roque sonriendo.

—Yo necesito á la mayor brevedad tres hombres bien vestidos, á los que voy á ocupar nada más que por media hora, ó tal vez ménos.

—¿Y para qué?

—Usted diga sí, ó nó.

—¡Pero hombre, por Dios!

—Sí voy á decírselo en seguida; sino que ántes quiero tener la seguridad de que estarán aquí á mis órdenes.

Don Roque reflexionó un momento.

Pedro continuó así:

—Y bien, ¿estarán?

—¡Qué súbito es usted, señor Pedro!

—Sí, ó nó.

—Estarán.

—Pues ahora sepa usted de lo que se trata.

A mi amo, el señor marqués, le han preparado una sorpresa en nuestra misma casa tres enemigos suyos que no tienen valor para presentársele uno á uno.

Yo, que como usted sabe, le tengo ley, y que me dejaria sacrificar por él, me he enterado de todo, y he decidido librarle de esos bribones.

Como yo conozco al señor marqués, sé que jamás autorizaria, aunque fuera para librarle de un peligro grave, el que me valiese de un engaño como el que voy á usar; pero lo hago por mí y ante mí.

Lo hecho quedará hecho, y todo lo más que podrá costarme es una peluca.

Lo que se va á hacer es lo siguiente:

El de mejor facha de los tres que usted me proporcione, hará como de comisario, y los otros dos serán los dependientes.

—Vamos, no está mal pensado.

—¿Va usted comprendiendo?

—Ya lo creo.

—Yo los aleccionaré por el camino, y una vez que lleguemos á casa, me planto en el gabinete en que se halla el marqués con los que han sabido tenderle la red, y figurando el terror consiguiente á visitas de esa naturaleza, anuncio á mi amo que la justicia se ha presentado en su busca.

Naturalmente, suspenden ellos su discusion, y en cuanto salga mi amo, creyendo que va á conferenciar con la autoridad, le digo la verdad del caso, y entónces podremos pensar cómo salir del atolladero.

En cuanto á lo que haya que dar por este servicio, señor don Roque, me parece que no tendrá usted duda.

—¡Qué disparate! ¡de ningun modo!

—El marqués es el que ha de pagarlo, y ya sabe usted que no me deja mal en ninguna ocasion.

—Nada, nada, de eso no hay que hablar siquiera.

—Bueno; pues ante todas cosas, haga usted que se busque inmediatamente á los que han de venir conmigo.

—Es verdad. ¡Hipólito! exclamó don Roque en voz alta.

El que pasaba por sobrino de don Roque se presentó en la sala.

—¿Llamaba usted?

—Sí; inmediatamente llégate á la calle de Jacometrezo á casa de don Venancio, y dile que venga con su compañero.

Que por un rato van á ser agentes de la autoridad, por lo que ya sabe cuál ha de ser el traje.

—¡Hola! exclamó Pedro no poco sorprendido, parece que no es esta la primera vez, ¿éh?

—Ya lo creo que nó. En este mundo se ocurre de todo.

Conque ya lo sabes, continuó volviéndose hácia el jóven, marcha en seguida.

¡Ah! sobre todo, encárgale que es cosa tan del momento, que el éxito estriba en llegar un minuto ántes ó despues.

Que habrá ganado una buena propina, y que el trabajo estará despachado en ménos de una hora.

Anda, ya estais de vuelta.

El muchacho no se hizo repetir la órden.

Un instante despues sonó la puerta, y sus pasos dejaron de oirse bien pronto.

Todo salió como Pedro habia deseado.

Ya hemos visto que, gracias á su incansable actividad, llegaron á tiempo.

Diez minutos más, y acaso todo habria sido inútil.

El marqués de Lézaro no dudó un momento, no pudo ocurrírsele que aquella visita judicial era una farsa dispuesta por su criado.

Tan extraordinarios acontecimientos se habian sucedido en aquella noche fatal, que no era el más á propósito el estado de su mente para reflexionar con calma.

En su exaltacion hubiera podido aceptar entónces hasta lo imposible.

Si en algo avanzaba su espíritu, que no fuera del mo-

mento, era en primer lugar en la pérdida de su prisionera, despues en su mujer, y no poco tambien en que, calculando que esta no permaneceria muchas horas ignorante de lo acaecido, lo referiria todo á su padre, que llegaba al dia siguiente.

Su situacion, pues, iba á ser, á más de criminal, vergonzosamente ridícula.

Todo esto bullia en su cerebro en confusa amalgama.

A ser aquel hombre ménos soberbio, es indudable que en aquellos momentos habria sentido la voz de la conciencia, ¡el roedor gusano de los remordimientos!

Llegados que fueron al despacho, al que como ya sabemos les precediera Pedro, el marqués, con el ceño fruncido y sombría la mirada, á pesar de sus esfuerzos por aparecer tranquilo, exclamó dirigiéndose á su criado:

—Puedes retirarte.

—Perdone usted, señor, replicó este con su humildad acostumbrada, pero necesito explicar lo que aquí pasa.

El marqués, al oir esto, miró con profunda extrañeza al representante de la autoridad.

Este correspondió á aquella mirada con una reverencia profundísima.

El ayuda de cámara continuó así:

—Señor, ni la justicia tiene nada que hacer aquí, ni estos caballeros son agentes suyos.

—¿Qué quieres decir?

—Que he conocido la infamia que se le acaba de tender, y no pudiendo permanecer impasible, he acudido á una estratagema.

—¿De modo que....

—Estos señores son amigos de don Roque, y se prestaron gustosos á poner por obra lo que usted ha visto.

La admiracion del marqués no pudo ser mayor.

En el primer momento ni siquiera acertó á contestar.

Tuvo que llamar á sí todo el poder de su desmedido orgullo para no estrechar á Pedro entre sus brazos.

El servicio no podia ser más recomendable.

Tal vez le debia la vida.

Disimuló, pues, porque así lo exigia su posicion, y volviéndose hácia aquellos hombres, exclamó:

—Señores, la mision de ustedes ha terminado.

Espero confiadamente en que tendrán la buena cualidad de la discrecion, y no dudo tampoco que al salir de aquí no volverán á acordarse de lo que acaba de pasar.

—Señor marqués, puede usted creerlo, estamos acostumbrados á vivir con nuestra reserva, y jamás recordamos hoy lo que hemos visto ayer.

El marqués miéntras tanto habíase acercado á su secreter.

Tomó un puñado de oro, y al dárselo á aquel hombre añadió:

—Ahí tiene usted. Para todos.

¡Prudencia y discrecion!

Pedro, acompaña á estos señores, y vuelve aquí en seguida.

Apresuráronse estos á saludar al marqués con las señales del más profundo respeto, y se retiraron en silencio guiados por el ayuda de cámara.

CAPITULO XIII.

Un desenlace inesperado.

Trasladémonos al gabinete en que esperaban los dos hermanos y el esposo de Matilde.

El más profundo silencio reinó en aquella estancia durante un buen espacio.

Aquellos tres hombres se hallaban abismados en sus pensamientos.

Su situacion era grave y solemne.

Habian acudido en busca del marqués, cediendo al ávido deseo de tomar en él venganza, castigando su infamia.

En el primer momento, inmediatamente despues de salvar á Julia, su misma exaltacion, el calor del triunfo les sugirió la misma idea.

Completar la obra aquella noche castigando al marqués de Lézaro.

Ideada la manera de realizarlo, ya hemos visto cuál fué su procedimiento.

Cuando tuvieron al marqués frente á frente, su cínico descaro, su ademan altivo y sus altaneros insultos, acabaron de encender en ellos el vehemente deseo de venganza.

Su proceder, en consecuencia, ya lo hemos visto.

Julio de Alvareda, lleno de fé y entusiasmo iba á luchar con él.

Despues, lo mismo que el de Lézaro, creyeron todos en la realidad de la inoportuna visita que acababa de anunciarse, y aguardaron tranquilos y confiados.

Nada se dijeron, aunque tal vez pensaban de una manera idéntica.

Una vez pasada la primera efervescencia, aquellos tres hombres, de corazon no viciado, abismaron su espíritu en las mismas reflexiones, preguntáronse si obraban bien al hacer lo que se habian propuesto.

El gérmen de las malas pasiones, la ira tanto tiempo encerrada en lo más íntimo de su corazon, engendraron un deseo desapoderado de venganza.

Pero llegó el momento de quietismo, y aquel paréntesis que preparó la astucia de un criado para librar al marqués de un riesgo inminente, vino á modificar en mucho la situacion de ánimo de sus enemigos.

El mundo físico suele ser frecuentemente como el jalon que indica el punto á que debe llevarse la mirada; nuestra razon le acepta, y segun sea el horizonte que desde aquel punto descubre, así los pensamientos que le asaltan son brillantes ó sombríos.

El silencio de la noche con su misterio, la media luz de aquella estancia, en que momentos ántes dos hombres se es-

forzaban en hacer que acudiese la muerte á la punta de sus aceros, todo esto era forzoso que habria de imprimir poco á poco en los enemigos del márqués pensamientos muy distintos á los que hasta entónces les habian ocupado.

Tristes consideraciones vendremos á sacar de ellos en último resultado.

Junto al sentimiento del bien, á que por fortuna se propende por el hombre en esos lúcidos intervalos, poesía del sentimiento, esencia del alma, álzase siempre el frio egoismo, mentido lecho de flores en que vegetan de contínuo nuestros malos instintos.

¡Cuanto hay que estudiar en nosotros mismos!

Hasta el miedo, que casi siempre obedece á un refinado amor propio, suele ser el gérmen de una aspiracion generosa y levantada, y la fuerte tacha que quisiera borrar las negras páginas de una existencia consagrada al mal.

Nos explicaremos mejor.

Se dice que la noche alienta y patrocina el crímen, y que tras los pliegues de su negro manto ocúltase más seguro el puñal que á traicion lleva la muerte.

De las mismas premisas surgen á las veces infinitas y escontradas consecuencias.

En contraposicion de esa idea, he aquí otra:

Poned á un criminal aprisionado ó libre, solo en medio del dia, ya sea en el campo, ya junto á su hogar.

Si discurre sobre tal ó cual proyecto, propio de sus circunstancias y de su alma avezada al mal, casi es seguro que no siente el más leve arrepentimiento por las ideas que bullen y se agitan en su cerebro.

Y esto sucede no solo, regla general, con el que tiene

por hábito semejante vida, sino tambien con el que comien za tan triste carrera.

Pues bien, en los dos casos diversos supongamos al contumaz y al neófito en análogas circunstancias, pero en medio de la noche.

Que fuera del leve círculo que ilumine la luz artificial vea no más la negra oscuridad, y allá en el cielo el nítido brillar de las estrellas.

Seguro es, y no necesitamos decirlo del que comienza la pendiente del vicio, que uno y otro, empezando tal vez por asimilar sus ideas á las circunstancias, ven primero un átomo de duda acerca del éxito de lo que maquinan, y trasladándose á lo que vendrá, en alas del miedo, empiezan por ver con espanto los peligros que pueden anonadarles, y de ahí la consideracion de que podrian aun retroceder en sus propósitos.

¡El principio del arrepentimiento!

La soledad algo continuada, no puede ser nunca mal amigo.

Pues bien, volviendo al hecho de nuestra novela, los enemigos del marqués, en silencio cada uno, comenzaron á motejar su conducta preguntándose si debian ir tan allá en su venganza.

Sus conciencias á una voz respondian negativamente.

Sin embargo, el triunfo no fué suyo.

Solo en casos extremos, tal vez únicamente cuando ve el hombre próximo su fin, es cuando concibe y se explica la sublimidad de la palabra perdon.

¡Qué pocas veces se ejercita en el mundo mision tan levantada!

Nuestras miserias y la ridícula pequeñez de nuestra arrogancia nos lo impiden.

¡Se llama dignidad á la soberbia, decencia al orgullo y prudente cautela á la hipocresía!

Esta última, hablamos de la prudencia, se adquiere con los años, con eso que se llama práctica de mundo.

¡Dolorosa enseñanza, que tan amargos frutos dá y qué huellas tan dolorosas deja!...

En las circunstancias en que se hallaban Gabriel y los hermanos Alvareda, esto es, cuando no queremos transigir con la conciencia, lo primero que procuramos es buscar pretestos que parezca como que justifican á nuestros ojos la indeclinable persistencia de un propósito aceptado.

Julio fué el primero que le encontró.

¡A veces, ya que no otra cosa, necesitamos engañarnos!

El pretesto era la ausencia del marqués.

—Ese hombre no viene, exclamó consultando su relój.

Hace ya cerca de hora y media que le esperamos.

—Me ocurre una cosa, replicó Fernando.

—¿Qué? dijeron á la vez los otros dos.

—Que creo hacemos mal de aguardar más tiempo sin enterarnos.

Este buen marqués, para ser consecuente en todo, sabe Dios los episodios que adornarán su vida, y tal vez por alguno de ellos hoy se personó aquí la justicia.

—¿Y crees tú, replicó su hermano....

—Que muy bien puede haber sido hecho preso.

—¡Diablo!

—No lo crean ustedes, exclamó Gabriel con acento de profunda conviccion.

Cuando usted ha roto el silencio, amigo Alvareda, acudió una idea á mi mente, en la que cada vez me corroboro más y de la que casi estoy seguro.

Hemos sido víctimas de su refinada astucia.

—¡Usted cree....

—Que el marqués de Lézaro ha sabido eludir nuestra venganza.

—¡Oh! ¡yo no puedo creerlo!

¡La entrada del criado, la presencia de esos hombres!

El no se separó de nosotros un momento.

—Qué quiere usted, solo su presencia aquí podria hacerme variar de juicio.

¿No ha oido usted, no tiene presente el adagio de que Dios los cria y ellos se juntan?

¿Quién puede negar que el criado se enteró de todo, y hasta, como un mérito que le servirá de mucho, ha dispuesto una farsa con más ó ménos visos de fundamento?

Créame usted, salgamos de aquí, busquemos á ese mismo criado ó á otro cualquiera, y si nos hacen ver claramente que no es una burla indigna lo que acaba de ocurrir, entónces obraremos en justicia esperándole cuanto sea menester.

—Dice usted bien, exclamó Julio levantándose el primero; salgamos á ver lo que ha pasado.

—¿No sería mejor que hiciéramos tocar la campanilla?

—Es verdad.

Gabriel, que estaba ya en pié, agitó con fuerza el tirador.

El silencio de la noche llevó hasta ellos el ruido que produjo.

Esperaron un momento.

Nadie acudia á donde se hallaban.

Apelando todavía á un resto de calma, decidieron aguardar algo más.

Iba Gabriel á tirar de nuevo y con mayor violencia, cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció un criado.

Al ver á aquellos tres hombres en pié y dando vista hácia la salida, se detuvo en el dintel con una admiracion muy parecida al espanto.

—¿Está el señor marqués en su gabinete? exclamó Julio con amable y tranquila inflexion.

—Nó, señor, pero ustedes....

—Somos amigos suyos, y estábamos departiendo con él cuando creo que vino á buscarle la autoridad.

—¡Ah! es cierto, exclamó el criado tranquilizándose. Ví á ustedes cuando vinieron.

—Y bien; ¿ha salido acaso el señor marqués con los que vinieron á buscarle?

—Nó, señor; si puede que no hubieran pasado cinco minutos desde su venida hasta que los ví salir.

¡No he visto una comision más pronto despachada!

—Entónces su amo de usted....

—A muy poco de marcharse esos señores, salió tambien á la calle.

Es decir, yo no lo he visto; pero me parece que lo he oido decir á uno de los compañeros.

—Si hiciera usted el obsequio de averiguarlo con certeza....

—Sí, señor, en seguida.

—Pues aquí aguardamos.

El criado se inclinó y salió.

—¿Dudarán ustedes ahora? exclamó Gabriel con cierto desaliento.

—Ese hombre es un infame, replicó Fernando.

Salgamos de aquí cuanto ántes.

—Esperemos aun, añadió Julio; creo como usted, amigo mio; pero llevémonos de aquí la íntima conviccion de lo que ha sucedido.

No tuvieron que aguardar mucho.

El criado que salió á averiguarlo, penetró de nuevo en el gabinete.

—No me equivoqué, señores, dijo.

Marchó en seguida, casi detrás de los que estuvieron tan poco tiempo.

—Está bien.

Nos marcharemos, ¿éh? dijo con voz sorda Julio dirigiéndose á los otros dos.

—Sí, replicaron estos.

—¿Quieren ustedes que le diga algo al señor marqués?

—Nó, replicó aquel en el mismo tono; esperamos verle muy pronto.

Si acaso preguntara, le dice usted que estuvimos dos horas justas.

El criado se inclinó en señal de asentimiento, y viéndolos dispuestos á marchar, salió delante para enseñar el camino.

Una vez en la calle, se embozaron en sus capas y tomaron á buen paso por la de Leganitos, en direccion á la plazuela de Santo Domingo.

Serían poco más de las dos de la mañana.

Solo alguna que otra persona transitaba ya por las calles en tal hora, y eso con paso rápido y como cauteloso.

En Madrid, por aquella época, teníamos faroles que alumbraban todavía ménos que los de hoy.

Las calles estaban más medrosas y la oscuridad á tales horas era imponente.

Se veian las personas unas á otras, tan solo á dos ó tres pasos de distancia.

¡Se vivia ménos de noche!

En los primeros momentos, era tal la indignacion de los tres jóvenes, que ni siquiera acertaron á hablar una palabra.

Apénas hubieron pasado por frente de la calle del Rio, cuando tres hombres, ocultos bajo el quicio de una de las puertas más próximas á la esquina, abandonaron aquel sitio, saliendo á la referida calle de Leganitos.

Eran el marqués, Pedro y otro criado de la confianza de este.

—Yo no veo absolutamente; sin embargo, si son ellos, es indudable que se dirigen hácia la plazuela de Santo Domingo.

¿Los ves tú, Pedro?

—No muy bien que digamos, señor marqués; pero tengo la seguridad de que son nuestros hombres.

—Vaya un planton que nos han hecho pasar.

—Más de dos horas; eso prueba sus buenas intenciones.

—¿Crees tú que habrán estado en casa hasta ahora mismo?

—Como si lo estuviera viendo.

—Mucho decir es eso.

—¿No ve usted que se creyeron á pié junto lo de la justicia?

Como esta señora hace sus visitas largas ó cortas segun quiere, habrán esperado como unos benditos hasta que ya se les agotó la paciencia.

—En fin, sea lo que quiera, marchemos tras ellos.

—Sí, ya se puede.

Diciendo esto, tomaron la misma direccion que llevaban los otros.

—Pedro, es menester que no lo echemos ahora á perder.

—¿Por qué dice usted eso, señor?

—Porque hay que seguirlos con mucha cautela.

—Desde luego.

—Es que ahora retumban las pisadas de una manera escandalosa.

—Con efecto.

Así diciendo, llegaron hasta la calle del Arenal.

Por un momento creyó el marqués si seguirian la calle de las Fuentes; pero al observar que tomaban aquella, se detuvo y exclamó con voz sorda:

—¡Oh! me lo figuré.

—¿El qué, señor?

—Que van á mi casa.

—Pronto lo veremos.

—¡Oh! no lo dudes.

Continuaron de nuevo siguiéndoles siempre á conveniente distancia.

Frente á la iglesia se hallaba la casa del marqués, y al llegar aquellos á afrontar con esta, atravesaron la calle.

El marqués se detuvo de nuevo.

—¿Estás viendo cómo he acertado?

—Perdone usted, señor, replicó Pedro mirando en aquella direccion con grande insistencia.

—¿Qué?

—Que no entran, y que se han parado.

—Es verdad.

—¡Ah! pero tiene usted razon.

Ahora se va uno hácia la Puerta del Sol, y los otros dos se acercan á la casa.

Así era en efecto.

Apénas el ayuda de cámara dijo estas palabras, cuando llegó hasta ellos el ruido de un fuerte golpe dado con el aldabon.

—Pues mira, no hay que titubear; tú espérate aquí frente á mi casa, ya sabes.

—Sí, señor.

—Esperas al que salga, y le sigues; despues vuelves á este sitio, y aquí vendremos á buscarte.

¿Te has enterado?

—Sí, señor.

—Pues anda, ahí te quedas, y mucha vigilancia.

Tú, Pedro, sígueme.

El ayuda de cámara y el marqués apretaron el paso con el fin de que no se les escapara el que tan de cerca perseguian.

Hácia la mitad de la calle de Carretas y cuando ya estuvieron seguros de que no podian escabullirse, el marqués dijo á media voz:

—Estoy pensando una cosa, Pedro.

—¿Y qué es, señor?

—Que nos convenia mucho saber cuál de los tres es el que va delante de nosotros.

—Un poquito difícil es eso.

La noche está oscura como boca de lobo, y á veces yo no percibo mas que el ruido de sus pisadas.

—¿Y qué te parece que hagamos?

—Señor, confieso con verdad que no se me alcanza, á ménos que no entre en su idea de usted el que le demos un susto ó algo más.

—De ninguna manera, se apresuró á contestar el marqués; le reservo otra cosa mejor.

—¡Ah! ya sé lo que podemos hacer, si á usted le parece.

—¿Qué es?

—Ya va á llegar á la plazuela del Angel; si no se inclina hácia ella, iré yo, y cuando le haya adelantado, volveré á atravesar la acera y á reunirme con usted pasando á su lado.

Yo creo que no hay otro remedio.

—Corriente; pues anda á hacerlo.

—Usted sigue por esta misma acera, ¿no es así?

—Precisamente.

—Pues entónces voy y vuelvo en seguida.

Todo salió como habia previsto el astuto ayuda de cámara.

Cruzó á la acera de enfrente, y se deslizó como una ardilla rozando con las mismas casas.

De esta manera pudo dar vuelta á la calle de Atocha.

Allí se detuvo un momento.

Necesitaba oir de nuevo las pisadas del que seguia para saber, poco más ó ménos, el sitio en que podria hallarse.

La misma casualidad favorecia su intento.

Gabriel vivia en la calle de Atocha frente á la de Relato-

res; de modo que cruzó tambien la calle de Carretas en direccion diagonal.

Esto hizo que así que Pedro se hubo detenido, sintió tan cerca de sí las pisadas del otro, que no tuvo tiempo sino para doblar la esquina, evitando el infundir sospechas.

A los tres pasos cruzó con Gabriel.

Excusado será digamos que el ayuda de cámara le lanzó una mirada de ansiosa curiosidad.

Le habia conocido.

Supo dar sus señas al marqués con tal exactitud, que este no pudo dudar de quién era el que habian seguido.

Cuando le vieron entrar en su casa, volvieron atrás con paso lento.

Ya sabía el marqués quiénes eran los que penetraron en su casa.

CAPITULO XIV.

Las dos hermanas.

Al dia siguiente de los últimos sucesos y como á las diez de la mañana, los hermanos Alvareda salieron de su casa encaminándose á la de Gabriel.

A aquella misma hora debia llegar á Madrid el coronel Olmedo.

A los pocos momentos de haberse hecho anunciar en casa del hermano del marqués, salió este en su busca, y una vez que se hallaron solos, exclamó así:

—Voy á dar á ustedes una noticia magnífica.

En primer lugar, teniendo en cuenta lo peligroso que es andar por Madrid á tan altas horas de la noche, tuvimos escolta, que salió indudablemente de la casa de la calle de Leganitos.

—¡Cómo! exclamaron los dos hermanos á un mismo tiempo.

—Lo que ustedes oyen.

—¿Y lo cómo ha sabido usted? exclamó Julio; supongo que no habiéndonos dicho nada anoche, no advertiria usted semejante cosa, al ménos miéntras estuvimos juntos.

—Ya lo creo que nó, y no solamente no lo supe entónces, sino que por mucho que admire á ustedes, vinieron á referírmelo aquí mismo.

—¿Y no sabe usted quién nos siguió? preguntó á su vez Fernando.

—Ya lo creo que sí, y que no podemos tener queja.

El mismo marqués con dos criados vino guardándonos las espaldas.

—Amigo mio, exclamó Julio como dudando de lo que oia, ¿y usted ha podido creerlo?

—Tal vez me haya equivocado, pero escúchenme y juzguen.

Como yo no tengo costumbre de retirarme á la hora de anoche, mi buena esposa comenzó á inquietarse, hasta el punto de que Santiago, que esperaba aquí segun habíamos convenido, obrando con una prudencia que le honra mucho, pues no reveló la importancia de nuestras ocupaciones para no alarmarla, se brindó á salir en mi busca en la seguridad de que no tardaria en encontrarme.

Como comprenderán ustedes, se aceptó su ofrecimiento, y el bueno de Santiago echó á andar despues de la una hácia la calle de Leganitos.

Pero mejor será que él mismo se lo refiera á ustedes por si olvido algo esencial.

Llamó Gabriel á Santiago, y un momento despues se hallaba en presencia de su capitan.

—Vamos á ver, dijo este, cuenta lo que te pasó anoche desde que saliste en busca del señorito.

—En cuanto me mandó la señorita, con todo aparejo largo hice rumbo al norte; una fuente que hay en la mitad de la derrota me sirvió de valiza, y hasta allí, guiñando poco más ó ménos, llegué de la primer bordada y me puse en facha esperando alguna alma viviente que me sirviera de *plático*.

A lo léjos ví por estribor á modo de una boya negra con un farol en el tope; me puse al habla y le dije:

—¡Ah del buen hombre! y él me contesta: no soy hombre, que soy un sereno.

—Pues diga el sereno dónde pongo la proa para la calle de Leganitos.

—¿A la calle de Leganitos?

—Le contesté: es donde quiero.

Me señaló el rumbo, y seguí mi derrota mirando al cielo y conociendo que perdia barlovento.

No fué tan grande la guiñada como al pronto creí; pues en llegando al oscuro freu en que termina aquella larga calle, avisté á una muchacha que parecia una corbeta en popa cerrada con alas y arrastraderas.

—Vamos, sé breve sobre todo, que tenemos otras cosas que hacer que oir tus tontunas.

—Señor, queria explicarle mi derrota punto por punto.

Pues como digo, seguí sus aguas, la abordo, y se conoce que era muy cariñosa, porque ella misma me acompañó hasta la boca del puerto.

¡Ojalá cuando navegue me la encuentre en mi camino y me pase por ojo!

Llegué, pues, piqué dos veces, y estaba la gente durmiendo ó habia abandonado el barco.

Viré por redondo, y solo sin cargamento de palabras, y á razon de diez millas por hora recalé á la baliza consabida, es decir, á la fuente de mitad del camino.

Ví á dos de traza sospechosa.

Caminaban de prisa, y al ponerme á su altura, les oí hablar del señorito Gabriel.

Entónces seguí en conserva resuelto á darles convoy, para ver si comprendia su destino.

Iban hablando de usted y del señorito Fernando, que dejaban ya la casa de la calle de Leganitos, y que, segun ofrecimiento que hacia uno de ellos, se trasladarian á la calle de los Dos Mancebos en casa de una amiga suya, proponiéndose el uno al otro una completa venganza.

No pude escuchar más.

Si al principio me parecieron sospechosos de algun contrabando, entónces me parecieron piratas, y me propuse no perderlos de vista.

No sé si se apercibieron de mí, y para evitar crucero viraron por avante, y á toda máquina enderezaron el rumbo por varias calles que no conozco, hasta la recalada en la misma calle de Leganitos, y con mucho asombro mio, en la misma casa donde yo habia llamado sin provecho.

Se metieron en la casa, y entónces me pregunté yo: nos tramo Santiago, ¿á dónde vas? y me respondí: con poca vela viento duro, y correr en calzones el temporal hasta dar cuenta de todo á la señora.

Cuando dí fondo ya estaba en casa el señorito Gabriel, se lo conté todo, y nada más.

—Pues no sé cómo te ha entendido; anda, anda con Dios.

Santiago no se hizo repetir la órden; saludó atento, y abandonó el gabinete.

Cuando los tres hubieron quedado solos, Julio Alvareda exclamó así:

—Indudablemente el que encontró Santiago era el infame marqués.

—¡Oh! de seguro. A pesar de que el marinero me lo refirió de la misma manera poco más ó ménos, llegué á adquirir esa evidencia.

—Y bien, ¿qué hacemos? volvió á decir Julio.

—Ello es que hay que tomar algun partido, añadió Fernando.

—Me ocurre una cosa, replicó su hermano.

—Santiago y Agustin desde mañana mismo se dedicarán exclusivamente á vigilar la calle de los Dos Mancebos. Agustin conoce ya al ayuda de cámara del marqués, miéntras este no le ha visto en toda su vida.

Es indudable que aun cuando sea á fuerza de paciencia, habremos de saber sus proyectos.

Acordado así por los tres, los hermanos Alvareda se despidieron de Gabriel, dirigiéndose, segun indicaron, á casa de Amparo.

Adelantémonos nosotros á dicha casa, pues bueno será que oigamos la conversacion que medió entre las dos hermanas con respecto á su situacion.

Como habrá comprendido el lector, cuando Julia se vió libre del marqués de Lézaro, sus libertadores se apresuraron á llevarla al lado de su hermana.

Sabemos tambien que el ayuda de cámara del marqués

habia dado á la jóven un narcótico, y que cuando aquellos la rescataron se hallaba privada del sentido.

En esta disposicion recibió Amparo á su querida hermana.

Si en un principio Julio de Alvareda deploró el estado en que veia á su amada, cuando pudo convencerse del motivo que le originaba, casi se alegró de poder evadirse de las primeras explicaciones que en otro caso hubieran mediado entre ellos y que él queria llegasen de otra manera.

Inútil será digamos cuál sería la situacion de Amparo al recibir á su hermana.

Cuando se tranquilizó acerca del estado en que la encontraba, Julio, que queria quedasen solas las dos hermanas, se despidió de Amparo, lo mismo que Fernando y Gabriel, ofreciendo volver cuanto ántes á saber de Julia.

Las dos hermanas quedaron solas.

Cuando cesó el efecto producido por el narcótico, Amparo, que no se separó un momento de su hermana, advirtió, llena de alegría, que esta volvia á la vida.

Hallábase Julia en el mismo lecho de su hermana.

Abrió los ojos, y dudando en los primeros momentos, miró en derredor suyo con la inseguridad natural de quien no tiene idea de su estado, y que merced á un esfuerzo supremo, trata de recordar algo del pasado.

Amparo, desde que comprendió que Julia iba á despertar de aquel profundo sueño, quiso evitarla la primera sorpresa, que tal vez hubiera sido perjudicial, y medio oculta entre las colgaduras del lecho espió el momento á propósito para descubrirse.

Tal era la situacion de Julia, tal habia llegado á ser su

constante excitacion y tanto habia influido en ella su penoso cautiverio, que estaba desconocida.

No era aquella misma jóven respirando vigor y lozanía, en cuyo hermoso semblante brillaban las sonrosadas tintas de una existencia tranquila, aunque soñadora.

Todo esto habia desaparecido.

Los continuados insomnios habian impreso alrededor de sus ojos un círculo ligeramente amoratado, y una palidez mate extendíase por su rostro.

Amparo habia observado todo esto con una angustia indecible.

Vió tambien el asombro con que su hermana comenzó á fijarse en los objetos que la rodeaban, y temiendo cada vez más los efectos que pudiera traer su repentina presentacion, resolvió prepararla convenientemente.

Hallábase junto á la puerta, y pudo retirarse de allí sin hacer el más leve ruido.

Ya era tiempo.

Julia se enderezó en el lecho, y saltó de él con rapidez.

Con mano febril separó las colgaduras y penetró en el gabinete.

—¡Dios mio! exclamó con ademan extraviado, aquí no estaba yo ántes.

¡Oh! será un nuevo plan de ese hombre. ¿Obedecerá á un nuevo cálculo?

¡Como siempre, vigilemos; como siempre, estaré alerta!

Diciendo esto, dejóse caer en un sofá colocado frente á la puerta.

Su desaliento no podia ser más desconsolador.

Tan continuada resistencia, tan larga lucha iba ya agotando sus fuerzas.

Muchas veces, casi de contínuo, se acordaba de su familia, de su padre, á quien en ciertos momentos de desesperacion tachaba de poco cariñoso y descuidado cuando su situacion continuaba ignorada para él.

Cuando la infortunada Julia comenzó á esforzar su memoria para ver si podia llegar á explicarse aquel cambio, acaecido sin duda alguna miéntras su sueño, abrióse sin ruido la puerta del gabinete, dando paso á una de las doncellas de Amparo.

Julia levantó la cabeza vivamente.

Su sorpresa crecia cada vez más.

Aquel rostro le era desconocido.

La que acababa de entrar prorumpió así:

—Señorita Julia, usted desconocerá indudablemente el sitio en que se encuentra, ¿no es cierto?

—Ante todas cosas, replicó la hija de Olmedo con su habitual altivez, ¿quién es usted?

—Señorita, una pobre mujer que por nada de este mundo sería partícipe de un crímen como el de que usted ha sido víctima.

—¿Cómo?

—Que no está usted ya en poder del marqués de Lézaro.

—¡Cielo santo! ¡será verdad! exclamó Julia abandonando el sofá y adelándose hácia la jóven.

¡Oh! no me engañe V., sería una burla demasiado terrible.

—Señorita, no hay engaño que valga; cuanto he dicho es la pura verdad.

—Vamos á ver, ¿se encontraría V. con fuerzas para ver á su hermana dentro de un momento?

—¡Oh! ¡ya lo creo! ¿y dónde está, dónde? ¡quiero verla!

—Si V. me lo permite, marcharé en su busca.

—¡Oh! sí, no se detenga V.

La doncella, alegre por el buen resultado de su comision, desapareció rápidamente, cerrando la puerta tras sí.

Amparo, que aguardaba la respuesta, salió á su encuentro, y un instante despues las dos hermanas se unieron en un fuerte abrazo.

Pasados los primeros trasportes de emocion y júbilo, Julia fué la primera que comenzó á hablar acerca del triste suceso que las habia separado por tanto tiempo.

Ya sabe el lector que entre las dos hermanas existia una diferencia notabilísima.

Julia era ardiente é impetuosa; Amparo, sensible y tímida.

La primera era tenaz en los propósitos que fundaba en sus arrebatos.

A dominar un obstáculo, á la realizacion de un deseo más ó ménos grave, consagraba toda la fuerza de su altiva energía.

Amparo no tenia otro valor que el del sufrimiento.

Valor pasivo y nada ostensible, en el que á las veces, en medio, y como consecuencia de esos dramas ignorados que se desarrollan y finan en el interior de las familias, el alma se desgarra teniendo acaso que poner de su parte mucho más que en una de esas grandes luchas que presencia la humanidad, y en la que se glorifica al vencedor ensalzando hasta las nubes su heróico esfuerzo.

Cuando una y otra se hubieron comunicado los sucesos que ya conoce el lector, Amparo continuó así:

—A propósito he dejado la mejor noticia para lo último.

—¿Y cuál es?

—Nuestro padre, que de resultas de la herida que recibió ha quedado inútil para el servicio, llegará á Madrid dentro de muy breves horas.

Mi opinion es que, una vez á su lado, le roguemos deje al cuidado de la Providencia el castigo de los criminales, y juntos marchemos todos á nuestro querido pueblecito, donde no dudes que el tiempo se encargará de devolvernos la tranquilidad hasta hoy perdida.

¿No te parece?

Un momento permaneció Julia sin contestar; despues, con un ademan en que bien á las claras se manifestaba una decision irrevocable, replicó:

—Nó, Amparo, no puedo hacer lo que tú dices.

—¿Y por qué, hermana mia?

—Porque hay dentro de mí un poder más fuerte que me lo prohibe.

Mira, replicó con indómita energía; lo que tú propones es lo mejor, lo más conveniente, hasta lo más santo.

No necesito que te esfuerces en demostrármelo.

¿Quieres que te diga más?... pero nó, ¿á qué causarte daño?

—Habla, Julia, dime todo lo que sientas.

No temas en modo alguno lastimar las delicadas fibras de mi alma; aunque distinto al tuyo, yo tambien tengo mi valor, probado por desgracia en mil ocasiones.

¡Desde que me casé he sufrido mucho!

Hermana mia, es prueba de que sé penar.

—Pues bien, puesto que lo quieres, sea.

Para ello tengo que hacerte una pregunta.

—Dí.

—¿Amas aun á tu marido?

Amparo, al oir estas palabras, miró á su hermana con dolorosa sonrisa.

Después de una breve pausa, dijo:

—Formulaste mal la pregunta, hermana mia.

—¿Por qué?

—Porque debiste preguntarme si le amé alguna vez.

—¿Cómo?

—Me casé con él, Julia, obedeciendo los deseos de nuestro padre.

Conociéndome como me conoces, no necesitaré esforzarme mucho para que comprendas que yo no podia amar á un hombre como el marqués.

Hay en él algo que repele mi sentimiento.

Su avasalladora altivez, su género de vida, su conducta, en fin, soberbia y despótica para todo el mundo, me hizo temerle y nada más.

Desde el momento en que sumisa le dí mi mano, acepté tal union como una cruz que el cielo me imponia, y decidí soportarla resignada.

Hoy, después de lo que ha pasado, después de su patente infamia, me creo relevada de soportar más tiempo tan ominoso yugo, y no anhelo mas que volver de nuevo á la tranquilidad de los lugares queridos en que nací.

Ya he contestado á tu pregunta, Julia; puedes hablar cuando gustes.

—No sabes, querida hermana, de qué peso tan grande acabas de librar mi corazon.

Ahora puedo con entera confianza decirte á lo que estoy resuelta.

No sé cómo, continuó con indomable fiereza; pero sea como quiera, en un tiempo más ó ménos largo yo he de vengarme de ese hombre.

La impresion dolorosa que en este momento observo en tu semblante, Amparo, no me dice más sobre este punto que lo que yo ya sé.

¿Quieres que te detalle bien la situacion? pues oye:

Obrando como tú me aconsejas, es indudable que tanto una como otra conseguiríamos hacer más dulce y llevadera la ancianidad de nuestro padre.

A muy poca costa, él, que nos quiere tanto, aun cuando en el primer momento quisiese pedir á ese hombre estrecha cuenta de su conducta, cederia á nuestras súplicas y á nuestras lágrimas, concluyendo así todo de la mejor manera posible.

De proceder como pienso, aun cuando tú consiguieras sola de nuestro padre lo que deseas, mi misma existencia, mi obstinacion en no obedecerle y no desistir, le precipitarian acaso á una lucha desigual entre los dos que no podríamos evitar.

De ella, calcula tú lógicamente á quién le tocaria perder.

—¡Oh Dios mio!

—Si tal sucediera, continuó Julia, pálida como un cádaver, no sé hasta qué punto me llevaria la desesperacion.

—¡Posible es que quedaras sola en el mundo, Amparo!

—Y bien, ya que tú misma conoces las desgracias sin número que está en tu mano evitar, ¿no desistes de quiméricos proyectos de venganza?

—Mira, Amparo, aun cuando me hubieras revelado ántes que profesabas al marqués un cariño inextinguible, sintiéndolo yo con todas las veras de mi corazon, no hubiera cedido en nada del propósito que me anima.

Lo conozco, no sé si el año de cautiverio por que acabo de pasar, aumentando la exacerbacion de mi carácter, ha secado á la vez la sensibilidad de mi alma.

Si tal supones, no seré yo quien lo niegue.

—¡Oh! querida hermana, te tratas con demasiada dureza, replicó la tierna esposa del marqués; además, no sé por qué me alarmo, cuando poseo un talisman que seguramente podrá para contigo mucho más que todas las súplicas.

—¡Un talisman!

—¡Oh! y de un poder increible.

—No alcanzo....

—¿De veras? continuó Amparo con dulce sonrisa.

—Puedes creerlo.

—Pues bien, le tiene una persona que acaba de hacerte un servicio señaladísimo.

—¿A quién te refieres? exclamó Julia con cierta inquietud.

—A tu libertador Alvareda.

—¡Ah!

—Ya ves, su talisman es el cariño que te profesa.

Julia hizo un gesto de duda.

Su hermana continuó así:

—¡Qué! ¿irás á negarlo?

—Sí, porque ese talisman, Amparo, carece de influencia. Yo no puedo aceptar el amor de Alvareda.

—¿No fué tu amante?

—Sí.

—Entónces....

—Yo no debo aceptar su amor.

No soy digna de él.

—¡Julia!

—Nada me digas. ¿Te parece que de corresponderle podria yo llegar al fin que me he propuesto?

Nó, de ningun modo.

Hoy no quiero otra cosa que vengarme, y me vengaré.

—Es que tú no podrás ménos de ceder á nuestras súplicas. Ahora hablas así, porque aun está sobrado reciente tu desgracia.

Te convencerás, hermana mia, de que la mejor de las venganzas es el desprecio.

—¡Oh, eso nunca! lo he dicho, y lo cumpliré.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando les interrumpió la doncella de Amparo, que puso en manos de esta una carta que acababa de recibir.

Así que quedaron solas, la mujer del marqués exclamó despues de haberla abierto:

—Mira, de Alvareda.

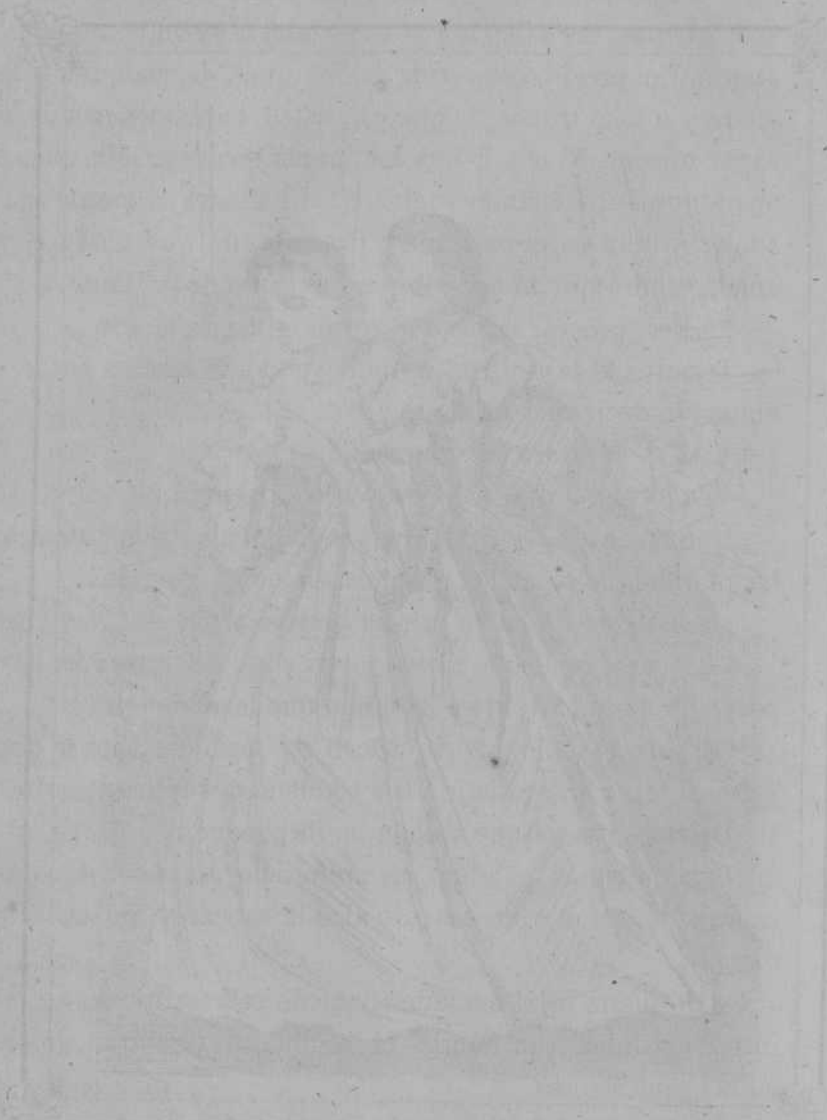
Julia tomó la carta.

Amparo iba leyendo por encima del hombro de su hermana.

Decia así:

«Mi buena amiga: Cuando hace dos horas tuve la in-»mensa dicha de que volviera Julia por mi cooperacion al

Amparo iba leyendo por encima del hombro de su hermana.



»lado de usted, era tal el estado de mi ánimo, que no me »creí con fuerzas para esperar á que esta recobrase el senti»do; además, me faltaba que hacer una cosa no poco impor»tante. Era preciso conseguir del marqués, de cualquier ma»nera y á todo trance, lo que con usted habíamos acordado »ayer mismo. El objeto que me propongo al escribir esta es »para que Julia cuando vuelva en sí halle un calmante á su »dolor y una esperanza muy fundada de que desde hoy »nada tendrá que temer del que fué causa de su llanto.

»Adios, señora, hasta nuestra próxima vista.»

Terminada la lectura, Julia devolvió la carta á su hermana sin decir una palabra.

Esta se apresuró á exclamar:

—Ya lo ves, Julia, todo está en contra tuya.

No parece sino que Alvareda se hallaba entre nosotras, y ha querido que sepas las intenciones que le animan.

¿Insistirás aun en tu primer propósito?

—Amparo, replicó la altiva jóven con entereza, no hay poder humano bastante á hacerme que le abandone.

Conozco el daño que te hacen mis palabras, por lo que sufro al tener que resistir á tus bondadosas súplicas.

Dejemos eso ya que á nada ha de conducir.

Estas últimas palabras las pronunció Julia con tan decaida entonacion, que Amparo alzó la cabeza y fijó en ella sus ojos.

—¡Hermana mia! exclamó llena de sobresalto al ver la intensa palidez que cubria el semblante de Julia, ¿estás mala? ¿qué tienes?

—No sé, pero efectivamente no me siento bien.

—¿Quieres que llame?

—Nó, nó, esto pasará; me echaré un poco; ¿me acompañas, hermana mia?

Amparo corrió á su lado, y despues de dejarla en el lecho y correr las colgaduras, volvió al gabinete, dejándose caer en el mismo sitio que ocupó Julia.

CAPITULO XV.

El desafío.

Al dia siguiente de los sucesos relatados en los últimos capítulos, Gabriel y los hermanos Alvareda se hallan en casa del primero.

Oigamos su conversacion.

—¿No le parece á usted que va tardando Agustin? exclamó Julio, que paseaba impaciente, dirigiéndose al esposo de Matilde.

—No por cierto; dejó dicho que él vendria á buscarnos al anochecer, y si viene en este momento, no ha faltado á su palabra.

—Creo que ahora no se nos escapará, ¿no le parece á usted?

—¡Oh! lo que es ahora, positivamente es nuestro; pero diga usted, Alvareda, de la entrevista del anciano Olmedo con sus hijas ¿ha resultado algo favorable á los deseos de usted?

—Nada, amigo mio; Julia ha muerto para mí.

Y esa es la causa de que mi odio hácia el marqués se haya hecho implacable, y solo se verá satisfecho cuando la venganza sea completa.

De tal manera contestó Julio á la amistosa pregunta de Gabriel, que este no se atrevió á insistir, ni en vista de la ambigüedad de sus palabras quiso entrar en nuevas aclaraciones.

Fernando, que se hallaba junto al balcon, les anunció en aquel momento que Agustin acababa de entrar en el portal.

Una alegría siniestra brilló en los ojos de Julio al comprender que se acercaba el deseado momento.

Efectivamente, no se habia engañado Fernando.

Momentos despues el honrado vasco se presentó en el gabinete.

—¿Qué hay, Agustin? exclamó Fernando vivamente.

—Que ya está en la ratonera.

—Entónces vamos, replicó Julio.

—Un momento, señorito.

—¿Qué?

—El caso es.... continuó Agustin con cierto embarazo.

Puede que me haya equivocado.

—Vamos, habla.

—En fin, yo debo decir lo que he visto, y lo diré.

Me parece que indiqué á ustedes ya, que la casa en que se alberga ese señor es de un solo piso.

—Sí, continúa, replicó Fernando.

—Pues bien, entre Santiago y yo hemos llegado á averiguar que en el cuarto bajo habita una pobre mujer que vive

de la costura, y que hasta muy entrada la noche no parece por él. De manera que no queda allí otro inquilino que el señor marqués.

Pues bien; hace media hora, ó tal vez ménos, casi lo que yo he tardado en venir, que ha entrado allí una señora.

—¿En esa casa? exclamó Julio.

—Sí, señor, y con una especie de ansiedad y precipitacion que nos admiró.

—¿Y qué crees tú de eso?

—Yo, una cosa muy grave.

Si me equivoqué, bien sabe Dios que no ha sido mi intencion ofender á nadie.

—Vamos, acaba.

—Pues bien, he creido reconocer en ella á la señorita Julia.

—¡Miserable!

—¡Qué dices! añadió á su vez Fernando deteniendo á Julio.

—Me han dicho ustedes que hablara, y he dicho la verdad.

—¿Pero tú estás seguro....

—Nó del todo, porque entónces hubiera empezado por afirmar.

Creo, no obstante, que no me engañé.

—¡Oh! ¡qué hacemos aquí! tronó con impetuosidad Julio Alvareda; por mi parte no me detengo.

—Sí, marchemos, dijeron los otros dos.

Un momento despues salian de la casa de Gabriel, y seguidos de Agustin, tomaron á buen paso por la calle de Relatores.

Ni una palabra cruzaron en todo el camino.

Al llegar á la mitad de la plazuela de la Paja, divisaron á Santiago el marinero, que se hallaba inmóvil en la esquina de la calle de los Dos Mancebos.

Cuando llegaron hasta él, Julio Alvareda le preguntó:

—¿Ha salido alguien de esa casa?

—Nadie se ha desatracado, mi capitan.

—¿Está aun la que vísteis entrar?

—Sí, señor, todavía no ha levado el ancla.

—Entónces vamos, exclamó Fernando.

—Un momento; es menester que entre yo solo.

—Es que....

—Lo he decidido.

—¿Pero y si no fuera Julia? añadió Gabriel.

—Entónces....

—Ya ve usted que no es prudente aventurarse así, tratándose de un hombre tan traidor como miserable.

—Entónces, y de ser así, que Dios lo quiera, que Santiago venga conmigo, se quedará en la escalera, y yo mismo haré que avise á ustedes.

—Julio, mira bien lo que haces.

—He dicho que está decidido.

—Pues aquí aguardamos.

—Corriente; Santiago, ven.

Este echó á andar tras del capitan, sin hablar palabra, pero así que hubieron entrado en el portal, le detuvo diciendo:

—Pero señor, ¿cree usted que yo voy á esperar á la capa hasta que oiga el primer cañonazo pidiendo auxilio?

—Tú harás lo que te he mandado.

—Bueno, señor; pero si veo que tarda usted mucho, armo zafarrancho de combate, y entro al abordaje derribando el portalon.

—Usted se empeña, bueno, me mantendré al socaire; usted es el capitan, y en paz, pero lo dicho, dicho.

—¿No sería mejor entrar, bandera larga, con un buen refuerzo por la popa?

—Santiago, basta de impertinencias.

Si hablas una palabra más, no va á ser aquí donde esperes, sino en la calle.

Santiago bajó la cabeza, y siguió al capitan, que ya ganaba la escalera.

En la puerta no habia campanilla, así fué que Julio tuvo que llamar dando con fuerza con el puño en el tablero.

Santiago, que se habia quedado oculto á la vuelta del primer tramo, sintió que al cabo de un momento se abria la puerta con cierto sigilo y que en seguida se cerró con violencia.

—¡Húm! esa es la mano del capitan. Bonito temporal va á correr ahí dentro.

Pues lo que es yo me quedo amarrado en cuatro, y en cuanto toquen generala, allá estoy con mi compañero en ménos que se dice.

Y al mismo tiempo acariciaba con aire sombrío el puño de su cuchillo.

Antes de que penetremos con Julio en el interior de aquella casa, digamos cuatro palabras que pongan al lector en conocimiento de la resolucion adoptada por el marqués desde el momento en que vió frustrados sus planes.

Además hemos olvidado decir si habia acertado ó nó en sus sospechas el honrado Agustin.

El de Lézaro, que en un todo dejaba obrar á su ayuda de cámara, se trasladó á la calle de los Dos Mancebos, segun habia oido Santiago.

Pedro, como criado de casa grande, era un tanto enamorado y no poco gastador, y como todo se contagia en el mundo, habia adquirido muchas mañas y resábios de su buen amo.

En la referida casa tenia aprisionada entre flores á cierta diosa demasiado terrenal, que hacía mucho tiempo llevaba muy á disgusto las exigencias y cortapisas que la sociedad impone á la mujer honrada.

Pedro no desconocia las bellísimas prendas que adornaban á su Filena; así que jamás en las conversaciones que con ella tenia se le ocurrió pronunciar la palabra infidelidad.

Hízose cargo de que hablar á un sordo es tiempo perdido, y su amada en esta materia era como una tapia.

A pesar de esto, el señor Pedro tenia su amor propio, y por aquello de que ojos que no ven.... habia dispuesto siempre visitarla á las mismas horas.

Una vez que entre él y el marqués se acordó el cambio de domicilio, Pedro dejó á este en las Peninsulares y se dirigió á buen paso á la calle de los Dos Mancebos.

Al pasar por la de Toledo, el relój de San Isidro daba las tres de la mañana.

La visita iba á ser un poco intempestiva, y Pedro no pudo ménos de sonreir en silencio ante la idea de la sorpresa que iba á producir.

Afortunadamente no abandonaba por costumbre la llave de la puerta.

En la plazuela de la Paja buscó al sereno, y este le franqueó la de la calle.

Un momento despues se hallaba dentro de sus dominios.

Encendió luz con la debida prevision, para no alarmar á su dulcinea, y una vez hecho, se dirigió en su busca.

Aunque parezca extraño, dormia esta con la tranquilidad del justo.

Pedro la contempló un momento con cierta conmiseracion mezclada de ironía, y despues de dejar sobre la mesa de noche el quinqué que habia encendido, llamó suavemente á la dormida.

En vista de la inutilidad de este medio, empleado dos ó tres veces, oprimió con más fuerza el hombro de su amada.

Esta vez abrió los ojos con el aturdimiento natural y la especie de atonía que precede siempre al despertar.

—¡Casilda! se apresuró á decir el ayuda de cámara del marqués con su voz natural para librar á la jóven de la sorpresa consiguiente.

Esta clavó al fin los ojos en su amante, y al reconocerle se incorporó en la cama, diciendo con una admiracion que no era fingida:

—¿Tú á estas horas por aquí?

—Yo mismo.

—Qué, ¿no estás ya en casa del marqués?

—Sí por cierto.

—Entónces....

—¿Qué?

—Que no comprendo cómo paseas á estas horas con esa

libertad, porque creo que no ha de tardar mucho en que amanezca.

—Y crees muy bien, Casilda; de manera que no siendo una brusca salida de casa del marqués lo que motiva mi presencia aquí á tu lado, comprenderás que me habrá traido un motivo muy grave.

Olvidábamos decir que el ayuda de cámara, desde el momento que Casilda despertó, supo dar á su semblante un aire de imponente seriedad.

La jóven, al oir estas palabras y tanto como ellas mismas la manera con que fueron pronunciadas, se quedó inmóvil y sin saber qué contestar.

Pedro aprovechó esta circunstancia para añadir en el mismo tono:

—Vamos, Casilda, ten la bondad de vestirte y ven aquí al gabinete, donde te aguardo, pues tenemos que hablar muy formalmente.

Diciendo así y sin aguardar respuesta, se salió á la habitación inmediata.

Poco tuvo que esperar.

La amada de Pedro, que le conocia bastante á fondo, y la constaba que era capaz de cualquier cosa, entró en cuidado verdaderamente y trató de averiguar cuanto ántes qué motivo le conduciria allí á una hora tan extemporánea.

En el primer momento pensó si podrian ser los celos causa de todo esto.

Al acudir tal idea á su mente, se tranquilizó no poco.

Creíase con el suficiente mérito físico y con una astucia más que regular para resistir el arrebato de su amante y desvanecer por completo todo escrúpulo.

Pensando en estas cosas, vistióse con rapidez, y una vez que hubo terminado, tomó el quinqué y penetró en el gabinete.

Dejó la luz sobre una cómoda, y marchó junto á su amante, que se hallaba sentado á una esquina del sofá, apoyando su codo en el respaldo y dejando descansar su frente sobre la palma de la mano.

Aquella actitud fué estudiada por el ayuda de cámara, y comenzó á dar su resultado; pues Casilda, que fingiendo un poco pensó acudir hácia él con muestras de alegre afecto, se detuvo, limitóse á tomar asiento á su lado y á exclamar así:

—Vamos á ver, querido Pedro, yá te escucho, ¿qué tienes que decirme?

El astuto criado, sin variar de postura, permaneció un momento mirando á Casilda con sombría expresion; despues, como si cediera á un nuevo órden de ideas, alzó la cabeza, retiró el brazo del respaldo del sofá, y prorumpió:

—Casilda, muchas cosas tenia que decirte hoy, pero me limitaré únicamente á lo más grave.

Vamos á ver, ¿tienes para conmigo del todo tranquila la conciencia?

—Pero...!

—Así no se contesta; por lo tanto, miéntras no vea que marchas directamente al objeto, te interrumpiré.

¿Vas á contestar, sí ó nó?

—Sí, ¿puedes dudarlo?

—¡Pchs! no se trata ahora de eso.

Puesto que te hallas en disposicion de serme franca, formulo de nuevo la pregunta:

¿Se halla tu conciencia tranquila, Casilda?

—¿Pero acerca de qué?

—¿Y tienes valor para preguntarlo?

Siendo cual es tu conducta, obrando como obras, ¿tienes aun atrevimiento para contestarme que acerca de qué?

¡Casilda! continuó Pedro con entonacion dramática, yo bien sabía que no eras una santa; no trato yo ahora de exagerar las cosas, pero jamás pude sospechar que del modo que lo haces pagaras mis sacrificios y mis desvelos.

La jóven no contestó.

Pedro tenia necesidad de continuar en el mismo sentido, porque en verdad no sabía una palabra.

Iba, como se dice vulgarmente, á sacar de mentira verdad, y el paso era delicado, como la jóven, intencionadamente ó nó, continuase más tiempo en silencio.

El ayuda de cámara, que no era hombre de pocos recursos ni falto de serenidad, continuó así:

—¿Y qué, nada contestas? ¿será menester que te anonade con la relacion de lo que he sabido?

Casilda, si no me lo revelas todo, absolutamente todo, te digo que no podemos continuar así, no ya un dia más, sino ni un momento.

Ménos pegar á una mujer, porque se me resiste y jamás ha entrado en mis cálculos, sabe que soy capaz de todo.

Ahora habla, ya te escucho, no digas que no te he prevenido de antemano.

—¿Pero de qué quieres que hable?

—¿Cómo de qué?

—Sí.

—¡Casilda!

—Pero si no te entiendo....

—¿Es decir que quieres que me explique más claro?

—Eso es.

—Pues bien, me explicaré.

—Pero dí, hombre, exclamó Casilda con cierta zalamería queriendo intentar un arreglo amistoso ántes de que comenzase la tempestad que sentia ya tronar, ¿qué es lo que te pasa? ¿á qué es esa tontería?

—Señora, no es esta ocasion de bromas.

—¡Pero hombre!

—Nada, has dicho que me explique, y voy á hacerlo.

¿Me eres fiel?

—Vaya, ya véo de dónde proviene tu incomodidad.

—Pues bien, habla.

—Como eres tan celoso, habrás preguntado á la vecina, y por cualquier cosa....

—¡Ah! ¿lo llamas cualquier cosa? exclamó Pedro, firme en su propósito de ir descubriendo terreno.

—Sí, señor, porque no siempre debe uno guiarse de las apariencias.

—¡Ah! ¿y todo lo que ha pasado no son mas que apariencias? ¿aun tendrás valor para decir eso?

—Sí, porque no son otra cosa.

—Pues bien, yo lo he oido perfectamente; pero ántes de juzgar quiero que tú misma me digas la verdad de todo.

—Pues bien, la diré, puesto que es ese tu deseo.

—Ya escucho.

Pedro adoptó una posicion tal como exigian las circunstancias.

Su gravedad era extraordinaria.

Casilda, que habia caido en el garlito, como se dice vulgarmente, prorumpió de esta manera:

—Pues verás, Pedro: es el caso que hace ocho ó diez dias que se sitúa ahí enfrente un pasmarote que me vió no se dónde, y que me siguió á todas partes.

Al principio me extrañó, y hasta llegué á alarmarme por si le veias tú y te figurabas lo que no era ni es.

Sin embargo, como siempre al penetrar yo en el portal él se retiraba, me tranquilicé con respecto á sus intenciones.

Pero ayer por la tarde sucedió de una manera muy distinta.

Le encontré como de costumbre en la calle, procuré apretar un poco el paso porque era algo tarde, y llegué aquí en extremo fatigada.

Al ir á subir la escalera volví la cara, y como siempre pasó de largo.

Llegué á la puerta, abrí, y cuando una vez dentro me volvia á cerrar, me encontré con aquel sugeto que suavemente me detuvo impidiendo que cerrase.

Le supliqué con entereza que se retirase, y él con buenas maneras me replicó que no lo haria sin que le oyera ántes.

A todo esto y por mi impremeditacion se hallaba dentro de la antesala, despues de haber cerrado la puerta.

Llena de miedo le escuché, y te juro, Pedro, que cuando á su pretension respondí negativamente de la manera más enérgica, aquel hombre no insistió más, y se alejó permitiéndose decir únicamente que confiaba en que no siempre habia de ser aquella mi respuesta.

¿Quieres ahora que te diga por qué me referia yo ántes á las apariencias?

—Sí, ese es mi deseo.

—Pues bien, la del cuarto bajo, no sé si es que no tenia del todo seguridad de si mi acompañante habia subido, y buscando no recuerdo qué pretesto, llamó á la puerta.

Salí á abrir, é indudablemente, aunque no pasó más allá, le vió en la sala.

Despues te lo ha dicho, y tú, hasta cierto punto con razon, has creido ver lo que no hay.

—¿Has concluido?

—Sí.

—Vamos á ver, Casilda, si te es posible ponte en mi caso un momento.

—Pero....

—Nada, ¿qué harias tú en mi lugar?

—Lo que debes hacer tú; creer cuanto acabo de decirte.

—¡Ah!

—Sí, señor, porque esa es la verdad.

—Pues hija, siento decirte que no opino de la misma manera.

—¡Cómo!

—Lo que oyes, hija mia.

Yo lo siento mucho. Tal vez tendrás razon; pero ¿y la duda?

¡Tú no sabes lo que es la duda, Casilda! Es uno de los tormentos más grandes que hay en el mundo.

Yo de tí no dudaba ántes, y ahora tengo más que sobrados motivos.

Casilda, esto no puede continuar así.

—¿Pero te has vuelto loco, Pedro? replicó la jóven, verdaderamente asustada.

—¡Un nuevo insulto! En fin, ya nada me importa.

Así como así no he de aumentar por eso el castigo que te preparo.

—¡Pero por Dios!

—¡Nada!

—Mira que ese hombre no estuvo mas que ayer, y nuestra entrevista se efectuó tal y conforme te he dicho.

—No nombres más ese suceso.

Para tu satisfaccion puedo decirte una cosa.

—¿Qué?

—Que desde este momento eres dueña de admitir sus obsequios como te dé la gana.

—Vamos, tú no hablas con formalidad.

—¿Cómo?

—Lo dicho, contestó la jóven, procurando sonreirse.

—¡Ah! ¿no hay motivo para ello?

—Nó, señor.

—Pues mira, será como tú quieras, pero yo hablo sériamente, sábelo.

—Y bien, ¿qué piensas hacer?

—¡Ah! poca cosa, para una mujer que tiene la suerte de ser tan solicitada.

En cuanto sea de dia, lias tus bártulos y abandonas esta casa para siempre.

—¡Pedro!

—¿Qué quiere usted?

—¡Y tendrás valor!

—Lo tendré, ó por mejor decir, le tengo.

—¡Ese es el pago que dais todos los hombres! replicó Casilda llorando á lágrima viva.

—Te suplico que eches un pliegue á tu sensibilidad, porque no son estas horas de escandalizar á los vecinos pacíficos.

—Eso es, ven ahora con burlas.

—Nada de eso, que hablo muy de veras.

—¿Y has pensado bien lo que acabas de decirme?

—¡Ay! divinamente.

—Pedro, eres un infame.

—Gracias, Casilda.

—Una cosa te advierto.

—¿Cuál es?

—Que si me voy, que si me dejas marchar, no vuelves á verme.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—Pues bien, entónces te irás, Casilda.

Que no te arrepientas nunca de semejante resolucion.

Casilda comprendió en seguida que su amante se hallaba decidido á dar aquel paso.

Entónces no quiso darle por más tiempo el espectáculo de su llanto.

Levantóse del sofá, y exclamó:

—Pues bien, me marcharé ahora mismo.

—Tanto como eso, harás mal.

—¿Por qué?

—Porque te expones á dormir en la alcaldía.

Estas son horas sospechosas, Casilda; modera tu impaciencia, que ya no puede tardar mucho en amanecer.

La jóven no contestó.

Sin hablar una palabra, ahogando de cuando en cuando sus sollozos, comenzó á arreglar sus ropas.

Pedro no se movió del sofá hasta que fué de dia.

Ni siquiera volvió á dirigir á la jóven una palabra.

Cuando ya le pareció que podia plantarla en la calle, con una frialdad que, en aquel como en todos los actos de su vida, demostraba un corazon empedernido, exclamó así:

—Casilda, ¿has terminado ya de hacer tu cofre?

—Sí.

—Pues mira, ya habrá en la plazuela algun chicuelo que pueda llevarlo; ve á buscarle, que tambien necesito yo marcharme pronto.

Casilda obedeció sin replicar.

Un cuarto de hora más tarde abandonaba aquella casa.

Dos ó tres horas despues, el marqués de Lézaro, que aguardaba impaciente á su criado, se trasladaba á la calle de los Dos Mancebos.

En aquel mismo dia llegó á casa de Amparo el anciano coronel Olmedo.

La sorpresa de ver á Julia, á quien creyó perdida, y su indignacion al saber el nombre del autor de la increible infamia, produjo en él una conmocion tal, que empezó á inspirar sérios temores á sus hijas.

Tambien en aquel mismo dia Julio de Alvareda, en quien batallaban tan encontrados sentimientos, comenzó á adquirir la triste conviccion de que Julia habia muerto para él.

Esta idea avasalló completamente sus facultades.

Los celos, el desaliento y el deseo, en fin, cada vez más grande de vengarse en el marqués de una manera terrible,

hiciéronle hablar ante los dos hermanos acerca de esto con una impetuosidad que ni supo ni quiso disfrazar.

Ante ellas, declaró que el infame marqués habia tratado de burlar á sus perseguidores, para lo cual vivia en una pobre casa de la calle de los Dos Mancebos.

Julia, que relativamente al de Lézaro ni sabía ni podia disimular, no ocultó á Alvareda la resolucion firmísima que se habia propuesto adoptar, y todo esto como se comprende, excitó más y más en Alvareda el deseo de hacer inútiles los propósitos de la que amaba.

Julio salió de allí con el corazon destrozado.

Sus amores habian muerto.

Mucho tenia que vengar en el marqués de Lézaro.

Ahora bien, al lado de los dos antiguos amantes, que solo respiraban rencorosa saña por el que hizo su desgracia, al lado del coronel Olmedo, que por la misma razon se conmocionó de tal modo, que hizo inspirar temores por su salud á cuantos le rodeaban, existia un sér no poco castigado por la misma infame conducta del marqués, y que sin embargo no sentia en su corazon el odio que atesoraban los demás.

Hablamos de Amparo.

Sufriendo de una manera increible las propias y ajenas desventuras, con el alma transida de dolor, habíase penetrado de las intenciones de Julia, así como de las de Alvareda.

Por este supo lo acaecido entre ellos despues de rescatada su hermana, y tambien que habian llegado á descubrir el lugar en que se ocultaba el marqués, así como que en aquella misma noche habrian de encontrarle.

Cuando quedó sola, formó el propósito de hacer cuanto

estuviera en su mano por librar al marqués de riesgo tan inminente.

Comisionó á uno de sus criados para ver si con maña podia descubrir cuál era la casa que ocupaba.

No olvidó que Alvareda habia dicho que se hallaba vigilado constantemente por los criados suyos, y tuvo buen cuidado de que el que mandó tuviese esto en cuenta.

Pocas horas despues, Amparo recibió con seguridad las señas de la casa.

El criado que mandó no habia perdido el tiempo.

Agustin y Santiago le dieron sin querer la noticia que buscaba.

Les oyó hablar sobre lo bien que habia procedido el que se ocultaba al escoger aquella casa, pues sin más vecindad que el cuarto bajo, era como si viviese solo.

Estas palabras y las miradas que las acompañaron hácia el sitio en cuestion, fueron pruebas suficientes para que el enviado de Amparo diese cima á su empresa.

Desde aquel momento, Amparo no pensó mas que en una cosa.

En avisar al marqués para que se pusiese en salvo del peligro que le amenazaba.

Decidida á ello, ideó el modo de llevarlo á cabo.

En esto estribaba la principal dificultad.

Mandar un criado, imposible.

A más de que el de Lézaro, sin duda alguna, tal vez en lugar de un aviso amistoso, creeria ver en él una asechanza, tenia el inconveniente de enterar al que se encargara de esta comision de cosas harto graves y delicadas.

¿Cómo resolver esta duda?

No habia más que un medio.

Ir ella misma á anunciar al marqués el próximo riesgo, exhortándole que se salvara.

Mucho era esto para aquella angelical criatura; sin embargo, pensándolo bien, vió que no existia otro camino.

Doblegar la fuerza de su sentimiento, hacer que callasen su decoro y su dignidad de esposa ofendida, y por último, dar fuerzas á su sensibilidad angelical, todo esto se propuso dominar, y lo consiguió.

Firmemente resuelta á dar aquel paso, esperó una ocasion para llevarle á cabo.

Cerca ya del anochecer, pudo con un pretesto dejar á su padre y á Julia.

Tomó un abrigo y una mantilla de espeso velo, y salió á la calle.

Al principio y una vez decidida, dió órden de que pusiesen el coche.

Pero en seguida se detuvo arrepintiéndose, y dió la órden en contrario.

Llegar con él hasta la casa, comprendió que no era prudente, para no despertar las sospechas de los que tal vez vigilaban al marqués.

Detenerse en las inmediaciones, tenia otro inconveniente.

La maledicencia no desperdicia la más leve ocasion para herir con su emponzoñado dardo.

Amparo no podia en modo alguno consentir en darla pábulo de ninguna manera.

Preguntando á unos y á otros, llegó por fin á la referida calle.

Buscó el número de la casa que le dijera su criado, y casi enfrente vió dos hombres, que desde luego comprendió debian ser los mandados por Alvareda.

Echóse más el velo, y apresuró el paso.

Llegó por fin á la casa.

Palpitante y trémula, penetró en el oscuro portal.

Por un momento creyó que sus esfuerzos iban á abandonarla.

Tuvo intenciones de volverse atrás.

Sin embargo, buscando en su mismo temor una energía ficticia, y á la manera del que aventura el todo por el todo, así que hubo llegado ante la puerta, llamó con precipitacion.

Trascurrió un instante de silencio.

Despues oyó las fuertes pisadas de un hombre, que cada vez se hacían más perceptibles.

Aquel ruido retumbó dentro de su corazon haciéndole precipitar sus latidos.

El ayuda de cámara del marqués abrió la puerta.

Al ver á una señora, se quedó inmóvil sin acertar á decir palabra.

Amparo conservaba echado el velo.

Esta fué la primera que rompió el silencio, diciendo con voz un tanto temblorosa:

—Necesito ver al marqués; guíeme usted á su presencia.

Pedro, al oir aquella voz tan conocida, retrocedió con el mayor asombro.

—¡Señorita! murmuró.

—¿No me ha oido usted?

—Es que....

—¡Ah! ¿no quiere usted?

—No es eso, señorita, contestó Pedro, ya dueño de sí; pero han informado á usted muy mal.

Ni el señor marqués está aquí, ni ha estado nunca.

—¿De veras? replicó Amparo, mirando al ayuda de cámara con terrible desden.

—Como tengo el honor de decírselo.

—Pues bien, entónces mis noticias son mejores que las de usted.

—¡Señora!...

—El marqués llegará aquí de un momento á otro, y voy á esperarle.

Guíeme usted á su gabinete.

Habia tan firme decision en las palabras de la jóven y en la manera con que las hubo pronunciado, que Pedro comprendió desde luego que no habia más remedio sino acceder á su demanda.

A tratarse de otra persona, todos los medios hubieran sido buenos para impedirlo, incluso el de la violencia; pero era la mujer del marqués y no podia cargar con tan grave responsabilidad.

Resignóse, pues, á todo, y exclamó cerrando la puerta con cuidado:

—Suplico á usted, señora, dispense la contradiccion que observara en mí, pero solo me toca obedecer, y cumplo con ello.

Tenga usted la bondad de seguirme.

En las grandes ocasiones, en las circunstancias críticas, hasta las almas más resignadas y sensibles parece como que encuentran fuerzas en su misma debilidad para resistirlo y afrontarlo todo.

El pueblo, con su admirable instinto, nos revela frecuentemente grandes verdades envueltas en una forma más ó ménos escogida.

Que Dios no nos dé, dice, todo lo que podemos sufrir.

Estas palabras encierran una gran verdad.

Mucho más se teme el peligro que se adivina, que cuando nos hallamos en él.

Parece que en tales circunstancias se opera en el ánimo una revolucion especial.

Revístese de una conformidad heróica, digámoslo así, y por ella cuenta con un valor que nunca pudo sospechar.

Se teme á la muerte, porque tenemos la creencia que va precedida de sufrimientos increibles.

La imaginacion fantasea á su capricho, y cada uno la reviste con los más negros colores.

Así sucede con los peligros.

Si alguno nos amenaza, crece á nuestros ojos ántes de llegar y nos asusta.

El miedo es un cristal de aumento que muestra los objetos con un tamaño gigantesco.

Una vez que el peligro llega, preséntase necesariamente tal como es, y ya por esta razon, como porque no es posible otra cosa que afrontarle, halla fuerzas el alma y no sucumbe sin resistir hasta lo último.

Tal aconteció á la virtuosa Amparo.

Nadie hubiera creido, ni ella misma, que al seguir al criado del marqués lo hiciera con un paso tan firme y una majestad tan severa como digna.

Ya que no otra cosa, bien hubiese querido el ayuda de cá-

mara prevenir al de Lézaro, siquiera para evitarle la sorpresa que forzosamente habia de experimentar; pero no le fué posible, porque Amparo marchaba inmediatamente tras él.

Abrió, pues, la mampara del gabinete, y sin hablar palabra se hizo á un lado, dejando paso á la hermana de Julia.

Como conocia tan perfectamente el carácter de su amo, hasta le asustó el escuchar lo que podria ocurrírsele al ser sorprendido por su mujer; así fué que cerró sin ruido la mampara y salió de la sala encaminándose hácia las habitaciones interiores.

Al ruido que produjo la entrada de Amparo en el gabinete, el marqués, que se hallaba sentado de espaldas á la puerta revisando unos papeles, volvió hácia allí la cabeza con perezosa curiosidad.

Al ver de pié é inmóvil á una encubierta, se levantó con naturalidad no exenta sin embargo de cierta extrañeza, y exclamó así:

—Señora, quien quiera que usted sea, estamos solos y puede sin cuidado alzarse el velo.

Amparo, al oir estas palabras y con la misma lentitud con que podria haberlo hecho un autómata, descubrió su rostro.

No bien lo verificó, cuando el marqués, con el más profundo estupor retrocedió un paso, exclamando con entonacion concentrada:

—¡Señora!!

—Te extraña que venga, ¿no es verdad, Jacobo?

—No sé si me extraña ni lo que me sucede en este momento.

Amparo, continuó el de Lézaro, con el rostro lívido y la

mirada torba, no me gustan las sorpresas, y sobre todo las que tiendan á deprimir el amor propio.

¿Qué vienes á hacer aquí?

¿A gozarte en la vergüenza de mi derrota? ¿A decirme que soy un infame, que te he engañado, que eres, en fin, desgraciada?

Si para esto lo has hecho, has sido poco prudente, te has dejado caer en brazos de una temeridad que muy bien podria llegar á serte funesta.

La voz del marqués al decir estas palabras resonaba empañada y tétrica, en sus ojos brillaba un fulgor extraño y terrible, y la palidez de su rostro parecia la de un cadáver.

Amparo jamás habia visto á su marido de aquella manera.

Sus piernas comenzaron á flaquear, y tuvo que hacer un esfuerzo grandísimo para andar los tres ó cuatro pasos que la separaban del sofá, en el que se dejó caer temblorosa y sollozante.

—Vamos á ver, tronó nuevamente el de Lézaro acercándose á la jóven, ¿qué objeto te ha traido aquí, y sobre todo, cómo has sabido descubrir mi paradero?

Despues de una breve pausa, en la que esperó inútilmente ser contestado, exclamó de nuevo con la misma exaltacion soberbia y rencorosa:

—¿Pero acabarás, desgraciada?

Yo no quiero lágrimas, continuó al oir los sollozos que ahogaban á la infortunada jóven; las desprecio, las detesto.

Si es eso á lo que has venido puedes marchar, pero no repitas la visita.

Créelo, es muy peligroso buscar al leon en su caverna, y yo lo soy terrible y fuerte.

Ayer un par de miserables se burlaron de mí; ¡ay de ellos! ¡Amparo, no te pongas en mi camino!

Si otra intencion, con la cual creerás sin duda ganar el cielo, es la que te ha traido, á una y á otra os desprecio igualmente.

¿Se me declara la guerra? ¡se acepta!

¡En estos momentos, desde ayer, la libraria contra todo el género humano!

—Jacobo, no prosigas, exclamó por fin Amparo con voz ligeramente temblorosa y agitada y sin que en su rostro se advirtiese el más pequeño asomo de enojo.

Has acertado por fin con el verdadero motivo que me impulsó á buscarte.

¿Piensas que vengo á hablar de lo pasado?

Si tal crees, desecha semejante recelo.

Nada podria deshacer lo acaecido; y como tengo por costumbre conformarme con la desgracia, á nada aspiro, nada pues deseo ni pretendo.

—Vamos, ya comprendo, replicó el marqués con sangrienta ironía, vienes llena de magnanimidad á concederme tu perdon, ¿no es eso?

¡Oh! esto te realzará indudablemente á los ojos del mundo.

El papel de víctima resignada es siempre muy simpático y sobre todo edificante.

Pero yo rechazo tu perdon, continuó abandonando el sarcasmo; y volviendo de nuevo á la pasada violencia, ni le quiero, ni le necesito.

En cuanto al papel que de hoy en adelante pienses representar, ni me cuidaré de él, ni me importa.

—Te equivocas, Jacobo, ni una cosa ni otra pretendo hoy.

Mi perdon, si te le concedo, lo sabremos únicamente Dios y yo.

En muy pocas horas he llegado á comprender lo que eres, y en caso de otorgártele, no querría exponerle á tu befa.

En cuanto al nuevo insulto que me acabas de dirigir, te diré, que el papel de víctima le representaré de una manera inimitable, estudiándole tan solo en mi infortunio y en tu proceder, pero huiré de testigos saliendo de Madrid para siempre.

—¡Oh! eso será, exclamó el marqués algo más tranquilo y dueño de sí, siempre que me convenga.

—¡Cómo!

—Sí, Amparo, sí, esto es muy natural.

No prejuzgo todavía la cuestion, porque aun no he decidido nada; pero en fin, á cada cosa le llegará su turno.

Amparo miró á su marido con un asombro doloroso.

No podia explicarse transicion tan brusca como la que en él observaba.

Y es que no comprendia hasta qué punto llegaba la infamia de aquel hombre.

El marqués conoció que se habia equivocado.

Creyó en el primer momento que Amparo iba á proporcionarle una escena de reconvenciones y lágrimas, y no solo ante esta idea se despertó su mal dormido enojo, sino que en razon de esto mismo, aconsejado por él, se propuso no consentirlo.

Su conciencia no podia ménos de acusarle.

Amparo hubiera tenido razon.

Sus palabras, por templadas que hubiesen sido, encerrarian tanta verdad, que el marqués ante ellas no podia hacer otra cosa que enmudecer sonrojado bajo su pesadumbre, ó contestarlas contra toda razon con la violencia del despecho.

En tales circunstancias se opta siempre por este extremo.

La ira y los raptos de quijotesco amor propio están en razon inversa de la verdad.

Cuando esta no asiste, aquellos se exacerban.

¡Siempre es igual la condicion humana!

Amparo, que no podia, que no era capaz de comprender tanto cinismo, no acertó á replicar en el primer momento.

Creyó que estaba siendo víctima de un sueño tenaz y fatigoso.

¿Cómo habia de figurarse que, engañada tan cruelmente por su marido, no habia de tener el derecho de ir á llorar sus desventuras al lado de su padre?

Cuando conoció que lo que oia no era una ilusion de su mente, replicó así al marqués con profundo asombro:

—¿Qué dices, Jacobo? ¿crees por ventura que puede nadie impedirme, ni aun tú mismo, la resolucion que llevaré á cabo?

—Vaya, ¡pues no lo he de creer!

—¡Oh! ¡te equivocas!

Para hacerme desistir sería forzoso que emplearas la fuerza.

—Se empleará en caso de que tal sea mi deseo.

Mira, Amparo, el sistema de las provocaciones es para mí el más malo que puede emplearse.

De ello hay buena prueba en tu familia.

Tienes un recurso para combatir conmigo, y voy á manifestártelo.

Para salir adelante con tu empeño, solo puedes adoptar un medio.

Apelar á los tribunales.

Estos, despues de una tramitacion no poco larga, quiero suponer que fallarán en favor tuyo; ¿pero sabes lo que te habria costado el conseguirlo?

Pues óyelo bien, y no lo olvides.

Cerrar los ojos al escándalo y arrostrar con impavidez las hablillas y murmuraciones de la sociedad.

Para esto sé yo á ciencia cierta, porque te conozco, que te falta valor.

Pues bien; de no apelar á este recurso, no hay otra autoridad que debas acatar mas que la mia.

A ser otro hombre el marqués de Lézaro, le hubiera dado lástima ver el efecto que en aquella cándida niña habian causado sus palabras.

Su tierno corazon no podia albergar ni un solo momento el amor hácia aquel hombre.

Religiosa y buena, creyó un deber de conciencia avisarle del peligro que corria, para que de él se salvara.

De tan noble proceder, hijo de su abnegacion y de sus caritativos sentimientos, á continuar junto á su marido, que faltando á los más sagrados deberes habia herido de muerte su alma, existia una inmensa distancia.

Aquella tierna niña ignoraba lo que es el fingimiento,

y ante tan triste perspectiva dió libre salida al más acerbo llanto.

En medio de sus sollozos, con las manos juntas, en actitud suplicante, exclamó así:

—¡Oh! ¡Jacobo! ¡por Dios te lo pido, no violentes esta decision!

¡Nada de recriminaciones! Ni de mis labios saldrá una queja, ni hasta tí llegará el eco de mis suspiros.

Mira, yo he venido á salvarte.

Los que una vez quisieron medir sus armas contigo, van á venir hoy, esta misma noche, acaso dentro de un instan; vete, ocúltate; en cambio, si aprecias en algo este servicio, dame la seguridad de que accederás á mis súplicas.

Jacobo, continuó con entonacion solemne, deja que espere junto á mi padre la última hora de mi vida.

¡Todos hemos sido bien pecadores, déjame que incesantemente pida al Señor nuestro perdon!

En el rostro del marqués de Lézaro brilló, al oir la explicacion de la jóven, cierta sonrisa irónica. Cuando oyó que le buscaban, y seguramente con gran tino, sus más mortales enemigos, frunció el entrecejo y sus ojos destellaron de nuevo su luz más sombría.

Iba á contestar tal vez acerca de esto, dejando á un lado las súplicas de su esposa, cuando abrióse la mampara con violencia, y un hombre penetró en el gabinete.

Amparo dió un grito terrible, extendió las manos como si le faltara aire para respirar, y cayó sin sentido sobre el mismo sofá del que en aquel momento habia querido incorporarse.

El que habia entrado era Julio de Alvareda.

El marqués se levantó del sillon que ocupaba, sereno é imponente.

Los dos cruzaron una mirada de indescriptible saña.

El primero que rompió el silencio fué el marqués, que exclamó así con voz breve y dura:

—Comprenderá usted que esta señora estorba con su presencia nuestro intento.

¿Hay algun medio de sacarla de aquí?

—Sí, señor.

—Sabiendo como usted las gasta, dejé abajo mi gente para que no haya escape posible.

Desde ese balcon haré que suban por esta señora, miéntras otro va á buscar un coche que la conduzca á su casa.

—Para que vea usted que quiero que nos entendamos una vez, voy á facilitar su propósito.

Asómese usted al balcon y disponga que miéntras dos vienen para conducir á esta señora, que otro se acerque á la plazuela de la Paja.

Allí está mi coche: que diga al criado de mi parte que se acerque aquí y que marche con la señora hasta su casa.

Alvareda se inclinó en señal de asentimiento.

Al verle salir al balcon, los que le aguardaban se acercaron con rapidez.

Hízose todo como dispuso el marqués, y miéntras con el mayor cuidado sacaban á la infeliz Amparo, el de Lézaro murmuró al oido de Julio:

—¿Supongo que no necesitará usted la presencia de sus amigos para que le animen?

—Nó, ¡vive Dios! señor marqués.

Me anima el odio y el deseo de esterminio; ¡quiero matar ó morir!

—Pues bien, entónces disponga usted que no nos molesten hasta que vean salir á uno de los dos.

—Santiago, exclamó Alvareda en voz alta, dí abajo y tened todos en cuenta, que no quiero que nos interrumpan. No os impacienteis si tardamos, pues el resultado lo dirá la salida de uno de los dos.

Santiago no replicó.

Contentóse con fijar una mirada sombría en el marqués de Lézaro.

En ella se envolvia una terrible amenaza.

Un momento despues quedaron solos.

El marqués, afectando el aire más tranquilo del mundo, sacó el relój y miró la hora.

Una sonrisa imperceptible contrajo su semblante.

En seguida exclamó así:

—Caballero, ántes de nada, debo á usted una explicacion, y voy á dársela.

—Puede usted omitirla si gusta, porque á nada ha de conducir; me es de todo punto indiferente.

—Le ruego á usted que la escuche.

Seré breve.

—Siendo así, estoy atento.

—Caballero, mi brusca desaparicion de anoche no fué ideada por mí.

—¿Nó?

—Puede usted creerlo.

—Entónces.... aun aceptando eso, queda en pié lo más principal.

Si usted no dispuso la farsa, la patrocinó al ménos.

—Eso es cierto.

Anoche me aconteció una cosa especial.

No es que tuviera miedo, nó, jamás le he tenido; pero de eso á no figurarme que pudiera yo sucumbir, hay mucha diferencia.

Iba á tener dos desafíos, y créame usted, caballero, en la situacion en que se encontraba mi ánimo, con los mil deseos que bullian en mi mente, sentia como en ninguna otra ocasion fenecer entónces

Mi criado dispuso aquella farsa, y lo confieso ingénuamente, cuando me la reveló y me propuso que marchásemos, acepté y huí como el último de los cobardes.

Despues y durante el dia de hoy no he tenido otro pensamiento que el de la vergüenza que he echado sobre mí.

Puede usted creer, caballero, que no se habrian pasado muchas horas sin que nos viésemos.

—Entónces me alegro doblemente por haberle evitado esa molestia, y aquí estoy á su disposicion.

Si Julio Alvareda hubiese conocido más al marqués, no habria podido ménos de extrañar lo que en él se advertia en aquel momento.

Hallábase inquieto y distraido, como si esperase á alguien, ó como si á la vez que hablaba con aquel, pensase en otra cosa muy distinta.

Cuando Alvareda dijo sus últimas palabras, este replicó así:

—Un momento aun, caballero.

Tengo la evidencia, añadió al observar en su antagonista cierto movimiento de disgusto, que va usted á aplaudir el

objeto que me mueve á esta nueva, aunque momentánea dilacion.

No hace muchos meses que reduje á metálico una parte no despreciable de mi fortuna.

Usted comprenderá que, hallándose esta en un sitio solo conocido por mi ayuda de cámara, no puedo aventurarme á que si la desgracia se hallara de mi parte como resultado de nuestra contienda, pierda mi mujer por falta de prevision lo que de derecho le pertenece.

—Una de dos cosas podemos hacer.

—Lo dejo completamente á su arbitrio.

O dejar escrita una nota con ciertas formalidades que revele el lugar en que se halla esa cantidad, ó bien que desde aquí disponga pase á manos de mi administrador.

—Haremos, pues, lo que usted quiera, que de cualquier modo poco habrá de dilatarse la realizacion de nuestro deseo.

Julio permaneció un momento silencioso.

En pró de su caballerosidad debemos decir, que solo un instante creyó si la relacion del marqués sería una nueva farsa.

Desechó al punto esta idea.

Además, se dijo, dos veces el mismo expediente indicaría una pobreza de espíritu que yo no puedo conceder á este hombre.

Debe ser verdad; cedamos, puesto que ello ha de venir en caso en favor de su virtuosa mujer.

Pensado así, replicó en voz alta:

—Señor marqués, creo sin duda alguna cuanto usted me dice.

—¡Oh!

—¿Se admira usted de que tal diga?

—Me parece que no debe usted dudarlo.

—Pero no será porque no exista un precedente, que en todo caso me concedia ese derecho.

—¡Es verdad!

¿Decia usted?

—Que no lo dudo, y que puede hacerse cuanto ántes cualquiera de las dos cosas que usted se sirvió indicar.

—¿Cuál le parece á usted que adoptemos?

—¡Oh! caballero, usted no me conoce; en aquello que nada tiene que ver con mi honor, procuro siempre mezclarme lo ménos posible.

Obre usted como mejor crea, pues que se trata de un negocio exclusivamente suyo.

—Señor de Alvareda, lo que desgraciadamente medió ayer entre nosotros, y que ya debe tratarse con cierta frialdad, puesto que vamos á ventilarlo en el debido terreno, es causa de que tenga yo por delicadeza que proceder ahora como lo hago.

Sin embargo, no insistiré.

Voy á decir á usted lo que creo mejor para hacerlo en seguida.

Escribiré una carta al administrador, diciéndole que con la autorizacion adjunta, que extenderé en cuatro renglones, vaya en seguida á recoger los fondos del sitio en que se hallan.

Le advertiré al propio tiempo, que al pié de la misma carta en que le hago esta prevencion, estampe su firma la conformidad y me la devuelva con el mismo criado, para quedar del todo tranquilo.

¿No le parece á usted bien?

—Perfectamente.

—Entónces, con el permiso de usted voy á redactar ambas cosas.

Julio se inclinó, demostrando así su asentimiento.

El marqués se acercó á la mesa, tomó papel y comenzó á escribir.

Interrumpióse de pronto y volvió á consultar su relój.

De nuevo y de la misma manera que ántes lo hizo, la misma sonrisa imperceptible volvió á asomar á sus labios.

Alvareda quedó del todo tranquilo.

Dejóse llevar de su natural impulso, y se entregó de nuevo á sus cavilaciones.

El marqués escribia rápidamente.

Dos ó tres veces, con el mayor disimulo, dirigió sus miradas hácia Alvareda.

Este, del todo abstraido en sus pensamientos, ni siquiera se cuidaba del marqués.

Por fin, este se levantó de la mesa y tiró de la campanilla.

Entónces fue cuando Julio abandonó su distraccion.

—¿Terminó usted ya? dijo.

—Sí, señor, voy á mandar ambas cosas á su destino.

Oye, exclamó dirigiéndose á Pedro, que habia acudido al llamamiento, llevarás esta carta al administrador.

—Está muy bien, replicó el ayuda de cámara, vuelto de espaldas á Julio.

¿Quiere usted algo más? continuó mirando al marqués con intencionada fijeza.

—Nada, replicó este, al mismo tiempo que hacía un gesto

afirmativo; que te despaches en seguida y vuelvas cuanto ántes.

El criado sonrió, dando á entender que comprendia sus deseos.

En seguida repuso:

—Descuide usted, señor; dentro de nada estoy de vuelta, si Dios quiere.

El de Lézaro le despidió con una mirada que queria decir, te aguardo con impaciencia.

Y añadió en voz alta:

—Si no estuviera en su casa, lo que no es probable, porque siempre se le encuentra en ella, haces que te indiquen el sitio en que le puedes hallar.

El objeto es que no vengas sin la respuesta.

—Corriente, señor.

—Pues vé corriendo.

—¿Se ofrece algo más?

—Nada, que marches á escape.

El criado se inclinó y salió.

Los dos enemigos volvieron á quedar solos.

Nadie hubiera dicho, viéndolos en aquel momento, que mútuamente se profesaban el odio más intenso.

Julio se habia tranquilizado del todo con respecto á las intenciones del marqués.

Creyó de buena fé en todo cuanto dispuso en aquellos momentos solemnes, que indudablemente podian ser los últimos de su vida.

El de Lézaro tambien habia llegado á tranquilizarse, porque en el aspecto de Julio pudo leer la confianza que en aquella ocasion le inspiraba.

Comprendiendo, sin embargo, que miéntras la vuelta de su ayuda de cámara la situacion entre ambos iba á ser sobrado tirante, apeló al mejor de los recursos.

—Señor de Alvareda, exclamó con fina urbanidad, ¿me permitirá usted que miéntras vuelve la contestacion que solicito revise aquí algunos papeles?

—Caballero, agradeceré á usted que disponga y proceda á lo que guste como si se encontrara solo.

De otra manera tendria en ello un sentimiento.

El marqués se inclinó con ceremoniosa urbanidad, y se dirigió de nuevo á la mesa.

Como tal vez suponga el lector, el de Lézaro no pensaba en disponer nada, sino en ganar tiempo.

Julio de Alvareda se hallaba muy expuesto á ser engañado de nuevo.

El marqués abrió uno de los cajones de la mesa.

En él habia un par de pistolas cargadas.

Su primera intencion cualquiera hubiera podido leerla en la mirada de fuego que clavó en Alvareda.

Sin embargo, un pensamiento acudió á su imaginacion haciéndole cambiar de idea.

Las gentes de su enemigo le esperaban abajo.

La calle era muy estrecha y el silencio de la noche hasta imponente.

El ruido de la detonacion podria traerle malas consecuencias.

Dejó la pistola de nuevo en el fondo del cajon con el mismo silencioso cuidado con que la tomó.

Continuó haciendo que buscaba entre los papeles.

Así trascurrió cerca de media hora.

Alvareda, sin moverse del sillon que ocupaba.

El marqués, abstraido en reflexiones de muy distinta índole.

Durante aquel tiempo miró cuatro ó cinco veces la hora.

Evidentemente, cada minuto que pasaba venía á aumentar su agitacion y su impaciencia de una manera visible.

Por fin llegó hasta ellos ruido de pasos en la sala inmediata.

Alvareda no hizo mas que incorporarse ligeramente.

El marqués se levantó del todo, clavando los ojos en la mampara con verdadera ansiedad.

En aquel momento se abrió esta, dando paso al ayuda de cámara.

Aunque su fisonomía no demostraba otra cosa que una impasibilidad completa, el de Lézaro, que conocia bien hasta qué punto sabía Pedro manejar el disimulo, esperó, más que su respuesta, una leve señal que pudiera tranquilizarle.

Pedro se adelantó hasta la mesa con respetuoso y mesurado paso, y entregó al marqués la misma carta que de él recibió ántes.

Este la abrió con rapidez, y pudo leer estas palabras.

«No he visto á ninguno, y como tardaria mucho en dar »con ellos, he vuelto para hacerlo ó nó, segun usted dis»ponga.

»Para que yo comprenda si debo marchar, bastará que »me diga usted simplemente que puedo retirarme.

»Cualquier otra contestacion significará para mí que »deje á usted obrar.»

Por estas palabras que redactó el astuto criado, podrá el

lector venir en conocimiento de que lo de retirar fondos invocado ántes por el de Lézaro, fué un pretesto y nada más.

La comision que llevaba el ayuda de cámara era buscar tres ó cuatro hombres que pudieran ayudarle, no solo á impedir el propósito de Alvareda, sino á apoderarse de él, dando principio á su venganza.

De aquí la agitacion que experimentó durante la ausencia de su criado, y del mismo modo el desaliento en que cayó con la imposibilidad de ver realizados sus planes.

En el primer momento, abismado en la duda de lo que podria hacer, permaneció sin hablar palabra, revolviendo en su mente infinidad de ideas que pudieran reemplazar su desvanecida esperanza.

Nada encontró.

Veia claramente que con un nuevo pretesto se despertarian con más fuerza las sospechas de Alvareda, y tembló de cólera solo al pensar en la vergüenza que arrostraria al ser por aquel descubierto.

Otra manifestacion del amor propio.

Este hombre, que para lo que acababa de proyectar le suponia muy poco el estigma de infamia que su conciencia habria de mostrarle; para quien el proceder pundonoroso y honrado eran una ridiculez ó una utopia, á la sola idea de que al ser descubierto se lastimaria ese amor propio que tantas locuras obra y en tantos errores cae, tuvo la suficiente virtud para decidirse á abandonar por completo todo subterfugio y hacer por él lo que tanto habia huido.

Decidido á aventurarlo todo, alzó con energía su cabeza, y exclamó dirigiéndose al criado:

—Quedó en hacerlo cuanto ántes, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien; vete á disponerme un equipaje ligero, pues es posible que esta noche salga de Madrid.

Pedro se inclinó respetuosamente, no sin mirar al marqués, como preguntándole si era aquella su última resolucion.

Este lo comprendió así, pues añadió con severidad:

—Anda, llamaré si te necesito.

Pedro se encogió de hombros de una manera imperceptible, y se retiró saludando de nuevo.

Apénas se hubo cerrado la mampara, el marqués se adelantó á Alvareda, y exclamó con ruda fiereza:

—Caballero, voy á dar á usted un nuevo motivo para que se aumente su saña.

Esto siempre es conveniente.

Julio miró al marqués con provocativa fiereza, pero no respondió.

Este prosiguió así:

—Por segunda vez he querido burlarle.

—¡Señor marqués!

—Cuando confieso la falta, probará, si no arrepentimiento, que no he de reincidir de ella, puesto que aun queriendo me sería imposible.

Lo que dije á usted de esa gran parte de mi fortuna reducida á metálico, fué pura invencion.

El administrador que fué á ver mi criado, eran ciertos hombres en quienes yo mando á mi antojo, y que debian haber llegado con él ahora mismo.

Creo no necesitar decir á usted el objeto con que los haria venir.

Ello es que no los ha encontrado.

Que conozco que el infierno se empeña en que haya lucha, y créame usted, aun cuando estuviera en mi mano el evitarla, no lo haria ya. Estoy, pues, á sus órdenes.

—Será lo mejor, se limitó á contestar Alvareda con despreciativo acento.

—Pues vamos.

Alvareda se puso en pié, y sacando dos floretes de debajo de la capa, dijo al marqués:

—Escoja usted....

—Cualquiera, replicó este tomando uno.

—Los dos son excelentes.

—Cuando usted guste.

Julio tiró su capa y se puso en guardia.

El marqués le imitó.

Comenzó el duelo.

El espectáculo no podia ser más imponente.

Aquellos dos hombres, en un gabinete reducido que apénas les permitia moverse del sitio en que se habian colocado, alumbrados tan solo por un quinqué, tenian que echar mano de todo su saber y sangre fria para contrapesar así las desfavorables circunstancias con que tenian que luchar.

El marqués era ágil y fuerte.

Impetuoso en el ataque, imprimia á la hoja de su florete unos movimientos tan veloces como terribles.

El capitan mercante Alvareda era el hombre acostumbrado á los peligros, no ménos ágil que su contrario, que jamás siente alterados los latidos de su corazon ante las probabilidades de morir.

Con la misma calma que si estuviera tirando en una sala de armas, ceñido y frio estudiaba el juego de su contrario.

Al principio tuvo que concentrar toda su inteligencia y toda su destreza para parar la lluvia de estocadas que el marqués de Lézaro tiraba sobre él sin interrupcion.

Siempre el acero rechazaba al acero.

Alvareda aun no habia tomado la iniciativa.

Con la agitacion del combate, el marqués se excitó en grado sumo.

La ira y el esterminio brillaban en su sombría mirada.

Julio, por el contrario, cada vez se mostraba más sereno.

No parecia sino que profetizaba ya que de su parte iba á estar la victoria.

El marqués comenzaba ya á fatigarse; sin embargo, redobló aun sus esfuerzos tratando de herir á su contrario.

Su mismo cansancio por una parte, y por otra su desatentada furia al ver que de todo punto le era imposible pillar un flanco descubierto, le hicieron descomponerse, no tratando ya de otra cosa que de menudear sus estocadas.

Entónces llegó su vez á Julio.

Despues de un rápido quite señaló por primera vez un fondo, pero de una manera casi pausada.

El marqués vació la hoja de su florete.

Alvareda entónces señaló con alguna mayor rapidez una finta baja, y ántes de que el acero de su contrario viniese á dar el quite, le rechazó con un golpe fuerte y seco, y trazando con la rapidez del rayo un medio círculo, amagando una nueva estocada, fuese á fondo hiriendo al marqués.

El florete de Alvareda se introdujo cinco ó seis dedos en

el cuerpo de su contrario por sobre el antebrazo derecho.

Al sentirse herido, vaciló un momento; el brazo armado cayó á lo largo del cuerpo.

Quiso volver de nuevo á la guardia, diciendo:

—Me tocó usted, caballero, pero eso no es nada; continuemos.

Julio comprendió que le engañaba el deseo, y no movió del suelo la punta de su florete.

Con efecto, al ir aquel á ponerse en actitud, sin duda lo brusco del movimiento que efectuó, hízole soltar el arma lanzando un sordo quejido.

Dió vacilante dos ó tres pasos atrás, y cayó de espaldas sobre la mesa.

La conmocion de este golpe sobre el lado herido, ó bien el dolor que hubo de experimentar ántes, hiciéronle perder el sentido y caer al suelo como un cuerpo muerto, ántes de que Julio hubiese podido evitarlo.

Todo habia concluido.

Un silencio profundo reinó por algunos instantes en aquella estancia.

Al lúgubre crugir de las dos serpientes de acero, sucedió la calma de la muerte.

El florete se escapó á Julio de sus manos.

Tomó la capa que habia dejado sobre el sillon inmediato, y abandonó aquel sitio.

Al ruido que hizo al abrir la mampara, el ayuda de cámara, que se hallaba en la sala y que sin duda en aquel momento decidió acercarse á escuchar lo que pasaba en el gabinete, quiso huir de ella, pero convenciéndose de que no habia de lograrlo, se detuvo.

Al llegar á su lado Alvareda, dijo así:

—Puede usted entrar en el gabinete. El marqués necesita su auxilio.

El ayuda de cámara se quedó inmóvil y como petrificado.

Julio, sin aguardar respuesta, continuó su camino.

Llegó á la puerta y salió cerrándola tras sí.

Junto á ella, y como es natural, por la parte de fuera, se hallaba Santiago.

Por el movimiento que hizo su cuerpo al aparecer el capitan bajo el dintel, pudo comprender este que su fiel marinero habia estado mirando por la cerradura.

—¡Oh! ¡oh! mi capitan, ¿sin novedad por supuesto?

—Sí, anda.

—Vaya, pues más vale así, replicó Santiago con la alegría pintada en su rostro.

Hízose á un lado para dejar que marchase delante su capitan, y un momento despues salian á la calle.

A los diez pasos de la puerta se hallaban Gabriel, su hermano Fernando y el honrado vasco.

—¡Qué hay! exclamaron á un tiempo los dos primeros.

—Todo ha terminado.

—¿El marqués?... interrogó Gabriel con cierta ansiedad.

—Si no muerto, muy mal herido.

Si vive, tal vez se arrepienta.

Ninguno le contestó.

Se embozaron en sus capas, y mudos y silenciosos echaron á buen paso para salir cuanto ántes á la calle de Segovia.

Minutos despues, un hombre salia corriendo de la casa del de Lézaro.

Era Pedro, su ayuda de cámara, que iba en busca de un médico.

Como una exhalacion desembocó en la plazuela de la Paja, y bien pronto dejó atrás á Julio y sus compañeros.

Aquel hombre era un infame, y sin embargo queria á su amo con la fidelidad de un perro.

LIBRO SEGUNDO.

FILOSOFIA DEL CORAZON.

CAPITULO PRIMERO.

La obra buena.

A la hora en que el artesano abandona su trabajo, esto es, cuando la luz del dia comienza á extinguirse cediendo su puesto á las sombras de la noche, un hombre como de cuarenta años de edad, pobremente vestido, marchaba por la calle de Lavapiés con la lentitud especial que revela claramente las fatigas del trabajo.

Visto con atencion, observábase en su rostro pálido, casi demacrado y triste, un sufrimiento contínuo, una tristeza profunda.

Su cabello era casi blanco, y sobre su frente veíase el hondo surco de una arruga perenne.

A unos diez pasos de él marchaba un caballero más que decentemente vestido.

Le seguia desde la Puerta del Sol.

Muy ajeno debia estar el primero, sin duda alguna, del espionaje de que era objeto.

Continuando su camino llegó á la calle del Tribulete y penetró en ella.

El que le seguia le imitó.

Solamente que una vez allí, cambió de procedimiento.

Por dicha calle pasaba muy poca gente y podia despertar sospechas ántes de tiempo.

Fué, pues, acortando el paso, y le siguió á más respetable distancia.

Por fin, á la mitad de la calle penetró el primero en el oscuro portal de una pobre casa.

Entónces el que le seguia apretó el paso, y una vez que llegó hasta ella, penetró tambien resuelto.

Escuchó un momento, y sintió en la escalera los pasos siempre lentos y acompasados de su perseguido.

En el piso segundo abríase un corredor largo, en el que habia no pocas viviendas señaladas con números pintados sobre el quicio de las puertas.

Dos ó tres vecinas que se hallaban sentadas en el corredor, se apresuraron á dejar paso al hombre, saludándole con no poca atencion.

El correspondia á los saludos, y sin pararse continuaba su camino.

Así que llegó al cuarto número 5, se detuvo ante su puerta y buscó la llave en el bolsillo del chaqueton.

Miéntras tanto, el que le seguia pudo llegar, sin produ-

cir gran ruido, hasta colocarse á tres pasos de distancia.

La puerta se abrió por fin, y ya iba á cerrarla aquel, cuando su perseguidor se adelantó, exclamando con afectuosa entonacion:

—Un momento.

—¿Es á mí á quien usted se dirige? replicó el primero con voz reposada, al mismo tiempo que procuraba distinguir las facciones del desconocido.

—Sí, señor, necesitaba hablar con usted.

—Entónces, caballero, si es que no le asusta el penetrar en mi pobre morada, dijo con indefinible acento, puede usted hacerlo cuandò guste.

El caballero, por toda respuesta entró en la habitacion quitándose el sombrero.

—Si usted me permite, encenderé luz en un instante, porque esto está como boca de lobo.

—Como usted guste, se apresuró á replicar el desconocido.

El dueño de la casa pasó á un cuartito inmediato, y poco despues volvió con una palmatoria de barro, sobre la que ardia una vela de sebo.

La dejó sobre una mesita, única que allí habia, y que se hallaba acompañada de cuatro ó cinco sillas en bastante mal estado, y se volvió hácia el desconocido.

Este en el momento se apresuró á exclamar con voz casi respetuosa, á la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho:

—¿Me conoce usted, señor Estebanez?

Al escuchar aquella voz, al oirse nombrar así el dueño de aquella pobre morada, retrocedió dos pasos clavando su mirada en aquel.

—¡Dios mio! exclamó por fin, sin dejar de mirarle, usted es.... por si acaso.... nó, no puede ser.

—¿Se le figura á usted imposible, señor Estebanez?

—¡Oh! sí, sí señor.

Perdone usted, caballero, casi sin querer, con mis reticencias acabo de hacerle un insulto.

El desconocido palideció; sin embargo, contestó con dulzura y al parecer con serena calma:

—¿Por qué? ¿porque ha creido usted ver en mí á un asesino?

—¡Oh!

—¡Sí, por eso ha sido!

Pues bien, señor Estebanez, el insulto no existe, acaba usted de hacerme justicia.

—¿Cómo?

—Porque soy el mismo que usted ha creido.

—¡Cielos!

—¡Sí, señor! Unicamente que el asesino de ayer va comprendiendo lo que vale su arrepentimiento.

¡Ha comenzado su obra!

Quiere ver si consigue que no quede de aquel mas que el cuerpo.

—¿De manera.... ¡Oh! yo debo ser juguete de uno de tantos sueños como sin cesar me asedian.

—Nó, señor Estebanez, nó, está usted despierto.

—Pero.... y bien, si no soy juguete de un delirio, si es cierto cuanto dice, ¿qué desea usted hoy, qué quiere de mí?

Yo, en otro tiempo, respondiendo á la voz de la venganza, hubiera tal vez deseado volver golpe por golpe, infamia por infamia; hoy no puedo hacerlo.

No tengo energía, vivo porque me sostiene el cielo de una manera milagrosa.

¿Qué desea usted, pues, de mí? y sobre todo, ¿cómo ha podido descubrirme bajo el disfraz de la miseria?

—A todo voy á contestar, y de una manera satisfactoria.

Estebanez indicó una silla á Eugenio, que tal era el desconocido, como habrá comprendido el lector, y ambos tomaron asiento.

El último comenzó así:

—Inútil creo será que le hable de aquella noche tan fatal como terrible.

—¡Oh! sí, sí, pase usted de largo sobre tal acontecimiento.

—Pues bien; yo, señor Estebanez, accedí á cometer un crímen, no oyendo otra voz que la del interés sórdido y mezquino.

Me ofrecian una riqueza, y acepté.

—Mire usted, exclamó Estebanez con voz temblorosa y acento conmovido, le interrumpo, pues no puedo ménos de hacerlo.

¡Hace ya cerca de año y medio que me robaron el hijo de mi alma.

¡Desde entónces no he vuelto á verle!

Usted, que se hallará bien enterado de todo, ¿quiere empezar por hablarme de él, por decirme si está bueno?... si....

—¡Tranquilícese usted, señor Estebanez! el niño vive y es felíz, porque lo ignora todo.

¿Pero usted no ha logrado verle desde entónces?

—¡Oh! nó señor. ¡Desde que Dios me salvó la vida, no tuve otro deseo, no pensé mas que en verle, en buscarle!

Todo en vano.

—¡Pero el nombre de su mujer!...

—¿Va usted á decirme que será conocido en los altos círculos?

—Sin duda.

—Pues bien, ¿cómo entrar yo en ellos?

Me hubieran creido un loco.

Además, yo no quiero, no puedo presentarme á ella mas que como juez; hasta entónces....

Habia tanta severidad en la manera con que fueron dichas estas palabras, que Eugenio, en el primer momento no se atrevió á interrumpirle.

Estebanez, despues de una ligera pausa, continuó así:

—Tal vez no llegue á cumplirse mi deseo. Soy pobre, y las desgracias me han hecho viejo ántes de tiempo; por eso comprendo bien que es casi una ilusion de niño lo que hoy constituye mi esperanza.

—¡Oh! no lo crea usted, replicó Eugenio con expansiva impetuosidad, la verá usted realizada.

—¡Quién sabe!

—Yo se lo aseguro.

—¿Usted?

—Sí. Para eso se necesita que de la miseria en que ahora yace, pase usted al desahogo de la independencia, ¿no es esto?

—Indudablemente.

Y ya ve usted que, sin un patente milagro de la Providencia....

—Es que el milagro se realizará.

—¡Oh!

—No lo dude usted. La intercesion divina comienza á dejarse sentir.

Yo, señor Estebanez, hasta hace muy poco tiempo, pensaba de una manera bien distinta.

Hoy no deseo mas que reparar en cuanto pueda el mucho daño que he causado.

Si me pregunta usted en qué consiste este cambio, apénas acertaré á contestar.

No sé más, sino que cada dia odio con mayor fuerza mi pasada conducta, y que todo me ha de parecer poco hasta lograr que mi conciencia se tranquilice.

Estebanez le escuchaba lleno de admiracion.

Al principio dudó, sin saber por qué, y es que apénas acertaba á darse cuenta de lo que oia.

Por fin hubo de creer.

Habia tal verdad en las palabras de Eugenio, respiraban tan persuasiva franqueza, que Estebanez comenzó á creer que empezaba á realizarse el milagro.

La esperanza, esa luz misteriosa y pura que propende siempre á disipar las negas sombras de nuestras desgracias é infortunios, comenzó á brillar con más fuerza en su alma.

Entónces ya no dudó.

Sus profundos dolores y los tristísimos recuerdos que de contínuo le atormentaban, tal vez irian bien pronto á saturarse con el consuelo de una satisfaccion de desagravio más ó ménos pronta.

Estebanez hubiera sentido, á no creer en las palabras de aquel hombre, que se hablase por nadie de sus sufrimientos.

Harto los tenia presentes en lo contínuo de su soledad.

Pero cuando ya no tuvo duda, cuando sin temor á equivocarse vió que las palabras de Eugenio respiraban sinceri-

dad y franqueza, quiso conocer detalles que ignoraba, que habia tenido valor para no dar ni un solo paso en su averiguacion.

Estebanez, desde que milagrosamente salvó la vida, desde el mismo momento en que al recobrar los sentidos se vió en la modesta cama de un hospital, se propuso callarlo todo, ocultarlo todo, para que llegase un dia en que él pudiera decir á Armanda lo que no queria en modo alguno que se anticipase á decir la justicia.

Desde el primer momento tuvo la conviccion íntima de que podria realizar sus intentos, que no habria de morir sin presenciar el arrepentimiento de aquella mujer torpemente extraviada.

—Si muero, se dijo, que Dios dé á cada uno su merecido, pero que mi pobre hijo ignore siempre, ó al ménos por mucho tiempo, la infamia de su madre.

Tres meses estuvo en el hospital.

Cuando salió de allí, se hallaba en la miseria.

Fué á las Peninsulares á recoger su equipaje.

Esta era su última esperanza.

Allí experimentó otro desengaño.

Nadie supo darle razon de lo que pedia.

Eugenio, en su prevision, mandó por él, logrando arrancarle con los recursos de su habilidad.

Si Estebanez hubiera sido otro hombre, educado desde su niñez en la opulencia, acaso no habria encontrado fuerzas para pensar siquiera en que se realizase el plan que ideaba.

Estebanez pudo hacer lo que otro no habria hecho.

Decidido á que Armanda creyese con toda seguridad que

era viuda, fuele forzoso aceptar el partido de vivir cierto tiempo, por lo ménos un año, en la oscuridad.

De ninguna manera dejó de ocurrírsele que con más ó ménos trabajo y con más ó ménos diligencia, nada le era más fácil que probar su existencia y hacer inútiles los criminales proyectos de su mujer; pero luego queria huir de ruidosos trámites, más que por nada, por la misma bondad de su corazon.

Una vez formada esta resolucion, la llevó á cabo con la más estóica filosofía.

Cuando le encontró Eugenio volvia de su trabajo.

Aunque procuró disimular la distincion natural y la finura que siempré reveló, á los dos dias de haber sido admitido como trabajador de una carretera, fué nombrado capataz.

Indudablemente era necesaria mucha fuerza de voluntad para no desistir de sus propósitos.

Dijimos ántes que creyendo evidentemente en la veracidad de Eugenio, no dudó en hacerle ciertas preguntas.

Mucho más que el rudo trabajo y la soledad en que vivia, causábale daño no saber de su hijo é ignorar al propio tiempo ciertos detalles que no acertaba á explicarse bien, relativos al crímen de Armanda.

Y tenia que echar mano de todo su valor para conformarse á ignorarlos.

Así fué que, durante mucho tiempo, la misma violencia que tenia que hacerse fué bastante á aumentar de un modo supremo sus continuos sufrimientos.

Y era menester con efecto una fuerza de voluntad y una energía increibles para alejarse del hijo á quien tanto amaba, para suscribir á no verle.

¿Qué extraño era, sin embargo, que quisiese por única venganza esperar el dia en que, curado del todo, no del amor que pudiera tener á Armanda, sino del efecto causado por su infame conducta, pudiera presentarse á ella para gozar con su asombro y con el miedo que debia causarle su vista.

Tales eran sus intenciones.

Se lo propuso, y era menester cumplirlo.

Pero volvamos á reanudar la conversacion que comenzó á mediar entre los dos.

Estebanez, despues de haber mirado á Eugenio con profunda fijeza.

Despues de haberse convencido de que era imposible que aquel hombre mintiese en tal momento, exclamó con triste melancolía:

—Señor mio, puedo decir para su satisfaccion, que aun cuando mi estado fuese distinto del que hoy es, sin vacilar creeria cuanto me ha dicho.

Hoy no mereceria la pena de que usted ni nadie fueran á buscar una exposicion que forzosamente habia de dar resultados, no ya insignificantes, sino del todo estériles.

Tal vez y de un modo que no me explico, podria haberse sabido que no sucumbí en aquella malhadada noche, y que entónces podria aun ser necesario repetir el infame golpe, puesto que la causa existe á pesar de sus deseos.

Si así fuera, puede usted decirlo sin temor alguno.

Vida como la que hoy llevo, puede usted creer que no sentiré mucho perderla.

—No continúe usted hablando así, se lo suplico, replicó Eugenio con dolorida entonacion.

No es esto que yo quiera eximirme de oir sus justísimas reconvenciones; para lavar mi culpa sería este el más pequeño castigo.

Yo estaba ciego entónces, en mí no existia otro deseo que el de vivir emancipado de todo lazo y de toda obligacion, ni experimentaba más que la insaciable sed de oro.

Hoy veo más claro; los que piensan como yo entónces, los que tienen por único dios á esa independencia salvaje, que no es sino holgazanería, y que lo acomodan todo al criterio del más refinado egoismo, es indudable que llegan muy pronto al fin de su carrera con la insensibilidad en el alma y el eterno remordimiento en la conciencia.

¿Y sabe usted por qué he logrado detenerme ántes de recorrer por completo tan perniciosa senda? pues va usted á oirlo, es forzoso que usted lo sepa.

Eugenio, que desde que empezó su relato habia ido animándose poco á poco, continuó con creciente exaltacion:

—Por una casualidad providencial, me encontré hace muy poco tiempo, al caer la noche, en un miserable albergue de una casa lóbrega y sucia y tan triste como los infelices que albergaba en su seno.

En él vivia un matrimonio á quien Dios habia concedido un hijo.

Allí dentro todo era pobreza, hasta el punto de que á su vista de seguro se hubiera contristado el corazon más frio.

Sin embargo, la miseria con su ennegrecida garra, pareció luchar en vano en su tarea de imprimir su negra marca en aquellos tres séres.

La juventud y la hermosura tienen encantos que brillan siempre, por negra que sea la noche en que vivan.

Cuando yo entré, el jóven trabajaba con verdadero ardor; yo, que los habia visto en otro tiempo en la opulencia, lleno de asombro no acertaba á darme cuenta de lo que estaba viendo.

Semejante espectáculo me hizo un efecto especial, y más aun el ver la resignacion cristiana con que acogian su desgraciada suerte.

La conversacion que tuve con ellos decidió todo.

Entré allí, lo que siempre habia sido; al marchar, lo sentia yo dentro de mí, era otro hombre.

Desde entónces, no he tenido más anhelo que el de buscar á usted.

Aquellas escenas de la calle del Barquillo pesaban sobre mi corazon de una manera angustiosa y fatal.

Dos cosas voy á atreverme á solicitar de usted anticipadamente, le suplico que no me desdeñe.

Estebanez, que habia escuchado con suma atencion el relato de Eugenio, replicó así con su amabilidad acostumbrada:

—Diga usted lo que guste, en la seguridad de no dejarle desairado si está en mi mano.

—Pues bien; en primer lugar, replicó Eugenio, pido á usted humildemente me perdone el daño que le inferí.

—Con todo mi corazon, y suplico á usted que olvide ya tales sucesos, que ni los nombre siquiera.

—¡Oh! gracias, señor. Ahora tengo la seguridad de que podré vivir más tranquilo que hasta aquí.

Por supuesto que aun falta un punto no poco esencial.

—Diga usted.

—Hablé ántes de dos favores, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Pues bien; no diré que este sea más importante que el que su generosidad me ha concedido ya, pero lo es hasta el punto de que si no tiene la misma suerte que el primero, hace este infructuoso.

—Continúe usted teniendo en cuenta las seguridades que ántes le dí.

—Pues bien, exclamó de una manera casi brusca; yo no sé cómo decirlo, no encuentro palabras que lleven á usted la conviccion de que lo que va á escuchar es la verdadera y leal expresion de mi deseo.

Del robo de que usted fué víctima, me correspondió algo más de un millon de reales.

Para que los hechos acrediten la verdad de cuanto siente mi alma, es indispensable, una vez que he tenido la suerte de hallar á usted, que no pase la noche sin que yo haya restituido lo que robé de una manera tan infame.

—Pero....

—Caballero, no puede usted ménos de acceder á mi deseo, á no ser que no me haya concedido su perdon de buena voluntad.

Recapacite usted en ello un momento. O cree en mi sinceridad, ó nó.

Si tengo la suerte de que sea lo primero, claro es que no podrá ménos de convenir en que, admita ó nó, yo no podré guardar un momento más lo que he usurpado.

Creo que con estas reflexiones habrá usted de ser generoso accediendo á mis súplicas.

—Pues bien, acepto, exclamó el esposo de Armanda no poco conmovido.

—¡Oh! ¡gracias, señor Estebanez, gracias!

—Pero yo haré con esa cantidad lo que me parezca, añadió aquel sonriendo.

—¿Cómo?

—Sí, y se lo advierto á usted ántes, para evitarle una molestia.

No ha de traer usted más que la mitad de ese dinero.

—¡Señor Estebanez!

—Es que de lo contrario no acepto.

Yo, amigo mio, volveré, Dios mediante, á entrar en posesion de lo que me han usurpado, y entónces esa cantidad es harto insignificante para mí.

Supongamos, sin embargo, que tal cosa no suceda; ¿podrá usted comprender que el que ha sabido avenirse á pasar una vida casi miserable, sabrá desde luego no sentir en modo alguno si recibe diez en lugar de veinte?

Además, usted no tiene ya edad para dedicarse á ciertos trabajos que necesitan costumbre.

Usted no lo ha hecho nunca, y habria de resistírsele indudablemente doblegarse á ciertos rudimentos, propios solo de la primera edad.

Yo, no solo quiero creer, sino que aseguro que usted, de hoy más, ha de ser un modelo de honradez; pero no es bueno que comience luchando con la miseria.

—¿Y qué? vencerla será mi mayor triunfo.

—Es que yo no puedo consentir que someta sus levantados propósitos á tan ruda prueba.

Acepte usted lo que le digo, ó creeré que cede más á una monomanía que al convencimiento razonado y tranquilo.

Despues de estas palabras, ambos permanecieron en silencio.

Estebanez aguardaba una respuesta decisiva y terminante.

No podia consentir otra cosa que lo que habia propuesto.

Eugenio luchaba entre su heróica resolucion y el decisivo empeño del que era ya su amigo.

Comprendiendo que no podia buenamente negarse más á él, replicó así:

—Señor de Estebanez, aunque lo siento con toda mi alma, no puedo ménos de bajar la cabeza ante su generosidad, y acepto su proposicion.

—Muchas gracias, exclamó Estebanez alargando la mano y estrechando la de Eugenio entre la suya.

Hace ya muchos meses que no he experimentado una satisfaccion como esta.

—Y yo, ¿qué podré decir á usted? replicó Eugenio fuertemente conmovido.

—Nada que no comprenda.

De hoy más, amigo mio, no baje usted su cabeza. Los que obran así, pueden llevarla muy alta.

El verdaderamente arrepentido es muy afecto á los ojos de Dios.

Pero dejemos esto que le conmueve demasiado y ya no es menester entre nosotros.

Puesto que desde mañana voy á ser rico, continuó sonriendo, pensemos en acelerar lo que yo veia aun bastante léjos.

¿Supongo que usted sabrá dónde vive la que fué un dia mi esposa?

—Sí, señor.

—¿Supongo tambien que vivirá con ella ese Ricardo Dominguez?

—Es verdad.

—Pues bien, deme usted las señas.

—Calle de Alcalá, número 52.

—Muy bien.

—Señor de Estebanez, voy á permitirme hacerle una pregunta.

—Diga usted.

—¿Es su resolucion alzarse contra la causante de sus desgracias de una manera brusca, ó por lo ménos ostensible?

—De ningun modo.

A haber querido eso, amigo mio, no hubiera permanecido en la oscuridad en que usted me ve.

Yo tengo mucha fé en la Providencia y el convencimiento de que jamás quedan sin castigo los que, como Armanda, faltan á todos sus deberes.

No quiero más que deshacer cuanto ha hecho, y espero confiadamente que no me ha de faltar calma y prudencia.

Otro que, como he dicho á usted, no tuviera la fé que yo en el que todo lo puede, creeria en este momento ser víctima de un sueño, porque hay cosas excesivamente extraordinarias; pero yo nó, esperaré tranquilo el dia de mañana, y obraré como debo obrar.

Al oir estas palabras Eugenio, se levantó exclamando:

—Pues bien, amigo mio, puesto que Dios ha querido que uno y otro encontremos cierta satisfaccion hoy, preparémonos á terminar nuestra obra.

Dentro de muy poco volveré con la cantidad convenida.

—Esta noche nó, amigo mio.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque para nada la necesito ahora; y en segundo tambien, porque no es esta casa muy á propósito para guardar semejante suma.

—Bien; entónces....

—Mañana podremos hacerlo.

Bien pasaré yo á su casa de usted, ó bien puede venir á la mia.

—Como usted guste.

—Pues bien, yo pasaré á la suya.

—Corriente, de ella no saldré hasta que usted no vaya.

Acordado así, se despidieron afectuosamente.

Decia bien Estebanez; la Providencia vela siempre por el desgraciado.

¡Dichoso el que con santa conformidad acata sus designios!

CAPITULO II.

De potencia á potencia.

Ricardo Dominguez estaba desconocido.

Sufria de una manera increible.

A medida que la altiva Armanda le despreciaba, crecia más su amor hácia ella.

El antiguo calavera, el seductor de oficio, habíase vuelto un pária.

No puede darse un ridículo mayor que aquel á que estaba sujeto contínuamente.

No tenia voluntad propia ni en lo más mínimo.

Los caprichos de Armanda imperaban siempre, pero de una manera inagotable.

Ricardo conocia de sobra la triste situacion á que se hallaba reducido.

En vano, alguna vez quiso alzarse contra tan insoportable tiranía.

El amor podia más en él, y doblegábase tanto más, cuanto mayor fuera el esfuerzo realizado en pró de su independencia.

Así pasaba la vida.

No era por cierto el mismo hombre que pisó por primera vez en Barcelona los salones de la casa de Estebanez.

Armanda, hasta el momento presente, habia hecho dos víctimas.

Aquella mujer no tenia corazon.

Inútil será digamos que Ricardo Dominguez continuaba aun á su lado por conveniencia propia.

Habíase presentado con él en todas partes, y por la buena sociedad eran tenidos por esposos.

Esto fué causa de que Armanda tuviera que suscribir á vivir junto á él.

Verdad que, ya lo hemos dicho, sabía vengarse de esta precision, no reparando en ningun género de agravios que poder inferirle.

Nadie hubiera dicho, al saber la historia de aquella familia, que Ricardo era el amante afortunado de una mujer tan á la moda como era Armanda.

Su contínua tristeza y el aspecto desconsolador que ofrecia, excitaban la compasion.

La vida que hacian los dos amantes no podia ser más extraña.

Solo cuando Armanda tenia necesidad imperiosa de él, salia á la calle acompañada de Ricardo.

En el momento que llegamos á las habitaciones que este ocupaba en la casa, y á las doce del dia siguiente al de la entrevista de Estebanez con Eugenio, acababa de vestirse, y se disponia á salir á la calle.

Aunque era siempre el tipo de la elegancia, observávase en él, como hemos dicho, la huella de los sufrimientos.

Sus ojos parecian amortiguados, y la palidez de su rostro hacía resaltar más la tristeza que le devoraba.

Cuando iba ya á tomar el sombrero, un criado se presentó á anunciarle que Armanda le queria ver inmediatamente.

Ricardo, al oir esto, palideció más si era posible, y pudo responder haciendo un esfuerzo, que iba en seguida.

Detrás del criado marchó él con direccion al gabinete de Armanda.

Antes de que oigamos su entrevista, bueno será que indiquemos al lector la situacion en que se hallaban ambos á consecuencia de un reciente acontecimiento.

Hacía unos dias que Ricardo estaba celoso.

En los salones aristocráticos que frecuentaba, habia conocido á un jóven á la moda, al conde del Sauce.

Desde el principio del conocimiento, habia este distinguido á Armanda con las más finas y expresivas galanterías.

Ricardo comenzó á odiar al conde con todas las fuerzas de su alma.

En varias ocasiones se quejó á Armanda de la atencion y afabilidad con que acogia esta al que ya creia rival suyo.

La jóven calificó de impertinentes sus tímidas observaciones, desdeñándole de un modo despreciativo.

La noche anterior habia ido Armanda al teatro.

Ricardo fué á buscarla, y la encontró en el palco acompañada del conde.

Ahogando sus furiosos celos, tomó asiento junto á Armanda, y en cuanto le fué posible, terció en la conversacion.

Poco ántes de terminar el espectáculo, el conde, como

por casualidad, indicó que á los ocho ó diez dias despues marchaba á París, donde se hallaban sus padres, y que allí permaneceria hasta la temporada de baños.

Pasó esto como incidentalmente, y por fin se separaron al subir en sus respectivos carruajes.

Armanda y Ricardo no hablaron una palabra en todo el camino.

Armanda, envuelta en su abrigo y muellemente recostada en el testero, cerró los ojos, y así como dormida, llegó á su casa.

Ricardo no apartó su vista de ella un solo momento.

No se atrevió á interrogarla por lo que habia visto.

El conde era su pesadilla.

Evidentemente, la jóven dió á entender á Ricardo con su silencio y actitud, que no estaba dispuesta á escucharle.

Cuando llegaron á su casa, Ricardo la acompañó hasta su gabinete, y se despidieron con frialdad.

Por eso este, cuando le noticiaron que Armanda queria hablarle, se estremeció.

Presentia que entre los dos iba á acaecer algo grave.

Sin embargo, esforzándose por aparentar una serenidad que no tenia, penetró en el gabinete de Armanda.

Como ya saben nuestros lectores, á excepcion de aquella especie de destello fatídico y sombrío que brillaba en su mirada, la jóven era hermosa en toda la acepcion de la palabra.

Las trenzas de su magnífico cabello negro rodeaban su cabeza con cuidadoso descuido, y el brillo de sus ojos, así como el ligero carmin que encendia su rostro meridional y ardiente, destacábanse más sobre el largo y flotante peina-

dor blanco que, sujeto al cuello, venía casi á rozar el pavimento.

Cuando Ricardo llegó junto á ella, Armanda, perezosamente reclinada en una butaca y dejando asomar dos piés monísimos aprisionados bajo elegantes babuchas de raso, distraíase con la lectura de un libro encuadernado en tafilete y con broches de oro.

Era evidente, sin embargo, que ni siquiera se fijaba un momento en su lectura.

Al ruido que hizo al entrar su amante, alzó la cabeza, cerró el libro, y le dejó caer sobre el veladorcito que tenia á su lado.

Ricardo estrechó su mano en silencio, y fué á ocupar el sillon colocado frente al de la jóven.

—Acaban de llamarte en mi nombre, ¿verdad? exclamó Armanda con cierta languidez que hizo estremecer á su amante.

—Sí, dijo este con afectada naturalidad, y me he apresurado para saber qué deseas.

—Para darte una noticia.

—Pues bien, te escucho.

—Y además, para hacerte una pregunta.

—Puedes hacerla.

—Bueno, empezaré por ahí.

Ricardo, dijo despues de una breve pausa, ¿por qué estás triste?

—¡Yo! replicó el jóven palideciendo.

—Sí, tú.

—¡Oh! yo no tengo motivo para ello, Armanda; así es, que puedes estar segura de que no hay tal cosa.

La jóven soltó una carcajada ruidosa entre burlona y franca.

Ricardo frunció el entrecejo, y se incorporó en el sillon.

La extemporánea alegría de su amada le hirió en medio del alma.

Pero aquello fué solo un momento.

El ceño desapareció, y lentamente volvió á ocupar su anterior posicion.

Armanda, como si nada hubiese advertido, y despues de hacer alto en su extemporánea hilaridad, continuó:

—No puedes figurarte, Ricardo, qué contraste tan ridículo hacian tus palabras con la expresion de tu semblante.

Ellas decian nó, y la conjuncion de este denunciaba lo contrario.

Vamos á ver, sé franco.

Los mismos síntomas se observan en tí que los de un colegial enamorado que suspira desde su encierro, al recordar los encantos de una niña que solo ha visto una vez.

Tu salud me va inspirando sérios temores.

—¿De veras? replicó este con tímido sarcasmo.

—¡Oh! no lo dudes.

—Pues bien, continuó Ricardo, deponlos, porque como ántes dije, no puede enfermar de tristeza quien para ello no tiene motivo.

Pero me dijiste que, á más de la pregunta que ya está contestada, ibas á participarme no sé qué.

—Es verdad, y sábete que tengo la evidencia de que lo que vas oir, hijo ántes de un capricho, tiene que ser aceptado por necesidad en vista de la situacion en que te encuentro.

Habia en estas palabras de la jóven una expresion tan sarcástica como dura.

Su amante, que la conocia harto bien, comenzó á sentirse inquieto.

Tras aquel insignificante introito adivinaba alguna exigencia de primer órden.

Sin embargo, limitóse solo á decir:

—Pues bien, sea capricho ó necesidad, formula tu deseo.

—Es como sigue:

Ricardo, nosotros somos ricos, ¿no es así?

—Pero.... murmuró este poniéndose encendido como la grana.

—Qué, ¿no es así?

—Es verdad, replicó su amante ahogando un suspiro.

—Pues bien, preciso es confesar que nos sucede con nuestra riqueza lo que á un palurdo si se le viste con frac.

—¿Cómo?

—¿No te gusta viajar, Ricardo?

—Si te he de decir lo que siento, no mucho, replicó este casi maquinalmente, pues empezaban á preocuparle muy de veras las palabras de Armanda.

—¡Jesús! continuó esta en el mismo tono burlesco que adoptara desde el principio, no digas eso delante de nadie.

¡Un hombre á la moda como tú!

Vamos, Ricardo, eso no tiene perdon de Dios.

Es menester poner á eso remedio; quiero ensalzarte un poco á los ojos del mundo elegante.

—Pero....

—¡No me repliques! dentro de dos dias es menester que nos pongamos en camino.

—¡Armanda!

—No hay más remedio, en la semana próxima nos hallaremos en París.

—¡Qué dices! exclamó Ricardo con tanta sorpresa como indignacion.

—¡Hombre! cualquiera creeria, segun lo brusco de esa pregunta, que te he propuesto un viaje á Fernando Póo, ó al Congo, replicó Armanda con fria naturalidad.

En Dominguez se efectuó un cambio radical.

La conversacion de la noche anterior en el palco, le dió motivo para ello más que suficiente.

Allí el conde del Sauce anunció su marcha á París, y era evidente para él que Armanda, echando mano del más cínico descaro, queria seguirle á dicho punto.

Lo que hasta entónces no habia logrado, ni el recuerdo de su propia dignidad, haciendo en ella abstraccion completa en aras del amor que profesaba á Armanda, iban los celos á conseguirlo.

Con efecto, la mirada del jóven volvió á adquirir la energía de otro tiempo, el fuego de la indignacion coloró su pálido semblante, y clavando sus ojos en la jóven, la increpó así, con voz firme y dura:

—Armanda, hay ocasiones, y esta es una de ellas, en que el silencio de mucho tiempo ha de romper sus diques y la voz de la razon ha de hacerse oir.

¿Vas á contestarme con claridad y sin ambajes de ningun género á lo que te pregunte?

—¡Ay! Ricardo, dijo Armanda con su habitual indolencia, lo que es si continúas de esa manera, no muy culta que digamos, no podria hacerlo aunque quisiera.

Desafinas de una manera notable, y yo tengo un oido muy delicado.

—Pues bien, Armanda, continuó el jóven con exaltacion siempre creciente, y cual si de este modo quisiera animarse para la empezada lucha, no hace falta que me contestes, no hace falta sino que me escuches.

Puesto que tienes valor para proponerme ese viaje á París, debes tenerle tambien para oir mi contestacion con la serenidad de que tienes dadas tantas pruebas.

Lo mejor para nuestra salud, continuó con marcada intencion, es que no salgamos de Madrid.

—¿De veras?

—Sí, créelo.

—¿Y quién te ha dicho que la mia es delicada?

Si yo quiero salir de aquí, es cediendo á un deseo muy natural.

—¡Basta! no continúes. Le adivino perfectamente.

El conde del Sauce marcha á París, y quieres que nos traslademos allí bajo el mismo cielo.

Armanda, has abusado de mí de una manera increible.

El amor que te he profesado no ha sido para tí otra cosa que objeto de mofa y de desprecio.

En este mundo todo tiene su límite.

Mi paciencia se ha agotado ya.

De un modo casi tímido, más aun, indigno del hombre que se estime, dos ó tres veces te he indicado cuánto me hacian sufrir tus coqueterías.

Tus respuestas han sido siempre las mismas: el desprecio, ó la burla.

Yo, de muy buena gana en más de una ocasion, con un

pretesto cualquiera, hubiera retado al conde con toda la rabia de mis desesperados celos.

Hasta ahora he podido dominarme, no se por qué; pero ya la medida se ha llenado, y ¡ay de tí, Armanda, si llegas á despreciar este aviso!

Entre los dos es indispensable la union, Armanda.

Un pacto sangriento nos une, bien lo sabes.

¡Desgraciado de aquelque trate de romperle!

Además, te consta que para todo el mundo la Iglesia sanciona nuestra union.

Si temes el escándalo, no te opongas á mi negativa.

—¿Has concluido? exclamó Armanda con la más perfecta calma.

—Sí.

—Pues bien, no has dicho mas que tonterías, y no iré por cierto á tomarme el trabajo de contestarlas.

Solo una cosa te digo:

O mañana mismo salimos de Madrid, ó nuestra separacion se efectúa.

Ricardo permaneció un momento silencioso; despues, lanzando á la jóven una mirada sombría, exclamó á media voz:

—¿Es esa tu resolucion?

—Sí.

—Piénsalo bien.

—Está decidida.

—Nó, y si es menester, te lo suplico.

Esta tarde, añadió levantándose, volveré á saber lo que en definitiva hayas resuelto.

De cualquier modo, y sea para lo que quiera, ya ves que hay tiempo sobrado.

—Pues bien, sea. Semejante tregua podrá tambien serte útil.

Ricardo no contestó.

Inclinóse ceremoniosamente ante la jóven, y salió del gabinete.

CAPITULO III.

Luchas de amor propio.

Segun habia ofrecido Ricardo, por la tarde se presentó de nuevo en el gabinete de la jóven.

Armanda correspondió á su saludo con una inclinacion de cabeza.

La frialdad y la indiferencia se pintaban en su rostro.

Ricardo comprendió que nada se habia adelantado.

Sin embargo, era forzoso llegar á una solucion.

En las pocas horas que mediaron desde su anterior entrevista, Dominguez dejó de ser lo que en ella habia sido.

El hombre que conoce su error y vuelve al fin por su decoro y dignidad.

Cuando se vió solo, cuando cesó la excitacion que le produjeran los celos, se asustó de las mismas palabras que habia pronunciado.

Vió á Armanda grave y fria aceptar la dilacion que propuso, y comprendió de antemano que en su lucha con ella habia de ser vencido.

La idea de un rompimiento hízole estremecer.

El amor de Armanda era para él tan indispensable como el aire que respiraba.

Tuvo miedo y quiso engañarse á sí mismo.

Comenzó á transigir con su irresolucion, diciéndose que tal vez habia ido muy adelante en sus arrebatadas suposiciones, y que en realidad no tenia razon suficiente para proceder como lo hizo.

El arrepentimiento y el temor se pintaban en su rostro al presentarse otra vez ante su amada.

Esta lo comprendió así á la primer ojeada.

El egoismo es siempre la valla donde muchas veces se estrella el decoro del hombre.

Dominguez vió que podia perder el amor de aquella mujer que le avasallaba, y no tuvo fuerzas para resistir más tiempo.

—Armanda, exclamó con voz casi apagada, mi principal objeto al volver aquí, es para confesarte que reconozco desde luego que te he faltado ántes.

La jóven alzó la cabeza y se le quedó mirando con despreciativa sonrisa.

Aquel continuó así:

—Pero esto, querida Armanda, debe tener su disculpa á tus ojos.

El amor inmenso que te profeso es causa de que haya podido en un celoso arrebato, olvidarme de las consideraciones que te mereces.

Con toda el alma me arrepiento de haber obrado así.

—Ricardo, por esta vez pase; sin embargo, no olvides que á otra mi decision será irrevocable.

—No lo olvidaré.

—Muy bien; otra cosa.

Ya sabes lo que habia determinado; mañana mismo salimos para París.

Ricardo palideció de una manera horrible, pero no contestó una palabra.

Contentóse con hacer una leve inclinacion de cabeza.

Armanda, mujer impresionable por excelencia, quiso ver hasta qué punto llegaba la poca dignidad de su amante y el gran dominio que sobre él ejercia.

A este fin, con estudiada lentitud y como dejando caer las palabras una en pos de otra, exclamó así:

—¿Supongo, porque bueno es tenerlo hablado todo, que una vez en París, no irán á repetirse ridículas disensiones.

El conde del Sauce se prestó ayer á ser nuestro cicerone, y no es cosa de recibirle con frialdad, ni mucho ménos de proporcionarle un espectáculo ridículo y vergonzoso para nosotros.

Si no has de tener valor para ello, piénsalo bien ántes, Ricardo.

—Escucha, Armanda, exclamó este fuera de sí, haré cuanto tú quieras; pero ántes yo....

—Acaba.

—Pues bien; si yo tuviese una palábra tuya, no como las que me diriges de contínuo, envueltas en el más fiero sarcasmo ó en la más ridícula burla, sino de una manera grave y formal.

Si tú me contestaras así á lo que te pregunte, créelo, sin murmurar, sin que la más leve queja saliese de mis la-

bios, me verias siempre sonreir tranquilo y vivir dichoso.

—Y bien ¿qué pregunta es esa?

—¡Oh! prométeme ántes contestarla en los términos en que te lo suplico.

—Pues bien, te lo prometo.

Habla ya.

—¿Amas al conde?

—Nó, replicó Armanda con sequedad.

—¿De veras?

—He dicho que nó.

—¡Oh! gracias: no necesito saber otra cosa.

Manda y te obedeceré siempre.

—¿Has concluido?

—Sí.

—Pues bien, ahora me toca á mí.

Escucha, Ricardo.

Estoy firmemente resuelta á no consentir en adelante los arrebatos de tus ridículos celos.

Para uno y otro ha pasado ya esa edad.

Porque sé que me amas, he podido tolerarlo hasta aquí; pero todo tiene su término.

No olvides que no quiero se repitan jamás escenas como la de esta mañana.

¿Estás enterado?

—Sí, replicó Ricardo con voz apénas perceptible.

—Entónces quedan aseguradas las paces.

Vamos á otra cosa.

¿Tienes suficiente tiempo para disponer el viaje?

—¿Dices que saldremos mañana?

—Sí.

—Pues entónces hay tiempo de sobra.

—Entónces no tenemos más que hablar.

¿Tienes qué hacer esta noche?

—Nada absolutamente.

—¿Me acompañarás al teatro?

—Como quieras.

Diciendo así, Ricardo se despidió de Armanda, ofreciéndola volver por ella á la hora de marchar.

CAPITULO IV.

Los dos rivales.

Al dirigirse Ricardo á su gabinete, un criado le salió al encuentro, diciendo:

—Señorito, acaba de llegar un caballero que quiere ver á usted.

Le he hecho aguardar en el saloncillo, sin darle seguridad de si estaba usted ó nó, por si no quiere recibirle.

—¿Ha dicho quién es?

—Nó, señor; dice que usted no le conoce, y que sería inútil usar de su apellido como medio para ser recibido.

—Pues bien, hazle pasar al gabinete.

Ricardo, una vez en él, se sentó cerca del balcon y junto á un velador de laca, sobre el que habia varios libros y papeles.

Inútil será por demás que indiquemos cuál sería en aquellos momentos la situacion de aquel envilecido amante.

Tenia la conciencia de que su proceder era vergonzoso altamente, y con los demás y consigo mismo descargaba sañudo la ira que sofocaba delante de Armanda.

Con seguridad podia decirse que Ricardo Dominguez era infeliz.

Delante de la mujer que amaba no era osado á dar libre salida á los tormentos debidos á la coquetería de aquella mujer.

Su amargo sentimiento, lo claro que veia su impotencia, lo inútilmente que se afanaba por sacudir tan ominoso yugo, todo esto, decimos, era más que suficiente para causar su desesperacion y hacer amarga su vida.

En cuanto se vió solo, tomó uno de los libros de sobre el velador y comenzó á hojearle.

En el momento se abrió la mampara, y apareció bajo el dintel la grave figura de Estebanez.

Vestia completamente de negro, haciendo resaltar la palidez de su rostro y la blancura de sus cabellos.

Su aspecto, aunque simpático, era imponente y digno.

Ricardo, por un movimiento maquinal, se levantó del sillon y saludó con una cortesía al desconocido.

—¿Hablo con el señor don Ricardo Dominguez? exclamó Estebanez, fijando en aquel una mirada escrutadora.

—Tiene el gusto de escuchar á usted.

Estebanez se inclinó.

Despues de una indicacion de Ricardo, tomaron asiento uno frente á otro.

—¿En qué puedo servir á usted? exclamó este con cierta frialdad ceremoniosa.

—Señor de Dominguez, va usted á saberlo al momento, y tengo el disgusto de decirle que vengo á proporcionarle un mal rato.

—¡Caballero!

—Lo que usted oye.

Para ello empezaré haciéndole varias preguntas.

¿Qué tal sigue usted en sus relaciones con Armanda?

Ante esta pregunta, hecha con la mayor frialdad, Ricardo alzó su cabeza y miró á Estebanez, á la par que con asombro, con severa dignidad.

Este no pudo ménos de advertirlo, y exclamó con el mismo acento tranquilo con que habia comenzado:

—Esta pregunta, como las que voy á dirigirle, créalo usted, no son dictadas por una curiosidad ridícula que sería imperdonable.

Para hacerlas me asiste un gran derecho.

—Pero caballero ¿usted sabe de quién habla?

—Ya lo creo. Del jóven don Ricardo Dominguez, en un tiempo calavera desenfrenado, y hoy víctima de la pasion que supo inspirarle una mujer que faltó á todos sus deberes.

Porque conmigo, caballero, no podrá usted pasar como el esposo de esa señora.

La calma y la seguridad con que Estebanez pronunció estas palabras, no pudieron ménos de admirar á Ricardo, pruduciéndole un gran estupor.

Como era natural, no podia presumir quién podria ser el que así se expresaba, ni qué móviles le guiarian á ello.

De cualquier modo, era forzoso no dejar sin contestacion aquellas palabras, y en su virtud prorumpió así, con cierto aire de amenaza:

—Caballero, es imposible que desconozca usted la gravedad que encierra cuanto acaba de decir.

Si es verdad, porque ha sorprendido un secreto; si no lo es, porque ha inferido á una señora una grave ofensa.

—Perdone usted que le interrumpa.

Donde la verdad existe, el proclamarla no es ofender; si yo he dicho á usted qué nombre tienen las relaciones con esa señora, no le he ofendido en lo más mínimo.

—Pero señor mio.... replicó Dominguez con impaciencia, ¿usted quién es, y con qué derecho se permite hablar así?

—En cuanto á quién soy, no me marcharé sin decírselo, y crea usted que entónces comprenderá de sobra la razon que me asiste al tratar de este asunto.

Pero continúo.

Pasemos á otra pregunta. ¿Cuál es la profesion de usted?

—Pero caballero, ¿estoy hablando con algun loco?

—¡Oh! nó, señor. Podia estarlo, pero gracias á la Providencia, conservo la suficiente lucidez para saber lo que me hago.

¿Va usted á contestarme?

—Extraño que así lo crea; yo no sufro interrogatorios de nadie.

—Entónces voy á dar á usted una mala noticia.

Caballero, la pobreza va á llamar á su puerta; prepárese usted á recibirla.

Ricardo quedóse atónito contemplando á Estebanez.

No acertaba á explicarse lo que estaba oyendo.

De cualquier manera, aquello era el colmo de la audacia.

Antes de que hubiera podido volver en sí de su asombro, continuó el esposo de Armanda:

—Por supuesto que yo no sé por qué admira á usted tanto lo que está oyendo.

Porque en realidad, hace tiempo que usted vive á expensas de la mujer con quien se unió.

—Basta, caballero; prevengo á usted que no añada una palabra más.

La tolerancia tiene su término, y la mia se ha agotado.

—¡Báh! no lo crea usted, señor de Dominguez. Lo ménos que puede hacer es escucharme cuanto quiera decirle.

—¿Yo?

—Sí, señor, usted.

—Es que yo no tolero de nadie que se me falte impunemente; y siendo así, debo prevenir á usted que no consentiré que se prolongue esta conversacion por más tiempo.

—¿Y si yo dijese á usted que aun me queda por decir lo más grave?

¿Que lo dicho hasta ahora es, comparado con ello, tan sumamente leve, que á guardar una proporcion exacta, ni aun debia darse por aludido, qué diria usted?

—Diria.... vamos, caballero, por interés de todos, aconsejo á usted que no prosiga.

—En fin, va usted á juzgar, continuó Estebanez, como si no hubiera escuchado las últimas palabras de su interlocutor.

Dentro de muy poco, si yo quiero, va usted á salir de esta casa como un criado á quien se ajusta la cuenta.

—¡Caballero! tronó Ricardo poniéndose en pié, lívido y terrible.

Estebanez no se movió.

Miró al jóven con fria indiferencia, y exclamó sin variar de postura:

—Hará usted muy mal en descomponerse, porque no por eso impedirá lo que le anuncio.

—Vamos, caballero, procedamos con calma.

Tan extraordinario es lo que oigo, que no puedo ménos de creer, á no ser víctima de un juego ridículo, que usted tiene algun medio para poder abusar de mí.

—¿Abusar ha dicho usted?

—Esa es la palabra.

—Pues se ha equivocado completamente; lo que en m proceder hago, es usar de un derecho incontrastable.

Créame usted, es lo ménos que puedo hacer, es lo ménos que puedo ofrecer.

Veo, y no me parece extraño, que no convencerán á usted mis palabras, un tanto ambiguas.

Voy, pues, á desistir de ellas, y á hablarle de manera que me entienda claro y bien.

Señor de Dominguez, es usted poco fisonomista.

—¿Cómo?

—Sí, señor.

No podré ocultarle que, aunque no hace mucho tiempo que nos hemos visto, han pasado por mí tales acontecimientos, que no es de extrañar me hayan desfigurado algo.

—No comprendo....

—Ayudaré su memoria; me llamo Gregorio Estebanez.

—¡Qué dice usted! exclamó Ricardo con verdadero espanto.

—Qué, ¿no me ha comprendido?

—¡Oh! ¡pero no es posible! exclamó aquel para sí; ¡esto no puede ser!

Caballero, ¿supongo que no tendrá usted intenciones de burlarse de mí?

—¡Oh! de ninguna manera.

¿Le admira á usted que pueda ser cierta mi existencia? ¡no es extraño!...

El golpe se dispuso bien; si fracasó, la Providencia es la que lo hizo, á ella debo el hallarme hoy aquí.

Usted no me conoció ántes, y no me admira.

En el año que ha trascurrido, he visto mi corazon lacerado por cruentos dolores.

Durante este tiempo, mis cabellos han encanecido y mi frente se ha arrugado sombría.

Dios no ha querido, sin embargo, llamarme á sí todavía, sin que pueda ántes, ya que no otra cosa, buscar á los que han causado mi desgracia y arrojársela al rostro.

¿Ve usted con cuánta razon dije ántes que podia echarle de esta casa?

Ricardo Dominguez, consternado y lleno de estupor, habia escuchado el breve relato del esposo de Armanda.

Veia claramente que se acercaba una catástrofe inevitable, y oyó las palabras de Estebanez con el mismo espanto que le habria producido el escuchar la trompeta del juicio final.

La grave dignidad del esposo de Armanda, su calma fria y glacial, eran bastantes á producir la situacion que aquel experimentaba.

Hay ocasiones en que habla la conciencia, y nada es bastante á sacudir su yugo.

Ricardo, agobiado bajo su peso, inclinó su frente sin atreverse á pronunciar la menor palabra.

Estebanez continuó así:

—Un año he estado callando, porque aguardaba este momento.

Caballero, el dia es llegado; inútil creo decir á usted que no es posible continuar más tiempo como hasta aquí.

Ahora mismo va usted á noticiar á esa señora que espero su vénia para hacerla una visita.

De ella sabrá usted muy pronto el resultado.

Ricardo sintió una cosa así como un estremecimiento.

Pasó una mano por su frente, y despues con voz insegura exclamó:

—Caballero, han llegado las cosas á tal estado, que nada me sorprende de ellas, que tal vez recibiria hasta lo más desastroso con indiferencia y calma.

Pues bien; sin ocultarle que estoy dispuesto á dar todo género de satisfacciones, y aquí le ruego que me comprenda en el buen sentido, voy á hacerle una súplica.

—Diga usted.

—Evitemos el escándalo.

A nada conduciria que diésemos motivo para que nuestros nombres corriesen de boca en boca.

—¿Y es á mí á quién hace usted semejante prevencion?

—¡Caballero!

—¿Usted no sabe que hace mucho tiempo he podido hacer lo que ahora estoy dispuesto á llevar á cabo?

Para abstenerme de semejante decision he tenido varias razones; la más principal va usted á oirla.

Yo, gracias á la infamia de que fuí víctima, quedé en la mayor indigencia.

A no llegar en la carrera del crímen á la altura de los que fueron mis verdugos, con presentarme aquí no hubiera adelantado nada.

Tal vez al querer penetrar en estos salones se me habria arrojado por los criados.

Entónces no me quedaba otro recurso que apelar á los

tribunales. Estos, indudablemente, más ó ménos pronto, habrian hecho justicia á mi razon; pero yo no queria seguir semejante procedimiento por motivos que no son ustedes capaces de comprender.

Queria evitar á mi hijo el que supiese un dia que tan triste página de la historia de sus padres corrió por Madrid de boca en boca.

Ya ve usted si necesitaré yo excitaciones para desistir del escándalo, cuando esto solo me ha detenido tantos meses.

Ricardo Dominguez apénas fijó su atencion en estas palabras de Estebanez.

La primera impresion que le produjo su presencia fué indudablemente hasta aterradora.

Esto era algo más grave que sus celos con respecto al conde del Sauce.

Nada más léjos de la mente de Ricardo que el suponer la existencia del marido de Armanda.

Por eso su admiracion y estupor no tuvieron límites.

El viajero que huyendo de un peligro descubre en su carrera y ante sí un precipicio que no le es dado salvar, el mismo asombro que le causa, suspendiendo, digámoslo así, sus facultades mentales, hace que en el primer momento no le sea fácil abarcar todo lo terrible de su situacion.

Esto fué lo que aconteció á Ricardo.

Despues, á medida que pudo ir reconociendo lo crítico y grave de tan inesperado acontecimiento, vió ante sí con toda claridad el abismo sin fondo á donde bien pronto irian á parar todas sus esperanzas.

La ruina era inevitable.

Aunque su existencia junto á la mujer que amaba era

una série no interrumpida de amarguras y tristes decepciones, érale de todo punto imposible renunciar á ella.

¡Aquel mismo sufrimiento constituia su vida!

La vida sin Armanda hubiera sido un martirio sin fin.

Tales fueron los pensamientos que le ocuparon durante la narracion de Estebanez.

El egoismo se alzó potente en su alma.

Era forzoso rebelarse contra tan inminente desventura. Hacer inútiles los designios del que habia creido muerto y se presentaba decidido á volver por su honra.

Para esto no vió más que un camino.

Matar ó morir.

Cualquiera que fuese el resultado de esta decision, se veia libre de la desgracia que le amagaba y que no tenia valor para arrostrar.

Aceptada esta idea, sin dar oidos á ninguna otra consideracion, así que terminó Estebanez su relato, con voz sombría y mirada torva exclamó:

—Caballero, no quiero hacerle la ofensa de dudar un momento siquiera que al venir aquí habrá tenido en cuenta lo que aventuraba y á todo lo que se exponia.

—¿Cómo?

—Me parece que me explico con la suficiente claridad.

—No obstante, ruego á usted que determine algo más su pregunta, replicó Estebanez con la más perfecta calma.

—Lo haré así.

Para ello no omitiré por mi parte lo más mínimo que pueda conducir á despertar en usted toda su indignacion.

Estebanez palideció, pero continuó en silencio.

Ricardo, con el más insolente cinismo, prosiguió:

—Usted, gracias á la torpeza de un miserable, se presenta hoy aquí, no solo á tomar venganza, sino á llevarse lo que es suyo.

Esto es muy natural, yo lo comprendo perfectamente; pero no puedo consentirlo.

—¿Cómo?

—Ahora creo haberme explicado con claridad.

—¿Es decir que usted prefiere el escándalo?

—No me ha comprendido usted, caballero.

Optar por este medio, sería tanto como querer mi derrota, y yo haré, por evitar esta, todos los esfuerzos imaginables.

Lo que yo he querido decir es que, miéntras yo viva, no conseguirá sus intentos.

Hubo un momento de silencio.

Estebanez lanzó á Ricardo una mirada de fuego, que este procuró sostener.

La indignacion comenzó á alzarse en el alma de aquel. Sin embargo, dominándola todavía, prorumpió así:

—¿Es decir que usted me propone el desafío como el medio más adecuado para que lleguemos á una solucion?

—Exactamente.

Esto es, que aunque yo me contente con decir á usted, caballero, aun cuando lleve nuestra cuestion á ese terreno tan brutalmente llamado del honor, en nada se habrá evitado lo sucedido.

Vencedor ó vencido, la que un dia supo olvidar sus juramentos de fidelidad ha concluido para mí.

Inútil es por tanto que yo cargue mi conciencia con un delito y que usted añada otro sobre la suya.

—Yo vivo á pesar del infame lazo que se me tendió; salga usted, pues, de esta casa, y agradézcame que ante todo el mundo no lance sobre su frente el estigma á que se ha hecho acreedor.

Me preguntó ántes en qué iba á estribar mi venganza, y ya está usted satisfecho.

Acerca de usted, esta era la que me propuse.

Una sonrisa irónica asomó á los labios de Ricardo.

En seguida replicó:

—Es mucha la prudencia y virtud que resplandecen en sus palabras:

No puedo ménos de aplaudirlas y alabarlas en lo que se merecen.

Unicamente siento no poder yo seguir el noble ejemplo que me indica.

Esto de decir me has faltado, yo no quiero castigarte, vete, es superior, lo confieso, pero no puedo aceptarlo.

Y si no, veamos: usando de las mismas palabras yo contesto, no me voy.

¿Qué hará usted entónces?

—¡Entónces!... vamos, caballero, medite usted bien su situacion y mis palabras.

¿Qué ha de hacer usted sino huir de aquí, comprendiendo, aunque tarde, sus deberes?

—Veo, replicó Dominguez con impertinente insolencia, que usted, aunque con habilidad, elude dar una respuesta.

—No es cierto, caballero.

—Pues bien, veámosla: dije ántes y repito ahora, que qué haria usted no yéndome.

A ver si de este modo precisamos la cuestion.

—Pues bien, señor Dominguez, replicó el esposo de Armanda con voz un tanto alterada, no yéndose usted, tendria que echarle.

—¡A mí! exclamó Ricardo poniéndose en pié en actitud amenazadora.

—A usted, sí, señor, replicó Estebañez sin moverse y con la mayor calma.

—Es que inútil creo decirle que puede intentarlo cuando guste.

—¡Oh! caballero, no soy tan necio que vaya á dar un espectáculo de esa naturaleza.

Si usted no acépta bien á bien, y obra en consecuencia de la triste necesidad á que se encuentra reducido, crea que no han de faltarme medios para lograrlo.

—Pues bien, repuso Ricardo fuera de sí, lo he dicho ántes y lo diré siempre, con razon ó sin ella, sin querer saber de parte de quién está la justicia; yo desafío á usted á que intente lo que se propone.

Las declamaciones son inútiles; ó ventila la cuestion en el terreno á que yo le impelo, ó vive Dios, que le insultaré de tal modo, que por decoro tendrá que aceptar el reto.

—Señor mio, no añada usted más combustible al mal dormido fuego que dentro de mi corazon existe.

No quiera usted eludir una obligacion como la que le exijo, porque puede creer que nada adelantaria con tan descabellado como injusto propósito.

—Y qué, ¿se obstina usted en negarse?

—Sí, señor, debo hacerlo.

—Piénselo usted bien.

—Está pensado.

—Señor Estebanez, entónces salga usted de aquí inmediatamente.

—¡Caballero!

—O acepta usted el duelo, ó le arrojo de este sitio.

Al oir esto el esposo de Armanda, miró á Ricardo con una fijeza terrible.

Comprendió al punto que este se hallaba decidido en su difícil situacion á arrostrarlo todo, hasta el escándalo.

Comprendió más; comprendió igualmente que en su intencion dañada era capaz de todo, para alzarse contra la ruina que le amenazaba, viendo que sería inútil el que por más tiempo se opusiese á aceptar el desafío.

En su consecuencia, dando á su rostro una severidad imponente, exclamó así:

—Sea pues como usted quiere, caballero, ya que en ello se obstina; acepto el desafío.

—Gracias al diablo, me alegro de que al fin haya usted comprendido que no habia otro remedio.

¿Cuándo y cómo va este á tener efecto?

—Todo me es accidental.

—Nó, nó, bueno es que vengamos en ello.

Dígame usted dónde ha de ir el amigo que se entienda con el que usted elija.

—Vendrá aquí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche entre nueve y diez.

—Corriente, pero no olvide usted que el desafío ha de ser á muerte; entre los dos no cabe otra cosa.

—Muy bien.

—Ahora, si quiere usted ver á Armanda, voy á pedirle un favor.

—Diga usted.

—Que no hable con ella, no solo de lo que hemos decidido, sino tampoco de nuestra entrevista.

—Me es igual.

—Supongo á usted hombre formal y esclavo de su palabra, y si me ofrece hacerlo así, quedaré tranquilo respecto á su cumplimiento.

—He dicho á usted que me era de todo punto igual; por lo tanto, puede contar con mi silencio.

Diciendo así Estebanez, se levantó y se dispuso á marchar.

Convinieron en hacer que un criado anunciase su visita, para lo cual Ricardo sonó la campanilla.

Presentóse el lacayo, y Ricardo le encargó guiase á Estebanez al gabinete de Armanda.

Este hizo á Ricardo una fria reverencia, y salió de allí con lenta calma.

CAPITULO V.

Marido y mujer.

Acababa Armanda de despedir á su doncella, y se entretenia en dar la última mano á su tocado, cuando se abrió la puerta, y el lacayo que precedia á Estebanez anunció la visita de un caballero.

—¿Quién es? exclamó Armanda al mismo tiempo que dirigia al espejo esa última mirada de satisfaccion con que toda mujer da por terminada su *toilette*.

—No lo ha dicho.

—¿Pero qué, no se le ha preguntado?

—Sí, señora; pero ha insistido en no decirlo, invocando para ello que se proponia una sorpresa.

—¡Una sorpresa! replicó Armanda, más bien hablando consigo misma.

—Esas fueron sus palabras.

—Muy bien, haga usted que pase.

El criado saludó y salió.

Estebanez, que aguardaba en el salon, adelantóse con rapidez al encuentro del que fué á anunciar su visita.

Este empujó de nuevo la mampara del gabinete, cerrando cuidadoso así que Estebanez penetró en él.

Armanda se hallaba de pié junto á la chimenea.

Estaba de espaldas á la puerta, y en aquel momento acababa de ponerse un brazalete.

Al ruido que produjo Estebanez al entrar, se volvió presurosa.

Apénas se fijo su mirada en aquel, cuando una contraccion especial de estupor y espanto se pintó en su rostro.

Un grito terrible se escapó de sus labios, y tuvo que agarrarse al mármol de la chimenea para no caer.

—No te asustes, Armanda, exclamó Estebanez con voz lenta y perfectamente acentuada, nada puede asustarte, como no sea la suposicion de que ves ante tí la sombra de un muerto; y yo debo decirte: tranquilízate, porque no hay absolutamente nada de extraordinario en mi venida.

Soy el mismo de siempre.

Un temblor convulsivo habíase apoderado de aquella.

La sorpresa fué verdaderamente terrible.

Estebanez, por un momento, casi tuvo lástima de aquella mujer.

El estado de su conciencia imprimia en ella tal sacudimiento, nacido del más profundo terror.

Un abismo sin fondo vió abrirse en aquel momento ante sus piés.

No habia dudado en armar el brazo asesino contra aquel hombre, y en lugar de la tranquilidad que su muerte debia proporcionarla, contemplaba aterrada su obra destruida, viendo ante ella en pié y amenazante al mismo á quien creyó cadáver frio.

Por mucha que fuese la osadía de su corazon, no era posible dominar el terror que en aquellos momentos la embargaba.

Estebanez continuó así:

—Mira que vas á hacerme dudar del concepto que me mereces.

¿Cómo es posible que una mujer como tú se asuste por una cosa tan natural?

Vaya, tranquilízate, y hablemos con toda calma.

Me sentaré, ya que tú no me brindas á ello. Imítame, y con eso acabaremos más pronto.

Los malos pasos, con cuanta más rapidez se salven, es mucho mejor.

Estebanez se equivocaba algo en sus apreciaciones.

Indudablemente, la jóven se sintió en el primer momento casi sobrecogida.

Tal fué la sorpresa que la produjo la vista de su marido.

Pero á los pocos instantes, cuando le oyó hablar, cuando merced á su indisputable sangre fria comprendió que la presencia allí de su marido era debida á la torpeza de los que se encargaron de asesinarle, comenzó, si no á tranquilizarse, á apreciar al ménos toda la extension del peligro en que se hallaba.

Y no es que Armanda temiera á su marido, nada ménos que eso; lo que sí temia era que, sin tiempo para inventar una nueva intriga, usase él de diligencia que hiciera inútil toda clase de invenciones.

Llena su mente de mil confusas ideas, sin saber á qué atenerse ni cómo hablar, se dejó caer en un sillon con todas las señales del más profundo abatimiento.

—Conque vamos, Armanda, exclamó Estebanez con cierta severidad, ¿estás ya en disposicion de que hablemos?

Armanda quiso aventurar un primer ensayo.

Alzó la cabeza y fijó sus ojos en Gregorio.

Su mirada recelosa, impregnada de odio y de soberbia, contrastó con la límpida y serena de su esposo.

El corazon de aquella jóven no podia ser más cruel y egoista.

Ni la palidez cadavérica de Estebanez, ni su cabellera, encanecida en poco más de un año, ni las profundas arrugas que surcaban su frente, denotando las amarguras y el increible dolor sufrido, no fueron motivos suficientes para acelerar los latidos de su corazon ni un solo instante.

Por fin aquel, comprendiendo que debia iniciar la conversacion, continuó así:

—Ante todas cosas, espero me digas dónde está mi hijo.

Ya que no otra cosa, me alegrará mucho el saber que hay en tu corazon algo de puro y digno.

Armanda, como haciendo un esfuerzo violento, y sin alzar la vista del suelo, prorumpió con voz apénas perceptible:

—Está en un colegio.

—¿Y cuándo vendrá?

—Solo se le trae el primer domingo de cada mes.

Estebanez frunció el entrecejo y miró á Armanda de una manera despreciativa.

En seguida repuso, mal comprimiendo los impulsos de indignacion que experimentaba su alma:

—¿Te estorba aquí tu hijo?

—¡Estorbar!

—¡Me parece!

¡Ay! ¡Armanda, qué efectos produce siempre un proceder infame!

¡Cómo tienes valor para tener léjos de tí una criatura tan tierna como indefensa!

¡No has considerado que apénas tiene cinco años!...

¡Armanda! casi tienes razon en no querer escuchar ninguna voz persuasiva.

¡Qué puede exigirse de una mujer que no sabe ser madre!

¡Le tienes allí solo, sin que tenga en sus infantiles disgustos el calor del regazo de su madre que seque sus lágrimas!

¡A quién va á querer ese niño!

Ellos crecen y sonrien merced á las caricias, y tú, con ese proceder que aun no tiene nombre, vas á petrificar su alma poniendo trabas á su desarrollo.

¿Con qué derecho exigirás de él una ternura que no has ganado?

¡Oh! yo no sé, continuó Estebanez con creciente exaltacion; creo, Dios me perdone, que las que como tú olvidan sus deberes, como dice el libro sagrado, tienen ojos y no ven, tienen oidos y no oyen.

¿Has pensado tú alguna vez, Armanda, no ya en la vida que comienza al morir la materia, sino en esa tan cercana época en que los hechizos de la hermosura desaparecen?

Nó, es imposible que así suceda.

Si en la juventud te crees fuerte y vives sin apoyo, ¿piensas que va á sucederte siempre lo mismo?

Cuánto te engañas, Armanda; si hoy te aislas de todos,

si burlaste á tu marido, y te desentiendes de ese hijo, pedazo de tu alma, ¿de quién esperas consuelo cuando la vejez ingrata deshoje una á una las rosas de tu hermosura?

¡Serás muy desgraciada! Armanda, te compadezco.

La jóven, al oir estas palabras, alzó su cabeza y miró á Estebanez con una expresion indefinible.

Solo la idea de ser compadecida, fué suficiente á levantar su soberbia, á que en un momento huyesen el asombro y la vergüenza que la habia causado la presencia de su marido.

Estebanez sorprendió aquella mirada; sin embargo, apénas habia podido hacerse cargo de aquella nueva manifestacion de la altivez de Armanda cuando la vió desaparecer, cambiándose por una especie de resignacion que jamás habia observado en su esposa.

Y es que Armanda tenia un talento diabólico.

Una vez que hubo recobrado la calma, cuando dueña de sí pudo apreciar lo excepcional de su situacion, comprendió que solo la astucia podria salvarla.

A sostener su carácter, á dejarse llevar del odio que profesaba á su marido, era indudable que sacaria la peor parte.

Cuando este habia permanecido en silencio tanto tiempo, era señal inequívoca de que al romperle entónces, contaba de sobra con fuerzas para la lucha, y sobre todo, que deberia hallarse dispuesto á arrostrar sus consecuencias.

Todo esto pensó Armanda en un momento.

—Salgamos ahora de esta situacion, se dijo, que despues ya veremos quién vence.

Decidida en este sentido, comenzó así con una humilde resignacion admirablemente fingida:

—Estebanez, yo tengo en mí misma un enemigo terrible.

El avasallador carácter de mi alma lucha siempre, oponiéndose á todo buen instinto.

Ahora mismo, al oir la palabra compasion, háse alzado á la resistencia, á pesar de lo que ya siento, á pesar de los remordimientos que laten en lo más íntimo de mi corazon.

Yo quiero á nuestro hijo con todas las fuerzas de mi alma, mucho más que nunca.

Le quiero como el criminal al recuerdo de su inocencia.

Mi corazon ya no se conmueve por nada, y sin embargo, dulce se agita con su memoria.

¡Pero ay! Estebanez, no he tenido valor para conservarle á mi lado.

Su semblante, sus caricias, su misma inocencia, en fin, me destrozan y me desgarran...

¡Comprendo tu venida y la bendigo!

¿Quieres mi vida? Aquí estoy dispuesta y resignada.

Todo, todo lo que hagas en justo desagravio de mis crímenes y de mi perjurio, será poco siempre.

Habla y serás obedecido.

Dicho esto, calló Armanda.

Su actitud, las modulaciones de su voz, hasta las falsas lágrimas que humedecieron sus ojos, todo era asqueroso pero admirablemente fingido.

No podia darse alma más negra bajo un exterior tan hermoso.

¡Un demonio con formas de ángel!

Estebanez comenzó á creer.

Virtuoso y sensible, no podia comprender un fingimiento tan llevado á la perfeccion.

Para que así comenzara á suceder, habia tambien una razon.

Creia en el arrepentimiento, porque creia en el bien.

Armanda habia sido muy criminal; ¿qué extraño, pues, que la contínua excitacion de su conciencia hubiese dado semejante fruto?

El contínuo caer de una gota de agua llega á horadar la piedra.

En aquel arrepentimiento encontró lógica.

De ahí la consecuencia inmediata.

Los nobles sentimientos de su alma iban á despertar.

Armanda, aunque afectando siempre una resignacion que aumentaba los encantos de su hermosura, no dejaba de espiar el efecto que podian haber causado en Estebanez sus palabras.

Sin embargo, no pudo adivinar lo más mínimo.

Y es que fiaba demasiado pronto en la bondad de su marido.

Este, sin que en su rostro se revelara la más pequeña emocion, exclamó:

—¿Lo has pensado bien, Armanda?

—Sí, murmuró en voz baja.

—¿Estás verdaderamente dispuesta á obedecerme? continuó con fria calma.

Ante la manera con que Estebanez formuló su pregunta, la jóven sintió de veras algo parecido al terror.

¿Hasta dónde podria llevar este su venganza?

Sin embargo, su astucia continuó dictando el mayor disimulo.

La ligera indecision de Armanda no fué apercibida por Estebanez.

Aquella replicó en el momento:

—Te lo he dicho ya, lo haré todo, lo aceptaré todo.

—Pues bien, entónces toma papel y escribe. Voy á dictarte una carta.

Armanda no hizo el más pequeño movimiento de disgusto.

Se levantó, dirigióse á un elegante *secreter* de palo santo, y volvió junto al velador con los útiles necesarios.

Tomó la pluma y esperó con la vista fija en el papel, sin que en su rostro se reflejara la más mínima oposicion.

—¿Estás dispuesta?

—Sí.

—Pues empiezo:

«Sin coaccion alguna que obligue mi ánimo, voy á ex»presar aquí mi voluntad, en la firme inteligencia de que »por nada ha de variarse.

»Desde este momento no volvemos á vernos. Excuso por »tanto encarecer á usted la absoluta é imprescindible nece»sidad en que se halla de salir de esta casa hoy mismo.

»No pretenda usted explicaciones de mi parte, porque »será inútil.

»Mi marido se las dará á usted.»

Nada más, exclamó Estebanez; puedes firmar.

Armanda obedeció en silencio.

—¿Comprenderás para quién es esa carta?

—Sí.

—Pues ciérrala y venga.

La jóven, sin titubear lo hizo así, y la entregó á su marido.

—Ahora vas á escribir otra carta, como quieras, para el director del colegio en que se halla el niño.

—¿Cómo?

—Autorizándome simplemente para sacarle.

Armanda palideció de una manera intensa.

No habia previsto aquel caso.

Conociendo que no iba á poder sostener su papel, apeló á un recurso excelente.

El de creer que no veria más á su hijo.

A este fin exclamó:

—¡Oh Dios mio! Estebanez, yo lo acepto todo, sufriré resignada el castigo que me impongas; pero no elijas ese, te lo suplico, te lo pido con las manos juntas.

¡No ver al hijo de mis entrañas! ¡Oh, apiádate de mí! ¡no lo hagas! ¿verdad que no vas á hacerlo?

¡Tú eres bueno y generoso, y no puedes querer mi desesperacion!

Dí que no lo harás, dí....

—¿No dijiste que estabas dispuesta á todo?

—¡Oh! pero es horrible y cruel, Estebanez.

—¿Me das la carta? interumpió este de nuevo con afectada indiferencia.

—Si no es que me niegue; pero ¡Dios mio!

—Pues venga.

—¡Estebanez!...

—Una cosa te ofrezco solemnemente, y sabes que jamás he faltado á mis promesas.

Mañana verás aquí á tu hijo.

—¿Sí?

—Vendrá conmigo.

De la explicacion que tendremos se decidirá todo.

Armanda, si tu arrepentimiento es verdadero, te hallas en el caso de aceptar el castigo.

Nada más tengo que decirte.

Ahora haz lo que te plazca.

Armanda, que conocia á su marido, se tranquilizó.

Tenia tiempo de reflexionar.

La partida aun no se habia perdido.

Para no malograr su comenzada obra, fuerza era acabarla dignamente.

Una vez elegido el papel de víctima, decidió terminarle.

A este fin, procurando aparentar que á duras penas podia contener su emocion, replicó á media voz:

—Voy á darte la autorizacion para que te entreguen nuestro hijo. Estebanez, cúmplase en todo tu deseo.

Diciendo así, tomó una pluma y escribió al director del colegio.

Cuando hubo terminado entregó á Estebanez el escrito.

Este le miró. Estaba en regla.

Echándole en su bolsillo y levantándose, con voz ligeramente conmovida, exclamó:

—Armanda, hasta mañana.

Piensa mucho en tu situacion y haz que tu alma se disponga al sufrimiento.

Para que el cielo se apiade de tí, pídele fuerzas y llora resignada tus extravíos.

¡Adios, Armanda!

Esta contestó á media voz.

Estebanez, sin volverse hácia ella, en nuevo saludo abandonó el gabinete con lentitud.

La jóven quedó sola.

Podia abandonar el fingimiento.

La expresion del odio más terrible, de la ira más desapoderada, brilló en aquel rostro.

Su hermosura pareció oscurecerse merced á aquella influencia.

Como la hiena que acecha cautelosa y aguarda el momento de caer sobre su víctima, así aguardó atenta que dejaran de oirse los pasos de Estebanez que se alejaba.

Cuando se convenció de que ya debia hallarse junto á la salida, trémula y sañuda tiró con fuerza del llamador de la campanilla.

Un momento despues se presentó su doncella.

—Que venga Juan al momento, volando, exclamó con voz imperiosa.

La doncella desapareció con rapidez.

No habia pasado un minuto cuando estaba de vuelta con el criado.

—¿Llamaba la señorita?

—Sí. ¿Has visto al caballero que acaba de salir de aquí?

—Ahora mismo.

—No habrá llegado á la calle, me parece.

—Efectivamente, señora.

—Pues bien, síguele y no vuelvas sin tener la seguridad de que queda en su casa.

Si lo haces bien, te gratificaré dignamente.

Anda, no pierdas tiempo. Y tú márchate, continuó dirigiéndose á la doncella; te llamaré si te necesito.

Los dos se retiraron despues de saludar en silencio.

Juan echó á correr en busca de la propina.

Cuando Armanda quedó sola sonrió de una manera infernal.

¡Cómo puede sonreir el demonio!

CAPITULO VI.

Un nuevo trato.

A las diez de aquella misma noche Eugenio entraba en su casa.

En su cuarto halló á Sebastian.

Esto era un acontecimiento, porque desde que se habia verificado el cambio de conducta en Eugenio, comenzaron á separarse de la intimidad que hasta entónces les habia unido.

Sebastian llegó á creer muy formalmente que á su hermano le habian hecho beber algo que trastornó sus sentidos.

Para su inteligencia no estaba en su cabal juicio.

Sin embargo, el hecho era cierto y la conversion, digámoslo así, evidente.

De aquí que Sebastian comenzó á desviarse de Eugenio hasta el punto de que, viviendo en la misma casa, pasaban muchos dias sin verse.

A esta razon se debió el que Eugenio se detuviera, al entrar en su cuarto, lleno de asombro.

A esto contribuyó mucho más el observar cierta alegría inusitada en el rostro de su hermano.

—Vamos, exclamó este con jovial acento, ¿te has quedado como un santo de yeso?

Entra hombre, entra.

—Y la cosa no es para que deje de sorprender.

—¿El qué?

—El verte aquí.

—¡Ah, yá! pues ahí verás.

Siéntate y escucha.

Eugenio dejó su sombrero y ocupó una silla junto á su hermano.

Sebastian comenzó de esta manera:

—¿Me contestarás á cuanto te pregunte?

—¡Hombre! ¿se trata de un interrogatorio? replicó Eugenio sonriendo.

—Sí, pero sumamente corto.

—Bueno, pues habla.

—¿Serás franco?

—Sin duda alguna.

—Vamos á ver, ¿has olvidado verdaderamente aquel amor en embrion que comenzaste á profesar á la señorita Armanda?

—¡Sebastian!...

—¿Qué?

—Ya sabes lo que te tengo dicho sobre el particular, exclamó Eugenio con cierta severidad.

—¡Bah! si fuera uno á creerlo todo.

—¡Oh! pues no lo dudes.

—Debo creerte, Eugenio, porque me parece que jamás te

he dado motivo para que hoy uses reserva alguna conmigo.

—De ningun modo; y eso te probará que no necesito echarme en brazos del fingimiento.

Te lo juro por la sagrada memoria de nuestra madre. No soy el que era, no puedo ya serlo.

—¿Es decir que no has vuelto á su casa segun eso? replicó Sebastian, abandonando por completo el tono chancero.

—¿A casa de quién?

—De Armanda.

—No he vuelto á poner allí los piés.

—De manera que si me lo aseguras con tanta formalidad, habré de creerte.

—Es que no debes dudarlo.

—¡Oh! pues tú en mi caso no sé lo que harias.

—No te comprendo.

—Me explicaré. No hace aun hora y media que han venido á buscarte.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Y quién?

—Un lacayo de casa de Armanda.

—Sebastian, si es broma no la lleves más léjos.

—Hablo en sério.

—¿Y dices que....

—Que te ha venido á buscar de su parte.

Contesté la verdad, que no estabas, y que si queria dejar algun recado, se cumpliria.

—¿Y qué dijo?

—Que le habia encargado la señora, que en caso de no

hallarte, dejara dicho que en el momento que volvieras marchases á verla.

Eugenio permaneció en silencio no poco admirado.

¿Qué podria querer Armanda? ¿Iria á proponerle un nuevo crímen?

Ante semejante idea palideció de una manera intensa.

Sebastian, que le observaba atento, siguiendo todos sus movimientos, advirtió con sorpresa que de pronto el semblante de su hermano se iluminó con una especie de satisfaccion suprema.

Una sonrisa extraña asomó á sus labios; despues, como si se hallara solo, como si hablase consigo mismo, exclamó:

—¡Sí, no tiene duda, no puede ser otra cosa!

—¿Qué dices? interrumpió Sebastian con curiosidad.

—Nada, nada, ya lo sabrás más tarde.

Ahora voy á ver qué quiere esa señora.

—¡Hola! te decides, ¿éh?

—¿Y qué he de hacer?

—Es verdad, las señoras.... ¡Oh! amigo, con las señoras es menester guardar toda clase de atenciones.

—Sebastian, tus palabras me hacen daño; ¿qué quieres decir con esa ironía.

—Hombre, yo nada, ni una palabra.

Tu proceder obrando así, me parece muy natural.

—Vuelvo á decir que debo hacerlo.

No creas que tardarás en saberlo.

—Ya sabes que no soy curioso. Unicamente deseo que huyas de cierta clase de compromisos.

—Pierde cuidado.

—¿Quieres algo? ¿Te acompaño?

—Nó; me parece que tardaré poco en dar la vuelta.

—Pues vé y aquí te espero.

—Harás mal, porque puedes aburrirte.

—No te cuides de mí y vete.

Calma y mucha prudencia, Eugenio.

—Descuida. Ya sabes que tengo acreditado que sé hablar y que cazo algo léjos.

—¡Húm!

—¿Qué?

—Eugenio se degenera; no olvides esto.

—Por abjurar del mal, nunca.

—Bien, bien, no insisto.

Ya sabes que te aguardo.

—Como quieras.

Diciendo así, Eugenio volvió á tomar su sombrero y desapareció.

Diez minutos despues se hacía anunciar en casa de Armanda.

CAPITULO VII.

Continuacion del anterior.

Así que quedaron solos, y despues de los primeros cumplimientos, la mujer de Estebanez, en cuyo rostro permanecian impresas las marcadas huellas de una rabiosa desesperacion, comenzó así con su acostumbrada energía:

—Ante todas cosas, amigo Eugenio, yo necesito saber si estoy hablando con el amigo de siempre.

—Señora, sin duda alguna.

—Le creo á usted, porque en realidad no hay motivo para otra cosa.

—Es verdad.

—Pues bien, yo necesito del auxilio de usted.

—¿De mi auxilio?

—Sí, y como nunca.

—Hable usted, señora.

—¿Puedo contar con él?

—Como es de mi obligacion.

—Gracias, amigo mio: le estoy sumamente agradecida.

—Señora, no me confunda usted, replicó Eugenio haciendo una reverencia.

Explíquese, pues ya escucho impaciente.

—Pues bien, Eugenio, sepa usted que me encuentro en una posicion terrible, peligrosísima.

—¿Cómo así?

—Juzgue usted.

Mi marido no ha muerto.

Eugenio, que estaba viendo llegar semejante noticia, se habia preparado convenientemente.

Fingió tan bien la duda y la extrañeza, que aun cuando Armanda hubiera tenido alguna razon para estar alerta, cosa que no sucedia, hubiese caido en la red.

Eugenio decia bien: quien del mal abjura, solo para él degenera.

—Pero señora, ¿es posible? habia exclamado.

—Por desgracia, sí.

—¿Y usted misma le ha visto?

—Hace dos horas estaba ahí, al lado de donde usted está.

—¡Oh! pues eso es sumamente grave, señora, y es menester pensar en ello con mucha detencion.

—Pero con energía y pronto.

—Abundo en la misma idea.

—Pues bien, ¿qué cree usted que debemos hacer?

Ello es que de cualquier modo hay que inutilizarle; esto ha de ser el resultado.

—Nada, pues, explane usted su deseo.

Si tiene ya plan formado, veamos en qué consiste.

Ello es que debemos ir al mejor acuerdo.

—Indudablemente, pero nada medité aun, porque como

le he dicho, apénas he tenido tiempo para llamar á usted.

—Bien, todavía no es tarde.

—Ya lo creo. Mire usted, lo mejor será que sin consultarme, ponga en práctica lo que mejor le parezca.

—Eso de ninguna manera, se apresuró á decir Eugenio.

—¿Y por qué, si yo tengo la mayor confianza?

—¡Ah! no importa, son cosas estas muy delicadas....

—Vamos, acabe usted.

—En fin, yo no sé hasta qué punto querrá usted que llevemos el negocio, y ni me gusta quedarme corto, ni dar un paso más allá de lo que se me previene.

Armanda miró á Eugenio con persistente fijeza.

Este sostuvo la mirada con la mayor naturalidad.—

En su ademan, como en sus palabras, dejábase únicamente entrever la existencia de no atreverse á obrar por sí solo.

Armanda, sin embargo, prorumpió así:

—Eugenio, advierto una cosa.

—¿Y es?

—Que usted olvida que en esta cuestion, á la altura en que se halla, no le toca un papel secundario.

—El que usted me designe.

—Veo que no me expliqué con la mayor claridad.

—Señora....

—Seré más precisa.

—Me parece, amigo Eugenio, que el hallarse mi marido lleno de vida, contra lo que podíamos creer, es altamente trascendental para todos.

—Ya lo creo.

—Y que usted ha de estar en la firme persuasion de que

si su deseo es comenzar el capítulo de las venganzas, no ha de quedar eliminado de la lista.

—Señora, ¡quién lo duda! Por eso yo, atendiendo á la gravedad del caso, desconfio de mí, y desearé que vayamos á una y conformes.

Tengo siempre presente, que más ven cuatro ojos que dos; y en fin, señora, si una vez falló el golpe, no quiero exponerme á que ahora suceda lo mismo.

Armanda se tranquilizó.

Cuanto decia Eugenio era muy natural.

Además, no tenia razon para sospechar lo más mínimo.

Por lo tanto, despues de una breve pausa, continuó:

—Nada, nada, lo que usted dice es muy cuerdo, y me convenzo.

Bien merece la pena, en efecto, que procedamos con cautela; pues todo será suficiente.

—¿De manera que puedo llevar la cuestion al terreno que indiqué anteriormente?

—Diga usted lo que guste.

—Bien, así debe ser, porque entre nosotros, hoy más que nunca, fuerza será que reine la mayor franqueza en lo tocante á ese punto.

—Convenido.

—¿Usted quiere que desaparezca de nuevo el estorbo, ó solo....

—Nada, que desaparezca, pero de veras, interrumpió Armanda con rencoroso acento.

—Muy bien.

—¿Está usted conforme?

—En un todo.

—Pues veamos cómo ha de procederse.

—Bien; para eso, lo primero es que me diga cuanto sepa de lo que se propone, ó de lo que entre ustedes haya mediado y que pueda yo saber, porque se roce con nuestro propósito.

En primer lugar, ¿sabe usted dónde vive?

—Nó.

—¡Malo!

—Pero lo sabremos muy pronto.

—¡Ah!

—Mandé un criado en su seguimiento.

—Perfectamente. Señora, empiezo á augurar bien acerca de los resultados.

Eugenio dijo esto con una alegría, que esta vez no era fingida.

Armanda, dejándose llevar de este influjo, exclamó con ímpetu:

—¡Oh! ¿verdad que acabaremos esta vez para siempre?

—Sí, señora.

Empeño mi palabra de que así ha de suceder.

—Cuidado, Eugenio, no confie usted demasiado.

—¡Oh! como yo viva, puede usted estar segura que esta cuestion no me ha de dar otra vez malos ratos.

Y si no al tiempo.

—Sí, pero observe usted una cosa.

—¿Qué, señora?

—Que sea lo que quiera lo que hayamos de poner en planta, no hay que olvidar una circunstancia que ha de ejercer no poca presion para decidir un plan.

—¿Y cuál es?

—Que solo hay tiempo hasta mañana para resolver.

—Señora, eso es imposible.

—¿Lo cree usted así?

—Estoy seguro de ello.

—Pues es fuerza vencer ese imposible, nos importa mucho.

—Más debe importarnos el que pueda fracasar nuestro intento, si obramos con tanta precipitacion.

Si le parece á usted, haremos una cosa.

—¿Cuál?

—Esto suponiendo que, como decia á usted ántes, me encargue yo de idear un proyecto.

—Y así debe ser.

—Pues entónces voy á encerrarme en casa, porque jámas medito bien sino en la soledad.

—¿Pero no espera usted á mi criado?

—¿Para qué?

—Para saber dónde vive.

—No hace falta, y á eso precisamente iba yo á parar.

Mándele usted á decírmelo en cuanto venga.

—Corriente.

—Entónces, añadió Eugenio levantándose, adios, señora, voy á aprovechar el tiempo.

—Pero y yo ¿cuándo sabré....

—Es muy posible que cuando yo vuelva esté todo hecho; sin embargo, lo dirá el plan que se me ocurra.

En fin, señora, confie usted en mi celo, pues estoy firmemente decidido á que lleguemos cuanto ántes á una solucion en negocio tan grave.

—Es verdad, Eugenio, en usted confio.

Obre en todo como mejor crea.

—Gracias, señora. ¿Me da usted su permiso? ¿quiere usted algo más ó puedo retirarme?

—¡Oh! sí, vaya usted con Dios.

—Señora, hasta muy pronto.

Eugenio hizo una profunda reverencia y salió del gabinete.

Armanda comenzó á tener esperanzas.

¡Pensó en las delicias de un nuevo y completo triunfo!

CAPITULO VIII.

Una alianza.

La infamia del marqués de Lézaro habia comenzado á dar fruto.

El coronel Olmedo fué la primera víctima.

Viejo y achacoso, no pudo resistir el rudo golpe que hirió su corazon de padre.

Al mes de haber llegado á Madrid, bajó al sepulcro.

Su excesiva confianza habia labrado la infelicidad de Amparo, y el desgraciado padre no tuvo valor para sobrellevar tanto infortunio.

¡Las dos hermanas eran huérfanas!

Amparo, cansada de suplicar á Julia que dejasen la córte, de tan triste memoria para ella, vivia en el más completo aislamiento.

Julio Alvareda, completamente desahuciado de aquella á quien tanto amó, huyó de Madrid desesperado, con la muerte en el alma.

Su hermano Fernando no quiso abandonarle.

Las dos hermanas ocupaban la casa de la calle del Arenal, que ya conocemos.

Julia, sin más aspiraciones ni otro deseo que el de su venganza, batallaba de contínuo en verla realizada.

Tanto no creia en la muerte del de Lézaro, que en más de una ocasion habia dicho á su hermana:

—Si tan cierto tuviéramos la felicidad como que no eres viuda, hermana mia, ya se habrian acabado nuestros tormentos.

No queriendo revelar á nadie sus propósitos, batallaba incesante por encontrar un medio que se los facilitase.

A nadie conocia en Madrid.

Su tarea no podia ser más ímproba y difícil.

Necesitaba asociarse con alguien que la ayudase.

Sola, no podia en modo alguno salir adelante con sus intentos.

Julia era una mujer excepcional.

Su alma se habia cerrado á todo sentimiento delicado y tierno.

En ella no se albergaba mas que un deseo; vengarse del marqués de Lézaro.

Devolverle dolor por dolor, golpe por golpe.

La muerte de su padre, el contínuo lloro de Amparo, no hicieron mella en su corazon insensible y duro.

En él todo era altivez indómita, todo soberbia.

Allí, en su misma casa habia encontrado un auxiliar en quien Julia reconoció excelentes cualidades.

Era un criado que pocos meses ántes habia entrado á formar parte de la servidumbre.

Le exploró con maña, y pudo ver que no se equivocó en su juicio.

Desde entónces mismo, es decir, á los tres ó cuatro dias del desafío de Alvareda con el marqués, comenzaron á trabajar de consuno.

La imaginacion de Julia, viva y despierta, le sugirió un recurso que ya veremos hasta qué punto fué útil y provechoso á sus deseos.

Volvamos á presentarla á nuestros lectores, y estos apreciarán la importante trascendencia de los maquiavélicos proyectos de la jóven.

Estamos en su gabinete.

Julia se halla sentada junto al balcon.

Enfrente de ella, de pié y á una distancia respetuosa, el criado de su confianza.

Acaba de entrar y espera que le interrogue su señorita.

A pesar de que su actitud era hasta humilde, echábase de ver en el jóven criado una inteligencia poco comun y una astucia y viveza por demás recomendables.

—Vamos á ver, Nicolás, ¿cómo sigue el marqués?

—Muy bien; hoy se ha levantado por primera vez.

—¿Y Concha?

—¡Oh, contentísima!

—¿Cómo? interrumpió Julia con seriedad.

—Diré á usted, señorita; he usado esa palabra para demostrar que tanto ella como yo, vemos que va saliendo todo á medida de nuestro deseo.

—¿Es decir que el marqués....

—La adora.

—¡Oh, magnífico!

—Sí, pero ahora surge una dificultad, señorita.

—¿Sobre qué?

—Acerca del éxito.

—¿Pues no dices que está enamorado?

¿Es que no ha sabido sostener bien su papel, ó que cometió alguna imprudencia?

—Ni lo uno ni lo otro.

Quisiera que la viese usted, señorita; parece imposible.

Yo me admiro de su fingimiento tan igual y tan sostenido.

—Pues entónces....

—Es que donde ménos se piensa, surge el peligro.

¿Usted conoce á Pedro, el criado del señor marqués?

—Sí. ¿Y qué?

—Señorita, si parece imposible, continuó el criado con una desesperacion que no tenia nada de fingida.

—Pero acabarás.... ¿Qué es ello, de qué nueva dificultad quieres hablar?

—De que ese hombre se ha enamorado de Concha.

—¿Qué dices?

—Señora, la verdad.

—Nicolás, entónces hay que tomar una resolucion.

Tenemos que estar muy prevenidos.

Pero dí, ¿ha indicado á Concha....

—Hasta ahora, nada.

—¡Oh! eso me tranquiliza en parte; es señal de que no la conoce, de que todo lo ignora.

—Sí, pero no olvidemos, señorita, que así y todo no estarán de sobra las precauciones.

Es un hombre solapado y muy temible en todos conceptos.

—Lo sé.

—Hasta ahora no ha habido otra cosa que ligerísimas insinuaciones, miradas; en fin, que es un hecho, yo respondo, señorita.

Creo á Concha bajo su palabra, porque yo la conozco bien.

De no existir tal cosa, no habria ido á escoger este medio para dar más mérito á sus servicios.

—¿Pero ella está segura?

—Hasta la evidencia.

—¿Y con respecto al marqués, tambien....

—¡Oh! en más si cabe. Verdaderamente enamorado.

—Pues entónces, puede hacer una cosa.

—Diga usted, señorita.

—Que empiece á indisponer á ese Pedro con su amo.

—Ya lo está haciendo por indicacion mia.

Supuse que esto era lo inmediato.

—Perfectamente.

—¿Quiere usted algo más, señorita?

—¿Cuándo has quedado en volver?

—Ya bien de noche, como siempre.

—Pues no te vayas sin verme.

—Está muy bien.

—Adios, puedes retirarte.

Nicolás saludó; y ya iba á salir del gabinete, cuando volvió hácia Julia, exclamando:

—Ay, señorita, olvidaba....

—¿Qué?

—Que ya me ha dado Concha la llave que encargamos.

—¿Y nadie se apercibió?

—Absolutamente.

—Muy bien, déjala sobre el velador y vete.

Hízolo así el criado, y se alejó cerrando tras sí la puerta.

Cuando Julia quedó sola, abandonó el sillon que ocupaba, tomó la llave y la guardó en su bolsillo.

En seguida, en voz baja y trémula y con una expresion indefinible, prorumpió:

—¡Marqués, se acerca la hora, pronto nos veremos!...

CAPITULO IX.

En casa del marqués.

Volvamos á la calle de los Dos Mancebos.

La estocada que recibió el de Lézaro en su desafío con Julio Alvareda, le tuvo á las puertas del sepulcro.

Cuando le vemos de nuevo, se hallaba en plena convalecencia.

Pedro, su ayuda de cámara, sin dejar de cuidarle con el más exquisito esmero, comprendiendo que la curacion iba á ser larga, procuró amueblar la casa cual correspondia.

Así fué, que cuando el marqués pudo abandonar el lecho, notó con agradable sorpresa que no tendria que echar de ménos las comodidades á que se hallaba acostumbrado.

Al penetrar nosotros en el gabinete, el de Lézaro, indolentemente reclinado en su divan, entreteníase con la lectura de un libro.

Sin embargo, cualquiera, al observarle, habria podido

conocer que su imaginacion se hallaba muy léjos de concentrarse en aquella.

De cuando en cuando alzaba su cabeza y fijaba su vista en un punto, permaneciendo así no poco rato.

A veces una sonrisa extraña y sesgada venía á suspender su inmovilidad.

Despues, de una manera vaga y maquinal volvia á ocuparse del libro.

A tal punto llegaba su distraccion, que no se apercibió de que estaba oscureciendo, y que desde el lugar donde se sentó era imposible distinguir el contenido de las páginas que recorria.

De aquella atonía real ó aparente vino á sacarle el ruido que hizo al abrirse la mampara del gabinete.

Era su criado Pedro.

—Señor, exclamó adelantando, ¿qué tal de fuerzas esta tarde?

—Bien.

—¿Es decir, que hoy es el cuarto dia que nos vemos libres del recargo?

—Efectivamente.

—Segun eso, el médico....

—Dice que ya solo es cuestion de tiempo.

Faltan fuerzas, y nada más.

—Magnífico, señor; entónces quiere decir que ya podemos hablar.

—¡Quién lo duda!

¿Tienes algo que decirme?

—Sí, señor, mucho.

—Vamos, pues habla lo que quieras.

—En primer lugar, que espero de usted la complacencia de dignarse contestar á una pregunta que me atreveré á hacer, si es que me lo permite.

—Permitido; pregunta lo que quieras, replicó el marqués con indiferente sonrisa.

—Pues allá va.

Señor, la tristeza que en usted advierto, ¿es consecuencia del mal, ó tiene otra causa?

—¿Cómo mi tristeza? Yo no estoy triste, Pedro.

—¡Báh!

—¿Lo dudas?

—Ya lo creo que sí. ¿Pues qué no le conozco yo á usted? Es más, señor, creo, y perdone usted si le ofendo, que nada tiene que ver la estocada en el asunto.

—¿Lo crees tú así?

—Vamos, señor.... Y si alguna duda tuviera, esas mismas palabras me la desvanecerian.

En otro tiempo, si hubiese usted encontrado una impertinencia en mis palabras, habria sabido atajarlas de muy buena manera, y en otro caso, marchando derecho al asunto, tengo, señor, la evidencia de que....

—Pues bien, Pedro, interrumpió el de Lézaro con cierto desaliento, tienes razon, yo no sé qué tengo.

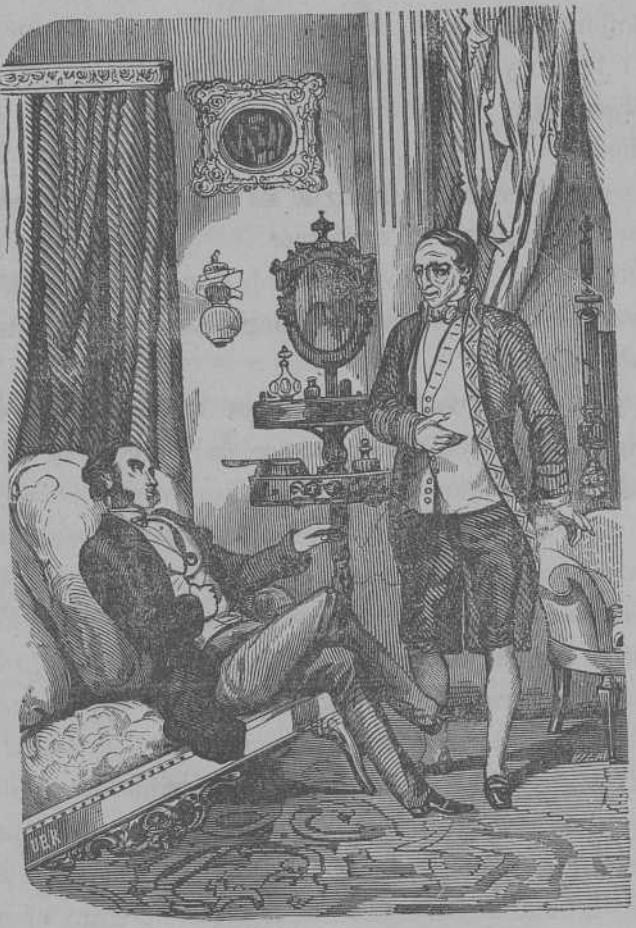
Existe en mí una languidez especial.

¿Será que con la sangre que he vertido huyó de mí la antigua energía?

Yo mismo no lo sé.

Estoy desesperado....

El marqués, al decir estas palabras, no miraba á su criado.



¡Pero señorito, no hay razon para desesperar todavía!

Parecia hablar consigo mismo.

El astuto ayuda de cámara le contemplaba con el ceño fruncido.

Despues de un breve silencio, este exclamó así:

—Señor, hace usted muy mal.

—¿Y tengo yo la culpa?

—Sí, señor.

—¡Pedro!

—Lo dicho, señor, y sentiria en el alma que usted viese en esto atrevimiento, y nada más.

Vamos á ver, yo creo adivinar lo que pasa.

Usted, sin duda alguna, ha llegado á figurarse que va á estar siempre así.

Pero señorito, ¡no hay razon para desesperar todavía!

¡Oh! siempre tendremos ocasion de vengarnos.

Tengo oido que perdiendo se aprende; y yo aseguro, señor, que en adelante sabremos obrar con más cautela.

Vamos, cuando pienso....

—Tienes razon, Pedro, has acertado.

Eso es lo que me pasa.

Duda siempre, duda de todo.

—El desaliento se vence, señor.

—¿Lo crees así? ¿Verdad que es imposible que yo haya degenerado hasta ese punto?

—¡Señor!

—¡Esta idea me desespera! Pedro, si me llegará á convencer de su exactitud, me mataria.

—¡Qué poco nos conocemos, señor! Esas mismas palabras están indicando que es usted el mismo.

Lo único que le falta es respirar con más libertad, dejar

este encierro y lanzarse de nuevo y como siempre en el torbellino del mundo.

Y vamos, señor, en lugar de desesperarse debia usted estar muy contento.

—¿Por qué?

—¡Vaya! ¡pues así que ha escapado de mala!

—Es cierto.

—¡Oh, ninguno podemos tener queja!

¡Y qué cosas suceden en la vida!

¡Hay realidades que se tocan y más parecen sueños!

—¿Por qué dices eso?

—Por la hermosa enfermera.

—¡Oh, es verdad!

Pedro, continuó el de Lázaro con cierta exaltacion, que no pasó desapercibida al criado, ¿verdad que esa niña es un ángel?

—Usted lo dice, señor.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Cuidado, Pedro, cuidado con disertar sobre este punto con la misma profundidad y franqueza que lo has hecho de mi tristeza.

—Descuide usted, señor, replicó el ayuda de cámara con frialdad, sé obedecer.

—¿Es decir, tronó el marqués indignado, que solo la obediencia te hace callar?

—¡Señor!

—¡Responde!

—No puedo hacerlo.

—¿Que no puedes?

—Así es.

—¿Y por que?

—Porque si hablo desobedezco su prevencion anterior.

El marqués no replicó.

Pedro, sin menearse, aguardó en silencio, decidido á no romperle por ningun concepto.

El de Lézaro, con más serenidad y calma, aunque con severo acento, exclamó:

—Mira, sábelo de una vez para siempre y no lo olvides, si quieres continuar en mi aprecio; jamás uses reticencias ni apeles á enigmas.

Cuando te pregunte, contesta; pero de una manera explícita y terminante.

—Muy bien, señor.

—Pues ahora que estás enterado, responde.

Pedro hizo un ademan como indicando que se hallaba dispuesto.

Habia previsto lo que oia, más aun, lo deseaba y lo habia provocado.

El marqués continuó así:

—Yo te conozco hace mucho tiempo, y sé que en este momento hay algo que te preocupa.

Dí, sea lo que quiera.

—Pues bien, tiene usted razon, señor.

Sin su deseo tal vez no me atreveria á explicarme con la claridad que voy á hacerlo.

Hay cosas de suyo tan graves, que no siempre deben ser tratadas por un criado, por más que este se lisonjee del inmerecido afecto que le profese su amo.

Pero usted me lo manda, y al obedecer desahogo mi corazon de un peso enorme.

La tristeza que en usted advierto me asusta, porque sé la causa que la promueve, y creo adivinar lo que nos ha de traer consigo.

Me expresé mal, no adivino, obedezco á una supersticion y tengo miedo.

El marqués miró á su criado con verdadera y profunda admiracion.

En aquel momento crecia á sus ojos.

¿Habria leido en su corazon?

Esto es lo que iba á saber muy pronto.

—Pedro, exclamó con una entonacion entre grave y afectuosa, te interrumpo únicamente para decirte que prescindas en un todo de la distancia que nos separa.

El principio de tu relato es grave, y sentiria que por consideraciones de obediencia ocultaras algo en tu pecho.

Ahora somos dos amigos y nada más.

Continúa, estoy atento.

—Gracias, señor; procuraré corresponder siempre á tantas deferencias como se digna guardarme.

Decia ántes, que tenia miedo del mañana, y es verdad.

Hay en esto mucho de egoismo por mi parte; yo le encuentro muy natural, no sé si lo será.

Los males de usted me causan daño, y en la realizacion de sus proyectos pongo y he puesto siempre el mismo interés que si fueran mios propios.

Su carácter de usted me hizo sufrir mucho al principio; tanto, que creí muy seguro el que no pasaríamos juntos muchas navidades.

Despues, no me explico el cómo, pero es lo cierto que mi genio, altivo y terco tambien, supo plegarse para con

usted ante un sentimiento que le dominó por completo.

Este sentimiento se llama afecto, cariño, y yo debo llamarle del mismo modo.

Digo á usted esto, señor marqués, para que comprenda mejor que el interés que me tomo en cuanto lo concierne, no puede ser más natural.

Al hacerlo así, obro en beneficio mio.

Desearle que sea felíz, es desearlo para mí.

Sentado esto, vengamos á lo principal.

Señor, la tristeza que en usted advierto no reconoce por causa lo que ántes me dijo.

Se engaña usted á sí mismo si tal cree.

Esa tristeza tiene otro orígen.

Acaso por primera vez en su vida se encuentra usted enamorado.

—¡Pedro!

—Señor, no me equivoco, insistió este con cierta entereza.

Al hacer ese descubrimiento, ha querido usted retroceder acaso, ha tenido usted miedo.

De ahí esa tristeza que no sé hasta dónde puede llevarle.

¡Esto es verdad!

Antes, ahora mismo leo en su corazon como podria hacerlo en un libro.

Sin embargo, continuó el taimado Pedro variando de tono y en actitud casi humilde, si usted me dice que nada he podido leer, que me equivoco, lo reconoceré así: entónces será que todo esto no ha tenido otra causa que mi excesivo celo y mis temores.

—Nó, prorumpió el de Lézaro despues de una breve pausa, ¡no te has engañado, Pedro, leiste bien!

—¡Ah señor, cuánto más hubiera querido engañarme!

Dios sabe las consecuencias que tan triste acontecimiento traerá en pos de sí.

Escucha, exclamó de nuevo el marqués con gravedad, ántes te dije que podias hablar de la misma manera que si fuéramos dos amigos.

Me consta la sinceridad de tu afecto, y por esto, al hacerlo así, no he creido concederte demasiado.

En vista de esto, me has hecho ver el resultado de tus observaciones, y mi contestacion ha sido confesarte que diste con la verdad.

Ahora se trata de otra cosa, y voy á interrogarte.

Espero serás tan franco como hasta aquí, ¿no es eso?

—En el caso presente, señor, al punto que hemos llegado, por nada dejaria de serlo.

—Pues bien, oye ahora, y ve contestando á las preguntas que voy á hacerte.

¿Por qué auguras tan mal de este amor que comienza á brotar en mi alma?

—Porque ha de traer su infelicidad.

—¡Pedro!

—Obedezco, y nada más, señor.

—¡Oh! pero no basta eso.

¿Crees que yo puedo conformarme á esa explicacion sibilítica y vaga?

Nó, necesito razones, y espero me las des; de otro modo, aun á pesar mio, dudaria de tí, dudaria de ese afecto que manifiestas profesarme.

—Señor, exclamó Pedro, las daré.

Lo dije ántes, ya no es tiempo de retroceder.

He dicho que me dolia de ese amor, porque la persona que le causa es indigna de él.

—Tengo esa evidencia.

—¡Pruebas! replicó el de Lézaro con voz terrible, ¡pruebas de eso, ó ay de tí!

—Las pruebas tal vez no se aprecien por usted como deben serlo.

—¿Por qué si son ciertas?

—Porque usted no ve en el asunto con la frialdad que yo.

Señor, la verdad, esa mujer no es lo que parece.

Es indigna de inspirar un amor verdadero, estoy de ello seguro, me atreveria á jurarlo.

El rostro del ayuda de cámara, al decir estas palabras, se hallaba transfigurado.

El calor del entusiasmo, la profunda conviccion que de él parecia brotar, y que no era otra cosa que una decision de antemano preconcebida, daban tal aspecto de verdad á sus palabras, que el marqués, en el primer momento, ni siquiera acertó á contestar.

¿Podria equivocarse un hombre que hablaba con tanta fé?

No era de suponer por lo ménos.

Además, ¿qué otra cosa puede guiar á este hombre, decia el de Lézaro, que el interés más afectuoso?

Esto era indudable.

Sin embargo, por un fenómeno inexplicable, el marqués amaba con toda su alma.

No de la manera que amó á Julia, por la cual habia llegado á sentir un deseo rabioso, sino con ternura, con intensa pasion.

El verdadero amor no causa daño.

Si el marqués hubiese amado á la hija del coronel Olmedo, de seguro que no habria abusado de su fuerza ejerciendo sobre ella la infame coaccion de que tenemos noticia.

Verdad es, refiriéndonos á las palabras que acababa de pronunciar el ayuda de cámara, que en el primer momento, al oirlas, sintió alzarse en su alma el vivo fuego de la indignacion.

Le hacian daño.

Despues se calmó.

No podia dudar de la bondad de las intenciones de su criado, y quiso que continuara.

Era preciso oir los fundamentos en que apoyaba su opinion.

—Pedro, exclamó por fin, continúa, espero de tu generosidad que no continuarás sin probar lo que has dicho.

¿Por qué es indigna de mí?

—Señor, replicó el criado, que ya no pensaba detenerse por ningun género de consideraciones, ¿usted qué juicio puede formar de una jóven, á pesar de su apariencia de candor, que se presenta en una casa á ser enfermera?

¡Y en una casa como esta en que no hay más que dos hombres!

¿Qué la mueve á semejante olvido de todas las conveniencias en una edad tan tierna como la suya?

¿Ha sido una penitencia que se impuso?

Si es así, grande debió ser el pecado; esto es natural.

¿Es por el contrario vocacion?

¿Qué padre tiene que, sin apartarla de ella, no la guiase

por el camino recto, apartando de sobre su cabeza los tiros del qué dirán?

Señor, dicen que el amor y el dinero no pueden estar ocultos.

Usted es inmensamente rico, tiene un título, y es muy fácil que, como hoy no se rinde culto mas que al becerro de oro, sea esa una de las mil asechanzas que diariamente se ponen en juego por los que tienen deseo inmoderado de hacer negocios lucrativos.

Podré equivocarme, continuó el taimado Pedro viendo con alegría que sus palabras causaban efecto en el marqués, pero crea usted que las presunciones corroboran cuanto he dicho.

Vea usted lo que hace, señor.

Antes de que el marqués pudiera replicar una palabra, un golpe dado con suavidad á la puerta vino á interrumpir su interesante conversacion.

—¡Ahí está! exclamó el de Lézaro, cuyas mejillas se tiñeron de un ligero carmin.

Retírate, luego continuaremos.

Haz que pase, y vete.

Pedro, lleno de ira por aquel incidente que le privaba de continuar cuando veia la cuestion en el mejor estado, sin decir una palabra se retiró haciendo una profunda reverencia.

CAPITULO X.

El cantar de la sirena.

Al salir Pedro, tuvo que dejar paso á la persona que habia interrumpido su conversacion.

Era la misma de quien se habian ocupado.

La enfermera del marqués de Lézaro.

Aquella Concha á que se referian Julia y el criado Nicolás.

Era una criatura hermosísima.

Blanca como la nieve.

De ojos y cabellos negros como el azabache.

Al atractivo de sus encantos uniase otro de no ménos valor, que realzaba su belleza de una manera imponderable.

Nos referimos al exterior tranquilo, pudoroso y humilde que se irradiaba de sus miradas, de todo su rostro.

Podria tener veinte años, pero apénas representaba diez y seis.

Su traje no desmentia el candor que de ella parecia emanarse.

En una palabra, no era extraño que el marqués se hubiese enamorado como nunca.

—¿He venido á incomodar, señor marqués? exclamó con voz armoniosa y tranquila.

—¿Usted, Concha? ¡Nunca!

—Muchas gracias. Vengo á despedirme.

—¡Cómo!

—Sí: el médico nos ha asegurado que no hay género alguno de temor acerca de que vuelva la calentura, y que está usted ya en plena convalecencia.

El marqués no acertó á añadir una palabra.

Habia palidecido horriblemente.

La jóven, que se sentó frente al de Lézaro, esperaba tambien en silencio.

Por fin aquel exclamó:

—Es verdad, Concha, ¡no habia pensado que esto iba á tener un término más ó ménos largo!

¡Oh! ¡por qué no sigo postrado en el lecho!

—¡Marqués!

—Perdone usted, Concha, replicó el marqués con triste sonrisa, hay ocasiones en que se desatina.

¡En que no es uno dueño de sí mismo!

—Marqués, exclamó la jóven, como si tratara de dar un nuevo giro á la conversacion, voy á atreverme á pedir á usted un favor.

—¡Un favor á mí!

—¿Qué?

—¡Hable usted, Concha, hable usted!

—Nó, puedo detenerme aun, y no pedirle, contestó la jóven sonriendo.

—¡Oh! ¡por Dios, no interprete mi asombro de ese modo!

—¿Pues cómo?

—En el sentido de que usted no tiene sino mandar.

—¡Oh! gracias, señor marqués.

Pues bien, alentada con esas palabras, me atreveré á continuar.

No es muy aventurado asegurar que no hemos de volver á vernos.

Usted se debe al gran mundo, y yo á la pobreza.

Mis padres necesitan de mí, y harto he hecho con olvidarlos tanto tiempo.

Pues bien, señor marqués, el favor es el siguiente:

Si oye usted narrar sucesos extraordinarios y refiere por su parte, que sin conocerla tuvo una niña de enfermera, concluya asegurando que una fuerza invencible la obligó á ello.

Que un secreto que no puedo revelar, pudo tener fuerza bastante para que una jóven como yo, sin haber salido nunca de junto á sus padres, fuese á cumplir semejante penitencia.

Y por fin, que supo hacerse superior, y que no se apartó de su lado hasta que hubo desaparecido todo peligro.

Ahora, señor marqués, quisiera saber si, lo que no dudo, cumplirá este deseo de mi corazon, si es que cree lo merezco.

El de Lézaro, durante la relacion de la jóven, pareció hallarse pendiente de sus labios.

La actitud ruborosa de la hermosa niña, sus hermosos ojos ligeramente inclinados al suelo, el sonrosado carmin que cubria sus mejillas, todo venía á aumentar sus encantos, contribuyendo á enloquecer más y más al ya enamorado marqués.

En aquel momento no pudo ménos de acordarse de lo que habia hablado con su ayuda de cámara.

¡Cómo figurarse lo que acababa de oir!

Aquella niña debia ser un ángel.

Pedro se habia equivocado.

El marqués pensó todo esto, y casi sintió remordimientos por haber escuchado á su criado.

Impetuoso, ardiente y enamorado, exclamó así:

—Concha, ántes de nada contestaré á su pregunta.

Siempre y en todas partes diré que un ángel veló junto á mi lecho y me dió la vida.

—¡Oh, señor marqués!

—Sí, hermosa niña, un ángel del Señor que vino á endulzar mis amarguras.

Que supo dar calor á mi alma, fria y excéptica.

Concha, yo tambien tengo que pedir á usted un favor.

—¿A mí?

—¿Me le negará usted?

—¡Oh! pudiendo yo....

—¡Quién lo duda!

—Pues bien, diga usted.

—Que no me deje tan pronto, que no se vaya de mi lado.

—¡Oh! eso es imposible.

—¿Imposible? replicó el marqués con desaliento.

—Sí, señor.

No he venido aquí mas que obedeciendo á poderosísimas razones, en las que estriba mi secreto, y miéntras su dolencia de usted lo exigiese.

Esta ha cesado ya, y debo marchar.

La mision ha concluido.

—¡Oh! ¿y acaso dirá usted que blasfemo si maldigo en este momento el haber vuelto á la vida?

¿Para qué me sirve la salud del cuerpo, si queda el alma herida de muerte?

¡Oh! por piedad....

—Señor marqués, no continúe usted, replicó la jóven con afectuosa al par que digna entonacion, porque sus palabras me hacen daño.

—¿Y por qué, si son dictadas por el más puro sentimiento?

—Usted, debo hacerle esa justicia, no ha reflexionado bastante sobre ellas.

—¡Concha!...

—No puede ser de otro modo.

—No acierto....

—Estamos en su casa de usted, y....

La jóven se detuvo al decir esto, y bajó los ojos con cierta confusion.

El de Lézaro no acertó á replicar palabra.

Aquella continuó así:

—¿Ve usted como no habia reflexionado?

Vaya, señor marqués, adios....

—¡Oh!....

—Hasta cuando Dios quiera.

—Pero qué, ¿no volveremos á vernos? se atrevió á decir el de Lézaro con tembloroso acento.

—Tal vez.

—¡Oh! sepa yo de usted, Concha. Sepa dónde podré buscarla.

—Pues bien, sabrá usted de mí.

—¿Cuándo?

—Yo se lo mandaré á decir.

—Pero....

—Empeño mi palabra. Hasta tanto, adios otra vez.

Animo y confianza.

En seguida, y sin dar tiempo al marqués á que pudiera contestar lo más mínimo, desapareció del gabinete, cerrando tras sí la puerta.

El de Lézaro no hizo el menor movimiento.

Palideció mucho más que lo estaba, y llevando ambas manos sobre su corazon, como si quisiera contener sus latidos, dejó caer su cabeza sobre el respaldo del divan, profundamente desalentado.

CAPITULO XI.

Un antiguo conocido.

Desde que Gabriel, el hijo natural del marqués de Lézaro, se separó de sus amigos los hermanos Alvareda, hasta el momento en que de nuevo vamos á ocuparnos de él, ocurrieron graves acontecimientos.

Despues de haber despedido á Julio y á Fernando, que se alejaron de Madrid con el firme propósito de no volver, vió con hondo sentimiento que su hijo, en pocos dias, se halló á las puertas de la muerte.

Cuantos sacrificios hicieron los afligidos padres, fueron completamente inútiles.

A los catorce dias de la aguda enfermedad que contrajo, cerró sus ojos para siempre.

En los dos esposos fué el dolor inmenso, terrible.

Matilde era madre, no hay para qué decir hasta qué punto llegaria su sentimiento.

Gabriel, en su honda pena, dejó traspirar su carácter.

Su desesperacion fué increible.

Olvidándolo todo, religion, deberes y conveniencias sociales, comenzaron á brotar de sus labios sacrílegas maldiciones.

Su pobre compañera debia sufrir aun pruebas terribles.

La pérdida de su amado hijo llenó de luto su alma.

Gabriel se propuso aumentarle.

Pasados los primeros arrebatos, durante los que rechazó iracundo y terrible cuantos consuelos se le prodigaban, hosco y sombrío se entregó á los mayores excesos.

Matilde, siempre tierna y bondadosa, procuró atraerle con dulzura.

¡Todo inútil!

Entró de lleno en la más licenciosa vida.

Rechazada la infeliz esposa de una manera casi brutal, se limitó á llorar sus desventuras.

Gabriel, para ahogar su impotente soberbia, su rabiosa desesperacion, buscó una calma, cada vez más imposible, en el bullicio y el estruendo de los placeres.

Así pretendió olvidar.

Cuanto más aumentaba su extravío, mayor se hacía el grito de su conciencia.

Queria no oirle, y para ello, ¡ilusion loca! desatentado y ciego, como poseido de un vértigo, más y más se encenagaba en locos excesos y en ruidosas orgías.

En muy poco tiempo, en unos cuatro meses, derrochó la mayor parte de aquel nuevo capital que habia sabido formarse y que comenzó á aumentar con tanto juicio como laboriosidad.

Matilde, cuando vió que eran inútiles cuantos medios

empleó para persuadirle, echóse en brazos de la resigna cion.

Pedia al cielo sin descanso iluminase á su marido haciéndole volver á la buena senda.

Tuvieron que dejar la casa de la calle de Atocha.

Gabriel, ni siquiera dirigia la palabra á Matilde.

Solamente cuando tomó un pobre cuarto interior en la calle de la Encomienda, dejó las llaves juntamente con las señas de la casa, ordenando con acento breve y duro que se hiciera la mudanza inmediatamente.

A la verdad esto no era muy difícil, porque casi todos los muebles los habia ido vendiendo Gabriel y derrochando su importe.

Volvieron, pues, á la miseria.

Matilde se habia propuesto ya sufrir en silencio, y aceptaba tan rudas pruebas como una penitencia.

Sola dia y noche, amparábase con el recuerdo de su hijo, y en él buscaba un lenitivo á sus sufrimientos.

Cuanto pasaba en aquella casa llegó á saberlo un hombre.

Este era don Damian Fernandez.

Nos es suficientemente conocido para que tengamos que esforzarnos en probar estos dos extremos.

Odiaba á Gabriel con toda la energía de su alma, negra é infame como la de Satanás.

Y como consecuencia de esto, se habia propuesto vengarse de él, que supo destruir sus planes una y otra vez.

A este propósito, con una paciencia infernal, verdaderamente incomprensible, habia aguardado la ocasion.

Con una prudencia muy natural en su hipocresía, supo

acecharle de continuo, y se halló siempre al tanto de su situacion.

Cuando le vió encenagarse en el vicio, sintió un placer inexplicable.

El momento se acercaba.

Don Damian no podia perdonar al jóven dos cosas.

Una, no ser rico por su causa.

Otra, haberle quitado la máscara, haberle conocido tal cual era, cosa que nadie hizo, que nadie habia adivinado sino Gabriel.

El hipócrita se sintió herido en su orgullo.

Un niño llegó á conocer su juego.

Su talento, su diabólica astucia, su hipocresía, en fin, se sublevaron.

¡Era preciso vengarse!

El desafío debia ser á muerte, ¡sin tregua ni perdon!

Ya no pensaba en ser rico.

Era viejo, y como, gracias á su buena maña, llegó á esquilmar siempre y en todas ocasiones al viejo marqués de Lézaro, aun sin lo que Gabriel supo arrancarle, tenia mucho más de lo que podia necesitar.

En su consecuencia, desistió sin gran esfuerzo del propósito de toda su vida.

—No puedo ya tener millones, se decia; soy viejo y viviré poco, lo paso más que regularmente, conque bien está San Pedro en Roma.

Hízose esta reflexion, y con gran filosofía desistió de sus soñadas grandezas.

En cuanto á vengarse, al contrario, habia jurado la ruina de Gabriel ó perecer en la demanda.

Veamos ahora cómo emprendió su campaña.

La hora habia llegado.

Gabriel dió la señal desde el momento en que olvidándose de todos los deberes, llegó á descender á la más repugnante abyeccion.

Don Damian, comprendiendo que las circunstancias no podian ser más favorables, formó su plan inmediatamente y se dispuso á ponerle en práctica.

CAPITULO XII.

Principia el combate.

A los tres dias de haberse mudado Gabriel á la calle de la Encomienda, don Damian, poco ántes de anochecer, salió de su casa y se dirigió hácia aquella.

En la esquina de la del Meson de Paredes habia un hombre parado.

Era el criado de don Damian.

Este, al afrontar con él, exclamó:

—¿No te has meneado de aquí?

—Nó, señor, ni un momento.

—¿Y ha habido novedad?

—Ninguna.

—¿Entónces ella estará dentro?

—Sí, señor.

—¿Y el otro?

—Salió hará unas dos horas.

—Perfectamente.

Mira, continuó en voz baja, yo voy á entrar en esa casa; tú vas á hacer lo siguiente, Miguel.

—Diga usted, señor.

—¿Sabes silbar?

—¿Cómo?

—¡Hombre, silbar! Qué ¿no me has entendido?

—Sí, señor, pero...

—En fin, ¿sabes ó nó?

—Ya lo creo que sé.

—Pues bien, entónces, en cuanto yo entre, te colocas á la puerta, y estás con mucho cuidado observando si alguien se acerca.

Si le vieras llegar, silbas todo lo fuerte que puedas y te pasas á la acera de enfrente.

¿Te has enterado?

—Sí, señor.

—¡Ah! una vez allí, me aguardas á que yo salga.

—Naturalmente.

—Excuso decirte, Miguel, que confio en tu vigilancia, y que tanto este servicio como los que vendrán detrás, han de serte muy bien recompensados.

—Señor, muchas gracias. Descuide usted, que yo me portaré en todo á su gusto.

—Ea, pues vamos andando.

—¡Ah! tú le conoces perfectamente ¿no es así?

—Ya lo creo, sí, señor.

—Bueno.

A ver cómo se presenta la cosa, añadió en seguida en voz baja, al mismo tiempo que echaba á andar.

Ella dará que hacer, pero en fin, lo difícil es lo que debe ganarse.

Así diciendo, llegaron al portal.

Don Damian se detuvo.

—¿Qué cuarto dices que es?

—Tercero de la izquierda.

—Bueno, pues hasta luego.

No olvides cuanto te he prevenido.

—Nó, señor, vaya usted tranquilo.

El criado se quedó en la puerta, y don Damian comenzó á ganar la escalera con lentitud.

Conocíase desde luego que meditaba sobre la manera de dar principio á la conversacion.

Una sonrisa extraña plegó sus delgados labios.

Dios sabe lo que pasaria por su mente.

Cuando llegó al cuarto de Gabriel, llamó con suavidad.

Una ventana pequeña comunicaba con el pasillo.

Matilde se asomó entre curiosa é inquieta, y vió á don Damian.

Marchó en seguida á abrir la puerta.

Don Damian se quitó el sombrero y penetró en la habitacion, despues de saludar á la jóven con cariñosa cortesía.

—Señora, exclamó en seguida, jamás he pretendido molestar á ustedes con mi presencia, sabiendo que mi querido Gabriel tiene de mí un concepto, que bien sabe Dios no merezco.

—Don Damian, se apresuró á añadir Matilde, tome usted asiento ante todo, y dígame si viene á buscar á mi marido.

—¡Ah! nó, señora, exclamó aquel ocupando una silla fren-

te á la de la jóven; no es así como puedo hacerle ver lo equivocado de su juicio con respecto á mí.

—Entónces....

—¡Oh! señora, ¿tambien usted abunda en sus opiniones? replicó el viejo con su más cándida expresion.

Matilde casi sintió lástima al oirle expresarse de aquel modo triste y doloroso.

Y es que la jóven no habia creido, como Gabriel, respecto á la infamia de aquel hipócrita.

Sencilla y bondadosa juzgó exagerada la animadversion que le tenia, tanto más, cuanto que le habia conocido en casa de su hermano, y todos allí le apreciaron creyéndole la misma bondad.

Don Damian, pues, ignoraba que con poco que pusiera de su parte volveria á merecer la mejor opinion en el concepto de la jóven.

Así fué, que esta replicó:

—Don Damian, quise dar á entender que no adivinaba entónces el objeto que podria traerle.

—Pues bien, señora, va usted á saberlo.

Yo, que me intereso mucho por ustedes, cumpliendo en esto con un deber sagrado, he sabido y sé todas sus desgracias y el estado en que hoy se encuentran.

Gabriel se halla en mal camino, y es preciso que de él le apartemos á toda costa.

Y esto no dude usted que se conseguirá.

Es jóven y fogoso, ciertamente, pero su corazon es noble y honrado.

Créalo usted, el vicio no ha tenido tiempo todavía para echar en su alma hondas raices.

Le apartaremos de él.

Pero vamos, ¿á qué viene eso? continuó viendo sollozar á la jóven.

Animo, hija, ánimo, dejemos las lágrimas para cuando se haya conseguido todo.

—¡Ah! señor don Damian, todo va á ser inútil.

Me desprecia, me odia.

—¡Báh! ¡báh! se le figurará á usted. ¿Si sabré yo quién es Gabriel?

Nada, yo lo olvido todo.

Pues no faltaba más; le quiero como padre, y ante un peligro como el de hoy todo calla, todo es secundario.

Vamos á ver, ¿ha hablado usted á su hermano?

¿Sabe algo?

—Nada absolutamente.

—¿Y por qué, hija? ¡Oh! yo no apruebo eso.

—Don Damian, hace ya mucho tiempo que Gabriel rompió con ellos toda clase de relaciones.

—Pero....

—Yo no soy orgullosa, y aunque dejé de ir á verlos, obedeciendo á mi marido, hoy iria sin inconveniente.

Pero, ¡ay! don Damian, ¿qué dirán de él cuando lo sepan?

Nó, mejor quiero sufrirlo todo, llorar como ahora lloro.

Además, el corazon me dice que ha de enmendarse, que volverá á ser lo que ha sido.

—Bien, hija mia, pero á conseguirlo es menester que no le dejemos solo.

El vicio atrae y subyuga, y estamos en el deber de ayudarle á salir de él con todas nuestras fuerzas.

Yo tambien tengo mucha esperanza de que el resultado será cual se desea, pero no hay que aguardar en una negligencia, que sería punible bajo todos conceptos.

¿No quiere usted revelarle á su hermano lo que pasa?

Muy bien, eso es muy delicado de su parte y nadie puede oponerse á ello.

—Pero, y bien, don Damian, ¿qué podemos hacer?

—Diré á usted, señora; mi primer paso ántes de pensar en cosa alguna, ha sido el de venir á ver á usted.

Yo de cualquier modo trabajaré cuanto pueda, con tal de que Gabriel vuelva arrepentido á la senda de la virtud; pero comprendí desde luego que juntos usted y yo podríamos conseguirlo mejor y más pronto.

Además, sin que yo crea tener razon en todo, ni mucho ménos, continuó con humildad hipócrita, no quisiera un dia proporcionarle el sonrojo de que me debiera el haber vuelto por su honra y dignidad.

Que lo deba, como es justo, á la dulce compañera de su vida.

Matilde se sintió enternecida al oir estas palabras.

Si alguna duda podia abrigar acerca de la honradez de don Damian, esta se desvaneció como por encanto.

Luego encontraba tan natural que profesara á Gabriel un afecto desinteresado y tierno, que solo por esta razon habia de concederle veracidad.

En su consecuencia, exclamó así:

—Don Damian, acepto con alma y vida su cooperacion.

¡Que Gabriel sea lo que ha sido! ¡Trabajemos hasta lograrlo.

—¡Oh! señora, muchas gracias.

Ya verá usted cómo el cielo proteje nuestros intentos.

—¡Oh! Dios lo haga.

—Ahora, continuó don Damian levántandose, me retiro.

Voy á pensar lo que debemos hacer.

—¿Y cuándo veré á usted?

—Mañana mismo.

Procederemos en todo al mejor acuerdo.

—Es verdad.

—Pues bien, señora, ánimo y hasta mañana.

—Hasta mañana, don Damian.

El malvado viejo saludó de nuevo, y desapareció.

Matilde sonrió por primera vez desde el dia en que murió su hijo.

¡La esperanza comenzaba á penetrar en su alma!...

CAPITULO XIII.

Un nuevo lazo.

Cuando don Damian salió de casa de Gabriel, seguido del criado, echó á andar con ligereza hácia su morada.

Acababa de quitársele de encima un gran peso.

Ignoraba si Matilde tenia para con él la misma antipatía que su marido, y vió con grata sorpresa que era el candor mismo y que en su alma no podia albergarse ni encono ni odio.

Tenia, pues, mucho adelantado.

—¿A qué hora quedó en buscarme ese caballero? exclamó dirigiéndose á su criado.

—A las siete.

—¡Oh! pues ya deben ser.

—Acaban de dar en este momento.

—¡Diablo! Sentiria mucho que no me hubiese esperado.

Diciendo así, apretó el paso.

—¿Quiere usted que yo me adelante?

—Sí, desde luego.

Haz que se espere si llega ántes que yo.

El criado echó á correr.

Don Damian aflojó la precipitacion de su marcha.

El ex-barbero iba ya haciéndose viejo.

Cuando llegó á su casa, Miguel, el criado, le comunicó que el caballero con quien debia hablar aquella noche acababa de entrar en su despacho.

Por toda respuesta le entregó el baston y el sombrero y se dirigió al gabinete por las habitaciones interiores.

Don Damian tenia pocos, pero buenos amigos.

Indicó á uno de ellos el hombre que necesitaba, y en el momento se vió servido.

Oigamos la conversacion que medió entre uno y otro.

Don Damian penetró en el despacho, y vió ante sí á un jóven como de veintiocho á treinta años de edad, vestido con elegante afectacion.

Su semblante no revelaba ni estupidez ni una viveza no table.

Era, en una palabra, un hombre como hay muchos.

Lo único que desde luego se advertia en él, era una petulancia ridícula que se revelaba, no solo en su traje de *última*, sino en sus actitudes estudiadas hasta la exageracion.

Las puntas de su bigote, por lo retorcidas y rectas, parecian dos lancetas; tal era el abuso de cosmético que denunciaban.

En cuanto á lo demás, su rostro no dejaba de ser agraciado.

Don Damian no necesitó mas que una mirada para convencerse de que el jóven llenaba en un todo sus deseos.

Despues del saludo de rigor, y de que ambos hubieron tomado asiento, aquel comenzó así:

—Es usted don Federico del Canto, ¿no es así?

—Servidor, caballero, replicó este con voz un tanto atiplada.

—Mi amigo don Roque Arteche, ¿ha dicho á usted sobre poco más ó ménos para lo que se le necesita?

—Nó, señor, lo ignoro absolutamente.

—¿De manera que ni siquiera sospechará usted?...

—Nada, ni lo más mínimo.

Mi amigo don Roque, con quien he llevado á puerto cierta clase de negocios, me mandó á llamar hoy, y me dijo:

Tiene usted que ir á la calle de Hortaleza, número 60, cuarto segundo, casa de don Damian Fernandez.

Es persona á quien aprecio mucho, y me alegraria que se entendieran ustedes bien.

Le aseguré que por mi parte haria cuanto pudiera para conseguirlo, y él entónces me encargó diese á usted esta carta, y que no dejara de venir á las siete de esta noche.

He venido á la hora, aquí tiene usted la carta, y estoy en un todo á su disposicion.

Don Damian saludó en silencio, dándole gracias, y tomó la misiva de su amigo don Roque.

Esta decía así:

«Señor don Damian: Tengo la seguridad de que el »dador sirve muy de sobra para lo que usted quiere, porque »es, precisamente, elemento en que se encuentra como el pez »en el agua. Es muy campechano, y puede usted usar con »él de la más completa franqueza. Suyo, Arteche.»

—Veo, señor don Federico, que usted no debe ser curioso.

—No comprendo.

—Porque se conoce que no ha leido usted la carta de que era portador.

—Así es, en efecto; pero usted, ¿en qué ha conocido....

—En sus mismas palabras.

—¡Oh!

—Sin duda alguna. Dijo usted que ni sabía ni sospechaba de qué podria tratarse entre nosotros.

—Y así es la verdad.

—Pues bien, si hubiese usted leido la carta, de seguro viene en conocimiento.

—¡Ah!

—Juzgue usted.

Don Damian, diciendo así, la puso en sus manos.

El elegante don Federico, despues de haberla leido, la devolvió, exclamando con franca sonrisa:

—Con efecto, ya sé de lo que se trata.

—¡Hola! segun eso, debe usted ser más enamorado que Cupido.

—Tengo buen gusto, señor don Damian.

—Es decir, segun eso....

—Que he llegado á penetrarme que todo lo bueno, que todo lo grande que hay aquí, de tejas abajo, se encierra en esa bella mitad del género humano.

Yo creo que el hombre debe procurar saber hacer algo, si no bien en absoluto, relativamente.

No proponerse llegar á entender de muchas cosas, para conseguir no saber ninguna.

Pues bien, yo he huido siempre de esto.

No he querido aprender nada, para que no sufrieran perjuicio mis inclinaciones.

¿Amo á la mujer en general, y á cada una en particular? Pues á estudiarlas.

No las conozco bien, porque es imposible realmente, pero sí de vista.

Y esto siempre es algo.

Sé distinguir la buena de la mala, equivocándome, sí, pero ménos veces que otros.

Conozco la que es gazmoña y la que es virtuosa, y por consiguiente cómo debe ser tratada cada una.

En fin, conozco el ataque, ya que no me sea posible la defensa.

En cambio, la generalidad de los hombres ignoran ambas cosas.

El ex-barbero habia escuchado el breve relato del jóven con no poca admiracion.

En medio de la versatilidad que en él se observaba, veíase cierto entusiasmo que venía á indicar que, realidad ó monomanía, existia convencimiento en su juicio.

Don Damian, por demás satisfecho, pues habia llegado á penetrarse de que en modo alguno podia aquel hombre ser perjudicial, se apresuró á decir:

—Don Federico, me convenzo de que es usted fuerte en la materia, lo que no es poco.

—Ya lo creo.

—Y para su satisfaccion le digo que, de convenirnos, va usted á trabajar en su terreno.

—¡Oh! caballero, hable usted, y sepamos qué tengo de hacer.

—Poca cosa; enamorarse.

—¡Diablo! pero, ¿de veras?

—Eso será cuenta de usted.

—¡Ah! ¿libertad en esa parte?

—Justamente.

—Bueno; pero vamos á ver.

—¿Qué?

—¡Oh! no crea usted que soy curioso, nada de eso. Unicamente que....

—Continúe usted.

—Con franqueza, me alarma una cosa.

—¡Hola!

—Sí, señor, y bueno es, me parece, que sepamos dónde vamos á meternos.

—Eso es muy justo.

—Cuando se me permite que haga el amor en regla y que persevere en él, si tal es mi deseo, me da muy mala espina.

—Hombre, ¿y en qué sentido?

—En el peor para mí.

—¿Cuál es?

—Que se trate de una fea.

—¡Báh! ¿Y no es más que eso?

—Nada más.

—Pues oiga usted. Como la mujer de que se trata, no ha podido ver dos iguales en su vida.

—¿Cómo?...

—Lo que usted oye.

—Pero ¿por lo hermosa?

—Sí, señor, don Federico, no lo dude usted un momento. Es una cosa incomparable.

En el rostro del jóven brilló un rayo de alegría.

Procurando, no obstante, disimular, exclamó así:

—Y bien, ¿qué tengo de hacer, cuáles son mis derechos y obligaciones?

—Va usted á saberlo.

En primer lugar, se enamorará usted de la citada jóven con singular empeño, no perdonando medio alguno para hacerla saber la vehemencia de su pasion.

Además, tendrá usted que seguir mis instrucciones y ceñirse á ellas con respecto al procedimiento que deberá adoptar.

Recursos metálicos y de todo género se le proporcionarán á usted por mí; en una palabra, no ha de darse un solo paso en el asunto que no sea inspirado por mi voluntad.

—Perfectamente; ahora solo falta que yo sepa las ventajas que ha de reportarme el servicio.

—Es muy natural.

—¿Y cuáles son?

—En primer lugar, la misma conquista que se le ofrece, pues tengo la seguridad que solo por intentarla emplearia usted su tiempo con verdadero entusiasmo.

Además, cuantos recursos necesite, y por fin, una recompensa pecuniaria proporcionada al servicio exigido y digna del que debe recibirla y del que ha de darla.

¿Le parece á usted bien?

—Si, señor, lo dejo todo á la generosidad de usted.

—Pues no ha de pesarle esa deferencia.

—Estoy seguro de ello.

Ahora solo falta se sirva indicar cuándo se da principio al ataque de la fortaleza.

Don Damian, que no era hombre afecto á dilaciones, y que sabía perfectamente la manera de proceder en los negocios, hizo firmar al don Federico un ligero escrito, en el que hábilmente se hacia constar el compromiso que aceptaba y su obligacion de llevarle á cabo.

Conformes en un todo, se separaron.

El galan don Federico, provisto de cuantos datos podia necesitar, se preparó á emprender su campaña.

Desde aquel dia don Damian no descansó.

El jóven comenzaba á desanimarse.

Dos ó tres veces habia podido acercarse á Matilde, pero su atrevimiento y desenvoltura se estrellaban en la dignidad de la esposa de Gabriel.

Don Federico se enamoraba de veras; pero no era obstáculo para que conociese con el mayor desaliento que luchaba con la virtud misma.

El ex-barbero le hacía ver que en las empresas difíciles es donde se consigue el mayor lauro, y que prosiguiera con fé.

Matilde comenzó á tener miedo de la tenaz persecucion de aquel hombre, y se propuso referirlo todo á don Damian.

Este, que no escaseaba sus visitas, llegó á su lado precisamente cuando se decidia á dar aquel paso.

—¡Ay, don Damian, exclamó la jóven, cuánto me alegro que venga usted!

—¿Qué, hay algo de nuevo, hija mia?

¿Ha hablado usted con Gabriel?

—¡Ah! nó, señor; en cuanto á eso todo inútil.

—Pues vamos á ver, ¿de qué se trata? Está usted como asustada; ¿qué acontece?

—Acontece, señor, que nunca falta quien se atreva á insultar á una infeliz mujer cuando no tiene quien la defienda.

Como si fueran pocas mis desventuras, un hombre, á quien no conozco, ha comenzado á asediarme de una manera terrible.

Yo, que me encuentro sola, no tengo hoy quien me dé consejo más que usted.

¿Qué hago, don Damian? Aconséjeme usted por Dios, continuó la atribulada jóven con las manos juntas.

—Vamos, no hay que afligirse, replicó el viejo hipócrita afectando cierta emocion.

Todo tiene remedio en este mundo.

Yo bien conozco que siempre es una desgracia lo que la sucede ahora, pero se vencerá.

Y á propósito, prosiguió despues de una ligera pausa, dicen que no hay mal que por bien no venga.

Me ocurre una cosa que puede dar, me parece, excelentes resultados.

—¡Oh! diga usted.

—Se trata nada ménos que conseguir de Gabriel lo que hasta ahora ha sido infructuoso.

—¿Cómo?

—Es muy sencillo.

¿Decia usted que un hombre la asedia hace unos dias con su presencia en todas partes?

—Sí, señor.

—Pues bien, se me ha ocurrido un pensamiento magnífico.

Dé usted celos á Gabriel.

—¡Don Damian! exclamó la jóven levántandose y mirando al viejo con majestad severa.

—¿Qué, qué tiene eso de particular? se atrevió á insistir este, aunque conociendo que habia dado el golpe en falso.

—¿Que qué tiene de particular?

¡Oh! nada ciertamente.

No sabe usted hasta qué punto agradezco su consejo, señor don Damian.

—¿Cómo? replicó el ex-barbero medio turbado.

—¡Quién lo duda!

Acabo de conocer en este momento que Gabriel tenia razon en odiar á usted.

—¡Señora!

—El consejo de usted es una infamia, me lo da el corazon, hasta lo leo en su rostro.

¡Hemos concluido!

Obraré con arreglo á mis inspiraciones.

¡Dios no me desamparará!

Don Damian, dueño ya de sí mismo, se levantó.

En su rostro no se advertia otra cosa que la más completa serenidad.

Con voz casi afable, prorumpió:

—Señora, me juzga usted mal.

Si modificara su opinion y me busca, siempre estaré dispuesto á servirla.

Adios, señora.

Diciendo así, sin esperar respuesta, desapareció.

Matilde permaneció un instante inmóvil, rígida y severa; despues, cuando se halló sola, rompió á llorar.

Su llanto no tenia testigos, podia dejarle correr libremente.

¿Qué pasaba en aquel momento en el alma de la infortunada jóven?

¿Por qué eran tan tristes y desgarradores sus quejidos?

¡Oh! la infelicidad tiene su consuelo, su desahogo. Las lágrimas refrescan el alma.

¡El llanto es tambien una oracion!

Siempre envuelve una súplica al Eterno tan expresiva como tierna.

¡Pobre Matilde!...

Cuando cesó de llorar, cuando sintió su corazon más libre del peso que la oprimia y pudo coordinar sus ideas, pensó en que era necesario tomar una resolucion enérgica y decisiva.

Hablaria á Gabriel.

Era imposible que en él se hubiesen borrado por completo los buenos instintos.

Le contaria todo.

Lo mismo sus entrevistas con don Damian, que el peligro en que se veia con el contínuo asediamiento de aquel atrevido que la seguia á todas partes como una sombra.

Este mismo propósito acabó de serenarla.

Sin embargo, no llegó á decidirse del todo.

La duda de si Gabriel, en vez de atender sus lastimeras quejas, la rechazaba violento, era más que suficiente para que vacilase en su primer propósito.

De pronto asaltó á su mente una nueva idea.

Matilde habia simpatizado con Amparo desde el momento en que se conocieron.

Su amistad databa desde que Gabriel se unió con los hermanos Alvareda.

Decidió ir en su busca y pedirla consejo.

Por lo ménos, se dijo, encontraré un alivio á mis pesares.

Diciendo así, tomó una mantilla y salió de su casa.

Amparo recibió la visita de su amiga con verdadero gozo.

Escuchó emocionada la relacion de sus infortunios, y juntas lloraron.

Eran dignas una de otra.

Matilde salió muy consolada de casa de su amiga.

Llevaba una carta de esta para un amigo de la familia, abogado de gran fama y hombre de intachable honradez.

Tanto la exhortó Amparo para que fuera á aconsejarse de él, y tanto ensalzó la bondad de su carácter y la fama de su virtud, que no vaciló en marchar en su busca.

Amparo no podia engañarla.

Marchó, pues, con la mayor confianza, con una fé ciega.

Su corazon auguraba bien de aquel paso.

CAPITULO XIV.

Continuacion del anterior.

El criado que anunció la visita, volvió en su busca al cabo de un instante, y la hizo pasar al despacho del abogado.

Matilde habia solicitado la entrevista con la carta de su amiga Amparo.

El abogado no se hizo esperar.

Saludó á Matilde con exquisita urbanidad, y tomó asiento en una butaca colocada enfrente de la que ocupaba la jóven.

Matilde, á pesar de su natural timidez, se sintió tranquila, y respiró.

En el amigo de Amparo habia un sello tan ostensible de honradez y caballerosidad, que inspiraba la más absoluta confianza.

Podria tener unos cuarenta años.

En su rostro, fuertemente simpático, se advertia una tristeza que casi inspiraba respeto.

Una melancolía que hacía enternecer.

Su frente, ancha y tersa, indicaba el despejo de aquella cabeza, aunque jóven aun, adornada ya de cabellos blancos.

Un suave y fino bigote rubio adornaba su labio.

Envolvíase en una elegante bata cuyas borlas caian hasta cerca del suelo.

Despues de saludar á Matilde, exclamó así con dulce voz y entonacion afectuosa:

—Señora, es tanta la verdad que respiran estos renglones, que desde este instante, yo, que aprecio á Amparo tanto como la respeto, me encuentro en la obligacion de ofrecerme á usted con la mejor voluntad, con el mayor deseo.

Aquí me indica que es usted muy desgraciada, y que acude en busca de mi pobre opinion acerca de varios particulares.

Señora, poco valgo; no obstante, sea como fuere, lo dije ántes, estoy completamente á sus órdenes.

¿Usted habrá leido esta carta de Amparo?

—Sí, señor.

—Pues bien, ¿entónces habrá visto que en ella se indica ya algo de lo que desea consultarme?

—Es cierto.

—Puede usted, por lo tanto, comenzar cuando guste.

—Caballero, exclamó Matilde con voz ligeramente conmovida, es tanta la confianza que tengo en Amparo, que no he dudado un momento en aceptar su cariñoso ofrecimiento.

Vengo, pues, llena de esperanza.

Lo que voy á consultarle pertenece ménos al abogado que al amigo. Usted lo es de la marquesa de Lézaro; por ella le ruego ilumine mi pobre razon próxima á extraviarse.

Era tan tierno y conmovedor el acento de la jóven, que el amigo de Amparo se apresuró á exclamar:

—Señora, diga usted.

Hable sin el menor recelo, como podria hacerlo á un padre.

—¡Gracias, caballero!

Propio es el consejo que yo solicito para dado por un padre; pero ¡ay! ¡no solo me falta tan poderosa proteccion, sino que no tengo á nadie en quien pueda creer, de quien pueda fiarme mas que de Amparo.

Nuestra simpatía nos unió desde que nos conocimos, y los lazos de la desgracia estrecharon nuestro cariño.

Me manda á usted, en quien tiene la más grande confianza, y yo la tengo tambien, y no dudo un momento en acudir á ella.

¡Oh! señora, la virtud y la honradez encuentran siempre eco.

Desde ahora cuente usted conmigo.

—Pues bien, caballero, óigame usted.

Mi infelicidad reconoce una causa muy especial.

Hoy puedo decir que me encuentro sola en el mundo.

—¿Es usted huérfana y sola?

—Sí, lo primero, pero soy casada.

—¡Ah!

—Cuatro meses hace que murió un hijo mio de tres años.

Hasta entónces, mi marido observó una conducta bajo todos aspectos intachable.

Desde esa muerte que tanto deploro, que tan amarga hace hoy mi vida, ha variado por completo.

Malgastó nuestra fortuna, quiso sin duda ahogar su

dolor en el bullicio del mundo, y cada vez más y más, ha ido olvidando todos los deberes para con Dios y para conmigo.

Desde entónces, como ántes dije, vivo sola, entregada á mi dolor, pidiendo al cielo que ponga término á tantos sufrimientos.

Hace muy pocos dias acaeció un suceso que me hizo concebir alguna esperanza.

El que con mi marido hizo las veces de padre, vino á verme.

Lo sabía todo.

Compadeció mi desgracia, y se propuso ayudarme para atraer á Gabriel.

Yo acepté llena de reconocimiento.

Y ese señor, hoy....

Verá usted. Entre él y mi marido habian existido graves motivos de disgusto, hasta el punto de no haber la más pequeña relacion.

Yo, la verdad, creí siempre que Gabriel exageraba algo en la maldad que le suponia.

Su trato es tan afable y su condicion tan inofensiva, al parecer, que acepté el auxilio con que me brindaba.

Hoy se ha verificado mi desencanto.

Al referirle que un atrevido me asediaba por todas partes desde hacía algunos dias, no tan solo dejó de darlo importancia, sino que tuvo el atrevimiento de darme un consejo infame.

—¿Cómo?

—Juzgue usted.

—¡Oh! veamos.

—Me propuso que aprovechara aquella circunstancia para dar celos á Gabriel y atraerle de ese modo.

—Y usted ¿qué hizo? replicó el abogado con cierta ansiedad.

—Indignarme, caballero, hasta el punto de romper la alianza que habia comenzado.

—Bien, señora, obró usted perfectamente.

El corazon noble y puro no necesita género alguno de experiencia para rechazar todo lo que es indigno.

¿Y dice usted que ese hombre ha hecho las veces de padre?. .

—Sí, señor.

—Pero ¿habrá sido tutor? ¿Existiria entre ellos poco trato?

—¡Oh! nó, casi desde su nacimiento.

—Señora, ¿es posible?

—Indudablemente.

—¡Oh! entónces su infamia no tiene nombre, repugna y hace daño.

Huya usted de él, señora, se lo aconsejo.

—¡Oh! ¿pero qué he de hacer, caballero?

¡Ilumine usted mi espíritu que desfallece!

—Tranquilícese ante todo, señora.

La situacion en que se encuentra no es tan desesperada. Su esposo de usted volverá por sí.

Se le hablará, le hablaré yo mismo.

—¡Oh! ¿de veras?

—Sí, hija mia, sí. Me presentaré á él como amigo de Amparo.

¡Ya verá usted cómo vuelve por su honra!

—Y ántes, ¿sería conveniente que yo le revelara todo cuanto ha pasado con don Damian?

—¿Con quién ha dicho usted?

—Con el que le crió. El mismo de quien ántes hablábamos.

—¿Y se llama Damian? insistió el abogado con voz sombría y semblante pálido y descompuesto.

—Sí, señor.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿será posible?

¿Y el otro Gabriel? continuó con ansioso extravío y cual si hablara consigo mismo.

¡Oh Providencia!... ¿Quién se atreve á dudar de tí? ¡Pero qué digo! nó, yo nunca he dudado, siempre he tenido fé y la tengo todavía.

¡Haced, Dios mio, que esta esperanza se realice!

¡Si es un sueño, que no despierte!...

Apénas dijo estas palabras con voz entrecortada y casi balbuciente, dejó caer la cabeza entre sus manos.

Matilde, poseida de la mayor admiracion, permanecia inmóvil.

El supremo dolor que vió retratado en el rostro del amigo de Amparo, la interesó profundamente.

No comprendia la causa que le motivaba, pero todo la hizo comprender que debia ser tan terrible como verdadera.

No se atrevió, por tanto, á interrumpirle.

Reinó el mayor silencio durante algunos instantes.

Por fin, repuesto aquel sin duda de su pasado desvarío, alzó con lentitud la cabeza y fijó sus miradas en la jóven.

Una palidez intensa cubria el semblante del abogado.

Con voz ligeramente temblorosa, exclamó así:

—Señora, perdone usted si por un momento lo olvidé todo para solo pensar en mí.

—¡Oh! caballero, solo me es dado sentir haber sido causa de ello.

—Ni uno ni otro debemos sentirlo, hija mia, continuó con cierta ternura, porque esta entrevista ha de ser beneficiosa para todos.

A su tiempo sabrá usted un gran secreto, que Dios ha querido se revele aquí.

Creo no engañarme al suponerlo.

Sin embargo, hasta para llegar cuanto ántes y mejor á lo que tanto anhelo, es preciso que me permita usted hacerla ciertas preguntas harto indispensables.

—¡Oh! cuanto quiera.

—Gracias, hija mia.

Vamos á ver, su esposo de usted ¿es hijo del marqués de Lézaro?

Matilde miró al abogado con el mayor asombro.

Este se apresuró á añadir:

—¡Oh! no crea usted que ni en esta pregunta ni en las sucesivas existe en mí móvil alguno de curiosidad indigna.

¡Muy léjos de eso!

—Caballero, no oculto la sorpresa que he sentido al escuchar sus palabras, pero esta ha sido hija tan solo de una extrañeza que usted sabrá disculpar.

Ignoraba que nos conociera, y por tanto....

—Es cierto, nada más natural.

Pues bien, créame usted, hija mia, pronto se le explicará todo; entretanto, si me juzga digno de ello, si espera algo de mi buen deseo, conteste á mis preguntas.

—¡Oh, sí, señor, con alma y vida.

Gabriel es hijo del marqués de Lézaro.

—Y de su madre ¿qué saben ustedes? continuó en voz baja, haciendo por manifestarse tranquilo.

—¡Ay! bien poco por desgracia.

Solo su nombre.

—¿Le saben ustedes?

—Sí. Se llamaba Lucía.

—No cabe duda, murmuró el abogado, palideciendo más de lo que estaba; ¡el milagro no puede ser mayor, está patente!

Hija mia, continuó en voz alta despues de una breve pausa, ¿va usted á seguir fielmente mis instrucciones?

—¡Sin vacilar un momento!

—Pues bien, cuando su esposo de usted vuelva á su lado hoy, sea la hora que quiera, le rogará en mi nombre que se vea conmigo en el momento.

Si vacilase, puede usted decirle que es para él de suma trascendencia lo que hemos de tratar.

¿Lo hará usted asimismo?

—Exactamente.

—Tal creo. Ahora, en cuanto á usted, casi me comprometo á asegurar que hallará en su marido, de vuelta de esta casa, una diferencia extraordinaria.

—¡Dios le oiga á usted!

Entretanto, caballero, me retiro.

Excuso decirle cuánto agradezco sus consuelos y ofrecimientos.

—¡Señora, por Dios! ¡No prosiga usted, porque soy el más ganancioso!

Animo y esperanza.

—¡Oh, señor, muchas gracias! Tendré uno y otra.

—Conque no olvide que espero esta noche á su marido.

—¡No puedo olvidarlo!

¡Adios, caballero!

Saludáronse de nuevo, y Matilde desapareció.

El abogado, que la acompañó hasta la salida, volvió con lentitud á su gabinete murmurando:

—¡Benditos sean tus juicios, Señor, yo los acato!...

CAPITULO XV.

La entrevista.

Estamos en el despacho del abogado.

Las nueve acababan de dar en un magnífico reloj de cuadro, fijo en la pared á la derecha del sillon que aquel ocupa.

El amigo de Amparo, al escuchar el ruido de las campanadas, alzó su cabeza con lentitud y murmuró en voz baja:

—¿Si no vendrá? Tal vez haya de diferir.... Pero ¿qué digo? en realidad yo no debo esperarle.

Esa pobre niña despreciada por él, acaso lo será nuevamente.

¡Oh! debo creerlo así.

Es hijo de aquel hombre inhumano y cruel, y la sangre que corra por sus venas tendrá que hallarse inficionada.

¿Y qué me importa que no venga? continuó con cierta exaltacion; mañana le buscaré, y veremos.

¿No he esperado veintitres años?

¡Oh miserable condicion humana! Una noche más ¿qué importa para quien tanto ha sufrido?

Despues de dichas estas palabras, apoyó nuevamente la cabeza en una de sus manos y volvió á entregarse á sus reflexiones.

Un cuarto de hora permaneceria en aquella actitud, cuando se abrió sin ruido la puerta de su despacho, y un criado se presentó en el umbral.

—Señor, exclamó con entonacion respetuosa.

—¿Qué quieres? replicó el abogado, enderezándose tristemente.

—Desea ver á usted un caballero.

—¿Ha dicho quién es?

—Nó, señor; únicamente que se hallaba citado por usted para esta noche.

—¡Ah! que pase en seguida.

El criado se retiró.

El nuevo protector de Matilde se agitó en el sillon.

La palidez de su rostro habia aumentado.

Por medio de un esfuerzo supremo dominó la agitacion que le embargaba.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, parecia hallarse completamente tranquilo.

Gabriel penetró en el gabinete.

El criado que le condujo cerró la puerta y se retiró.

El esposo de Matilde vestia con elegancia, pero con cierto abandono.

Al verle, no podia ménos de sentirse cierta dolorosa tristeza.

Su varonil hermosura habia adquirido un tinte especial.

Veíase en ella una mezcla extraña de dolor intenso, de sombría desesperacion y de remordimientos.

Cualquiera hubiera podido decir, sufre horriblemente.

El abogado, de pié é inmóvil, contemplaba á Gabriel con ávida curiosidad.

Por fin este rompió el silencio, exclamando con una finura glacial:

—¿Tengo el honor de hablar con el señor de Espinosa?

—Lo es mio, caballero, replicó el abogado con voz tranquila; está usted en su casa y en su presencia.

Sírvase tomar asiento.

Gabriel saludó en silencio y ocupó el mismo sillon en que ántes se habia sentado Matilde.

Espinosa se sintió predispuesto en favor del jóven; sin embargo, quiso formar un juicio acerca de él, estudiarle y apreciar sus intenciones.

Gabriel volvió á tomar la palabra, exclamando:

—Se me ha dicho que era indispensable viese á usted esta misma noche, si queria saber ciertas cosas sumamente importantes para mí.

—¿Y quién le dió á usted ese recado?

Gabriel miró con no poca extrañeza á su interlocutor.

—Qué, dijo, ¿no partió de usted?

—¡Oh! sí, señor.

—Entónces....

—Dice usted bien, mi pregunta ha sido completamente inoportuna, cuando debo saber que se le habrá dado la misma persona á quien se lo encargué.

—¡Ah! ¿usted ha visto á mi esposa?

—Sí, señor. Unas tres horas hace que se marchó de aquí.

Gabriel lanzó á Espinosa una mirada terrible, pero se contuvo.

Aquel prosiguió:

—Ahí mismo, precisamente ha ocupado el sillon en que usted se encuentra.

—Caballero, tronó Gabriel irguiéndose amenazador, ¿qué quieren decir esas palabras?

¿Qué es lo que usted pretende?

—¡Oh! serénese usted, amigo don Gabriel, y le daré cuantas explicaciones crea necesarias.

Hemos de hablar aun bastante; descuide usted, que llegaremos á una buena conclusion.

Gabriel se sentó maquinalmente.

Espinosa continuó así:

—¿Me preguntaba usted qué pretendo? Pues voy á decirlo.

Un hábil marino, para cerciorarse de qué sigue una buena derrota y para huir de escollos, sonda frecuentemente en los parajes dudosos ó de peligro, esto es sabido; pues bien, al dar á usted el pueril detalle que tanto le ha herido, no me llevó otra idea que la de sondar.

¡Ah! caballero, continuó Espinosa cambiando de tono y con cierta solemnidad, ¡qué indispensable es usar de esa precaucion miéntras surcamos el mar proceloso de la vida!

Y sin embargo, ¡qué de errores se cometen!

Hay fenómenos que no puede explicarse nuestro pobre juicio.

Somos una contradiccion viva y persistente.

—Caballero, no comprendo....

—Va usted á comprenderme en seguida.

Hablaba de fenómenos, y usted puede explicarme uno.

¿En qué consiste, cómo se amalgama la irritabilidad que ha demostrado ántes á la sola idea de que ha estado aquí su esposa, con el constante despego en que vive y el aislamiento á que la condena?

He dicho á usted ántes, continuó con digna calma al observar la expresion amenazadora que se pintó en Gabriel, que de todo pienso darle cumplidas explicaciones.

Si tengo ó nó derecho para expresarme como lo hago, se verá despues.

En este punto lo espero todo de usted mismo.

—¡Oh! es que eso no basta caballero.

Por ventura, ¿puede abrogarse cualquiera el derecho de corregir al que no busca lecciones?

¿Con qué autoridad se erige usted en censor de mi conducta?

Vamos, caballero, continuó Gabriel como hombre que desea terminar una conversacion enojosa, diga usted, ya que estoy aquí, el objeto que le movió á citarme, y despachemos.

Espinosa miraba al jóven con cierta ternura.

Veia retratado en su rostro un sentimiento más fuerte que cuanto preocupaba su ánimo, que cuanto le ocurria.

En su misma altivez, en la fogosidad natural de su carácter, veíase del mismo modo algo predominante que le causaba daño.

Comprendió que aquel jóven sufria de un modo extraordinario.

En su virtud, prorumpió así:

—En modo alguno me extrañan las palabras que acaba usted de pronunciar, caballero.

Usted cree ver en mí un hombre que se mezcla, sin derecho para ello, en interioridades que siempre deben respetarse.

Esto no es del todo exacto.

Lo dije ya; ántes de que nos separemos, no solo encontrará usted muy natural mi comportamiento, sino que me lisonjeo de antemano de la buena amistad que habrá de unirnos.

—Eso no es bastante para mí, caballero.

Podrá ser verdad cuanto usted dice, pero yo no tengo de ello la menor prueba.

Usted se permite representar un papel que no le pertenece, sin título alguno para ello, y en mi decoro está no consentirlo.

—Pues bien, entónces, si usted no cree en mi palabra, seré más explícito.

Dos razones á cual más poderosas me mueven hoy á hablar á usted como he empezado á hacerlo.

Una de ellas no la diré hasta el fin, cuando sea tiempo.

En el combate amistoso que vamos á librar, me servirá en un caso de reserva.

Pero ya que es indispensable dar una explicacion satisfactoria acerca de la iniciativa que me permito, oiga usted.

Esta tarde vino su esposa á honrar mi casa.

Yo, caballero, que si como abogado dicen por ahí que represento algo, á pesar de reconocerme el último de todos, he procurado siempre que me distingan más por honrado.

Creo no haber hecho daño á nadie, al ménos á sabiendas, procuro ser recto en el ejercicio de mi profesion, y jamás niego un consejo al pobre ó al desgraciado.

Su esposa de usted traia para mí una recomendacion de mucho respeto.

Venía de parte de otro ángel como ella.

De la marquesa de Lézaro.

Habia ido á contarla sus desventuras, y esta, que sabe cuánto la aprecio, la dió una carta para mí.

Tal vez culpe usted injustamente, por supuesto, la determinacion de su esposa; pero ¡ay! ¿quién puede tener la culpa de ello?

Además, si la única causa de su quebranto hubiera sido el desvío de usted, podia suponerse que únicamente despues de agotados todos los medios de persuasion, es cuando debia acudir á extraño auxilio.

Pero ni aun esto puede decirse.

Esa noble señora, ántes de acudir á usted, ignorando qué partido tomar al verse perseguida por uno de esos seductores parásitos que solo ejercitan las malas artes cuando creen hallar la impunidad, acudió á la única persona amiga.

A la marquesa de Lézaro.

¡Oh! en este momento, caballero, continuó, advirtiendo la palidez lívida que se extendia por el semblante de Gabriel, comprendo que sufre usted, que empieza á experimentar los primeros efectos de su conducta.

Eso no tiene más que un nombre; se llama remordimiento.

—¡Oh!...

—Aun hay más.

No era este el único peligro que milagrosamente adivinó la cándida inexperiencia de su esposa.

No faltó un malvado que, fingiendo los más nobles sentimientos y las más puras intenciones, é invocando no sé qué derechos, la aconsejó que aprovechara la ocasion de aquel amante desconocido para atraer á usted excitando sus celos.

¿Va usted creyendo que hay razones bastantes para que un hombre de honor tome sobre sí con levantado empeño la digna tarea de favorecer á una débil mujer?

—¡Oh! basta, caballero, tronó Gabriel, ébrio de furor; ¿quién es ese hombre? pronto, necesito saberlo.

Perdone usted, continuó al ver fijas en su rostro las severas miradas de Espinosa; hay momentos en que no es uno dueño de sí mismo.

—Jóven, ¿quiere usted hacerme el honor de contestar á una pregunta? replicó el abogado con cierta solemne dignidad.

—Señor, diga usted.

—Esa explosion de furor que no ha sido dueño á contener, ¿en dónde tuvo origen, en el corazon ó en la cabeza?

—Caballero, replicó Gabriel con cierta confusion.

—No se atreverá usted á ser franco.

Siempre duele confesar una falta.

Los hechos, sin embargo, evitan á usted por cierto el trabajo de una confesion.

Yo debo creer que únicamente eso que llaman amor propio y dignidad, ha dado impulso á su cólera.

No el amor, no el dulce afecto que se sancionó un dia al pié del altar.

Dejando inútiles alharacas y vanos alardes, piense usted un poco en la verdad de mis palabras.

No le importe sentirse por ello avergonzado, aun delante de mí.

Al contrario.

Prueba será evidente de que reconoce su falta.

Gabriel permanecia inmóvil con la vista clavada en el suelo.

La voz de Espinosa resonaba en lo íntimo de su corazon.

Este, disimulando la alegría que le causaba el efecto producido, continuó así:

—En fin, de ese continuaremos luego.

Diga usted, ¿quién era el hombre que se atrevió á aconsejar á su esposa la infamia que mencioné.

Gabriel alzó su frente, y prorumpió á media voz:

—¡Oh! sí, su nombre, caballero, será un motivo más de agradecimiento que yo no olvidaré nunca.

—Yo se lo iba á decir de todos modos; se llama don Damian.

—¡Oh!

—¡El que pasó por padre de usted!

—¡Miserable!

—¡Vamos, que el cariño que le profesa á usted!...

—Y bien, caballero, ya que ha empezado dándome tan sanos consejos, le suplico me diga qué debo hacer.

—Con gran sentimiento mio, yo no puedo complacerle sin un requisito indispensable.

—¡Oh! diga usted.

—Necesito saber antes sus propósitos acerca de la conduc-

ta que piensa seguir, pero con sinceridad, con verdadera franqueza.

Yo le creeré á usted, y segun sea su contestacion, así podré darle ó nó, con arreglo á mi pobre criterio, el consejo que me pide.

—Pues bien, exclamó el esposo de Matilde con cierta exaltacion, voy á ser ingénuo.

No sé por qué, caballero, siento hácia usted tanto respeto como simpatía.

Voy á ser franco como desea, exponiendo del mismo modo lo adverso que lo favorable.

Estudiándome, he advertido que en mí mismo alienta y vive un enemigo terrible con quien mis buenos instintos se hallan siempre en abierta guerra.

Este enemigo es una altivez indómita, un orgullo desapoderado.

En todos los trances de la vida, propenden á alzarse avasalladores y dominantes.

Y sin embargo, caballero, no sé si usted lo habrá oido á Matilde, mi conducta hasta hoy ha sido intachable.

El amor que por ella he sentido siempre, ha sabido templar su perniciosa influencia, ha sido el más enérgico antídoto.

Pero despues experimenté un dolor de tal naturaleza, tan inmenso, que me hizo olvidarlo todo.

¡La muerte de mi hijo!

Ahora, en este momento es cuando lo conozco, obré mal dejándome llevar de una desesperacion insensible.

El mundo acabó para mí.

La misma desesperacion dió aliento á mis malos instin-

tos, y como imponente avalacha que envuelve y precipita cuanto toca, alzáronse violentos hollándolo todo, desafiándolo todo.

Una voz interior, la del deber, resonaba en el fondo de mi alma; mas sin embargo, la cruenta pena, causa de la revolucion que en mí se habia operado, subsistia con la misma fuerza, y por consiguiente, del mismo modo la tempestad que produjo.

Quise ahogar aquella voz con el estruendo de una vida licenciosa, y solo conseguia aumentar mi sufrimiento y el sombrío latir de la conciencia.

Yo lo conozco, caballero; dadas las condiciones de mi carácter, me encuentro bajo el influjo de una enfermedad.

La crísis ha de ser violenta.

Necesita una conmocion suprema que la termine, produciendo con ella la salud ó la muerte.

Bien sabe Dios, caballero, que he dicho á usted toda la verdad; agradeceré infinito que así lo crea.

Diciendo así Gabriel, permaneció en silencio.

Espinosa habia escuchado su relato con gran atencion.

Dentro de su alma sintió una alegría extrema.

Gabriel decia la verdad efectivamente.

Y no solo revelaba esto su semblante, si que tambien el principio de un arrepentimiento verdadero.

Al ver que no se engañaba con respecto al buen resultado de su intervencion, se apresuró á replicar:

—Amigo mio, dije á usted ántes que daria entero crédito á sus palabras, y lo hago con toda mi alma.

La verdad tiene un lenguaje especial, y es el que usted ha usado.

Hay más, y deseo no lo crea ridícula lisonja; desde el principio de nuestra conversacion he alimentado la esperanza de que no habia de terminar de otra manera que como acontece.

¡Y no le pesará á usted!

Inútil es de todo punto que trate ya de condenar la causa que por desgracia le precipitó.

Harto lo hará usted mismo en este instante.

¿A qué conduce la desesperacion? ¿qué trae en pos de sí?

¡Oh! nada mas que una cosa, ¡la triste realidad de nuestra pequeñez y miseria!

¡Ay, caballero! si el mundo todo protestara de contínuo, alzándose contra el sufrimiento, la sociedad se derrumbaria.

¡Bendita sea la religion, que templa nuestros dolores con sus dulzuras!

No olvidemos lo que dice el Libro de los libros: «¡Los últimos serán los primeros!...»

Tan sentido y paternal era el acento con que Espinosa pronunció estas palabras, que Gabriel las recibió hasta con júbilo.

Refrescaban su alma, enardecida con el rojo fuego del remordimiento.

Espinosa continuó así, aunque abandonando la entonacion que hasta entónces empleara:

—Pero hablemos de otra cosa, amigo mio.

Ya que es inútil insistir acerca de ese punto, vengamos á otro no ménos importante y del que ahora parece olvidado.

—¿A qué se refiere usted?

—A don Damian.

—¡Ah!

—Ya ve usted que no podemos dejarlo así.

—¡Oh! desde luego, créalo usted, caballero.

—Sí, pero eso va á ser segun y conforme.

—Es decir....

—¿Que yo creo que usted me dejará la direccion en ese asunto?

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque ese hombre ha procurado siempre envenenar mi alma, porque le odio con todas mis fuerzas.

—¿Y nada más que por eso no quiere usted hacerme caso?

—Nada más, replicó Gabriel con aire sombrío.

—Vamos, amigo mio.

—Imposible.

—Corriente.

En fin, ya que me niega usted ese favor, veamos otro á ver si tengo la misma suerte.

—¡Oh! caballero.

—Nada, esta es la verdad.

—Bien, hable usted.

—Es el siguiente:

¿Qué piensa usted hacer con don Damian?

—Señor Espinosa....

—¡Oh! tampoco.

—Por favor.

—Está bien. Ahora me toca á mí.

No seguiré, por cierto, su mismo sistema.

Don Gabriel, yo tengo más derecho que usted, si cabe, para hablar primero con ese hombre.

El esposo de Matilde miró con asombro á su interlocutor.

—¿Usted? exclamó por fin, sin ser dueño á ocultar su extrañeza.

—Sí, señor.

—Caballero, confieso que no lo comprendo.

—¡Oh! yo no soy tan reservado, y voy á explicárselo con la mayor claridad.

Apénas habia usted venido al mundo, cuando yo tenia fuertes motivos de odio hácia ese hombre.

—No puedo dudarlo, pero....

—¿Qué?

—Sentiria que....

—Nada, nada, la ingenuidad sobre todo.

Hable usted sin vacilaciones.

—Pues bien; que los motivos que usted pueda tener para odiarle, como no se relacionen con los mios, en nada impiden ni deben impedir mi resolucion.

—¿Lo cree usted así?

—Indudablemente.

—Pues bien, siento decirle que está equivocado.

—Explíquese usted.

—Los motivos de mi odio se relacionan íntimamente con los de usted; reconocen la misma causa.

—¿Es posible? replicó Gabriel profundamente admirado.

—No lo dude usted un momento.

—Confieso que no me es fácil acertar....

—Oiga usted y juzgue.

Hubo un momento de silencio.

El corazon de Gabriel comenzó á latir acelerado.

La solemne, al par que triste expresion que se pintó en

el rostro de Espinosa, le hizo recogerse en sí mismo y esperar aquella explicacion casi con respeto.

Sin saber darse cuenta de ello, la esperaba con cierta ansiedad.

En aquel instante se hubiera atrevido á jurar que, con efecto, algo iba á oir relacionado con sus recuerdos.

Y no se equivocó.

Espinosa, despues de una ligera meditacion, prorumpió así con voz grave y tranquila:

—¿Ha conocido usted á su madre?

Gabriel miró al abogado con ansiosa curiosidad.

—Nó, señor, contestó en voz baja.

—¿De ella no tiene usted noticia alguna?

—¡Oh! nó; solo conozco su nombre.

—Pues bien, yo la he conocido.

—¿Usted?

—Sí, señor.

¿Quiere usted saber algo de su historia?

—¡Oh! señor, eso no se le pregunta á un hijo que tuvo la desgracia de carecer de los halagos maternales.

Hable usted, le escucho con toda mi alma.

—Amigo mio, comenzó Espinosa con cierta emocion, voy á ser breve.

En este momento, desde hace muy pocas horas, se ha agitado tanto mi alma, que no podia proceder de otra manera.

Hace ya veinte años, cuando nuestras luchas políticas llevaban á muchos españoles á buscar amparo y hospitalidad en suelo extranjero, residia en Madrid la familia del coronel Valle, que era uno de tantos emigrados.

Un hombre opulento, un miserable hastiado del mundo, de alma negra y dañada, conoció á la hija del coronel, que entónces tendria quince ó diez y seis años.

No sé cómo, probablemente con astuta habilidad y merced á su posicion y riqueza, logró entrar en aquella casa.

La hermosura virginal de la hija del coronel, su candor é inocencia debieron despertar en aquel infame los más brutales deseos.

Con hábil hipocresía logró captarse la amistad de las dos mujeres, influyendo á esto indudablemente la tranquilidad que debia inspirarles su edad, pues tenia por entónces algo más de cuarenta años.

Empezó su campaña aquel infame.

Gabriel, el marqués de Lézaro era un mónstruo.

Seguro de la impunidad, tendió sus lazos, y aquella pobre niña inexperta y crédula, dió oido á sus palabras y crédito á sus promesas.

Se hallaba en esa edad en que todo sonríe, cuando en los oidos de la mujer resuena la palabra amor como suavísimo acorde, venga de donde quiera, y en que la ilusion no se paga de otra cosa que de fastuosas y huecas exterioridades.

Cuando pudo comprender el peligro en que se hallaba, ya no era tiempo.

El marqués, con tanta habilidad como cinismo, supo hacerse de cartas y reunir pruebas que, aun cuando nada fueran en sí, las dió la suficiente importancia para atemorizar á la jóven y hacerla entender que no era tiempo de arrepentirse.

En fin, amigo mio, la infamia triunfó de la inocencia.

La más grave falta que cometió la infortunada niña, fué la de no ser franca con su madre.

¡Un dia esta buscó á su hija inútilmente!

¡No debia volver á verla!

¡La pobre madre cayó enferma!

A los ocho dias, los médicos desesperaron de salvarla.

¡El golpe habia sido demasiado terrible, era mortal!...

Pero no fué esto solo.

Vino la amnistía, y el coronel traspasó la frontera.

Aun no hacía un mes que su hija abandonara el hogar paterno.

La enferma continuaba luchando entre la vida y la muerte.

El marqués de Lézaro tuvo miedo, y se preparó á consumar la obra.

La misma noche que llegó el coronel encontró la muerte.

¡Veinte pasos ántes de su casa hallaron su cuerpo cosido á puñaladas!

Espinosa, al llegar aquí, se detuvo como para tomar aliento.

Gabriel estaba inmensamente pálido.

Su corazon latia atropellado, y el sudor inundaba su frente.

No habló una palabra, no hizo el más pequeño movimiento.

Espinosa, ya más tranquilo, continuó así fijando en Gabriel una mirada triste y cariñosa:

—Lucía, su madre de usted, murió ignorando esta horrible circunstancia.

El marqués supo envolverla en el más profundo misterio.

Pero aun hay más; este infame era casado, y su familia residia en Galicia, lugar en que radicaba su título.

Miéntras su estancia en Madrid, supo ocultarlo tan bien, que para todos, ó por lo ménos en casa de Lucía, fué considerado como soltero.

Cuando terminaron las cuestiones políticas que le trajeran á la córte, y ya bastante despues del nacimiento de usted, se vió en la precision de trasladar su residencia allí donde tenia su familia.

Al cuidado de usted y de Lucía quedó ese miserable, ese Damian.

Espinosa se detuvo de nuevo.

Gabriel continuaba inmóvil.

Aquella pausa no podia ser más solemne.

Tales hechos, evocados por personas á quien tanto interesaban, parecian hallarse recientes.

Gabriel, oyendo hablar de su madre, la retrataba en su mente, la daba formas su cariño, la veia con el alma.

Espinosa volvió á exclamar:

—Por entónces la conocí yo, Gabriel.

Vivia en una constante reclusion y acechada por el más despiadado é infame verdugo.

¡Lucía no amaba al marqués!

¡Cuántas veces hablamos de esto, Gabriel!

Pero ¡ay! en mal hora conocí á aquella pobre víctima.

Espinosa, al llegar á este punto, se encontraba fuertemente emocionado.

Por fin, haciendo un poderoso esfuerzo, contó al esposo de Matilde lo que ya sabe el lector.

El principio de sus amores, la infamia del ex-barbero, que los protegió obedeciendo á su tenebroso plan, y por fin la sangrienta catástrofe, la muerte de la infortunada Lucía.

Gabriel escuchaba sin pestañear; parecía hallarse pendiente de los labios de Espinosa.

Este continuó así:

—Tal fué la historia del único amor que sintió mi alma, Gabriel.

Una enfermedad terrible me puso á las puertas de la muerte.

Cuando recobré la salud comencé á buscar con avidez á aquellos dos asesinos.

Todas mis pesquisas fueron inútiles.

Dios no quiso que añadiese yo un capítulo más á tan negras páginas.

Todos los antecedentes que he narrado acerca de la familia de Lucía, los pude reunir mucho tiempo despues.

¿No es verdad, Gabriel, que para nosotros dos la pobre madre, la inexperta jóven no debe inspirarnos otra cosa que compasion y respeto?

¿No es verdad que al lado de su primera falta se alzó el castigo, y la expió, primero con todas las lágrimas de sus ojos y despues con toda la sangre de su cuerpo?

—Sí, replicó Gabriel con acento sepulcral.

—Pues bien, amigo mio, hijo mio, si aun necesita de las oraciones de los únicos que respetan y aman su memoria, hagamos cuanto esté en nuestra mano porque sean eficaces.

Nada de nuevos enconos, nada de feroces venganzas.

Yo tambien un dia me erguí amenazador, y hoy vendigo á la Providencia que borró de mi mente tales propósitos.

—¿Y usted pretende, exclamó Gabriel con actitud sombría y torva, que ese hombre viva tranquilo, que su horrendo crímen quede impune?

—Lo que deseo es que no nos abroguemos atribuciones que pertenecen solo al Juez Supremo.

Gabriel, ni ese hombre vivirá tranquilo, ni mucho ménos su conducta podrá quedar impune.

La justicia de Dios es infinita.

¡Quién somos nosotros para atravesarnos ante ella!

—¡Oh!...

—Yo he contado á usted tan triste historia, Gabriel, para que persevere en el arrepentimiento en que ha comenzado á entrar, para que la memoria del desastroso fin de su pobre madre le sirva de ejemplo.

En su nombre, pues, continuó con voz severa é imponente actitud, prohibo á usted que ni siquiera busque á ese hombre.

—¡Señor!

—Prométalo usted solemnemente.

—¡Madre mia!

—Ella lo quiere....

—Pues bien, lo prometo, replicó el jóven casi sollozando.

—¡Oh! ¡gracias, Gabriel, hijo mio, gracias en su nombre!...

Una hora despues se separaban.

¡Habia dicho bien Espinosa!

Cuando salió de su casa era otro hombre.

Lloró, y aquel llanto, refrescando su alma, arrastró consigo la cizaña del mal.

¡Matilde iba á ser felíz!...

LIBRO TERCERO.

UN AÑO DESPUES.

CAPITULO PRIMERO.

Trabajos preparatorios.

Cuando el marqués de Lézaro sanó por completo de su herida, Amparo, que vió con increible dolor que su hermana persistia en una venganza loca, que ni adivinaba por otra parte en qué podia consistir, volvió á rogar, por escrito, al de Lézaro que la dejase marchar á Plencia con su anciana tia.

Este, que si en otro tiempo se hubiera propuesto no acceder á esta peticion por solo el placer de causar daño, ocupada como se hallaba su alma con el nuevo amor de la desconocida hermosura, se apresuró á dar su consentimiento.

Julia, pues, quedó sola en Madrid.

Amparo la habia dicho al marcharse:

—Si me pregunta Alvareda, hermana mia, ¿qué le digo?

—¡Oh! nada te dirá.

Y con efecto, Julia sabía perfectamente que el infortunado jóven no volveria á molestarla con sus quejas.

Dos dias ántes de abandonar la córte pidió una entrevista á su antigua amada.

Julia le citó para salir á paseo con Amparo y la mujer de Gabriel.

En la fuente castellana se apearon del carruaje, y Alvareda procuró adelantarse con la jóven.

Cuando estuvieron solos encomió la verdad de su amor, la llama ardiente que consumia su alma.

La recordó sus pasados juramentos, y por fin, suplicante y enamorado, la excitó á que se explicara.

Julia quiso ser ingénua.

Dijo que no queria hacerle infeliz, porque todo amor habia huido de su pecho.

Alvareda insistió con frenética exaltacion.

Todo fué inútil, la negativa era siempre terminante.

—Pues bien, exclamó aquel en un momento de vertiginosa efervescencia, ¿tú lo que anhelas es vengarte del marqués?

—Sí.

—¿Quieres que yo te vengue?

La jóven no contestó.

—¡Vacilas, Julia! ¡Oh, jamás me has amado!...

—Pues bien, exclamó esta exasperada, no vacilo, niego.

¡Vacilas, Julia! ¡Oh, jamás me has amado!

Alvareda, no insistas, aquel amor ya no existe.

Este no replicó.

Una lágrima ardiente brotó de sus ojos y rodó lenta por su mejilla.

Aquella lágrima fué el epitafio que cubrió la tumba de su amor.

Desde entónces no hablaron más.

Incorporáronse á las otras jóvenes, y la conversacion se hizo general, aunque lánguida y embarazosa.

A los dos dias, Alvareda y su hermano salieron de Madrid.

Julia, pues, habia dicho bien á Amparo, nada te dirá Alvareda.

Esta no insistió más.

Su altiva hermana, desde el momento en que se halló sola, comenzó á trabajar con ahinco para lograr el fin que se proponia.

Ya sabemos que habia encontrado en Nicolás un servidor excelente y á propósito.

Cuando este llegó á enterarse en un todo de los deseos de su jóven ama, la propuso un medio terrible.

Su hermana.

—Es hermosa, dijo, tiene un gran talento y hará cuanto la mandemos.

—¡Oh! ¿de veras?

—Señora, usted juzgará.

—¡Oh! sí, que venga.

Al dia siguiente tuvo lugar la entrevista.

Concha era, con efecto, una jóven lindísima, casi una niña.

Su hermano Nicolás en nada habia exagerado.

La discrecion y el despejo corrian parejas con su belleza.

A los dos dias de haber convenido en formar alianza, se inventó la manera de llegar hasta el marqués.

Tomaron una casa en la misma calle de los Dos Mancebos, y desde ella se trasladó la jóven á la del de Lézaro.

Se dió apariencia de un voto á semejante determinacion, y Pedro, el ayuda de cámara del marqués, recibió muy bien su llegada, que podia facilitarle algunas horas de descanso.

Concha llevaba ya tres ó cuatro años de servir en casas principales en clase de doncella.

La viveza de su penetracion y su talento natural la hicieron bien pronto acostumbrarse á las prácticas de salon y adquirir un postizo baño de buen tono.

Como una actriz consumada y en cumplimiento de lo pactado con Julia, comenzó á preparar al marqués.

Sus apariencias de cándida inocencia y la habilidad y tacto con que siempre estuvo sobre sí, consiguieron aun más de lo que se habia propuesto.

El orgulloso marqués se prendó de la hermosura de aquella niña inocente.

Comenzó con empeño su conquista, pero siempre fué rechazado con severa aunque amable entereza.

Ya recordarán nuestros lectores cómo acaeció su despedida y la situacion de ánimo en que dejó al marqués.

Ahora continuemos.

Julia, desde que marchó su hermana, dejó la casa de la calle del Arenal y se trasladó á la de la Montera.

Con la parte de herencia que la correspondió á la muerte de su padre, podia vivir hasta con superfluidades.

Inútil es decir que Nicolás se trasladó á la nueva casa en calidad de mayordomo y semi-consejero.

Penetremos en su gabinete.

Acaba de llegar de paseo.

Un brillante sol de primavera llevó aquel dia al salon del Prado á lo más escogido de la sociedad madrileña.

Nicolás se hallaba en su cuarto.

En cuanto oyó el ruido del carruaje que se detenia á la puerta, se asomó á la ventana que daba al patio y desde la cual se veia parte del primer tramo de la escalera.

Vió subir á la señorita, y se retiró con prontitud.

Cerró la ventana, guardó en su bolsillo dos cartas sin sobre que tenia en su mesa, y se dirigió presuroso hácia el gabinete de su señorita.

Apénas esta habia tenido tiempo de dar á su doncella el abrigo y el sombrero, cuando la voz de aquel demandó permiso para entrar.

—Adelante, Nicolás, adelante.

La puerta giró con suavidad, y el hermano de Concha se halló en presencia de Julia.

Esta hizo seña á su doncella de que podia retirarse.

Cuando se hallaron solos, exclamó:

—¿Hay algo de nuevo?

—Sí, señora, bastante.

—Bien, vayamos por órden.

¿Dónde está tu hermana?

—En la nueva casa.

—¿Pero en la que comunica con esta?

—Exactamente. En la calle de Jardines, núm. 5.

—¿De manera que cuándo tendremos libre el paso?

—Lo está ya.

—¿Es decir que viste á los respectivos caseros?

—Y lo arreglamos todo en seguida.

—Magnífico, exclamó Julia con una alegría salvaje.

—Pero señorita, continuó Nicolás, debo decir á usted una cosa.

—Habla.

—Que esos señores son muy careros y se lo han hecho pagar con demasía.

—Bien, á su tiempo presentarás las cuentas.

No es eso ahora lo que nos interesa.

Nicolás se inclinó.

Julia repuso con semblante risueño:

—¿Conque es decir que está todo preparado?

—En mi cuarto tengo la llave de la puerta de comunicacion.

—Corriente, pues no hay que perder tiempo.

¿Continúan las cartas del marqués?

—De todas tiene usted noticia.

—Por supuesto ¿siempre á las listas del correo?

—¡Ah! sí, señora, y recogidas con la recomendacion de usted ántes de fijarse en las listas al público.

—Bueno, pues vas á decir á Concha que le cite para esta noche.

—Señora....

—¿Qué?

—Me parece que es pronto todavía.

—¡Oh! no lo creas. Va á hacer un año que entre todos sostenemos la comedia.

Por ventura, ¿puedes dudar que ama de veras á Concha?

—¡Oh! eso nó, señora.

—Pues nada, ya lo sabes, esta noche se verán por primera vez.

—Está muy bien.

—Antes de enviarle la carta, sería bueno que yo la viese.

—Traeré entónces el borrador.

—Es verdad. Quiero que en su redaccion haya mucho cuidado.

Que cualquiera, al leerla, comprenda que la lucha entre el deber y el amor ha dado á este el vencimiento.

¿No te parece?

—¡Oh! y se acaba de volver loco.

—Pues bien, ve y disponlo todo inmediatamente.

Nicolás iba á salir, cuando Julia le detuvo de nuevo, exclamando:

—¡Ay! olvidaba una cosa muy importante.

—¿Qué, señorita?

—Que la carta es preciso llevársela al marqués á su casa.

—Es cierto, porque hoy no la recibiria mandándosela al correo.

—Pues nada, ya lo sabes.

Nicolás volvió á saludar, y salió.

Julia estaba radiante de alegría.

¡El momento de la venganza se acercaba!...

CAPITULO II.

La catástrofe.

Todo se verificó como lo habia dispuesto Julia.

Concha esperaba al marqués.

Eran las nueve de la noche.

Aun no se habia extinguido el eco de las últimas campanadas de un magnífico reloj colocado sobre el mármol de la chimenea del gabinete en que aguardaba aquella, cuando anunciaron la visita del marqués.

Concha se estremeció.

Hasta entónces habia estado sosteniendo con pasmosa habilidad un papel mentido y falso, pero al acercarse aquel momento tembló sin saber de qué.

Estaba realmente triste.

Sentia una desazon, un sufrimiento extraño.

¿Era aquello arrepentimiento?

No podemos saberlo.

Es tan profundo el arcano que se encierra dentro de cada sér, que únicamente aquel para quien nada existe

oculto leeria lo que pasaba en el alma de la hermosa jóven.

El de Lézaro penetró en el gabinete.

Aquel era otro hombre.

Estaba pálido, casi demacrado.

En él positivamente se habia verificado una revolucion especial.

Al verse ante la jóven, se detuvo.

Su sangre toda afluyó al corazon, y su voz espiró en sus labios.

Era tal la felicidad que experimentaba al volver á verla, que tembló ante la idea de que pudiera desvanecerse como un sueño.

Y para creerle tal habia más de un motivo.

En primer lugar, se le dió cita en una carta apasionada, en la que, con singular habilidad, se dejaba comprender el desbordamiento de una pasion por mucho tiempo comprimida.

Esto fué ya bastante á enloquecer al marqués, que durante tanto tiempo habia sufrido increibles tormentos.

Despues vió á Concha que le sonreia enamorada y provocativa, y tembló de amor y de deseos.

Cuando pudo dominar un tanto su emocion, y despues de haber estrechado en silencio la mano de la jóven, exclamó así:

—¡Oh! señora, ¿por fin se apiadó usted de mí? ¡Cuánta ha sido su crueldad, y cuántos mis sufrimientos!...

—Amigo mio, lo pasado debe olvidarse. Siéntese usted á mi lado y hablemos.

El marqués obedeció en silencio.

Miraba á la hermosa jóven con arrobado afan.

Concha prosiguió así:

—Tal vez extrañará usted que tan de pronto haya roto mi acostumbrada prudencia dándole una cita que estoy segura no esperaria; ¿no es así, marqués?

—¡Extrañarlo! sí, dice usted bien.

¿Cómo nó, cuando al ardoroso afan de mi alma permaneció usted sorda tanto tiempo?

Esta cita que tanto ansiaba, que es el colmo de mi ventura, me pareció una ilusion, una quimera que solo existia en mi mente, enferma y enamorada.

Y ya era tiempo, Concha, prosiguió el de Lézaro con acento de verdadera conviccion; á continuar como hasta aquí, mi corazon hubiera podido resistir muy poco.

Créalo usted, la debilidad, el cansancio enervaban ya mis pobres fuerzas.

La muerte era preferible cien veces, ántes que tan contínuos sufrimientos....

—¿Tanto me ama usted? exclamó la jóven con seductora mirada.

—¡Oh! replicó el de Lézaro con ardiente entusiasmo, ¡con toda mi alma, como nadie ha amado!

¡Usted no puede figurarse delirio mayor que el de esta pasion que me consume, que me subyuga!

¡Qué si la amo!... ¡Concha! Es tanta la intensidad de este amor, ha sido tal su influencia, que operó en mí una revolucion milagrosa.

Hasta que conocí á usted, mi voluntad no se vió contrariada en lo más mínimo.

Rico, jóven y altivo, consideré al mundo como una propiedad mia, y fuí cruel al disfrutar de sus goces.

Consideré el amor como un pasatiempo, y sus delicias tan solo halagaron mis sentidos.

Fuí dominante y despótico, y hoy concibo la humildad y tiemblo y he temblado en mis horas de aislamiento tan solo al pensar en una decidida repulsa de usted.

El bien que se ansía, la ilusion soñada, por lo mismo que pueden constituir la felicidad, imprimen en el alma una desconfianza dolorosa. Se teme que al tocar la dicha se desvanezca entre las manos. Por eso yo, suplicante, lleno de este amor que absorbe mi mente, que enloquece mis facultades, suplico á usted, Concha, que no le desoiga.

¡Que le atienda, ó me dé la muerte!...

Habia tal acento de verdad en las fogosas frases del marqués, que el más incrédulo, al oirlas, hubiera comprendido que la pasion que experimentaba era tan verdadera como intensa.

Julia Olmedo no podia estar desconta de su obra.

Al proferir el marqués sus últimas palabras, en medio de su entusiasta arrebato tomó una de las manos de Concha y la estrechó entre las suyas.

Esta, abandonándosela con poca resistencia, exclamó á su vez:

—Usted ha sido franco conmigo, y yo no puedo ménos de proceder de la misma manera.

Marqués, yo tambien amo á usted.

—¡Oh!...

—Le he escuchado sin interrumpirle, añadió con hechicera coquetería, y exijo de usted lo mismo.

—Es verdad, replicó el marqués palpitante de gozo, enmudeceré miéntras usted quiera.

—Pues bien, con esa seguridad, continúo.

Entremos en las revelaciones.

Cuando entré en su casa de usted, prosiguió la jóven bajando la voz y con bien fingida modestia, le conocia y le amaba.

—¡Concha!...

—Sí, ¿á qué negarlo cuando ya no existen, por dicha nuestra, las causas que nos separaban?

—¡Oh Dios mio! si esto es sueño, haced que no despierte.

Prosiga usted, Concha, prosiga usted.

—Desde entónces comenzó para mí una lucha en la que no sufrí ménos que usted, marqués.

—¡Oh! exclamó este con acento de duda.

—Y voy á probárselo.

Cuando abandoné su casa, impulsada por el deber, le dije que no podia revelar el sitio donde moraba, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí!

—Pues bien, no me era dable hacer otra cosa.

Despues ofrecí darle noticias mias; ¿lo cumplí?

—Es verdad.

—Lo hice tal vez como usted no esperaria, escribiéndolo yo misma.

Esto ¿no es amor?

—¡Oh, sí! ¡Debe serlo, lo será, y lo creo!

Hay dichas tan grandes, Concha, que, como ántes dije, se duda de ellas; y es que son tales, que no se merecen.

Pero diga usted, ¿y esas causas que hasta ahora nos separaron haciendo mi desesperacion?...

—Han desaparecido.

—¿De modo que nuestro amor....

—Es libre de manifestarse desde hoy mismo.

—¡Oh! gracias.

—Y voy á sorprenderle con dos buenas noticias.

—Diga usted.

—La primera, que soy libre como el aire.

—¿De veras?

—Y la segunda, que en virtud de eso mismo he dispuesto que no salga usted de mi casa hasta que den las doce de la noche.

Cenaremos juntos y hablaremos acerca de nuestro porvenir.

¿Le parece esto bien al señor marqués?

—¡Oh mujer adorada!...

—Poco á poco. En cambio voy á pedir un favor.

—¿Qué es? exclamó el jóven enamorado con vehemencia.

—Que han de suprimirse las lisonjas.

Por ahora, y hasta que yo lo consienta, nada de piropos alarmantes, dijo la taimada jóven con alegre sonrisa.

Tenemos sérias cosas de que ocuparnos, puesto que ha de tratarse de asegurar nuestra dicha.

—Bien sabe Dios, Concha, que mi voluntad como mi corazon no me pertenecen. Una y otro son de la mujer á quien amo.

Mas en este momento, aunque esté dispuesto á obedecer, no puedo hacerlo sin protestar ántes.

—Veamos la protesta.

—Habló usted de suprimir lisonjas, y esto no puede tener lugar por la sencilla razon de que no existen.

En cuanto á lo demás, procuraré obedecer, aunque no responda de ello. Esas palabras de ternura que quiere usted que yo suprima, son naturales emanaciones del amor que enardece mi alma.

Mentiria si prometiese obedecer en absoluto.

Apénas habia dicho el marqués estas palabras con galantería y sentimiento, cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció un criado.

—Señorita, dijo, la mesa está dispuesta.

—¡Ah! perfectamente.

Marqués, el brazo; continuaremos en el comedor.

El de Lézaro se apresuró á ofrecer su apoyo á Concha, y precedidos del criado, salieron del gabinete.

La farsa iba saliendo á las mil maravillas.

Julia Olmedo era una mujer terrible.

Veremos en qué consistia su venganza.

CAPITULO III.

Continuacion del anterior.

El marqués de Lézaro estaba entusiasmado, era feliz en toda la extension de la palabra.

Concha hizo los honores de la cena con tanta gracia como amable coquetería.

Nadie hubiera dicho, al verla tan hermosa, al apreciar los encantos de su juventud y de su talento, que obraba por cuenta ajena y como indigno instrumento.

Aquella mujer, obedeciendo la voluntad de su hermano, como él, se contentaba con una ganancia mezquina, por más que satisfaciese sus deseos, cuando tan fácilmente podia haber utilizado sus malas artes con el mismo marqués.

Y no debe suponerse que una mujer como ella lo desconociera así, sino que se habia propuesto servir á Julia, y estaba dispuesta á cumplirlo hasta el fin, sin dar acaso excesiva importancia á su trabajo.

Fiel á las órdenes recibidas, despues de los postres y al

cabo de un buen rato de sobremesa, cuando ya libres de la presencia del criado que les sirvió, el marqués comenzaba á prodigar con demasía las frases más apasionadas, Concha, retirando una mano que el de Lézaro queria retener entre las suyas, exclamó así con cierta intencion:

—Querido marqués, ha llegado la hora.

—¿De qué, hermosa Concha?

—De la sorpresa.

—¡Hola! ¿y en qué consiste? Veamos.

—¡Oh! para eso necesito prepararme.

—¿Pero no puedo saber en qué consistirá? replicó el marqués con maliciosa intencion.

—Entónces dejaria de ser sorpresa.

—Yo no quiero ser atrevido, Concha, pero sería indiscreto preguntar si va á ser agradable para mí.

—No hay indiscrecion alguna, pero quiero oponerme á desvirtuar mi intento.

Marqués, volvamos al gabinete, continuó levantándose. Allí le dejaré á usted un momento, y entónces verá la importancia de la sorpresa y cuánto merecia se conservase pura hasta su tiempo.

El marqués no replicó, y siguió á Concha, que habia echado á andar.

Una vez en el gabinete que ántes habian ocupado, esta volvió á exclamar:

—No estará usted solo más que un instante.

Adios, hasta muy pronto.

Diciendo así, y ántes que el de Lézaro hubiera podido replicar una palabra, la jóven desapareció veloz, cerrando tras sí la puerta.

El marqués no se hallaba en aquel momento en ocasion de entregarse á sérias y contínuas reflexiones.

Era demasiado felíz para ello.

Por otra parte, ¿qué podia sospechar?

Una mujer que durante tanto tiempo le dedica un amor puramente espiritual, que á pesar de obstáculos que indudablemente debieron existir, continúa perseverando en él, debe forzosamente inspirar constancia al hombre que tal ha merecido.

Y tanto era así, que el marqués creyó que la sorpresa de que hablaba Concha sería con efecto algun acontecimiento lisonjero, ó por lo ménos un pasatiempo agradable.

Tratando estaba de adivinar qué podia ser lo que se proponia, cuando se abrió la puerta con violencia.

Ante aquel ruido alzó la cabeza el marqués, y sus ojos se fijaron en la entrada.

Una mujer alta y esbelta, en actitud imponente y majestuosa, se hallaba inmóvil en el dintel.

Aquella mujer era Julia Olmedo.

El de Lézaro quedó como petrificado.

Ni fuerzas tenia para apartar de ella sus ojos.

En su rostro se pintaba un asombro profundo, casi terrorífico.

Julia, despues de aquel primer momento de fria contemplacion, adelantó hácia el marqués.

Como él, estaba pálida, pero serena.

Una sonrisa entre cruel y sardónica jugueteaba en sus labios.

Sonrisa fria y nerviosa que casi estremeció al de Lézaro.

Cuando llegó junto á este se detuvo, exclamando con voz firme y severa:

—Saludo al noble marqués de Lézaro.

Este se levantó casi maquinalmente.

—¡Oh! nó, no se moleste usted, caballero.

Tomemos asiento, que justo es que hablemos un rato despues de tanto tiempo como ha pasado sin vernos.

—Pero ¿usted aquí? murmuró el de Lézaro, más bien formulando su admiracion que dirigiéndose á Julia.

—¿Le parece á usted extraño? No me admira; pero la admiracion cesará en seguida.

Soy la sorpresa que preparaba á usted la bella Concha.

—¿Usted?...

—¡Oh, Dios mio, sí señor!

Y me parece que á no ser así, no alcanzo qué explicacion podria tener mi presencia en este sitio.

Pero en fin, creo que es tiempo que nos dejemos de admiraciones.

Un hombre que, como usted, tiene tan bien acreditada su sangre fria, no es cosa, á ménos que no prefiera el ridículo, de aparecer mucho tiempo como un colegial timorato.

—Y bien, señora, prorumpió el marqués algo mas repuesto, aunque con voz insegura, casi triste, ¿podré saber cómo se encuentra aquí, ó mejor dicho, lo que de mí exige?

—Caballero, advierto una cosa, replicó Julia con desdeñosa expresion; advierto que desde que está usted enamorado va perdiendo el tacto que ántes le distinguia.

—¡Señora!

—¡Oh! es muy cierto.

La manera de interrogarme que ha iniciado usted se-

ría insultante, á no ser lo que es, excesivamente trivial.

¿Qué hago yo aquí? me pregunta usted, caballero.... Vamos, preciso es que haya degenerado mucho su parte moral; de lo contrario no se expresaria usted como lo ha hecho.

—¡Cómo!

—¡Justamente, caballero!

Pero dejemos eso que nada vale, y pasemos á cosas más importantes.

Señor marqués, ¿recuerda usted algo de nuestras antiguas conversaciones?

—Sí, señora, mucho, replicó el de Lézaro con naturalidad, sin provocacion ni sarcasmo de ninguna especie.

—¿Y podria merecer de su amabilidad me dijese qué es, entre todo, lo que más presente tiene?

—Su venganza.

—Es verdad, marqués, ese es mi mayor deseo.

Por supuesto que no quiero inferirle el agravio de suponer que no sabe contra quién se dirige mi venganza.

—¡Ah! señora, lo sé muy bien.

—¿Y contra quién es?

—Contra mí.

Julia le miró con una sonrisa feroz.

El marqués permaneció de la misma manera, con una especie de insensibilidad especial.

Aquel hombre, con efecto, habia cambiado.

El amor hace milagros.

¡Siempre los contrastes!

Julia, sin saberlo, es más, obedeciendo á un sentimiento de vengativa saña, hizo al marqués mejor de lo que era.

Le purificó por conducto de aquella meretriz de corazones, de aquella jóven, casi una niña, que jugaba con los afectos del alma, sin que la suya se sintiese conmovida, para satisfacer una venganza.

Aquel hombre, pues, debia á la infamia, en aquel momento, el principio de una regeneracion moral que no podia ménos de ofrecer excelentes resultados.

Lo que no hubieran hecho acaso predicaciones, lo consiguió un plan alevoso.

Pero continuemos.

Julia, despues de una ligera pausa, exclamó:

—Pues bien, yo pagaré esa espontaneidad con otra.

Mi venganza está á punto de consumarse.

El de Lézaro no contestó ni hizo el más pequeño movimiento.

Julia continuó así:

—Ama usted á Concha, ¿verdad?

Espero que no dudará contestarme, una vez que afortunadamente advierto que va recobrando su sangre fria.

—Sí, señora, ¿á qué negarlo? La amo como nunca amé, con toda la intensidad de que es capaz mi alma.

—Yo doy á usted por eso la más cumplida enhorabuena.

Siempre habla en favor de cualquier persona el que así se entregue á tan nobles afecciones.

Pero ¡ay! á veces en ese mismo amor suele hallarse nuestra desventura.

Por ejemplo, ¿quién duda que hay mil ocasiones en que la fatalidad viene á interponerse entre nuestra dicha haciéndola imposible?

Pero no necesito esforzarme en convencerle de esta verdad.

Usted en este momento recela una cosa parecida, ¿no es así?

--Señora, replicó el marqués con grave y triste acento, ignoro cuáles son los intentos de usted al presentarse en este sitio.

Enigma es para mí cuya solucion no alcanzo.

Qué es lo que usted pretende y de cuánto puede ser capaz, me es de la misma manera imposible de concebir.

Hable usted; sepa yo lo que desea.

—¡Oh! nada más justo.

Lamento no poco, señor marqués, que no sea usted del todo ingénuo.

—¡Señora!

—No es exacto, siento decírselo, que ignore tan en absoluto.

Usted que ha conservado en la memoria lo que medió en nuestra última conversacion, es imposible que no se figure algo de mis propósitos.

Sin embargo, por si así fuese, le haré pronto salir de su ignorancia.

Tengo la evidencia de que ha de hacer justicia á mi fuerza de voluntad y admirar mi resolucion.

El de Lézaro miraba á Julia con espanto.

Sentia oprimido su corazon cual si presintiese un terrible acontecimiento.

En el semblante de la jóven veia resplandecer una alegría satánica, una fruicion tan terrible como diabólica.

Sin embargo, esperó en silencio.

Aquella continuó así:

—Desde el principio de los amores de usted, señor marqués, hasta este momento, no se me ha ocultado el más pequeño detalle que á ellos hiciese referencia.

He visto que no me habia engañado.

Desde el primer dia comprendí que su corazon de usted llegaria á verse cautivo y apasionado, y me propuse hacer imposible la dicha que anhelaba.

—¿Usted?

—¡Oh! ¿y mi venganza, caballero?

Usted mismo debe comprenderla, puesto que la ha tenido presente.

Y en eso me hizo justicia.

—Y bien, replicó el de Lézaro con voz sorda, ¿dice usted que se propone estorbar mi dicha? ¿Podria saber cómo?

—¡Oh! ya lo creo, en ello voy á tener un verdadero placer.

Señor marqués, es como sigue:

Prepárese usted á experimentar un gran sentimiento, una terrible pena.

—¡Yo! ¿y por qué? replicó el de Lézaro, estremeciéndose aun á pesar suyo.

—¿No me ha confesado que adora á Concha con toda su alma?

—Sí; pero....

—¡Oh Dios mio! interrumpió Julia con una frialdad glacial, siendo esto así, ¿no ha de ser su muerte un acontecimiento que lastime el corazon?

—¡La muerte!... ¿Y de quién?

—De Concha.

—¡Señora!...

—Qué, ¿me equivoco? ¿No sería doloroso para usted?

—¡Oh! es que no puede ser.

¿Por qué ha de morir? replicó con dolorosa exaltacion; ¡eso es imposible!

¡Nó, no puede ser!...

Señora, ¡no sé lo que me digo!... Ni yo puedo creer que usted.... ¡Oh! sería una crueldad inmensa, sin nombre, sin ejemplo!

El marqués dijo estas palabras como fuera de sí, de una manera ansiosa y frenética.

Despues ocultó la frente entre sus manos, desesperado, lleno de dolor y angustia.

Evidentemente no era el mismo.

Aquella energía, aquella soberbia de otro tiempo parecia haberse desvanecido.

Era indudable que yacía sojuzgada bajo un levantado sentimiento.

El amor iba purificando el alma del marqués de Lézaro.

Julia Olmedo le miraba de una manera siniestra.

Su hermosura tenia mucho de repugnante en aquel momento.

Parecia el ángel caído regocijándose ante la idea de trabajar sin descanso para robar almas al cielo.

Despues de un breve silencio, exclamó así con estudiada lentitud:

—Si á cada cosa debe ponerse el nombre más apropiado, dígame usted, si es cruel mi propósito, ¿qué nombre merece el que tuvo conmigo no hace aun mucho tiempo?

Yo tambien amaba, señor marqués, y usted, sin escu-

char más, sin atender otra cosa que á su empeño, hizo imposible este amor, cometiendo la más grande de las villanías.

Su proceder inícuo ¿qué nombre merece?

¿No hubo la más infame premeditacion en sorprender la buena fé de mi anciano padre para conseguir la mano de Amparo?

¡Oh! señor marqués, mi venganza, por grande que fuera, no corresponderia bastante á lo que usted supo realizar.

—¡Julia, lo sé! prorumpió el de Lézaro alzando su frente desesperado; hoy lo conozco todo, hasta hoy no he sabido medir todo lo inícuo, todo lo miserable que he sido con usted.

¡Y no es que yo crea que puede ser capaz de obrar como anuncia, nó!

¡La mujer es más tierna, más generosa y sensible!

¿Cómo habia usted de encontrar fuerzas para saciar su justo enojo en esa pobre niña que ningun daño la ha hecho?

Y sin embargo, continuó con dolorosa precipitacion, aunque sé que en esto no la hago más que justicia, aunque tengo casi la evidencia de que no habia de obrar así, no quiero, no debo eximirme de suplicarla me perdone.

Julia, desde que no nos vemos he sufrido mucho.

Este amor que usted ha llegado á conocer y que yo confieso con el mayor gusto, ha hecho el prodigio de trasformarme.

¿Necesitaré otra prueba para demostrarlo que el humilde reconocimiento que hago de mi indigna conducta?

¡Julia, vuelvo á suplicárselo, olvídelo usted todo y perdóneme!...

—Es imposible.

—¿Imposible?

—Sí, caballero. ¡Lo juré y era necesario cumplirlo!

Además, sería ya tarde.

—¿Cómo?... ¡Oh! por Dios, Julia, explíquese usted. ¿Qué quieren decir esas palabras que me llenan de espanto?

—Quieren decir que los hechos consumados no admiten decision contraria.

—Pero....

—Y mi venganza lo es.

—Y bien, esa venganza ¿en qué consiste?

¿Hasta dónde va usted á llegar en ella?

Yo he oido ántes, continuó fuera de sí y pálido como un cadáver, no sé qué cosa de que moriria.... ¡Oh! no puede ser.

Julia, por lo que más ame en el mundo, por la memoria de su padre, renuncie usted á tan terrible decision.

—No puede ser, replicó la hermana de Amparo con feroz estoicismo.

—¡Oh!...

—En cambio, voy á proporcionarle una satisfaccion.

Usted me profesará desde ahora mismo un odio cruel; pues bien, ese odio va á tener un buen momento, un justo desahogo.

Yo he llevado la muerte al corazon de Concha, pero no sin herir el mio.

La sobreviviré unos cuantos minutos, y nada más.

Lo suficiente á saborear mi venganza.

—Entónces, ¿eso quiere decir.... gritó el marqués.

—Que el mismo veneno corroe ya nuestras entrañas.

—¡Oh Dios mio!

—Ya ve usted que no soy egoista; es más, he tenido la prevision de anticiparme á sus deseos.

Muerta Concha, yo no debo sobrevivirla.

—¡Oh! esto es horrible, esto debe ser un sueño.

¡Dios mio, haced que despierte cuanto ántes!

Apénas hubo pronunciado estas palabras, un ruido de pasos precipitados resonó en la habitacion inmediata.

Un instante despues se abria la mampara con violencia, y Concha penetró en el gabinete.

El marqués, al verla, dió un grito terrible.

Julia se puso en pié.

La jóven, en cuanto entró, tuvo que agarrarse con ambas manos al sillon más próximo, pero de una manera crispada, ansiosa.

Su cuerpo apénas podia sostenerse.

Sus labios se hallaban cubiertos de una espuma amarillenta, y en su rostro, poco ántes tan hermoso y sonrosado, veíanse unas manchas medio azuladas, que por momentos se hacian perceptibles.

Sus negros ojos, cada vez más hundidos, comenzaban á adquirir una fijeza vidriosa que conmovia y aterraba.

Hubo un momento de silencio solemne.

El de Lézaro voló á su lado y la sostuvo.

Su cuerpo temblaba y se estremecia casi más que el de la pobre envenenada.

Esta, en medio de una agitacion terrible, clavando su opaca mirada en Julia, exclamó así con voz débil y cada vez más imperceptible:

—Señora.... ántes de mo....rir he querido.... dar á us.... ted las gracias....

He llama....do á mi po....bre hermano.... y no me.... oye....

Usted me ase....sina, pero.... yo.... la perdono....

Marqués.... perdónela.... usted.... como.... yo....

El fuego que me.... abrasa.... aquí.... aquí. ¡Di....os mio!!..

No dijo más.

Un estremecimiento terrible agitó sus miembros.

Llevó ambas manos al corazon, dobló la cabeza sobre su pecho, y exhalando un gemido estertóreo, espiró.

. . . . . .

Un cuarto de hora despues, el de Lézaro, loco, frenético y desencajado salia huyendo de aquel gabinete.

En él quedaban dos cadáveres.

Julia habia cumplido su palabra.

Sin embargo, aunque breve su agonía, fué más terrible que la de Concha.

El marqués se sintió helado de espanto.

Aquel cuadro era demasiado fuerte, demasiado terrible.

Julia en sus últimos momentos demandaba perdon.

El de Lézaro, embargado por tanta emocion, pedia socorro á grandes voces.

Ninguna contestaba á las suyas.

Y es que por disposicion de la infeliz Julia de Olmedo, todos los criados se habian trasladado á la otra casa por la comunicacion que mandó abrir.

Un instante de verdadero arrepentimiento, nacido del fondo del alma, puede conseguir la clemencia divina.

¡Julia de Olmedo espiró invocando el santo nombre de Dios con lágrimas de acerbo dolor y profunda contricion!

CAPITULO IV.

Una sorpresa nada agradable.

Al dia siguiente de la entrevista celebrada entre Espinosa y Gabriel, y en las primeras horas de la mañana, mandó aquel una carta á don Damian, en la que le rogaba pasase á verle cuanto ántes para un asunto altamente trascendental y que le importaba mucho.

Don Damian se fijó en seguida en la firma, pero nada pudo sacar en limpio.

Solo habia iniciales.

Despues de leerla dos veces y recapacitar un poco, contestó que marcharia en seguida.

Con efecto, se desayunó, y despues de vestirse con toda tranquilidad, echó á andar hácia la calle de Carretas.

En honor de la verdad debemos decir que se preocupó muy poco con lo que significaria aquella cita.

Más que nada le embargaba entónces la cuestion de Gabriel y Matilde.

En cuanto se anunció, le hicieron penetrar en el gabinete que ya conocemos.

Espinosa se hallaba sentado á su mesa.

Don Damian clavó sus ojillos en el abogado.

La simpática figura de este le tranquilizó.

En seguida, y á invitacion suya tomó asiento en uno de los sillones colocados junto á la mesa.

Una vez hecho esto, y despues del saludo natural, trató el primero de abordar la cuestion, diciendo:

—Caballero, se me ha citado por usted, segun creo, y me expreso así, porque á causa de la manera con que ha firmado su atenta carta, casi no he sabido, al llegar aquí, cómo indicar á un criado lo que motivaba mi venida.

—Afortunadamente acerté á tiempo á remediar mi torpeza, pues con tiempo les previne de ella.

—Pues bien, replicó don Damian con su eterna y bondadosa sonrisa, y dejando de insistir sobre aquel punto, pues comprendió que su interlocutor no queria revelar su nombre, ¿podré merecer de su bondad me diga en qué puedo servirle?

—¡Oh! muchas gracias, dijo Espinosa con imperceptible sonrisa de ironía, va usted á saberlo.

Don Damian se preparó á escuchar.

Su semblante, revestido de la falsa candidez que le era característica, se fijó en el abogado, al parecer, sin más intencion que la de una curiosidad debidamente legítima.

Este comenzó así:

—Don Damian, ¿es usted hombre de buena memoria?

—¿Yo? contestó este afectando una admiracion bondadosa.

—Sí, señor. Creo que la pregunta es bien sencilla.

—¡Oh! ya lo creo.

—Entónces....

—Contesto á usted que es bastante regular.

—¡Magnífico! Pues he comenzado así, porque se trata de cosas añejas, acaecidas hace mucho tiempo.

Si hubiera usted replicado lo contrario, me hubiese visto en el caso de ayudarla de una manera que nos hubiera distraido mucho.

El ex-barbero, que como sabemos era la astucia andando, comenzó á sentir una inquietud extraña.

No obstante, permaneció impasible.

Espinosa continuó en estos términos:

—Voy á hablar á usted de un conocimiento suyo muy antiguo.

—¡Hola!

—Sí, señor, casi á desenterrar un suceso que no por bastante ignorado deja de ser histórico.

—¿Y ese suceso....

—Ahora va, don Damian, no esté usted impaciente.

—¡Oh! no es por eso, sino que la curiosidad....

—Es natural, pero va á quedar al punto satisfecha.

¿Se acuerda usted de Lucía, aquella pobre jóven cuya custodia le confió el marqués de Lézaro?

Don Damian, que aunque taimado como él solo, esperaba algo extraordinario, no pudo dominar el efecto producido por aquellas palabras.

Miró al abogado de una manera casi estúpida.

Este, que le observaba atento, continuó así:

—¿No me ha comprendido usted?

—¡Oh! sí, señor, ya lo creo, dijo el hipócrita ex-barbero procurando, aunque en vano, sonreirse.

—¿Pues entónces....

—Diré á usted, como no esperaba....

—Vamos, serénese usted, don Damian.

—¿Cómo que me serene? Yo no dejo de estarlo; ¿y por qué no lo habia de estar?

—Hombre, poco á poco, replicó Espinosa con severidad, podia usted no estarlo, porque tengo para mí que ese nombre solo, debia producir un efecto terrible en su conciencia.

—¿Cómo? usted se equivoca, dijo don Damian medio turbado.

—¡Báh! si no tuviera más pruebas que lo que veo, sería bastante.

Está usted pálido, completamente demudado, caballero.

—Pero yo, ¿por qué?

—Vamos, no disputemos sobre eso, porque en todo caso y de ser así, podria deducirse otra cosa.

—¿Qué?

—Que el imprudente disimulo es en usted un arma que está muy acostumbrado á manejar.

Pero continuemos.

Y á propósito, ya que se ha iniciado lo de las sorpresas, allá va otra.

Por supuesto que no adivinará usted por qué no puse mi nombre en la carta, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—Pues bien, fué porque le guardaba para causar efecto.

Un golpe teatral.

Y si no, juzgue usted.

Me llamo don Fernando Espinosa, aquel mismo jóven

amante tierno y respetuoso que habló con usted por primera vez en la botillería de la calle de la Montera.

¡Qué tal! ¿Ve usted que hay nombres que parecen talismanes?

Si se viera usted ahora mismo en un espejo, se asombraria de seguro, señor don Blas.

Con efecto, aun no dueño de su calma, este segundo golpe acabó de anonadarle.

Se puso lívido.

Espinosa comprendió que era dueño de la situacion, y que no debia dejar que se sobrepusiese.

En su consecuencia, continuó:

—Por supuesto que usted, que es hombre que no se aturde con facilidad, estará diciendo para sí, ¿á dónde iremos á parar con tales principios?

Pues bien, yo que lo comprendo así, que lo adivino, que lo estoy leyendo á través de ese barniz de hipocresía, voy á adelantarme á su pensamiento y á contestarle de este modo:

Don Damian, el cielo se va cansando de tantas maldades, y miéntras llega el castigo que por ellas le tendrá acaso reservado en la otra vida, en esta va á comenzar tambien la expiacion.

Lo que va usted á oir es muy grave.

Lucía vive.

—¡Dios mio! murmuró el ex-barbero anonadado, sintiendo que se le escapaba el último resto de energía.

—En virtud de esto, no quiero hacerle la injusticia de que no sospechará por lo ménos cuál va á ser la dolorosa solucion.

—¡Oh!

—Desde aquí, continuó Espinosa cada vez con más severidad, saldrá usted para la cárcel.

—¡A la cárcel! murmuró el ex-barbero más muerto que vivo.

—¡Oh! ya lo creo.

Ha fiado usted demasiado en su buena estrella, y eso, créame, trae siempre malas consecuencias.

Si usted fuera ingénuo, confesaria que hay motivo para ello.

Dice el refran que no hay deuda que no se pague...

Usted creyó que iba á morir insolvente, y se ha equivocado.

Don Damian comenzó á tener miedo.

Habia caido en la ratonera de un modo que no era posible la salvacion.

Ni acertaba á proferir una palabra.

El abogado volvió á exclamar en estos términos:

—Conque don Damian, no hay más que conformarse.

La suerte se le muestra á usted contraria en todas las cosas.

Hasta el galanteador que mandó usted á que molestase á la esposa de Gabriel, se ha arrepentido de ello, y ha confesado de plano.

Esto acabará de hacerle comprender que hay por todos los mejores deseos para no descansar hasta no verle en presidio.

Solo lo que yo puedo hacer en su favor, aunque estoy bien seguro de que no lo merece, es una de estas dos cosas, á ménos de que no le sea indiferente:

O bien entregarle á usted ahora mismo á la justicia, ó

esperar á que venga Lucía, que sé yo tiene mucho gusto en tener una conferencia con usted.

Escoja, pues, lo que guste.

Don Damian, que hasta entónces habia permanecido inmóvil, con la frente inclinada y como confundido ante la perspectiva que se ofrecia á sus ojos, alzó su cabeza, y mirando á Espinosa con humilde expresion, exclamó así medio balbuciente:

—¡Oh! ¡por Dios, señor de Espinosa, haga usted algo por mí, sálveme!

Es verdad que debe odiarme con todo su corazon, porque causando su desgracia, le engañé miserablemente.

Es verdad que labré la desdicha de esa infelíz señora, pero tengan en cuenta que el bueno no debe ser vengativo.

El rencor no es patrimonio de las almas nobles.

No tanto la edad como el aislamiento en que vivo y el contínuo evocar recuerdos dolorosos, han hecho de mí un miserable viejo.

¡Yo tengo miedo de ir á un presidio!

¡Por Dios! ¡tengan compasion de mí!...

—¿Y usted la tuvo de esa infeliz mujer?

¿Con qué derecho se atreve usted siquiera á invocar generosos sentimientos?

Nó, señor mio, lo dije ántes, no puede haber compasion para usted.

Además, yo quisiera que hablase con franqueza.

Procediendo Lucía de este modo, ¿no obra en virtud del más sagrado derecho?

¿No es lo ménos que haria cualquiera en su caso?

—¡Oh! sí, señor.

¡Yo provoqué y dispuse aquella situacion sangrienta!

¡Yo puedo decir que armé el brazo homicida del marqués de Lézaro!

¡Sí, hoy me horrorizo de todo eso!...

—Entónces....

—¡Oh! caballero, pero contra lo que todos creíamos, no ha muerto.

Gabriel, su hijo, será felíz aun junto á ella.

Yo me iré léjos, ¡muy léjos!...

¿A qué han de empañar ustedes su felicidad con mi castigo?...

—Desgraciadamente, caballero, replicó Espinosa despues de un momentáneo silencio, la existencia de Lucía no es cierta.

Ha sido un medio que empleé para ver cómo usted se expresaba.

Don Damian fijó veloz en el abogado una mirada penetrante.

—¡Ah! ¿conque no es cierto? dijo.

—Nó, señor.

—De manera que.... vamos, señor Espinosa, la escena no ha podido ser más original.

—¡Qué dice usted!

—Que se puede decir que ha sido de quién á quién.

—No entiendo á usted.

—Si toma con seriedad mis palabras, le suplicaré me dispense, pero no por eso he de dejar de decir la verdad.

Como yo sabía de una manera indudable que esa infeliz señora murió hace muchos años, al oir á usted asegurar lo

contrario con tanta gravedad, creí que se trataba de una broma, y la he seguido.

Si usted desiste de ella porque, en virtud de mis palabras, creyó llevarla demasiado léjos, no lo piense siquiera.

Aunque voy siendo viejo, no lo es en mí el buen humor; conque nada, prosiga usted sin inconveniente.

Tan escandalosa y procaz desvergüenza, expuesta con la hipócrita bondad de que hacía constante uso, indignó hasta tal punto á Espinosa, que ni siquiera acertó á contestarle.

La admiracion que le causaba tanto cinismo, no pudo ser más extraordinaria.

Por fin, cuando, digámoslo así, se convenció de que no estaba soñando, y que aquel hombre era con efecto un descocado miserable, mal conteniendo los ímpetus de su justa indignacion, exclamó así:

—A olvidarme yo de quien soy y de lo que usted vale, mi respuesta sería echarle por ese balcon.

Una cosa le aconsejo, sin embargo; no prosiga como ha empezado, porque no sé hasta dónde llegaria mi paciencia.

—¡Pero señor Espinosa!...

—¡Basta! ni una palabra más.

Señores, continuó poniéndose en pié y dirigiéndose hácia una habitacion próxima y cuyas vidrieras cerradas se hallaban frente al asiento ocupado por el ex-barbero, pueden salir cuando gusten.

Me parece que, como yo, no necesitarán más pruebas.

Diciendo así Espinosa, retiró las colgaduras. La puerta vidriera se abrió, y penetraron en el despacho del abogado hasta cuatro hombres.

Eran un escribano con su alguacil y dos testigos.

Don Damian ni se movió siquiera.

Estaba, como se dice vulgarmente, más muerto que vivo.

Espinosa tomó la palabra en estos términos, dirigiéndose al escribano:

—Caballero, despues de la verídica historia que oyó usted de mis labios y de las explicaciones dadas por el jóven á quien el señor sirvió de padre, aunque parezca sarcasmo, creo que con lo que acaba de oir habrá formado juicio.

—Indudablemente, señor don Fernando, cuando oyó decir á usted que no existia por desgracia esa señora, vió delante de sí carencia de pruebas, y como hombre ducho en la materia, se dijo: volvamos la hoja; el solo dicho de un hombre honrado no es bastante para traer sobre mí el castigo. Estamos solos, por consiguiente me he salvado.

—Ese fué su propósito, dice usted muy bien; pero el cielo no podia consentir tantas infamias, y ha hecho patente el crímen.

Caballero, espero de su bondad se sirva dar fé y testimonio de lo que aquí ha pasado y han oido ustedes.

Además, bajo mi directa responsabilidad, que se reduzca á prision, hoy mismo, á ese hombre.

—Se hará como usted desea.

Don Elías, añadió el escribano dirigiéndose al alguacil, acompañe al señor á su casa, y allí esperará, bajo la custodia de usted, á que se extienda el auto de prision.

Señor don Fernando, me retiro para proceder en esto sin levantar mano.

—Muchas gracias, contestó Espinosa estrechando la mano que aquel le tendia.

Señores, beso á ustedes la mano.

Don Damian, lo mismo que un autómata, salió el primero del gabinete seguido del alguacil.

El golpe que acababa de recibir, ni pudo ser más terrible ni más certero.

Le habian quitado la máscara.

El hipócrita solo en un caso siente el peso de la vergüenza.

¡Cuando se le arranca la careta!

CAPITULO V.

Conclusion.

Estebanez, como en otro tiempo, ocupaba una habitacion en las Peninsulares.

Serian como las diez de la noche, cuando un criado se presentó á decirle que le buscaba un caballero.

Hízole pasar en el momento.

Creyó que sería el que buscó para que le sirviese de padrino en el duelo pendiente.

No conociendo á nadie en Madrid, se habia atrevido á molestar á uno de los inquilinos de la fonda, que le pareció más formal y simpático.

Refirióle lo más esencial y que podia ser más del dominio de un desconocido, y este aceptó con exquisita cortesía y discrecion.

Abrióse la puerta del cuarto.

Estebanez se volvió hácia ella con rapidez y se detuvo admirado.

El que acababa de entrar era Ricardo Dominguez.

Pasada la primera sorpresa, decidió esperar á que se explicase.

Ricardo adelantó con lentitud y sombrero en mano.

—Caballero, dijo, sin duda alguna extrañará usted mi visita.

—Por lo ménos, no la esperaba.

—Pues bien, tiene un objeto para mí por demás importante.

—Diga usted.

—El desafío que yo, imprudente y ciego, he provocado, no puede efectuarse.

—¿Cómo?

—De ninguna manera, señor Estebanez.

Es más, hoy, en este momento, me creo armado de la suficiente y debida resignacion para resistir de su parte el mayor de los insultos.

—Pero caballero.

—¡Oh! será en vano cuanto usted haga por disuadirme.

—No es eso, no me comprende usted.

—Le escucho.

—Yo no deseo batirme, jamás lo he deseado.

Creo me oyó usted ántes anatematizar tan repugnante y quijotesco sistema.

Jamás he comprendido esa manera de lavar ofensas.

Se tiñen, pero no se lavan.

Lo que sí me admira es el cambio que en usted advierto sobre ese punto.

Usted que provocó, usted, que hasta se atrevió á amenazarme con un insulto que nadie tolera, ¿cómo tan pronto ha variado de propósito?

—Caballero, la causa de tal cambio, que efectivamente parece anómalo, quisiera permaneciese ignorada por usted.

—¿Es repugnante acaso?

—¡Oh! sí.

—Entónces permítame usted le diga que no ha debido reconocerla.

Y no se figure que yo al ver su misterio voy á usar de esas frases que en tales casos suelen ser de cajon.

Atribuir á cobardía lo que yo en todo caso no puedo creer sino resultado de una provechosa meditacion; pero lo confieso, insisto sobre ese punto, porque sin adivinar lo que pueda moverle á semejante acuerdo, me figuro de qué parte ha salido.

—¿Cómo?

—Sí. Usted ha hablado con Armanda.

—Caballero....

—¡Oh! es en vano que tratara usted de negarlo.

—Pero....

—¿Ha querido convencer á usted, continuó Estebanez con mal afectada calma, de que no debia llevarse semejante solucion á ese terreno?

—Señor Estebanez, no puedo consentir que permanezca usted en semejante error.

Armanda nada sabe.

—¡Ah!

—Ni por usted ni por mí se hubiera tomado semejante trabajo.

—Es verdad.

—Lo que hay es otra cosa bien distinta y que ya debe usted saber.

—Le escucho.

—Antes de ver al caballero que usted se sirvió mandarme, y á quien manifesté que una circunstancia tan inesperada como imprevista hacía ya imposible nuestra contienda, pasé á la habitacion de Armanda.

La alfombra ahogaba el ruido de mis pasos, y llegué sin que lo advirtiese.

La puerta estaba entornada. Iba ya á penetrar cuando oí su voz.

Entónces me detuve.

Comenzaba la lectura de una carta.

Aunque en voz baja, no perdí una sola palabra.

Aquella carta, caballero, iba dirigida al conde del Sauce, su actual amante.

Estebanez nada dijo; continuó inmóvil é impasible.

En su rostro no hubo la más pequeña contraccion.

Ricardo continuó así con cierto arrebato:

—Hasta ahora yo tenia sospechas, pero la lectura de esa carta las ha trocado en realidades.

En ella se dice, y no quiero ni puedo ocultárselo á usted, que, aun cuando se ha presentado su marido, piensa deshacerse de él dentro de muy pocas horas y que en seguida volará á su lado.

—Basta, exclamó Estebanez con voz sorda; ruego á usted no continúe.

Cada uno obra aquí abajo con arreglo á sus sentimientos.

No me hable usted de esa pobre mujer.

—¿Qué dice usted? exclamó Ricardo con singular extrañeza.

—¿Qué, no lo es? Y mucho, caballero.

Armanda tiene que derramar un llanto muy amargo.

¡Que el cielo la perdone!

Ricardo Dominguez miró á su interlocutor con una admiracion no poco respetuosa.

Sus palabras le parecian extraordinarias.

En el primer momento ni acertó á contestar.

Se sentia avergonzado.

Despues, y haciendo un esfuerzo, replicó en voz baja, casi humilde:

—Caballero, lo ménos que merecen sus palabras, que yo admiro, es que al despedirme le diga cuál va á ser desde hoy mi vida.

Estebanez miró á aquel hombre causa de sus desventuras.

Pero le miró sin odio, sin animadversion alguna, solo por curiosidad.

Quiso conocer si era cierto el cambio que en él observaba.

Y lo era sin duda alguna.

La verdad, al manifestarse, parece que va circundada por una aureola de brillante resplandor.

Estebanez debió sorprenderla, porque repuso con triste sonrisa, con expresion tranquila y serena:

—Caballero, hable usted, le escucho atento.

—Allá cerca de Murcia, hay un pueblecito donde murieron mis ancianos padres, sin un abrazo de su ingrato hijo.

De su cuantiosa fortuna, que yo derroché, solo queda una pobre hacienda, bastante, sin embargo, para vivir en una pobre medianía.

Mañana mismo salgo de Madrid para siempre.

El terrible recuerdo de cuanto mal le he causado acibarará mi existencia.

En ese mismo recuerdo hallaré consuelos, porque él me hablará constantemente de su nobleza de usted y de su santa resignacion.

—Jóven, nunca es tarde cuando queremos reparar daños.

Dios haga que persevere usted en tan dignos propósitos.

En cuanto á mi comportamiento, créalo usted, no tiene más mérito que el de haberme acostumbrado hace muchos años á respetar la voluntad divina y á inclinarme ante sus decisiones.

Adios, caballero, no maldiga usted de nada ni guarde rencor en su alma.

—Adios, señor, replicó Ricardo, estrechando lleno de emocion la mano que aquel le ofrecia, adios....

Ninguno dijo más.

Estebanez le acompañó en silencio hasta la puerta de su gabinete; cuando le vió desaparecer volvió á entrar, y murmuró en voz baja:

—¡Todos ménos ella!...

CAPITULO VI.

Continuacion del anterior.

Son las doce de la mañana del dia siguiente.

Acaban de anunciar á Armanda la visita de un caballero, que segun ha indicado, debia ser aguardado por ella en aquella hora.

La jóven manda que se le haga pasar inmediatamente.

Déjase caer en un divan, y aguarda impaciente.

En su rostro, el ménos observador hubiera echado de ver una ansiedad terrible.

El oido atento de Armanda le denuncia la proximidad del que espera.

Dirige una mirada casi feroz al cuarto de vestir, cuyas sueltas colgaduras rozan el pavimento.

En ellas advierte un movimiento imperceptible como en señal de inteligencia.

Una sonrisa indefinible asoma á sus labios.

La tranquilidad vuelve á su rostro.

En aquel momento se abre la mampara.

Estebanez penetra en el gabinete.

La expresion de su semblante es digna y severa.

Saluda á Armanda, y ocupa un sillon frente á la jóven.

En seguida exclama:

—Como ofrecí ayer, héme aquí, Armanda.

—¡Oh! pero no has cumplido tu palabra, Estebanez.

—¿Cómo?

—¿Y mi hijo?

—El verle ó nó, ya te lo dije, depende de la conversacion que vamos á tener.

Armanda se mordió los labios.

La ira devoraba su alma.

No habia contado con la cautela de su marido.

La mitad de su proyecto cayó por tierra.

Sin embargo, como no era mujer que cediese con facilidad, quiso de todos modos continuar la conversacion, para ver si de ella salia alguna luz, ó por si miéntras tanto ideaba algo que cediera en beneficio de sus intentos.

—Y bien, exclamó con bondadosa entonacion, casi con humildad, ¿qué es lo que pretendes?

—Vas á saberlo.

En primer lugar, mañana mismo saldremos de Madrid para Barcelona.

Allí entrarás en el convento de religiosas que sea de tu agrado.

Yo me quedaré con el niño, pero en Barcelona; es decir, que podrás verle con bastante frecuencia.

Armanda lanzó á su marido una mirada terrible.

Este fingió no haberla visto, y continuó así:

—Vamos á ver, ¿estás dispuesta á obedecerme?

—En todo, pero con una condicion.

—¡Ah! ¿condicion?

—Sí, Estebanez, replicó Armanda con fingida humildad; yo, bien sabe Dios que no te pondria ninguna, pero era en el caso de que no me separaras de nuestro hijo.

Siendo así, lo que quieras y como quieras.

—Entónces siento decirte que no haremos nada.

—¿Por qué?

—Porque precisamente eso es á lo que no puedo acceder de ningun modo.

—¡Pero Dios mio!

—¿No ves, Armanda, que no está bien á tu lado?

Ya te lo dije ayer, ¿qué será mañana de ese niño?

En fin, es inútil; ó aceptas segun te lo propongo, ó nada.

—Pues bien, sin mi hijo nó, murmuró Armanda.

—Entónces, ¿qué piensas hacer? dijo Estebanez con una calma terrible.

—No lo sé.

—¿De veras?

—¡Oh! no debo decírtelo, prorumpió en un arranque de cólera que no pudo reprimir.

—Vamos, no sabes lo que me alegra verte en ese terreno que no es prestado, que es el tuyo propio.

Salgamos por él.

¿Escribiste anoche una carta, Armanda?

Esta alzó la cabeza, y miró á su marido con rencorosa admiracion.

La misma serenidad que en él advertia, excitó su cólera en alto grado.

Contestó, pues, con entera energía:

—Sí; ¿por qué lo preguntas?

—¡Oh! para oirlo de tus labios.

—Pues bien, no he podido ser más franca.

—Y eso es lo que yo deseo.

—¡Oh! basta ya de farsas; nos odiamos. Pues á ver por quién queda el campo.

—Gracias, señora; hasta el momento presente nos vamos entendiendo, replicó Estebanez con irónica sonrisa.

Así me gusta, que queden despejadas las respectivas posiciones.

Y veamos, Armanda, ¿á quién escribiste la carta?

—No debo decirlo, porque no me gusta sufrir interrogatorios.

—Bien, yo te lo diré, aunque no sea mas que para que sepas que estoy perfectamente enterado de todo cuanto te concierne.

La carta iba dirigida al conde del Sauce.

Y por cierto que espero de tu amabilidad me expliques una cosa que no he comprendido bien.

Le escribes que se ha presentado tu marido, pero que piensas deshacerte de él á la mayor brevedad.

¿Cómo vas á hacerlo?

Una sonrisa feroz iluminó el rostro de Armanda.

—¿Tanto empeño tienes en saberlo? dijo con voz dura y breve.

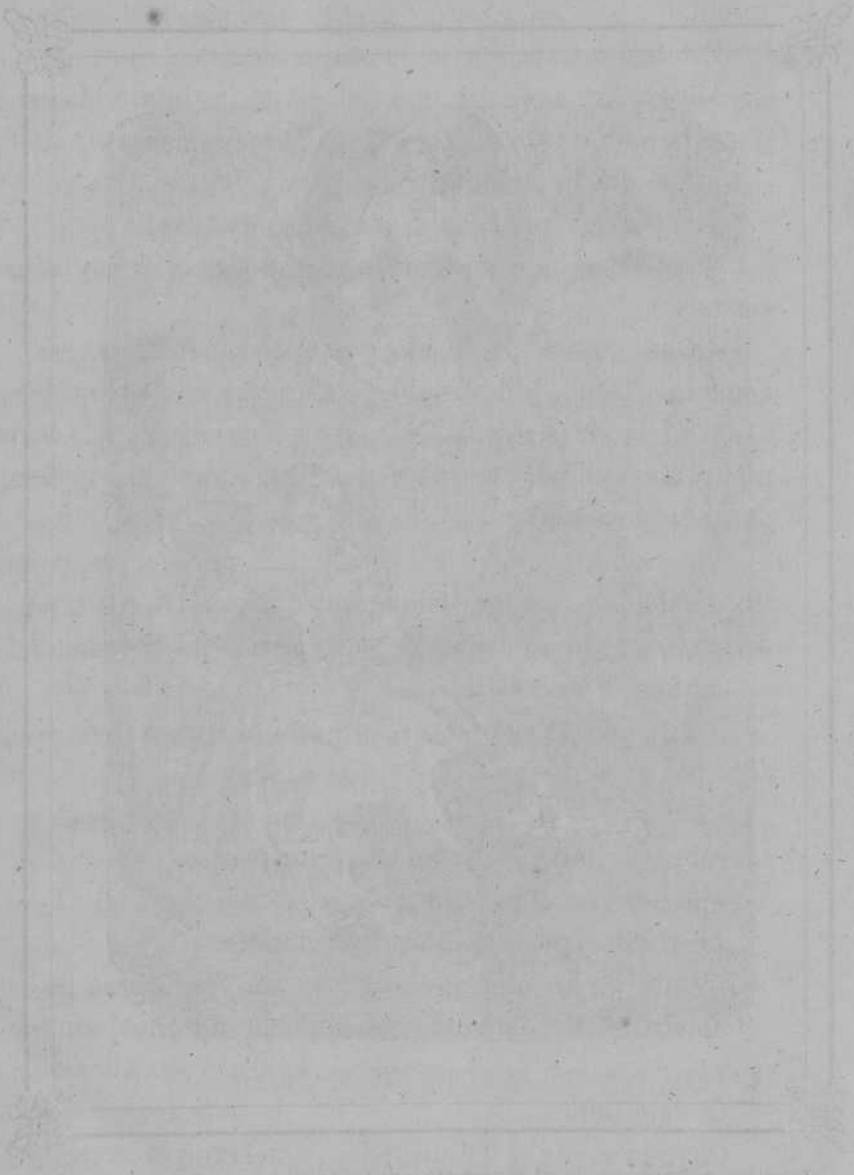
—Es natural.

—Pues bien, voy á complacerte.

Diciendo así, con una rigidez nerviosa púsose en pié, y exclamó en voz alta:

—¡Eugenio! á mí.

Gracias, señora, hasta el momento presente nos vamos entendiendo.



En el mismo momento se alzó la colgadura de la habitacion inmediata, y Engenio y Sebastian penetraron en el gabinete.

Estebanez no se movió de su asiento.

Miró á Armanda con una sonrisa de lástima, y ántes de que ella pudiera decir la menor palabra, exclamó:

—¿Y á qué te levantas, Armanda?

Vas perdiendo mucho de tu antigua calma.

Vosotros esperad un momento, que pronto os voy á necesitar.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó Armanda, rabiosa como una leona, y devorando á Eugenio con sus miradas.

—Quiere decir, Armanda, que ese á quien hoy creias aun miserable asesino, ha comprendido su error y ha abjurado de su vida pasada.

Quiere decir, que debes estarle muy agradecida, porque fingiendo que accedia como en otro tiempo á tus infames designios, te ha evitado ese nuevo peso sobre la conciencia.

Armanda, aun es tiempo.

Vuelve por tí, y oye mi voz amiga que quiere hacer algo por tu salvacion.

La jóven se habia dejado caer en el divan que ántes ocupara, ocultando el rostro entre sus manos.

—¡Estaba vencida, sojuzgada!...

Acerbo y copioso llanto vertian sus ojos.

¡Llanto de impotencia, lágrimas de vergonzosa ira!

Estebanez la contempló en silencio durante un buen espacio.

La dejó llorar.

Cuando se hubo desahogado, aquel volvió á tomar la

palabra, prosiguiendo así con triste y bondadoso acento:

—Armanda, escucha un momento.

Dos cosas voy á proponerte.

Ineludiblemente has de optar por una de las dos.

O ahora mismo salgo y doy parte á los tribunales de cuanto ha acaecido entre nosotros, ó esta noche, acompañada de estos dos, sales para Barcelona como ántes te dije.

¿Qué prefieres?

—Lo que quieras, replicó en voz baja Armanda; todo me es igual, hasta la muerte la recibiria contenta.

—Pues bien, continuó Estebanez levantándose, estos se quedan contigo.

Voy á traerte nuestro hijo para que te despidas de él.

¡Adios!

—¡Estebanez! exclamó Armanda levantándose.

—¿Qué?

La jóven se adelantó á su marido.

Sin hablar una palabra, ántes de que este pudiera evitarlo, dejóse caer de rodillas, estampó un beso en su mano y cayó al suelo exhalando un grito lastimero.

Se habia desmayado.

Estebanez la contempló un momento silencioso.

Dos lágrimas corrian por sus mejillas.

Despues, haciendo un violento esfuerzo, con voz entrecortada y breve, exclamó alzando sus ojos al cielo:

—¡Dios mio, perdonadla como yo la perdono!!!.

EPÍLOGO.

Gabriel y Matilde, gracias á la providencial intervencion del abogado, vivieron completamente felices.

Un nuevo hijo vino á estrechar el dulce lazo de su cariño.

Espinosa se hallaba á su lado constantemente.

Era rico y se gozaba en contribuir á la felicidad de los dos jóvenes.

—Tu madre ha muerto, decia á Gabriel; mi obligacion es quererte.

Don Damian tuvo la satisfaccion de ir á ensayar los encantos de su carácter entre los presidiarios de Ceuta.

¡Allí acabó sus tristes dias!

Jacobo Cienfuegos, marqués de Lézaro, salió de Madrid para siempre, yendo á establecerse en Galicia, lugar donde radicaba su título.

Su conducta fué tan ejemplar desde la terrible catástrofe que habia provocado, que entre los pobres de la comarca llegaron á conocerle con el nombre del Caritativo.

Amparo, que obediente y sumisa acudió á su llama-

miento, consiguió junto á él la felicidad que tanto merecia.

Los hermanos Alvareda, á los dos ó tres viajes que hicieron en sus buques, se establecieron definitivamente en las provincias, acompañados de Agustin el torrero y el bueno de Santiago.

Por no contrariar á Julio, vivieron en la pequeña villa de Plencia, allí donde brillaron los felices dias de sus perdidos amores.

En cuanto á Estebanez, volvió á establecerse en Barcelona, y allí se dedicó exclusivamente á la educacion de su hijo.

Eugenio no quiso separarse de su lado.

Supo la muerte de su hermano, y libre de todo lazo se consagró á Estebanez con alma y vida.

La desventurada Armanda, á los dos años de residir en el convento entregó su alma á Dios, siendo la admiracion de todos por su contínua penitencia y por la resignada tranquilidad y fervoroso anhelo con que vió llegar su última hora.

Estebanez, que la lloró por mucho tiempo, hizo grabar en su lápida el versículo de la profecía de Isaías: «¡Y será »encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la »altivez de los varones, y solo el Señor será ensalzado en »aquel dia!...»

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO PRIMERO.

Un drama de familia.

Capítulos.		Páginas.
I	El hombre de los anteojos verdes.	5
II	Marido y mujer.	20
III	Una nueva farsa.	33
IV	El rescate.	44
V	Explicaciones.	54
VI	Continuacion del anterior.	66
VII	Santiago se convence de que el tio Martin es un buen hombre.	85
VIII	El amor de un escéptico.	98
IX	El lado sensible.	131
X	Otra vez el marqués de Lézaro.	152
XI	Una escena mas propia de los tiempos caballerescos que del siglo XIX.	165
XII	La suerte continúa declarándose en favor del marqués de Lézaro.	182
XIII	Un desenlace inesperado.	192
XIV	Las dos hermanas.	205
XV	El desafío.	221

LIBRO SEGUNDO.

Filosofía del corazon.

I	La obra buena.	267
II	De potencia á potencia.	284
III	Luchas de amor.	295
IV	Los dos rivales.	300
V	Marido y mujer.	315
VI	Un nuevo trato.	328
VII	Continuacion del anterior.	333
VIII	Una alianza.	340
IX	En casa del marqués.	346
X	El cantar de la Sirena.	358
XI	Un antiguo conocido.	364
XII	Principia el combate.	369
XIII	Un nuevo lazo.	376
XIV	Continuacion del anterior.	388
XV	La entrevista.	397

LIBRO TERCERO.

Un año despues.

Capítulos.		Páginas.
I	Trabajos preparatorios..	417
II	La catástrofe..	424
III	Continuacion del anterior.	431
IV	Una sorpresa nada agradable..	444
V	Conclusion.	455
VI	Continuacion del anterior.	461
	Epílogo.	467

PLANTILLA

para la colocacion de láminas.

1.ª Amparo iba leyendo por encima del hombro de su hermano. 218
2.ª ¡Pero señorito, no hay razon para desesperar todavía! 349
3.ª ¡Vacilas, Julia! ¡Oh, jamás me has amado! . 418
4.ª Gracias, señora; hasta el momento presente nos vamos entendiendo. 464

PLANTILLA

para la colocacion de láminas.

1.ª Amparo iba leyendo por encima del hombro de su hermano. 218

2.ª ¡Pero señorito, no hay razon para desesperar todavía! 349

3.ª ¡Ya sabia, Julia! ¡Oh, jamás me las arrodel . 418

4.ª Gracias, señora; hasta el momento presente nos vamos entendiendo. 464

LA

SOBERBIA

1-2

17.067